SAN PEDRO DAMIÁN

Recopilaciones sobre el Antiguo Testamento

Collectanea in Vetus Testamentum

SABBATISMUS

San Pedro Damián (1007–1072)
Collectanea in Vetus Testamentum · Recopilaciones sobre el Antiguo Testamento

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Edición bilingüe frente a frente: latín en las páginas pares, español en las impares.
Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

ÍNDICE

65-70 PREFACIO DE CAJETANI. 11
70-74 COMIENZA EL PRÓLOGO. 13
77-78 COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL GÉNESIS. 21
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL GÉNESIS. 23
Capítulo IV. 25
Capítulo V. 27
Capítulo VII. 29
Capítulo VIII. 31
Capítulo X. 35
Capítulo XVII. 39
Capítulo XXI. 43
Capítulo XXII. 45
Capítulo XXV. 47
Capítulo XXVI. 49
Capítulo XXVII. 53
CAPÍTULO XXX. En un sermón sobre San Juan Bautista. 57
Capítulo XXXI. 63
Capítulo XXXII. 65
Capítulo XXXIII. 67
Capítulo XXXIV. 67
COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL ÉXODO. 69
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL ÉXODO. 71
Capítulo VI. 77
Capítulo VII. 77
Capítulo XII. 89
Capítulo XIV. 91
Capítulo XXII. 99
Capítulo XXVI. 105
Capítulo Primero. 107
Capítulo II. 109
Capítulo VI. 111
Capítulo X. 115
AQUÍ COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS NÚMEROS. 115
AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS NÚMEROS. . 117
Capítulo III 119
Capítulo V. 123
Capítulo X. 127
Capítulo XI. 131
Capítulo XII. 139
CAPÍTULO XV. En la epístola al obispo V. y sus canónigos, que trata sobre la contención de los cinco sentidos del cuerpo. 143
CAPÍTULO XVI. En la epístola al obispo V. y sus canónigos; que trata sobre las ocho festividades del Antiguo Testamento. 145
Capítulo XVII. 153

Capítulo XIX. 157
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL DEUTERONOMIO. . . . 185
Capítulo II. 185
Capítulo III. 187
Capítulo IV. 187
Capítulo V. 189
Capítulo VI. 189
Capítulo VII. 191
Capítulo VIII. 191
Capítulo IX. 193
Capítulo X. 195
Capítulo XI. 197
Capítulo XII. 197
COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE JOSUÉ. 199
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE JOSUÉ. 201
Capítulo II. 201
Capítulo III. 201
Capítulo IV. 203
Capítulo V. 205
Capítulo VI. 207
Capítulo VII. 209
Capítulo VIII. 213
Capítulo IX. 215
Capítulo X. 217
COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS JUECES. 219
COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS JUECES. 219
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS JUECES. 221
Capítulo II. 223
Capítulo III. 227
Capítulo IV. 229
Capítulo V. 231
Capítulo VI. 233
Capítulo VII. 235
Capítulo VIII. 241
Capítulo IX. 241
Capítulo X. 243
Capítulo XI. 247
Capítulo XII. 249
Capítulo XIII. 249
AQUÍ COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL PRIMER LIBRO DE LOS REYES. 251
AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL PRIMER LIBRO DE LOS REYES. 251
Capítulo II. 255
Capítulo III. 259

Capítulo IV. 259
Capítulo V. 263
Capítulo VI. 263
Capítulo VII. 265
COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL SEGUNDO LIBRO DE LOS REYES. . . . 269
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL SEGUNDO LIBRO DE LOS REYES. .269
Capítulo II. 271
Capítulo III. 273
Capítulo IV. 275
Capítulo V. 275
Capítulo VI. 275
Capítulo VII. 277
Capítulo VIII. 279
Capítulo IX. 283
Capítulo X. 283
Capítulo XI. 285
Capítulo XII. 287
Capítulo XIII. 287
Capítulo XIV. 291
Capítulo XV. 293
Capítulo XVI. 293
Capítulo XVII. 297
Capítulo XVIII. 299
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO TERCERO DE LOS REYES. . 299
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO TERCERO DE LOS REYES. . 301
Capítulo II. 303
Capítulo III. 305
Capítulo IV. 307
Capítulo V. 309
CAPÍTULO VI. 311
Capítulo VII. 313
Capítulo VIII. 315
Capítulo IX. 317
Capítulo X. 319
Capítulo XI. 319
Capítulo Primero. 321
Capítulo II. 321
Capítulo III. 323
Capítulo IV. 325
Capítulo V. 327
DEL LIBRO DE ESDRAS. 329
219 DEL LIBRO DE TOBÍAS. 333
DEL LIBRO DE JOB. 335
COMIENZAN LOS CAPÍTULOS SOBRE EL LIBRO DE LOS SALMOS. 337
221 222 COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS SALMOS. . . 337

Capítulo II. 337
Capítulo III. 339
Capítulo IV. 339
Capítulo V. 341
Capítulo VI. 341
Capítulo VII. 341
Capítulo VIII. 343
Capítulo IX. 343
Capítulo X. 345
Capítulo XI. 345
Capítulo XII. 345
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DE LOS PROVERBIOS. 347
Capítulo II. 347
Capítulo III. 349
Capítulo IV. 351
Capítulo V. 351
Capítulo VI. 353
Capítulo VII. 355
Capítulo VIII. 357
COMIENZAN LOS CAPÍTULOS SOBRE EL ECLESIASTÉS. 359
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS SOBRE EL ECLESIASTÉS. 359
Capítulo II. 359
Capítulo III. 361
Capítulo IV. 361
Capítulo V. 361
COMIENZAN LOS CAPÍTULOS SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES. . 365
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES. 365
CAPÍTULO II. 367
Capítulo III. 369
Capítulo IV. 369
CAPÍTULO V. 371
CAPÍTULO VI. 371
CAPÍTULO VII. 371
CAPÍTULO VIII. 373
CAPÍTULO IX. 373
CAPÍTULO X. 375
CAPÍTULO XI. 375
Capítulo XII. 377
Capítulo XIII. 377
Capítulo XIV. 377
CAPÍTULO XV. 379
Capítulo XVI. 381
CAPÍTULO XVII. 381
Capítulo XVIII. 383

CAPÍTULO XIX. 383
Capítulo XX. 385
Capítulo XXI. 385
CAPÍTULO XXII. 387
CAPÍTULO XXIII. 387
CAPÍTULO XXIV. 387
Capítulo XXV. 389
CAPÍTULO XXVI. 389
Capítulo XXVII. 391
COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LA SABIDURÍA. 393
247 COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LA SABIDURÍA. 393
Capítulo II. 395
COMIENZA EL CAPÍTULO DEL LIBRO DEL ECLESIASTICO. 397
COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE ISAÍAS PROFETA. 399
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS. 399
Capítulo II. 401
Capítulo III. 403
Capítulo IV. 403
Capítulo V. 405
Capítulo VI. 405
Capítulo VII. 407
Capítulo VIII. 407
Capítulo IX. 409
Capítulo X. 409
COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DE JEREMÍAS. 411
COMIENZAN LOS TESTIMONIOS. 411
Capítulo II. 415
Capítulo X. 421
263-264 AQUÍ COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DE LOS LIBROS DE LOS PROFETAS. 421
AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DE LOS LIBROS DE LOS PROFETAS. 423
Capítulo II. 423
Capítulo III. 423
Capítulo IV. 425
Capítulo V. 425
Capítulo VI. 427
Capítulo VII. 427
Capítulo VIII. 427
Capítulo IX. 429
Capítulo X. 429
AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS MACABEOS. 431
Capítulo II. 433
SOBRE LAS PETICIONES DEL ELUCIDARIO Y LAS RESPUESTAS DEL

MISMO. 437
SOBRE LAS AMENAZAS Y PROMESAS DE DIOS. 441
[AL LECTOR.] 451

COLLECTANEA IN VETUS TESTAMENTUM EX OPUSCULIS B. PETRI DAMIANI AB ANONYMO ILLIUS DISCIPULO EXCERPTA CURA ET STUDIO DOMNI CONSTANTINI CAJETANI

65-70 CAJETANI PRAEFATIO.

Habent hoc, lector optime, catholicorum Patrum scripta praecipuum, quod in iis, tanquam in amoenissimis hortis, sacrarum flores passim redolent Scripturarum: in quibus postea colligendis, et in ordinem redigendis, posterorum non sine laude exercentur ingenia.

Sic ex Augustino doctore gravissimo ac sanctissimo, Beda noster, vir etiam non minus religione quam doctrina insignis ac sanctitate clarus, Epistolas Pauli interpretatus, quae ille sparsim multis in locis dixerat, miro ordine in unum volumen congessit.

Non aliter S. Paterius, episcopus Brixiensis, et Alulphus etiam monachus, ambo Benedictini, quae ex Magni Gregorii scriptis quae ad sacrarum litterarum explicationem pertinebant, selegerant, in posterorum gratiam promulgarunt.

Taceo reliquos, qui pari cura et non dissimili industria idem ex aliorum operibus praestiterunt.

Horum igitur exemplum secutus quidem S. Petri Damiani discipulus, et in ejus scriptis multum, ut apparet, versatus, ex iis quemdam quasi centonem locorum sacrae Scripturae contexuit et elaboravit.

Hoc autem opus, ut ex inscriptione liquet, Damiano abbati, ipsius sanctissimi cardinalis episcopi Damiani ex sorore nepoti, ad quem duae exstant ejusdem beatissimi avunculi epistolae, direxit.

Hic est ille Damianus abbas cujus, ut opinor, S. Brunus, ex abbate coenobii Casinensis episcopus Signinus (initio suorum in Apocalypsim Commentariorum, quae ante aliquot annos in vetustissimo codice Langobardis litteris scripto, apud Horatium de Valle J. C. ac de me deque Romana antiquitate optime meritum, vidisse me scio) honorifice meminit, ejusque rogatu se Commentaria scripsisse in Isaiam prophetam commemorat; alteri tamen monasterio, quam Fontis Avellani, ipsum praefuisse necesse est, quandoquidem qui illius caput erat, et, ut ita dicam, caenobiarcha, non abbatis sed prioris nomine vocabatur; eumque morem non solum vivente S. Petro Damiano servatum fuisse ex ejus scriptis apparet, sed etiam apud posteros perdurasse, auctor Vitae S. Ubaldi episcopi Eugubini, Theobaldus ejus successor, ejusdem monasterii prior, patenter ostendit.

COLECCIÓN SOBRE EL ANTIGUO TESTAMENTO, EXTRACTADA DE LOS OPÚSCULOS DEL BEATO PEDRO DAMIÁN POR UN DISCÍPULO ANÓNIMO SUYO, POR EL CUIDADO Y ESTUDIO DE DON CONSTANTINO CAJETANI

65-70 PREFACIO DE CAJETANI.

Tienen esto de principal los escritos de los Padres católicos, oh óptimo lector, que en ellos, como en amenísimos huertos, por doquier exhalan su fragancia las flores de las Sagradas Escrituras; en cuya recolección y ordenación posterior se ejercitan no sin alabanza los ingenios de la posteridad.

Así nuestro Beda, varón no menos insigne por su religión y doctrina que preclaro por su santidad, interpretando las Epístolas de Pablo a partir del gravísimo y santísimo doctor Agustín, reunió en un solo volumen, con admirable orden, lo que aquel había dicho disperso en muchos lugares.

No de otro modo San Paterio, obispo de Brescia, y también Alulfo, monje, ambos benedictinos, promulgaron para la posteridad lo que habían seleccionado de los escritos de Gregorio Magno que pertenecían a la explicación de las sagradas letras.

Callo a los demás, que con igual cuidado y no disímil industria hicieron lo mismo con las obras de otros.

Siguiendo, pues, el ejemplo de estos, un cierto discípulo de San Pedro Damián, y muy versado, según parece, en sus escritos, tejió y elaboró a partir de ellos una especie de centón (*cento*) de lugares de la Sagrada Escritura.

Esta obra, sin embargo, como se desprende de la inscripción, la dirigió al abad Damián, sobrino por parte de hermana del mismo santísimo cardenal obispo Damián, a quien existen dos epístolas de su beatísimo tío.

Este es aquel abad Damián de quien, según opino, San Bruno, obispo de Segni (antes abad del cenobio de Casino), hace honorable mención al principio de sus Comentarios sobre el Apocalipsis (que sé que vi hace algunos años en un códice antiquísimo escrito en letras lombardas, en poder de Horacio de Valle, J.C., hombre muy benemérito de mí y de la antigüedad romana), y conmemora que por ruego suyo escribió los Comentarios sobre el profeta Isaías; es necesario, sin embargo, que haya presidido otro monasterio que el de Fonte Avellana, puesto que quien era su cabeza y, por así decirlo, su cenobiarca (*caenobiarcha*), era llamado con el nombre de prior, no de abad; y que esta costumbre no solo se observó en vida de San Pedro Damián, según se desprende de sus escritos, sino que también perduró entre sus sucesores, lo demuestra patentemente el autor de la Vida de San Ubaldo, obispo de Gubbio, Teobaldo su sucesor, prior del mismo monasterio.

Praeterquam quod ex scriptis monumentis coenobii Nonantulani, in agro Mutinensi exstructi, Damianum hunc nostrum ejusdem monasterii fuisse abbatem, animadvertimus, atque etiam S. R. E. cardinalem; 71-72 ut Rangerius, scriptor Vitae S. Anselmi episcopi Lucensis, ejusque in spiritualibus filius, dum ejusdem obitus parentalia describit, testatur: «Aderat, inquiens, Magalonensis episcopus, nomine Godefredus, et Benedictus Mutinensis episcopus, atque Aribertus Regensis episcopus, et ejusdem civitatis episcopus, scilicet Mantuanus, Ubaldus vocatus: sed et Damianus cardinalis Romanae Ecclesiae, qui et abbas Nonantulanensis coenobii. Hi omnes ad audiendam ejus sapientiam, ad capiendum ipsius consilium, sicut saepe ipsi ac caeteri catholici consueverant, advenerunt.» Haec Rangerius: qui cum id accidisse testetur anno Christi millesimo octogesimo, ac mensibus novem post felicissimum Gregorii papae VII transitum, haud quidem dubium erit Damianum abbatem istum S. R. E. cardinalem creatum fuisse ab eodem Gregorio summo pontifice; atque et in primis ob eximiam, qua sanctissimum illius avunculum prosequebatur, benevolentiam, gratissimam memoriam, apostolicas virtutes atque ingentia in Romanam Ecclesiam merita.

Haec breviter dixisse volui, ut quis iste Damianus abbas fuerit, aliquo modo innotesceret.

Sed enim scriptoris hujus, qui opus istud ex S. Petri Damiani libris deprompsit, nomen etsi codices non exprimant, nihilominus maximam habere hunc illius laboris utilitatem, ex eo praesertim patet quod dum ex singulis quibusque sanctissimi cardinalis opusculis testimonia in medium affert, ejusdem utpote discipulus, tanquam testis oculatus, ea ipsa opuscula de quibus forsan dubitare posset, tantum doctorem conscripsisse, constanti fide nobis aperiret.

Verum et hoc quod in praesentia damus in lucem, et alia quae, Deo auspice, edenda paramus, tuis, lector, studiis non inutilia nec ingrata fore speramus.

Vale, et me Christo Domino tuis precibus commenda.

IN NOMINE SANCTAE ET INDIVIDUAE TRINITATIS. INCIPIT LIBER TESTIMONIORUM VETERIS AC NOVI TESTAMENTI. quae de Speculis reverendi Petri Damiani quidam suus discipulus excerpere studiose curavit.

70-74 INCIPIT PROLOGUS.

Domino suo et Patri, domno DAMIANO, reverendo abbati, ultimus monachorum servus, sincerae devotionis obsequium.

Además de que, por los documentos escritos del cenobio de Nonántula, erigido en el campo de Módena, advertimos que este nuestro Damián fue abad del mismo monasterio, y también cardenal de la Santa Iglesia Romana (*S. R. E. cardinalem*); como atestigua Rangerio, escritor de la Vida de San Anselmo, obispo de Lucca, y su hijo espiritual, al describir las exequias de su muerte: «Estaba presente —dice— el obispo de Maguelonne, de nombre Godefredo, y Benedicto, obispo de Módena, y Ariberto, obispo de Reggio, y el obispo de la misma ciudad, es decir, de Mantua, llamado Ubaldo; y también Damián, cardenal de la Iglesia Romana, que era también abad del cenobio de Nonántula. Todos estos vinieron para oír su sabiduría, para recibir su consejo, como ellos mismos y otros católicos solían hacer a menudo». Esto dice Rangerio; y como él atestigua que esto sucedió en el año de Cristo de mil ochenta, y nueve meses después del felicísimo tránsito del papa Gregorio VII, no habrá duda de que este abad Damián fue creado cardenal de la Santa Iglesia Romana por el mismo sumo pontífice Gregorio; y esto principalmente por la eximia benevolencia, gratísima memoria, virtudes apostólicas e ingentes méritos en la Iglesia Romana con que él proseguía a su santísimo tío.

He querido decir brevemente estas cosas, para que de algún modo se diera a conocer quién fue este abad Damián.

Pero aunque los códices no expresen el nombre de este escritor que extrajo esta obra de los libros de San Pedro Damián, sin embargo, que este trabajo suyo tiene una grandísima utilidad, se manifiesta sobre todo por esto: que mientras presenta testimonios de todas y cada una de las obras del santísimo cardenal, como discípulo suyo, cual testigo ocular, nos revelaría con fe constante que tan gran doctor había escrito esas mismas obras sobre las que quizás se podría dudar.

Pero esperamos que tanto esto que ahora damos a la luz, como otras cosas que, con la ayuda de Dios, preparamos para editar, no serán inútiles ni desagradables a tus estudios, lector.

Adiós, y encomiéndame a Cristo Señor en tus oraciones.

EN EL NOMBRE DE LA SANTA E INDIVIDUA TRINIDAD. COMIENZA EL LIBRO DE LOS TESTIMONIOS DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO, que un cierto discípulo suyo cuidó de extractar estudiosamente de los Espejos del reverendo Pedro Damián.

70-74 COMIENZA EL PRÓLOGO.

Al señor y Padre suyo, el señor DAMIÁN, reverendo abad, el último de sus monjes, siervo, el obsequio de sincera devoción.

Dum vestra nuper industria beatae recordationis Patris nostri, Petri episcopi, avunculi vestri acta, velut quibusdam nectareis epulis oblectata, crebra meditatione percurrerem, insigne in eis reperi, quod utilitate quam maxima redundare persensi.

Dum itaque vir illustris arrogantem illorum eloquentiam temnendam duceret, qui singulis ingenii famam captantes, quidquid fingunt multiplici gestiunt opacitate densare, modo videlicet sententiarum perplexione, modo dictionibus inusitatis summopere nitentes obstruere, ne quilibet, quae dicunt, intellectus capere, vel absque improbi laboris conatu illorum sufficientia intima penetrare queat: ipse vero contra, cunctis viam legentibus pandere ac enucleare cupiens, altiora quaeque complanare, seu obscuriora non modo rationibus, verum etiam Scripturarum exemplis dilucidare instantissime satagebat.

Porro autem si quid tulisset, quod minus forte peritis nutabundum foret, earumdem testimoniis Scripturarum velut jactis anchoris fortiter ambiens, ne cuilibet ultra fluctuare valeret, immobili stabilitate figebat, atque adversus omnes impugnantium impetus insuperabiliter muniens, omnem insidiandi aditum obturabat, ut nulli prorsus jaculo pervius patere posset accessus.

Quam denique Scripturarum fulturam adeo in suis tenere consueverat actis, ut verbis etiam, quae prolatis jam rationibus clausa undique et inconcussa consisterent, eam nonnunquam adhibendam decerneret.

Ut sicuti urbs quaelibet post vallorum ambitum, post impenetrabile fortium murorum munimentum, sublimium distinguitur adhuc constructionibus moenium, non tam videlicet ob necessariae munitionis fortitudinem quam ob inhiandae pulchritudinis decorem: ita quoque is pleraque Scripturarum solius ornatus gratia suis saepe gestis inseruisse videatur; seu forte, quod non absurde aestimari potest, ut, occasione super eis disserendi taliter admissa, ejus sermocinatione claresceret, quia existerent introrsus fecunda quae forinsecus patebant inania.

Nemo sane qui Scripturarum limina terit, ambigere permittitur, quod haec, tam frequenter illius actis adhibita, plurimum saepe mystici sacrique intellectus occultarent, quae, nisi reserata fuissent, ea magis obruere quam illustrare valerent.

Quorum itaque interiora lucifluae dissertionis manu penetrando discutiens, atque abdita quaeque suis e penetralibus funditus eruens, clariora luce patefacta reddebat.

Mientras recientemente, por vuestra industria, recorría con frecuente meditación los hechos de nuestro Padre de beata memoria, Pedro el obispo, vuestro tío, deleitado como por ciertos banquetes nectáreos, encontré en ellos algo insigne, que percibí que redundaba en máxima utilidad.

Y así, mientras aquel ilustre varón consideraba que debía despreciarse la arrogante elocuencia de aquellos que, buscando la fama para su propio ingenio, se complacen en condensar cuanto inventan con múltiple opacidad, esforzándose sobremanera en obstruir, ya con la perplejidad de las sentencias, ya con dicciones inusitadas, para que nadie pueda captar el sentido de lo que dicen, ni penetrar su íntima suficiencia sin el esfuerzo de un trabajo ímprobo: él, por el contrario, deseando abrir y aclarar el camino a todos los que leen, se afanaba con suma insistencia en allanar lo más elevado y en dilucidar lo más oscuro no solo con razones, sino también con ejemplos de las Escrituras.

Además, si algo hubiera presentado que pudiera parecer vacilante a los menos expertos, rodeándolo fuertemente con los testimonios de las mismas Escrituras, como con anclas arrojadas, lo fijaba con estabilidad inamovible, para que ya no pudiera fluctuar para nadie, y armándolo invenciblemente contra todos los ímpetus de los que lo impugnaban, obturaba todo acceso para la insidia, de modo que ningún acceso pudiera quedar abierto a dardo alguno.

Finalmente, tan acostumbrado estaba a mantener este apoyo de las Escrituras en sus actos, que a veces decidía que debía aplicarse incluso a palabras que ya se mantenían por todas partes cerradas e inconcusas por las razones aducidas.

De modo que, así como una ciudad cualquiera, después del circuito de sus murallas, después de la impenetrable fortificación de sus fuertes muros, se distingue todavía por las construcciones de sublimes almenas, no tanto, ciertamente, por la fortaleza de la necesaria defensa, cuanto por la belleza de su deseable hermosura: así también él parece haber insertado a menudo muchas cosas de las Escrituras en sus propios hechos por la sola gracia del ornato; o quizás, lo que no absurdamente puede estimarse, para que, admitida así la ocasión de disertar sobre ellas, por su sermón se aclarase que eran fecundas por dentro las cosas que por fuera parecían vanas.

Ciertamente, a nadie que frecuente los umbrales de las Escrituras se le permite dudar que estas cosas, tan frecuentemente aplicadas en sus actos, ocultaban muy a menudo mucho de entendimiento místico y sagrado, las cuales, si no hubieran sido desveladas, habrían podido más bien oscurecerlas que ilustrarlas.

Así pues, penetrando y discutiendo sus interiores con la mano de una disertación lucífera, y extrayendo de raíz todo lo recóndito de sus penetrales, las devolvía, una vez reveladas, más claras que la luz.

Quibus dum sola plerumque rationis verba non viderentur satisfacere, alia rursus testimonia deducebantur in medium, quae cum sui quoque intellectum sive sub allegoriarum typo, sive sub cujuslibet mysterii saepe tegerent arcano, in suam iterum declarationem eumdem laborare cogebant; sicque divina provisione gestum est ut plura sacrae paginae abstrusa, illius opera evidentissime reserata, perspicuae nobis intelligentiae nitore resplendeant.

Dum solers itaque vir diligentia memorata Scripturae sacrae testimonia tam eleganti considerasset enodatione disserta, dignum fore valdeque perutile censui, quatenus ex codicibus illis excerpta in singulare proprii voluminis corpus redigerentur, ne inter tot scilicet voluminosa condensa laterent detrimenta incognita.

Qua plane consideratione quanquam non parum universis in quorum manus olim haec ventura erant praestiterit, illis tamen praecipue consuluisse cernitur quibus plura legere non conceditur; ut, dum ad capessendam operis totius plenitudinem hi tales nequeunt consurgere, his saltem modicis intenti nequaquam valeant illustri tanti viri doctrina prorsus esurire jejuni: et qui minus sufficiunt de vasti gurgitis alveo fertilem capaci sagena praedam educere, non eos pigeat vel tenuis hami seta ex parvo isto sinu seorsum, tanquam in suo alveo reducto, facilem capturam suspendere, qua suae refectionis mensuram sufficientibus possint dapibus infarcire.

Hujus ergo rei negotium vestra mihi sanctitas injungere dignata est; non sane quod mei sensus eam lateret inopia, sed ideo forte magis quoniam idipsum, quod juxta propriam me capacitatem valere putavi, fideliter prosecuturum fore speravi; quippe nec immerito, quae dudum me functum agnoverat quadam dilectionis ejusdem Patris praerogativa sola ipsius pietate gratuita.

Unde et egomet, licet ariditatis meae 75 non immemor idoneum me fore nequaquam ad istud adverterem, oneri tamen huic obedientiae humerum nulla subducere excusatione tentavi; non equidem quia temerarie de propriae facultatis praesumerem viribus, sed quando et obedientiae, qua gestiebam vestrae parere jussioni, ac saepedicti Patris meritis, cujus nimirum praeconio deesse non poterat quidquid in hoc mihi opere proveniret, obnixe me suffragandum sperabam.

Como para estas cosas, a menudo las solas palabras de la razón no parecían satisfacer, se aducían de nuevo otros testimonios, los cuales, como también a menudo ocultaban su propio sentido ya bajo el tipo de alegorías, ya bajo el arcano de algún misterio, le obligaban a trabajar de nuevo en su declaración; y así sucedió por divina providencia que muchas cosas abstrusas de la página sagrada, evidentísimamente desveladas por su obra, resplandecen para nosotros con el nitor de una inteligencia perspicua.

Así pues, habiendo el solícito varón considerado los testimonios de la Sagrada Escritura, disertados con tan elegante y recordada elucidación, juzgué que sería digno y muy útil que, extractados de aquellos códices, se redujeran a un cuerpo singular de un volumen propio, para que, escondidos entre tantas condensaciones voluminosas, no sufrieran el detrimento de permanecer desconocidos.

Aunque con esta consideración ha provisto claramente no poco a todos aquellos en cuyas manos estas cosas habían de llegar algún día, se ve, sin embargo, que ha mirado principalmente por aquellos a quienes no se les concede leer muchas cosas; para que, mientras tales hombres no pueden levantarse a abarcar la plenitud de toda la obra, estando al menos atentos a estas cosas módicas, de ninguna manera puedan pasar hambre y ayuno de la doctrina de tan ilustre varón: y que aquellos que son menos capaces de sacar una fértil presa del cauce del vasto abismo con una red capaz, no les pese suspender una fácil captura con la cerda de un tenue anzuelo desde este pequeño seno, apartado como en su propio cauce, con la que puedan rellenar la medida de su propia refección con manjares suficientes.

Por tanto, vuestra santidad se dignó encargarme el negocio de este asunto; no ciertamente porque se le ocultara la indigencia de mi sentido, sino quizás más bien porque esperó que yo proseguiría fielmente aquello que pensé que podía según mi propia capacidad; y no sin merecerlo, pues hacía tiempo que me sabía agraciado, por su sola y gratuita piedad, con cierta prerrogativa de amor por el mismo Padre.

Por lo cual yo mismo, aunque no sin recordar mi propia aridez, de ningún modo advertía que yo fuera idóneo para esto, sin embargo, no intenté sustraer mi hombro a esta carga de obediencia con ninguna excusa; no ciertamente porque presumiera temerariamente de las fuerzas de mi propia facultad, sino porque esperaba que me ayudarían poderosamente tanto la obediencia con que anhelaba obedecer vuestro mandato, como los méritos del tantas veces mencionado Padre, a cuya alabanza, sin duda, no podía faltar cualquier cosa que en esta obra me proviniera.

Huc accedit quod idem ipsum opus, cujus esset difficultatis, nondum clarebat, dum eo solum videlicet ordine praefata suaderet excipere testimonia, quo ita suis reperirentur in schedulis. At vero postquam, jam parte sic decursa, consulto advertissem quod coepto tenore magis operis ordo confunderetur quam clarefieret, quique lectorem magis ad soporem quam ad meditandum excipere posset, ratus sum longe satius fructuosum me quantaelibet difficultatis laborem arripere, quam infructuosam illam amplectendo facilitatem sectari.

Relicta igitur coepti tenoris prosecutione, qua vetera novis, agiographa, seu regum acta commiscebantur prophet is, ea sic denuo ordinare aggressus sum, ut unaquaeque testimonia per suos libros componendo distinguerem, quatenus quisquis ea studiosius requirere velit, eodem valeat ordine singula reperire, quo suis sunt sita codicibus; istiusque diligentiae nec ipsis quoque praelibatis incidentibus abnegans, simplicem modo eorum textum caeteris interserui, ne si ea cum suis ibi expositionibus ponerem, mihimet laborem geminarem, et lectori fastidium incuterem, cum eadem repeteret quae jam se superius legisse cognosceret. Praeterea sic eadem praetitulare studui, ut quae singula schedarum suarum loca teneant, nominatim expresserim. Ast tamen caveat lector ne, dum in cujuspiam titulo legerit in epistola ad personam illam, sive in sermonem illius sancti, et in una epistola, unove sermone minime forsan requisita repererit, prope me mendacii redarguendum censeat, cum et ad unam personam illius plures sint epistolae, et in unius sancti praeconio plures nihilominus elimati sermones.

Quocirca quae inveniuntur in his, reperienda non dubitetur in aliis; quanquam et super hoc plerumque valeat in ipsis praetitulationibus edocere. Hoc quoque attendendum quia, dum nonnulla diversis 76 locis sita repererim, atque alibi latius, alibi compendiosius exposita, vel etiam styli permutatione, seu ordinis, licet sub eodem intellectu, tamen aliquatenus disparata; aliquoties, quae competere videantur, altrinsecus elegi, et in unius sententiae formam deducta composui.

Aliquoties vero utramque expositionem, cum res videlicet exposceret, sicut ibi comperi, ita nihilominus hic integram sigillatim apposui. Porro nec istud praetereundum quoniam quibusdam sententiis tam congruentia illic proposita reperi, quae suis in praefationibus hic minime deberent mutari; quibusdam vero non modo ex aliquanto longius praefatis, verum etiam ex subsequentibus, quae forent aptanda, sumere necesse habui; aliis denique noviter solum edita coaptare cogebar.

Se añade a esto que aún no estaba claro de qué dificultad era esta misma obra, pues me persuadía a extraer los mencionados testimonios en el solo orden en que se encontraban en sus propias cédulas. Pero después que, habiendo ya transcurrido así una parte, advertí con deliberación que con el tenor comenzado más se confundiría el orden de la obra que se aclararía, y que podría llevar al lector más al sopor que a la meditación, juzgué mucho más fructífero para mí emprender el trabajo de cualquier dificultad, que seguir aquella facilidad infructuosa abrazándola.

Por lo tanto, abandonada la prosecución del tenor comenzado, en el que se mezclaban cosas viejas con nuevas, hagiógrafos o hechos de reyes con los profetas, emprendí ordenarlos de nuevo de tal modo que distinguiera cada testimonio componiéndolos por sus propios libros, para que quienquiera que desee buscarlos más estudiosamente pueda encontrar cada uno en el mismo orden en que están situados en sus propios códices; y no negando esta diligencia ni siquiera a los mencionados incisos, he insertado ahora su simple texto entre los demás, para que si los pusiera allí con sus exposiciones, no me duplicara el trabajo y no infundiera tedio al lector, cuando repitiera lo que ya sabría haber leído más arriba. Además, me he esforzado en titularlos de tal manera que he expresado nominativamente qué lugar ocupa cada uno en sus propias cédulas. Pero que el lector se cuide de que, cuando lea en el título de alguna pieza 'en la epístola a tal persona', o 'en el sermón sobre tal santo', y quizás no encuentre lo buscado en una epístola o en un sermón, no piense que debo ser acusado de mentira, pues hay muchas epístolas suyas a una misma persona, y no menos sermones pulidos en alabanza de un mismo santo.

Por lo cual, lo que no se encuentra en estas, no dude que se encontrará en otras; aunque también sobre esto las mismas pretitulaciones pueden a menudo instruir. También hay que atender a esto: que, como encontré algunas cosas situadas en diversos lugares, y expuestas más latamente en un sitio, más compendiosamente en otro, o incluso con cambio de estilo o de orden, aunque con el mismo sentido, sin embargo algo dispares; algunas veces, elegí de una y otra parte lo que parecía competir, y lo compuse reducido a la forma de una sola sentencia.

Otras veces, en cambio, cuando el asunto evidentemente lo exigía, así como lo encontré allí, así también lo puse aquí íntegro y por separado. Y no debe pasarse por alto esto: que para algunas sentencias encontré allí propuestas cosas tan congruentes, que no debían cambiarse aquí en sus prefacios; pero para otras, fue necesario tomar lo que había que adaptar no solo de lo dicho bastante antes, sino también de lo siguiente; finalmente, para otras, me vi obligado a adaptar solo material recién compuesto.

Nec tamen quis super hoc mirandum ducat, dum istarum praecedentia sententiarum nequaquam passim ad ipsas tanquam necessario subsecuturas spectaverint, licet rationem eas introducendi praestiterint. Unde non necessarium fuisse perpenditur ut quaelibet his ubique sententiis haererent, quae suis hic aptari praelocutionibus possent.

Sed jam cum extremis propinquo, mea ad te, Pater, verba converto, ut, cui militant prima, jure quoque famulentur ultima. In primis itaque veniam super erratis, quibus in hoc forsitan videor deliquisse negotio, submisse coram vestrae sanctitatis magnitudine imploro; quam simul quoque mihi cum hoc foenore largiri deposco, quatenus quae corrigenda sunt nullatenus incorrecta relinquat; ne quid extra de caetero manus inveniat quod mei cum insultatione decerpat.

Nequaquam enim reor sic me cucurrisse ut per omnia irreprehensibilis usquequaque reperiar. In quibus ergo quandoque redarguendus appareo, propriae, ipsemet confitens, imperitiae deputare quam procaciter defendere malo.

Si quid vero, quod forte placeat, gesserim, obedientiae vestrae sanctitati exhibitae, ejusdemque saepe recolendi patris meritis, post Deum, cui principaliter cuncta, quae ipse distribuit, dona reddenda sunt, devotus attribuo.

Apud cujus, quaeso, majestatis clementiam, vestra me pietas suis dignis orationibus commendare dignetur.

Quod sane mercedis a cunctis quoque quibus hoc meum forte studium olim profuerit, humili supplicatione deposco.

Explicit Prologus.

77-78 INCIPIUNT CAPITULA LIBRI GENESIS.

1. Dixit Deus: Fiat lux, die prima. 2. Quod secunda die fecit firmamentum et divisiones aquarum. 3. Congregentur aquae quae sub coelo sunt in locum unum, et appareat arida. 4. Quod quarto die facta sunt luminaria in firmamento coeli. 5. Quod quinto die pisces et volucres sint creati 6. Quod sexto die creatus est homo. 7. Quod Sabbato Dominus, consummatis omnibus, requievit et hominem requiescere praecepit. 8. Immisit Dominus soporem in Adam; cumque obdormisset, tulit unam de costis ejus, etc. 9. Quod deambulante Domino in paradiso, Adam, quia nudus esset, se abscondit.

Y que nadie se admire de esto, pues las sentencias precedentes de estas no miraban en absoluto a ellas como si fueran a seguir necesariamente, aunque ofrecieran la razón para introducirlas. De donde se percibe que no fue necesario que cualesquiera prefacios se adhirieran en todas partes a estas sentencias, que pudieran adaptarse aquí a sus propias prelocuciones.

Pero ya que me acerco al final, dirijo a ti, Padre, mis palabras, para que, a quien sirven las primeras partes, con justicia también le sirvan las últimas. En primer lugar, pues, imploro humildemente perdón ante la grandeza de vuestra santidad por los errores en los que quizás parezca haber delinquido en este negocio; lo cual también pido que se me conceda junto con este beneficio, que de ningún modo deje sin corregir lo que deba corregirse; no sea que alguna mano ajena encuentre en adelante algo que arrancar con insulto hacia mí.

Pues no creo haber corrido de tal manera que en todo y por todo me encuentre irreprensible. En aquello, pues, en lo que alguna vez parezca ser reprendido, prefiero, confesándolo yo mismo, atribuirlo a mi propia impericia que defenderlo procazmente.

Pero si algo he hecho que quizás agrade, lo atribuyo devotamente, después de Dios, a quien principalmente se han de rendir todos los dones que Él mismo ha distribuido, a la obediencia mostrada a vuestra santidad y a los méritos del mismo tantas veces recordado padre.

A cuya clemencia de majestad, ruego, vuestra piedad se digne encomendarme en sus dignas oraciones.

La cual merced, en verdad, también pido con humilde súplica a todos aquellos a quienes este mi estudio quizás algún día sea de provecho.

Aquí termina el Prólogo.

77-78 COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL GÉNESIS.

1. Dijo Dios: Hágase la luz, el día primero. 2. Que el segundo día hizo el firmamento y las divisiones de las aguas. 3. Congréguense las aguas que están debajo del cielo en un solo lugar, y aparezca lo árido. 4. Que el cuarto día fueron hechas las lumbreras en el firmamento del cielo. 5. Que el quinto día fueron creados los peces y las aves. 6. Que el sexto día fue creado el hombre. 7. Que en el Sábado el Señor, consumadas todas las cosas, descansó y mandó al hombre descansar. 8. Envió el Señor un sopor sobre Adán; y mientras dormía, tomó una de sus costillas, etc. 9. Que paseándose el Señor en el paraíso, Adán, porque estaba desnudo, se escondió.

10. Quod de Cain septuplum ultio dabitur; de Lamech autem septuagies septies. 11. Fac tibi arcam de lignis laevigatis, et bitumine linies intrinsecus et extrinsecus. 12. De mensura arcae diluvii. 13. Quindecim cubitis altior fuit aqua super omnes montes, quos operuerat. 14. Quod diluvium post centum quinquaginta dies coepit imminui. 15. Requievit arca mense septimo, XXVII die mensis, super montes Armeniae. 16. De corvo et columba ex arca dimissis. 17. Exspectatis autem septem diebus aliis, rursum dimisit Noe columbam ex arca. 18. Venite, faciamus nobis civitatem, et turrim cujus culmen pertingat ad coelum. 19. De quinque regibus, Sodomae scilicet et Gomorrhae et caeterarum subversarum urbium, qui a quatuor sunt regibus superati. 20. Quod Abraham, cum Domino sacrificium offerret, pecora per medium divisit, aves vero non divisit. 21. Quod Abraham volucres super sacrificium descendentes abigebat. 22. Cumque sol occumberet, sopor irrupit super Abraham, et horror magnus et tenebrosus invasit eum. 23. Descendam, et videbo utrum clamorem, qui venit ad me, opere compleverint, an non est ita, ut sciam. 24. Quod Sodomitae, dum conarentur ad angelos violenter irrumpere, caecitate percussi sunt. 25. Quod Abraham unicum sibi filium sacrificandum Deo obtulit 26. De Lia et Rachel, uxoribus Jacob. 27. De Bala et Zelpha ancillis. 28. Quod Rachel nomen filii sui Benoni vocavit; pater vero appellavit eum Benjamin. 29. Iste est Ana, qui invenit aquas calidas in solitudine, dum pasceret asinos Sebeon patris sui. 30. Descendit Judas in Thamna ad tondendas oves, cum Hira opilione gregis sui Odolamitae. 31. Jussit Joseph ministris ut implerent saccos fratrum tritico, et reponerent pecuniam singulorum in saccis suis; in Benjamin vero sacco scyphum quoque cum pecunia includerent.

Finiunt capitula.

INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI GENESIS.

CAPUT PRIMUM. In epistola ad Hildebrandum et Stephanum cardinales in qua docet qualiter rationalis anima ad perfectionem veniat.

Qualiter homo valeat consummari, quomodo debeat perfici, libet succincte perstringere, prout in ipso mundanae creationis datur ordine reperiri. Nam quia homo microcosmus, hoc est, minor mundus asseritur, necesse est ut, ad suae plenitudinis incrementa contendens, ipsam mundanae conditionis speciem imitetur, ut, sicut visibilis atque corporeus hic mundus per suarum molem ac multitudinem consummatus est partium, sic et homo noster interior paulatim ad sui plenitudinem veniat per augmenta virtutum.

10. Que por Caín se dará venganza siete veces; pero por Lamec, setenta veces siete. 11. Hazte un arca de maderas pulidas, y la calafatearás con betún por dentro y por fuera. 12. Sobre la medida del arca del diluvio. 13. Quince codos más alta estuvo el agua sobre todos los montes que había cubierto. 14. Que el diluvio después de ciento cincuenta días comenzó a disminuir. 15. Reposó el arca en el mes séptimo, el día 27 del mes, sobre los montes de Armenia. 16. Sobre el cuervo y la paloma enviados desde el arca. 17. Y habiendo esperado otros siete días, de nuevo Noé envió la paloma desde el arca. 18. Venid, hagámonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo. 19. Sobre los cinco reyes, a saber, de Sodoma y Gomorra y de las demás ciudades destruidas, que fueron vencidos por cuatro reyes. 20. Que Abraham, al ofrecer un sacrificio al Señor, dividió los animales por la mitad, pero no dividió las aves. 21. Que Abraham ahuyentaba las aves que descendían sobre el sacrificio. 22. Y cuando el sol se ponía, un sopor irrumpió sobre Abraham, y un horror grande y tenebroso lo invadió. 23. Descenderé y veré si han cumplido según el clamor que ha llegado hasta mí, o si no es así, para que yo lo sepa. 24. Que los sodomitas, mientras intentaban irrumpir violentamente donde los ángeles, fueron heridos de ceguera. 25. Que Abraham ofreció a su único hijo para ser sacrificado a Dios. 26. Sobre Lía y Raquel, las esposas de Jacob. 27. Sobre Bala y Zelfa, las siervas. 28. Que Raquel llamó el nombre de su hijo Benoní; pero su padre lo llamó Benjamín. 29. Este es Ana, que encontró las aguas cálidas en el desierto, mientras apacentaba los asnos de Sebeón su padre. 30. Judá descendió a Tamna para esquilar sus ovejas, con Hira el adulamita, pastor de su rebaño. 31. José mandó a sus siervos que llenaran de trigo los sacos de sus hermanos, y que repusieran el dinero de cada uno en sus sacos; pero en el saco de Benjamín que incluyeran también la copa con el dinero.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL GÉNESIS.

CAPÍTULO PRIMERO. En una epístola a los cardenales Hildebrando y Esteban en la que enseña de qué modo el alma racional llega a la perfección.

De qué manera el hombre puede ser consumado, de qué modo debe ser perfeccionado, me place tratar sucintamente, según se encuentra en el orden mismo de la creación del mundo. Pues, puesto que se afirma que el hombre es un microcosmos (*microcosmus*), esto es, un mundo menor, es necesario que, esforzándose por el incremento de su propia plenitud, imite la forma misma de la condición del mundo, para que, así como este mundo visible y corpóreo fue consumado por la masa y la multitud de sus partes, así también nuestro hombre interior llegue paulatinamente a su plenitud mediante el aumento de las virtudes.

De qua nimirum plenitudine speciali dicit Apostolus: «Donec occurramus omnes in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi (Ephes. IV).» Age igitur, dixit Deus: «Fiat Lux (Gen. I).» Tunc autem in homine dicitur ut lux fiat, cum datur ut illumiaatio sibi credulitatis infulgeat. Prima quippe mentis lux, fides est. Unde jam fidelibus dicit Apostolus: «Fuistis aliquando tenebrae, nunc autem lux in Domino (Ephes. V).» Et hoc est primum in lege praeceptum: «Audi, Israel Dominus Deus tuus Deus unus est (Deut. VI).» Tunc itaque in homine prima dies fit, cum novus ad fidem venit.

Secundo die fecit Deus firmamentum, quod est coelum, fecitque divisiones aquarum, ut aliae per inferiora defluerent, aliae in superioribus remanerent. Quid autem firmamentum, nisi robur est Scripturarum? Unde legitur: «Quia coelum in die judicii plicabitur sicut liber (Isa. XXXIV).» Quid autem aquae inferiores, nisi multitudines hominum? quid superiores, nisi chori sunt angelorum? Angeli enim Scripturarum coelum non habent super se, sed sub se; quia non egent ut verbum Dei legentes audiant, quia ipsum Dominum praesentem manifesto conspiciunt, et in ejus semper amore flammescunt. Cum igitur homo per firmamentum, hoc est, per coelestis eloquii documentum, jam incipit inferiores aquas superioresque videre, id est, carnalia a spiritualibus, terrena a coelestibus separare, tum in eo secundus fit dies: quia non modo fidei lucem, sed et rerum incipit habere discretionem.

Deinde dixit Deus: «Congregentur aquae quae sub coelo sunt, in unum locum, et appareat arida (Gen. I.)» Facta igitur divisione inter terrena, sicut dictum est, atque coelestia, necesse est ut humana mens haec eadem terrena adhuc inter se minutius dividat, et sic reprobos homines, hujus terrenae sapientiae salsugine prurientes, a justis, fontem fidei sitientibus, tanquam ab arida mare, discernat. Infideles enim, sive carnales, quilibet amaris tentationum fluctibus quatiuntur, et tanquam procellosis cupiditatum vel arrogantiae tempestatibus intumescunt. Sancti vero quique ac justi, velut arida, Dominum sitiunt, et tanquam ferax terra virentes bonorum operum fructus germinare contendunt. Ideoque praecepit Deus ut eodem die germinaret terra herbam virentem, facientem semen, et lignum pomiferum, faciens fructum (Gen. I). Quisquis ergo hoc solerter exsequitur, quisquis hoc subtiliter meditatur, huic procul dubio tertius jam dies exoritur. Unusquisque ergo se ab amara carnaliter sapientium salsugine dividat; fontem vitae Dominum, factus arida, medullitus sitiat; bonorum fructuum germina proferat, ut sibi dies tertius illucescat.

Caput IV.

In eadem epistola.

Sobre esta plenitud especial, en verdad, dice el Apóstol: «Hasta que lleguemos todos a ser un hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Ef. 4).» Así pues, dijo Dios: «Hágase la luz (Gén. 1).» Entonces, sin embargo, se dice que en el hombre se hace la luz, cuando se le concede que la iluminación de la fe resplandezca en él. Pues la primera luz de la mente es la fe. De donde el Apóstol dice a los fieles: «En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor (Ef. 5).» Y este es el primer precepto de la ley: «Escucha, Israel: el Señor tu Dios es un solo Dios (Dt. 6).» Y así, en el hombre se hace el primer día, cuando llega nuevo a la fe.

En el segundo día, Dios hizo el firmamento, que es el cielo, e hizo divisiones de las aguas, para que unas fluyeran por las partes inferiores y otras permanecieran en las superiores. ¿Qué es, pues, el firmamento, sino la fortaleza de las Escrituras? De donde se lee: «Porque el cielo en el día del juicio se plegará como un libro (Isaías 34)». ¿Y qué son las aguas inferiores, sino las multitudes de los hombres? ¿Qué son las superiores, sino los coros de los ángeles? Pues los ángeles no tienen el cielo de las Escrituras sobre sí, sino bajo sí; porque no necesitan oír la palabra de Dios leyéndola, ya que contemplan manifiestamente al mismo Señor presente y arden siempre en su amor. Por tanto, cuando el hombre, a través del firmamento, esto es, a través de la enseñanza de la elocuencia celestial, ya empieza a ver las aguas inferiores y las superiores, es decir, a separar lo carnal de lo espiritual, lo terreno de lo celestial, entonces se hace en él el segundo día: porque no solo empieza a tener la luz de la fe, sino también el discernimiento de las cosas.

Luego dijo Dios: «Congréguense las aguas que están bajo el cielo en un solo lugar, y aparezca lo árido (Gén. I).» Hecha, pues, la división entre las cosas terrenas, como se ha dicho, y las celestiales, es necesario que la mente humana divida aún más minuciosamente entre sí estas mismas cosas terrenas, y así discierna a los hombres réprobos, que sienten comezón por la salinidad de esta sabiduría terrena, de los justos, que tienen sed de la fuente de la fe, como el mar de la tierra árida. Pues los infieles, o los carnales, son sacudidos por las amargas olas de las tentaciones, y se hinchan como por tempestades procelosas de codicia o de arrogancia. En cambio, todos los santos y justos, como la tierra árida, tienen sed del Señor, y como tierra fértil, se esfuerzan por germinar los verdes frutos de las buenas obras. Y por eso mandó Dios que en el mismo día la tierra germinara hierba verde que diera semilla, y árbol frutal que diera fruto (Gén. I). Quienquiera, pues, que ejecute esto con diligencia, quienquiera que medite esto sutilmente, para él, sin duda, amanece ya el tercer día. Sepárese, pues, cada uno de la amarga salinidad de los que saben carnalmente; hecho tierra árida, tenga sed del Señor, fuente de vida, desde lo más íntimo de su ser; produzca los gérmenes de los buenos frutos, para que le amanezca el tercer día.

Capítulo IV.

En la misma epístola.

His enim ita compositis et salubriter ordinatis, anima hominis, quasi dimotis atque sopitis tenebris vitiorum, incipit radiare nitore virtutum. Atque ideo dicitur quia quarto die facta sunt luminaria in firmamento coeli (Gen. I). Quid est enim quia prius germinat terra et protinus luminaria sunt creata, nisi quod, prodeunte germine boni operis, lux in anima copiosior oritur, ut imitari valeat sui vestigia Redemptoris? Acceleret ergo terra mentis humanae spiritualium segetum germinare proventum, ut rutilantibus intimae lucis radiis illustretur, quatenus, dum quarti diei luce perfruitur, etiam ad contemplanda coelestia more spiritualium volucrum rapiatur.

Caput V.

In eadem epistola

Unde est quod in quinta die creati sunt pisces, per quos designantur hi qui baptismatis sacramenta suscipiunt; volucres etiam, quae significant eos qui virtutum pennis ad coelestia se contemplanda suspendunt. Quintum ergo diem cum volucribus habet quisquis, saeculi hujus amore contempto, quasi dedignatur coenum calcare terrenum, ac per contemplationis gratiam ad coelestis gloriae se provehit appetitum. Hic itaque jam non in terra graditur, sed per aerem volat, quia, terrena quaeque despiciens, ad coelestia sitibundus anhelat: «Sitivit, inquiens, anima mea ad Deum vivum; quando veniam, et apparebo ante faciem Dei (Psal. XLI)?» Hic ergo quasi vir perfectus ad Conditoris merito formatur imaginem; nimirum qui tantam spiritualium charismatum possidet dignitatem, ut non jam solummodo quorumlibet normam praecipiatur tenere sanctorum, sed et ipsum, in quantum fas est, imitari conetur exemplum; sicut dicit Apostolus: «Estote imitatores Dei, sicut filii charissimi, et ambulate in dilectione, sicut et Christus dilexit nos (Ephes. V).» Differentia quippe erat inter Paulum, qui imitabatur Christum, et eos quos vocabat ad imitandum seipsum: «Imitatores, inquit, mei estote, sicut et ego Christi (I Cor. XI).»

Unde sexta die creatus est homo ad sui similitudinem Creatoris. Quod utique sicut tunc factum est per humanae conditionis exordium, ita nunc agitur per restaurationis intimae sacramentum. Hic praeterea inter omnia terrae, aquae, similiter et aeris animantia quasi monarchiam accipit, et quemdam sublimioris excellentiae principatum; quia vir quisque perfectus, ac virtutibus consummatus, novit de singulis rectum proferre judicium, sicut Apostolus ait: «Spiritualis autem judicat omnia, ipse autem a nemine judicatur (I Cor. II).»

Pues, una vez que estas cosas han sido así compuestas y saludablemente ordenadas, el alma del hombre, como si las tinieblas de los vicios hubieran sido apartadas y adormecidas, comienza a irradiar con el esplendor de las virtudes. Y por eso se dice que al cuarto día fueron hechas las lumbreras en el firmamento del cielo (Gén. 1). Pues, ¿qué significa que primero germina la tierra y luego son creadas las lumbreras, sino que, al brotar el germen de la buena obra, una luz más copiosa surge en el alma, para que pueda imitar las huellas de su Redentor? Acelere, por tanto, la tierra de la mente humana el producir el fruto de las mieses espirituales, para que sea iluminada por los rutilantes rayos de la luz íntima, a fin de que, mientras disfruta de la luz del cuarto día, sea también arrebatada a contemplar las cosas celestiales a la manera de las aves espirituales.

Capítulo V.

En la misma epístola

De ahí que en el quinto día fueran creados los peces, por los cuales se designa a aquellos que reciben los sacramentos del bautismo; y también las aves, que significan a aquellos que con las alas de las virtudes se elevan para contemplar las cosas celestiales. Por tanto, tiene el quinto día con las aves todo aquel que, despreciado el amor de este siglo, como que desdeña pisar el fango terreno, y por la gracia de la contemplación se eleva al deseo de la gloria celestial. Este, por tanto, ya no camina sobre la tierra, sino que vuela por el aire, porque, despreciando todas las cosas terrenas, anhela sediento las celestiales, diciendo: «Mi alma ha tenido sed del Dios vivo; ¿cuándo vendré y apareceré ante el rostro de Dios?» (Sal. 41). Este, por tanto, como varón perfecto, es merecidamente formado a imagen del Creador; sin duda, aquel que posee tan gran dignidad de carismas espirituales que se le manda seguir no ya solo la norma de cualesquiera santos, sino también esforzarse por imitar, en cuanto es lícito, el ejemplo del Creador mismo; como dice el Apóstol: «Sed imitadores de Dios, como hijos queridísimos, y caminad en el amor, como también Cristo nos amó» (Ef. 5). Pues había una diferencia entre Pablo, que imitaba a Cristo, y aquellos a quienes llamaba a imitarse a sí mismo: «Sed imitadores míos —dice—, como también yo lo soy de Cristo» (1 Cor. 11).

Por lo cual, en el sexto día, el hombre fue creado a semejanza de su Creador. Y ciertamente, así como esto se hizo entonces por el comienzo de la condición humana, así ahora se realiza por el sacramento de la restauración íntima. Aquí, además, entre todos los seres vivientes de la tierra, del agua e igualmente del aire, recibe una especie de monarquía y un cierto principado de más sublime excelencia; porque todo varón perfecto, y consumado en virtudes, sabe pronunciar un juicio recto sobre cada cosa, como dice el Apóstol: «Mas el espiritual juzga todas las cosas, pero él de nadie es juzgado» (I Cor. 2).

Hunc itaque Deus omnipotens perfectum virum, mundo scilicet mortuum sibique viventem, suum constituit thronum, ac per eum saepe justitiae suae promulgat edictum. Hinc est et quod ordo ille angelicus, per quem frequentius judicia sua decernit omnipotens Deus, Thronus vocatur; quia in eis summus arbiter praesidet, cum judicia per eos aequitatis exercet. Perfectum itaque virum Deus suum constituit solium, ut in eo suaviter requiescat. Unde per Prophetam: «Super quem, inquit, requiescit Spiritus meus, nisi super humilem, et mansuetum, et trementem sermones meos?» (Isa LXVI.) Et notandum quod per unumquemque diem dicitur: «Factum est vespere, et mane.» Vespere scilicet, ipsa boni operis est perfectio; mane vero lux mentis. Nam cum bonum opus pervenit ad perfectionem, tunc in operantis mente lux gratiae spiritualis exoritur; ut, dum lucidum opus foris exsequitur, intrinsecus ipsa gratia Spiritus illustretur.

Caput VII.

In eadem epistola.

Sic itaque pervenitur ad Sabbatum, in quo Deus et ipse consummatis omnibus requiescit, et hominem requiescere praecipit. Hoc itaque modo et homo fit Sabbatum Dei, et Deus Sabbatum hominis, cura et ipse in Deo, et Deus requiescit in eo. «Manete, inquit, in me, et ego in vobis (Joan. XIV).» Ipse quippe nobis et intemporale tempus, et illocalis est locus. Illocalis scilicet quia non circumscribitur; intemporalis, quia nunquam finitur. Tempus itaque nobis est, dum dicit: «Nonne duodecim horae sunt diei?» (Joan. XI) Se scilicet diem; duodecim autem horas, totidem dicit apostolos. Locus vero illic indubitanter exprimitur, ubi Propheta, cum praemisisset: «Tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient,» protinus addidit: «Filii servorum tuorum habitabunt (Psal. CI);» ibi haud dubium, quando in te. Fecit itaque Deus coelum et terram; et requievisse non dicitur. Fecit omnia quae pascuntur in terris, et quae moventur in aquis; et in omnibus his nunquam legitur requievisse: sed, plasmato ad imaginem suam homine, Sabbatum protinus quietis illuxit, et sic universitatis Conditor requievit. Et cum ipse per prophetam dicat: «Coelum mihi sedes est, terra autem scabellum pedum meorum (Isa. XLIX),» quod in illorum conditione non dicitur, in sola hominis conditione quievisse perhibetur. Et ut magis ac magis insignem hujus diei stupeas dignitatem, dicit Scriptura: «Quia benedixit Deus diei septimo, et sanctificavit illum, quia ipse cessaverat ab universo opere suo (Gen. II);» quod in caeteris diebus fecisse nullo modo reperitur. Quid est enim Deo Sabbatum sanctificare, nisi templum sibimet in sancti atque perfecti viri mente construere?

Por tanto, Dios omnipotente constituye a este varón perfecto —muerto, a saber, para el mundo y vivo para Él— como su trono, y a través de él promulga a menudo el edicto de su justicia. De aquí también que aquel orden angélico, por el cual Dios omnipotente decreta con más frecuencia sus juicios, es llamado Tronos; porque en ellos preside el supremo árbitro, cuando por medio de ellos ejerce juicios de equidad. Así pues, Dios constituye al varón perfecto como su solio, para descansar suavemente en él. De donde, por el Profeta: «¿Sobre quién», dice, «reposa mi Espíritu, sino sobre el humilde y manso, y que tiembla ante mis palabras?» (Is. 66). Y ha de notarse que para cada día se dice: «Y fue hecha la tarde y la mañana». La tarde, a saber, es la perfección de la buena obra; la mañana, en cambio, la luz de la mente. Pues cuando una buena obra llega a la perfección, entonces en la mente del que obra surge la luz de la gracia espiritual; de modo que, mientras ejecuta exteriormente una obra luminosa, sea interiormente iluminado por la gracia misma del Espíritu.

Capítulo VII.

En la misma epístola.

Así, pues, se llega al Sábado, en el cual Dios mismo, habiendo consumado todas las cosas, descansa, y manda al hombre descansar. De este modo, pues, el hombre se convierte en el Sábado de Dios, y Dios en el Sábado del hombre, cuando él mismo está en Dios, y Dios descansa en él. «Permaneced», dice, «en mí, y yo en vosotros» (Juan 14). Pues Él mismo es para nosotros un tiempo intemporal y un lugar sin lugar. Sin lugar, es decir, porque no está circunscrito; intemporal, porque nunca se acaba. Él es, pues, tiempo para nosotros, cuando dice: «¿No hay doce horas en el día?» (Juan 11). A sí mismo, es decir, se llama el día; y a las doce horas, dice, son otros tantos apóstoles. Pero el lugar se expresa indudablemente allí donde el Profeta, habiendo dicho primero: «Pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán», añadió en seguida: «Los hijos de tus siervos habitarán» (Salmo 101); allí, sin duda, cuando estén en ti. Así pues, Dios hizo el cielo y la tierra, y no se dice que haya descansado. Hizo todas las cosas que se alimentan en la tierra y que se mueven en las aguas, y en ninguna de ellas se lee jamás que haya descansado; pero, una vez formado el hombre a su imagen, al punto amaneció el Sábado del reposo, y así descansó el Fundador del universo. Y aunque Él mismo dice por el profeta: «El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies» (Isaías 49), lo cual no se dice de la creación de aquellas cosas, se afirma que descansó solamente en la creación del hombre. Y para que te asombres más y más de la insigne dignidad de este día, dice la Escritura: «Porque bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó, porque en él había cesado de toda su obra» (Génesis 2); lo cual de ningún modo se encuentra que haya hecho en los demás días. Pues, ¿qué es para Dios santificar el Sábado, sino construir un templo para sí mismo en la mente de un varón santo y perfecto?

Sicut et Apostolus: «Templum, ait, Dei sanctum est, quod estis vos, et Spiritus sanctus habitat in vobis (I Cor. III).» Porro autem, sicut de Sabbato diximus, ita quoque ratio exigit ut de templo dicamus quia et Deus templum hominis, et homo est templum Dei; sicut in Apocalypsi Joannes ait: «Templum non vidi in ea: Deus enim omnipotens templum illius est et Agnus (Apoc. XXI).» Templum itaque hominis Deus; templum Dei fit homo. Hoc hominis templum, spiritualis est paradisus: mens scilicet sancta, mens perfecta, mens munda, atque ad sui Conditoris imaginem signanter expressa. Haec, inquam, mens, sive rationalis anima, jure dicitur paradisus, quae et coelestium charismatum est fluentis irrigua, et tanquam fertilium arborum vel herbarum, sic virentibus sanctarum virtutum vernat germinibus adornata. Fons enim ille sive fluvius, qui illic dicitur egredi de loco voluptatis ad irrigandum paradisum, quique dividitur in quatuor capita, ratio mentis est, ex qua velut originali fonte quatuor virtutes, justitia videlicet, fortitudo prudentia, similiter 82 et temperantia, quasi totidem salutiferi gurgites profluunt, qui terram nostri cordis fertilem reddunt. Lignum vero vitae, ipsa bonorum mater est sapientia; de qua et Salomon ait: «Lignum vitae est his qui apprehenderint eam, et qui tenuerit eam, beatus (Prov. I).» Lignum vero scientiae boni et mali, transgressio est legis indictae experimentumque miseriae. Sed quia nobis propositum non est exponere cuncta per ordinem, sufficiat hic succincte quae huic negotio competunt praelibasse.

Caput VIII.

In sermone de S. Columba.

Ad hoc Dei virtus exinanita est, ut infirma nostra firmaret; ad hoc sublimitas inclinata est, ut dejectos erigeret; ad hoc vita mori dignata est, ut mortis imperium destruens ad vitam mortuos revocaret. Quod nimirum etiam in ipso generis humani declaratur exordio. Scriptum est enim: «Quia misit Dominus soporem in Adam; cumque obdormisset, tulit unam de costis ejus, et replevit carnem pro ea; et aedificavit Dominus Deus costam, quam tulerat de Adam, in mulierem (Gen. II).» Super quo cum loqueretur Apostolus, dicens: «Relinquet homo patrem, et matrem suam, et adhaerebit uxori suae, et erunt duo in carne una,» praesto subjunxit: «Sacramentum hoc magnum est; ego autem dico in Christo et in Ecclesia (Ephes. V).» Et vere magnae virtutis indicium, mirandae profunditatis est sacramentum. Per Adam siquidem Christus, per Evam designatur Ecclesia.

Como también dice el Apóstol: «El templo de Dios es santo, que sois vosotros, y el Espíritu Santo habita en vosotros» (1 Corintios 3). Además, así como hemos hablado del Sábado, también la razón exige que hablemos del templo, porque Dios es el templo del hombre, y el hombre es el templo de Dios; como dice Juan en el Apocalipsis: «No vi en ella templo alguno, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo» (Apocalipsis 21). Dios, por tanto, es el templo del hombre; el hombre se convierte en el templo de Dios. Este templo del hombre es un paraíso espiritual: a saber, una mente santa, una mente perfecta, una mente pura, y expresada de manera significativa a imagen de su Creador. Esta mente, digo, o alma racional, con razón es llamada paraíso, la cual está regada por los arroyos de los carismas (*charismatum*) celestiales y, como árboles o plantas fértiles, está así adornada con los florecientes brotes de las santas virtudes. Pues aquella fuente o río, que se dice que sale del lugar del deleite para regar el paraíso, y que se divide en cuatro cabezas, es la razón de la mente, de la cual, como de una fuente original, las cuatro virtudes —a saber, justicia, fortaleza, prudencia e igualmente templanza— fluyen como otros tantos torrentes saludables que hacen fértil la tierra de nuestro corazón. El árbol de la vida, en verdad, es la sabiduría misma, madre de todos los bienes; de la cual también Salomón dice: «Árbol de vida es para los que la abrazan, y bienaventurado el que la retiene» (Proverbios 1). Pero el árbol de la ciencia del bien y del mal es la transgresión de la ley establecida y la experiencia de la miseria. Pero como no es nuestro propósito exponer todas las cosas en orden, baste aquí haber tratado sucintamente lo que compete a este asunto.

Capítulo VIII.

En un sermón sobre San Columba.

Para esto, la virtud de Dios se anonadó, para fortalecer nuestras flaquezas; para esto, la sublimidad se inclinó, para levantar a los caídos; para esto, la Vida se dignó morir, para que, destruyendo el imperio de la muerte, llamara a los muertos a la vida. Esto, ciertamente, se declara también en el mismo origen del género humano. Pues está escrito: «Porque el Señor envió un sopor sobre Adán; y, habiéndose dormido, tomó una de sus costillas y rellenó con carne en su lugar; y el Señor Dios edificó la costilla que había tomado de Adán en una mujer (Gén. II)». Sobre lo cual, hablando el Apóstol, dijo: «Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne», y al punto añadió: «Este es un gran sacramento; pero yo lo digo en Cristo y en la Iglesia (Efes. V)». Y verdaderamente es un sacramento, indicio de gran virtud y de admirable profundidad. Pues por Adán se designa a Cristo, y por Eva a la Iglesia.

Quid est autem quod prius Adam Dominus soporavit, deinde costam ex ejus latere, unde mulier formaretur, eduxit, nisi quia prius Redemptor noster in morte dormivit, sicque de latere ejus in Ecclesiae sacramentum sanguis et aqua profluxit? Translata est Eva de viri latere dormientis, exivit Ecclesia de latere Christi in cruce pendentis.

Sed quid est quod omnipotens Conditor, cum mulierem de viro, id est, fragilem sexum de fortiore propagare disponeret, non viri carnem, sed os potius ad faciendam feminam sibi voluit materiam exhibere? Potuit enim Deus homini carnem detrahere, unde femina formaretur, et hoc certe congruentius videretur; fiebat enim sexus debilior, qui nimirum consequentius de carnis infirmitate quam ex ossis procederet fortitudine: et, ut magis stupeas divini operis sacramentum, non pro osse os redditur, sed carne potius, quod in viri corpore vacabat, implevit. Unde Scriptura, cum dicit: «Tulit unam de costis ejus,» mox addit: «et replevit carnem pro ea (Gen. II).» Poterat nempe ad mulierem plasmandam carnem viro detrahere, poterat osse ossis dispendium immutilato corpore restaurare; sed os tulit, et carnem reddidit, sicque fragilem de virtute formavit. Debilis itaque factus est Adam, ut fortis fieret Eva: infirmatus est Christus, ut roboraretur Ecclesia; illius enim infirmitas, nostra est fortitudo, et ad hoc ille nostram pertulit infirmitatem, ut ad suam nos statueret fortitudinem. «Quod infirmum est Dei, ait Apostolus, fortius est hominibus (I Cor. I)» Et alibi: «Nam si crucifixus est Christus ex infirmitate, sed vivit ex virtute Dei.» Nam et si nos infirmi sumus in illo, sed vivimus in eo ex virtute Dei (II Cor. XIII).»

Enimvero saeculi hujus homines, qui bellorum ambiunt virtute clarescere, qui per ora vulgi suas optant victorias celebrari, cum ingressuri sunt praelium, in corpore suo quod infirmum est et molle, subjiciunt; quod durum est atque ad penetrandum difficile, superponunt: loricis quippe se ferreis induunt, et carnem, quae facile cedit ictui, custodire contendunt; ut illud durum ac forte, quod foris est, defendat molle, quod intus est. Redemptor autem noster cum hujusmodi campum pugnaturus ingreditur, cum ad debellandas aeris hujus nequitias fortis praeliator armatur, quia novum debebat instituere praelium, novum induit genus armorum: videlicet ut quod infirmum est superponeret, et quod robustum est occultaret. Loricam siquidem imbecillae carnis induit, et insuperabilem divinitatis fortitudinem occultavit. Sic, sic per carnem diabolus a secundo homine perdidit, qui per carnem dudum primum hominem superavit; eademque sibi nunc ruinae facta est causa, quae victoriae fuerat de primo parente materia.

Mas, ¿qué es que primero el Señor adormeció a Adán, y luego sacó de su costado una costilla, de donde se formaría la mujer, sino que primero nuestro Redentor durmió en la muerte, y así de su costado fluyeron sangre y agua como sacramento de la Iglesia? Eva fue trasladada del costado del varón durmiente; la Iglesia salió del costado de Cristo pendiente en la cruz.

Pero, ¿por qué el omnipotente Creador, cuando dispuso propagar a la mujer a partir del varón, es decir, el sexo frágil a partir del más fuerte, no quiso presentar la carne del varón, sino más bien su hueso, como materia para hacer a la mujer? Pues pudo Dios quitarle al hombre carne, de donde se formara la mujer, y esto ciertamente parecería más congruente; pues se hacía el sexo más débil, que sin duda procedería más consecuentemente de la flaqueza de la carne que de la fortaleza del hueso; y, para que te asombres más del sacramento de la obra divina, no se devuelve hueso por hueso, sino que más bien llenó con carne lo que en el cuerpo del varón quedaba vacío. De ahí que la Escritura, cuando dice: «Tomó una de sus costillas», añade al instante: «y rellenó con carne en su lugar (Gén. II)». Ciertamente, para plasmar a la mujer, podía quitarle carne al varón; podía restaurar la pérdida del hueso con hueso, sin mutilar el cuerpo; pero tomó hueso y devolvió carne, y así formó lo frágil a partir de la virtud. Así pues, Adán fue hecho débil para que Eva fuera hecha fuerte; Cristo fue debilitado para que la Iglesia fuera robustecida; pues la debilidad de Él es nuestra fortaleza, y para esto Él soportó nuestra debilidad, para establecernos en su fortaleza. «Lo que es debilidad de Dios», dice el Apóstol, «es más fuerte que los hombres (I Cor. I)». Y en otro lugar: «Pues si Cristo fue crucificado por debilidad, pero vive por el poder de Dios». Pues aunque nosotros seamos débiles en él, pero vivimos en él por el poder de Dios (II Cor. XIII).

En verdad, los hombres de este siglo, que ambicionan brillar por su virtud en las guerras, que desean que sus victorias sean celebradas por boca del vulgo, cuando van a entrar en combate, lo que en su cuerpo es débil y blando, lo ponen debajo; lo que es duro y difícil de penetrar, lo superponen: pues se visten con corazas de hierro y se esfuerzan por proteger la carne, que cede fácilmente al golpe, para que aquello duro y fuerte, que está por fuera, defienda lo blando, que está por dentro. Pero nuestro Redentor, cuando entra en tal campo para luchar, cuando como fuerte luchador se arma para vencer las maldades de este aire, como debía instituir un nuevo tipo de combate, se vistió con un nuevo género de armas: a saber, que superpuso lo que es débil y ocultó lo que es robusto. Pues se vistió con la coraza de la carne débil y ocultó la insuperable fortaleza de su divinidad. Así, así por la carne el diablo fue vencido por el segundo hombre, él que por la carne había vencido antaño al primer hombre; y la misma cosa que había sido materia de su victoria sobre el primer padre, se ha convertido ahora para él en causa de su ruina.

Frigus conceptum pectore vocem intercipere consuevit. Hoc denique frigus jam tunc ille conceperat, qui deambulanti Domino ad auram paradisi post meridiem raucis quodammodo vocibus respondebat: «Audivi, inquit, vocem tuam, et timui, eo quod nudus essem, et abscondi me (Gen. III).» Porro, quia meridianus ab illo jam fervor abierat, aura, quae frigoris est alumna, huc accedebat; quia et illum jam innocentia sublata nudaverat. Haec omnia quid aliud innuunt quam quod illius viscera exstincti amoris algor obstrinxerat, atque idcirco vox illius in auribus Domini raucum sonabat? Ab hoc plane frigore Abraham alienus exstiterat, de quo Scriptura pronuntiat: «Quoniam apparuit ei Dominus in ipso fervore diei (Gen. XVIII);» et Sponsus ille coelestis, sicut in Canticis legitur: «Pascit et cubat in meridie (Cant. I).»

Caput X.

In sermone S. Lucae.

Et beatus Lucas, ut expiari nos a nostris sceleribus per adventum nostri Salvatoris ostendat, non ab evangelicae narrationis exordio, sed a baptismo duntaxat Christi cognationis ordinem inchoat; quem per LXXVII cognationum gradus ascendendo describit. Quod etiam in libro Geneseos evidenter ostenditur, ubi Lamech uxoribus suis dixisse narratur: «Septuplum ultio dabitur de Cain (Gen. IV);» de Lamech 84 vero septuagies septies danda dicitur, quia LXXVII hominis de femoribus ejus perhibentur egressi, ac postmodum diluvio vorante referuntur absorpti. Sed quia Lamech percutiens sive percussus exprimitur, quid per hoc, nisi primus parens humani generis figuratur? qui nimirum peccati telum, quo primus ipse percussus interiit, universo quoque generi successurae posteritatis inflixit. De hoc ergo Lamech septuagies septies ultio data est, quia peccatum, quod primus homo contraxit, per LXXVII generationes in humano genere viguit usque ad Christum, siquidem peccatum originale permansit, quod ipse per baptismi sui, unde Lucas incipit, sacramenta delevit: ubi videlicet de illo dicitur: «Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi (Joan. I).»

Arcam, quae octo animas inter cataclysmi fluenta continuit, intrinsecus et extrinsecus liniri bitumine vox divina praecepit. Sancta scilicet Ecclesia, quae ad resurrectionis gloriam tendit, sic intra et extra bitumine linitur, ut et foris blandiatur in fraterna dulcedine, et intus cohaereat in dilectionis mutuae veritate. Quisquis enim intus amat, sed foris a fratribus morum inconsona asperitate discordat, intrinsecus quidem bitumen habet, sed extrinsecus non habet.

El frío concebido en el pecho suele cortar la voz. Este frío, pues, ya lo había concebido entonces aquel que, al Señor que paseaba en la brisa del paraíso después del mediodía, respondía con voz en cierto modo ronca: «Oí, dijo, tu voz, y tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí (Gén. III)». Además, como el fervor del mediodía ya se había alejado de él, se acercó la brisa, que es hija del frío; porque también a él la inocencia perdida ya lo había desnudado. ¿Qué otra cosa insinúan todas estas cosas sino que el frío del amor extinguido había atenazado sus entrañas, y por eso su voz sonaba ronca a los oídos del Señor? De este frío, ciertamente, fue ajeno Abraham, de quien la Escritura declara: «Pues se le apareció el Señor en el mismo ardor del día (Gén. XVIII)»; y aquel Esposo celestial, como se lee en los Cantares: «Apacienta y reposa al mediodía (Cant. I)».

Capítulo X.

Sobre el discurso de San Lucas.

Y el bienaventurado Lucas, para mostrar que somos expiados de nuestros pecados por el advenimiento de nuestro Salvador, no comienza el orden del linaje desde el principio de la narración evangélica, sino solamente desde el bautismo de Cristo; el cual describe ascendiendo a través de setenta y siete grados de parentesco. Esto también se muestra evidentemente en el libro del Génesis, donde se narra que Lamec dijo a sus esposas: 'Siete veces será vengado Caín (Gén. IV);' pero de Lamec se dice que la venganza se dará setenta y siete veces, porque se afirma que setenta y siete hombres salieron de sus lomos, y se refiere que posteriormente fueron absorbidos por el diluvio devorador. Pero como Lamec se interpreta como 'el que hiere' o 'el herido', ¿qué se figura por esto, sino el primer padre del género humano? Quien, en efecto, infligió el dardo del pecado, por el cual él mismo fue el primero en ser herido y pereció, también a todo el linaje de su posteridad venidera. Por tanto, de este Lamec se tomó venganza setenta y siete veces, porque el pecado que el primer hombre contrajo prevaleció en el género humano durante setenta y siete generaciones hasta Cristo, puesto que permaneció el pecado original, que Él mismo borró por los sacramentos de su bautismo, desde donde Lucas comienza: donde, ciertamente, se dice de Él: 'He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Juan I).'

La voz divina mandó que el arca, que contuvo ocho almas entre las corrientes del cataclismo, fuera untada con betún por dentro y por fuera. A saber, la Santa Iglesia, que tiende a la gloria de la resurrección, es así untada con betún por dentro y por fuera, para que por fuera halague con dulzura fraterna y por dentro se mantenga unida en la verdad del amor mutuo. Pues quien ama por dentro, pero por fuera discorda de los hermanos por la aspereza disonante de sus costumbres, ciertamente tiene betún por dentro, pero no lo tiene por fuera.

Quisquis vero se specie tenus affabilem praebet, amicitiam simulat, sed in cordis occulto veritatem amicitiae non conservat, damnabiliter intus hiat, cum forinsecus superducti bituminis simulatione cohaereat. Quorum videlicet a diluviali naufragio neuter eripitur, quia duplici charitatis bitumine, ut divinitus praeceptum est, non munitur. Qui autem et se foris praebet amabilem et intus conservat amorem, foris cum ramis verbi fructus exhibet beneficii, intus altam radicem figit, quia medullitus diligit; hic profecto et intus et extra bitumine linitur, quia duplici charitatis glutino cum proximis foederatur. Porro autem quia de lignis laevigatis prius fieri arca praecipitur, et sic deinceps ut bitumine liniatur, per hoc aperte nobis innuitur ut ligna nostra, duri videlicet mores et inculti, prius debeant poliri per spiritualis exercitii disciplinam, ut compactae dehinc fabricae bitumen accedat. Enimvero quandiu mores hominum asperi sunt et inculti, inaniter eis charitatis gluten apponitur, quoniam ab invicem cito dissiliunt, dum in eis politae mortalitatis aequata confoederatio non tenetur.

Crucis mysterium illa in se diluvii arca continuit, cujus longitudinem trecentorum fuisse cubitorum Scriptura definit. Qui videlicet numerus in Thau littera, quae crucis exprimit speciem, continetur. Porro sicut Noe cum suis per aquam lignumque salvatur, sic et Christi familia aqua salvatur et ligno, dum et baptismo salutis abluitur, et vivificae crucis impressione signatur. Quae videlicet arca, ut in sacramento Christi humani corporis videatur aequiparare mensuram, trecentos habuisse cubitos in longitudine, quinquaginta in latitudine, triginta vero in altitudine perhibetur. Trecenti namque quinquagenarium numerum sexies, et tricenarium in se decies includunt; et humani corporis longitudo, a vertice videlicet usque ad pedes, sexies tantum habet, quam latitudo quae est ad dexteram usque ad sinistram, et decies tantum quam altitudo quae est ante et retro. Sic nimirum arca et in trecentenario longitudinis suae numero speciem crucis, et in totius suae dimensionis habitudine figuram tenet Dominici corporis; et, sicut septem animae donantur Noe, ut per lignum salventur in undis, sic septem Ecclesiae septiformi Spiritu repletae salvantur in Christo per lignum crucis et aquam baptismatis. Per lignum nempe nos servituti princeps superbiae subdidit; per lignum hoc humilitatis Auctor in libertatis titulos revocavit.

Pero quien se muestra afable solo en apariencia, simula la amistad, mas en lo oculto del corazón no conserva la verdad de la amistad, se resquebraja condenablemente por dentro, mientras que por fuera se mantiene unido por la simulación del betún superpuesto. De estos, ciertamente, ninguno es rescatado del naufragio diluvial, porque no está fortalecido con el doble betún de la caridad (*charitas*), como fue divinamente ordenado. Mas el que se muestra amable por fuera y conserva el amor por dentro, por fuera con las ramas de la palabra muestra el fruto del beneficio, por dentro fija una raíz profunda, porque ama desde la médula; este, en verdad, está untado con betún por dentro y por fuera, porque está unido a sus prójimos con el doble pegamento de la caridad. Además, como se manda que el arca se haga primero de maderas pulidas, y solo después se unte con betún, con esto se nos insinúa abiertamente que nuestras maderas —es decir, nuestras costumbres duras e incultas— deben ser primero pulidas por la disciplina del ejercicio espiritual, para que luego el betún se añada a la estructura compactada. En efecto, mientras las costumbres de los hombres son ásperas e incultas, en vano se les aplica el pegamento de la caridad, puesto que rápidamente se separan unos de otros, mientras no se mantenga entre ellos una confederación igualitaria de vida pulida.

El arca del diluvio contuvo en sí el misterio de la cruz, cuya longitud la Escritura define como de trescientos codos. Este número, ciertamente, se contiene en la letra Tau, que expresa la forma de la cruz. Además, así como Noé con los suyos se salva por el agua y el madero, así también la familia de Cristo se salva por el agua y el madero, al ser lavada por el bautismo de salvación y sellada con la impronta de la cruz vivificante. Dicha arca, para que en el sacramento del cuerpo humano de Cristo pareciera igualar su medida, se dice que tuvo trescientos codos de longitud, cincuenta de anchura y treinta de altura. Pues trescientos contiene el número cincuenta seis veces, y el treinta diez veces; y la longitud del cuerpo humano, es decir, desde la coronilla hasta los pies, es seis veces su anchura, que va de derecha a izquierda, y diez veces su profundidad, que va de adelante hacia atrás. Así, ciertamente, el arca contiene en el número trescientos de su longitud la forma de la cruz, y en la proporción de toda su dimensión, la figura del cuerpo del Señor; y, así como siete almas son dadas a Noé para ser salvadas por el madero sobre las olas, así las siete Iglesias, llenas del Espíritu septiforme, son salvadas en Cristo por el madero de la cruz y el agua del bautismo. Pues por un madero el príncipe de la soberbia nos sometió a la servidumbre; por este madero el Autor de la humildad nos ha llamado de nuevo a los títulos de la libertad.

«Quindecim cubitis altior fuit aqua super omnes montes, quos operuerat (Gen. VII).» Quindenarius plane numerus, quia ex septem constat et octo, mysterium in se continet beatae quietis et futurae resurrectionis, quoniam omnipotens Deus et octavo die cum mundum conderet, requievit, et octavo cum redimeret, resurrexit; virtusque hujus numeri sacramentum continet specialiter in baptismo, ubi scilicet et novi de vetustate resurgimus, et deinceps quiescere a mundani strepitus perturbatione jubemur. Hoc denique septimae quietis et octavae resurrectionis mysterium non intelligunt qui vel gloriae mundanae jactantia, vel terrenae sapientiae vanitatibus intumescunt. Unde aperte hic dicitur quia «quindecim cubitis altior fuit aqua super omnes montes, quos operuerat;» montes scilicet, superbos significant et elatos. Altum ergo atque profundum resurrectionis et quietis intimae sacramentum omnem transcendit intellectum sapientium superborum.

«Reversae sunt aquae super terram euntes et redeuntes, et coeperunt minui post centum quinquaginta dies (Gen. VIII).» Quoniam in generationis nostrae mysterio septima requies cum octava resurrectionis conjungitur, bene in Genesis libro dicitur quia reversae fuerunt aquae de terra, et coeperunt minui post centum quinquaginta dies. Septuaginta namque, quia septem, et octoginta, qui ab octo dinumerantur, simul juncti, centum quinquaginta faciunt.

«Requievit arca, mense septimo, vicesima septima die mensis, super montes Armeniae (Gen. VIII),» quia nimirum septenarii requies bene in baptismo commendatur. Quod videlicet per diluvium illud figuratum esse dignoscitur, in quo, novi de vetustate resurgentes, deinceps quiescere a mundani strepitus perturbatione jubemur.

In hujus quippe mundi salo justi laborant, ubi suam reprobi possident requiem. Quam videlicet diversitatem bene corvus ex arca dimissus, et columba significant. «Corvus» quippe «cadaveribus insidens ad arcae claustra non rediit; columba autem reversa est, quia ubi pes ejus requiesceret non invenit (Gen. VIII).» Hic enim ubi pravi quique carnalibus se voluptatibus satiant, sancti viri reperire nequeunt ubi ad quiescendum desiderii sui pedem ponant.

Caput XVII

In sermone in coena Domini.

«Quince codos más alta estuvo el agua sobre todos los montes, que había cubierto (Gén. VII).» El número quindenario, claramente, porque consta de siete y ocho, contiene en sí el misterio del beato reposo y de la futura resurrección, puesto que Dios omnipotente, al fundar el mundo, descansó en el octavo día, y al redimirlo, resucitó en el octavo; y la virtud de este número contiene un sacramento (*sacramentum*) especialmente en el bautismo, donde, ciertamente, resurgimos como nuevos de lo viejo, y se nos manda en adelante descansar de la perturbación del estrépito mundano. Este misterio, pues, del séptimo reposo y de la octava resurrección, no lo entienden quienes se engríen ya sea por la jactancia de la gloria mundana o por las vanidades de la sabiduría terrena. Por eso aquí se dice abiertamente que «quince codos más alta estuvo el agua sobre todos los montes, que había cubierto»; los montes, ciertamente, significan a los soberbios y a los engreídos. Por tanto, el alto y profundo sacramento de la resurrección y del reposo íntimo trasciende todo el entendimiento de los sabios soberbios.

«Las aguas volvieron de sobre la tierra, yendo y viniendo, y comenzaron a disminuir después de ciento cincuenta días (Gén. VIII).» Puesto que en el misterio de nuestra generación el séptimo descanso se une con el octavo de la resurrección, bien se dice en el libro del Génesis que las aguas volvieron de la tierra y comenzaron a disminuir después de ciento cincuenta días. Pues setenta, porque deriva de siete, y ochenta, que se cuenta a partir del ocho, unidos, hacen ciento cincuenta.

«Y reposó el arca en el mes séptimo, el día veintisiete del mes, sobre los montes de Armenia (Gén. VIII),» porque, ciertamente, el descanso del septenario se elogia con razón en el bautismo. Esto se reconoce como figurado por aquel diluvio, en el cual, resurgiendo nuevos de la vejez, se nos manda en adelante descansar de la perturbación del estrépito mundano.

Ciertamente, en el mar de este mundo los justos trabajan, donde los réprobos poseen su descanso. Esta diversidad, ciertamente, la significan bien el cuervo enviado desde el arca y la paloma. «Pues el cuervo, posándose sobre los cadáveres, no regresó al recinto del arca; mas la paloma regresó, porque no encontró dónde su pie pudiera descansar (Gén. VIII).» Pues aquí, donde todos los malvados se sacian con placeres carnales, los varones santos no pueden encontrar dónde poner el pie de su deseo para descansar.

Capítulo XVII.

En el sermón sobre la Cena del Señor.

Dum mundi crimina diluvio quondam expiarentur effuso, futuri muneris columba similitudinem praetulit, cum per olivae ramum pacem terris redditam nuntiavit. Ait enim Scriptura: «Exspectatis autem septem diebus aliis, rursum dimisit Noe columbam ex arca: at illa venit ad eum ad vesperam, portans ramum olivae virentibus foliis in ore suo (Gen. VIII).» In emissione ac reversione columbae septenarius numerus ponitur, quia septem esse procul dubio Spiritus sancti dona noscuntur. Vespertina vero hora ad arcam columba revertitur, quia Spiritus sanctus, qui in mundi principio ferebatur super aquas, jam vesperascente saeculo sanctam replevit Ecclesiam.

«Cum profiscerentur de Oriente, invenerunt campum in terra Sennaar, et habitaverunt in eo, dixitque alter ad proximum suum: Venite, faciamus lateres, et coquamus eos igni: habueruntque lateres pro saxis, et bitumen pro coemento (Gen. XI).» Porro autem cum Christus vere sit Oriens, propheta testante, qui ait: «Ecce vir, Oriens nomen ejus (Zach. VI),» de Oriente veniunt qui a Christi consortio, male vivendo, vel proximos lacerando, recedunt. Sennaar interpretatur excussio dentium, sive foetor eorum. In campo igitur Sennaar habitant qui, non constituti in arce virtutum sed potius in convalle vitiorum, et dentes excutiunt, ut proximos suos 87 detractionibus quasi mordicus rodant, et foetores emittunt, dum in coenosae conversationis squaloribus computrescunt. Sed eorum dentes Deus omnipotens excutit, dum perversorum quorumlibet et facta similiter et verba confundit. Unde et illic dicitur: «Idcirco vocatum est nomen ejus Babel (Gen. XI);» quia ibi confusum est labium universae terrae, et ideo dispersit eos Dominus super facie caeterarum regionum. Recte ergo dicitur, quia superbi illi homines ac vanae gloriae captatores, nimirum dicentes ad alterutrum: Venite, faciamus nobis civitatem, et turrim, cujus culmen pertingat ad coelum, et celebremus nomen nostrum, antequam dividamur in universas terras; et habitaverunt in campo Sennaar: quod apud nos, sicut dictum est, sonat excussio dentium, vel fetor eorum. Quoniam perversi quique, dum contra divinae legis mandata superbiunt, dum adversus Dominum cervicem cordis arroganter attollunt, et proximis nonnunquam damnabiliter detrahunt, et ipsi proclivius in obscenae vitae sterquilinio volutantur. Et de excussione quidem dentium per David dicitur: «Tu percussisti omnes adversantes mihi sine causa; dentes peccatorum contrivisti (Psal. III).» Et alibi: «Deus conteret dentes eorum in ore ipsorum, molas leonum confringet Dominus (Psal. LVII).» De fetore quoque eorum alius propheta dicit: «Computruere jumenta in stercore suo (Joel. I).» Et Isaias: «Erit, inquit, pro suavi odore fetor (Isa. III).»

Mientras los crímenes del mundo eran expiados en otro tiempo por el diluvio derramado, una paloma prefiguró la semejanza de un don futuro, cuando anunció, por medio de una rama de olivo, que la paz había sido devuelta a la tierra. Pues dice la Escritura: «Y habiendo esperado otros siete días, Noé envió de nuevo la paloma desde el arca; y ella vino a él por la tarde, llevando en su boca una rama de olivo con hojas verdes (Gén. VIII)». En el envío y regreso de la paloma se pone el número siete, porque sin duda se sabe que son siete los dones del Espíritu Santo. Mas la paloma regresa al arca a la hora vespertina, porque el Espíritu Santo, que en el principio del mundo se cernía sobre las aguas, ha llenado ahora a la santa Iglesia al atardecer del siglo.

"Cuando partieron del Oriente, encontraron una llanura en la tierra de Senaar, y habitaron en ella. Y se dijo el uno al otro: Venid, hagamos ladrillos y cozámoslos con fuego. Y tuvieron ladrillos por piedras, y betún por cemento (Gén. XI)." Además, puesto que Cristo es verdaderamente el Oriente (Oriens), como testifica el profeta que dice: "He aquí el varón, Oriente es su nombre" (Zac. VI), vienen del Oriente quienes se apartan de la compañía de Cristo, viviendo mal o difamando a sus prójimos. Senaar se interpreta como el crujir de dientes, o su hedor. Por lo tanto, habitan en la llanura de Senaar quienes, no establecidos en la ciudadela de las virtudes sino más bien en el valle de los vicios, rechinan los dientes para roer a sus prójimos con detracciones como a mordiscos, y emiten hedores mientras se pudren en la inmundicia de una vida cenagosa. Pero Dios omnipotente les arranca los dientes, cuando confunde tanto las obras como las palabras de cualesquiera perversos. De donde también allí se dice: "Por eso fue llamado su nombre Babel" (Gén. XI); porque allí fue confundida la lengua de toda la tierra, y por eso el Señor los dispersó sobre la faz de las demás regiones. Rectamente, pues, se dice que aquellos hombres soberbios y buscadores de vanagloria, que se decían unos a otros: 'Venid, edifiquemos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo, y hagamos célebre nuestro nombre, antes de que seamos dispersados por todas las tierras'; habitaron en la llanura de Senaar: lo cual para nosotros, como se ha dicho, significa el crujir de dientes, o su hedor. Puesto que todos los perversos, mientras se ensoberbecen contra los mandatos de la ley divina, mientras levantan con arrogancia la cerviz de su corazón contra el Señor, y a veces detractan condenablemente de sus prójimos, ellos mismos se revuelcan más fácilmente en el estercolero de una vida obscena. Y sobre el crujir de dientes, ciertamente, se dice por medio de David: 'Tú has golpeado a todos los que se me oponen sin causa; has quebrado los dientes de los pecadores' (Sal. III). Y en otro lugar: 'Dios quebrantará sus dientes en su boca, el Señor romperá las muelas de los leones' (Sal. LVII). También sobre su hedor, otro profeta dice: 'Se pudrieron los jumentos en su propio estiércol' (Joel I). E Isaías: 'Habrá', dice, 'hedor en lugar de suave olor' (Is. III).

Enimvero quisquis vult aedificium condere quod facile ruinae non sit obnoxium, necesse est eum non lateres et bitumen habere, quae repente dissiliant; sed lapides potius ac saxa, quae parietes erigant, et calcis ac sabuli caementum, quod ipsos parietes inviolata lapidum compage constringat. Quod ergo jam dicti Babylonii lateres pro saxis et bitumen habuerant pro caemento, carnalis vitae significat aedificium, ad vim ventorum vel impetum fluminum quantocius obruendum.

«Prudentia hujus mundi inimica est Deo: legi enim Dei non subjicitur nec enim potest (Rom. VIII).» Hinc est quod, sicut in libro Genesis dicitur quod quinque reges, qui subesse noluerunt Chodorlahomor, a quatuor regibus superati sunt, et ubi? in valle Silvestri, quae nunc est mare salis (Gen. XIV). Qui sunt enim quatuor reges, nisi quatuor virtutes, quas Scriptura sacra nominat principales? Quid vero per quinque reges, nisi totidem sensus corporis, ac per eos exterior scientia designatur? Sicut autem illae quatuor virtutes velut ex originali matris suae, rationis scilicet fonte procedunt; sic istae in terrenae sapientiae vanitate, velut in convalle salsuginis immorantur, ibique a suis hostibus sunt prostrati, quia dignum est ut in anima hominis spiritualis sapientia vincat et carnalis prudentiae calliditas pereat. Hinc et de David legitur quia fecit sibi nomen 88 cum reverteretur, capta Syria, in valle Salinarum caesis duodecim millibus (II Reg. I).

«Qui tollens,» inquit Scriptura, «universa haec, divisit ea per medium, et utriusque partes contra se altrinsecus posuit; aves autem non divisit (Gen. XV).» Terrena quidem animalia contra se et altrinsecus opponuntur; quia terreni quique contra proximos jurgiis et contentionibus saeviunt, vel certe occultis adversus eos odiorum fomitibus inardescunt. At contra, qui sese in altum coelestis desiderii pluma sustollunt, dum sacrificium Deo semetipsos offerunt, a mutuae dilectionis glutino non recedunt.

Caput XXI.

In epistola ad Desiderium abbatem Cusinensem.

Maligni spiritus, vel orationes nostras pravis cogitationibus polluere, vel opera bona peccati cujuslibet attaminatione corrumpere nituntur. Unde scriptum est quia, «cum Abraham Deo sacrificium de pecoribus et volucribus devotus offeret, descenderunt volucres super cadavera, et abigebat eas Abraham (Gen. XV).» Quid enim exprimunt volucres, nisi reprobos spiritus per aera volitantes? Volucres ergo a sacrificio nostro repellimus, cum orationem, seu operum nostrorum victimas, a malignis spiritibus eos foedare tentantibus, provide custodimus.

En verdad, quienquiera que desee construir un edificio que no esté fácilmente expuesto a la ruina, es necesario que no tenga ladrillos y betún, que de repente se desmoronan; sino más bien piedras y rocas, que levanten los muros, y un cemento de cal y arena, que una los mismos muros con una trabazón inviolada de piedras. El hecho, por tanto, de que los mencionados babilonios tuvieran ladrillos por piedras y betún por cemento, significa un edificio de vida carnal, destinado a ser derribado lo más rápidamente posible por la fuerza de los vientos o el ímpetu de los ríos.

«La prudencia de este mundo es enemiga de Dios, pues no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo (Rom. VIII).» De ahí que, como se dice en el libro del Génesis, los cinco reyes que no quisieron someterse a Quedorlaomer fueron vencidos por cuatro reyes, ¿y dónde? En el valle Silvestre, que ahora es el mar de la Sal (Gén. XIV). Pues, ¿quiénes son los cuatro reyes, sino las cuatro virtudes que la Sagrada Escritura llama principales? ¿Y qué se designa por los cinco reyes, sino otros tantos sentidos del cuerpo, y por ellos, la ciencia exterior? Así como, en efecto, aquellas cuatro virtudes proceden como de la fuente original de su madre, a saber, la razón; así estas se demoran en la vanidad de la sabiduría terrena, como en un valle de salinidad, y allí son postradas por sus enemigos, porque es digno que en el alma del hombre venza la sabiduría espiritual y perezca la astucia de la prudencia carnal. De ahí también se lee de David que se hizo un nombre 88 cuando regresó, tras capturar Siria, habiendo matado a doce mil en el valle de la Sal (II Reg. I).

«Tomando», dice la Escritura, «todas estas cosas, las dividió por la mitad, y puso las partes de cada una una frente a la otra; mas no dividió las aves (Gén. XV)». Ciertamente, los animales terrenos se oponen entre sí y unos contra otros; porque todos los hombres terrenos se enfurecen contra sus prójimos con riñas y contiendas, o ciertamente arden con ocultas yescas de odio contra ellos. Mas, por el contrario, quienes se elevan a lo alto con la pluma del deseo celestial, mientras se ofrecen a sí mismos como sacrificio a Dios, no se apartan del pegamento del amor mutuo.

Capítulo XXI.

En una epístola a Desiderio, abad de Montecasino.

Los espíritus malignos se esfuerzan, o bien en manchar nuestras oraciones con pensamientos perversos, o bien en corromper nuestras buenas obras con la contaminación de cualquier pecado. De donde está escrito que, «mientras el devoto Abrahán ofrecía a Dios un sacrificio de ganados y aves, descendieron aves sobre los cadáveres, y Abrahán las ahuyentaba (Gén. 15)». Pues, ¿qué representan las aves, sino los espíritus réprobos que vuelan por el aire? Por tanto, ahuyentamos las aves de nuestro sacrificio cuando custodiamos prudentemente nuestra oración, o las ofrendas de nuestras obras, de los espíritus malignos que intentan mancharlas.

Caput XXII

Ad Alexandrum papam; ubi conqueritur de insolentia pravorum hominum.

«Cum sol occumberet, sopor irruit super Abraham, et horror magnus et tenebrosus invasit eum (Gen. XV).» Solis occubitus mundi designat casum: horror vero magnus et tenebrosus vitiorum figurat criminumque caliginem: quae quotidie pestilenter inhorrescunt per aestuantem reproborum hominum pravitatem. Unde et illic paulo post additur: «Cum ergo occubuisset sol, facta est caligo tenebrosa, et apparuit clibanus fumans.» Sicut enim fumus ex igne clibani vaporantis egreditur, ita vitiorum omnium flagitiorumque caligo de camino aestuantis avaritiae generatur. Sicut dixit Apostolus: «Quia radix omnium malorum avaritia est (I Tim. VI).» Et hoc circa finem diei, hoc est, circa terminum mundi. Fumans ergo clibanus tenebrosam caliginem generat, quia caminus avaritiae, qui in pravorum hominum pectoribus aestuat, multis perversitatum tenebris mundum pestilenter obscurat. An non mentes infelicium caecat [deest luxuria, cupiditas aut quid simile, aut avaritia], quae scilicet et fidem tollit, et omnium virtutum in eorum cordibus lumen exstinguit? Unde, cum illud praemisisset Apostolus, praesto subintulit: «Quam videlicet avaritiam quidam appetentes erraverunt 89 a fide, et inseruerunt se doloribus multis (I Tim. VI).» Multo quippe se doloribus inserunt, dum propter temporalia lucra infoederabili a se invicem simultate dissiliunt; et plerumque, dum pro corporalibus in arma concurrunt, corporibus animas exuunt. Qui vero solis coelestibus inardescunt, pro doloribus, oblectationibus potiuntur, quia in fraternae charitatis dulcedine unanimiter vivunt. Hinc est quod in illo sacrificio vespertino, quod tunc Abraham obtulit, pecora quidem terrena ab invicem sequestrata posuit, sed volatilia non adjunxit. Unde Scriptura: «Qui tollens, inquit, universa haec, divisit ea per medium, et utriusque partes altrinsecus contra se posuit; aves autem non divisit (Gen. XV).»

Si Creatoris nostri facta vigilanter attendamus, ad credenda cujuslibet mala fidem adhibere facile non debemus; ipse enim, cujus oculis nuda et aperta sunt omnia, non dedignatus est, cum loqueretur ad Abraham super Sodomorum clamore, qui ad eum venerat dicere: «Descendam, et videbo utrum clamorem, qui venit ad me, opere compleverint; annon est ita, ut sciam?» (Gen. XI.) Quod profecto ad nil aliud dictum videtur, nisi ut humana doceatur ignorantia, sine experimentis audita, non credere, incognita non leviter judicare, nec ante sententiam promere quam rem dubiam testimoniis approbare.

Capítulo XXII.

Al papa Alejandro; donde se queja de la insolencia de los hombres malvados.

"Cuando el sol se ponía, un profundo sueño cayó sobre Abraham, y un horror grande y tenebroso lo invadió (Gén. XV)." La puesta del sol designa la caída del mundo; mas el horror grande y tenebroso figura la oscuridad de los vicios y de los crímenes, la cual cada día crece pestilentemente por la hirviente maldad de los hombres réprobos. De donde también se añade allí poco después: "Y cuando el sol se hubo puesto, se produjo una oscura niebla, y apareció un horno humeante". Pues así como el humo sale del fuego de un horno que echa vapor, así la oscuridad de todos los vicios y crímenes es generada por la chimenea de la avaricia hirviente. Como dijo el Apóstol: "Porque la raíz de todos los males es la avaricia (I Tim. VI)". Y esto hacia el final del día, es decir, hacia el fin del mundo. El horno humeante, por tanto, genera una oscura niebla, porque la chimenea de la avaricia, que hierve en los pechos de los hombres malvados, oscurece pestilentemente el mundo con las muchas tinieblas de las perversidades. ¿Acaso [la avaricia] no ciega las mentes de los infelices, la cual ciertamente quita la fe y extingue en sus corazones la luz de todas las virtudes? De donde, habiendo el Apóstol dicho lo anterior, añadió prontamente: "La cual avaricia, codiciándola algunos, se desviaron de la fe y se vieron envueltos en muchos dolores (I Tim. VI)". Ciertamente se enredan en muchos dolores, mientras que por ganancias temporales se separan unos de otros con una rivalidad irreconciliable; y muy a menudo, mientras corren a las armas por cosas corporales, despojan a sus almas de sus cuerpos. Pero aquellos que arden solo por las cosas celestiales, en lugar de dolores, obtienen deleites, porque viven unánimemente en la dulzura de la caridad fraterna. De aquí que en aquel sacrificio vespertino que Abraham ofreció entonces, ciertamente colocó las bestias terrenas separadas unas de otras, pero no juntó las aves. De donde dice la Escritura: "El cual, tomando todo esto, lo dividió por el medio, y puso las dos partes de cada uno una contra la otra; mas no dividió las aves (Gén. XV)".

Si atendemos vigilantemente a los hechos de nuestro Creador, no debemos dar crédito fácilmente a los males de cualquiera; pues Él mismo, ante cuyos ojos todas las cosas están desnudas y patentes, no desdeñó, al hablar con Abraham sobre el clamor de los sodomitas que había llegado hasta Él, decir: «Bajaré y veré si han consumado en obra el clamor que ha llegado hasta mí; o si no es así, para que yo lo sepa» (Gén. XI.). Lo cual, en verdad, no parece haber sido dicho por ninguna otra razón, sino para que la ignorancia humana sea enseñada a no creer lo oído sin pruebas, a no juzgar a la ligera lo desconocido, ni a pronunciar sentencia antes de comprobar con testimonios un asunto dudoso.

«Et ecce,» inquit Scriptura, «miserunt manum viri, et introduxerunt ad se Loth, clauseruntque ostium; et eos, qui foris erant, percusserunt caecitate a minimo usque ad maximum, ita ut ostium invenire non possent (Gen. XIX).» Sodomitae namque ad angelos conantur violenter irrumpere, cum immundi homines ad Dominum tentant per sacri ordinis officia propinquare. Sed ii profecto caecitate percutiuntur; quia justo Dei judicio in tenebras interiores cadunt, ita ut nec ostium invenire praevaleant, quia a Deo peccando divisi, unde ad eum revertantur, ignorant. Qui enim non per humilitatis iter, sed per arrogantiae et tumoris anfractus ad Dominum accedere gestiunt, patet profecto, quia unde ingressionis aditus pateat, non agnoscunt. Vel quia ostium Christus est, sicut ipse dicit: «Ego sum ostium (Joan. X).» Qui Christum exigentibus peccatis amittunt, quasi intrare coelestium civium habitaculum possint, estium non inveniunt. In reprobum ergo sensum traditi sunt, quia, dum reatus sui pondus in propriae mentis statera subtili consideratione non trutinant, gravissimam plumbi massam pennarum inanium levitatem putant. Quod ergo illic dicitur: «Percusserunt eos, qui foris erant, caecitate;» hoc 90 Apostolus manifeste declarat, cum dicit: «Tradidit eos Deus in reprobum sensum.» Et quod illic subjungitur: «Ut ostium invenire non possent;» hoc iste patenter exponit, cum ait: «Ut faciant quae non conveniunt (Rom. I);» ac si diceret, ut intrare tentent, unde non debent.

Caput XXV.

In sermone de inventione sanctae crucis.

Abraham dum immolare Deo filium voluit, cuncta pene per ordinem passionis Christi sacramenta signavit. Sicut enim Abraham, qui pater excelsus dicitur, unicum et dilectum filium offerre Deo non dubitavit; ita et summus Pater unigenitum Filium pro nobis omnibus tradidit. Et sicut Isaac ipse sibi ligna portavit, quibus erat imponendus (Gen. XXII); ita quoque Christus crucis suae gestavit in humeris lignum, in quo erat pro nostra salute passurus. Duo autem servi illi procul dimissi Judaeos significant; qui cum serviliter viverent et carnaliter saperent, non intellexerunt altissimam humilitatem Christi, atque ideo ascenderunt in montem, locum videlicet sacrificii. Cur autem duo servi, nisi quia, peccante Salomone, ex una Israelitica plebe duo facti sunt populi? (III Reg. XI.) Quibus utique saepe per Prophetam dicitur: «Adversatrix Israel et praevaricatrix Juda (Jer. III).»

«Y he aquí», dice la Escritura, «los varones alargaron la mano, e introdujeron a Lot consigo, y cerraron la puerta; y a los que estaban fuera, los hirieron con ceguera desde el menor hasta el mayor, de modo que no podían hallar la puerta (Gén. XIX)». Pues los sodomitas intentan irrumpir violentamente hacia los ángeles, así como los hombres inmundos intentan acercarse al Señor a través de los oficios del orden sagrado. Pero estos, en verdad, son heridos de ceguera; porque por el justo juicio de Dios caen en tinieblas interiores, de modo que ni siquiera pueden hallar la puerta, porque, separados de Dios por el pecado, ignoran por dónde han de volver a él. Pues quienes anhelan acercarse al Señor no por el camino de la humildad, sino por los tortuosos senderos de la arrogancia y la soberbia, es ciertamente evidente que no reconocen por dónde se abre el acceso para entrar. O porque Cristo es la puerta, como él mismo dice: «Yo soy la puerta (Jn. X)». Quienes pierden a Cristo por sus pecados acuciantes, como si pudieran entrar en la morada de los ciudadanos celestiales, no encuentran la puerta. Son, por tanto, entregados a un sentido réprobo, porque, al no sopesar con sutil consideración el peso de su propia culpa en la balanza de su propia mente, consideran que una pesadísima masa de plomo es la levedad de plumas vacías. Lo que, por tanto, se dice allí: «Hirieron con ceguera a los que estaban fuera», esto el Apóstol lo declara manifiestamente cuando dice: «Los entregó Dios a un sentido réprobo». Y lo que allí se añade: «De modo que no podían hallar la puerta», esto él lo expone patentemente cuando dice: «Para que hagan lo que no conviene (Rom. I)»; como si dijera, que intentan entrar por donde no deben.

Capítulo XXV.

En un sermón sobre la invención de la santa cruz.

Cuando Abraham quiso inmolar a su hijo a Dios, significó casi todos los sacramentos de la pasión de Cristo en orden. Pues así como Abraham, que es llamado "padre excelso", no dudó en ofrecer a su único y amado hijo a Dios, así también el sumo Padre entregó a su Hijo unigénito por todos nosotros. Y así como el mismo Isaac llevó para sí la leña sobre la cual iba a ser puesto (Gén. 22), así también Cristo llevó sobre sus hombros el madero de su cruz, en el cual iba a padecer por nuestra salvación. Ahora bien, aquellos dos siervos dejados a distancia significan a los judíos; los cuales, como vivían de manera servil y pensaban carnalmente, no entendieron la altísima humildad de Cristo, y por eso ascendieron al monte, es decir, al lugar del sacrificio. Pero ¿por qué dos siervos, sino porque, al pecar Salomón, de un solo pueblo israelita se hicieron dos pueblos? (3 Reyes 11). A quienes ciertamente a menudo se les dice por el Profeta: "La apóstata Israel y la prevaricadora Judá (Jer. 3)".

Asinus autem ille, quo tunc utebatur Abraham, insensata erat stultitia Judaeorum; illa plane bruta stultitia omnia sacramenta portabat; quae tamen quid ferret, velut irrationale animal ignorabat. Jam vero quid est quod dictum eis est: «Exspectate hic cum asino; postquam autem adoraverimus, revertemur ad vos? (Gen. XXII.)» Audi Apostolum: «Caecitas, inquit, ex parte in Israel facta est, ut plenitudo gentium intraret et sic omnis Israel salvus fieret (Rom. XI).» Quid est enim quod dicitur: «Caecitas ex parte in Israel facta est?» hoc est videlicet, «exspectate hic cum asino, ut plenitudo gentium intraret:» hoc est, postquam adoraverimus, ubi videlicet sacrificium Dominicae crucis impletum, per omnes gentes fuerit praedicatum. Quod autem, sequitur: «Et sic omnis Israel salvus fieret;» hoc est, revertemur ad vos. Quid est autem quod aries inter vepres haerens cornibus invenitur, qui pro Isaac immolatus offertur? Crux nempe cornua habet; duo siquidem ligna invicem compinguntur, et sic crucis speciem reddunt: hinc est enim quod de Christo scriptum est: «Cornua sunt in manibus ejus (Habac. III).» Haerens ergo cornibus aries, Christus est crucifixus inter aculeatas et vulnificas Judaeorum iniquitates. Sicut ipse per Jeremiam conqueritur, dicens: «Spinis peccatorum suorum circumdedit me populus meus hic.» Peracto sacrificio dicitur Abrahae: «In semine tuo benedicentur omnes gentes (Gen. XXII).» Et postquam Dominus dicit: «Foderunt manus meas et pedes meos;» paulo post in eodem psalmo subjecit: «Reminiscentur et convertentur ad Dominum universi fines terrae, et adorabunt in conspectu ejus omnes patriae gentium: Quoniam Domini est regnum, et ipse dominabitur gentium (Psal. XXI).» Oblato itaque Abraham filio, et pro eo ariete immolato, appellavit nomen loci illius: «Dominus videt.» Quia Redemptor noster, postquam in ara crucis oblatus, mortis nostrae debitum solvit, videndum se deinceps fidelium suorum obtutibus praebuit, ut nimirum redempti omnes illum jam per fidem videant, qui eatenus fidei oculos non habebant.

Caput XXVI.

De Lia et Rachel, in libro De perfectione monachorum.

Además, aquel asno del que entonces se servía Abraham era la necedad insensata de los judíos; aquella necedad claramente bruta llevaba todos los sacramentos; sin embargo, qué llevaba, lo ignoraba, como un animal irracional. Y en verdad, ¿qué es lo que se les dijo: "Esperad aquí con el asno; mas después de que hayamos adorado, volveremos a vosotros? (Gén. 22)" Escucha al Apóstol: "La ceguera", dice, "ha sobrevenido en parte a Israel, hasta que entre la plenitud de los gentiles, y así todo Israel sea salvo (Rom. 11)". Pues, ¿qué es lo que se dice: "La ceguera ha sobrevenido en parte a Israel"? Esto es, a saber, "esperad aquí con el asno, hasta que entre la plenitud de los gentiles": esto es, después de que hayamos adorado, cuando, es decir, el sacrificio de la cruz del Señor, una vez cumplido, haya sido predicado por todas las gentes. Mas en cuanto a lo que sigue: "Y así todo Israel sea salvo", esto es, "volveremos a vosotros". Pero ¿qué significa que se encuentre un carnero enredado por los cuernos entre las zarzas, el cual es ofrecido en sacrificio por Isaac? Pues la Cruz tiene cuernos; ciertamente, dos maderos se unen entre sí, y así forman la figura de una cruz: de ahí es, en efecto, que está escrito de Cristo: "Cuernos hay en sus manos (Hab. 3)". Por tanto, el carnero enredado por los cuernos es Cristo crucificado entre las espinosas e hirientes iniquidades de los judíos. Como Él mismo se queja por medio de Jeremías, diciendo: "Este pueblo mío me ha rodeado con las espinas de sus pecados". Consumado el sacrificio, se le dice a Abraham: "En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra (Gén. 22)". Y después de que el Señor dice: "Horadaron mis manos y mis pies", poco después en el mismo salmo añadió: "Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las gentes. Porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones (Sal. 21)". Así pues, habiendo ofrecido Abraham a su hijo, y habiendo sido inmolado un carnero en su lugar, llamó el nombre de aquel lugar: "El Señor ve". Porque nuestro Redentor, después de que fue ofrecido en el altar de la cruz y pagó la deuda de nuestra muerte, se presentó desde entonces para ser visto por la mirada de sus fieles, para que, ciertamente, todos los redimidos lo vieran ya por la fe, quienes hasta entonces no tenían los ojos de la fe.

Capítulo XXVI.

Sobre Lía y Raquel, en el libro De la perfección de los monjes.

Porro non est obscurum quod Laban duas filias habuit, quarum juniorem Jacob in conjugium concupivit; ad cujus tamen amplexus pervenire non potuit, donec majorem ignarus atque adeo invitus accepit (Gen. XXIX). Sed quia rem scientibus loquor, non mihi multis elaborandum est verbis. Laban quippe dealbatio interpretatur; quis autem ad Dominum convertitur, nisi ut deposita peccatorum nigredine per remissionis gratiam dealbetur? Sicut ipse pollicetur, dicens: «Si fuerint peccata vestra quasi vermiculus, tanquam nix dealbabuntur (Isa. I).» Quod felix ille peccator postulabat, cum diceret: «Mundabor, lavabis me, et super nivem dealbabor (Psal. L).» Lia interpretatur laborans: Rachel, verbum, sive visum principium. Sed si Scripturam diligenter attendimus, nec uno quidem die servisse Jacob propter Liae desiderium reperimus; sed per totas illas annorum hebdomadas pro sola Rachel servituti subjacuit; insuper et ipsam Liam ad illius intuitum toleravit. Quis enim ad Dominum idcirco convertitur, ut labores, et aerumnas, ac tentationum certamina patiatur? Omnis enim Dominum quaerentis intentio hoc sperat, ad hoc spectat, ut ad requiem quandoque perveniat; et in summae contemplationis gaudio, velut in pulchrae Rachel amplexibus requiescat, videlicet ut per verbum quod audit, ascendat ad videndum principium quod quaesivit. Sed necesse est ut hunc diversorum certaminum labor exerceat, antequam ad quietis intimae suavitatem, quam concupiscit, attingat. Prius servitute deprimitur, ut jure postmodum ad perfectae libertatis titulos provehatur. Septem vero annis sub dealbationis gratia servit, cum septem ea, quae ad proximi dilectionem pertinent, Decalogi mandata custodit; videlicet ut primo timore constrictus, atque ideo servitutis jugo depressus, saltem a vetustae legis incipiat institutis; ut nimirum parentes honoret, ut non moechetur, non occidat, non furetur, non falsum testimonium proferat, non uxorem alterius, non rem proximi concupiscat (Exod. XX).

Quibus rite servatis, non mox, ut sperabat, ad contemplationis oblectamenta perducitur, ut velut exspectata diu Rachel pulchritudine perfruatur, sed Lia sibi per noctem inopinate supponitur; quia inter humanae hujus ignorantiae tenebras tolerantia sibi laboris injungitur, ex qua tamen jam numerosam sobolem suscipit; quia uberes spiritualis lucri per hunc laborem fructus acquirit. Hanc itaque tolerando, ad illam quandoque perveniet, quam perseveranter amat. Suadetur ergo, ut alios septem annos servire desudet; quia profecto necesse est, ut adhuc alia septem praecepta conservet, sed jam aliquando liberior, non legalia tanquam servus, sed evangelica sicut gener, videlicet ut sit pauper spiritu, sit mitis, lugeat, esuriat, sitiatque justitiam, sit misericors, mundum cor habeat, sit postremo pacificus (Matth. V).

Además, no es oscuro que Labán tuvo dos hijas, de las cuales Jacob deseó en matrimonio a la más joven; sin embargo, no pudo llegar a su abrazo hasta que, sin saberlo y, de hecho, contra su voluntad, recibió a la mayor (Gén. XXIX). Pero como hablo a quienes conocen el asunto, no es menester que me explaye con muchas palabras. Pues Labán se interpreta como 'blanqueamiento' (*dealbatio*); ¿y quién se convierte al Señor, sino para ser blanqueado por la gracia de la remisión, habiendo depuesto la negrura de los pecados? Como Él mismo promete, diciendo: «Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos (Isa. I)». Esto es lo que aquel feliz pecador pedía, cuando decía: «Seré purificado, lávame, y sobre la nieve seré emblanquecido (Sal. L)». Lía se interpreta como 'la que trabaja' (*laborans*); Raquel, 'palabra' (*verbum*), o 'el principio visto' (*visum principium*). Pero si atendemos diligentemente a la Escritura, no encontramos que Jacob haya servido ni un solo día por el deseo de Lía; sino que durante todas aquellas semanas de años se sometió a la servidumbre solo por Raquel; más aún, toleró a la misma Lía con la vista puesta en aquella. ¿Pues quién se convierte al Señor con el propósito de padecer trabajos, y penalidades, y los combates de las tentaciones? Pues la intención de todo el que busca al Señor esto espera, a esto aspira: a que alguna vez llegue al reposo; y en el gozo de la suma contemplación, como en los abrazos de la hermosa Raquel, descanse, es decir, que por la palabra que oye, ascienda a ver el principio que buscó. Pero es necesario que el trabajo de diversas luchas lo ejercite, antes de que alcance la suavidad del reposo íntimo que apetece. Primero es oprimido por la servidumbre, para que después, con derecho, sea promovido a los títulos de la perfecta libertad. En verdad, sirve durante siete años bajo la gracia del blanqueamiento, cuando guarda los siete mandamientos del Decálogo que pertenecen al amor del prójimo; a saber, que primero, constreñido por el temor y, por tanto, oprimido por el yugo de la servidumbre, comience al menos por los institutos de la ley antigua: que honre a sus padres, que no cometa adulterio, no mate, no robe, no dé falso testimonio, no codicie la mujer de otro, no codicie los bienes de su prójimo (Éx. XX).

Observados debidamente estos mandatos, no es conducido enseguida, como esperaba, a las delicias de la contemplación, para gozar, por así decir, de la belleza de la tan esperada Raquel, sino que Lía le es sustituida inesperadamente durante la noche; porque entre las tinieblas de esta ignorancia humana se le impone la tolerancia del trabajo, del cual, sin embargo, ya recibe una numerosa prole; porque por este trabajo adquiere abundantes frutos de ganancia espiritual. Así pues, tolerando a esta, llegará alguna vez a aquella a quien ama perseverantemente. Se le persuade, pues, a que se afane en servir otros siete años; porque ciertamente es necesario que conserve aún otros siete preceptos, pero ya más libre, no los legales como un siervo, sino los evangélicos como un yerno, a saber: que sea pobre de espíritu, sea manso, llore, tenga hambre y sed de justicia, sea misericordioso, tenga un corazón limpio y, finalmente, sea pacífico (Mat. V).

Enimvero, vellet homo, si fieri posset, nullas laboris molestias agendo, vel patiendo perferre, sed protinus in ipsis sui tirocinii rudimentis ad pulchrae contemplationis delicias pervenire; verumtamen hoc non in terra morientium fit, sed in terra viventium. Quod significare videtur illud, quod ad Jacob dicitur: «Non est, inquit Laban, in loco nostro consuetudinis, ut minores ante tradamus ad nuptias (Gen. XXIX);» nec absurde major appellatur, quae prior est tempore. Prior est enim in hominis eruditione labor boni operis quam requies contemplationis. Expletis itaque duabus hebdomadibus, altera videlicet legis antiquae, altera evangelicae gratiae, mox ad diu desideratae Rachelis pervenitur amplexus; quia quisquis pertingere ad divinae contemplationis oblectamenta desiderat, prius necesse est utriusque Testamenti peragere mandata contendat.

Caput XXVII.

De Bala et Zelpha, in eodem libro.

Sed quia electus quisque perfectionis suae limite non contentus, filios etiam Deo gignere spirituali fecunditate desiderat, postquam conjugale foedus Jacob cum duabus sororibus iniit, ad propagandum uberioris germen sobolis ancillas quoque ad generandi usum suscipere non refugit (Gen. XXX); atque ut omnia spiritualibus intelligantur redundare mysteriis, ipsarum quoque ancillarum nomina sub mysticis sunt pronuntiata figuris. Nam Bala interpretatur inveterata. Sane quia intellectum spiritualis substantiae nudis verbis humana lingua nequit exprimere, quandoque doctrina sapientiae per quasdam corporeas similitudines audientem nititur informare. De veteri autem vita et carnalibus sensisibus dedita, corporeae cogitantur imagines; quarum videlicet ad docendum usus assumitur, cum aliquid ex incomprehensibili et incommutabili essentia divinitatis auditur. Rachel itaque maluit utcunque filios ex ancilla suscipere, quam omnino sterilis permanere. Quia doctrina sapientiae sive gratia contemplationis per exteriorum scientiam vel visibilium rerum formas auditoribus intimat quidquid de visibilibus intra arcana mentis occultat; et sic quodammodo per ancillam filios accipit, dum per eam, quae sub se est scientiam, spirituales Deo filios parit. Zelpha vero interpretatur os hians.

En verdad, el hombre querría, si fuera posible, no soportar ninguna molestia del trabajo, ni en el obrar ni en el padecer, sino llegar enseguida, en los mismos rudimentos de su aprendizaje, a las delicias de la hermosa contemplación; sin embargo, esto no sucede en la tierra de los que mueren, sino en la tierra de los vivos. Esto parece ser significado por aquello que se le dice a Jacob: «No es costumbre en nuestro lugar —dijo Labán— que entreguemos a las menores a las nupcias antes (Gén. XXIX)»; y no sin razón se llama mayor a la que es primera en el tiempo. Pues en la formación del hombre, el trabajo de la buena obra es anterior al reposo de la contemplación. Así pues, cumplidas las dos semanas de años, una, a saber, la de la ley antigua, y la otra, la de la gracia evangélica, se llega pronto a los abrazos de la tan deseada Raquel; porque quienquiera que desee alcanzar las delicias de la contemplación divina, es necesario que primero se esfuerce por cumplir los mandatos de ambos Testamentos.

Capítulo XXVII.

Sobre Bilhá y Zilpá, en el mismo libro.

Pero como cada elegido, no contento con el límite de su propia perfección, desea también engendrar hijos para Dios con fecundidad espiritual, después de que Jacob contrajo un pacto conyugal con las dos hermanas, no rehusó tomar también a sus siervas para el uso de la generación, a fin de propagar la semilla de una prole más abundante (Gén. XXX); y para que se entienda que todo abunda en misterios espirituales, los nombres mismos de las siervas también fueron pronunciados bajo figuras místicas. Pues Bilhá se interpreta como *inveterata* (envejecida). Ciertamente, como la lengua humana no puede expresar con meras palabras el entendimiento de la sustancia espiritual, a veces la doctrina de la sabiduría se esfuerza por instruir al oyente mediante ciertas semejanzas corporales. Ahora bien, de la vida antigua, entregada a los sentidos carnales, se conciben imágenes corporales, cuyo uso se asume para enseñar cuando se oye algo de la incomprensible e inmutable esencia de la divinidad. Así pues, Raquel prefirió recibir hijos de su sierva de alguna manera, antes que permanecer completamente estéril. Porque la doctrina de la sabiduría, o la gracia de la contemplación, insinúa a sus oyentes, a través del conocimiento de las cosas exteriores o de las formas de las cosas visibles, todo lo que oculta sobre las cosas visibles en los arcanos de la mente; y así, en cierto modo, recibe hijos por medio de la sierva, cuando a través de ese conocimiento que está por debajo de ella, engendra hijos espirituales para Dios. Zilpá, en cambio, se interpreta como *os hians* (boca abierta).

Haec igitur ancilla illos figurat, quorum in praedicatione evangelicae fidei os quidem hiat, sed cor non hiat; de quibus videlicet scriptum est: «Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me (Matth. XV);» 93 et de quibus Apostolus: «Qui praedicas, inquit, non furandum, furaris (Rom. II).» Verumtamen ex hac ancilla haeredes futuros alios Lia filios accepit; quia saepe etiam per tales praedicatores activa vita multos regni filios adoptavit; de quibus Veritas: «Quae dicunt, inquit, facite: quae autem faciunt, facere nolite (Matth. XXIII).» Et Apostolus: «Sive, inquit, occasione, sive Christus veritate annuntietur, et in hoc gaudeo, sed et gaudebo (Philip. I).» Hoc autem in his considerandum esse perpendimus: Quia sicut Jacob solius Rachelis intuitu omnes illas mulieres accepit, ex quibus filios genuit; sic quisquis sub dealbationis gratia constitutus, fructificare Deo spirituali fecunditate desiderat, necesse est ut per omnia quae agit ad contemplationis semper gratiam tendat.

«Egrediente anima Rachel prae dolore, et imminente jam morte, vocavit nomen filii sui Benoni, id est filius doloris mei; pater vero appellavit eum Benjamin, id est filius dexterae (Gen. XXXV).» Per Rachel namque, quae ovis vel visum principium dicitur, Ecclesia non immerito designatur. Quae nimirum et ad instar ovis innocenter vivit, et per studium contemplationis ad videndam Redemptoris sui speciem medullitus inardescit. Qui de se requirentibus Judaeis ait: «Ego principium, qui et loquor vobis (Joan. VIII).» Per Benjamin vero, quo nascente, Rachel mater emoritur, designatur Paulus, quem de ejus stirpe exstitisse nemo dubitat. Et bene Benjamin nascente, mater emori dicitur, quia appropinquante ad lucem novae regenerationis Saulo, persecutionibus Ecclesia per eum graviter impugnatur; sicut Lucas in Actibus apostolorum ait: «Saulus, inquit, devastabat Ecclesiam, per domos intrans, et trahens viros, et mulieres tradebat in custodiam (Act. VIII).» Congrue itaque Rachel Benoni, id est filium doloris mei, vocat, quem Jacob Benjamin, id est filius dexterae nuncupat. Quia Paulus, qui Matris Ecclesiae dolor exstiterat, qui eam quodammodo dum nasceretur, impugnando peremit, a Deo Patre filius dexterae est vocatus; dum per eum divina potentia adversus gentes, quasi per fortem suam dexteram, dimicavit, verborum jacula valenter intorsit, salubres cordium plagas intulit, et per eum devictis atque prostratis hostibus, cum gloria triumphavit.

Esta sierva, por tanto, representa a aquellos cuya boca ciertamente se abre en la predicación de la fe evangélica, pero su corazón no se abre; de quienes está escrito: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Mt. XV)»; y de quienes dice el Apóstol: «Tú que predicas que no se ha de robar, ¿robas? (Rom. II)». Sin embargo, de esta sierva recibió Lía otros hijos que serían herederos; porque a menudo, incluso a través de tales predicadores, la vida activa (*activa vita*) ha adoptado a muchos hijos del reino; de quienes la Verdad dice: «Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen (Mt. XXIII)». Y el Apóstol: «Sea por pretexto», dice, «o sea con verdad, Cristo es anunciado, y en esto me gozo y me gozaré (Fil. I)». Pero consideramos que en esto se ha de tener en cuenta lo siguiente: que así como Jacob, con la mira puesta únicamente en Raquel, tomó a todas aquellas mujeres de las que engendró hijos, así todo aquel que, constituido bajo la gracia del blanqueamiento, desea fructificar para Dios con fecundidad espiritual, es necesario que en todo lo que haga tienda siempre a la gracia de la contemplación.

«Al salir el alma de Raquel por el dolor, y siendo ya inminente la muerte, llamó el nombre de su hijo Benoni, esto es, hijo de mi dolor; pero su padre lo llamó Benjamín, esto es, hijo de la diestra (Gén. XXXV).» Pues por Raquel, que se traduce como 'oveja' o 'visión del principio', se designa no sin razón a la Iglesia. Ella, ciertamente, vive inocentemente a semejanza de una oveja y, por el estudio de la contemplación, arde en lo más íntimo de su ser por ver la hermosura de su Redentor. Él es quien dijo de sí mismo a los judíos que le preguntaban: «Yo soy el principio, que también os hablo (Jn. VIII).» Pero por Benjamín, a cuyo nacimiento muere su madre Raquel, se designa a Pablo, de quien nadie duda que procedió de su estirpe. Y bien se dice que la madre muere al nacer Benjamín, porque acercándose Saulo a la luz de la nueva regeneración, la Iglesia era gravemente atacada por él con persecuciones; como dice Lucas en los Hechos de los Apóstoles: «Saulo —dice— devastaba la Iglesia, entrando por las casas, y arrastrando a hombres y mujeres, los entregaba a la cárcel (Hch. VIII).» Congruentemente, pues, Raquel lo llama Benoni, esto es, hijo de mi dolor, a quien Jacob nombra Benjamín, esto es, hijo de la diestra. Porque Pablo, que había sido el dolor de la Madre Iglesia, que en cierto modo la mató al atacarla mientras nacía, fue llamado por Dios Padre hijo de la diestra; pues por medio de él la potencia divina luchó contra los gentiles como con su fuerte diestra, lanzó valientemente los dardos de las palabras, infligió saludables heridas en los corazones y, por medio de él, vencidos y postrados los enemigos, triunfó con gloria.

Hinc est quod idem Paulus ad Galatas ait: «Cum autem complacuit ei, qui me segregavit ex utero matris meae, et vocavit per gratiam suam, ut revelaret Filium suum in me, et evangelizarem eum in gentibus, continuo non acquievi carni et sanguini (Gal. I).» Non ergo immerito filius dexterae Paulus vocatur, per quem omnis gentium multitudo, quae ad dexteram Dei ponenda est, ad fidei sacramenta colligitur.

«Iste est Ana, qui invenit aquas calidas in solitudine, dum pasceret asinos Sebeon patris sui (Gen. XXXVI).» Hoc plane, quantum ad litteram, vanum videtur et frivolum. Quid enim ad sacram Scripturam pertinet, ut referat, quia custos asinorum aquas reperit in deserto? Sed ubi in litteris nulla videtur utilitas, ad spiritualem intelligentiam necesse est mens recurrat. Quid est enim per figuram, Ana in solitudine patris sui asinos pascere, nisi spiritualem quempiam virum, cui Deus pater est, simplices fratres sub disciplinae remotioris studio custodire? et quid est, aquas calidas invenire, nisi in compunctionis lacrymas, quae de fervore sancti Spiritus eliciuntur, erumpere? Nam et ipsa interpretatio nominum hujus figurae non refugit intellectum. Onan siquidem dolor, vel tristitia eorum, sive etiam mussitatio, vel murmuratio interpretatur. Quisquis enim vere compunctionis dolore tristatur, quasi sub quadam querula mussitatione adversum pravitatem vitae suae murmurare compellitur. Sebeon autem interpretatur stans in aequitate; quod Deo congruere nemo prorsus ignorat. Ipse quippe in aequitate principaliter stat, qui a justitiae rectitudine nulla necessitate coactus exorbitat. Onan ergo dum patris sui Sebeon asinos in solitudine pascit, aquas calidas reperit; quia quisquis se per vitae rectitudinem Deo filium exhibet, ac de peccatis suis medullitus dolet, dum se reddit in pervigili fratrum cura sollicitum, divino munere percipit gratiam lacrymarum. Nam et beata illa peccatrix prius pedes Domini unguento perunxit, postmodum etiam alabastrum unguenti pretiosi super caput recumbentis effudit (Matth. XXVI; Marc. XIV; Joan. XII). Caput Christi Deus: pedes Christi, servi Dei. Sicut enim illa dum humanitati Christi dependit obsequium, ad divinitatis attingere meruit intellectum. Sic nimirum, sic doctor Ecclesiae, dum Christi membra custodit, contemplandae divinitatis gratiam percipit.

Caput XXX.

In sermone de S. Joanne Baptista.

De aquí que el mismo Pablo diga a los Gálatas: «Mas cuando agradó a aquel que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, para que revelase a su Hijo en mí y lo evangelizase entre los gentiles, al punto no consulté con la carne y la sangre (Gál. I).» No sin razón, por tanto, es llamado Pablo hijo de la diestra, por quien toda la multitud de los gentiles, que ha de ser puesta a la diestra de Dios, es congregada a los sacramentos de la fe.

«Este es Anah, que encontró aguas cálidas en el desierto, mientras apacentaba los asnos de Sebeón, su padre (Gén. XXXVI).» Esto, claramente, en cuanto a la letra, parece vano y frívolo. ¿Pues qué tiene que ver con la Sagrada Escritura el referir que un cuidador de asnos encontró aguas en el desierto? Pero donde no se ve ninguna utilidad en la letra, es necesario que la mente recurra a la inteligencia espiritual. ¿Qué es, en efecto, en sentido figurado, que Anah apaciente los asnos de su padre en el desierto, sino que un hombre espiritual, para quien Dios es padre, custodie a los hermanos sencillos bajo el estudio de una disciplina más apartada? ¿Y qué es encontrar aguas cálidas, sino prorrumpir en lágrimas de compunción, que son arrancadas del fervor del Espíritu Santo? Pues la misma interpretación de los nombres de esta figura no rehúye el entendimiento. Onán, en efecto, se interpreta como 'dolor', o 'tristeza de ellos', o también 'cuchicheo' o 'murmuración'. Pues quienquiera que se entristece verdaderamente con el dolor de la compunción, se ve compelido a murmurar contra la pravedad de su propia vida, como con un cierto cuchicheo quejumbroso. Sebeón, por su parte, se interpreta como 'permaneciendo en la equidad'; lo cual nadie ignora en absoluto que conviene a Dios. Él, en efecto, permanece principalmente en la equidad, quien, no coaccionado por ninguna necesidad, se desvía de la rectitud de la justicia. Por tanto, mientras Onán apacienta en el desierto los asnos de su padre Sebeón, encuentra aguas cálidas; porque quienquiera que se muestra hijo de Dios por la rectitud de su vida, y se duele en lo más íntimo de sus pecados, mientras se hace solícito en el cuidado vigilante de los hermanos, percibe por don divino la gracia de las lágrimas. Pues aquella bienaventurada pecadora primero ungió los pies del Señor con ungüento, y después también derramó un alabastro de ungüento precioso sobre la cabeza del que estaba reclinado a la mesa (Mt. XXVI; Mc. XIV; Jn. XII). La cabeza de Cristo es Dios; los pies de Cristo, los siervos de Dios. Pues así como ella, mientras rendía obsequio a la humanidad de Cristo, mereció alcanzar el entendimiento de su divinidad. Así, ciertamente, así el doctor de la Iglesia, mientras custodia los miembros de Cristo, percibe la gracia de contemplar la divinidad.

CAPÍTULO XXX. En un sermón sobre San Juan Bautista.

«Descendit Judas in Thamnas ad tondendas oves cum Hira opilione gregis sui Odollamite (Gen. XXXVIII).» Thamnas autem deficiens interpretatur; per quam videlicet Synagoga, in qua reges et prophetae defecerant; simul et unctio, donec veniret, cui repositum erat, ostenderetur. Unde et per prophetam dicitur: «Cum venerit Sanctus sanctorum, cessabit unctio (Dan. IX).» Quid itaque per Judam, qui ad tondendas oves in Thamnas venit, nisi Redemptor noster intelligitur, qui ut oves quae perierant domus Israel exoneraret peccatis, ad Synagogam venisse cognoscitur? Unde et sponsus ad sponsam in Canticis: «Dentes tui sicut grex tonsarum, quae ascenderunt de lavacro (Cant. IV).» 95 Venit itaque Judas ad tondendas oves, non quidem solus, sed cum pastore suo Odollamite, cui nomen erat Hiras. Quem per Odollamitem intelligimus nisi Joannem? Interpretatur autem Odollamites testimonium in aqua; cum hoc plane testimonio venit Dominus ad aquam baptismatis, habens quidem testimonium majus Joanne, sed propter infirmas oves hoc testimonio uti dignatus est in aqua. Unde cum videret eum ad Jordanis fluenta propinquantem, protinus exclamans, ait: «Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi (Joan. I).» Et evangelista dicit: «Testimonium perhibuit Joannes dicens: Quia vidi Spiritum descendentem tanquam columbam de coelo, et manentem super eum; et ego nesciebam eum; sed qui misit me baptizare in aqua, ille mihi dixit: Super quem videris Spiritum descendentem et manentem super eum, hic est qui baptizat in Spiritu sancto (Ibid.).» Cui scilicet visioni etiam nomen pastoris illius aptissime congruit; interpretatur enim Hiras fratris mei visio. Erat quippe Dominus frater Joannis, non modo secundum semen Abrahae, sed etiam juxta cognationem Mariae et Elisabeth. Vidit itaque Joannes fratrem suum adhuc clausus in utero; vidit in baptismo; vidit oculis carnis hominem: vidit in spiritu majestatem. Unde et utriusque hujus nominis interpretationem, Hiras videlicet, quod est fratris mei visio; et Odollamitis, quod sonat testimonium in aqua, idem Joannes sub unius sententiae versiculo comprehendit, dicens: «Et ego vidi, et testimonium perhibui, quia hic est Filius Dei (Ibid.).»

«Descendió Judá a Tamna para esquilar sus ovejas con Hira, el pastor adulamita de su rebaño (Gén. XXXVIII).» Tamna, sin embargo, se interpreta como «deficiente» (*deficiens*); por la cual se muestra, evidentemente, la Sinagoga, en la que reyes y profetas habían fallado; y al mismo tiempo que la unción cesaría, hasta que viniera Aquel para quien estaba reservada. De donde también se dice por el profeta: «Cuando venga el Santo de los santos, cesará la unción (Dan. IX).» ¿Qué, pues, se entiende por Judá, que vino a Tamna a esquilar las ovejas, sino nuestro Redentor, de quien se sabe que vino a la Sinagoga para descargar de sus pecados a las ovejas perdidas de la casa de Israel? De donde también el esposo dice a la esposa en los Cantares: «Tus dientes como un rebaño de ovejas esquiladas, que suben del lavadero (Cant. IV).» Vino, pues, Judá a esquilar las ovejas, no ciertamente solo, sino con su pastor adulamita, cuyo nombre era Hira. ¿A quién entendemos por el adulamita, si no a Juan? Pues adulamita se interpreta como «testimonio en el agua» (*testimonium in aqua*); con este testimonio, claramente, vino el Señor al agua del bautismo, teniendo ciertamente un testimonio mayor que el de Juan, pero por causa de las ovejas débiles, se dignó usar este testimonio en el agua. De ahí que, cuando Juan lo vio acercarse a las corrientes del Jordán, exclamó al instante, diciendo: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Juan I).» Y el evangelista dice: «Juan dio testimonio, diciendo: Porque vi al Espíritu que descendía como una paloma del cielo y permanecía sobre él; y yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar en agua, él me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y permanecer sobre él, este es el que bautiza en el Espíritu Santo (Ibid.).» A cuya visión, ciertamente, también el nombre de aquel pastor se ajusta muy apropiadamente; pues Hira se interpreta como «visión de mi hermano» (*fratris mei visio*). Porque el Señor era hermano de Juan, no solo según la simiente de Abrahán, sino también según el parentesco de María e Isabel. Y así, Juan vio a su hermano aún encerrado en el vientre; lo vio en el bautismo; vio al hombre con los ojos de la carne: vio su majestad en el espíritu. De donde también el mismo Juan comprendió la interpretación de ambos nombres, a saber, Hira, que es «visión de mi hermano», y adulamita, que suena «testimonio en el agua», en el verso de una sola sentencia, diciendo: «Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios (Ibid.).»

Veniente igitur Juda ad oves tondendas, Thamar mutat habitum, quia mutat spirituale vocabulum. Thamar quippe commutans interpretatur, nam de Synagoga fit Ecclesia. Sed juxta litteram, idem nomen amaritudinis manet, non illius in qua Domino fel ad bibendum miles obtulit (Matth. XXVII), sed ejus potius in qua Petrus post lapsum amare flevit. (Ibid.). Judas autem confessio dicitur. Thamar ergo cum Juda dormiens, protinus concipit, quia cum confessioni amaritudo miscetur ad proferendos poenitentiae fructus, sancta mox Ecclesia fecundatur. Unde et Joannes: «Facite, inquit, fructus dignos poenitentiae (Joan. III).» Qui nimirum poenitentiae fructus in Hierusalem primus erupit, sicque postmodum per omnem mundi latitudinem pullulavit. Hinc Veritas dicit: «Oportebat Christum pati et resurgere a mortuis die tertia, et praedicari in nomine ejus poenitentiam et remissionem peccatorum in omnes gentes, incipiendo ab Hierusalem (Luc. XXIV).» Nam et ipse meretricalis habitus confessionem significat peccatorum, sive quia Thamar ex duobus corruptis componitur verbis, thamna scilicet, quod deficiens dicitur, et mara, quod est amaritudo. Bene in ea amaritudo defecit, cum fecunda facta de sterili, dulcem novi germinis sobolem procreavit. Thamar igitur a non cognoscente fetatur, quia sancta Ecclesia quantum ad gentilitatem in primordio, dum novae fidei semen accipit, non agnoscitur. Unde et canitur: «Populus, quem non cognovi, servivit mihi (Psal. XVII.)» Et Isaias: «Ecce, ait, gentem quam nesciebas vocabis, et gentes quae 96 te non cognoverunt, ad te current (Isa. LV).» Porro autem, quod illi haedus per eumdem Odollamitem mittitur, quid nisi per Joannem facta peccatorum exprobratio designatur? Quasi enim haedum meretrici portitor afferebat, cum properanti ad baptismi lavacrum turbae per increpationem dicebat: «Genimina viperarum, quis ostendit vobis fugere ab ira ventura?» (Matth. III.) Requirebat autem Hiras Odollamites a Thamar annulum, armillam et baculum. Per annulum, signaculum fidei; per armillam, labor operis; per baculum vero designatur requies spei. Quasi enim fidei annulum requirebat, cum diceret: «Qui credit in Filium Dei, habet vitam aeternam; qui autem incredulus est Christo Filio, non videbit vitam, sed ira Dei manet super ipsum (Joan. III).» An non etiam ad annulum pertinebat, cum diceret: «Qui habet sponsam, sponsus est? (Ibid.)» Armillam vero laboris exigebat, cum diceret: «Poenitentiam agite (Matth. III).» Baculi quoque requiem, cum praesto subjungeret: «Appropinquavit enim regnum coelorum (Ibid.).» Ac si perspicue loqueretur: Nolite sub injunctae vobis poenitentiae labore lassessere, sed potius firma spe de regni coelestis appropinquatione animum roborate.

Así pues, al venir Judá a esquilar las ovejas, Tamar cambia de hábito, porque cambia de nombre espiritual. Pues Tamar se interpreta como «cambiante» (*commutans*), ya que de Sinagoga se convierte en Iglesia. Pero según la letra, permanece el mismo nombre de amargura, no aquella en la que un soldado ofreció al Señor hiel para beber (Mat. XXVII), sino más bien aquella en la que Pedro, después de su caída, lloró amargamente. (Ibid.). Judá, en cambio, se dice «confesión» (*confessio*). Por tanto, Tamar, durmiendo con Judá, concibe al instante, porque cuando la amargura se mezcla con la confesión para producir frutos de penitencia, la santa Iglesia es fecundada al momento. De donde también Juan dice: «Haced, pues, frutos dignos de penitencia (Juan III).» Estos frutos de penitencia, ciertamente, brotaron primero en Jerusalén, y así después germinaron por toda la anchura del mundo. De aquí dice la Verdad: «Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre la penitencia y la remisión de los pecados a todas las gentes, comenzando por Jerusalén (Luc. XXIV).» Pues el mismo hábito de meretriz significa la confesión de los pecados, ya sea porque Tamar se compone de dos palabras corruptas, a saber, *thamna*, que se dice «deficiente», y *mara*, que es «amargura». Bien decayó en ella la amargura, cuando, hecha fecunda de estéril, procreó la dulce prole de un nuevo germen. Tamar, por tanto, es fecundada por quien no la conoce, porque la santa Iglesia, en cuanto a la gentilidad en sus principios, no es reconocida cuando recibe la semilla de la nueva fe. De donde también se canta: «Un pueblo que yo no conocía, me ha servido (Sal. XVII).» Y Isaías: «He aquí, dice, llamarás a una nación que no conocías, y las gentes que no te conocieron, correrán hacia ti (Isa. LV).» Además, que se le envíe el cabrito por medio del mismo adulamita, ¿qué designa sino el reproche de los pecados hecho por medio de Juan? Pues era como si el portador llevara un cabrito a la meretriz cuando decía con increpación a la multitud que se apresuraba al lavatorio del bautismo: «¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira venidera?» (Mat. III.) Pero Hira el adulamita requería de Tamar su anillo, su brazalete y su báculo. Por el anillo se designa el sello de la fe (*signaculum fidei*); por el brazalete, el trabajo de la obra (*labor operis*); por el báculo, en verdad, el descanso de la esperanza (*requies spei*). Era como si requiriera el anillo de la fe cuando decía: «El que cree en el Hijo de Dios tiene vida eterna; pero el que es infiel a Cristo Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él (Juan III).» ¿Acaso no pertenecía también al anillo cuando decía: «El que tiene la esposa, es el esposo? (Ibid.)» Exigía el brazalete del trabajo cuando decía: «Haced penitencia (Mat. III).» Y también el descanso del báculo, cuando añadía inmediatamente: «Porque el reino de los cielos se ha acercado (Ibid.).» Como si hablara claramente: No os canséis en el trabajo de la penitencia que se os ha impuesto, sino más bien fortaleced el alma con una firme esperanza en la aproximación del reino celestial.

Quaesivit autem eam Judas in bivio, sed invenire non potuit; quia quae in publico, juxta Prophetam, et sub omni ligno frondoso fuerat prostituta (Jer. III), jam se in domo paterna, sub Christi videlicet constrinxerat disciplina; nec eam peccati reperit exprobratio, quam confessionis mutaverat amaritudo. Viduitatis se vestibus induit, quia praeter coelestem Sponsum, qui pro ea mortuus est, alterum non admittit. Quod autem gemini apparuerunt in utero, duo sunt populi in Ecclesiae gremio per sancti Spiritus gratiam generati. In ipsa vero effusione nascentium, unus manum protulit, et ligato coccino, mox retraxit, sicque ante se nascendi alteri aditum patefecit. Quia nimirum Judaicus populus, qui ad lucem Spiritus nasci primitus coepit, ostendit opera sua prophetarum praecedentium, et ipsius Domini cruore polluta. Unde et Zara oriens interpretatur; quia Hebraicus ille populus prior ortus est ad litteram legis, sed posterior factus est ad suscipiendam gratiam Evangelii. Hoc itaque modo retraxit manum, qui nasci jam per Spiritum coeperat populus Judaeorum; et mox prorupit ac factus est primogenitus populus gentium, scilicet ut, juxta sententiam Veritatis, futuri essent novissimi qui erant primi, et primi fierent qui erant novissimi. Bene igitur Phares divisionis nomen accepit. Unde et obstetrix eo nascente clamavit: «Quare divisa est propter te maceria?» (Gen. XXXVIII.) Omne quippe genus humanum, quasi distorta silvarum virgulta, adversus venientem in carne Dominum maceriam fecerat, et ne ad peragendum mysterium redemptionis ingrederetur, unanimiter obsistebat. Unde et Paulus: «Nos, inquit, praedicamus Christum crucifixum, Judaeis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam (I Cor. I).» Sed gentilis populus hanc divisit quasi nascendo maceriam, cum per Cornelium centurionem aliosque (Act. X), primitias fidei, baptismi suscipiens lavacrum, sub Christi titulum convolavit. Hanc alternitatem nascendi 97 considerabat beatus Joannes, cum Judaeorum turbis undique confluentibus diceret: «Ne coeperitis dicere: Patrem habemus Abraham; dico enim vobis, quia potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahae (Marc. III).» Ac si patenter dicat: Gentiles populi, qui lapides sunt quia lapides colunt, primogeniti vobis fient ad regenerationis et novae gratiae sacramentum; quorum vos perlegales caeremonias videbamini tenuisse primatum.

Caput XXXI.

In sermone de S. Luca evangelista.

Pero Judá la buscó en una encrucijada, mas no pudo encontrarla; porque la que había estado prostituida en público, según el Profeta, y bajo todo árbol frondoso (Jer. III), ya se había recluido en la casa de su padre, es decir, bajo la disciplina de Cristo; ni la encontró el reproche del pecado, a ella que la amargura de la confesión había cambiado. Se vistió con ropas de viudez, porque no admite a otro fuera del Esposo celestial, que murió por ella. Que aparecieran gemelos en su vientre significa que hay dos pueblos generados en el seno de la Iglesia por la gracia del Espíritu Santo. En efecto, en el mismo momento de su nacimiento, uno sacó la mano, y atado un hilo de grana, la retiró al instante, y así abrió el camino para que el otro naciera antes que él. Porque, ciertamente, el pueblo judío, que primero comenzó a nacer a la luz del Espíritu, mostró sus obras manchadas por la sangre de los profetas precedentes y del mismo Señor. De donde también Zara se interpreta como «naciente» (*oriens*); porque aquel pueblo hebreo nació primero a la letra de la ley, pero se hizo último en recibir la gracia del Evangelio. De este modo, pues, retiró la mano el pueblo de los judíos, que había comenzado a nacer por el Espíritu; y al instante irrumpió y se hizo primogénito el pueblo de los gentiles, para que, según la sentencia de la Verdad, los que eran primeros fueran los últimos, y los que eran últimos se hicieran los primeros. Por tanto, Farés recibió con razón el nombre de «división» (*divisionis*). De donde también la partera, al nacer él, exclamó: «¿Por qué se ha dividido para ti la barrera?» (Gén. XXXVIII.) Ciertamente, todo el género humano, como retorcidos vástagos de los bosques, había hecho una barrera contra el Señor que venía en la carne, y unánimemente se oponía para que no entrara a realizar el misterio de la redención. De donde también Pablo dice: «Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente escándalo, mas para los gentiles necedad (I Cor. I).» Pero el pueblo gentil dividió esta barrera, por así decirlo, al nacer, cuando por medio de Cornelio el centurión y otros (Act. X), recibiendo las primicias de la fe, el lavatorio del bautismo, acudió en masa bajo el estandarte de Cristo. El bienaventurado Juan consideraba esta alternancia del nacimiento cuando decía a las multitudes de judíos que afluían de todas partes: «No comencéis a decir: Tenemos por padre a Abrahán; porque os digo que Dios es poderoso para de estas piedras suscitar hijos a Abrahán (Marc. III).» Como si dijera abiertamente: Los pueblos gentiles, que son piedras porque adoran piedras, se os harán primogénitos en el sacramento de la regeneración y de la nueva gracia; de la cual vosotros, por las ceremonias legales, parecía que habíais tenido la primacía.

Capítulo XXXI.

En un sermón sobre San Lucas evangelista.

«Jussit Joseph ministris, ut implerent saccos tritico, et reponerent pecunias singulorum in saccis suis (Gen. XLIV).» Quae namque sunt fruges quas Joseph fratribus contulit, nisi evangelica apostolicaque doctrina, unde videlicet esuriens populus vivat, unde grex Christi viventia salutis alimenta decerpat? Haec illa plane est pecunia, quam in ore sacci praecepit imponi; haec pecunia nunc in Ecclesiae mensa proponitur, ut usura postmodum a negotiatoribus requiratur. Sed et Benjamin hoc etiam prae caeteris additur, ut sacco ejus etiam scyphus cum pecunia reponatur (Ibid.). Quem enim Joseph per mysterium indicat, nisi Redemptorem nostrum, quem suo jam tunc ille mysterio praefigurabat? Ait enim Scriptura: «Quia vertit nomen illius Pharao, et vocavit eum lingua Aegyptiaca, Salvatorem mundi (Gen. XLI).» Quid per fratres, nisi sancti designantur apostoli? Quid per Benjamin, nisi Paulus, qui de tribu Benjamin originem duxit? Omnes ergo fratres fruges praedicationis accipiunt, quas serere per mundum debeant, et pecuniam, quam ad usurae lucrum in fidei mensa proponant. Soli vero Benjamin etiam scyphus adjicitur, ut per Paulum, quem ille signabat, non tabernaculi cyathus gentibus, sed amplum et patulum verbi poculum propinetur. Hinc est enim quod ait: «Os nostrum patet ad vos, o Corinthii, cor nostrum dilatatum est, non angustiamini in nobis (II Cor. VI).» Ac si dicat: Quia me vobis verbi potum per uberem scyphum large videtis influere, et vos sitibundi cordis ad hauriendum ora, laxate, ut decurrens unda non inaniter fluat, sed capacia vasa, in quae transiundantur, inveniat. De quo videlicet potu per Isaiam Dominus dicit: «Glorificabit me bestia agri, dracones et strutiones, quia dedi in deserto aquas, flumina in invio, ut darem potum populo meo, electo meo (Isa. XLIII).» Scyphum itaque evangelicae praedicationis, in Benjamin datus est Paulo, ut ipse desertum gentilitatis specialiter excolat et ariditatem ejus largo sanctae praedicationis imbre perfundat. De quo scilicet imbre scriptum est: «Qui operit coelum nubibus et parat terrae pluviam (Psal. CXLVI.)»

Caput XXXII.

In Sermone de S. Vitale.

«Mandó José a sus siervos que llenaran los sacos de trigo y que devolvieran el dinero de cada uno en sus sacos (Gén. 44).» Pues, ¿qué son los frutos que José confirió a sus hermanos, sino la doctrina evangélica y apostólica, de la cual, ciertamente, el pueblo hambriento pueda vivir, de la cual el rebaño de Cristo pueda recoger los alimentos vivificantes de la salvación? Este es claramente aquel dinero que mandó poner en la boca del saco; este dinero se propone ahora en la mesa de la Iglesia, para que después se requiera la usura a los negociantes. Pero a Benjamín se le añade también esto por encima de los demás: que en su saco se devuelva también una copa junto con el dinero (Ibíd.). Pues, ¿a quién indica José por medio de este misterio, sino a nuestro Redentor, a quien él ya entonces prefiguraba con su propio misterio? Pues dice la Escritura: «Porque el Faraón cambió su nombre, y lo llamó en lengua egipcia, Salvador del mundo (Gén. 41).» ¿Qué se designa por los hermanos, sino los santos apóstoles? ¿Qué por Benjamín, sino Pablo, que tuvo su origen en la tribu de Benjamín? Todos los hermanos, por tanto, reciben los frutos de la predicación, que deben sembrar por el mundo, y el dinero, que deben proponer en la mesa de la fe para el lucro de la usura. Pero solo a Benjamín se le añade también una copa, para que por medio de Pablo, a quien él significaba, no se ofreciera a los gentiles la pequeña copa del tabernáculo, sino el amplio y abierto cáliz de la palabra. De aquí es, en efecto, que dice: «Nuestra boca se ha abierto a vosotros, oh corintios, nuestro corazón se ha ensanchado, no estáis estrechos en nosotros (2 Cor. 6).» Como si dijera: Puesto que veis que la bebida de la palabra fluye abundantemente hacia vosotros desde una copa generosa, también vosotros, con corazones sedientos, abrid bien vuestras bocas para beber, para que la ola que corre no fluya en vano, sino que encuentre vasos capaces en los que pueda ser trasvasada. Sobre esta bebida, ciertamente, dice el Señor por medio de Isaías: «Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces, porque di aguas en el desierto, ríos en la soledad, para dar de beber a mi pueblo, a mi elegido (Is. 43).» Por tanto, la copa de la predicación evangélica fue dada a Pablo en Benjamín, para que él cultivara especialmente el desierto de la gentilidad y regara su aridez con la abundante lluvia de la santa predicación. Sobre esta lluvia, ciertamente, está escrito: «El que cubre el cielo de nubes y prepara la lluvia para la tierra (Sal. 146).»

Capítulo XXXII.

En el Sermón sobre San Vital.

Si inveni,» inquit Jacob, «gratiam in conspectu tuo, pone manum sub femore meo, et facies mihi misericordiam et veritatem, ut non sepelias me in Aegypto, sed dormiam cum patribus meis, etc. (Gen. XLVII).» Quid est hoc, fratres mei, quid sibi vult a tanto viro tam anxia sepeliendi corporis sollicitudo? Si enim hoc ex humana consuetudine metiamur, profecto nihil dignum tanta propheticae mentis excellentia reperimus. Ubicunque enim corpus humanum sepeliatur, non ideo vel minus perfecta, vel minus gloriosa ejus resurrectio futura procul dubio creditur; sed si mystici sacramenti profunditas in hujus dubietatis caligine requiratur, perspicuum lumen intelligentiae ipsi qui invenerit orietur. Cadavera quippe mortuorum peccata significant injuste viventium. Sicut enim post contactum corporum mortuorum lex praecipit homines purificari (Num. XIX), ita etiam post perpetrationem delictorum jubemur per poenitentiam ablui. Hinc nimirum illa sententia dicta est: «Qui baptizatur a mortuo et iterum tangit illum, quid proficit lavatio ejus?» (Eccli. XXXIV.) Baptizatur quippe a mortuo, qui mundatur fletibus a peccato, sed post baptismum mortuum tangit, qui culpam post lacrymas repetit. Sed sepultura mortuorum remissionem significat peccatorum. Unde per Prophetam dicitur: «Beati quorum remissae sunt iniquitates, et quorum tecta sunt peccata (Psal. XXXI).» Ubi ergo sepelienda erant cadavera patriarcharum, nisi in illa terra ubi erat crucifigendus cujus sanguine facta est remissio peccatorum?

Caput XXXIII.

In sermone de inventione sanctae crucis.

«Lavabit in vino stolam suam, et in sanguine uvae pallium suum (Gen. XLIX).» Stola Christi et pallium multitudo est gentium, quas tunc Dominus induit, quando sibi eas per gratiam redemptionis adjunxit, sicut per Prophetam pollicetur, dicens: «Vivo ego, dicit Dominus, nisi hos omnes induam sicut vestimentum (Isa. XLIX).» Stolam ergo suam Dominus in vino, et pallium in sanguine uvae lavit quando, sicut botrus, in crucis ligno pependit? tunc enim ex latere ejus sanguis et aqua profluxit; sed aqua nos abluit, sanguis redemit, nimirum ut exhiberet sibi sponsam non habentem maculam neque rugam (Ephes. V).

Caput XXXIV.

In sermone de S. Eleucadio.

«Si he hallado», dijo Jacob, «gracia a tus ojos, pon tu mano bajo mi muslo, y me harás misericordia y verdad, para que no me sepultes en Egipto, sino que duerma con mis padres, etc. (Gén. XLVII)». ¿Qué es esto, hermanos míos, qué significa una solicitud tan ansiosa por sepultar el cuerpo, viniendo de un varón tan grande? Pues si medimos esto según la costumbre humana, ciertamente no encontramos nada digno de tan grande excelencia de una mente profética. Pues dondequiera que se sepulte un cuerpo humano, no por ello se cree, sin duda, que su futura resurrección será menos perfecta o menos gloriosa; pero si en la oscuridad de esta duda se busca la profundidad del sacramento místico, una clara luz de inteligencia surgirá para aquel que la encuentre. Pues los cadáveres de los muertos significan los pecados de los que viven injustamente. Pues así como la ley manda que los hombres se purifiquen después del contacto con cuerpos muertos (Núm. XIX), así también se nos ordena ser lavados por la penitencia después de la perpetración de los delitos. De aquí, ciertamente, se dijo aquella sentencia: «Quien se bautiza por un muerto y de nuevo lo toca, ¿de qué le aprovecha su ablución?» (Ecli. XXXIV). Pues se bautiza por un muerto quien es limpiado del pecado por las lágrimas, pero después del bautismo toca al muerto quien repite la culpa después de las lágrimas. Mas la sepultura de los muertos significa la remisión de los pecados. De donde se dice por el Profeta: «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Sal. XXXI)». ¿Dónde, pues, debían ser sepultados los cadáveres de los patriarcas, sino en aquella tierra donde había de ser crucificado Aquel por cuya sangre se hizo la remisión de los pecados?

Capítulo XXXIII.

En un sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

"Lavará en vino su túnica, y en la sangre de la uva su manto (Gén. XLIX)." La túnica de Cristo y su manto es la multitud de los gentiles, que el Señor entonces se vistió, cuando las unió a sí por la gracia de la redención, como promete por el Profeta, diciendo: "Vivo yo, dice el Señor, que a todos estos me vestiré como con un vestido (Isa. XLIX)." ¿Lavó, pues, el Señor su túnica en el vino, y su manto en la sangre de la uva, cuando, como un racimo, pendió del leño de la cruz? Pues entonces de su costado manaron sangre y agua; mas el agua nos lava, la sangre nos redime, ciertamente para presentarse a sí mismo una esposa sin mancha ni arruga (Efes. V).

Capítulo XXXIV.

En el sermón sobre San Eleucadio.

«Pulchriores sunt oculi ejus vino,» inquit Jacob ad filium de Christo, «et dentes ejus lacte candidiores (Gen. XLIX).» Oculi nempe Christi Apostoli et Evangelistae sunt, qui universo corpori sanctae Ecclesiae lumen sapientiae praestiterunt, quorum doctrina, dum rigorem atque duritiam priscae legis emollit, quodammodo austeritatem vini veteris eorum pulchritudo praecellit. Evangelica quippe praecepta mandatis Veteris Testamenti longe sunt clariora. Dentes vero sancti praedicatores sunt, qui conversos homines a pravorum societate praecidunt eosque in Christi corpus, tanquam in sua membra suscipiendo, quasi mandendo trajiciunt. Porro, nomine lactis, doctrina legis innuitur, quae carnalem populum lactis poculo tanquam parvulos alere videbatur. Quorum nimirum lacte candidiores sunt doctores Ecclesiae, quia fortem et solidum verbi cibum et ipsi comedunt, et aliis tradunt; de quibus ad Hebraeos dicit Apostolus: «Perfectorum est solidus cibus (Hebr. II).» Et bene candidi esse dicuntur doctores Ecclesiae, quia et a pravitatis macula liberi et conspicuae conversationis videntur operibus clari. Quapropter cavendum est, fratres mei, ne qua nos vitiorum nigredo dedecoret, qui candidos in Christi militia duces habemus. Periculose nimirum rerum species fluctuant, ubi cum ducibus subsequentis exercitus insignia non concordant. Beati siquidem patres nostri promptos se exhibebant ad perferenda supplicia; nos autem, dum a proximo laedimur, compescamus saltem animos vindicta. Moyses nempe ad ultionis indicium descendens de monte, cornutus apparuit (Gen. XXXIV); super Dominum autem in mansuetudinis Spiritu columba descendit (Matth. III). Illi decreverunt pro Christo propria cuncta contemnere; nos autem discamus saltem quae aliena sunt non ambire.

Finiunt testimonia libri Genesis.

INCIPIUNT CAPITULA LIBRI EXODI.

1. De urbibus tabernaculorum Phithon et Ramesse, quas Pharao luto et palea construxit. 2. De virga Moysi in serpentem conversa. 3. Unde supra. 4. De manu Moysi, quae educta de sinu apparuit leprosa. 5. Cum esset Moyses in itinere, occurrit ei Dominus, et volebat eum interficere. 6. Projecerunt malefici Pharaonis in terram virgas suas, quae versae sunt in dracones, sed devoravit eas virga Aaron.

"Más bellos son sus ojos que el vino", dijo Jacob a su hijo acerca de Cristo, "y sus dientes más blancos que la leche (Gén. 49)". Los ojos de Cristo son ciertamente los Apóstoles y Evangelistas, quienes proporcionaron la luz de la sabiduría a todo el cuerpo de la santa Iglesia; su doctrina, mientras suaviza el rigor y la dureza de la antigua ley, de algún modo su belleza sobrepasa la austeridad del vino viejo. En efecto, los preceptos evangélicos son mucho más claros que los mandatos del Antiguo Testamento. Los dientes son verdaderamente los santos predicadores, que apartan a los hombres convertidos de la sociedad de los malvados y, al recibirlos en el cuerpo de Cristo como en sus miembros, los transmiten como masticándolos. Además, por el nombre de la leche, se sugiere la doctrina de la ley, que parecía alimentar al pueblo carnal con una copa de leche como a niños pequeños. Ciertamente los doctores de la Iglesia son más blancos que su leche, porque ellos mismos comen el alimento fuerte y sólido de la palabra, y lo entregan a otros; de quienes dice el Apóstol a los Hebreos: "El alimento sólido es para los perfectos (Heb. 5)". Y se dice con razón que los doctores de la Iglesia son blancos, porque se les ve libres de la mancha de la maldad y claros por las obras de una conducta conspicua. Por lo cual debemos tener cuidado, hermanos míos, de que ninguna negrura de vicios nos deshonre a nosotros, que tenemos líderes blancos en la milicia de Cristo. Ciertamente las apariencias de las cosas fluctúan peligrosamente donde las insignias del ejército siguiente no concuerdan con los líderes. Pues nuestros bienaventurados padres se mostraron prontos a soportar suplicios; pero nosotros, cuando somos dañados por el prójimo, reprimamos al menos nuestros ánimos de la venganza. En efecto Moisés, descendiendo del monte como señal de venganza, apareció cornudo (Éxod. 34); pero la paloma descendió sobre el Señor en el Espíritu de la mansedumbre (Mat. 3). Ellos decretaron despreciar todas sus propias cosas por Cristo; pero nosotros aprendamos al menos a no ambicionar lo ajeno.

Terminan los testimonios del libro del Génesis.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL ÉXODO.

1. De las ciudades de los tabernáculos Pitón y Ramsés, que Faraón construyó con lodo y paja. 2. De la vara de Moisés convertida en serpiente. 3. Como arriba. 4. De la mano de Moisés, que al ser sacada del seno apareció leprosa. 5. Estando Moisés en camino, le salió al encuentro el Señor y quería matarlo. 6. Arrojaron los magos de Faraón en tierra sus varas, las cuales se convirtieron en dragones, pero la vara de Aarón las devoró.

7. De decem plagis Aegypti: 1, de aquis in sanguinem versis; 2, de plaga ranarum; 3, de ciniphe; 4, de muscis; 5, de nece animalium; 6, de ulceribus et vesicis; 7, de grandine et tonitruis et igne; 8, de plaga locustarum; 9, de tenebris; 10, de primogenitorum interfectionibus. 8. Postulet vir ab amico suo, et mulier a vicina sua, vasa argentea et aurea et vestes. 9. Sument de sanguine agni, et ponent super utrumque postem. 10. Cum emisisset Pharao populum, non eos deduxit Dominus per viam terrae Philisthiim, quae vicina erat, ne si bella in via consurgerent, poeniteret eum et reverteretur in Aegyptum. 11. Sumpsit Maria prophetissa soror Aaron tympanum in manu. 12. De aquis amaris, quae ligni, quod ostendit Dominus Moysi, admistione, sunt in dulcedinem versae. 13. De XII aquarum fontibus et LXX palmis in Helim. 14. Quod sexta die duplex mensura jubebatur de manna colligi. 15. Quod filii Israel, cum vidissent manna, dicebant: Manhu, id est, Quid est hoc? 16. Quod manna in crastinum reservatum putrescebat. 17. Quod pugnante Israel contra Amalech, Moyses habens virgam in manu brachia crexit. 18. Quod Dominus in monte Sinai populo suo per Moysen legem dedit. 19. Altare de terra facietis mihi. 20. Non aedificabitis mihi altare de sectis lapidibus. 21. Facies bases argenteas, et tabulas deauratas desuper eriges. 22. Facies columnas quatuor et bases earum vestitas argento. 23. Ut in rationali, quod sacerdos ferebat in pectore, XII pretiosi lapides ponerentur, terni per quaternos angulos inclusi auro. 24. Arripiens Moyses vitulum aureum igne combussit et usque ad pulverem contrivit; et in aquam spargens potum populo dedit. 25. Quod Moyses XXIII millia hominum ob culpam conflati vituli perimere fecit. 26. Ecce locus apud me, stabis super petram, cumque transierit gloria mea, videbis posteriora mea. 27. Fecit Moyses in tabernaculo VII lucernas cum emunctoriis suis et vasa.

Finiunt capitula.

INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI EXODI.

CAPUT PRIMUM. In epistola ad Hermisindem sanctimonialem, ubi dicitur quod aedificium humanae superbiae cito destruitur.

Urbes illae tabernaculorum, quas Pharao luto paleaque construxit, nimirum luto, quod inquinat, palea, quae destinatur ad flammas, Phiton et Ramesses sunt non sine mysterio nuncupatae; Phiton siquidem interpretatur os abyssi, vel subito. Quisquis enim, juxta Pauli sententiam, supra fundamentum, quod est Christus Jesus, ligna, fenum, stipulam nunc aedificat, quale cujusque opus sit, ignis probabit (I Cor. III); et quo magis in altum haec carnalis vitae structura subrigitur, tanto proclivius, veluti in abyssi voraginem mersa, subito dissipatur.

7. De las diez plagas de Egipto: 1, de las aguas convertidas en sangre; 2, de la plaga de las ranas; 3, de los mosquitos; 4, de las moscas; 5, de la muerte de los animales; 6, de las úlceras y ampollas; 7, del granizo y los truenos y el fuego; 8, de la plaga de las langostas; 9, de las tinieblas; 10, de la matanza de los primogénitos. 8. Pida un hombre a su amigo, y una mujer a su vecina, vasos de plata y oro y vestidos. 9. Tomarán de la sangre del cordero, y la pondrán sobre ambos postes. 10. Habiendo dejado salir Faraón al pueblo, no los condujo el Señor por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca, no sea que si surgían guerras en el camino, se arrepintiera y volviera a Egipto. 11. María la profetisa, hermana de Aarón, tomó un tamboril en su mano. 12. De las aguas amargas, que por la mezcla de la madera que el Señor mostró a Moisés, se convirtieron en dulzura. 13. De las 12 fuentes de agua y las 70 palmeras en Elim. 14. Que el sexto día se mandaba recoger doble medida de maná. 15. Que los hijos de Israel, al ver el maná, decían: Manhu, esto es, ¿Qué es esto? 16. Que el maná reservado para el día siguiente se pudría. 17. Que luchando Israel contra Amalec, Moisés teniendo la vara en la mano levantó los brazos. 18. Que el Señor en el monte Sinaí dio la ley a su pueblo por medio de Moisés. 19. Un altar de tierra me haréis. 20. No me edificaréis altar de piedras talladas. 21. Harás basas de plata, y erigirás tablas doradas encima. 22. Harás cuatro columnas y sus basas cubiertas de plata. 23. Que en el racional, que el sacerdote llevaba en el pecho, se pusieran 12 piedras preciosas, de tres en tres por cuatro ángulos encerradas en oro. 24. Tomando Moisés el becerro de oro lo quemó con fuego y lo trituró hasta el polvo; y esparciéndolo en el agua dio de beber al pueblo. 25. Que Moisés hizo matar a 23,000 hombres por la culpa del becerro fundido. 26. He aquí un lugar junto a mí, estarás sobre la roca, y cuando pase mi gloria, verás mis espaldas. 27. Hizo Moisés en el tabernáculo siete lámparas con sus despabiladeras y vasos.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL ÉXODO.

CAPÍTULO I. En la epístola a la monja Hermisindis, donde se dice que el edificio de la soberbia humana es destruido rápidamente.

Aquellas ciudades de los tabernáculos, que el Faraón construyó con lodo y paja —a saber, con lodo que mancha y paja que se destina a las llamas—, no sin misterio fueron llamadas Pitón y Ramsés; en efecto, Pitón se interpreta como "boca del abismo" o "súbitamente". Pues quienquiera que, según la sentencia de Pablo, edifica ahora sobre el fundamento, que es Cristo Jesús, con madera, heno, paja, el fuego probará cuál es la obra de cada uno (I Cor. III); y cuanto más alto se levanta esta estructura de la vida carnal, tanto más fácilmente, como si estuviera sumergida en el torbellino del abismo, se disipa de repente.

Unde scriptum est: «Ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt (Job XXI).» Bene ergo dicitur et os abyssi et subito, quia de carnalis vitae, quae per eum innuitur, culmine non segniter, sed cito corruitur; et illud est os abyssi quod ascensus videbatur esse fastigii, Propheta testante qui ait: Dejecisti eos, dum allevarentur (Psal. LXXII). Ramesses vero pabulum dicitur, vel tinea. Pabulum namque diaboli sunt omnes reprobi, quibus ille tanquam lupus ovibus vescitur, eorumque pernicie velut epulis saginatur. De quibus etiam per David dicitur: «Sicut oves in inferno positi sunt, et mors depascet eos (Psal. XLVIII).»

«Dixit Dominus ad Moysen: Projice virgam, quam in manu gestas, in terram; et projecit, et factus est serpens. Expavit illico Moyses et fugit. Et ait illi Dominus: Apprehende caudam illius, et apprehendit, factaque est iterum virga (Exod. IV).» Cuncti liquido novimus quia serpens suasit homini mortem; ergo mors a serpente. Quis autem virga, nisi Christus? de quo propheta dicit: Quia «egredietur virga de radice Jesse (Isa. II).» Virga itaque in serpentem, Christus in mortem. Moyses autem expavit et fugit, quia suspenso in cruce, sive moriente Domino, omnis ille apostolorum numerus tremefactus expavit, et a certae spei ac firmae fidei soliditate recessit. Quia vero cauda extrema pars est corporis, quid, nisi finem Dominicae significat passionis? Moyses igitur caudam apprehendit et nihil in virga ultra serpentis apparuit, quia, completo Dominicae passionis crucisque mysterio, et fidelis quisque tunc ad fidem rediit, et Christus, consumpta morte, idipsum in se quod fuerat per resurrectionis gloriam reparavit.

Dixit Dominus ad Moysen: Quid est quod tenes in manu tua? Respondit: Virgam. Ait: Projice eam in terram etc. (Exod. IV). Quis per Moysen, nisi Judaicus populus: et quid per virgam, nisi potestas divinitatis? et quid per serpentem, nisi mortalitas nostri Redemptoris exprimitur? Quia enim per serpentem mors, recte mortalis in serpente; vel certe, cum scriptum sit: «Estote prudentes sicut serpentes (Matth. X).» quia ipsa summa prudentia, id est Dei Sapientia, incarnari dignata est, recte ejus mortalitas in serpente figuratur. Unde et in Evangeli de passione sua loquitur, dicens: «Sicut exaltavit Moyses serpentem in eremo, ita exaltari oportet filium hominis (Joan. III).» Moyses ergo virgam tenuit, quia Judaicus populus ante Redemptoris adventum in divina potestate confisus est; sed virgam in terram projecit, quia idem populus per patriarchas ac prophetas Dominum incarnandum esse nuntiavit.

De donde está escrito: «Pasan sus días en la prosperidad, y en un instante descienden a los infiernos (Job XXI)». Bien, por tanto, se le llama tanto "boca del abismo" como "súbitamente", porque desde la cumbre de la vida carnal, que por él se significa, no se cae lentamente, sino con rapidez; y aquello que parecía ser el ascenso a la cima es la boca del abismo, como atestigua el Profeta que dice: Los derribaste mientras se enaltecían (Sal. LXXII). Ramsés, en cambio, se dice que significa "pasto" o "polilla". Pues todos los réprobos son el pasto (pabulum) del diablo, de quienes él se alimenta como un lobo de las ovejas, y con su perdición se sacia como con un banquete. De los cuales también se dice por medio de David: «Como ovejas son puestos en el infierno, y la muerte los pastoreará (Sal. XLVIII)».

"Dijo el Señor a Moisés: 'Arroja la vara que llevas en la mano a la tierra'; y la arrojó, y se convirtió en serpiente. Moisés al instante se aterró y huyó. Y le dijo el Señor: 'Agarra su cola', y la agarró, y se convirtió de nuevo en vara (Éxodo IV)." Todos sabemos claramente que la serpiente persuadió al hombre a la muerte; por lo tanto, la muerte viene de la serpiente. ¿Quién, pues, es la vara, sino Cristo? de quien dice el profeta: Porque "saldrá una vara de la raíz de Jesé (Isaías II)." Así pues, la vara en serpiente, Cristo en la muerte. Mas Moisés se aterró y huyó, porque, suspendido en la cruz, o sea, muriendo el Señor, todo aquel número de los apóstoles, temblando, se aterró y se apartó de la solidez de la esperanza cierta y de la fe firme. Puesto que, en verdad, la cola es la parte extrema del cuerpo, ¿qué significa, sino el fin de la pasión del Señor? Por tanto, Moisés agarró la cola y nada de la serpiente apareció ya en la vara, porque, completado el misterio de la pasión y de la cruz del Señor, todo fiel entonces regresó a la fe, y Cristo, consumida la muerte, restauró en sí mismo aquello mismo que había sido, por la gloria de la resurrección.

Dijo el Señor a Moisés: ¿Qué es eso que tienes en tu mano? Respondió: Una vara. Dijo: Arrójala a tierra, etc. (Éxodo 4). ¿Quién es representado por Moisés, sino el pueblo judío; y qué por la vara, sino el poder de la divinidad; y qué se expresa por la serpiente, sino la mortalidad de nuestro Redentor? Pues como por la serpiente vino la muerte, rectamente el mortal es representado en la serpiente; o ciertamente, como está escrito: «Sed prudentes como las serpientes (Mateo 10)», porque la misma suma prudencia, es decir, la Sabiduría de Dios, se dignó encarnarse, rectamente su mortalidad es prefigurada en la serpiente. De donde también en el Evangelio habla de su pasión, diciendo: «Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado (Juan 3)». Moisés, por tanto, sostuvo la vara, porque el pueblo judío antes del advenimiento del Redentor confió en el poder divino; pero arrojó la vara a tierra, porque el mismo pueblo, por medio de los patriarcas y profetas, anunció que el Señor se encarnaría.

Virga ergo in colubrum vertitur, quia Redemptor noster Deus in se permanens mortalis inter homines factus est: sed Moyses colubrum conspiciens pertimuit et fugit, quia Judaicus populus, dum Redemptorem humani generis talem vidit Dominum; credere quasi formidolosus expavit. Cui jubetur ut colubrum cauda teneat, quia perfidus ille populus, qui modo credere recusat, in extrema parte Dominici corporis, id est, posteriori tempore sanctae Ecclesiae, videlicet in fine mundi, sese ad fidem recolligit. Et columbrum cauda tenet, quia eum, quem mortalem ante despexerat, Redemptorem suum in ultima jam parte Ecclesiae confitetur. Sed mox serpens in virgam redit, quia statim ut Judaicus populus in Redemptorem nostrum crediderit, idem Redemptor ad judicium in potestate suae divinitatis apparebit, ut ei jam serpens virga sit, quia is qui in terra homo despectus est, de coelo veniens super angelos videbitur Deus. Sicut ergo Dominus et sine lepra leprosus, et sine veneno serpens per mysterium dicitur, ita nihilominus et sine fatuitate stultus, et sine imbecillitate perhibetur infirmus, quia nimirum sic se nostrae infirmitati componit atque contemperat, ut et cum dimicantibus certet et cum patientibus similiter supplicia toleret.

«Mitte, inquit Dominus, manum in sinum tuum. Qui, cum misisset in sinum, protulit leprosam instar nivis. Retrahe, ait, manum in sinum tuum; retraxit et protulit iterum, et erat similis carni reliquae (Exod. IV).» Quid hoc loco per manum Moysi designatur, nisi Filius Dei? Unde dicitur in psalmo: «Fiat manus tua, ut salvet me (Psal. CXVIII);» ac si diceret: Fiat ille, per 103 quem facta sunt omnia, ut, dum ille creatur, creatura a reatus sui contagio liberetur. Haec manus in sinu Patris est, sicut Joannes Baptista dicit: «Filius, qui est in sinu Patris, ipse enarravit (Joan. I).» Sed manus haec cum de sinu prolata est, hoc est, cum per mysterium incarnationis apparuit, peccatorem eum et tanquam sceleris lepra perfusum is, unde processerat, populus aestimavit. Unde dicit Isaias: «Et nos putavimus eum quasi leprosum, et percussum a Deo, et humilitatum (Isa. LIII).» Sed manus haec cum in sinum rediit, lepram prorsus amisit, quia Redemptor noster, postquam ad Patrem, calcato mortis imperio, rediit, jam in fine saeculi non peccator homo, sed vere Deus et homo Judaeis omnibus apparebit.

La vara, por tanto, se convierte en serpiente, porque nuestro Redentor, Dios permaneciendo en sí mismo, se hizo mortal entre los hombres; pero Moisés, al ver la serpiente, se atemorizó y huyó, porque el pueblo judío, cuando vio al Señor, Redentor del género humano, de tal manera, tuvo miedo de creer, como si estuviera lleno de temor. A él se le ordena que tome la serpiente por la cola, porque aquel pueblo infiel, que ahora se niega a creer, en la parte final del cuerpo del Señor —es decir, en el tiempo posterior de la santa Iglesia, a saber, en el fin del mundo— se recogerá a la fe. Y toma la serpiente por la cola, porque confiesa como su Redentor, en la última parte de la Iglesia, a Aquel a quien antes había despreciado como mortal. Pero pronto la serpiente vuelve a ser vara, porque tan pronto como el pueblo judío crea en nuestro Redentor, el mismo Redentor aparecerá para el juicio en el poder de su divinidad, de modo que para él la serpiente sea ya una vara, porque Aquel que fue despreciado como hombre en la tierra, viniendo del cielo, será visto como Dios sobre los ángeles. Así como, por tanto, el Señor es llamado leproso sin lepra, y serpiente sin veneno por un misterio, así también es considerado necio sin necedad, y débil sin debilidad, porque, ciertamente, de tal modo se adapta y se conforma a nuestra debilidad que tanto lucha con los que combaten como tolera igualmente los suplicios con los que padecen.

«Mete —dijo el Señor— tu mano en tu seno. Y habiéndola metido en su seno, la sacó leprosa como la nieve. Vuelve a meter —dijo— tu mano en tu seno; la volvió a meter y la sacó de nuevo, y era semejante al resto de su carne (Éx. IV)». ¿Qué se designa en este lugar por la mano de Moisés, sino el Hijo de Dios? De ahí que se diga en el salmo: «Sea tu mano para que me salve (Sal. CXVIII)»; como si dijera: Sea aquel por quien todo fue hecho, para que, mientras él se hace hombre, la creación sea liberada del contagio de su culpa. Esta mano está en el seno del Padre, como dice Juan el Bautista: «El Hijo, que está en el seno del Padre, él mismo lo ha dado a conocer (Jn. I)». Pero cuando esta mano fue sacada del seno, esto es, cuando apareció por el misterio de la encarnación, el pueblo del que había procedido lo consideró un pecador y como cubierto por la lepra del crimen. De ahí que diga Isaías: «Y nosotros lo tuvimos por leproso, y herido de Dios y humillado (Is. LIII)». Pero cuando esta mano regresó al seno, perdió por completo la lepra, porque nuestro Redentor, después de que regresó al Padre, pisoteado el imperio de la muerte, ya al final de los siglos no aparecerá a todos los judíos como un hombre pecador, sino verdaderamente como Dios y hombre.

«Cumque esset in itinere in diversorio Moyses, occurrit ei Dominus et volebat occidere eum (Exod. IV).» Mirum valde, cur eum repente Dominus occidere voluisse describitur, quem assecretem sibi jam et symmystem familiariter fecerat, cui consilii sui ac voluntatis arcana panderat, et nunc in exsecutione suae obedientiae dirigebat. Sed procul dubio datur intelligi quia quantamlibet contagii maculam ex diuturna Madianitarum cohabitatione contraxerat, atque idcirco terrore ac negligentiae correctione purgandus erat, qui corrigendis aliis coelestium mandatorum bajulus accedebat. Quod scilicet uxor ejus Sephora prudenter intellexit de qua Scriptura protinus addidit: «Tulit illico Sephora acutissimam petram, et circumcidit praeputium filii sui (Ibid.).» Absurdum quippe fuerat, si videretur gentilis in filio qui Israelita erat in semetipso. Qui erga alios ad rectitudinis viam debet instruere, valde cavendum est ne ipse, quod absit, in aliquo videatur errare. Hinc est enim quod Israeliticus populus ad ulciscendum scelus Benjamin zelo rectitudinis inflammatur, et tamen idem populus Benjamin gladiis ante prosternitur (Jud. XX).

Caput VI.

In epistola ad Bonifacium, ubi dicitur ut exteriori prudentiae spiritualis sapientia praeferatur.

«Projecerunt malefici Pharaonis in terram virgas suas, quae versae sunt in dracones: sed devoravit virga Aaron virgas eorum (Exod. VII).» Virga quippe Aaron maleficorum absorbuit virgas, quia sapientia Christi, quam illa signabat, omnes hujus mundi sapientias annullavit mundique sapientes sui corporis, quod est Ecclesia, visceribus counivit. Terrenam itaque sapientiam nostram sapientia spiritualis absorbeat eamque velut in sui corporis arcana convertat. Absurdum namque est et satis inhonestum ut eadem prudentia eademque subtilitas rebus adhibeatur humanis quae spiritualibus impenditur et divinis.

Caput VII.

De decem plagis Aegypti, in epistola ad discipulum Joannem.

Plagae autem factae in Aegypto, quia humanae animae in mundo infliguntur vulnera. Unde quot plagae fuerant tot praecepta sunt divinitus promulgata ut, quot sunt vulnera cordis aegroti, totidem sint medicamenta quae illi valeant adhiberi.

«Y aconteció que, estando Moisés en el camino, en una posada, le salió al encuentro el Señor y quiso matarlo (Éxodo IV)». Es muy admirable por qué se describe que el Señor quiso matarlo de repente, a quien ya había hecho familiarmente su confidente e iniciado (*symmystem*), a quien había revelado los arcanos de su consejo y voluntad, y a quien ahora dirigía en la ejecución de su obediencia. Pero, sin duda, se da a entender que había contraído alguna mancha de contagio por su prolongada cohabitación con los madianitas, y por ello debía ser purgado con el terror y la corrección de su negligencia, él, que se presentaba como portador de los mandatos celestiales para corregir a otros. Esto, ciertamente, lo entendió prudentemente su esposa Séfora, de quien la Escritura añadió en seguida: «Tomó al instante Séfora una piedra muy afilada y circuncidó el prepucio de su hijo (Ibíd.)». Pues habría sido absurdo que pareciera gentil en su hijo quien era israelita en sí mismo. Quien debe instruir a otros en el camino de la rectitud, debe tener sumo cuidado de que él mismo, Dios no lo quiera, no parezca errar en algo. De aquí, en efecto, que el pueblo israelita se inflame de celo por la rectitud para vengar el crimen de Benjamín, y, sin embargo, este mismo pueblo es primero postrado por las espadas de Benjamín (Jueces XX).

Capítulo VI.

En la epístola a Bonifacio, donde se dice que la sabiduría espiritual debe ser preferida a la prudencia exterior.

«Los magos del Faraón arrojaron a tierra sus varas, las cuales se convirtieron en dragones; pero la vara de Aarón devoró sus varas (Éxodo VII)». Ciertamente, la vara de Aarón absorbió las varas de los magos, porque la sabiduría de Cristo, que aquella significaba, anuló todas las sabidurías de este mundo y unió a los sabios del mundo a las entrañas de su cuerpo, que es la Iglesia. Por tanto, que la sabiduría espiritual absorba nuestra sabiduría terrena y la convierta, por así decirlo, en los arcanos de su propio cuerpo. Pues es absurdo y bastante deshonroso que la misma prudencia y la misma sutileza se apliquen a las cosas humanas que se dedica a las espirituales y divinas.

Capítulo VII.

Sobre las diez plagas de Egipto, en la epístola al discípulo Juan.

Ahora bien, las plagas ocurrieron en Egipto porque en el mundo se infligen heridas al alma humana. De ahí que, cuantas plagas hubo, tantos preceptos fueron divinamente promulgados, para que, cuantas son las heridas del corazón enfermo, otros tantos sean los medicamentos que puedan aplicársele.

Age igitur; prima plaga est cum aquae vertuntur in sanguinem (Exod. VII). Porro autem istae plagae non fiunt nisi in Aegypto, id est, in corde tenebroso et caligine caecitatis oppresso. Cui scilicet aquae convertuntur in sanguinem, cum caeca mens, quantum ad se, confundit ac violat rectae fidei puritatem; sicut enim per aquam omnes de visceribus terrae segetes prodeunt, sic ex fide spiritualia proferuntur alimenta virtutum. Tunc igitur aqua in sanguinem vertitur, cum caecitate perfidiae cor insipiens obscuratur. Sicut de quibusdam dicit Apostolus: «Quia cum cognovissent Dominum, non sicut Dominum glorificaverunt, aut gratias egerunt, sed evanuerunt in cogitationibus suis; et obscuratum est insipiens cor eorum (Rom. I).» Qui primae plagae, hoc est, pestilentissimo vulneri, mox adhibetur primi medicina praecepti: «Audi, Israel, Dominus Deus tuus Deus unus est (Deut. VI).» Hoc est enim medicinale vinculum, quo perfidiae vulnus debeat alligari, ut hoc audiens unum solummodo Deum colas et in plures Deos marcescentis perfidiae putredinem non effundas. Et justo Dei judicio, juxta litteram factum est ut illius fluvii sanguine potarentur Aegyptii, in quo primitus pueri necabantur Hebraei.

Secunda vero plaga, ranarum est abundantia (Exod. VIII). Rana clamosum est animal, et in limosis vociferatur ex more paludibus; cui similes judicantur haeretici ac philosophi, qui velut super paludes limosas, hoc est inter turbas squalore perfidiae sordidas, vanis adversus Christum vociferantur obloquiis, et, dum per argumenta fallaciae non desinunt importunis garrire clamoribus, inane quidem in auribus taedium, sed nullum mentibus vivendi afferunt cibum. Cui morbo, qui videlicet in anima lethaliter saevit, secundum praeceptum tanquam poculum salutis occurrit. Secundum autem praeceptum est: «Non assumes nomen Domini Dei tui in vanum (Exod. XX).» In vanum namque Christi nomen assumit qui eum non Creatorem, sed tantummodo creaturam credit: «Vanitati enim creatura subjecta est (Rom. VIII).» Et ideo tales homines sunt procul dubio vani, quia veritatem Dei commutantes in mendacium, fidem adhibent vanitati.

Tertia vero plaga ciniphes sunt (Exod. VIII). Hoc autem animal tam minutum est ac perexiguum ut dum se per aerem librat et huc illucque vagabundis anfractibus instabiliter volat, visum cernere volentes effugiat; in corpore tamen nostro dum sederit, pungit, adeo ut, cum eas nequeas videre dum volant, compellaris sentire dum stimulant; et dum circumvolantes seseque importunius ingerentes vultus nostros infestare non desinunt, volentes quiescere non permittunt. Quamobrem haec plaga vagationis et inquietudinis vitium manifeste designat.

Así pues, la primera plaga es cuando las aguas se convierten en sangre (Éxodo VII). Además, estas plagas no ocurren sino en Egipto, es decir, en un corazón tenebroso y oprimido por la niebla de la ceguera. Para este, ciertamente, las aguas se convierten en sangre cuando la mente ciega, en lo que a ella respecta, confunde y viola la pureza de la recta fe; pues así como por el agua brotan todas las cosechas de las entrañas de la tierra, así de la fe se producen los alimentos espirituales de las virtudes. Entonces, por tanto, el agua se convierte en sangre cuando el corazón insensato se oscurece por la ceguera de la perfidia. Como dice el Apóstol de algunos: «Porque habiendo conocido al Señor, no le glorificaron como a Señor, ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos; y su necio corazón fue entenebrecido (Rom. I)». A esta primera plaga, es decir, a esta herida pestilentísima, se aplica inmediatamente la medicina del primer precepto: «Escucha, Israel, el Señor tu Dios es un solo Dios (Deut. VI)». Pues este es el vendaje medicinal con el que debe ser atada la herida de la perfidia, para que, oyendo esto, adores a un solo Dios y no derrames la podredumbre de la perfidia decadente en muchos dioses. Y por justo juicio de Dios, según la letra, sucedió que los egipcios fueron abrevados con la sangre de aquel río en el que primeramente eran ahogados los niños hebreos.

La segunda plaga, en verdad, es la abundancia de ranas (Éxodo VIII). La rana es un animal clamoroso, y por costumbre vocifera en los pantanos lodosos; a ella se juzgan semejantes los herejes y los filósofos, quienes, como sobre pantanos lodosos —esto es, entre multitudes sórdidas por la miseria de la perfidia—, vociferan con vanos oprobios contra Cristo, y, mientras no cesan de parlotear con importunos clamores mediante argumentos falaces, ciertamente producen un tedio inútil en los oídos, pero no aportan ningún alimento de vida a las mentes. A esta enfermedad, que ciertamente se ensaña letalmente en el alma, acude el segundo precepto como una copa de salvación. Ahora bien, el segundo precepto es: «No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano (Éxodo XX)». Pues en vano toma el nombre de Cristo quien no lo cree Creador, sino tan solo una criatura: «Porque la creación fue sujetada a vanidad (Rom. VIII)». Y por eso tales hombres son sin duda vanos, porque, cambiando la verdad de Dios en mentira, dan su fe a la vanidad.

La tercera plaga, en verdad, son los mosquitos (Éxodo VIII). Este animal, por su parte, es tan diminuto y pequeñísimo que, mientras se equilibra en el aire y vuela inestablemente de aquí para allá con giros errantes, escapa a la vista de quienes quieren verlo; sin embargo, cuando se posa en nuestro cuerpo, pica, de tal modo que, aunque no puedas verlos mientras vuelan, te ves obligado a sentirlos cuando pinchan; y mientras vuelan alrededor y se lanzan sobre nosotros con más impertinencia, no cesan de infestar nuestros rostros, no permitiendo descansar a quienes lo desean. Por esta razón, esta plaga designa manifiestamente el vicio de la vagancia y la inquietud.

Quo videlicet morbo quidam laborantes inutiliter huc illucque discurrunt, et velut malis vertumnis obnoxii per impatientiam non quiescunt. Sed quoniam ciniphes istae perexiguae sunt et noxiae, ut non tam pondus videantur habere quam morsus, qui vitio vagationis inserviunt, quod per ciniphes designatur, leve quidem arbitrantur esse peccatum, sed non levireatus fodiuntur aculeo. Non aggravat pondus, sed penetrat morsus, quia, quanto vitium hoc levius deputant, tanto majore necesse est ut peccati stimulus animae languentis interiora transfigat. Huic itaque languori tertii praecepti obviat medicina, cum dicitur: «Memento ut diem Sabbati sanctifices (Exod. XX et XXXI, Deuter. I);» sabbatum, id est requies. Ubi est sanctificatio sabbati, ibi procul dubio Spiritus Dei. Unde scriptum est: «Super quem requiescet Spiritus meus, nisi super humilem et quietum et trementem sermones meos?» (Isai LXVI.) Pensanda sunt verba quia si Spiritus sanctus requiescit tantummodo super quietum, ergo deserit inquietum. Enimvero, sicut secundum praeceptum refertur ad Filium, ita hoc tertium pertinet ad Spiritum sanctum, qui nihilominus tertia est in sancta Trinitate persona. Nam et illam tertiam plagam Spiritui sancto incantatores ascribunt, cum et ipsi ciniphes excitare non possunt, dicentes ad Pharaonem: «Digitus Dei est hic (Exod. VIII).» Ad colendum hoc sabbatum discipulum suum provocabat Apostolus, cum dicebat: «Attende lectioni et doctrinae (I Tim. I).» Et alibi: «Orate sine intermissione (I Thess. V).» Ad hujus sabbati cultum Dominus nos provocat per prophetam, cum dicit: «Vacate et videte, quoniam ego sum Dominus (Psal. XLV).» Ac si dicat: Spirituale sabbatum colite, vagationis inquietudinem devitate; ut per Spiritus sancti gratiam fixos, non vos ciniphes inquietent, sed spirituali sabbati cultura sanctificet. Notandum praeterea quoniam tria duntaxat ista praecepta in una descripta sunt tabula; alia vero septem continebantur in altera. Ista siquidem ad charitatem Dei, illa vero ad amorem pertinent proximi. Et idcirco non amplius quam duae sunt tabulae, quia geminae sunt charitatis impressione distinctae. Tria plane praecepta in una tabula, septem vero descripta fuisse in alia, ex hoc maxime colligitur quod B. Apostolus ad Ephesios ait: «Filii, obedite parentibus vestris in Domino, hoc enim justum est. Honora patrem et matrem; quod est mandatum primum in promissione, ut bene sit tibi et sis longaevus super terram (Ephes. VI).» Cur autem primum hoc mandatum dicitur, nisi quod in principio secundae tabulae positum est? Quod etiam in promissione dicitur, quia quod in aliis praeceptis non invenitur, hoc praeceptum longaevitatis promissio sequitur, praemissio nimirum hoc quod dicitur: Honora patrem et matrem, ut bene sit tibi et sis longaevus super terram. Hoc ergo praeceptum, quod quartum est in generali numero mandatum, in secunda tabula ponitur primum.

Ciertamente, algunos que padecen esta enfermedad corren inútilmente de aquí para allá y, como si estuvieran sujetos a malos torbellinos, no descansan por impaciencia. Pero como estos mosquitos son muy pequeños y nocivos, de modo que no parecen tener tanto peso como picadura, quienes se entregan al vicio de la vagancia, que es designado por los mosquitos, lo consideran un pecado leve, pero son atravesados por el aguijón de una culpa no leve. No agobia el peso, pero penetra la picadura, porque cuanto más leve consideran este vicio, con tanto mayor rigor es necesario que el estímulo del pecado traspase las partes interiores del alma lánguida. Por tanto, a esta languidez se opone la medicina del tercer precepto, cuando se dice: «Recuerda santificar el día de Sábado (Éxodo XX y XXXI, Deuteronomio I)»; sábado, es decir, descanso. Donde está la santificación del sábado, allí sin duda está el Espíritu de Dios. De ahí que está escrito: «¿Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde y quieto y que tiembla ante mis palabras?» (Isaías LXVI). Hay que ponderar las palabras, porque si el Espíritu Santo reposa solamente sobre el quieto, entonces abandona al inquieto. En verdad, así como el segundo precepto se refiere al Hijo, así este tercero pertenece al Espíritu Santo, que es, no obstante, la tercera persona en la Santísima Trinidad. Pues también los encantadores atribuyen aquella tercera plaga al Espíritu Santo, cuando ellos mismos no pueden producir los mosquitos, diciendo al Faraón: «El dedo de Dios está aquí (Éxodo VIII)». A observar este sábado provocaba el Apóstol a su discípulo, cuando decía: «Atiende a la lectura y a la doctrina (I Tim. I)». Y en otro lugar: «Orad sin interrupción (I Tes. V)». Al culto de este sábado nos provoca el Señor por el profeta, cuando dice: «Estad quietos y ved que yo soy el Señor (Sal. XLV)». Como si dijera: Observad el sábado espiritual, evitad la inquietud de la vagancia; para que, firmes por la gracia del Espíritu Santo, no os inquieten los mosquitos, sino que os santifique con el culto del sábado espiritual. Además, debe notarse que solo estos tres preceptos estaban escritos en una tabla; pero los otros siete se contenían en la otra. Estos, ciertamente, pertenecen a la caridad de Dios, mientras que aquellos pertenecen al amor del prójimo. Y por eso no hay más de dos tablas, porque están distinguidas por la doble impresión de la caridad. Que tres preceptos estaban claramente escritos en una tabla, y siete en la otra, se colige especialmente de lo que el Beato Apóstol dice a los Efesios: «Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre; que es el primer mandamiento con promesa, para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra (Efes. VI)». ¿Y por qué se llama este el primer mandamiento, sino porque está puesto al principio de la segunda tabla? También se dice que es 'con promesa', porque lo que no se encuentra en los otros preceptos, a este precepto le sigue la promesa de longevidad, a saber, esta premisa que se dice: Honra a tu padre y a tu madre, para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra. Este precepto, por tanto, que es el cuarto mandamiento en el número general, se pone primero en la segunda tabla.

Cui contraria est quarta plaga, hoc est, cynomyia quae dicitur musca canina (Exod. VIII). Nihil enim tam caninum est quam ignorare parentes et illis qui nos genuerunt, reverentiam non deferre. Eos etiam tanquam muscae circumvolitantes canini mores exagitant, qui, dum deferre parentibus nesciunt, per levitatis inconstantiam a naturali gravitate recedunt, eosque tanquam caninae muscae dilacerant, dum se contra genitores suos, quasi ringentes et oblatrantes, per impatientiam vexant. Ut haec ergo plaga curetur, digna parentibus reverentia deferatur.

Quinta plaga mors peccatorum est (Exod. IX). Omnes enim qui spreto conjugali toro alienarum se mulierum foeditatibus polluunt et per obscenae libidinis passim fluxa resolvunt, quid aliud quam bruta dicendi sunt pecora atque a ratione spiritualis intelligentiae penitus aliena? «Facti sunt enim sicut equus, et mulus, quibus non est intellectus (Psal. XXXI).» Et per Jeremiam dicitur: «Saturavi eos et moechati sunt, et in domo meretricis luxuriabantur; equi amatores in feminas emissarii facti sunt, unusquisque ad uxorem proximi sui hinniebat (Jer. V).» Haec ergo pecora necesse est ut funditus exstincta depereant, nisi divinae legis medicamen occurrat. Dicitur ergo: «Non moechaberis (Exod. XX).» Hoc utique quintum praeceptum quintae plagae tanquam medicinalis nexus opponitur, ut dum proprio toro quisque contentus esse compellitur, nequaquam in extraneae carnis amplexus intemperantia diffrenatae libidinis extendatur.

Sexta plaga sunt vulnera et vesicae turgentes atque ferventes (Exod. IX). In vulneribus scilicet arguitur dolosa odientium ac purulenta malitia; in vesicis tumens et inflata superbia; in fervore, aestuans et inflammati furoris insania. Sunt enim animae quaedam homicidales, in quibus hae pestes oriuntur et acerrime saeviunt, easque, nisi humanum sanguinem fundant, quiescere non permittunt. Huic itaque furenti morbo et immaniter saevienti, sextum praeceptum tanquam medicina coelestis occurrit, quo dicitur: «Non occides (Exod. XX);» ut hoc quilibet audiens exortam malae voluntatis in semetipso perniciem reprimat, nec extrinsecus ad effundendi cruoris effectum conceptum malitiosae conscientiae virus erumpat.

Post haec plaga grandinis ponitur, ubi scilicet grando et ignis pariter ferebantur (Exod. IX). Porro autem duo haec contraria sunt, frigus in grandine, calor in igne. Sic qui aliena furantur, et a fraterna charitate sunt frigidi, et ardore cupiditatis accensi. Ubi etiam fulgura atque tonitrua mista fuisse cum grandine perhibentur. Quid autem per tonitrua et fulgura, nisi pavor intolerabilis designatur? Et hoc furibus familiare est ut, primo capi, deinde puniri, tremefactis visceribus paveant; nec tamen a semel conceptae nequitiae perpetratione quiescant.

Contraria a esto es la cuarta plaga, es decir, la mosca canina, que se llama *cynomyia* (Éxodo VIII). Pues nada es tan canino como ignorar a los padres y no mostrar reverencia a quienes nos engendraron. También a ellos los agitan las costumbres caninas como moscas que revolotean, quienes, al no saber honrar a sus padres, se apartan de la gravedad natural por la inconstancia de la levedad, y los desgarran como moscas caninas, mientras se irritan contra sus propios progenitores, como si gruñeran y ladraran, por impaciencia. Por tanto, para que esta plaga sea curada, muéstrese la debida reverencia a los padres.

La quinta plaga es la muerte del ganado (Éxodo IX). Pues todos los que, despreciando el lecho conyugal, se contaminan con las inmundicias de otras mujeres y se disuelven por doquier en los flujos de la obscena lujuria, ¿qué otra cosa han de ser llamados sino brutos ganados y enteramente ajenos a la razón de la inteligencia espiritual? «Pues se han vuelto como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI)». Y por Jeremías se dice: «Los sacié y cometieron adulterio, y en casa de la ramera se entregaron al libertinaje; se han vuelto como caballos sementales, amantes de las hembras, cada uno relinchaba por la mujer de su prójimo (Jer. V)». Este ganado, por tanto, es necesario que perezca y se extinga por completo, a no ser que acuda el medicamento de la ley divina. Por tanto, se dice: «No cometerás adulterio (Éxodo XX)». Este quinto precepto ciertamente se opone a la quinta plaga como un nexo medicinal, para que, mientras cada uno es obligado a contentarse con su propio lecho, de ninguna manera se extienda la intemperancia de la lujuria desenfrenada a los abrazos de una carne ajena.

La sexta plaga son las heridas y las úlceras hinchadas y ardientes (Éxodo IX). En las heridas, ciertamente, se reprueba la malicia dolosa y purulenta de los que odian; en las úlceras, la soberbia tumefacta e inflada; en el ardor, la locura hirviente e inflamada de la furia. Pues hay ciertas almas homicidas en las que estas plagas surgen y se ensañan con suma fiereza, y no les permiten descansar a menos que derramen sangre humana. A esta enfermedad furiosa y salvajemente cruel, por tanto, acude el sexto precepto como una medicina celestial, en el que se dice: «No matarás (Éxodo XX)»; para que cualquiera que oiga esto reprima en sí mismo la naciente perdición de una mala voluntad, y no irrumpa hacia afuera, hasta el efecto de derramar sangre, el veneno concebido de una conciencia maliciosa.

Después de esto se pone la plaga del granizo, donde, ciertamente, el granizo y el fuego eran llevados juntamente (Éxodo IX). Además, estos dos son contrarios: el frío en el granizo, el calor en el fuego. Así son los que roban lo ajeno: están fríos en la caridad fraterna y encendidos por el ardor de la codicia. Donde también se dice que relámpagos y truenos se mezclaron con el granizo. ¿Y qué se designa por los truenos y relámpagos, sino un pavor intolerable? Y esto es familiar a los ladrones: que teman con entrañas temblorosas, primero ser capturados, luego ser castigados; y sin embargo no descansan de la perpetración de la maldad una vez concebida.

Istae nimirum pestes, hoc est, grando, ignis, fulgura, simul atque tonitrua, eorum corda qui clam aliena diripiunt, tanquam quaedam arva devastant, et si qua sunt, omnia bonae voluntatis fruges et germina dissipant. Huic itaque pessimo vulneri septimi succurrit medicina mandati, cum dicitur: «Non furaberis (Exod. XX);» ut hoc quisque cognoscens, cordis sui segetes hac multiplici peste non perdat, sed bonorum operum frugibus animae suae cellarium repleat, implens illud apostolicum: «Qui furabatur, jam non furetur, sed laboret manibus suis, ut habeat unde tribuat necessitatem patientibus (Ephes. IV).»

Octava autem plaga locustae sunt (Exod. X). Per haec animalia, quae segetum germina destruunt et pestifero fruges ore corrodunt, qui possunt melius designari quam bi qui fratribus detrahunt et falsum illis crimen opponunt? Nam quasi alienae segetis germen devorant, dum fratrum suorum non modo bona supprimunt quae praedicare debuerant, sed ultimo etiam nota eos falsi reatus inflammant. Rodunt itaque, quia non modo eorum verba bona per iuvidentiam contegunt, sed eis etiam stigma fictae pravitatis inurunt. An isti tanquam locustae non rodunt, quibus per Apostolum dicitur: «Si mordetis et comeditis invicem, videte ne ab invicem consumamini?» (Gal. V.) Huic itaque plagae mandatum illuc competenter opponitur, quo dictum est: «Non falsum testimonium dices (Exod. XX).» Ut videlicet falsus quisque testis, qui non erit impunitus, ab alienae vitae morsu se reprimat, locustinos dentes abjiciat et virentia segetis alienae germina non abrodat.

Jam nona plaga est densitas tenebrarum (Exod. X). Nemo magis in interiores tenebras labitur quam is qui conjugalis thalami violat fidem et alienam invadere quaerit uxorem. Sed has tenebras quas utique cor luxuriae deditum tolerat, divinae legis splendor illustrat, cum dicitur: «Non concupisces uxorem proximi tui (Exod. XX).» Ubi notandum quia non dicitur, non tolles; sive, non pollues, sed quod plus est, «non concupisces uxorem proximi tui.» Superius dictum est: «Non moechaberis:» hic dicitur: «Non concupisces uxorem proximi tui;» ergo de re una duo videntur esse mandata: illic enim moechiae alienum torum violantis effectus; hic etiam violare volentis prohibetur affectus. Illic spurcus et illicitus condemnatur adulterii coitus; hic etiam adulterinae concupiscentiae compescitur appetitus. Et revera ipsa concupiscentia violandi alieni matrimonii adulterium est, sicut Dominus ait: «Qui viderit uxorem alterius ad concupiscendum eam, jam moechatus est in corde suo (Matth. V).» Non ergo quispiam alienam concupiscat uxorem, ne palpabilium tenebrarum patiatur in corde caliginem, quam etsi forte jam patitur, coruscantem radium mandati legalis admittat et sic tenebras conscientiae caecutientis abjiciat.

Estas plagas, a saber, granizo, fuego, relámpagos y truenos a la vez, devastan los corazones de quienes en secreto saquean lo ajeno, como ciertos campos, y disipan todos los frutos y gérmenes de buena voluntad, si es que existen. Por tanto, a esta pésima herida acude la medicina del séptimo mandamiento, cuando se dice: «No robarás (Éxodo XX)»; para que cada uno, conociendo esto, no pierda las cosechas de su corazón por esta múltiple plaga, sino que llene el granero de su alma con los frutos de las buenas obras, cumpliendo aquella palabra apostólica: «El que robaba, ya no robe, sino que trabaje con sus manos, para que tenga de qué dar a los que padecen necesidad (Efes. IV)».

La octava plaga, por su parte, son las langostas (Éxodo X). Por estos animales, que destruyen los gérmenes de las cosechas y corroen los frutos con su boca pestífera, ¿quiénes pueden ser mejor designados que aquellos que detractan a sus hermanos y les oponen una falsa acusación? Pues devoran, por así decirlo, el germen de la cosecha ajena, cuando no solo suprimen las cosas buenas de sus hermanos que debían haber pregonado, sino que al final incluso los marcan con la infamia de una falsa culpa. Así pues, roen, porque no solo ocultan sus buenas palabras por envidia, sino que también les graban el estigma de una depravación fingida. ¿Acaso no roen estos como langostas, a quienes se dice por el Apóstol: «Si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros»? (Gál. V). A esta plaga, por tanto, se opone competentemente aquel mandamiento en el que se dijo: «No dirás falso testimonio (Éxodo XX)». Para que, ciertamente, todo falso testigo, que no quedará impune, se reprima de morder la vida ajena, arroje sus dientes de langosta y no roa los verdes gérmenes de la cosecha ajena.

Ahora, la novena plaga es la densidad de las tinieblas (Éxodo X). Nadie cae en tinieblas interiores más profundas que aquel que viola la fidelidad del tálamo conyugal y busca invadir a la esposa ajena. Pero estas tinieblas, que ciertamente soporta el corazón entregado a la lujuria, las ilumina el esplendor de la ley divina, cuando se dice: «No desearás la mujer de tu prójimo (Éxodo XX)». Donde ha de notarse que no se dice: no la tomarás, o, no la contaminarás, sino lo que es más, «no desearás la mujer de tu prójimo». Más arriba se dijo: «No cometerás adulterio»; aquí se dice: «No desearás la mujer de tu prójimo»; por tanto, parece haber dos mandamientos sobre una misma cosa: pues allí se prohíbe el efecto del adúltero que viola el lecho ajeno; aquí se prohíbe incluso el afecto del que quiere violarlo. Allí se condena el coito impuro e ilícito del adulterio; aquí se reprime incluso el apetito de la concupiscencia adúltera. Y en verdad, la misma concupiscencia de violar el matrimonio ajeno es adulterio, como dice el Señor: «Quien mira a la mujer de otro para desearla, ya ha cometido adulterio en su corazón (Mat. V)». Por tanto, que nadie desee la mujer ajena, no sea que sufra en su corazón la oscuridad de tinieblas palpables; y si acaso ya la sufre, que admita el rayo centelleante del mandato legal y así arroje las tinieblas de su conciencia cegadora.

Postremo decima plaga est mors primogenitorum (Exod. XII). Duos filios habet homo, nimirum cum facit opus quod ad hanc pertinet vitam, et cum spirituale quid operatur quod ad vitam tendit aeternam. Sed spiritualis fructus, quasi primogenitus noster, in nostris operibus debet obtinere primatum. Unde et Dominus: «Primum, inquit, quaerite regnum Dei, et haec omnia adjicientur vobis (Matth. VI).» Ac si dicat: Gignite spiritualem fructum, qui vester sit utique primogenitus; qui vero ad hujus vitae pertinet necessaria, sit in haereditate secundus, huic enim primogenito cum Jacob debetur benedicto (Gen. XXVII); de Esau vero ejusque similibus Scriptura dicit: «Haereditas, ad quam in principio festinatur, in novissimo benedictione carebit (Prov. XX).» De his duobus liberis in Deuteronomio per figuram dicitur: «Haereditas, ad quam in principio festinatur, in novissimo benedictione carebit (Prov. XX).» De his duobus liberis in Deuteronomio per figuram dicitur: «Si habuerit homo uxores duas, unam dilectam et alteram odiosam, genueritque ex eis liberos, et fuerit filius odiosae primogenitus, volueritque substantiam inter filios suos dividere, non poterit filium dilectae facere primogenitum, et praeferre filio odiosae, sed filium odiosae agnoscet primogenitum dabitque ei de his quae habuerit cuncta duplicia; iste est enim principium liberorum ejus, et huic debentur primogenita (Deut. XXI).» De quibus omnibus verbum illud hic duntaxat ducimus exponendum, quod uxor dilecta sit vita mollis, deliciosa, carnalis; odiosa autem uxor est vita spiritualis, ut pote rigida, districta et omnium carnalium delectationum illecebris inimica. Hujus ergo filio primogenita debentur, quia spiritualis vitae fructus illum habere meretur in praemium qui est, juxta Joannem, «primogenitus mortuorum, et princeps regum terrae, qui dilexit nos et lavit nos a peccatis nostris in sanguine suo (Apoc. I).» Sed hic primogenitus, id est, spiritualis fructus illi procul dubio moritur, qui suis non contentus, alienis rebus intendit; quod fraterni juris est appetit, et bona proximi succensus avaritiae facibus concupiscit. Sed decimum Legis praeceptum est: «Non concupisces rem proximi tui (Exod. XX).» Hoc igitur ille mandatum diligenter audiat, ne primogenitum perdat, ut de primogenito suo gaudeat, nequaquam quod alienum est concupiscat.

«Postulet vir ab amico suo, ait Dominus, et mulier a vicina sua, vasa argentea, et aurea, et vestes; dabit autem Dominus gratiam populo suo coram Aegyptiis (Exod. XII).»

Por último, la décima plaga es la muerte de los primogénitos (Éxodo XII). El hombre tiene dos hijos, a saber, cuando hace una obra que pertenece a esta vida, y cuando obra algo espiritual que tiende a la vida eterna. Pero el fruto espiritual, como nuestro primogénito, debe obtener la primacía en nuestras obras. De ahí que también el Señor dice: «Buscad primero, dice, el reino de Dios, y todas estas cosas se os añadirán (Mat. VI)». Como si dijera: Engendrad un fruto espiritual, que sea ciertamente vuestro primogénito; el que, en cambio, pertenece a las necesidades de esta vida, sea segundo en la herencia, pues a este primogénito, con Jacob, se le debe la bendición (Gén. XXVII); pero de Esaú y sus semejantes dice la Escritura: «La herencia a la que se apresura al principio, al final carecerá de bendición (Prov. XX)». De estos dos hijos se dice en figura en el Deuteronomio: «La herencia a la que se apresura al principio, al final carecerá de bendición (Prov. XX)». De estos dos hijos se dice en figura en el Deuteronomio: «Si un hombre tuviere dos mujeres, una amada y otra odiada, y le hubieren dado hijos, y el hijo de la odiada fuere el primogénito, y quisiere repartir su hacienda entre sus hijos, no podrá hacer primogénito al hijo de la amada, y preferirlo al hijo de la odiada, sino que reconocerá al hijo de la odiada como primogénito y le dará de todo lo que tuviere el doble; pues este es el principio de sus hijos, y a él se le deben los derechos de primogenitura (Deut. XXI)». De todo lo cual, consideramos que solo esta palabra ha de ser expuesta aquí: que la esposa amada es la vida blanda, deliciosa, carnal; pero la esposa odiada es la vida espiritual, por cuanto es rígida, estricta y enemiga de los halagos de todos los deleites carnales. Al hijo de esta última, por tanto, se le deben los derechos de primogenitura, porque el fruto de la vida espiritual merece tener por premio a Aquel que es, según Juan, «el primogénito de los muertos, y el príncipe de los reyes de la tierra, que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre (Apoc. I)». Pero este primogénito, es decir, el fruto espiritual, sin duda muere para aquel que, no contento con sus propias cosas, pone su atención en las ajenas; que apetece lo que es de derecho fraterno, y desea los bienes del prójimo, encendido por las antorchas de la avaricia. Pero el décimo precepto de la Ley es: «No desearás los bienes de tu prójimo (Éxodo XX)». Por tanto, que escuche diligentemente este mandamiento, para no perder a su primogénito; para que se alegre de su primogénito, de ninguna manera desee lo que es ajeno.

"Pida el varón a su amigo, dice el Señor, y la mujer a su vecina, vasos de plata y de oro, y vestidos; y el Señor dará gracia a su pueblo ante los egipcios (Éxodo XII)."

In quo videlicet, ne diutius immorer, mystice aurum et argentum cum vestibus petimus, unde Domino tabernaculum fabricemus, cum mundanos poetas ac philosophos legimus, ut in divinis eloquiis luculentius proficere valeamus; sive etiam, quod perspicacius est, aurum et argentum, animae sunt pretiosae, quae cum vestibus simul, id est, suis corporibus populo Dei se copulant, ut tenebrosum hoc saeculum, velut Aegyptum, deserant et terram promissam perpetuae felicitatis acquirant.

«Sument de sanguine agni et ponent super utrumque postem (Exod. XII.)» Quid est, quod Israelitica plebs postibus domorum de sanguine agni jubetur imponere, nisi ut nos praefiguret crucem Christi, qui verus est agnus, in fronte portare? Ad vesperam siquidem immolabatur agnus; et in vespera mundi passus est Christus. Liniuntur utique postes, ne vastator angelus audeat inferre perniciem; et nos crucis vexillum in corde gestamus et fronte, ne repentinus hostis veniens valeat auferre salutem, unde et securi canimus: «Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine (Psal. IV).»

«Cum emisisset Pharao populum, non eos deduxit Dominus per viam terrae Philistiim, quae vicina est, reputans ne forte poeniteret eum, si vidisset adversum se bella consurgere, et reverteretur in Aegyptum (Exod. XIII).» Ex Aegypto itaque recendentibus, e vicino pugna subtrahitur, quia derelinquentibus saeculum quaedam pacis tranquillitas datur; ne in ipsa suae teneritudinis novitate turbati atque conterriti ad ea quae contempserant revertantur. Prius ergo securitatis suavitate mulcentur, prius pacis quiete nutriuntur. Post cognitam vero dulcedinem tanto jam tolerabilius tentationum certamina sustinent quanto in Deo altius agnovere quod ament.

«Sumpsit autem Maria prophetes, soror Aaron, tympanum in manu (Exod. XV).» Nos quoque rubro jam mari transmisso et hoste demerso tympanum cum Maria ferre debemus. Quid est autem tympanum portare? Audi Dominum dicentem: «Qui vult, inquit, venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam et sequatur me (Luc. VIII).» Qui enim carnem suam cum vitiis et concupiscentiis crucifigit, qui membra sua, quae sunt super terram, abstinendo mortificat (Galat. V), ille vere cum Maria tympanum portat, quia semetipsum a noxiis terrenae voluptatis humoribus aridum servat.

Caput XII.

In eodem sermone.

En lo cual, ciertamente, para no extenderme más, místicamente pedimos oro y plata junto con vestidos, con los cuales fabricar un tabernáculo para el Señor, cuando leemos a los poetas y filósofos mundanos, para que podamos progresar más brillantemente en las divinas elocuencias; o también, lo que es más perspicaz, el oro y la plata son las almas preciosas, que junto con sus vestidos, es decir, sus cuerpos, se unen al pueblo de Dios, para que abandonen este siglo tenebroso, como a Egipto, y adquieran la tierra prometida de la felicidad perpetua.

"Tomarán de la sangre del cordero y la pondrán sobre ambos postes (Éxodo 12)." ¿Qué es esto, que al pueblo israelita se le manda poner la sangre del cordero en los postes de sus casas, sino para prefigurar que nosotros debemos llevar en la frente la cruz de Cristo, que es el verdadero cordero? Pues el cordero era inmolado al atardecer; y en el atardecer del mundo, Cristo padeció. Ciertamente se untan los postes, para que el ángel devastador no se atreva a infligir la perdición; y nosotros llevamos el estandarte de la cruz en el corazón y en la frente, para que el enemigo repentino, al venir, no pueda arrebatarnos la salvación, de donde también cantamos seguros: "Se ha sellado sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor (Salmo 4)".

"Cuando el Faraón dejó salir al pueblo, no los condujo el Señor por el camino de la tierra de los filisteos, que está cerca, pensando que tal vez se arrepentirían si veían que se levantaban guerras contra ellos, y volverían a Egipto (Éxodo 13)." Así pues, a los que salen de Egipto se les retira la lucha cercana, porque a los que abandonan el mundo se les da una cierta tranquilidad de paz, para que, turbados y aterrados en la misma novedad de su ternura, no regresen a aquellas cosas que habían despreciado. Primero, por tanto, son calmados por la dulzura de la seguridad; primero, son nutridos por la quietud de la paz. Pero, una vez conocida esta dulzura, soportan las luchas de las tentaciones tanto más tolerablemente cuanto más profundamente han llegado a conocer en Dios aquello que aman.

"Tomó entonces María, la profetisa, hermana de Aarón, un tímpano en su mano (Éxodo 15)." Nosotros también, ya cruzado el mar Rojo y hundido el enemigo, debemos llevar el tímpano con María. ¿Qué es, pues, llevar el tímpano? Escucha al Señor que dice: "Quien quiera", dice, "venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Lucas 8)." Pues quien crucifica su carne con sus vicios y concupiscencias, quien mortifica sus miembros, que están sobre la tierra, absteniéndose (Gálatas 5), ese verdaderamente lleva el tímpano con María, porque se mantiene a sí mismo árido de los nocivos humores del placer terreno.

Capítulo XII.

Sobre el mismo discurso.

Praeterea et illud non inconvenienter occurrit. Quod videlicet Israeliticus populus in Mara adversus Moysen murmurat, vociferans scilicet non se posse reperire quod bibat (Exod. XV). Tunc ostendit Moysi Dominus lignum, quod cum ille misisset in amarissimas aquas, in dulcedinem protinus sunt conversae. Quid enim amarae illae aquae, nisi occidentis litterae, et durae atque insipidae legis speciem tenent? Scriptum est enim: «Constituit populo suo Dominus legem et judicia, et tentavit eum (Ibid.).» Et alibi: «Ego dedi eis praecepta non bona et judicia, in quibus non vivent (Ezech. XX).» Cui tamen legi si confessio crucis et Dominicae passionis mysterium copulatur, protinus quod amarum fuerat in spiritalis intelligentiae dulcedinem vertitur.

Notandum autem, juxta veritatem historiae, quod, aqua in dulcedinem versa, subinde populus venit in Helim, ubi erant duodecim fontes aquarum et septuaginta palmae. Quid enim duodecim fontes, nisi duodecim sunt apostoli (Matth. X), quos Dominus ad hoc constituit ut arida et squalentia humani generis pectora suae praedicationis inundationibus irrigarent? Quid vero septuaginta palmarum arbores, nisi totidem sunt discipuli, quos ante faciem suam idcirco misit (Luc. X), ut per eos victoriae suae palmas mundus agnosceret? Et certe satis congrue videtur consequentium rerum ordo dispositus ut primo populus duceretur ad litteram legis, a qua nimirum, dum amara fuit, transire non potuit. At postquam est per lignum vitae dulcis effecta et intelligi spiritualiter coepit, illico Dei populus de Veteri Testamento ad Apostolicos fontes et palmarum arbores, id est, ad Evangelii gratiam transiit. Et bene post acceptum Decalogum septuplus praedicatorum numerus constituitur, quia per septiformem sancti Spiritus gratiam omne mandatum divinae legis impletur. Nec immerito plane praedicatores crucis palmarum videntur nomine designari, dum et ipsa crux jure dicenda sit palma; quia in ea scilicet facta est de prostrato mundi hoste victoria; sicut de ipsa cruce sponsus ad sponsam: «Dixi, inquit, ascendam in palmam, et apprehendam fructus ejus, etc. (Cant. VII)»

Caput XIV.

In sermone de S. Eleuchadio.

Además, también esto se presenta no sin pertinencia. A saber, que el pueblo israelita murmuró contra Moisés en Mará, clamando, esto es, que no podían encontrar qué beber (Éxodo 15). Entonces el Señor mostró a Moisés un leño, el cual, habiéndolo él arrojado a las aguas amarguísimas, al instante se convirtieron en dulzura. Pues, ¿qué representan aquellas aguas amargas, sino la forma de la letra que mata, y de una ley dura e insípida? Pues está escrito: «El Señor estableció para su pueblo una ley y juicios, y lo probó» (Ibíd.). Y en otro lugar: «Les di preceptos no buenos y juicios por los cuales no vivirían» (Ezequiel 20). Sin embargo, si a esta ley se une la confesión de la cruz y el misterio de la pasión del Señor, lo que había sido amargo se convierte al instante en la dulzura de la inteligencia espiritual.

Se debe notar, sin embargo, según la verdad de la historia, que, una vez que el agua fue endulzada, el pueblo llegó a Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras. Pues, ¿qué son las doce fuentes, sino los doce apóstoles (Mt. 10), a quienes el Señor constituyó para esto: para irrigar los áridos y desolados corazones del género humano con las inundaciones de su predicación? Y, ¿qué son los setenta árboles de palmera, sino el mismo número de discípulos, a quienes por eso envió delante de sí (Lc. 10), para que por medio de ellos el mundo reconociera las palmas de su victoria? Y ciertamente, el orden de los acontecimientos posteriores parece dispuesto de manera bastante congruente, de modo que primero el pueblo fue conducido a la letra de la ley, de la cual, ciertamente, no pudo pasar mientras fue amarga. Pero después de que fue endulzada por el leño de la vida y comenzó a ser entendida espiritualmente, el pueblo de Dios pasó inmediatamente del Antiguo Testamento a las fuentes apostólicas y a los árboles de palmera, es decir, a la gracia del Evangelio. Y es bueno que después de la recepción del Decálogo se establezca un número séptuple de predicadores, porque mediante la gracia septiforme del Espíritu Santo se cumple todo mandato de la ley divina. Y no sin razón, ciertamente, los predicadores de la cruz parecen ser designados con el nombre de palmeras, ya que la cruz misma puede con derecho ser llamada una palma; porque en ella, en efecto, se logró la victoria sobre el postrado enemigo del mundo; así como sobre la misma cruz el esposo dice a la esposa: «Dije», dice, «subiré a la palmera y tomaré sus frutos, etc. (Cant. 7)».

Capítulo XIV.

En el sermón sobre San Eleucadio.

«Die sexta parent, ait Dominus, quod interant, et sit duplum quam colligere solebant per singulos dies (Exod. XVI).» Sexto die duplex mensura colligi jubebatur, ut ex eo in Sabbatum medietas servaretur. Porro autem sexta dies sexta mundi aetas intelligitur, in qua nunc sumus. In hac ergo die duplum pro venturo Sabbato colligit, qui pro gloriae coelestis intuitu, ubi perpes Sabbatum et vera est requies, verbum Dei et audit et facit. In hac duplum recondit qui et bene vivit, et aliis exemplum salutis ostendit; sive, quod expeditius est, duplicem mensuram colligit qui tantum in bona operatione desudat, unde et hic Conditori suo ejus anima placeat, et cum eo postmodum perpetualiter vivat. Quod igitur reponebatur pro Sabbato corrumpi non poterat; quia bona opera, quae pro desiderio supernae quietis fiunt, perpetuo manebunt.

«Cum vidissent filii Israel manna datum, dixerunt ad invicem: Manhu? quod significat, quid est hoc? Quibus ait Moyses: Iste est panis, quem dedit vobis Dominus ad vescendum (Exod. XVI).» Illi ergo manna, id est, quid est hoc, veraciter comedunt qui, dum legunt, vel audiunt, divini verbi mysterium solerter inquirunt. Qui nimirum intra litteralis paleae thecam, dulcem intelligentiae spiritualis ambiunt enucleare medullam. Hic certe quid est hoc veraciter vescitur, qui in assidua Scripturae sacrae solerter inquisitione versatur. Quasi enim quaestionem quamdam, et quid est hoc avido cordis ore comedimus, cum ad penetranda mysteria Scripturarum vigilanter insistimus, cum epulas coelestis eloquii subtiliter ruminamus.

Praesenti necessitati hodierna cura sufficiat, nec diem crastinum sollicitudinis rancor anticipet. Israeliticus sane populus, sicut sacra testatur historia, cum manna colligeret, scaturiebat vermibus atque computrescebat, si quis infideliter agens, ex eo in crastinum reservaret (Exod. XVI). Sic nimirum quisquis ardore cupiditatis accensus, ut tanquam corpori suo alimenta provideat, terrenam sibi substantiam thesaurizat, huic ille vermis ebullit, qui conscientiam fodiat et arcana pectoris rodat. Enimvero ii sollicitudinum vermes, quos avaritia generat, illus denuo vermes parant, de quibus scriptum est: «Ignis eorum non exstinguetur et vermis non morietur (Isa. XVI),» ut ignem igne cupiditatis accendat, et vermis ex verme procedat. Quanquam et sic valeat non inconvenienter intelligi, quia sicut ipse Christus, qui dicit: «Ego sum vermis, et non homo (Psal. XXI),» provenit aliis in ruinam, aliis in resurrectionem; ita nihilominus verbum ejus fit manna mellisque dulcedo fidelibus; infidelibus autem et prave viventibus vermis fit, non videlicet qui animam reficiens alat, non qui conscientiam terendo ac minitando remordeat.

«Al sexto día, dijo el Señor, preparen lo que traigan, y sea el doble de lo que solían recoger cada día (Éxodo 16).» En el sexto día se mandaba recoger una doble medida, para que de ella se guardara la mitad para el Sábado. Además, el sexto día se entiende como la sexta edad del mundo, en la cual ahora estamos. En este día, por tanto, recoge el doble para el Sábado venidero aquel que, en vista de la gloria celestial, donde hay un Sábado perpetuo y un verdadero descanso, oye y cumple la palabra de Dios. En este día, almacena el doble quien vive bien y muestra a otros ejemplo de salvación; o, lo que es más directo, recoge una doble medida quien tanto se afana en la buena obra, que su alma agrada a su Creador aquí, y después vive con Él perpetuamente. Por consiguiente, lo que se guardaba para el Sábado no podía corromperse; porque las buenas obras, que se hacen por el deseo del descanso celestial, permanecerán perpetuamente.

«Cuando los hijos de Israel vieron el maná que les fue dado, se dijeron unos a otros: ¿Manhu?, que significa, ¿qué es esto? A quienes dijo Moisés: Este es el pan que el Señor os ha dado para comer (Éxodo XVI).» Por tanto, comen verdaderamente el maná, es decir, «qué es esto», aquellos que, mientras leen o escuchan, indagan diligentemente el misterio de la palabra divina. Estos son, en efecto, quienes se afanan por extraer la dulce médula del entendimiento espiritual de dentro de la cáscara de la paja literal. Este ciertamente se alimenta en verdad del «qué es esto», el que se ocupa en la asidua y diligente investigación de la Sagrada Escritura. Pues comemos, por así decirlo, una cierta pregunta y un «qué es esto» con la boca ávida del corazón, cuando insistimos vigilantemente en penetrar los misterios de las Escrituras, cuando rumiamos sutilmente los manjares de la elocuencia celestial.

Baste para la necesidad presente el cuidado de hoy, y no anticipe el rencor de la solicitud el día de mañana. Ciertamente, el pueblo israelita, como atestigua la historia sagrada, cuando recogía el maná, este bullía de gusanos y se pudría si alguien, obrando sin fe, reservaba algo de él para el día siguiente (Éxodo 16). Así, sin duda, para quienquiera que, encendido por el ardor de la codicia, atesora para sí sustancia terrena como para proveer de alimento a su cuerpo, para este brota aquel gusano que excava la conciencia y roe los secretos del pecho. En verdad, estos gusanos de las preocupaciones, que la avaricia engendra, preparan a su vez aquellos otros gusanos de los que está escrito: «Su fuego no se extinguirá y su gusano no morirá (Isaías 16)», de modo que enciende fuego con el fuego de la codicia, y el gusano procede del gusano. Aunque también puede entenderse no sin razón de este modo: que así como Cristo mismo, que dice: «Yo soy gusano, y no hombre (Salmo 21)», es para unos causa de ruina y para otros de resurrección; así, no obstante, su palabra se convierte en maná y dulzura de miel para los fieles; pero para los infieles y los que viven perversamente se convierte en gusano, no ciertamente el que alimenta refrescando el alma, ni el que remuerde la conciencia desgastándola y amenazándola.

Habens Moyses virgam in manu, brachia in modum crucis erexit (Exod. XVII): sicque factum est, ut catervarum adversantium acies ligno et signo, hoc est, pleno crucis mysterio superaret. Hoc enim sacra testatur historia cum dicit: «Dum levaret manus Moyses, vincebat Israel: sin autem paululum remisisset, superabat Amalech (Ibid.).» Hoc plane factum non solum spiritualis intelligentiae sacramentum, sed et virtutis nobis saluberrimum convectat exemplum. Nam dum crucem post Dominum tollimus; dum corda nostra cum manibus ad Dominum levamus, rectores tenebrarum protinus corruunt et in ima prostrati fractis viribus eliduntur. Si vero manus remittimus et obliti coelestium terrena sectamur, protinus hostis victor insequitur et nos amissa victoria persequentium gladiis obtruncamur. In omni sane spirituali certamine crucis debemus praeferre vexillum, quod nimirum si visibiliter agentes attollimus, procul dubio victores existimus; alioquin si segniter vivendo deponimus, ad primos persequentium impetus necesse est enerviter concidamus. Unde et insignis ille militiae spiritualis instructor Paulus ait: «Remissas manus et dissoluta genua erigite, et gressus rectos facite pedibus vestris, ne claudicans quis erret (Hebr. XII).»

Sicut in monte Sinai Dominus Israeliticae plebi per Moysen legis edicta proposuit; ita in sancta Ecclesia per ministerium sacerdotum idem legislator et judex Christiano populo vivendi mandata depromit; Sinai quippe interpretatur rubus sive tentatio. De rubo siquidem Dominus, ut Scriptura testatur, apparuit, et Moysi ad filios Israel deferre mandata praecepit (Exod. III). Et in Ecclesia Deus procul dubio cernitur, sicut eidem Moysi roganti quatenus sibi semetipsum ostenderet, pollicetur, dicens: «Ecce locus apud me, stabis supra petram; cumque transierit gloria mea, tunc videbis posteriora mea (Exod. XXXIII).» Quod autem Sinai, etiam tentatio dicitur, quid per hoc aliud debet intelligi, nisi quia in Ecclesia, ibi lex datur, ibi tentatio maligni spiritus aliquando pestilenter oboritur, ut ad violandam recti judicii regulam, modo spes quaestus obrepat, modo rigorem justitiae laus vel humanae gratiae favor emolliat; modo ad nocendum, irae vel odii livor impellat; modo metus a libertate recte judicandi cor reprimat, modo crudelitas mensuram dignae ultionis excedat?

Moisés, teniendo la vara en la mano, levantó los brazos en forma de cruz (Éxodo 17): y así sucedió que venció a las huestes de las multitudes adversarias por el madero y el signo, es decir, por el pleno misterio de la cruz. Pues esto lo atestigua la sagrada historia cuando dice: «Mientras Moisés mantenía las manos levantadas, vencía Israel; pero si las bajaba un poco, prevalecía Amalec (Ibíd.).» Este hecho, ciertamente, no solo transmite un sacramento de inteligencia espiritual, sino también un ejemplo de virtud muy saludable para nosotros. Pues mientras tomamos la cruz siguiendo al Señor, mientras elevamos nuestros corazones con nuestras manos al Señor, los rectores de las tinieblas caen al instante y, postrados en lo más bajo, son aniquilados con sus fuerzas quebrantadas. Pero si bajamos las manos y, olvidados de las cosas celestiales, seguimos las terrenales, al instante el enemigo victorioso nos persigue y, perdida la victoria, somos masacrados por las espadas de los perseguidores. Ciertamente, en todo combate espiritual debemos llevar por delante el estandarte de la cruz, el cual, si lo levantamos actuando visiblemente, sin duda alguna resultamos vencedores; de lo contrario, si lo deponemos viviendo con pereza, es necesario que caigamos sin fuerzas a los primeros ímpetus de los perseguidores. De donde también aquel insigne instructor de la milicia espiritual, Pablo, dice: «Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas, y haced sendas derechas para vuestros pies, para que el cojo no se extravíe» (Heb. 12).

Así como en el monte Sinaí el Señor propuso los edictos de la ley al pueblo israelita por medio de Moisés, así en la santa Iglesia el mismo legislador y juez promulga los mandatos de vida al pueblo cristiano por el ministerio de los sacerdotes; pues Sinaí se interpreta como 'zarza' o 'tentación'. Ciertamente, el Señor apareció de la zarza, como atestigua la Escritura, y ordenó a Moisés que llevara los mandatos a los hijos de Israel (Éxodo 3). Y en la Iglesia, Dios es sin duda percibido, tal como lo prometió al mismo Moisés cuando le rogó que se le mostrara, diciendo: «He aquí un lugar junto a mí, estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, entonces verás mis espaldas» (Éxodo 33). Pero que Sinaí también se llame 'tentación', ¿qué otra cosa debe entenderse por esto, sino que en la Iglesia, allí donde se da la ley, allí la tentación del espíritu maligno a veces surge pestilentemente, para que, a fin de violar la regla del recto juicio, unas veces se deslice la esperanza de ganancia, otras veces el rigor de la justicia sea ablandado por la alabanza o el favor de la gracia humana; otras, el rencor de la ira o del odio impulse a dañar; otras, el miedo reprima al corazón de la libertad de juzgar rectamente, otras, la crueldad exceda la medida de una digna venganza?

«Ait Dominus filiis Israel: Altare de terra facietis mihi (Exod. XX).» Altare scilicet de terra Domino facere est in nostri Redemptoris incarnatione sperare. Tunc quippe a Deo nostro munus accipitur, quando in hoc altari nostra humilitas, id est, super Dominicae incarnationis fidem posuerit quidquid operatur. Altari ergo de terra oblatum munus imponimus, si actus nostros Dominicae incarnationis fide solidamus. De quo altari per Isaiam dicitur: «In die illa erit altare Domini in medio terrae Aegypti, et titulus juxta terminum ejus dominii, et erit in signum et in testimonium Domino exercituum in terra Aegypti (Isa. XIX).»

«Si autem lapideum altare mihi facies, non aedificabitis illud de sectis lapidibus, si enim levaveris cultrum tuum super eum, polluetur (Exod. XX).» Secti quippe lapides sunt, qui fraternae societatis consortium respuunt; quod vivere cum fratribus et conversari concorditer nolunt. Tales autem Christus in suo non recipit corpore, quia a membrorum suorum sectos judicat unitate. De illis porro lapidibus altare est potius fabricandum, quibus Petrus dicit apostolus: «Et ipsi tanquam lapides vivi superaedificamini in domos spirituales (I Petr. II).» Cui videlicet domui ille fundamentum est, praeter quod non potest aliud poni; ille summitas qui factus est in caput anguli.

«Facies, ait Dominus, bases argenteas, et tabulas deauratas desuper eriges (Exod. XXVI).» Quid autem per bases argenteas, nisi prophetarum videtur ordo signari? Qui dum primi de sacramento Ecclesiae sunt locuti, quasi quasdam bases eos aspicimus a fundamento consurgere et superposita fabricae pondera sustinere. Quid vero per tabulas, nisi sancti figurantur apostoli, qui extensa per mundum praedicatione sunt amplissime dilatati? Apostolorum namque doctrina, quasi quibusdam basibus propheticae praedicationis innititur eorumque auctoritate ad status sui robur firmiter solidatur. Unde et conjunctae binae bases in singulis tabulis supponuntur, quia dum prophetae sancti in verbis suis invicem de futurae tunc Ecclesiae sacramento concordant, subsequentes apostolos aedificantes aedificant, et cum a semetipsis in nullo dissentiunt, illos in se robustius figunt. Nec immerito bases, quibus prophetae signantur, ut ex argento debeant fundi, praecipitur. Argenti quippe claritas ex usu servatur, sine usu autem in negredinem vertitur.

"Dice el Señor a los hijos de Israel: 'Me haréis un altar de tierra' (Éxodo 20)." Hacer, pues, un altar de tierra para el Señor es esperar en la encarnación de nuestro Redentor. Pues entonces, en verdad, un don es aceptado por nuestro Dios, cuando nuestra humildad pone sobre este altar, es decir, sobre la fe de la encarnación del Señor, todo lo que obra. Por tanto, imponemos un don ofrecido sobre el altar de tierra si consolidamos nuestros actos con la fe de la encarnación del Señor. Sobre este altar se dice por medio de Isaías: "En aquel día habrá un altar para el Señor en medio de la tierra de Egipto, y un pilar junto a la frontera de su dominio, y será por señal y por testimonio para el Señor de los ejércitos en la tierra de Egipto" (Isaías 19).

«Mas si me haces un altar de piedra, no lo edificarás de piedras labradas, pues si alzas tu herramienta sobre él, será profanado (Éxodo 20).» Pues las piedras labradas son aquellos que rechazan la comunión de la sociedad fraterna; porque no quieren vivir con sus hermanos y convivir en concordia. Cristo, sin embargo, no recibe a tales hombres en su cuerpo, porque los juzga separados de la unidad de sus miembros. El altar debe más bien ser fabricado con aquellas piedras de las que dice el apóstol Pedro: «Y vosotros mismos, como piedras vivas, sois edificados como casas espirituales (I Pedro 2).» De esta casa, él es el fundamento, fuera del cual no se puede poner otro; él es la cumbre que fue hecha cabeza del ángulo.

«Harás», dice el Señor, «bases de plata, y sobre ellas erigirás tablas doradas (Éxodo 26).» ¿Qué, sin embargo, parece ser significado por las bases de plata, sino el orden de los profetas? Puesto que ellos fueron los primeros en hablar del sacramento de la Iglesia, los vemos como ciertas bases que se elevan desde el cimiento y sostienen los pesos de la estructura superpuesta. ¿Qué, en verdad, se figura por las tablas, sino los santos apóstoles, que se extendieron amplísimamente por el mundo con su predicación? Pues la doctrina de los apóstoles se apoya en la predicación profética como sobre ciertas bases, y por la autoridad de ellos se solidifica firmemente para la fortaleza de su propio estado. De ahí que se coloquen dos bases unidas bajo cada tabla, porque mientras los santos profetas concuerdan entre sí en sus palabras sobre el sacramento de la entonces futura Iglesia, edifican a los apóstoles subsiguientes que están edificando; y como no disienten de sí mismos en nada, los fijan más robustamente en sí mismos. Y no sin razón se ordena que las bases, por las cuales se significan los profetas, deban ser fundidas de plata. Pues la claridad de la plata se conserva con el uso, pero sin uso se vuelve negra.

Prophetarum quoque dicta, antequam apostolica praedicatione clarescerent, quia in usu spiritualis intelligentiae non erant, dum conspici prae obscuritate non poterant, quasi nigra remanebant; at postquam apostolicae praedicationis manus vaticinia obscura detersit, quidquid lucis in eis latebat inclaruit sensusque eorum mysticos in usum dedit, quia verba jam rebus esse exposita perspicue nuntiavit. Jure igitur praecipiuntur fieri et bases argenteae et tabulae deauratae; quia videlicet apostolica praecepta prophetarum oraculis longe sunt clariora.

Caput XXII.

In sermone de S. Matthaeo evangelista.

«Facies columnas quatuor et bases earum vestitas argento (Exod. XXVII).» In argento enim quid aliud quam claritas divini sermonis accipitur? sicut scriptum est: «Eloquia Domini, eloquia casta, argentum igne examinatum, probatum terrae (Psal. XI).» Bases ergo argento vestitae quatuor columnas tabernaculi sustinent, quia praedicatores Ecclesiae divino eloquio decorati, ut in cunctis se exemplum praebeant, quatuor evangelistarum dicta et ore et operibus portant. Matthaeus itaque primum obtinet locum, Joannes ultimum. Qui nimirum et in apostolico sunt culmine constituti, et ex his quae scripserunt, non auditu duntaxat, sed visu potius atque contactu, sunt praesentialiter informati, sicut unus eorum dicit: «Quod audivimus, quod vidimus, quod oculis nostris perspeximus, quod manus nostrae tractaverunt de Verbo vitae (I Joan. I).» Marcus autem et Lucas, qui evangelici catalogi meditullium sortiuntur, non quidem sunt apostoli; verumtamen praecipuorum apostolorum alter Petri, alter Pauli relationibus sunt edocti. Omnes tamen sancti evangelistae unius auctoritatis, unius sunt fidei, nec in aliquo dispares in texendis sincerissimae lineis veritatis, ac per omnem suae descriptionis articulum, inexpugnabile similiter erigunt propugnaculum adversus omnia quarumlibet haereseon spicula praemunitum.

Praeceptum est ut in rationali, quod sacerdos ferebat in pectore, dum ingrederetur Sancta sanctorum, ponerentur duodecim lapides, terni per quaternos angulos inclusi auro, quia nimirum sancti apostoli per quadrifidum orbem de Trinitate, quae Deus est, praedicarunt catholicae fidei veritatem. Qui etiam lapides auro deferuntur inclusi, quia et beati apostoli in sapientiae coelestis arcano perseverant inviolabiliter confirmati.

También los dichos de los profetas, antes de que fueran esclarecidos por la predicación apostólica, porque no estaban en uso para la inteligencia espiritual, permanecían como negros, ya que no podían ser vistos por su oscuridad; pero después de que la mano de la predicación apostólica limpió las profecías oscuras, toda la luz que en ellas se ocultaba se hizo clara, y puso en uso sus sentidos místicos, porque anunció claramente que las palabras ya estaban expuestas por los hechos. Con razón, por tanto, se manda que se hagan tanto bases de plata como tablas doradas; porque, evidentemente, los preceptos apostólicos son mucho más claros que los oráculos de los profetas.

Capítulo XXII.

En el sermón sobre San Mateo evangelista.

"Harás cuatro columnas y sus basas revestidas de plata (Éxodo 27)." Pues, ¿qué otra cosa se entiende en la plata sino la claridad de la palabra divina? como está escrito: "Las palabras del Señor son palabras puras, plata probada en el fuego, purificada de la tierra (Salmo 11)". Por tanto, las basas revestidas de plata sostienen las cuatro columnas del tabernáculo, porque los predicadores de la Iglesia, adornados con la elocuencia divina, para ofrecerse como ejemplo en todo, portan los dichos de los cuatro evangelistas tanto de palabra como de obra. Así pues, Mateo ocupa el primer lugar, Juan el último. Estos, ciertamente, fueron constituidos en la cumbre apostólica (*apostolico culmine*), y sobre aquellas cosas que escribieron, fueron informados presencialmente, no solo de oído, sino más bien por la vista y el tacto, como dice uno de ellos: "Lo que hemos oído, lo que hemos visto, lo que contemplamos con nuestros ojos, lo que nuestras manos palparon acerca del Verbo de la vida (1 Juan 1)". Marcos y Lucas, en cambio, a quienes les corresponde el centro del catálogo evangélico, no son ciertamente apóstoles; sin embargo, fueron instruidos por los relatos de los principales apóstoles, el uno por Pedro, el otro por Pablo. No obstante, todos los santos evangelistas son de una sola autoridad y de una sola fe, y no son en nada dispares al tejer las líneas de la sincerísima verdad; y a través de cada artículo de su descripción, erigen igualmente un baluarte inexpugnable, fortificado contra todos los dardos de cualesquiera herejías.

Se ordenó que en el racional, que el sacerdote llevaba sobre el pecho cuando entraba en el Santo de los Santos, se colocaran doce piedras, en cuatro hileras de tres, engastadas en oro, porque, ciertamente, los santos apóstoles predicaron por el orbe dividido en cuatro partes la verdad de la fe católica acerca de la Trinidad, que es Dios. Estas piedras también se llevan engastadas en oro, porque también los bienaventurados apóstoles perseveran, inviolablemente confirmados en el misterio de la sabiduría celestial.

Legitimum ergo est ut sacerdos, cum ingreditur sanctuarium, duodecim pretiosos lapides in rationali pectoris deferat, quatenus quisquis sacris altaribus appropinquat, apostolicae sibimet rectitudinis exempla proponat; ut quorum ministerio fungimur, eorum vitam, in quantum praevalet, imitemur; et quorum gerit officium, in eis sanctae aemulationis studia defigat obtutum.

«Arripiens Moyses vitulum aureum, quem fecerunt, igne combussit, ad pulverem usque contrivit, fluctibusque conspergens, Israeliticum ex eo populum propinavit (Exod. XXXII).» Quid est enim per figuram vitulus ille conflatilis, nisi corpus diaboli, homines scilicet in omnibus perfidiae simul et idololatriae errore decepti ac sub ipso suo pestifero capite, tanquam diversa membra sacrilega conspiratione conjuncti; super quos nimirum ille nequitiae spiritus velut auctor praesidens insolenter erigitur, et tanquam caput per tyrannidem suo corpori dominatur? Aureus autem vitulus fuisse describitur, quia videtur idololatriae ritus velut a sapientibus institutus. Auro quippe sapientia designatur, sicut per Salomonem dicitur: «Thesaurus desiderabilis in ore sapientis (Prov. II).» Aureus itaque fuit vitulus, quia mundi sapientes ante novae gratiam fidei daemoniacae culturae fuisse probantur auctores. De quibus nimirum Apostolus: «Quia, cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt aut gratias egerunt, sed evanuerunt in cogitationibus suis et obscuratum est insipiens cor eorum, dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt, et mutaverunt gloriam incorruptibilis Dei in similitudinem imaginis corruptibilis hominis, et volucrum, et quadrupedum et serpentium (Rom. I).» Per hanc itaque vesanae sapientiae vanitatem, poetae, philosophi, magi, siderum rimatores omniumque disciplinarum liberalium instructi peritia, prodigiosa daemoniorum solebant adorare figmenta. In vitulo igitur significatum est totum corpus, id est, omnis societas gentilium idololatriae deditorum. Moyses itaque vitulum igne combussit, quia Redemptor noster, quem ille signaverat, male conspirata corda gentilium flamma suae charitatis accendit. Unde et ipse dicit: «Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? (Luc. XII.)» Et Propheta: «Non est, inquit, qui se abscondat a calore ejus (Psal. XVIII).» In mente ergo gentilium repente divinus ignis accenditur, ut in eis irrationabilis idololatriae forma solvatur.

Es, por tanto, legítimo que el sacerdote, cuando entra en el santuario, lleve las doce piedras preciosas en el racional de su pecho, a fin de que todo aquel que se acerca a los sagrados altares se proponga a sí mismo los ejemplos de la rectitud apostólica; para que imitemos, en la medida de nuestras fuerzas, la vida de aquellos cuyo ministerio desempeñamos; y para que fije su mirada con el afán de santa emulación en aquellos cuyo oficio ejerce.

«Tomando Moisés el becerro de oro que habían hecho, lo quemó con fuego, lo molió hasta hacerlo polvo y, esparciéndolo en las aguas, dio de beber de él al pueblo israelita (Éxodo 32).» Pues, ¿qué es en sentido figurado aquel becerro de fundición, sino el cuerpo del diablo, es decir, los hombres engañados en todo error de perfidia e idolatría a la vez, y unidos bajo su propia cabeza pestífera, como diversos miembros en una conspiración sacrílega; sobre los cuales, ciertamente, aquel espíritu de iniquidad, presidiendo como autor, se yergue insolentemente y, como cabeza, domina a su cuerpo mediante la tiranía? Además, se describe que el becerro era de oro, porque el rito de la idolatría parece haber sido instituido, por así decirlo, por hombres sabios. Pues por el oro se designa la sabiduría, como se dice por medio de Salomón: «Tesoro deseable hay en la boca del sabio (Proverbios 2).» Por tanto, el becerro fue de oro porque se prueba que los sabios del mundo, antes de la gracia de la nueva fe, fueron los autores del culto demoníaco. Sobre los cuales, ciertamente, dice el Apóstol: «Porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Pues profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles (Romanos 1).» Por tanto, mediante esta vanidad de una sabiduría insensata, los poetas, filósofos, magos, investigadores de los astros y los instruidos en la pericia de todas las disciplinas liberales, solían adorar las prodigiosas ficciones de los demonios. En el becerro, pues, se significó todo el cuerpo, es decir, toda la sociedad de los gentiles entregados a la idolatría. Moisés, por tanto, quemó el becerro con fuego, porque nuestro Redentor, a quien él prefiguraba, encendió los corazones malvadamente conspiradores de los gentiles con la llama de su caridad. De donde Él mismo también dice: «He venido a echar fuego en la tierra, ¿y qué quiero, sino que se encienda? (Lucas 12).» Y el Profeta: «No hay», dice, «quien se esconda de su calor (Salmo 18).» En la mente de los gentiles, por tanto, se enciende de repente el fuego divino, para que en ellos se disuelva la forma de la idolatría irracional.

Totum deinde corpus vituli hujus in pulverem comminuitur, quia gentilis illa societas diabolicae conspirationis in unum arte conflata, ad adventum Christi quodam velut malleo salutiferae correptionis extunsa atque a rigoris sui duritia divini verbi est virtute contrita; ad verbum siquidem veritatis salubriter comminuitur, quae male integra in superbiae suae forma insensibiliter stare videbatur. Deinde in aquam spargitur, ut Israeliticus ex eo populus bibat. Comminutus denique vitulus in aquam mittitur, quia humiliatus gentilis populus, lavacro salutiferi fontis necesse est abluatur. Quem protinus Israelitae bibunt, quia sancti praedicatores Evangelii, qui vere Israelitae sunt, quos Dominicum corpus, quod est Ecclesia, transferunt in sua membra suscipiendo, quasi bibendo convertunt; quorum videlicet Israelitarum primo dictum est: «Macta et manduca (Act. X);» quod tantumdem est ac si diceretur: Tere et bibe. Sic sic ille vitulus per ignem zeli, et aciem verbi, aquaque baptismatis ab eis potius absorptus est quos conatus est absorbere; in eos ipse transfusus est quos in sua, hoc est, diabolica tentaverat membra transferre.

Verumtamen, quia Moyses non in hoc metam ultionis fixit ut idolum duntaxat infringeret, sed insuper addidit ut et viginti tria millia hominum trucidaret, mystice docuit nequaquam sufficere, si ab idololatriae cultu vel pravitate vitae quisquis convertitur, nisi et propria vitia gladio spiritus mortificare conetur. Unde et praedicator egregius: «Mortificate, inquit, membra vestra quae sunt super terram, fornicationem, immunditiam, luxuriam, concupiscentiam malam et avaritiam, quae est idolorum servitus (Coloss. II; Galat. V).» Et notandum quia sicut hic vitia membra nostra esse dicuntur, ita et illic qui perempti sunt cum interfectoribus suis propinquitatis necessitudine jungebantur; sicut per Moysen dictum est: «Haec dicit Dominus Deus Israel: Ponat vir gladium super femur suum, ite et redite de porta usque in portam per medium castrorum, et occidat unusquisque fratrem et amicum et proximum suum (Exod. XXXII).» Si quem ergo delectat in arma consurgere, quisquis anhelat adversus hostium cuneos dimicare, vertat manus in se et illic plures inveniet adversarios obtruncandos.

Luego, todo el cuerpo de este becerro es reducido a polvo, porque aquella sociedad gentil, ingeniosamente fundida en uno por conspiración diabólica, fue, a la venida de Cristo, golpeada como por un cierto martillo de corrección saludable y quebrantada de la dureza de su rigor por el poder de la palabra divina; pues es saludablemente pulverizada por la palabra de la verdad, la cual, malvadamente íntegra en la forma de su soberbia, parecía permanecer insensible. Luego se esparce en el agua, para que el pueblo israelita beba de ella. Finalmente, el becerro pulverizado es arrojado al agua, porque el pueblo gentil humillado necesita ser lavado en el baño de la fuente salvadora. Los israelitas beben esto en seguida, porque los santos predicadores del Evangelio, que son verdaderamente israelitas, convierten a aquellos que el cuerpo del Señor, que es la Iglesia, transfiere a sus propios miembros al recibirlos, como si los bebieran; a estos israelitas se les dijo primero: «Mata y come (Hechos 10)»; lo que es tanto como decir: Muele y bebe. Así, así aquel becerro, por el fuego del celo, el filo de la palabra y el agua del bautismo, fue absorbido por aquellos a quienes había intentado absorber; él mismo fue transfundido en aquellos a quienes había intentado transferir a sus propios, es decir, diabólicos, miembros.

Sin embargo, puesto que Moisés no fijó el límite de su venganza en el mero hecho de destruir el ídolo, sino que además añadió que debía dar muerte a veintitrés mil hombres, enseñó místicamente que de ningún modo es suficiente que alguien se convierta del culto de la idolatría o de una vida depravada, si no se esfuerza también en mortificar sus propios vicios con la espada del espíritu. De ahí que el predicador egregio también diga: «Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra: la fornicación, la impureza, la lujuria, la mala concupiscencia y la avaricia, que es el servicio de los ídolos (Col. 2; Gal. 5).» Y ha de notarse que, así como aquí se dice que los vicios son nuestros miembros, así también allí los que fueron muertos estaban unidos a sus verdugos por el vínculo del parentesco; como fue dicho por medio de Moisés: «Esto dice el Señor, Dios de Israel: Ponga cada uno su espada sobre su muslo; id y volved de puerta en puerta por en medio del campamento, y mate cada uno a su hermano, a su amigo y a su prójimo (Éx. 32).» Por tanto, si a alguno le place alzarse en armas, quienquiera que anhele luchar contra las huestes enemigas, que vuelva las manos contra sí mismo y allí encontrará más adversarios que aniquilar.

Unde videlicet post victoriam non homicidae foedum nomen incurrat, sed gloriosus potius triumphator appareat; unde certe non sanctuarii mereatur excludi liminibus, sed consecrans semetipsum Domino divinae gratiae benedictionibus augeatur; sicut et illis dictum est: «Consecrastis, inquit, manus vestras Domino, unusquisque in filio et fratre suo, ut detur vobis benedictio (Ibid.).» Quod autem ii qui caesi sunt viginti tria millia fuisse referuntur, numerus trium millium peremptorum triplicem formam indicat peccatorum. Omne quippe peccatum, aut facto, aut verbo, aut cogitatione committimus. Sed quoniam illic et denarius numerus geminatur, datur intelligi quia sicut Decalogum praeceptorum culpa carnis simul et animae servare contempsimus, sic etiam utriusque vitia virtutum armis atterere et mortificare debemus.

Caput XXVI.

In sermone synodali I.

«Ecce locus apud me est, et stabis supra petram, et tunc videbis posteriora mea (Exod. XXXIII).» Quis autem iste locus, ubi statim super petram Dominus cernitur, nisi sancta intelligatur Ecclesia, ubi, dum petrae fidei constanter innitimur, simul cum Apostolo gloriam Domini speculamur? Haec est enim de qua dicitur: «Super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam (Matth. XVI).»

«Fecit Moyses in tabernaculo septem lucernas cum emunctoriis suis et vasa, ubi quae emuncta sunt exstinguuntur, de auro purissimo (Exod. XXXVII).» Septem lucernas in tabernaculo facimus, si in mente nostra sancti Spiritus charismata ex divino munere componamus. Sed quia ipsis sanctis operibus, quibus per afflationem sancti Spiritus ardentes insistimus, quaedam superflua se terrenae corruptionis interserunt, cum lucernis etiam emunctoria necessario fiunt. Quid enim per emunctoria nisi districtio poenitentiae designatur? emunctorio namque quod supervacuum est in lucerna decerpitur et districtione poenitentiae humanae pravitatis culpa deletur. Unde et Petrus quibusdam superflua perpetrantibus ait: «Poenitemini igitur, ut deleantur peccata vestra (Act. II),» ac si aperte dicat: Emunctorium stringite, et excessus pravi operis amputate. Recte ergo cum lucernis et emunctoria fiunt, quia etsi per sancti Spiritus gratiam bonorum operum lumine resplendere contendimus, dum tamen humana corruptio superflua generat, poenitentiae remediis indigemus.

De donde, en efecto, tras la victoria, no incurra en el infame nombre de homicida, sino que más bien aparezca como un glorioso triunfador; de donde, ciertamente, no merezca ser excluido de los umbrales del santuario, sino que, consagrándose a sí mismo al Señor, sea engrandecido con las bendiciones de la gracia divina; tal como se les dijo a aquellos: «Habéis consagrado, dice, vuestras manos hoy al Señor, cada uno en su hijo y en su hermano, para que se os dé una bendición (Ibíd.).» Además, en cuanto al hecho de que se refiere que los muertos fueron veintitrés mil, el número de tres mil de los muertos indica la triple forma de los pecados. Pues todo pecado lo cometemos o de obra, o de palabra, o de pensamiento. Pero como allí también se duplica el número denario, se da a entender que, así como por la culpa de la carne y del alma a la vez hemos desdeñado observar el Decálogo de los preceptos, así también debemos desgastar y mortificar los vicios de ambos con las armas de las virtudes.

Capítulo XXVI.

En el primer sermón sinodal.

"He aquí un lugar junto a mí, y estarás sobre la peña, y entonces verás mis espaldas (Éxodo XXXIII)." Pero ¿cuál es este lugar, donde inmediatamente se ve al Señor sobre la peña, si no se entiende que es la santa Iglesia, donde, mientras nos apoyamos constantemente en la peña de la fe, contemplamos junto con el Apóstol la gloria del Señor? Pues esta es aquella de la que se dice: "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Mateo XVI)".

«Hizo Moisés en el tabernáculo siete lámparas con sus despabiladeras y sus vasos, donde se extingue lo que se ha despabilado, de oro purísimo (Éx. XXXVII).» Hacemos siete lámparas en el tabernáculo si en nuestra mente disponemos los carismas del Espíritu Santo por don divino. Pero como en estas mismas santas obras, a las que nos dedicamos ardientemente por la inspiración del Espíritu Santo, se entremezclan ciertas cosas superfluas de la corrupción terrena, con las lámparas se hacen también necesariamente las despabiladeras. ¿Pues qué se designa por las despabiladeras (*emunctoria*) sino el rigor de la penitencia? Pues con la despabiladera se recorta lo que es superfluo en la lámpara, y con el rigor de la penitencia se borra la culpa de la depravación humana. De ahí que también Pedro dice a algunos que perpetraban cosas superfluas: «Arrepentíos, pues, para que vuestros pecados sean borrados (Hch. II)», como si dijera abiertamente: Empuñad la despabiladera y amputad el exceso de la obra malvada. Con razón, por tanto, se hacen las despabiladeras junto con las lámparas, porque aunque nos esforcemos por resplandecer con la luz de las buenas obras por la gracia del Espíritu Santo, mientras la corrupción humana genere cosas superfluas, necesitamos los remedios de la penitencia.

Sed quoniam haec ipsa superflua, quae disciplina poenitentiae resecat, necessarium est ut contriti cordis fletus exstinguat, non immerito Moyses praeter lucernas et emunctoria, etiam vasa fecisse memoratur, ubi quae emuncta sunt exstinguantur. Vasa autem nostra sunt corda, quae lacrymarum semper et fletus debent esse inundatione repleta; in quibus nimirum vasis et oleum illud reconditur, de quo in Evangelio perhibetur quia: «Prudentes virgines acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus (Matth. XXV).» Si ergo et hi qui claris operibus splendent adhuc tamen fletibus indigent, quid de me misero meisque similibus sentiendum, qui tenebrosa multa commisimus, et bona quae luceant non habemus? Quam uberrimis lacrymarum rivis debemus semper affluere, quam continuo moerori necesse fuerat jugiter insudare?

Expliciunt testimonia libri Exodi.

1. Vitulum de armento masculum, immaculatum offeret ante ostium tabernaculi testimonii. 2. Ut in omni sacrificio sal misceatur; fermentum vero, sive mel, nunquam. 3. Tollet sacerdos pugillum similae, quae conspersa est oleo, et totum thus, quod super similam positum est, adolebitque illud. 4. In altari Moyses tabernaculum foederis frequenter intrabat et exibat. 5. Quod Nadab et Abiu, filii Aaron, obtulerunt ignem alienum coram Domino et divino sunt igne consumpti. 6. Quibus debeat Aaron vestibus indui quando ingreditur tabernaculum. 7. Pontifex offerat hircum viventem, et posita utraque manu super caput ejus, confiteatur omnes iniquitates filiorum Israel. 8. Omne animal, quod vel contritis, vel tusis, vel sectis testiculis est, non offeretis Domino. 9. Ut septem lucernae jugiter ardeant in tabernaculo foederis coram Domino. 10. Comedetis vetustissima veterum et vetera, novis supervenientibus, projicietis.

Expliciunt capitula.

Caput Primum.

In sermone de inventione sanctae crucis.

«Vitulum de armento masculum immaculatum offeret ante ostium tabernaculi testimonii (Levit. I).» Per vitulum namque, qui de armento offerri praecipitur, Redemptor noster, qui de patriarcharum descendit progenie, figuratur. Hic nimirum aratro crucis suae terram carnis nostrae perdomuit et ex Spiritus sancti semine virtutum nos fruge ditavit (Isa. LIII). Hic vitulus sine macula, non in tabernaculo, sed ante ostium ejus a filiis Aaron offerebatur, quia et Dominus, qui sine peccato est, sub Anna et Caipha extra portam est crucifixus. Ipse agnus, qui mundi peccata detersit (Joan. I).

Pero puesto que es necesario que el llanto de un corazón contrito extinga estas mismas cosas superfluas que la disciplina de la penitencia recorta, no sin motivo se recuerda que Moisés hizo, además de las lámparas y las despabiladeras, también vasos, donde se extinguiera lo que se había despabilado. Nuestros vasos, sin embargo, son nuestros corazones, que deben estar siempre llenos de una inundación de lágrimas y llanto; en cuyos vasos, ciertamente, se guarda también aquel aceite del que se dice en el Evangelio: «Las vírgenes prudentes tomaron aceite en sus vasijas con sus lámparas (Mt. XXV).» Si, por tanto, incluso aquellos que resplandecen con obras preclaras todavía necesitan de llanto, ¿qué ha de pensarse de mí, miserable, y de los que son como yo, que hemos cometido muchas cosas tenebrosas y no tenemos bienes que luzcan? ¿Con qué abundantísimos ríos de lágrimas deberíamos siempre fluir, en qué continuo pesar habría sido necesario afanarse incesantemente?

Aquí terminan los testimonios del libro del Éxodo.

1. Ofrecerá un novillo del rebaño, macho y sin defecto, ante la puerta del tabernáculo del testimonio. 2. Que en todo sacrificio se ha de mezclar sal; pero levadura, o miel, nunca. 3. El sacerdote tomará un puñado de la flor de harina, que está rociada con aceite, y todo el incienso que se ha puesto sobre la flor de harina, y lo quemará. 4. En el altar, Moisés entraba y salía frecuentemente del tabernáculo de la alianza. 5. Que Nadab y Abiú, hijos de Aarón, ofrecieron fuego extraño delante del Señor y fueron consumidos por el fuego divino. 6. Con qué vestiduras debe Aarón vestirse cuando entra en el tabernáculo. 7. El pontífice ofrecerá un macho cabrío vivo y, puestas ambas manos sobre su cabeza, confesará todas las iniquidades de los hijos de Israel. 8. No ofreceréis al Señor ningún animal que tenga los testículos magullados, o aplastados, o cortados. 9. Que las siete lámparas ardan continuamente en el tabernáculo de la alianza delante del Señor. 10. Comeréis lo más viejo de lo viejo, y lo viejo desecharéis cuando llegue lo nuevo.

Aquí terminan los capítulos.

Capítulo Primero.

En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

"Ofrecerá un ternero del rebaño, macho y sin mancha, ante la puerta del tabernáculo del testimonio (Levítico 1)." Pues por el ternero, que se manda ofrecer del rebaño, se prefigura a nuestro Redentor, que descendió de la progenie de los patriarcas. Él, en verdad, con el arado de su cruz domó la tierra de nuestra carne y, con la semilla del Espíritu Santo, nos enriqueció con el fruto de las virtudes (Isaías 53). Este ternero sin mancha era ofrecido por los hijos de Aarón no en el tabernáculo, sino ante su puerta, porque también el Señor, que no tiene pecado, fue crucificado bajo Anás y Caifás fuera de la puerta. Él es el cordero, que quitó los pecados del mundo (Juan 1).

Ipse haedus, qui auctorem peccati diabolum crucis gladio jugulavit (Psal. III). Ipse columba, in cujus nimirum specie Spiritus sanctus super eum ad Jordanis fluenta descendit. Ipse etiam turtur, quia perpetuae castitatis auctor existit, sicut sibi a sponsa dicitur: «Speciosae genae tuae sicut turturis (Cant. I).»

Caput II.

In sermone virginum.

«Omnis oblatio, quae offertur Domino, absque fermento fiet, nec quidquam fermenti et mellis adolebitur in sacrificio Domini (Levit. II).» Quisquis enim vel rapinam in opus pietatis impendere, vel vanae gloriae causa bonum videtur aliquod exercere, hic non azymam sinceritatis et veritatis, sed fermentum malitiae atque nequitiae conatur offerre. Mellis quoque sacrificium Dominus non approbat, quia luxuriae voluptatem omnemque carnalis illecebrae dulcedinem damnat. Sal autem omnibus praecipitur oblationibus adhiberi, ut quidquid Domino super aram devoti cordis offerimus, rationis semper atque intelligentiae sapore condire studeamus. Ait enim: «Quidquid obtuleris sacrificii sale condies, nec auferes sal foederis Dei tui de sacrificio tuo (Lev. II).» Et ut quod dicebat arctius inculcaret, et ne mens nostra fortassis aliquando insulsa desiperet, adhuc ingeminans dicit: «In omni oblatione tua offeres sal (Ibid.).» Hoc plane illud est sal de quo Apostolus ait: «In sapientia ambulate ad eos qui foris sunt, tempus redimentes; sermo vester semper in gratia sale sit conditus, ut sciatis quomodo oporteat vos unicuique respondere (Col. IV).» De hoc sale et Dominus ait: «Si sal infatuatum fuerit, in quo condietur?» (Matth. V.) Et de quo loquens ad discipulos: «Vos estis, inquit, sal terrae (Ibid.).»

«Tollet sacerdos pugillum similae, quae conspersa est oleo, et totum thus, quod super similam positum est, adolebitque illud in altari, in monimentum odoris suavissimi Domino (Levit. VI).» Quid enim per similam nisi sancta electorum designatur Ecclesia? quae nimirum dum convenientibus invicem credentium colligitur membris, quasi simila ex multis frumenti conspergitur granis. Et sicut simila inter molam utramque conteritur ut a farinae siligine cantabrum separetur, ita velut inter duas legis scilicet et Evangelii molas sancta Ecclesia stringitur, ut litterae superficies a medulla spiritus discernatur. Quae videlicet Ecclesia, ut revera spiritualis simila, dum per aquam Baptismatis adunata et oleo chrismatis est conspersa, igne quoque sancti Spiritus solidata sit, juxta Apostolum: «Hostia Deo bene placens et perfecta (Rom. XIII).»

Él es el cabrito, que degolló al autor del pecado, el diablo, con la espada de la cruz (Salmo 3). Él es la paloma, en cuya especie, ciertamente, el Espíritu Santo descendió sobre Él en las aguas del Jordán. Él es también la tórtola, porque es el autor de la castidad perpetua, como le dice la esposa: "Hermosas son tus mejillas como las de la tórtola (Cantares 1)."

Capítulo II.

En el discurso de las vírgenes.

«Toda oblación que se ofrezca al Señor se hará sin levadura, ni se quemará nada de levadura ni de miel en el sacrificio del Señor (Levítico 2).» Pues quienquiera que busca ya sea destinar el botín a una obra de piedad, o parece realizar alguna buena obra por causa de la vanagloria, este no intenta ofrecer el pan ázimo de la sinceridad y la verdad, sino el fermento de la malicia y la iniquidad. El Señor tampoco aprueba el sacrificio de miel, porque condena el placer de la lujuria y toda la dulzura de la seducción carnal. Se manda, sin embargo, añadir sal a todas las oblaciones, para que cualquier cosa que ofrezcamos al Señor sobre el altar de un corazón devoto, nos esforcemos siempre en sazonarla con el sabor de la razón y del entendimiento. Pues dice: «Cualquier cosa que ofrezcas en sacrificio, la sazonarás con sal, y no quitarás la sal de la alianza de tu Dios de tu sacrificio (Levítico 2).» Y para inculcar más estrictamente lo que decía, y para que nuestra mente no se volviera acaso alguna vez neciamente insípida, dice de nuevo, repitiéndolo: «En toda oblación tuya ofrecerás sal (Ibid.).» Esta es claramente aquella sal de la que habla el Apóstol: «Andad con sabiduría para con los que están fuera, redimiendo el tiempo. Vuestra palabra sea siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno (Colosenses 4).» Y de esta sal dice también el Señor: «Si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada?» (Mateo 5). Y hablando de la cual a los discípulos, dice: «Vosotros sois la sal de la tierra (Ibid.).»

"Tomará el sacerdote un puñado de la flor de harina, que está rociada con aceite, y todo el incienso que está puesto sobre la flor de harina, y lo quemará en el altar, en memoria de un olor suavísimo para el Señor (Levit. VI)." Pues, ¿qué se designa por la flor de harina sino la santa Iglesia de los elegidos? La cual, ciertamente, mientras es reunida de los miembros de los creyentes que se congregan, es, como la flor de harina, compuesta de muchos granos de trigo. Y así como la flor de harina es molida entre dos muelas para que el salvado sea separado de la harina de trigo candeal, así, como entre las dos muelas de la Ley, a saber, y del Evangelio, la santa Iglesia es oprimida, para que la superficie de la letra sea discernida de la médula del espíritu. La cual Iglesia, a saber, como verdadera flor de harina espiritual, cuando ha sido unida por el agua del Bautismo, rociada con el óleo del crisma, y también consolidada por el fuego del Espíritu Santo, es, según el Apóstol: "Hostia bien agradable y perfecta para Dios (Rom. XIII)".

Thure autem, quod positum super similam dicitur, ejusdem Ecclesiae oratio designatur, sicut in Apocalypsi Joannis ostenditur, cum dicit: Quia, «phialae plenae odoramentorum sunt orationes sanctorum (Apoc. V).»

«Moyses tabernaculum foederis frequenter intrabat et exibat (Exod. XXXIII).» Quid est enim quod ille crebro tabernaculum ingreditur et egreditur, nisi ut exemplum praebeat; quod is, qui intus in contemplationem rapitur, foris infirmantium negotiis frequenter urgetur. Intus Dei arcana considerat; foris onera carnalium portat. Qui de rebus quoque dubiis semper ad tabernaculum recurrit ac coram testamenti arca Dominum consulit, formam procul dubio rectoribus praebens, ut, cum foris ambigunt quid disponant, ad mentem semper quasi ad tabernaculum adeant, et velut coram testamenti arca Dominum consulant, si de iis in quibus dubitant apud semet ipsos intus sacri eloquii paginas requirunt. Unde et ipsa Veritas, per susceptionem nobis nostrae humilitatis ostensa, noctibus in monte orationibus vacat (Luc. VI); die vero in urbibus per miraculorum signa coruscat; imitationis videlicet viam bonis rectoribus sternens, ut, si jam summa contemplanda appetunt, necessitatibus tamen infirmantium compatiendo misceantur, quia tunc ad alta charitas mirabiliter surgit, cum ad ima proximorum se misericorditer attrahit, et quo benigne descendit ad infima, valenter recurrit ad summa.

«Arreptis Nadab et Abiu, filii Aaron, thuribulis suis, posuerunt ignem et incensum desuper, offerentes coram Domino ignem alienum, quod eis praeceptum non erat; egressusque est ignis a Domino et devoravit eos, et mortui sunt coram Domino (Lev. X).» Quid est enim alienum ignem Domino sacerdotes offerre, nisi ardore libidinis inflammatos sacrosanctis altaribus propinquare? Et cum Scriptura dicat: «Spiritum nolite exstinguere (I Thess. V);» isti, quantum in se, Spiritum sanctum, qui in eis ardere debebat, exstinguunt, et alienum ignem offerunt, dum ad altare Domini flamma libidinis aestuantes accedunt; sed repente super eos ignis divini furoris 120 accenditur, quo terribiliter exuruntur, Scriptura testante, quae dicit: «Et nunc ignis adversarios consumit (Hebr. X).» Et certe legitimum est ut qui sordentes sacris altaribus appropinquant gladio divinae ultionis intereant; dicente ad Moysen Domino: «Docebitis filios Israel, ut caveant immunditiam; et non moriantur in sordibus suis, cum polluerint tabernaculum meum, quod est inter eos (Lev. XV).»

Caput VI.

In sermone S. Georgii.

Mas por el incienso, que se dice puesto sobre la flor de harina, se designa la oración de la misma Iglesia, como se muestra en el Apocalipsis de Juan, cuando dice: que "las copas llenas de perfumes son las oraciones de los santos (Apoc. V)".

«Moisés entraba y salía frecuentemente del tabernáculo de la alianza (Éxodo XXXIII).» Pues, ¿qué significa que él entre y salga a menudo del tabernáculo, sino para dar un ejemplo: que aquel que interiormente es arrebatado en la contemplación, exteriormente es frecuentemente urgido por los asuntos de los débiles? Interiormente, considera los secretos de Dios; exteriormente, lleva las cargas de los carnales. Quien también en los asuntos dudosos recurre siempre al tabernáculo y consulta al Señor ante el arca de la alianza, sin duda está ofreciendo un modelo a los gobernantes: que cuando exteriormente duden qué disponer, acudan siempre a su mente como si fuera el tabernáculo, y consulten al Señor como ante el arca de la alianza, buscando dentro de sí mismos las páginas de la sagrada elocuencia sobre aquello en lo que dudan. De ahí que la Verdad misma, manifestada a nosotros por la asunción de nuestra humildad, dedica las noches a la oración en el monte (Lucas VI), pero de día resplandece en las ciudades por los signos de los milagros; preparando así un camino de imitación para los buenos gobernantes, para que, si ya aspiran a contemplar las cosas más altas, se mezclen sin embargo, por compasión, con las necesidades de los débiles, porque entonces la caridad se eleva admirablemente a las alturas cuando misericordiosamente se inclina hacia lo más bajo del prójimo, y cuanto más benignamente desciende a lo más bajo, con más fuerza vuelve a lo más alto.

«Tomando Nadab y Abiú, hijos de Aarón, sus incensarios, pusieron en ellos fuego e incienso encima, ofreciendo ante el Señor un fuego extraño, que no les había sido mandado; y salió fuego de delante del Señor y los devoró, y murieron delante del Señor (Lev. X)». Pues, ¿qué es para los sacerdotes ofrecer a Dios un fuego extraño, sino acercarse a los sacrosantos altares inflamados por el ardor de la lujuria? Y aunque la Escritura dice: «No apaguéis el Espíritu (I Tes. V)», estos, en cuanto de ellos depende, extinguen el Espíritu Santo, que en ellos debía arder, y ofrecen un fuego extraño, al acercarse al altar del Señor ardiendo en la llama de la lujuria; pero de repente se enciende sobre ellos el fuego de la furia divina, por el cual son terriblemente consumidos, como atestigua la Escritura, que dice: «Y ahora un fuego consume a los adversarios (Hebr. X)». Y ciertamente es justo que quienes, estando manchados, se acercan a los sagrados altares, perezcan por la espada de la venganza divina; diciendo el Señor a Moisés: «Enseñaréis a los hijos de Israel a guardarse de la inmundicia; y no morirán en sus inmundicias, cuando hayan contaminado mi tabernáculo, que está entre ellos (Lev. XV)».

Capítulo VI.

En un sermón sobre San Jorge.

«Tunica,» inquit Dominus, «linea vestietur, feminalibus lineis verenda celabit, accingetur zona linea, cidarim lineam imponet capiti. Haec enim vestimenta sunt sancta, quibus, cum lotus fuerit, induetur (Lev. XVI).» Quisquis enim in tabernaculo Christi, quod est Ecclesia, semetipsum Deo sacrificare contendit, necesse est, ut postquam lavacro sacri fontis abluitur, diversis etiam virtutum vestibus induatur, sicut scriptum est: «Sacerdotes tui induantur justitia (Psal. CXXXI);» quatenus qui in Christo per baptismum novus homo renascitur, non jam pelliceas tunicas, mortalitatis videlicet indices vestiat, sed deposito veteri homine, novum induat, et in eo per mundae conversationis studium innovatus vivat. Et notandum quod omnes illae vestes lineae describuntur. Linum quippe ad candorem cum labore perducitur, et virtutum vita non acquiritur sub torpore desidiae, sed in laboriosae potius exercitio disciplinae.

Pontifex viventem hircum hoc modo jubetur ex lege offerre ut, posita super caput ejus utraque manu, confiteatur omnes iniquitates filiorum Israel et universa delicta atque peccata eorum, quae imprecans capiti ejus emittat illum in desertum (Lev. XVI). Quid est autem hircum utrique manui pontificis subjici, nisi filium hominis in similitudine carnis peccati venientem per voluntatem Dei (Rom. VIII), utriusque populi, Judaici videlicet et gentilis, persecutione gravari? Plane utriusque se voluit manibus subdere qui de jugo diaboli utrumque venerat populum liberare. Quid vero est quod, post confessionem atque imprecationem omnium iniquitatum filiorum Israel super capita ejus, hircus mittitur in desertum, nisi quia is qui peccata nostra portavit, qui legis maledicta sustinuit, protinus in desertum, ubi nonaginta novem reliquerat, ovem centesimam reportavit? (Matth. XVIII.) Unde et Apostolus: «Ut nos, inquit, liberaret a maledicto, ipse factus est maledictum (Gal. III).»

«Omne animal quod vel contritis, vel tunsis, vel sectis ablatisque testiculis est, non offeretis Domino (Lev. XXII).» Porro si tanto Deus odio habet sterilitatem in animalibus brutis, quae sibi per sacerdotale ministerium offeruntur, quanto magis hanc aspernatur in sacerdotibus, qui sibi sacrificium offerunt, nimirum ut, sicut in illis fetus exigitur carnis, ita sacerdotes in alios propagines germinent castitatis.

«Praecipe filiis Israel, ait Dominus ad Moysen, ut offerant tibi oleum de olivis purissimum ac lucidum ad concinnandas lucernas jugiter extra velum testimonii in tabernaculo foederis; ponetque eas Aaron a vespere usque in mane coram Domino cultu rituque perpetuo in generationibus vestris; super candelabrum mundissimum ponentur semper in conspectu Domini (Lev. XXIV).»

'Se vestirá la túnica de lino,' dice el Señor, 'y cubrirá sus partes vergonzosas con calzones de lino, se ceñirá con un cinturón de lino y se pondrá en la cabeza una tiara de lino.' Porque estas son vestiduras santas, con las cuales se vestirá después de haberse lavado (Lev. 16).' Pues todo aquel que en el tabernáculo de Cristo, que es la Iglesia, se esfuerza por sacrificarse a sí mismo a Dios, es necesario que, después de ser lavado en el lavacro de la fuente sagrada, se vista también con las diversas vestiduras de las virtudes, como está escrito: 'Vístanse tus sacerdotes de justicia (Sal. 131);' de modo que quien renace como hombre nuevo en Cristo por el bautismo, no vista ya túnicas de piel, es decir, indicios de mortalidad, sino que, depuesto el hombre viejo, se revista del nuevo, y viva renovado en él por el afán de una vida pura. Y ha de notarse que todas aquellas vestiduras se describen como de lino. Pues el lino, en efecto, se lleva a la blancura con trabajo, y la vida de las virtudes no se adquiere bajo el torpor de la pereza, sino más bien en el ejercicio de una disciplina laboriosa.

Se le ordena al pontífice por la ley que ofrezca un macho cabrío vivo de este modo: que, puestas ambas manos sobre su cabeza, confiese todas las iniquidades de los hijos de Israel y todos sus delitos y pecados, los cuales, imprecando sobre su cabeza, lo envíe al desierto (Lev. XVI). Mas, ¿qué es que el macho cabrío sea sometido a ambas manos del pontífice, sino que el Hijo del hombre, viniendo en semejanza de carne de pecado por la voluntad de Dios (Rom. VIII), fuera abrumado por la persecución de ambos pueblos, a saber, el judío y el gentil? Ciertamente, Aquel que había venido a liberar a ambos pueblos del yugo del diablo, quiso someterse a las manos de ambos. En verdad, ¿qué significa que, tras la confesión e imprecación de todas las iniquidades de los hijos de Israel sobre su cabeza, el macho cabrío es enviado al desierto, sino que Aquel que cargó con nuestros pecados, que soportó las maldiciones de la ley, inmediatamente llevó de vuelta al desierto, donde había dejado a las noventa y nueve, a la centésima oveja? (Mat. XVIII). De donde también el Apóstol dice: «Para librarnos», dice, «de la maldición, él mismo se hizo maldición» (Gál. III).

«Todo animal que tenga los testículos magullados, o aplastados, o cortados y arrancados, no lo ofreceréis al Señor (Lev. XXII).» Por tanto, si Dios odia con tanto aborrecimiento la esterilidad en los animales brutos, que se le ofrecen por el ministerio sacerdotal, ¿cuánto más la desprecia en los sacerdotes, que le ofrecen el sacrificio a Él, a saber, para que, así como en aquellos se exige el fruto de la carne, así los sacerdotes engendren en otros la descendencia de la castidad.

«Manda a los hijos de Israel, dijo el Señor a Moisés, que te ofrezcan aceite de olivas purísimo y luciente para preparar las lámparas continuamente fuera del velo del testimonio en el tabernáculo de la alianza; y Aarón las colocará desde la tarde hasta la mañana delante del Señor con culto y rito perpetuo en vuestras generaciones; sobre el candelabro purísimo se colocarán siempre en la presencia del Señor (Lev. XXIV).»

Quid autem per septem lucernas in tabernaculo, nisi septem significantur Ecclesiae in uno populo Christiano, in quibus nimirum oleum jubetur indesinenter ardere, quia in his sincera charitas, quae per Spiritum sanctum datur, gemini debet amoris igne fervescere, et claris atque conspicuis semper operibus coruscare? Sed cum una sit procul dubio catholica et universalis Ecclesia, sicut per Salomonem dicitur: «Una est columba mea, una genitricis suae (Cant. VI).» quid est quod in sacris eloquiis septem esse referuntur Ecclesiae, nisi quia, quae 122 una est per unitatem fidei, septiformis est per totidem dona Spiritus sancti? Hae sunt enim septem illae mulieres quae, juxta prophetae vaticinium, accepere virum unum (Isai. IV). Vir autem Ecclesiae, Christus. Hoc plane sancti Spiritus oleo cuncta sacrarum Scripturarum pabula condiuntur, ut animarum nostrarum viscera saginentur. Hoc oleum vitalibus epulis eloquii coelestis infusum sapit in faucibus animae, cujus et stomachum recreat, et gustum percipientis obdulcat. Nam scriptum est: «Littera occidit, spiritus autem vivificat (II Cor. III).» Unde sciendum est quia omnes sacrorum voluminum paginae sancti Spiritus oleo sunt conditae.

Caput X.

In epistola ad Hildebrandum et Stephanum.

«Comedetis vetustissima veterum, et vetera novis supervenientibus projicietis (Levit. XXVI).» Vetustissimum quippe nobis est primos homines Domini in paradiso conspicere; vetus autem, Israeliticum populum circumcisionis ac sacrificiorum ritum diversarumque caeremoniarum mandata servare. Tunc itaque vetustissima veterum mentis ore comedimus, cum, ad instar primi parentis, Dei speciem contemplamur. Vetera vero novis supervenientibus procul abjicimus, dum Evangelii gratia coruscante Mosaicae legis observantiam non curamus.

Expliciunt testimonia libri Levitici.

INCIPIUNT CAPITULA LIBRI NUMERI.

Mas ¿qué se significa por las siete lámparas en el tabernáculo, sino las siete Iglesias en el único pueblo cristiano, en las cuales, ciertamente, se manda que el aceite arda sin cesar, porque en ellas la caridad sincera, que es dada por el Espíritu Santo, debe arder con el fuego del doble amor, y brillar siempre con obras claras y conspicuas? Pero como sin duda hay una sola Iglesia católica y universal, como se dice por Salomón: «Una es mi paloma, la única de su madre (Cant. VI).» ¿cuál es la razón por la que en las sagradas elocuciones se dice que las Iglesias son siete, sino porque la que es una por la unidad de la fe, es septiforme por el mismo número de dones del Espíritu Santo? Pues estas son aquellas siete mujeres que, según el vaticinio del profeta, tomaron un solo marido (Isai. IV). Y el marido de la Iglesia es Cristo. Claramente, con este aceite del Espíritu Santo se sazonan todos los alimentos de las Sagradas Escrituras, para que las entrañas de nuestras almas se nutran. Este aceite, infundido en los banquetes vitales de la elocuencia celestial, es sabroso en la garganta del alma, cuyo estómago también recrea, y cuyo gusto endulza para quien lo percibe. Pues está escrito: «La letra mata, mas el espíritu vivifica (II Cor. III).» De donde se ha de saber que todas las páginas de los sagrados volúmenes están sazonadas con el aceite del Espíritu Santo.

Capítulo X.

En la epístola a Hildebrando y Esteban.

«Comeréis lo antiquísimo de lo viejo, y lo viejo desecharéis cuando llegue lo nuevo (Levítico 26).» Ciertamente, para nosotros es lo más antiguo contemplar a los primeros hombres del Señor en el paraíso; pero es viejo para el pueblo israelita observar el rito de la circuncisión y de los sacrificios y los mandatos de diversas ceremonias. Así pues, comemos lo antiquísimo de lo viejo con la boca de la mente cuando, a semejanza del primer padre, contemplamos la imagen de Dios. Pero desechamos lejos las cosas viejas cuando llegan las nuevas, mientras que, resplandeciendo la gracia del Evangelio, no nos preocupamos por la observancia de la ley mosaica.

Aquí terminan los testimonios del libro del Levítico.

AQUÍ COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS NÚMEROS.

1. Applica tribum Levi, et fac stare in conspectu Aaron, dabisque dono Levitas Aaron et filiis ejus. 2. Quod populus colligens manna frangebat mola, sive terebat in mortario, et faciebat ex eo tortulas. 3. Congrega mihi septuaginta viros de senioribus Israel, quos tu nosti quod senes sint populi. 4. Pergentes exploratores usque ad torrentem Botri, absciderunt palmitem cum uva sua, quem portaverunt in vecte duo viri. 5. Item, unde supra. 6. Tollens Aaron thuribulum, cucurrit per mediam multitudinem, quam vastabat incendium. 7. Praecipe filiis Israel ut adducant ad te vaccam ruffam, aetate integram, sine macula, quae non pertulerit jugum. 8. Aperi thesaurum tuum fontem aquae vivae, ut saturati, cesset murmuratio eorum. 9. Audite, rebelles et increduli. Num de petra hac vobis aquam poterimus ejicere? 10. Quod Dominus misit in populum serpentes propter murmur eorum. 11. Quod Israel misit nuntios ad Seon dicens: Obsecro, transire mihi liceat per terram tuam. 12. Quod praecipua urbs regni Seon dicitur Esebon. 13. Tolle cunctos principes populi, et suspende eos in patibulo contra solem, ut avertatur furor meus ab Israel. 14. Quod tribus Levi ad repromissionis terram pervenerit, caeteris tribubus in deserto prostratis. 15. Quod Salphaat non filios, sed quinque tantum filias moriens dereliquit. 16. De octo festivitatibus, quas per unumquemque anni circulum Dominus observari praecepit. 17. Armate ex vobis viros ad pugnam, qui possint ultionem Domini expetere de Madianitis. 18. Quod filii Israel venientes fontem Judicii, qui est Cades, interfecerunt omnes principes Amalech et Amorrhaeos. 19. Quod Israel in quadraginta duabus mansionibus ad haereditatis principium pervenerit.

Expliciunt capitula.

INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI NUMERI.

«Applica, inquit Dominus Moysi, tribum Levi, et fac stare in conspectu Aaron sacerdotis, ut ministrent ei.» Et infra: «Dabisque dono Levitas Aaron et filiis ejus, quibus traditi sunt a filiis Israel (Num. III).» Aaron quippe et filios ejus quis ambigat ius habuisse pontificum? Tribum vero Levi quis nesciat praetulisse ordinem clericorum? Levitae ergo Aaron et filiis ejus a filiis Israel dono traduntur, cum ex omni Christiano populo clericalis ordo in excubias ecclesiastici cultus assumitur et, ut assistant atque ministrent, suis pontificibus offeruntur.

1. Aplica la tribu de Leví, y hazla estar en presencia de Aarón, y darás como don los levitas a Aarón y a sus hijos. 2. Que el pueblo, recogiendo el maná, lo molía en la muela o lo machacaba en el mortero, y hacía de él tortas. 3. Congrégame setenta hombres de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo. 4. Yendo los exploradores hasta el torrente del Racimo, cortaron un sarmiento con su uva, el cual llevaron en una vara dos hombres. 5. Igualmente, de la misma fuente que el anterior. 6. Tomando Aarón el incensario, corrió por en medio de la multitud, a la que el fuego devastaba. 7. Manda a los hijos de Israel que te traigan una vaca roja, de edad íntegra, sin mancha, que no haya llevado yugo. 8. Abre tu tesoro, fuente de agua viva, para que, saciados, cese su murmuración. 9. Oíd, rebeldes e incrédulos. ¿Acaso de esta roca podremos sacaros agua? 10. Que el Señor envió serpientes entre el pueblo a causa de su murmuración. 11. Que Israel envió mensajeros a Sehón diciendo: Te ruego que me permitas pasar por tu tierra. 12. Que la ciudad principal del reino de Sehón se llama Hesbón. 13. Toma a todos los príncipes del pueblo y cuélgalos en patíbulos contra el sol, para que mi furor se aparte de Israel. 14. Que la tribu de Leví llegó a la tierra de la promesa, mientras las demás tribus fueron postradas en el desierto. 15. Que Zelofejad, al morir, no dejó hijos, sino solamente cinco hijas. 16. Sobre las ocho festividades que el Señor mandó observar a lo largo de cada ciclo del año. 17. Armad de entre vosotros hombres para la batalla, que puedan buscar la venganza del Señor sobre los madianitas. 18. Que los hijos de Israel, llegando a la fuente del Juicio, que es Cades, mataron a todos los príncipes de Amalec y a los amorreos. 19. Que Israel, en cuarenta y dos etapas, llegó al principio de la heredad.

Aquí terminan los capítulos.

AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS NÚMEROS.

«Acerca, dijo el Señor a Moisés, la tribu de Leví, y haz que esté en presencia de Aarón, el sacerdote, para que le sirvan». Y más adelante: «Y darás como don los levitas a Aarón y a sus hijos, a quienes han sido entregados por los hijos de Israel (Núm. III)». Ciertamente, ¿quién dudaría que Aarón y sus hijos tuvieron el derecho de los pontífices? Y, en verdad, ¿quién no sabe que la tribu de Leví prefiguró el orden de los clérigos? Por tanto, los levitas son entregados como don a Aarón y a sus hijos por los hijos de Israel, así como de todo el pueblo cristiano se toma el orden clerical para las vigilias del culto eclesiástico y, para que asistan y sirvan, son ofrecidos a sus pontífices.

Sed quisquis servus est mammonae, ritus abhorret ecclesiasticae disciplinae. Nec praetereundum est quod illic praesto subjungitur: «Ego, ait Dominus, tuli Levitas a filiis Israel pro omni primogenito quod aperit vulvam in filiis Israel, eruntque Levitae mei (Num. III),» ut liquido pateat clericorum ordinem Dei omnipotentis esse peculium, sicut et ipse Deus specialis est haereditas clericorum. Sed cui Deus in haereditate non sufficit, quid eum satiare possit ignorat, quia mentis ejus oculum furiosa cupiditas caecat.

«Circumibat populus, et colligens manna frangebat mola, sive terebat in mortario, coquens in olla et faciens ex eo tortulas saporis quasi panis oleati (Num. XI).» Porro autem quasi per multa in cellario Domini dolia transitum habuimus, ut ad solum oleatum, velut olei vasculum, pervenire possemus. Manna denique, quo plebs vivebat Israelitica, sacrum designabat eloquium, quo nutritur et vegetatur religio Christiana. Quod utique veraciter oleatum est, quia mystica sancti Spiritus est unctione conspersum. Notandum vero quia idem manna, quod in libro Numeri dicitur oleatum, in Exodo legitur non olei, sed mellis potius habuisse saporem: «Gustus, inquit, ejus erat quasi similae cum melle (Exod. XVI).» Quidnam est, quod angelicus ille cibus prius dicitur mellis exhibuisse dulcedinem, et postmodum non mellis sed olei praebuisse suavitatem, nisi quod Redemptor noster, sacrarum omnium auctor et conditor Scripturarum, quem videlicet illud manna principaliter figurabat, et ante passionem velut mel dulcedinem exhibuit miraculorum, et post ascensionem suam tanquam oleum in discipulos suos effudit Spiritum sanctum? (Act. II.) Nam quasi mellis videtur propinasse dulcedinem, dum signis atque virtutibus coruscavit; olei vero tunc suavitatem dedisse, cum in apostolos suos sancti Spiritus paracleti dona diffudit. Quem videlicet ordinem Moyses congrue tenuit, cum in Deuteronomio de petra, quae et nihilominus manna erat, typice decantavit: «Suxerunt, inquit, mel de petra, et oleum de firma petra (Deut. XXXII).» De hoc mysticae unctionis oleo sponsa ad sponsum dicit in Canticis: «Unguentum effusum nomen tuum (Cant. I).» Unguentum quidem effusum sponsi nomen asseritur, quia sicut a chrismate Christus, ita consequenter a Christo dicitur Christianus.

Caput III

In Libro Gratissimo.

Pero quienquiera que es siervo de la riqueza, aborrece los ritos de la disciplina eclesiástica. Y no se ha de pasar por alto lo que allí mismo se añade: «Yo, dice el Señor, he tomado a los levitas de entre los hijos de Israel en lugar de todo primogénito que abre el seno materno entre los hijos de Israel, y los levitas serán míos (Núm. III)», para que quede claramente manifiesto que el orden de los clérigos es el peculio (*peculium*) de Dios omnipotente, así como Dios mismo es la herencia especial de los clérigos. Pero aquel a quien Dios no le basta como herencia, ignora qué podría saciarlo, porque una furiosa codicia ciega el ojo de su mente.

"El pueblo iba de un lado a otro, y recogiendo el maná, lo molía en un molino, o lo machacaba en un mortero, lo cocía en una olla y hacía con él tortas con sabor como de pan de aceite (Núm. 11)." Además, hemos pasado, por así decirlo, a través de muchas tinajas en la bodega del Señor, para poder llegar a la única aceitada, como a una vasija de aceite. Finalmente, el maná, del que vivía el pueblo israelita, designaba la sagrada elocuencia, por la cual se nutre y se fortalece la religión cristiana. El cual ciertamente está verdaderamente aceitado, porque está rociado con la unción mística del Espíritu Santo. Pero debe notarse que el mismo maná, que en el libro de los Números se dice que era aceitado, en el Éxodo se lee que no tenía sabor de aceite, sino más bien de miel: «Su sabor», dice, «era como de harina con miel (Éx. 16)». ¿Qué significa que aquel alimento angélico se diga primero que exhibió la dulzura de la miel, y después que ofreció la suavidad no de la miel sino del aceite, sino que nuestro Redentor, autor y fundador de todas las Sagradas Escrituras, a quien ciertamente aquel maná principalmente prefiguraba, antes de su pasión exhibió, como la miel, la dulzura de los milagros, y después de su ascensión derramó, como el aceite, el Espíritu Santo sobre sus discípulos? (Hch. 2). Pues parece haber ofrecido la dulzura como de miel, mientras resplandeció con señales y prodigios; pero haber dado la suavidad del aceite cuando difundió sobre sus apóstoles los dones del Espíritu Santo Paráclito. Este orden, ciertamente, lo mantuvo Moisés congruentemente, cuando en el Deuteronomio, acerca de la piedra —que era también, no obstante, maná— cantó típicamente: «Chuparon», dice, «miel de la peña, y aceite de la dura roca (Deut. 32)». Sobre este aceite de la unción mística, la esposa dice al esposo en los Cantares: «Ungüento derramado es tu nombre (Cant. 1)». El nombre del esposo se afirma que es, en verdad, un ungüento derramado, porque así como de crisma viene Cristo, así consecuentemente de Cristo se dice cristiano.

Capítulo III

En el Libro 'Gratissimus'.

«Congrega mihi, ait Dominus, septuaginta viros de senioribus Israel, quos tu nosti quod senes populi sint ac magistri, et duces eos ad ostium tabernaculi foederis, faciesque ibi stare tecum, ut descendam et loquar tibi, et auferam de spiritu tuo, tradamque eis (Num. XI).» Ubi notandum quod non ait, auferes de spiritu tuo, tradesque eis; sed potius, auferam et tradam, ut profecto ostenderet quia non homo homini Spiritum sanctum tradit, sed solus ipse est qui, prout vult, gratiae suae dona distribuit. Unde et paulo post subditur: «Descenditque Dominus per nubem, et locutus est ad eum, auferens de spiritu qui erat in Moyse, et dans septuaginta viris (Ibid.).» De spiritu autem Moysi viris dedisse Dominus dicitur, ut et ordinatores et ordinatos unum debere spiritum habere perspicuum doceatur, quatenus rectores Ecclesiae nequaquam inter se diversa sentiant, unde schismata, quod absit! aut haereses pestilenter emergant, sed unum omnes concorditer doceant atque in unitate spiritus unanimiter vivant. Porro autem, sicut septuaginta illi, quos Dominus post apostolos ordinavit (Luc. X), totidemque fere isti, quos cum Moysi sustentare populi onus voluit, typum praetendebant presbyterorum; ita nihilominus Moyses primum, et, post, apostoli dignitatem videntur obtinuisse pontificum; et, sicut neque illi ab apostolis neque isti a Moyse Spiritum sanctum accipere potuerunt, sic etiam de episcopis caeterisque ecclesiasticae dignitatis ordinibus procul dubio sentiendum est: nimirum quia unus omnipotens Deus, qui eos per diversos ordinum gradus moderaminis sui dispensatione distinxit, solus etiam, prout ipse novit, Spiritus sui gratiam in unumquemque diffudit. Neque enim in illa Spiritus datione aliud sibi Moyses arrogare privilegium potuit quam quod illi vox divina praecepit, nimirum ut viros eligeret, eosque ducens ad ostium tabernaculi, cum eis staret; haec est summa operis Moysi. Quid ergo suae virtutis in hoc Dei munere Moyses recognoscere potuit, cum insuper et duo ex his qui descripti fuerant, Scriptura teste, in castris positi et ad tabernaculum non venerunt, et tamen, eo nesciente, aeque ut caeteri spiritum perceperunt? In eo sane quod de spiritu Moysi tolli dicitur atque aliis dari, nullum Moyses dispendium sui spiritus pertulisse credendus est: velut ab ardente lucerna lumen quaelibet materia mutuetur, nullo propter hoc lucerna proprii splendoris detrimento minuitur.

«Congrégame —dijo el Señor— a setenta varones de los ancianos de Israel, de los que tú sabes que son ancianos del pueblo y sus maestros, y los llevarás a la puerta del tabernáculo de la alianza, y harás que estén allí contigo, para que yo descienda y te hable, y tomaré de tu espíritu y se lo daré a ellos (Nm. XI).» Aquí debe notarse que no dice: «tomarás de tu espíritu y se lo darás a ellos»; sino más bien: «tomaré y daré», para mostrar claramente que no es el hombre quien da el Espíritu Santo al hombre, sino que solo Él es quien, según su voluntad, distribuye los dones de su gracia. De ahí que un poco después se añade: «Y descendió el Señor en una nube y le habló, tomando del espíritu que estaba en Moisés y dándolo a los setenta varones (Ibíd.).» Además, se dice que el Señor dio a los varones del espíritu de Moisés para que se enseñara claramente que tanto los que ordenan como los ordenados deben tener un solo espíritu, de modo que los rectores de la Iglesia de ninguna manera piensen de forma diversa entre sí —de donde, ¡Dios no lo quiera!, pudieran surgir pestilentemente cismas o herejías—, sino que todos enseñen concordemente una sola cosa y vivan unánimemente en la unidad del espíritu. Además, así como aquellos setenta que el Señor ordenó después de los apóstoles (Lc. X), y asimismo estos mismos a quienes quiso que sostuvieran con Moisés la carga del pueblo, prefiguraban el tipo de los presbíteros; así, no obstante, Moisés primero, y después los apóstoles, parecen haber obtenido la dignidad de los pontífices; y, así como ni aquellos pudieron recibir el Espíritu Santo de los apóstoles ni estos de Moisés, así también debe entenderse sin duda alguna acerca de los obispos y los demás órdenes de la dignidad eclesiástica: a saber, que el único Dios omnipotente, que los distinguió por diversos grados de órdenes mediante la dispensación de su gobierno, también Él solo, como Él mismo sabe, difundió la gracia de su Espíritu en cada uno. Pues en aquella dación del Espíritu, Moisés no pudo arrogarse para sí ningún otro privilegio que el que la voz divina le mandó, a saber, que eligiera a los varones y, llevándolos a la puerta del tabernáculo, estuviera con ellos; esta es la suma de la obra de Moisés. ¿Qué, por tanto, de su propio poder pudo reconocer Moisés en este don de Dios, cuando, además, dos de los que habían sido inscritos, según atestigua la Escritura, se quedaron en el campamento y no vinieron al tabernáculo, y sin embargo, sin que él lo supiera, recibieron el espíritu igual que los demás? Ciertamente, en el hecho de que se dice que algo fue tomado del espíritu de Moisés y dado a otros, debe creerse que Moisés no sufrió ninguna pérdida de su propio espíritu: así como la luz puede ser tomada por cualquier materia de una lámpara encendida, la lámpara no sufre por ello detrimento alguno de su propio esplendor.

«Pergentes exploratores Israel usque ad torrentem botri absciderunt palmitem cum botro suo, quem portaverunt in vecte duo viri (Num. XIII).» Duo scilicet viri, duo sunt populi, Judaeus et gentilis. Hi botrum posuerunt in vecte, quia Salvatorem suspenderunt in cruce. Sed praecessor quod portabat non aspiciebat; qui sequebatur intuebatur. Et Judaeorum populus, qui nos temporibus antecessit, Dominum, quem in prophetis et lege portaverat, dum obedientiae vultum semper avertit, videre non potuit; gentilis autem, qui sequitur, tanquam prae oculis positum assidue contemplatur.

Caput V.

In sermone de nativitate S. Mariae.

Hunc plane mediatorem Dei et hominum, hominem Christum Jesum, qui per semetipsum in Evangelio testatur: «Ego sum, inquiens, vitis vera (Joan. XV),» botrus ille signaverat quem de terra promissionis exploratores in phalanga ad filios Israel deferebant (Num. XIII). Duobus autem portitoribus hinc inde suppositis, altero videlicet praecedente, altero subsequente, botrus in medio ferebatur, quia Redemptor noster, dum a Patribus Veteris Testamenti venturus esse praedicitur, a Novi vero praedicatoribus jam venisse nuntiatur, quasi botrus in phalanga defertur, ut ad capessendam supernae repromissionis terram mens fidelium accendatur. Phalanga quippe delata humeris portitorum, divina lex est imposita cervicibus hominum, cujus partes botrus ille medius continuavit; quia Salvator noster, «qui fecit utraque unum (Ephes. II),» cum evangelica doctrina legis et prophetarum mandata conjunxit. Sed qui praecedebat, quod humeris portabat, oculis non videbat; qui autem sequebatur, onus suum semper intuebatur. Per illum ergo qui praecedebat, populus Judaeorum: per illum vero qui sequebatur, non incongrue designatur multitudo gentium. Ille enim per sacrae Scripturae paginas quasi in humeris Christum portavit, sed quia praesentem in carne, impediente infidelitatis suae caligine, non cognovit, dorsum ei quodammodo in faciem misit; iste vero qui sequitur aspicit, quia gentilis populus Redemptorem suum, in quem fideliter credit, manifeste cognoscit. Potest etiam per repromissionis terram non incongrue ipsum beatissimae Dei Genitricis corpus intelligi, ex quo Redemptor noster velut singularis botrus voluit humanitus germinari, juxta illud quod scriptum est: «Veritas de terra orta est (Psal. LXXXIV).»

«Yendo los exploradores de Israel hasta el torrente del racimo, cortaron un sarmiento con su racimo, el cual llevaron en una vara dos hombres (Núm. XIII).» Los dos hombres, a saber, son dos pueblos, el judío y el gentil. Estos pusieron el racimo en la vara, porque suspendieron al Salvador en la cruz. Pero el que iba delante no miraba lo que llevaba; el que seguía lo contemplaba. Y el pueblo de los judíos, que nos precedió en el tiempo, no pudo ver al Señor, a quien había llevado en los profetas y en la ley, pues siempre apartó el rostro de la obediencia; el pueblo gentil, en cambio, que sigue, lo contempla asiduamente como si estuviera puesto ante sus ojos.

Capítulo V.

En un sermón sobre la Natividad de Santa María.

Aquel racimo de uvas que los exploradores llevaron en una pértiga desde la tierra de promisión a los hijos de Israel (Números 13) significaba claramente a este mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, quien da testimonio de sí mismo en el Evangelio, diciendo: «Yo soy la vid verdadera» (Juan 15). Pues con dos portadores colocados a cada lado, uno, a saber, yendo delante y el otro siguiendo, el racimo era llevado en medio; porque nuestro Redentor, mientras es predicho que ha de venir por los Padres del Antiguo Testamento, pero es anunciado que ya ha venido por los predicadores del Nuevo, es llevado como un racimo en una pértiga, para que las mentes de los fieles se enciendan para tomar posesión de la tierra de la promesa celestial. Pues la pértiga llevada sobre los hombros de los portadores es la ley divina impuesta sobre las cervices de los hombres, cuyas partes aquel racimo intermedio unió; porque nuestro Salvador, «que de ambos pueblos hizo uno» (Efesios 2), unió los mandamientos de la ley y de los profetas con la doctrina evangélica. Pero el que iba delante no veía con sus ojos lo que llevaba sobre sus hombros; mientras que el que seguía, contemplaba siempre su carga. Por tanto, por aquel que iba delante se designa al pueblo de los judíos; pero por aquel que seguía, no sin acierto se significa la multitud de los gentiles. Pues el primero llevó a Cristo sobre sus hombros, por así decirlo, a través de las páginas de la Sagrada Escritura, pero como no lo reconoció presente en la carne, impedido por la oscuridad de su propia infidelidad, en cierto modo le dio la espalda a su rostro; mas el segundo que le sigue lo contempla, porque el pueblo gentil reconoce manifiestamente a su Redentor, en quien cree fielmente. También puede entenderse, no sin acierto, por la tierra de promisión el mismo cuerpo de la beatísima Madre de Dios, del cual nuestro Redentor, como un singular racimo de uvas, quiso germinar humanamente, según aquello que está escrito: «La verdad ha brotado de la tierra» (Salmo 84).

Et bene caro beatissimae Virginis terra repromissionis est dicta, quae longe ante paritura Salvatorem mundi a prophetis multifariam est promissa. Quae vere lac et mel manavit, dum Deum et hominem intemerata virginitate profudit. Unde et per Isaiam prophetam dicitur: «Ecce virgo in utero concipiet et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel; butyrum et mel comedet, ut sciat reprobare malum et eligere bonum (Isai. VII).»

«Tollens Aaron thuribulum, cucurrit per mediam multitudinem quam vastabat incendium, et, stans inter mortuos ac viventes, thymiama obtulit, sicque desaeviens plaga cessavit (Num. XVI).» Quem sane Aaron, nisi Redemptorem nostrum significabat? Ipse namque quoniam ad currendam viam quasi gigas exsultavit (Psal. XVIII), arrepto passionis suae thuribulo, inter mortuos et viventes occurrit, et objectu crucis suae, in qua thymiama sacri corporis concrematum est, et Agnus ille coelestis assatus est, vivos ac mortuos separavit, ignisque perniciem ab eis, quasi quidam interveniens murus, exclusit, ut vorax flamma deglutiat infideles quosque, de quibus scriptum est: «Nunc ignis adversarios consumit, et justi, qui fide vivunt, incendium damnationis evadunt (Hebr. X).» Quorum mortuorum atque viventium jam et ipsi latrones noscuntur fuisse primitiae, inter quos Dominus crucifixus est, quorum alter electus, alter est merito perfidiae reprobatus. Hoc itaque thymiama sacrificii salutaris atque singularis, quod in ara crucis oblatum est Deo Patri, mons ille fortitudinis inter mortuos viventesque portavit, cum odorem suae notitiae per fideles et infideles effudit. Unde est illud in Canticis: «Unguentum effusum nomen tuum (Cant. I).» Et Apostolus: «Deo autem gratias, qui semper triumphat nos in Christo Jesu, et odorem notitiae suae semper manifestat per nos in omni loco, quia Christi bonus odor sumus Deo in iis qui salvi fiunt et in eis qui pereunt; aliis quidem odor mortis in mortem, aliis odor vitae in vitam (II Cor. II).»

«Praecipe filiis Israel ut adducant vaccam rufam, aetate integra, sine macula, quae nunquam pertulit jugum (Num. XIX).» Rufa nimirum vitula caro est Salvatoris, rosea scilicet sanguine passionis. Perfectae quidem aetatis Dominus ad passionem venit; sed ejus collum jugum peccati cujuslibet non attrivit. Qui vitulam offerunt, immundi sunt; et qui Christum crucifigunt, unde mundus abluitur, ipsi damnabiliter inquinantur. Qui vero, cinerem colligens, extra castra projicit, mundus est; quia quicunque crucis Dominicae passionisque mysterium per mundi latitudinem praedicant, a peccatorum se contagio per aedificationis fraternae ministerium purgant.

Y con razón la carne de la beatísima Virgen es llamada tierra de promisión, la cual, mucho antes de que diera a luz al Salvador del mundo, fue prometida de muchas maneras por los profetas. Ella verdaderamente manó leche y miel, cuando dio a luz a Dios y hombre con su virginidad intacta. De donde también se dice por el profeta Isaías: «He aquí que la virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo, y se llamará su nombre Emmanuel. Comerá mantequilla y miel, para que sepa desechar el mal y escoger el bien» (Isaías 7).

"Tomando Aarón el incensario, corrió por en medio de la multitud que el fuego devastaba y, de pie entre los muertos y los vivos, ofreció el incienso, y así cesó la plaga que se ensañaba (Num. XVI)." ¿A quién, en verdad, significaba este Aarón, sino a nuestro Redentor? Pues Él, ya que 'se regocijó como un gigante para recorrer el camino' (Sal. XVIII), habiendo tomado el incensario de su pasión, corrió entre los muertos y los vivos, y por la interposición de su cruz —en la cual fue consumido el incienso de su sagrado cuerpo y fue asado aquel Cordero celestial— separó a los vivos y a los muertos, y, como un cierto muro interpuesto, apartó de ellos la perdición del fuego, para que la llama voraz devore a todos los infieles, de quienes está escrito: 'Ahora un fuego consume a los adversarios, y los justos, que viven por la fe, escapan del incendio de la condenación' (Heb. X). De estos muertos y vivos, se sabe que los primeros frutos fueron los mismos ladrones entre los cuales fue crucificado el Señor, de los cuales uno fue elegido y el otro, reprobado por el mérito de su perfidia. Así pues, este incienso del sacrificio saludable y singular, que fue ofrecido a Dios Padre en el altar de la cruz, lo llevó aquella montaña de fortaleza entre los muertos y los vivos, cuando derramó la fragancia de su conocimiento a través de los fieles y los infieles. De ahí aquello que está en el Cantar de los Cantares: 'Tu nombre es un ungüento derramado' (Cant. I). Y el Apóstol: 'Pero gracias sean dadas a Dios, que siempre nos lleva en triunfo en Cristo Jesús, y manifiesta siempre por nosotros en todo lugar la fragancia de su conocimiento, porque somos para Dios el buen olor de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden; para unos, ciertamente, olor de muerte para muerte, para otros, olor de vida para vida' (II Cor. II).

«Manda a los hijos de Israel que traigan una vaca roja, de edad perfecta, sin mancha, que nunca haya llevado yugo (Núm. 19).» La novilla roja es, ciertamente, la carne del Salvador, sonrosada, a saber, por la sangre de la pasión. Ciertamente, el Señor llegó a su pasión en la edad perfecta; pero el yugo de pecado alguno no rozó su cuello. Quienes ofrecen la novilla son impuros; y quienes crucifican a Cristo, por quien el mundo es lavado, ellos mismos se manchan de modo condenable. Pero el que, recogiendo la ceniza, la arroja fuera del campamento, es puro; porque quienes predican el misterio de la cruz y de la pasión del Señor por la anchura del mundo, se purgan del contagio de los pecados por el ministerio de la edificación fraterna.

«Aperi, Domine, thesaurum tuum, fontem aquae vivae, ut satiati, cesset murmuratio eorum (Num. XX).» Neque enim tam magnificis atque divinis verbis elementum describeret, ex cavernis videlicet terrae profluum ac deinceps in secessuum cuniculos egerendum. Nunquid enim dignum fuit viles aquas appellare Dei thesaurum? Sed Dei thesaurum illum procul dubio nominat, de quo Apostolus dicit: «Quia in pectore Jesu sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi (Coloss. II).» Fontem etiam aquae vivae illum perhibet, de quo dicitur: «Qui biberit aquam quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam (Joan. IV).» Alioquin qua rationis consequentia diceret: «Ut satiati, cesset murmuratio eorum,» cum postmodum idem populus murmurans dicat: «Cur eduxisti nos de Aegypto, ut moreremur in solitudine? Deest panis, non sunt aquae (Exod. XIV);» et alia multa, quae prodigiosa dementia tumultuatus evomuit. Sed affectus taedio Moyses tam durae ac seditiosae multitudinis, adventum anxie flagitat Salvatoris: sicut et tunc petierat, cum dicebat: «Obsecro, Domine, mitte quem missurus es (Exod. IV).»

«Congregata multitudine ante petram, Moyses ait: Audite, rebelles et increduli, num de petra hac voltis aquam poterimus ejicere?» (Num. XX.) Tanquam diceret: Nos non valemus quod supra humanitatis vires est facere, quia vos non acquiescitis quod humanum est adimplere. Nec signum possumus ex virtute divinitatis ostendere, quia vos nunquam desinitis Deo per rebellionis contumaciam contraire. Propter peccata namque populi, quod et ipse jam fecerat, quando videlicet in Cades largissimas aquas silicem percutiendo produxit, rursus se facere posse diffidit: atque ideo in repromissionis terram eumdem populum, Domino prohibente, nullatenus introduxit. «Sed petra illa, juxta Apostolum, Christus erat (II Cor. I).» Accedit igitur virga ad silicem, et haurienda populis aqua producitur. Adhibetur crux Christo, et omnia corda credentium gratia sancti Spiritus rigantur. Hic est enim lapis, de quo per Zachariam dicitur: «Super lapidem unum septem oculi sunt (Zach. III).» Quod autem petram non credendo percussit, atque ideo ad promissam terram cum populo non pervenit, populum significat Judaeorum, qui, profecto Christum Dei virtutem esse non credens, in igno suspendit, atque ideo in terram viventium intrare non meruit.

Caput X.

In eodem sermone.

«Abre, Señor, tu tesoro, la fuente de agua viva, para que, saciados, cese su murmuración (Núm. 20).» Pues no describiría con palabras tan magníficas y divinas un elemento, a saber, que fluye de las cavernas de la tierra y que luego ha de ser evacuado por los conductos de las cloacas. ¿Acaso fue digno llamar a unas aguas viles el tesoro de Dios? Sino que sin duda llama tesoro de Dios a aquello de lo que dice el Apóstol: «Porque en el pecho de Jesús están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2).» También afirma que es la fuente de agua viva aquello de lo que se dice: «El que beba del agua que yo le daré, se convertirá en él en una fuente de agua que brota para la vida eterna (Jn. 4).» De otro modo, ¿con qué consecuencia de la razón diría: «Para que, saciados, cese su murmuración», cuando después el mismo pueblo, murmurando, dice: «¿Por qué nos sacaste de Egipto para morir en el desierto? Falta el pan, no hay agua (Éx. 14)»; y otras muchas cosas que, en tumultuoso arrebato, vomitó con prodigiosa demencia. Pero Moisés, afectado por el hastío de tan dura y sediciosa multitud, implora ansiosamente el advenimiento del Salvador: así como también lo había pedido entonces, cuando decía: «Te ruego, Señor, que envíes a quien has de enviar (Éx. 4).»

"Congregada la multitud ante la peña, Moisés dijo: 'Oíd, rebeldes e incrédulos, ¿acaso podremos sacar agua para vosotros de esta peña?'" (Núm. 20). Como si dijera: No somos capaces de hacer aquello que está por encima de las fuerzas de la humanidad, porque vosotros no consentís en cumplir lo que es humano. Ni podemos mostrar un signo por el poder de la divinidad, porque nunca dejáis de oponeros a Dios mediante la contumacia de la rebelión. Pues, a causa de los pecados del pueblo, desconfió de poder hacer de nuevo lo que él mismo ya había hecho —a saber, cuando en Cades produjo abundantísimas aguas golpeando la roca de sílex—; y por eso, prohibiéndolo el Señor, de ningún modo introdujo a ese mismo pueblo en la tierra de la promesa. "Mas aquella roca, según el Apóstol, era Cristo" (1 Cor. 10:4). Así pues, la vara se acerca a la roca de sílex, y se produce agua para que los pueblos la beban. La cruz es aplicada a Cristo, y todos los corazones de los creyentes son regados por la gracia del Espíritu Santo. Pues esta es la piedra de la que se dice por medio de Zacarías: "Sobre una sola piedra hay siete ojos" (Zac. 3:9). Pero el hecho de que golpeara la peña sin creer, y por ello no llegara a la tierra prometida con el pueblo, significa al pueblo de los judíos, el cual, al no creer que Cristo era el poder de Dios, ciertamente lo suspendió en el madero, y por ello no mereció entrar en la tierra de los vivientes.

Capítulo X.

En el mismo sermón.

«Murmurante aliquando populo adversus Moysen, ac dicente: Deest panis, 128 non sunt aquae, anima nostra jam nauseat super cibo isto levissimo; tunc immisit in eos Dominus ignitos serpentes. Cumque poenitentia ducti indulgentiam peterent, ex praecepto Domini fecit Moyses serpentem aeneum, et pro signo posuit; ad quem quicunque percussi fuerant aspicientes protinus sanabantur (Num. XXI).»

Enimvero per consilium serpentis est homo delapsus in mortem; aes vero caeteris metallis durabilius invenitur. Aeneus itaque serpens Dominum figuravit, qui infusum nobis venenum diabolicae suggestionis abegit. Et apte aeneus serpens, ut per serpentem mortuus, et per aes Dominus significaretur aeternus. Qui enim ex humanitate crucis supplicium pertulit, ex divinitate perpetuus et impassibilis vivit.

Porro autem serpens aeneus similitudinem quidem serpentis habet, sed venenum serpentis non habet. Et Redemptor noster in similitudine quidem carnis peccati apparuit, sed peccati venenum in eo locum habere non potuit, quippe, «qui peccatum non fecit, nec dolus inventus est in ore ejus (I Petr. II).»

Nec praetereundum est quod congrue satis mansio illa, ubi haec facta sunt, Salmona dicitur, quae videlicet imaguncula interpretatur; quia illic nimirum, in hujus aenei serpentis forma, imago est nostri Salvatoris expressa. Unde et idem Salvator ait: «Sicut exaltavit Moyses serpentem in deserto, ita exaltari oportet filium hominis, ut omnis qui credit in illum non pereat, sed habeat vitam aeternam (Joan. III).»

Recte ergo serpens aeneus pro signo ponitur, et populus aspiciens a morsu serpentium liberatur, quia quicunque in Salvatorem, qui in cruce suspensus est, ex desiderio imitationis intendunt, omne mox virus et lethiferos morsus veternosi serpentis evadunt. Et notandum quod serpens ille pro signo dicitur positus. Nam et Simeon ille justus, delato ad templum Domino, vaticinans ait: «Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum in Israel, et in signum cui contradicetur (Luc. II).»

In signum namque contradictionis Redemptor noster est positus, quia in cruce erat pro humani generis salute passurus. Cui nimirum cruci omnis mundi sapientia contradixit, sed Regi per eam gloriae triumphanti tandem devicta succubuit, sicut in Actibus apostolorum dicitur: «De secta autem hac scimus quia ubique ei contradicitur (Act. XXVIII).»

«Murmurando una vez el pueblo contra Moisés, y diciendo: 'Falta el pan, no hay aguas, nuestra alma ya siente náuseas por este alimento tan ligero'; entonces el Señor envió entre ellos serpientes ardientes. Y cuando, movidos por la penitencia, pidieron perdón, por mandato del Señor, Moisés hizo una serpiente de bronce y la puso como señal; y cualquiera que había sido mordido, al mirarla, era sanado al instante (Números XXI).»

Ciertamente, por el consejo de la serpiente el hombre cayó en la muerte; pero el bronce se encuentra más duradero que los demás metales. Así pues, la serpiente de bronce prefiguró al Señor, que ahuyentó el veneno de la sugestión diabólica infundido en nosotros. Y fue apropiada una serpiente de bronce, para que por la serpiente se significara el que murió, y por el bronce, el Señor eterno. Pues Aquel que soportó el suplicio de la cruz en su humanidad, vive perpetuo e impasible en su divinidad.

Además, la serpiente de bronce tiene la semejanza de una serpiente, pero no tiene el veneno de una serpiente. Y nuestro Redentor apareció en la semejanza de la carne de pecado, pero el veneno del pecado no pudo tener lugar en Él, puesto que «Él no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca» (I Pedro II).

Tampoco debe pasarse por alto que, de manera muy apropiada, aquella estación donde ocurrieron estos hechos se llama Salmona, que se interpreta como 'pequeña imagen'; porque allí, ciertamente, en la forma de esta serpiente de bronce, se expresó la imagen de nuestro Salvador. De donde también el mismo Salvador dice: «Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan III).

Rectamente, pues, se pone la serpiente de bronce como señal, y el pueblo que la mira es liberado de la mordedura de las serpientes, porque cualquiera que fija su mirada en el Salvador, que fue suspendido en la cruz, con deseo de imitación, escapa inmediatamente a todo el veneno y a las mordeduras letales de la antigua serpiente. Y ha de notarse que se dice que aquella serpiente fue puesta como señal. Pues también Simeón el justo, cuando el Señor fue llevado al templo, profetizando dijo: «He aquí que este está puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y como señal a la que se contradirá» (Lucas II).

Pues nuestro Redentor fue puesto como señal de contradicción, porque había de padecer en la cruz por la salvación del género humano. A esta cruz, ciertamente, contradijo toda la sabiduría del mundo, pero finalmente, vencida, sucumbió ante el Rey de la gloria que triunfaba por medio de ella, como se dice en los Hechos de los Apóstoles: «Pero en cuanto a esta secta, sabemos que en todas partes se la contradice» (Hechos XXVIII).

Caput XI.

In sermone S. Christophori.

«Misit Israel nuntios ad Seon, dicens: Obsecro ut transire mihi liceat per terram tuam; non declinabimus in agros et vineas; non bibemus aquas ex puteis, via regia gradiemur donec transeamus terminos tuos (Num. XXI).» Qui concedere noluit ut transiret Israel per fines suos; quin potius, ut eadem sacra testatur historia, exercitu congregato, Seon egressus est obviam in desertum, et venit in Isaar [Iasa] pugnavitque contra Israel, a quo percussus est in ore gladii, et possessa est terra ejus ab Israel. Sed quod tunc sub Moyse fuit historialiter factum, sub Christo quotidie fit per 129 spiritualis militiae sacramentum. Hanc enim pugnam ille tum populus adumbrabat, quia nunc sancta Ecclesia jugiter contra diabolum dimicat. Seon quippe duplicem habet interpretationem. Dicitur enim arbor infructuosa, dicitur et elatus. Quis enim est iste elatus, quis est iste superbus, nisi reprobus ille Spiritus, qui dicit: «In coelum conscendam, super astra coeli exaltabo solium meum; ascendam super altitudinem nubium, et similis ero Altissimo?» (Isai. XIV.) Quis, inquam, iste elatus est, nisi ille, de quo Scriptura dicit: «Quia ipse est rex super omnes filios superbiae?» (Job XLI). Adeo ut, juxta Apostolum, «in templo Dei aliquando sedeat, ostendens se tanquam sit Deus (II Thess. II).» Quod autem idem sit arbor infructuosa, expositione non indiget, dum ipse tanquam lignum aridum aeternis sit ignibus deputatus. Hic itaque Seon rex est Amorrhaeorum. qui et ipsi interpretantur vel in amaritudinem adducentes. Nam quicunque maligno spiritui per reprobam vitam subjacent ejusque ditionis legibus parent, loquentes quidem sunt, sed non sapientes. Plerique scilicet amatorum mundi, dum in terrena sunt sapientia vacui, per leporem exterioris eloquentiae sunt diserti. De quibus per Salomonem dicitur: «Omnis labor in ore hominis, sed anima ejus non implebitur (Eccle. VI).» Sanctorum autem regnum non est in sermone, sed in virtute. Sed qui sunt eloquentes, iidem sunt et in amaritudinem adducentes, quia, sicut sancti quique coelestis eloquii mella distillant, sic reprobi quilibet suis auditoribus virus terrenae versutiae amaritudinemque propinant.

Capítulo XI.

En un sermón de S. Cristóbal.

«Israel envió mensajeros a Seón, diciendo: Te ruego que me permitas pasar por tu tierra; no nos desviaremos hacia los campos y las viñas; no beberemos las aguas de los pozos, caminaremos por la vía real hasta que pasemos tus confines (Núm. 21).» Él no quiso conceder que Israel pasara por sus territorios; más bien, como atestigua la misma sagrada historia, habiendo reunido su ejército, Seón salió a su encuentro en el desierto, y vino a Jahaz [Iasa] y luchó contra Israel, por quien fue herido a filo de espada, y su tierra fue poseída por Israel. Pero lo que entonces fue hecho históricamente bajo Moisés, se hace cotidianamente bajo Cristo por el sacramento de la milicia espiritual. Pues aquel pueblo prefiguraba entonces esta batalla, porque ahora la santa Iglesia combate continuamente contra el diablo. Seón, en efecto, tiene una doble interpretación. Se dice que significa *árbol infructuoso*, y también se dice que significa *altivo*. Pues, ¿quién es este altivo, quién es este soberbio, sino aquel Espíritu réprobo que dice: «Subiré al cielo, sobre los astros del cielo exaltaré mi trono; subiré sobre la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo»? (Is. 14). ¿Quién, digo, es este altivo, sino aquel de quien dice la Escritura: «Porque él es rey sobre todos los hijos de la soberbia»? (Job 41). Hasta el punto de que, según el Apóstol, «se sienta en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios (2 Tes. 2).» Pero que él mismo sea un árbol infructuoso no necesita exposición, puesto que él mismo, como leño seco, está destinado a los fuegos eternos. Este Seón, por tanto, es rey de los amorreos, quienes a su vez se interpretan como *los que conducen a la amargura*. Pues cualesquiera que están sujetos al espíritu maligno por una vida réproba y obedecen las leyes de su dominio, son ciertamente habladores, pero no sabios. Es decir, muchos amantes del mundo, mientras están vacíos de sabiduría terrena, son elocuentes por el encanto de la retórica exterior. De quienes se dice por Salomón: «Todo el trabajo del hombre está en su boca, pero su alma no se saciará (Ecl. 6).» Mas el reino de los santos no está en la palabra, sino en la virtud. Pero los que son elocuentes, son también los que conducen a la amargura, porque, así como todos los santos destilan la miel de la elocuencia celestial, así cualesquiera réprobos ofrecen a sus oyentes el veneno de la astucia terrenal y la amargura.

Istis enim in persona sanctae Ecclesiae dicitur: «Favus distillans labia tua, sponsa (Cant. IV).» Qui etiam in figura ejusdem Ecclesiae concinunt: «Quam dulcia faucibus meis eloquia tua, super mel et favum ori meo!» (Psal. CXVIII.) De quorum etiam doctore sponsa dicit in Canticis: «Guttur ejus dulcedines, et totus concupiscentia (Cant. V).» De illis autem e contrario dicitur: «Quia linguis suis dolose agebant; venenum aspidum sub labiis eorum (Psal. XIII).» Ubi mox sequitur: «Quorum os maledictione et amaritudine plenum est (Ibid.).»

Unde et vineam illam Dominus per prophetam conqueritur in amaritudinem esse conversam (Isai. V; Jer. II); quae nimirum illi, a quo dudum perceperat terram lactis et mellis, postmodum obtulit amaritudinem aceti simul et fellis (Deut. XI). Horum itaque loquentium, vel in amaritudinem adducentium, Seon rex est, qui elatus asseritur, quia vaniloquis et amaris hujus mundi amatoribus diabolus auctor superbiae principatur. Unde et ipse princeps mundi dicitur (Joan. XII, XIV), illius videlicet de quo dicit Joannes: «Mundus in maligno positus est (I Joan. V).» Et Dominus promittit illum discipulis Spiritum mittendum, quem hic mundus non potest accipere (Joan. XIV). Dicit ergo Israel ad Seon: «Transire nobis liceat per terram tuam; non declinabimus in agros et vineas (Num. XXI).» Nos, plane nos sumus, qui per hunc mundum ad terram cupimus transire viventium. Nos, inquam, per terminos superbi regis humiliter incedere volumus ad patriam divinae promissionis. Et quoniam Hebraeus interpretatur transiens, nos qui discipuli sumus illius «qui non habitavit, sed pertransivit benefaciendo et sanando omnes oppressos a diabolo, quoniam 130 Deus erat cum illo (Act. X),» nunquam nos habitaturos cum Seon rege promittimus, sed via tantummodo regia processuros nos esse spondemus. Sed quando nos regi Seon ista promisimus? Quando cohabitationi ejus repudium dedimus? quando divisionis aeternae foedus cum eo pacti sumus?

Recolamus itaque diem sacri baptismatis; ipsum novae regenerationis exordium ad memoriam reducamus, et ibi nos procul dubio renuntiasse diabolo ac cunctis ejus pompis et operibus invenimus. Commemoret unusquisque fidelium, cum primum ad fontem lavacri salutaris accessit, cum signacula fidei prima suscepit. Nonne, per catechismum sacerdotalis officii, his usus est verbis quibus se significaret lethiferas mundi hujus cupiditates abjicere, ac diabolicae societatis contubernium profiteretur a se funditus abdicare? Et hoc est quod in historiae sermonibus adumbratur, quia non declinabit Israel, neque in agrum regis Seon, neque in vineam, neque de lacu ejus se pollicetur aliquo modo potaturum. Per agrum scilicet, operis exercitium; per vineam et lacum, vanarum artium intelligitur poculum, astrologiae scilicet, magicae, necromanticae et quidquid est quod vanum aliquid vel sacrilegum dogmatizat contra catholicae fidei pietatem.

Pues a los primeros se les dice en la persona de la santa Iglesia: «Panal que destila son tus labios, esposa (Cant. 4).» Quienes también, en la figura de la misma Iglesia, cantan a coro: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel y el panal a mi boca!» (Sal. 118). De cuyo doctor dice también la esposa en los Cantares: «Su garganta es dulzura, y todo él es deseo (Cant. 5).» Pero de los segundos, por el contrario, se dice: «Porque con sus lenguas obraban engañosamente; veneno de áspides hay bajo sus labios (Sal. 13).» Donde pronto sigue: «Cuya boca está llena de maldición y de amargura (Ibid.).»

De donde también el Señor se queja por el profeta de que aquella viña se había convertido en amargura (Is. 5; Jer. 2); la cual, ciertamente, después ofreció la amargura del vinagre y de la hiel a aquel de quien mucho antes había recibido una tierra de leche y miel (Deut. 11). De estos habladores, pues, o de los que conducen a la amargura, Seón es el rey, quien es afirmado como altivo, porque el diablo, autor de la soberbia, reina sobre los vanilocuentes y amargos amantes de este mundo. De donde también es llamado príncipe de este mundo (Jn. 12, 14), es decir, de aquel mundo del que dice Juan: «El mundo está puesto en la maldad (1 Jn. 5).» Y el Señor promete enviar a sus discípulos aquel Espíritu que este mundo no puede recibir (Jn. 14). Dice, pues, Israel a Seón: «Permítenos pasar por tu tierra; no nos desviaremos a los campos y a las viñas (Núm. 21).» Nosotros, claramente somos nosotros, quienes deseamos pasar por este mundo a la tierra de los vivientes. Nosotros, digo, queremos avanzar humildemente por los confines del rey soberbio hacia la patria de la promesa divina. Y como hebreo se interpreta como *el que pasa*, nosotros que somos discípulos de aquel «que no habitó, sino que pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él (Hch. 10),» prometemos no habitar nunca con el rey Seón, sino que nos comprometemos a avanzar solamente por la vía real. Pero, ¿cuándo prometimos estas cosas al rey Seón? ¿Cuándo le dimos repudio a su cohabitación? ¿Cuándo pactamos con él un pacto de división eterna?

Recordemos, pues, el día del sagrado bautismo; traigamos a la memoria el mismo comienzo de nuestra nueva regeneración, y allí encontraremos que, sin duda, hemos renunciado al diablo y a todas sus pompas y obras. Que cada uno de los fieles recuerde cuándo se acercó por primera vez a la fuente del lavatorio salvífico, cuándo recibió por primera vez los sellos de la fe. ¿Acaso no usó, por el catecismo del oficio sacerdotal, estas palabras con las que significaría que rechazaba los deseos letales de este mundo y profesaba que abdicaba por completo de la comunión con la sociedad diabólica? Y esto es lo que se prefigura en las palabras de la historia, que Israel no se desviará, ni al campo del rey Seón, ni a la viña, ni promete beber de ninguna manera de su pozo. Por el campo, ciertamente, se entiende el ejercicio de la obra; por la viña y el pozo, se entiende la copa de las artes vanas, a saber, de la astrología, la magia, la necromancia y todo lo que dogmatiza algo vano o sacrílego contra la piedad de la fe católica.

De quibus utique pestilentibus poculis contra perversum populum per Jeremiam Dominus conqueritur, dicens: «Duo mala fecit populus meus; me dereliquerunt, fontem aquae vivae, et foderunt sibi cisternas dissipatas, quae continere non valent aquas (Jer. II).» De quibus et per Salomonem dicitur: «Aquae furtivae dulciores sunt (Prov. IX).» Habet autem Israel fontes suos: «In ecclesiis, inquit, benedicite Deo Domino de fontibus Israel (Psal. LXVII).» Superbi ergo Seon aquas respuat, haereticorum dogmatum fluenta contemnat, et «hauriat aquas in gaudio de fontibus Salvatoris (Isai. XII).» Qui enim dirupit fontes et torrentes (Psal. LXXIII), hic in Evangelio dicit: «Qui biberit aquam quam ego do, flumina de ventre ejus fluent aquae vivae (Joan. VII).» Sed et via regia, sicut est pollicitus, gradiatur: «Via, inquit, regia gradiemur.» Quae est autem via regia, nisi illa quae dicit: «Ego sum via?» (Joan. XIV.) Qui etiam in ipso passionis suae articulo se regem perhibet, dum ait: «Tu dicis, quia rex sum ego (Joan. XVIII).»

Promisimus ergo superbo regi Seon ejus fluenta non bibere, non in agros vel vineas declinare, regia via nos incedere, hoc est, ad Christum per ipsum properantes, ab omnibus diaboli pompis et operibus abstinere. Sed elatus ille Seon exercitum colligit, et Israel per suos fines habere transitum non permittit. Quis est autem populus ille quem Seon congregat adversus Israel, nisi reprobi quique qui persequuntur Ecclesiam? Ex his sunt tyranni, duces et principes mundi, qui vel catholicis viris per haereticam pravitatem opponunt contradictionis obstacula, vel sanctis martyribus moliuntur inferre tormenta. Sed quid ad haec facit Israel? Interrogemus historiam: «Venit, inquit, in Issar [Jasa], et pugnavit contra eum (Num. XXI).» A quo percussus est Seon in ore gladii, et possessa est terra ejus ab Arnon usque Laboch [Jeboc]. Ecce superbus, ecce elatus congressus est, sed contritus commisit et perdidit, in arma prosiluit et succubuit. Qui noluit 131 dare viam, perdidit vitam, et dum contempsit annuere publicae viae transitum, amisit proprium regalis gloriae principatum. Israel autem, qui transitum non obtinuit, ad haereditariae possessionis jura pervenit; et, cui transire non licuit, de via patriam fecit.

Sed ubi, quaeso, fratres mei, ubi haec est peracta victoria? Felix scilicet locus, qui tantae gloriae meruit videre triumphum! Ubi, inquam, superbum regem obtinuit Israel? In Issaar. Issaar autem interpretatur mandati adimpletio. Et nos, si ad hunc locum Deo duce pertingimus, diabolum procul dubio, qui caput et origo est superbiae, superamus. Tunc enim diabolum vincimus, cum Redemptoris nostri mandata complemus, quanquam quod est diabolum vincere, hoc ipsum sit divina mandata complere.

Sobre cuyas pestilentes copas el Señor se queja contra un pueblo perverso por medio de Jeremías, diciendo: «Dos males ha hecho mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron cisternas rotas, que no pueden contener aguas (Jer. 2).» De las cuales también se dice por Salomón: «Las aguas robadas son más dulces (Prov. 9).» Pero Israel tiene sus propias fuentes: «En las iglesias», dice, «bendecid a Dios el Señor, desde las fuentes de Israel (Sal. 67).» Por tanto, que rechace las aguas del soberbio Seón, que desprecie las corrientes de los dogmas heréticos, y que «saque aguas con gozo de las fuentes del Salvador (Is. 12).» Pues el que abrió las fuentes y los torrentes (Sal. 73), él dice en el Evangelio: «El que beba del agua que yo le daré, de su vientre correrán ríos de agua viva (Jn. 7).» Pero que también camine por la vía real, como ha prometido: «Caminaremos», dice, «por la vía real.» ¿Y cuál es la vía real, sino aquella que dice: «Yo soy el camino»? (Jn. 14). Él también, en el mismo momento de su pasión, se declara rey, cuando dice: «Tú dices que yo soy rey (Jn. 18).»

Prometimos, pues, al soberbio rey Seón no beber sus corrientes, no desviarnos a sus campos o viñas, caminar por la vía real, esto es, apresurándonos hacia Cristo por él mismo, abstenernos de todas las pompas y obras del diablo. Pero aquel altivo Seón reúne su ejército y no permite que Israel tenga paso por sus territorios. Pero, ¿quién es aquel pueblo que Seón reúne contra Israel, sino todos los réprobos que persiguen a la Iglesia? Entre estos están los tiranos, duques y príncipes del mundo, que o bien oponen a los hombres católicos los obstáculos de la contradicción mediante la pravedad herética, o se esfuerzan por infligir tormentos a los santos mártires. Pero, ¿qué hace Israel ante esto? Interroguemos a la historia: «Vino», dice, «a Jahaz [Jasa], y luchó contra él (Núm. 21).» Por quien Seón fue herido a filo de espada, y su tierra fue poseída desde el Arnón hasta el Jaboc [Jeboc]. He aquí que el soberbio, he aquí que el altivo entró en combate, pero quebrantado cometió y perdió, se lanzó a las armas y sucumbió. El que no quiso dar paso, perdió la vida, y mientras desdeñó conceder el tránsito por la vía pública, perdió su propio principado de gloria real. Pero Israel, que no obtuvo el paso, alcanzó los derechos de posesión hereditaria; y a quien no se le permitió pasar, hizo de la vía una patria.

Pero, ¿dónde, pregunto, hermanos míos, dónde se llevó a cabo esta victoria? ¡Feliz lugar, en verdad, que mereció ver el triunfo de tanta gloria! ¿Dónde, digo, venció Israel al rey soberbio? En Jahaz. Ahora bien, Jahaz se interpreta como *el cumplimiento del mandato*. Y nosotros, si guiados por Dios llegamos a este lugar, sin duda venceremos al diablo, que es cabeza y origen de la soberbia. Pues entonces vencemos al diablo, cuando cumplimos los mandatos de nuestro Redentor, aunque vencer al diablo es lo mismo que cumplir los mandatos divinos.

Nam, dum carnis illecebras frangimus, dum pravis viscerum passionibus reluctamur, dum divinae jussionis imperio subdimur, et non nostra vota sed illius jussa servamus, tunc absque dubio mundi principem et totius nequitiae debellamus auctorem. Tunc apostolica illa oratio completur in nobis, quando dicitur: «Deus autem pacis conterat Satanam sub pedibus vestris (Rom. XVI).» Et illud nobis Dominus quod promisit impertit: «Ecce dedi vobis potestatem calcandi supra serpentes et scorpiones, et super omnem virtutem inimici, et nihil vobis nocebit (Luc. X).» Sed cum Seon exprimat antiquum hostem, populus autem ejus quosque reprobos, vel Ecclesiae persecutores, qui armis ab Israel, hoc est, a sanctis praedicatoribus sunt prostrati, quo mucrone perfossi, quo denique gladio sunt perempti? Sed audi Apostolum, spiritualis utique militiae ducem, et strenuum intestini praelii bellatorem: «Vivus est, inquit, sermo Dei, et efficax et penetrabilior omni gladio ancipiti, pertingens usque ad divisionem animae ac spiritus, compagum quoque ac medullarum, et discretor cogitationum et intentionum cordis (Hebr. IV).» Hunc divisionis gladium evaginabat dux et auctor ille certaminum ac Dominus bellatorum, cum dicebat: «Nolite putare quia veni mittere pacem in terram; non enim veni pacem mittere, sed gladium (Matth. X).» Audisti gladium dividentem; audi consequenter et ipsam divisionem: «Veni, inquit, separare hominem adversus patrem suum, et filiam adversus matrem suam, et nurum adversus socrum suam; et inimici hominis domestici ejus (Ibid.).» Hoc itaque gladio et Seon est peremptus, et omnis ejus exercitus communi caede prostratus, quia nimirum gladio spiritus, quod est verbum Dei (Ephes. VI), et diabolus corruit, et subjectus sibi populus ab infidelitatis suae vita defecit.

Cum itaque Scriptura perhibeat quod illi in ore gladii sunt perempti, de istis non incongrue dici potest quoniam interfecti sunt gladio oris. Et cum Dominus dicat «quia princeps mundi ejicietur foras (Joan. XII),» mox ut Seon ejicitur, illico per omnem mundi latitudinem Israel, id est sancta Ecclesia, propagatur; mox enim ut cum principe suo infidelitas exstincta collabitur, fides triumphantis Ecclesiae dilatatur: et qui fuerant eatenus exsules, fiunt post victoriam possessores. Unde et eidem Ecclesiae per Isaiam dicitur: «Populus autem tuus, omnes justi, in perpetuum 132 haereditabunt terram (Isai. XLVII).» De quo populo et postmodum dicit: «Et habitabunt, et plantabunt vineas, et comedent fructus earum (Isai. LXV).» Adhuc etiam idem propheta quod sancta debet Ecclesia per fines gentium dilatari manifeste denuntiat: «Dilata, inquit, locum tentorii tui, et pelles tabernaculorum tuorum extende; ne parcas, longos fac funiculos tuos, et clavos tuos consolida (Isai. LIV).»

Pues, mientras quebramos las seducciones de la carne, mientras luchamos contra las perversas pasiones de nuestras entrañas, mientras nos sometemos al imperio del mandato divino, y no guardamos nuestros propios deseos sino sus mandatos, entonces sin duda derrotamos al príncipe del mundo y al autor de toda maldad. Entonces se cumple en nosotros aquella oración apostólica, cuando se dice: «Y el Dios de la paz aplaste a Satanás bajo vuestros pies (Rom. 16).» Y el Señor nos concede lo que prometió: «He aquí que os he dado potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda la fuerza del enemigo, y nada os dañará (Lc. 10).» Pero como Seón representa al antiguo enemigo, y su pueblo a todos los réprobos, o a los perseguidores de la Iglesia, que fueron postrados por las armas de Israel, es decir, por los santos predicadores, ¿con qué filo fueron traspasados, con qué espada, finalmente, fueron muertos? Pero escucha al Apóstol, el jefe de la milicia espiritual, y un esforzado guerrero de la batalla interior: «Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos; y alcanza hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de las médulas, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Heb. 4).» Aquel jefe y autor de contiendas y Señor de los guerreros desenvainó esta espada de división cuando decía: «No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada (Mt. 10).» Has oído de la espada que divide; oye consecuentemente la división misma: «Porque he venido a poner en disensión al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su propia casa (Ibid.).» Con esta espada, por tanto, fue muerto Seón, y todo su ejército fue postrado en una matanza común, porque, ciertamente, por la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Ef. 6), tanto el diablo cayó, como el pueblo sujeto a él se apartó de la vida de su infidelidad.

Por tanto, como la Escritura afirma que fueron muertos a filo de espada, no es incongruente decir de ellos que fueron muertos por la espada de la boca. Y cuando el Señor dice «que el príncipe de este mundo será echado fuera (Jn. 12),» tan pronto como Seón es echado fuera, inmediatamente Israel, es decir, la santa Iglesia, se propaga por toda la anchura del mundo; pues tan pronto como la infidelidad, con su príncipe, se extingue y se derrumba, la fe de la Iglesia triunfante se expande: y los que hasta entonces habían sido exiliados, se convierten en poseedores después de la victoria. De donde también se dice a la misma Iglesia por Isaías: «Tu pueblo también será todo justo, heredarán la tierra para siempre (Is. 47).» De cuyo pueblo también dice después: «Y habitarán, y plantarán viñas, y comerán el fruto de ellas (Is. 65).» Además, el mismo profeta anuncia manifiestamente que la santa Iglesia debe extenderse por las tierras de los gentiles: «Ensancha», dice, «el lugar de tu tienda, y extiende las pieles de tus tabernáculos; no escatimes, alarga tus cuerdas y consolida tus estacas (Is. 54).»

Cur autem haec agere debeat, aperit, cum subjunxit: «Ad dexteram enim et ad laevam penetrabis, et semen tuum gentes haereditabit (Ibid.).» Omnis ergo terra Seon cecidit in haereditatem Israel, qui dum princeps mundi hujus gladio divini verbi confossus egreditur, sancta universalis Ecclesia per ejusdem mundi terminos dilatatur. Nec praetereundum arbitror esse quod dicitur quia possessa est terra ejus ab Arnon usque Laboch [Jaboc].

Arnon itaque, quae est initium regni Seon, interpretatur maledictiones eorum. Omnis enim mundus, qui ante Salvatoris adventum sub diaboli premebatur imperio, maledictionis habebat originem, quia benedictionis ignorabat auctorem; de quo nimirum per Prophetam dicitur: «Benedictionem dabit qui legem dedit (Psal. LXXXIII).» Unde et Apostolus ait: «Quicunque enim ex operibus legis sunt, sub maledicto sunt (Gal. III).» An non maledictionis habebamus initium, de quibus dicitur: «Eramus, inquit, natura filii irae, sicut et caeteri (Ephes. II).» Finis autem regni illius est Laboch, quod interpretatur luctamen. Necesse est enim omnes qui volunt exire de regno diaboli et ejus fines evadere, tentationum ingruentium certamina tolerare. Quod si quisquam legitime certaverit, et viriliter obluctatus evicerit, jam non erit Laboch civitas Seon, sed civitas Israel; non scilicet qui in carne sit Israel, nec in manifesto Judaeus, sed qui in Christo sit Israel, circumcisus corde, non carne.

Caput XII.

In epistola ad V. episcopum et ejus canonicos, de quinque sensibus corporis cohibendis

Praecipua quidem urbs regni Seon vocatur Esebon, quae nimirum cogitationes interpretatur; per quod datur intelligi quia maxima pars diabolicae potestatis in cogitationibus regnat. Per Seon quippe nequitiae spiritus figuratur; sed Esebon ex ditione Seon in Israelitarum jura transfertur, cum cogitatio nostra, quae superbiae peste tumuerat, ad reprehensionis suae judicium per gratiam severae humilitatis inclinat, ut, quae se dudum arroganter extulerat, jam sua dijudicans ac diligenter examinans, humiliter reprehendit.

Pero por qué debe hacer estas cosas, lo revela cuando añade: «Porque te extenderás a la derecha y a la izquierda, y tu descendencia heredará a los gentiles (Ibid.).» Por lo tanto, toda la tierra de Seón cayó en la herencia de Israel; pues cuando el príncipe de este mundo es echado fuera, traspasado por la espada de la palabra divina, la santa Iglesia universal se extiende por los confines de ese mismo mundo. Y no creo que deba pasarse por alto lo que se dice, que su tierra fue poseída desde Arnón hasta Jaboc [Jaboc].

Arnón, por tanto, que es el principio del reino de Seón, se interpreta como *sus maldiciones*. Pues todo el mundo, que antes del advenimiento del Salvador estaba oprimido bajo el imperio del diablo, tenía su origen en una maldición, porque ignoraba al autor de la bendición; de quien ciertamente se dice por el Profeta: «El legislador dará una bendición (Sal. 83).» De donde también dice el Apóstol: «Porque todos los que son de las obras de la ley, están bajo maldición (Gál. 3).» ¿Acaso no teníamos nuestro principio en una maldición, de quienes se dice: «Éramos», dice, «por naturaleza hijos de ira, como también los demás (Ef. 2).» Pero el fin de aquel reino es Jaboc, que se interpreta como *lucha*. Pues es necesario que todos los que quieran salir del reino del diablo y escapar de sus confines, toleren los combates de las tentaciones que se presentan. Pero si alguno ha competido legítimamente, y habiendo luchado virilmente ha vencido, ya no será Jaboc una ciudad de Seón, sino una ciudad de Israel; no, es decir, el que es Israel en la carne, ni judío en lo manifiesto, sino el que es Israel en Cristo, circuncidado de corazón, no de carne.

Capítulo XII.

En una epístola al obispo V. y a sus canónigos, sobre la contención de los cinco sentidos corporales

La ciudad principal del reino de Sehón se llama Hesbón, que ciertamente se interpreta como "pensamientos"; por lo cual se da a entender que la mayor parte del poder diabólico reina en los pensamientos. Pues por Sehón se figura el espíritu de la maldad; pero Hesbón es transferida del dominio de Sehón a la jurisdicción de los israelitas cuando nuestro pensamiento, que se había hinchado con la peste de la soberbia, se inclina por la gracia de una severa humildad al juicio de su propia reprensión, de modo que, lo que antes se había exaltado arrogantemente, ahora, juzgando y examinando diligentemente sus propias cosas, lo reprende con humildad.

In Cades ergo, qui est fons judicii, Amalecitas et Amorrhaeos gladio vorante dejicimus; quia tunc vitiorum omnium barbariem sternimus, tunc potestates aereas invictissime debellamus, si et innocenter vivimus, et tamen reos nos ac peccatis obnoxios judicamus, dicentes cum Apostolo: «Si dixerimus quia peccatum non habemus, nosmetipsos seducimus, et veritas in nobis non est (I Joan. I).» Et tunc Esebon, quam cogitationes interpretari diximus, in Israelitarum cogitur transire 133 dominium; cum mens nostra de superbia vel omni terrena concupiscentia transfertur in amorem regni coelorum. Cogitationum quippe certamen nunquam Christi potest deesse militibus, quoniam operis nostri nos rectitudo non liberat, si pravis suis cogitationibus mens armata virtutibus non resultat. Sufficiebat quidem legis antiquae cultoribus ut recta duntaxat extrinsecus agerent; nobis autem Evangelio terribiliter intonante praecipitur ut, dum operibus pravis exuimur, etiam cogitationibus pervigiles obluctemur. «Audistis, inquit, quia dictum est antiquis: Non moechaberis. Ego autem dico vobis quia quicunque viderit mulierem ad concupiscendum eam, jam moechatus est eam in corde suo (Matth. V).» Hinc est quod Joannes Baptista, per quem lex vetus exprimitur, zonam pelliceam in lumbis habuisse perhibetur (Matth. III). Salvator noster, qui auctor est Evangelii, inter septem candelabra aurea visus est a Joanne vestitus podere et praecinctus ad mamillam zona aurea (Apoc. I). Quid est ergo zona pellicea circa lumbos, nisi quod antiquis dictum est: «Non moechaberis?» (Exod. XX.) Et quid est zona aurea ad mamillam, nisi quod Christianae fidei cultoribus dicitur: «Qui viderit mulierem ad concupiscendum eam, jam moechatus est eam in corde suo?» (Matth. V.) Hinc etiam per prophetam divina voce praecipitur: «Leva, Hierusalem, a malitia cor tuum. Usquequo morabuntur in te cogitationes noxiae?» (Jer. IV.) Et alibi: «Attendi, inquit, et auscultavi, nemo quod bonum est loquitur (Jer. VIII).» Et Salomon ait: «Spiritus sanctus disciplinae effugiet fictum, et aufert se a cogitationibus quae sunt sine intellectu (Sap. I).» Arripiamus ergo gladium spiritus, et contra cogitationum nos infestantium cuneos infoederabiliter dimicemus.

Cum Israeliticus ille populus initiatus esset Beelphegor in deserto, et in scorta Moab turpiter corruisset, iratus furore Dominus adversus Israel dixit ad Moysen: «Tolle cunctos principes populi et suspende eos in patibulis contra solem, ut avertatur furor meus ab Israel (Num. XXV).» Quid est quod populus in luxuriae voraginem labitur, et in eorum praepositos vindicatur? Subditi delinquunt, et principes in patibulis suspenduntur? Scilicet alius est qui peccat, alius ille qui vapulat.

En Cades, pues, que es "fuente de juicio", derribamos a los amalecitas y a los amorreos con la espada devoradora; porque entonces abatimos la barbarie de todos los vicios, entonces vencemos invictísimamente a las potestades aéreas, si vivimos inocentemente y, sin embargo, nos juzgamos reos y sujetos a los pecados, diciendo con el Apóstol: "Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1)". Y entonces Hesbón, que dijimos se interpreta como "pensamientos", es forzada a pasar al dominio de los israelitas; cuando nuestra mente es transferida de la soberbia o de toda concupiscencia terrena al amor del reino de los cielos. Pues la lucha de los pensamientos nunca puede faltar a los soldados de Cristo, puesto que la rectitud de nuestra obra no nos libra si la mente, armada de virtudes, no se resiste a sus propios malos pensamientos. Ciertamente, a los seguidores de la ley antigua les bastaba con obrar rectamente solo en lo exterior; pero a nosotros, tronando terriblemente el Evangelio, se nos manda que, mientras nos despojamos de las obras malas, luchemos también vigilantemente contra los pensamientos. "Habéis oído", dice, "que fue dicho a los antiguos: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón (Mat. 5)". De aquí que se diga que Juan el Bautista, por quien se expresa la ley antigua, tenía un cinto de cuero en sus lomos (Mat. 3). Nuestro Salvador, que es el autor del Evangelio, fue visto por Juan en medio de los siete candelabros de oro, vestido con una túnica talar y ceñido al pecho con un cinto de oro (Apoc. 1). ¿Qué es, pues, el cinto de cuero alrededor de los lomos, sino lo que se dijo a los antiguos: "No cometerás adulterio"? (Éx. 20). ¿Y qué es el cinto de oro sobre el pecho, sino lo que se dice a los seguidores de la fe cristiana: "Quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón"? (Mat. 5). De aquí también se manda por la voz divina a través del profeta: "Lava, oh Jerusalén, tu corazón de la malicia. ¿Hasta cuándo morarán en ti los pensamientos nocivos?" (Jer. 4). Y en otro lugar: "He atendido", dice, "y he escuchado, nadie habla lo que es bueno (Jer. 8)". Y Salomón dice: "El santo espíritu de la disciplina huirá del fingido, y se apartará de los pensamientos que son sin entendimiento (Sab. 1)". Tomemos, pues, la espada del espíritu, y luchemos implacablemente contra las cuñas de los pensamientos que nos infestan.

Cuando aquel pueblo israelita se inició a Belfegor en el desierto, y había caído vergonzosamente con las prostitutas de Moab, el Señor, airado con furor contra Israel, dijo a Moisés: «Toma a todos los príncipes del pueblo y cuélgalos en patíbulos de cara al sol, para que mi furor se aparte de Israel (Nm. XXV).» ¿Qué es esto, que el pueblo cae en la vorágine de la lujuria y se ejerce venganza sobre sus jefes? ¿Los súbditos delinquen y los príncipes son colgados en patíbulos? Ciertamente, uno es el que peca, y otro el que es azotado.

Cur hoc, nisi quia culpa subditorum in praepositorum redundat opprobrium, et quod ab ovibus erratur, negligentiae pastoris ascribitur? Et vide quam formidolosa sit conditio praesidentium, ut non modo pro suis, sed et pro subditorum puniantur offensis. Arguit eos Moyses, quia lex Dei negligentiae illos ac torporis accusat. Qui suspendit eos ad solem, quoniam ad examinandum producuntur, et arguuntur a luce: «Omnis enim, ut Dominus ait, qui mala agit, odit lucem, et non venit ad lucem, ut non arguantur opera ejus; qui autem facit veritatem, venit ad lucem (Joan. III).» Ad lucem quippe venit qui occulta sua per purae confessionis aditum pandit.

«Hic est numerus filiorum, qui descriptus est a Moyse et Eleazaro sacerdote, inter quos nullus fuit eorum qui antea numerati sunt a Moyse et Aaron in monte Sinai. Praedixerat enim Dominus quod omnes morerentur in solitudine (Num. XXVI).» Quibus videlicet historiae verbis patenter ostenditur quia, caeteris in deserto prostratis, ad repromissionis terram Levi tribus incolumis et illibata pervenit. Quisquis ergo se potuerit in sacerdotum vel levitarum ordine constituere, quisquis noluerit cum reliquis hominibus in terra sortem haereditariae portionis acquirere, sed solum cum tribu Levi contentus sit Dominum possidere, iste profecto in hujus mundi deserto non moritur; sed terram repromissionis ingredi vivus et incolumis promeretur. Qui ad promissiones ergo Patrum pervenire desiderat, haereditatis in terra funiculum cum tribu Levi possidere contemnat. Nam qui se pro terrenis in terram dejicit, qui sese, ubi cum amaritudine Pascha celebrandum est ac velociter transeundum, diutius gaudere confidit, «Anima, inquiens, habes multa bona repo sita in annos multos, requiesce, comede, bibe, epulare (Luc. XII);» non sine causa meretur audire: «Stulte, hac nocte repetent animam tuam a te; quae autem parasti, cujus erunt?» (Ibid.) Hic itaque non die, sed nocte perimitur, sicut primogenita Aegyptiorum. Nimirum qui non sprevit Aegyptum, sed obsequium praebuit rectoribus tenebrarum, qui et ipsi nocte animam ejus repetunt, quoniam odivit lucem, nec justitiae consecutus est veritatem.

Caput XV.

In epistola ad V. episcopum et ejus canonicos, quae est de quinque sensibus corporis cohibendis.

¿Por qué esto, sino porque la culpa de los súbditos redunda en oprobio de los superiores, y el extravío de las ovejas se atribuye a la negligencia del pastor? Y ved cuán temible es la condición de los que presiden, que son castigados no solo por sus propias ofensas, sino también por las de sus súbditos. Moisés los reprende, porque la ley de Dios los acusa de negligencia y de torpor. Los cuelga de cara al sol, porque son sacados para ser examinados y son argüidos por la luz: «Pues todo el que obra el mal, como dice el Señor, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas; pero el que obra la verdad, viene a la luz (Jn. III).» En efecto, viene a la luz quien desvela sus secretos a través del acceso de una confesión pura.

«Este es el número de los hijos, que fue registrado por Moisés y el sacerdote Eleazar, entre los cuales no hubo ninguno de los que antes habían sido contados por Moisés y Aarón en el monte Sinaí. Pues el Señor había predicho que todos morirían en el desierto (Nm. XXVI).» Con estas palabras de la historia, se muestra claramente que, mientras los demás fueron postrados en el desierto, la tribu de Leví llegó a la tierra de la promesa sana y salva. Por tanto, quienquiera que haya podido situarse en el orden de los sacerdotes o levitas, quienquiera que no haya querido adquirir con los demás hombres una porción hereditaria del lote en la tierra, sino que se contente con poseer únicamente al Señor con la tribu de Leví, este ciertamente no muere en el desierto de este mundo; sino que merece entrar vivo e incólume en la tierra de la promesa. Aquel, pues, que desee alcanzar las promesas de los Padres, que desdeñe poseer una porción de la herencia en la tierra con la tribu de Leví. Pues el que por las cosas terrenas se arroja a la tierra, el que confía en gozar largamente allí donde la Pascua debe celebrarse con amargura y pasarse rápidamente, diciendo: «Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea (Lc. XII)»; no sin causa merece oír: «Necio, esta noche te pedirán tu alma; y lo que has preparado, ¿de quién será?» (Ibid.) Este, por tanto, no es destruido de día, sino de noche, como los primogénitos de los egipcios. Ciertamente, quien no despreció a Egipto, sino que ofreció obediencia a los príncipes de las tinieblas, quienes también reclaman su alma de noche, porque odió la luz y no alcanzó la verdad de la justicia.

CAPÍTULO XV. En la epístola al obispo V. y sus canónigos, que trata sobre la contención de los cinco sentidos del cuerpo.

Quisquis per injunctae praedicationis officium ad pugnandum alios incitat, sed ipse non pugnat, illi similis est qui buccinae clangoribus obstrepit, sed congredi cominus non praesumit. Hic itaque non virilem generat sexum, dum sit pater ignavus. Quem profecto Salphaath ille signavit, qui non filium, sed quinque filias moriens dereliquit (Num. XXVII). Salphaath siquidem interpretatur umbra in ore ejus. Quisquis enim fortia praedicat, et enerviter vivit, ne turpis appareat, quasi sub foliis se honesti sermonis occultat; sub umbra se proprii sermonis abscondit, dum in campum certaminis per sui torporis ignaviam non procedit. Hic itaque, quantum ad se, non virilem, sed muliebrem sobolem, et hanc sub quinario numero generat, dum sequaces suos non ad robur spiritualis audaciae, sed ad otium educat ignobilis vitae. Quos utique dum non curat industria spiritualis pugnae imbuere, cogit exterioribus negotiis quasi quinque corporis sensibus deservire.

Caput XVI.

In epistola ad V. episcopum et suos canonicos; quae est de octo festivitatibus Veteris Testamenti.

Octo praecipuas solemnitates per unumquemque anni circulum in lege veteri Dominus instituisse legitur. Quae profecto festivitates et nobis sunt et illis pro temporum diversitate communes. Illorum quippe sunt per carnalis observantiae ritum; nostrae quoque nihilominus sunt per spiritualis intelligentiae sacramentum.

Prima siquidem eorum festivitas est juge sacrificium, quod utique per continuos dies matutinis ac vespertinis horis jubetur offerri (Num. XXVIII). Ille nimirum jugis sacrificii solemnitatem Domino celebrat, qui in coelestis eloquii meditationibus assidue perseverat. Et quia mane lucis nostrae lex est et prophetae; vesperum autem lucis hujus, quantum ad ordinem temporum, Evangelium est; sicut dicit Apostolus: «Nos, in quos fines saeculorum devenerunt (I Cor. X);» et ipse David: «Elevatio manuum mearum, sacrificium vespertinum (Psal. CXL).» Matutinum semper et vespertinum offert Domino sacrificium qui, semetipsum a saecularibus negotiis mactans, versatur assidue in novarum ac veterum meditationibus Scripturarum. Sive matutinum ac vespertinum Domino sacrificium jugiter immolamus, cum et dignas ei gratiarum actiones de nostra redemptione referimus, ejusque terribile judicium formidantes, jam quasi tribunalibus praesidenti trementes astamus.

Quienquiera que, por el oficio de la predicación que le ha sido encomendado, incita a otros a luchar, pero él mismo no lucha, es semejante a aquel que hace estrépito con los clangores de la trompeta, pero no se atreve a entrar en combate cuerpo a cuerpo. Este, por tanto, no engendra el sexo viril, pues es un padre cobarde. A este ciertamente lo significó aquel Salfaath, quien al morir no dejó un hijo, sino cinco hijas (Núm. 27). Pues Salfaath se interpreta como *sombra en su boca*. Porque quienquiera que predica cosas fuertes y vive débilmente, para no parecer vil, se oculta como bajo las hojas de un discurso honesto; se esconde bajo la sombra de su propio discurso, ya que no avanza al campo de batalla por la cobardía de su propio letargo. Este, por tanto, en lo que a él respecta, no engendra una prole viril, sino femenina, y esta en número de cinco, ya que educa a sus seguidores no para la fortaleza de la audacia espiritual, sino para el ocio de una vida innoble. Y como no se cuida de imbuirlos en la diligencia del combate espiritual, los obliga a servir a los asuntos exteriores, como si fueran los cinco sentidos del cuerpo.

CAPÍTULO XVI. En la epístola al obispo V. y sus canónigos; que trata sobre las ocho festividades del Antiguo Testamento.

Se lee que el Señor instituyó ocho solemnidades principales a lo largo de cada ciclo del año en la ley antigua. Estas festividades, en verdad, son comunes a nosotros y a ellos, según la diversidad de los tiempos. Pues son de ellos por el rito de la observancia carnal; pero no menos son nuestras por el sacramento de la inteligencia espiritual.

La primera de sus festividades es, ciertamente, el sacrificio perpetuo, que se manda ofrecer en días continuos a las horas matutinas y vespertinas (Núm. 28). Aquel, sin duda, celebra la solemnidad del sacrificio perpetuo al Señor que persevera asiduamente en las meditaciones de la palabra celestial. Y porque la mañana de nuestra luz es la ley y los profetas; pero el atardecer de esta luz, en cuanto al orden de los tiempos, es el Evangelio; como dice el Apóstol: «Nosotros, a quienes han llegado los confines de los siglos (1 Cor. 10)»; y el mismo David: «La elevación de mis manos, como sacrificio vespertino (Sal. 140)». Ofrece siempre al Señor un sacrificio matutino y vespertino quien, sacrificándose a sí mismo de los negocios seculares, se ocupa asiduamente en las meditaciones de las nuevas y antiguas Escrituras. O bien, inmolamos continuamente al Señor un sacrificio matutino y vespertino cuando le damos dignas acciones de gracias por nuestra redención y, temiendo su terrible juicio, ya nos presentamos temblando como ante sus tribunales.

Post juge vero sacrificium, Sabbatum ponitur, videlicet ut ab omni operis servilis exsecutione vacetur. Christiano vero spirituale sabbatum agere est a laboriosa rerum temporalium cupiditate quiescere, solis orationum ac lectionum studiis insudare, saecularium negotiorum pondus de mentis cervice projicere, ad contemplanda coelestia tota cordis intentione vacare, carnis oblectamenta contemnere, de sola spe coelestium spirituali jucunditate gaudere. De hoc enim dicit Apostolus: «Relinquitur ergo sabbatismus populo Dei (Hebr. IV).» Ille porro sabbatum Domini veraciter celebrat, qui sic ab his quae mundi sunt operibus vacat, ut a spiritualibus tamen actibus non quiescat. Unde Veritas ait: «Aut non legistis quia sacerdotes in templo sabbatum violant et sine crimine sunt?» (Matth. XII.) Qui ergo ab actionum saecularium laboribus cessat, et divinae servitutis operibus vacat, ille Christianae religionis sabbatum celebrat, iste non servile opus facit, quia se a peccati perpetratione custodit. «Qui enim facit peccatum, servus est peccati (Joan. VIII).» Iste non in domo sua ignem accendit, quia omnes vitiorum fomites, et irae et simultatis igniculos ex domicilio suae mentis exstinguit, ab illo cavens igne de quo scriptum est: «Ite in lumine ignis vestri et in flamma quam accendistis (Isai. L).» Hic denique pondus in via non portat, quoniam incurvantium se iniquitatum ruderibus cor per poenitentiam levigat. De quibus per Prophetam dicitur: «Quoniam iniquitates meae superposuerunt caput meum, et sicut 136 onus grave gravatae sunt super me (Psal. XXXVII).» Et paulo post: «Incurvatus sum et humiliatus sum usquequaque (Ibid.).» Iste praeterea, in loco suo residens, longius non procedit, quia Christum sibi fundamentum ponit, in quo scilicet firmissimum suae quietis habitaculum construit. Ipse quippe locus est, de quo scriptum est: «Filii servorum tuorum habitabunt ibi (Psal. CI).» Ipse fundamentum, de quo dicitur quia fundamentum aliud nemo potest ponere praeter id quod positum est, Christum Jesum (I Cor. III).»

Tertia vero festivitas est Neomeniae, id est novae lunae. Tunc autem innovari luna dicitur cum soli conjungitur, ut ab eo ad concipiendum splendorem velut amissi luminis reparetur. «Sol justitiae Christus.» Luna autem primo sancta universalis Ecclesia, deinde quaeque fidelis est anima, ejus, qui splendor est gloriae et figura substantiae (Hebr. I), radiis illustrata. Cum ergo sancta quaelibet anima Redemptori suo veraciter in amore conjungitur, cum ei denique velut in sponsali thalamo per oblectationis intimae glutinum copulatur, tunc procul dubio solemnitatem Neomeniae celebrat, dum reformatam se a superno lumine fratrum suorum aspectibus repraesentat, sicut dicit Apostolus: «Qui adhaeret Domino, unus spiritus est (I Cor. VI).» Nam si in his omnibus solum exterior ille solemnitatum ritus accipitur, non jam ex his utilitatis aliquid nobis videtur posse conferri, sed superstitiosa potius exigent ac frivola judicari.

Después del sacrificio perpetuo, se sitúa el Sábado, es decir, para que se descanse de toda ejecución de obra servil. Para un cristiano, sin embargo, guardar un sábado espiritual es descansar de la laboriosa codicia de las cosas temporales, esforzarse únicamente en los estudios de las oraciones y las lecturas, arrojar el peso de los negocios seculares del cuello de la mente, dedicarse con toda la intención del corazón a la contemplación de las cosas celestiales, despreciar los deleites de la carne, gozar con alegría espiritual solo en la esperanza de las cosas celestiales. Pues de esto dice el Apóstol: «Queda, por tanto, un reposo sabático para el pueblo de Dios (Heb. 4)». Aquel, además, celebra verdaderamente el sábado del Señor que descansa de las obras que son del mundo, de tal manera que, sin embargo, no descansa de los actos espirituales. De donde dice la Verdad: «¿O no habéis leído que los sacerdotes en el templo profanan el sábado y están sin culpa?» (Mat. 12). Quien, por tanto, cesa de los trabajos de las acciones seculares y se ocupa en las obras del servicio divino, ese celebra el sábado de la religión cristiana; este no hace obra servil, porque se guarda de la perpetración del pecado. «Porque el que comete pecado, esclavo es del pecado (Juan 8)». Este no enciende fuego en su casa, porque extingue toda la yesca de los vicios y las chispas de la ira y la enemistad de la morada de su mente, guardándose de aquel fuego del que está escrito: «Andad a la luz de vuestro fuego y de la llama que habéis encendido (Is. 50)». Este, finalmente, no lleva peso en el camino, porque aligera su corazón por la penitencia de los escombros de las iniquidades que lo agobian. De las cuales se dice por el Profeta: «Porque mis iniquidades han sobrepasado mi cabeza, y como carga pesada se han agravado sobre mí (Sal. 37)». Y poco después: «Me he encorvado y me he humillado hasta el extremo (Ibíd.)». Este, además, residiendo en su lugar, no avanza más, porque pone a Cristo como fundamento para sí, en quien, ciertamente, construye una morada firmísima para su descanso. Él mismo es el lugar del que está escrito: «Los hijos de tus siervos habitarán allí (Sal. 101)». Él es el fundamento del que se dice que «nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Cristo Jesús (1 Cor. 3)».

Pero la tercera festividad es la de la Neomenia, es decir, de la luna nueva. Se dice entonces que la luna se renueva cuando se une al sol, para ser reparada por él para concebir un esplendor como de una luz perdida. «El sol de justicia es Cristo». La luna, por su parte, es primero la santa Iglesia universal, y luego cada alma fiel, iluminada por los rayos de aquel que es el esplendor de la gloria y la figura de su sustancia (Heb. 1). Por lo tanto, cuando cualquier alma santa se une verdaderamente en amor a su Redentor, cuando finalmente se acopla a él como en un tálamo nupcial por el pegamento de un deleite íntimo, entonces sin duda celebra la solemnidad de la Neomenia, al presentarse reformada por la luz celestial a la mirada de sus hermanos, como dice el Apóstol: «El que se une al Señor, es un solo espíritu (1 Cor. 6)». Pues si en todas estas cosas solo se acepta aquel rito externo de las solemnidades, parece que ninguna utilidad puede conferírsenos de ellas, sino que más bien deben ser juzgadas como supersticiosas y frívolas.

Hinc est quod Apostolus ait: «Nemo dijudicet vos in cibo aut potu, aut in parte diei festi, aut Neomenia, aut in Sabbato, quae sunt umbra futurorum (Col. II).» Quod ergo tunc erat umbra futurorum Judaeo, nunc est exhibitio praesentium Christiano; et quod illis datum est sub exterioribus caeremoniis, nobis factum est instrumentum intelligentiae spiritualis. Tunc enim Neomeniam, hoc est novae lunae colimus ortum, cum veterem deponimus hominem, et sanctae conversationis induimus novitatem.

Quarto loco paschalis apud illos festivitas ponitur, in qua nunc apud nos «Agnus ille qui tollit peccata mundi (Joan. I),» pro totius saeculi salute mactatur. Nam «pascha nostrum immolatus est Christus (I Cor. V).» Huic continuatur festivitas, quae dicitur Azymorum, in qua praecipitur ut a cunctis domibus abjiciatur omne fermentum; quam utique festivitatem, quae videlicet una cum Pascha dicenda est, nos veraciter celebramus, si fermentum malitiae et nequitiae de tabernaculo nostri cordis abjicimus, et sinceritatis ac veritatis azyma custodimus (Ibid.). Cavendum est ergo ne sit in mentibus nostris adumbratio fuci, corruptela fermenti, caverna mendacii, sed potius in domo nostri pectoris vigeat et puritatis integritas et soliditas veritatis.

Post hanc, illa festivitas sequitur quae dicitur Novorum, cum primitiae scilicet de novis frugibus offeruntur. Dum enim ad maturitatem segetum pervenitur, tunc, in perfectione bonorum fructuum, auctori bonorum Deo festivitas agitur. Nos quoque Novorum solemnia gerimus, si, prius agrum nostri cordis disciplinae vomere proscindentes, virtutum germina spargimus, ut boni postmodum operis frumenta metamus. Unde per prophetam dicitur: «Novate vobis novale, et nolite serere spicas (Jer. IV).» De bono scilicet agricola Salomon ait: «Qui operatur terram suam, inaltabit acervum frugum, et qui operatur justitiam, ipse exaltabitur (Eccli. XX).» De negligenti quoque operario idem dicit: «Per agrum hominis pigri transivi, et per vineam viri stulti, et ecce totum repleverunt urticae; operuerunt superficiem ejus spinae, et maceria lapidum destructa erat (Prov. XXIV).» Et iterum: «Praepara, inquit, foris opus tuum, et diligenter exerce agrum tuum, ut postea aedifices domum tuam (Ibid.).»

De ahí que el Apóstol diga: «Nadie, pues, os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o sábados, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir (Col. 2)». Por lo tanto, lo que entonces era sombra de lo venidero para el judío, ahora es exhibición de lo presente para el cristiano; y lo que a ellos se les dio bajo ceremonias externas, para nosotros se ha convertido en instrumento de inteligencia espiritual. Pues entonces celebramos la Neomenia, es decir, el nacimiento de la luna nueva, cuando nos despojamos del hombre viejo y nos revestimos de la novedad de una vida santa.

En cuarto lugar, entre ellos se sitúa la festividad pascual, en la cual ahora entre nosotros «aquel Cordero que quita los pecados del mundo (Juan 1)», es inmolado para la salvación de todo el mundo. Pues «nuestra pascua, que es Cristo, ya ha sido sacrificada (1 Cor. 5)». A esta se une la festividad que se llama de los Ázimos, en la que se ordena que toda levadura sea arrojada de todas las casas; festividad que, ciertamente, que debe ser mencionada junto con la Pascua, celebramos verdaderamente si arrojamos la levadura de la malicia y la maldad del tabernáculo de nuestro corazón, y guardamos los ázimos de la sinceridad y la verdad (Ibíd.). Hay que tener cuidado, por tanto, de que no haya en nuestras mentes una sombra de engaño, la corrupción de la levadura, una caverna de mentira, sino que más bien florezca en la casa de nuestro pecho la integridad de la pureza y la solidez de la verdad.

Después de esta, sigue aquella festividad que se llama de las Primicias, cuando, es decir, se ofrecen las primicias de los nuevos frutos. Pues cuando se llega a la madurez de las cosechas, entonces, en la perfección de los buenos frutos, se celebra una festividad a Dios, autor de los bienes. Nosotros también celebramos las solemnidades de las Primicias si, primero surcando el campo de nuestro corazón con el arado de la disciplina, esparcimos las semillas de las virtudes, para que después cosechemos el trigo de la buena obra. De donde se dice por el profeta: «Roturad para vosotros un campo nuevo, y no sembréis entre espinos (Jer. 4)». Del buen agricultor, dice Salomón: «El que labra su tierra, levantará un gran montón de frutos, y el que obra la justicia, él mismo será exaltado (Ecli. 20)». Del obrero negligente, el mismo dice también: «Pasé por el campo del hombre perezoso, y por la viña del hombre necio, y he aquí que todo lo habían llenado las ortigas; las espinas habían cubierto su superficie, y la cerca de piedras estaba destruida (Prov. 24)». Y de nuevo: «Prepara», dice, «tu obra afuera, y cultiva diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa (Ibíd.)».

Sed quisquis interiorem hominem suum de die in diem, secundum Apostoli sententiam, renovat, quisquis cor suum divini terroris ligonibus sulcat, iste non super spinas, sed super novalia seminat, ut centesimi proventus segetem metat. Unde dicit Apostolus: «Quia qui seminat in spiritu, de spiritu metet vitam aeternam (Gal. VI).» Qui vero fructus et in hac vita de spiritu colliguntur, idem alibi diligenter enumerat, dicens: «Fructus autem Spiritus est charitas, gaudium, pax, patientia, longanimitas, bonitas, benignitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas (Gal. V).» Quisquis igitur hos fructus intra suae mentis horreum colligit, hic procul dubio solemnitatem Novorum salubriter colit.

Deinde sequitur festivitas mensis septimi, quae dicitur Clangoris, sive Tubarum. Sic enim inter dies septimus quisque dicitur Sabbatum; ita nihilominus et inter menses, qui septimus est, dicitur Sabbatum mensium, ut etiam Sabbatum sabbatorum. Quis est autem clangor ille tubarum, cui debeamus annua festa persolvere, nisi evangelica simul et apostolica doctrina, quae, tanquam coeleste tonitruum ac terribilis buccina, nos ad procinctum spiritualis militiae provocat, atque ut pro castris Imperatoris aeterni contra nequitiae spiritus infoederabiliter dimicemus instigat? Quis est ergo qui tubarum sive clangoris festum legitime celebret, nisi qui Scripturas Veteris ac Novi Testamenti studet in armario suae mentis includere, ac praecepta coelestia tenaci semper memoriae commendare? Haec itaque festa celebrantibus rite per Prophetam dicitur: «Canite initio mensis tuba, in die insigni solemnitatis vestrae (Psal. LXXX).»

Post hanc est et illa festivitas quae celebratur decima die mensis septimi, in qua videlicet animas suas Judaei praecipiuntur affligere. Nos etiam hanc rite solemnitatem colimus, cum carnem nostram maceratione castigamus inediae, cum nosmetipsos reprimimus sub arctae custodia disciplinae, cum denique petulantes carnalium passionum illecebras crucifigimus, cum corpus nostrum pro Domino laboribus et aerumnis atterimus, cum interiorem hominem per compunctionis ac fletuum lamenta mactamus. Hanc igitur nobis hoc modo festivitatem celebrantibus repropitiatur ille quem proposuit Deus propitiatorem per fidem in sanguine suo.

Octava vero, quae et ultima solemnitas est, dicitur Scenopegia, hoc est tabernaculorum, quae videlicet quinto decimo die ejusdem septimi mensis incipit celebrari. Laetatur enim Deus in te, cum te qua si peregrinum cernit et exsulem, et non in patriae domibus, sed in exsilii tabernaculis conspicit habitantem. «Non enim hic habemus 138 manentem civitatem, sed futuram inquirimus (Hebr. XIII).»

Pero quienquiera que renueva su hombre interior de día en día, según la sentencia del Apóstol, quienquiera que surca su corazón con los azadones del terror divino, este no siembra sobre espinas, sino sobre tierras nuevas, para cosechar una mies de céntuplo rendimiento. De donde dice el Apóstol: «Porque el que siembra en el espíritu, del espíritu segará vida eterna (Gál. 6)». Qué frutos se recogen en esta vida del espíritu, el mismo enumera diligentemente en otro lugar, diciendo: «Mas el fruto del Espíritu es caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad (Gál. 5)». Quienquiera, por tanto, que recoge estos frutos dentro del granero de su mente, este sin duda celebra saludablemente la solemnidad de las Primicias.

Luego sigue la festividad del séptimo mes, que se llama del Clamor, o de las Trompetas. Pues así como entre los días el séptimo se llama Sábado; así no menos entre los meses, el que es séptimo se llama Sábado de los meses, e incluso Sábado de los sábados. ¿Pero qué es ese clamor de trompetas, al que debemos rendir fiestas anuales, sino la doctrina evangélica y apostólica, que, como un trueno celestial y una trompeta terrible, nos llama a la preparación de la milicia espiritual, y nos insta a que luchemos sin tregua por los campamentos del Emperador eterno contra los espíritus de la maldad? ¿Quién es, por tanto, el que celebra legítimamente la fiesta de las trompetas o del clamor, sino el que se esfuerza por encerrar las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento en el arsenal de su mente, y por encomendar siempre los preceptos celestiales a una memoria tenaz? Así, a los que celebran debidamente estas fiestas se les dice por el Profeta: «Tocad la trompeta en la luna nueva, en el día señalado de vuestra solemnidad (Sal. 80)».

Después de esta está también aquella festividad que se celebra el décimo día del séptimo mes, en la cual se manda a los judíos que aflijan sus almas. Nosotros también celebramos debidamente esta solemnidad, cuando castigamos nuestra carne con la maceración del ayuno, cuando nos reprimimos bajo la estricta custodia de la disciplina, cuando, finalmente, crucificamos las insolentes seducciones de las pasiones carnales, cuando desgastamos nuestro cuerpo por el Señor con trabajos y penalidades, cuando inmolamos al hombre interior por los lamentos de la compunción y las lágrimas. Por lo tanto, al celebrar nosotros esta festividad de este modo, se nos vuelve propicio aquel a quien Dios propuso como propiciador por la fe en su sangre.

La octava, que es también la última solemnidad, se llama *Scenopegia*, esto es, de los tabernáculos, la cual, ciertamente, comienza a celebrarse el decimoquinto día del mismo séptimo mes. Pues Dios se alegra en ti, cuando te ve como peregrino y exiliado, y te contempla habitando no en las casas de tu patria, sino en los tabernáculos del exilio. «Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Heb. 13)».

Cum enim hic cernimur per molem corporis, habitamus in coelo per studium intentionis; cum, tanquam viatores quidam et advenae, per despectum mentis praesentia cuncta transcurrimus, ad supernam vero patriam anxiis desideriorum gradibus festinamus, tunc a nobis spiritualiter Scenopegia colitur, quae dudum apud illos per legitimi ritus caeremonias carnaliter agebatur. Haec porro festivitas quintodecimo die septimi mensis incipit, et, quia per octo dies colitur, decimo Kalendarum Octobris procul dubio terminatur. Dicitur enim in libro Numeri: «Quinta decima die mensis septimi, quae vobis erit sancta et venerabilis, omne opus servile non facietis in ea, sed celebrabitis solemnitatem Domino septem diebus (Num. XXIX).» Et aliquanto post subjicit: «Die octavo, qui est celeberrimus, omne opus servile non facietis in eo (Ibid.).»

Caput XVII.

In epistola ad V. episcopum et ejus canonicos, de quinque sensibus corporis.

«Armate, inquit Moyses, ex vobis viros ad pugnam, qui possint ultionem Domini expetere de Madianitis. Cumque pugnassent contra Madianitas, ut sacra narrat historia, atque vicissent, omnes mares occiderunt et reges eorum, Evi, et Recem, et Sur, et Bur, et Rebe, quinque principes gentis (Num. XXXI)» Evi, plane belluinus sive ferinus interpretatur. Hunc itaque regem in nobis spirituali mucrone transfigimus, cum ferinos a nobis mores abscindimus, cum bestialis iracundiae rabiem a nostro pectore detruncamus. Nam cum Dominus dicat: «Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram (Matth. V),» quomodo poteris mansuetorum obtinere beatitudinem, nisi belluini spiritus in te cohibeas feritatem? Recem vero, sive, sicut in veteri translatione dicitur, Rocon, interpretatur inanitas. Et quid est aliud quidquid in mundo pro mundi concupiscentia geritur, nisi quod Scriptura loquitur: «Vanitas vanitatum, et omnia vanitas?» (Eccle. I). Vanitas siquidem efficit vanitates et ipsae vanitates faciunt vanitatem, dum et mundus, qui transitorius est, homines, quos decipit, vanos efficiat, et homines mundum, quem insane diligunt, in vanitatem vertant. Hunc ergo regem Dei miles perimit, verus Israelita concidit, si nil superflue, nil inaniter, vel quod ad rem non pertinet, gerat, sed graviter et rationabiliter divinae legis implere mandata contendat. Tertius autem Madianitarum rex, Sur dicitur; quod profecto muzus sive robustus, vel etiam angustia interpretatur.

Pues mientras aquí somos vistos por la mole del cuerpo, habitamos en el cielo por el afán de la intención; cuando, como ciertos viajeros y advenedizos, recorremos todas las cosas presentes con desprecio de la mente, pero nos apresuramos a la patria celestial con ansiosos pasos de deseo, entonces es celebrada por nosotros espiritualmente la Scenopegia, que antiguamente entre ellos se realizaba carnalmente por las ceremonias del rito legal. Además, esta festividad comienza el decimoquinto día del séptimo mes y, como se celebra durante ocho días, termina sin duda el décimo día antes de las calendas de octubre. Pues se dice en el libro de los Números: «El día decimoquinto del mes séptimo, que será para vosotros santo y venerable, no haréis en él ninguna obra servil, sino que celebraréis una solemnidad al Señor durante siete días (Núm. 29)». Y un poco después añade: «El día octavo, que es celebérrimo, no haréis en él ninguna obra servil (Ibíd.)».

Capítulo XVII.

En una epístola al obispo V. y sus canónigos, sobre los cinco sentidos del cuerpo.

«Armaos, dice Moisés, de entre vosotros hombres para la batalla, que puedan buscar la venganza del Señor sobre los madianitas. Y habiendo luchado contra los madianitas, como narra la sagrada historia, y habiendo vencido, mataron a todos los varones y a sus reyes, Evi, y Requem, y Zur, y Hur, y Reba, los cinco príncipes de la nación (Núm. XXXI)». Evi, ciertamente, se interpreta como *bestial* o *ferino*. Así pues, a este rey lo atravesamos en nosotros con espada espiritual cuando arrancamos de nosotros las costumbres ferinas, cuando cercenamos de nuestro pecho la rabia de la ira bestial. Pues, diciendo el Señor: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra (Mt. V)», ¿cómo podrás obtener la bienaventuranza de los mansos, si no refrenas en ti la ferocidad del espíritu bestial? Requem, en cambio, o, como se dice en la antigua traducción, Rocón, se interpreta como *vacuidad*. ¿Y qué otra cosa es todo lo que se hace en el mundo por la concupiscencia del mundo, sino lo que dice la Escritura: «Vanidad de vanidades, y todo es vanidad»? (Ecl. I). Pues la vanidad, en efecto, produce vanidades, y esas mismas vanidades hacen la vanidad, mientras que tanto el mundo, que es transitorio, hace vanos a los hombres a quienes engaña, como los hombres convierten en vanidad al mundo, que aman locamente. Por tanto, a este rey lo aniquila el soldado de Dios, lo abate el verdadero israelita, si no hace nada superfluo, nada vanamente, o que no pertenezca al asunto, sino que se esfuerza por cumplir los mandatos de la ley divina con seriedad y racionalmente. El tercer rey de los madianitas, por su parte, se llama Zur; lo que ciertamente se interpreta como *muro* o *robusto*, o también *angustia*.

Quid vere per murum sive robustum, nisi durae mentis obstinatio vel pervicacia debet intelligi? Quod vero et angustia interpretari dicitur, neque hoc longius a vitio duritiae separatur, quoniam quisquis ad dimittenda proximo debita durus et obstinatus est, angustia constringitur mentis, dum nulla dilatatur amplitudine charitatis. De qua nimirum charitate per Prophetam dicitur: «Latum mandatum tuum nimis (Psal. XI).» Sive etiam hoc valeat intelligi, quia duritiam mentis sequitur angustia damnationis. Unde per 139 Salomonen dicitur: «Beatus vir qui semper est pavidus; qui autem mentis est durae, corruet in malum (Prov. XXVIII).»

Quartus praeterea Madianitarum rex Bur dicitur, quod irritatio interpretatur. Vides ergo quia nomina regum umbrae sunt et imagines vitiorum. Qui enim onera gravia per portas suas inferunt, profecto forinsecus obstrepentia, per sensuum suorum aditus, in pectorum suorum arcana transfundunt, Deum indubitanter irritant, quem videlicet his ad inferendam ultionis sententiam provocant. Unde scriptum est: «Simulatores et callidi provocant iram Dei (Job XXXVI).» Et de quibus saepe ad Ezechielem dicitur: «Quia domus exasperans est (Ezech. II);» et Psalmista: «Ut quid, Deus, improperavit inimicus, irritat adversarius nomen tuum in finem?» (Psal. LXXIII.) Rebe vero, qui ordinatus dicitur, non aliter hic procedit, nisi ut per ironiam vel antiphrasim dictum intelligatur quatenus, qui ordinatus dicitur, e contrario inordinatus sit et confusus. Vitiosus enim quisque, etsi superficie tenus quasi recte vivendi praetendat ordinem, confusae tamen et inordinatae cogitationis versat in corde caliginem. Per quinque ergo reges Madianitarum, quinque signantur corporis sensus; quia omne vitium quod regnat in corpore, ab istis quinque sensibus corporis pendet. Ii ergo tunc a nobis exstinguendi sunt et gladiis obtruncandi, cum adversum nos in bellum consurgunt, cum nos scandalizare non desinunt. An non istos reges exstingui et spiritus mucrone occidi praecipit Dominus, cum scandalizantem oculum erui, cum manum vel pedem jubet abscindi? «Melius est, inquit, cum uno oculo, vel debilem ad vitam ingredi, quam duos oculos, pedes ac manus habentem in inferna demergi (Matth. V).» Ii plane sunt reges Madianitarum; Madian autem interpretatur de judicio. Quicunque enim reges spiritu non reguntur, sed sensibus carnis obediunt, non ad misericordiam sed ad judicium se pertinere testantur, sicut de quolibet incredulo dicitur: «Qui autem non credit, jam judicatus est (Joan. III).» At contra de eo qui verbum Salvatoris audit, dicitur: «Quia in judicium non venit, sed transit de morte in vitam (Joan. V).» Illud potius unicuique studendum est ut se in operibus sanctis exerceat, ut sese in omnibus purificare ac sanctificare contendat.

¿Qué, en verdad, debe entenderse por 'muro' o 'robusto', sino la obstinación o la terquedad de una mente dura? Y que se diga que también se interpreta como 'angustia' no se aleja mucho del vicio de la dureza, puesto que quienquiera que es duro y obstinado para perdonar las deudas a su prójimo, se ve constreñido por la estrechez de mente, mientras no se dilata por ninguna amplitud de caridad. De esta caridad, ciertamente, se dice por el Profeta: «Ancho en extremo es tu mandato (Sal. XI)». O también puede entenderse así, que a la dureza de la mente sigue la angustia de la condenación. De donde se dice por Salomón: «Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso; pero el que es de mente dura, caerá en el mal (Prov. XXVIII)».

Además, el cuarto rey de los madianitas se llama Hur, que se interpreta como *irritación*. Ves, por tanto, que los nombres de los reyes son sombras e imágenes de los vicios. Pues quienes introducen cargas pesadas por sus puertas, ciertamente clamorosas desde fuera, las trasvasan por las entradas de sus sentidos a los secretos de sus corazones, sin duda irritan a Dios, a quien evidentemente provocan con estas cosas a infligir la sentencia de venganza. De donde está escrito: «Los simuladores y los astutos provocan la ira de Dios (Job XXXVI)». Y de quienes a menudo se dice a Ezequiel: «Porque es una casa rebelde (Ez. II)»; y el Salmista: «¿Por qué, oh Dios, ha vituperado el enemigo, provoca el adversario tu nombre hasta el fin?» (Sal. LXXIII). Reba, en cambio, que se dice *ordenado*, no procede aquí de otra manera sino para que se entienda dicho por ironía o antífrasis, de modo que quien se dice ordenado es, por el contrario, desordenado y confuso. Pues toda persona viciosa, aunque en la superficie finja tener un orden de vida recta, sin embargo, revuelve en su corazón la oscuridad de un pensamiento confuso y desordenado. Por los cinco reyes de los madianitas, por tanto, se significan los cinco sentidos del cuerpo; porque todo vicio que reina en el cuerpo depende de estos cinco sentidos del cuerpo. Ellos, por tanto, deben ser entonces extinguidos por nosotros y cercenados con espadas, cuando se levantan en guerra contra nosotros, cuando no cesan de escandalizarnos. ¿Acaso no manda el Señor que estos reyes sean extinguidos y muertos con la espada del espíritu, cuando ordena que se arranque el ojo que escandaliza, cuando manda que se corte la mano o el pie? «'Mejor es', dice, 'entrar en la vida con un solo ojo, o tullido, que teniendo dos ojos, pies y manos ser arrojado al infierno (Mt. V)'». Estos son claramente los reyes de los madianitas; y Madián se interpreta *del juicio*. Pues quienesquiera que no son regidos como reyes por el espíritu, sino que obedecen a los sentidos de la carne, testifican que no pertenecen a la misericordia sino al juicio, así como se dice de cualquier incrédulo: «Pero el que no cree, ya está juzgado (Jn. III)». Pero, por el contrario, de aquel que oye la palabra del Salvador, se dice: «Que no viene a juicio, sino que pasa de la muerte a la vida (Jn. V)». Más bien, cada uno debe esforzarse en ejercitarse en obras santas, en procurar purificarse y santificarse en todo.

Hoc tantummodo semetipsum insuggillare et dijudicare non desinat. Nam qui semetipsum perfecte dijudicat, judicium non exspectat. Perfecte autem semetipsum dijudicare est et reprehendenda non agere, et quae irreprehensibiliter acta sunt, timide retractare. Porro autem quisquis hoc agit, ille vere Madianitarum reges perimit, ille Amalecitarum principes sternit, et omnes a se vitiorum pestes excludit.

Hinc est quod eadem sacra testatur historia: «Quoniam egressi filii Israel venerunt ad Fontem judicii, hoc est, Cades: et interfecerunt omnes principes Amalec et Amorrhaeos, qui habitabant in Tharansem.» Cades autem sanctificatio interpretatur. In Cades ergo, qui Fons est judicii, Amalecitas simul et Amorrhaeos spiritualiter interficimus, cum et vitam nostram piis operibus sanctificare satagimus, et tamen ipsi nos tanquam nocentes ac reprehensibiles judicamus. Cum elaboramus semper irreprehensibiliter vivere, per sollicitudinem tamen districti examinis opera nostra non desistimus accusare. Et notandum quoniam et Fons judicii et Cades, qui sanctificatio dicitur, unus idemque locus est, quia nimirum justus quisque semetipsum, dum sancte vivit, accusat, et se dijudicando vel accusando magis magisque sanctificat. Hoc itaque modo vita sanctorum et in propriis cogitationibus reprehenditur, et tamen in operibus irreprehensibilis invenitur.

Caput XIX.

In epistola ad Hildebrandum.

«In quadraginta duabus mansionibus pervenerunt filii Israel, usque ad principium capiendae haereditatis (Num. XXXIII).» Principium vero capiendae haereditatis fuit ubi Ruben et Gad, et dimidia tribus Manasse, accipiunt terram Galaad in possessionem. Porro autem, sicut illi ascenderunt per quadraginta duas mansiones, ita Salvator noster in Aegyptum mundi hujus descendit per totidem patres. Quod si jam intelligimus quantum sacramenti numerus iste contineat, humanae scilicet ascensionis et divinae descensionis, incipiamus jam per ea quae descendit Christus ascendere, et primam eam nobis mansionem, quam ipse novissimam habuit, aedificare. Si quis enim ad nos per loca quaelibet veniat, ut mox rediens per loca nos eadem ducat ubi desinit ille, nos iter incipimus; et ubi ille coeperat, nos finimus. Prima scilicet generatio Christi coepit ab Abraham; ultima vero velut postrema mansio terminavit in Virginem.

Solamente que no cese de acusarse y juzgarse a sí mismo en esto. Pues quien se juzga a sí mismo perfectamente, no espera el juicio. Pero juzgarse a sí mismo perfectamente es tanto no hacer cosas reprensibles, como retractar tímidamente aquellas cosas que se han hecho irreprensiblemente. Además, quienquiera que hace esto, él verdaderamente aniquila a los reyes de los madianitas, derriba a los príncipes de los amalecitas y excluye de sí todas las plagas de los vicios.

De aquí que la misma sagrada historia testifique: «Puesto que los hijos de Israel, habiendo salido, llegaron a la Fuente del juicio, esto es, Cades; y mataron a todos los príncipes de Amalec y a los amorreos, que habitaban en Tharansem». Cades, por su parte, se interpreta como 'santificación' (sanctificatio). Así pues, en Cades, que es la Fuente del juicio, matamos espiritualmente a la vez a los amalecitas y a los amorreos, cuando nos esforzamos por santificar nuestra vida con obras pías y, sin embargo, nos juzgamos a nosotros mismos como culpables y reprensibles. Aunque nos esforcemos por vivir siempre de modo irreprensible, no por ello dejamos de acusar nuestras obras mediante el cuidado de un examen estricto. Y ha de notarse que la Fuente del juicio y Cades, que se llama 'santificación', son un único y mismo lugar, porque, ciertamente, toda persona justa se acusa a sí misma mientras vive santamente, y al juzgarse o acusarse se santifica más y más. De este modo, por tanto, la vida de los santos es reprendida en sus propios pensamientos y, no obstante, se halla irreprensible en sus obras.

Capítulo XIX.

En la epístola a Hildebrando.

«En cuarenta y dos estaciones llegaron los hijos de Israel, hasta el principio de la toma de su heredad (Núm. 33)». El principio de la toma de su heredad fue donde Rubén y Gad, y la media tribu de Manasés, recibieron la tierra de Galaad en posesión. Además, así como ellos ascendieron a través de cuarenta y dos estaciones, así nuestro Salvador descendió al Egipto de este mundo a través de otros tantos padres. Y si ya entendemos cuánto misterio contiene este número, a saber, el de la ascensión humana y la descensión divina, comencemos ya a ascender por aquello por lo que Cristo descendió, y a edificar para nosotros aquella primera estación, que él tuvo por última. Pues si alguien viniera a nosotros a través de cualesquiera lugares, para que, volviendo pronto, nos condujera por los mismos lugares, donde él termina, nosotros comenzamos el viaje; y donde él había comenzado, nosotros terminamos. Es decir, la primera generación de Cristo comenzó en Abrahán; la última, en cambio, como postrera estación, terminó en la Virgen.

Et quoniam Abraham interpretatur pater excelsus, nos hoc iter incipimus a Virginis partu, ut, peragrantes sequentia deinceps mansionum loca, postremo ad Deum, Patrem videlicet perveniamus excelsum. Partus ergo Virginis nobis ex Aegypto exire volentibus in primis occurrit, cum, Verbum Dei carnem factum in hunc mundum venisse credentes, relictis omnibus caducis et transitoriis, in illo loco requiescimus, in illo nostrae quietis et spei habitaculum collocamus. Post haec jam si perficere, et ad singulos quosque fidei et virtutum gradus ascendere nitimur, tandiu debemus immorari, donec valeant virtutes in consuetudinem verti. Et tunc non quasi transcurrere spiritualis vitae deserta conspicimur, sed mansiones facere, vel etiam habitare in ipsis virtutum profectibus judicamur. Nam qui bonum opus non perseveraturus incipit, quasi viam properando transcurrit; qui vero in ea quam semel arripuit permanet sanctitate, ibi quodammodo aedificat mansionem. Et notandum quia, cum ire et manere, ac, per hoc, iter et mansio a se sint penitus dissona, nec sibimet invicem congruant, utrumque tamen in illo Israelitico procinctu convenisse Scriptura confirmat, ut illi per desertum et iter habuisse dicantur, et mansiones; quia nimirum nos, qui terram viventium intrare contendimus, et manere debemus per fixum professionis nostrae propositum, et ire semper per meliorandae conversationis et cumulandi profectus augmentum.

In primis ergo proficiscuntur filii Israel de Ramese. Ramese, sicut nonnullis videtur, in nostra lingua commotio turbida vel commotio tineae dicitur. In quo datur intelligi quod omnia quae mundi sunt, in commotionibus et perturbationibus constituta et corruptelae, quam tinea designat, probantur obnoxia. In quibus utique non oportet animam residere, sed incunctanter exire. Quidam vero Ramese interpretari commotionem vel tonitruum putaverunt. Quod utique nobis aptari non incongrue poterit, quia, dum ad praedicationem evangelicae tubae commoti fuerimus, velut ad tonitruum coelestium nubium excitati, ex Aegypto mundi hujus eximus. Exierunt autem illi mense primo, quinta decima luna, in ipso scilicet plenilunio ac veris exordio. Et nos, cum summae lucis radiis illustramur, cum in nobis bonae voluntatis flores erumpunt, cum omnia renovantur, cum prata denique nostrorum cordium superni solis fomite recalescunt, tunc ex Aegypti tenebris egredi festinamus.

Y como Abrahán se interpreta como 'padre excelso', nosotros comenzamos este viaje desde el parto de la Virgen, para que, recorriendo sucesivamente los lugares siguientes de las estaciones, lleguemos finalmente a Dios, es decir, al Padre excelso. Así pues, el parto de la Virgen es lo primero que se nos presenta a nosotros, que queremos salir de Egipto, ya que, creyendo que el Verbo de Dios hecho carne vino a este mundo, y habiendo dejado todas las cosas caducas y transitorias, descansamos en aquel lugar, en él colocamos la morada de nuestro descanso y esperanza. Después de esto, si nos esforzamos por perfeccionarnos y por ascender a todos y cada uno de los grados de la fe y de las virtudes, debemos detenernos tanto tiempo hasta que las virtudes puedan convertirse en hábito. Y entonces no se nos ve como si simplemente atravesáramos los desiertos de la vida espiritual, sino que se nos juzga que hacemos estaciones, o incluso que habitamos en los mismos progresos de las virtudes. Pues quien comienza una buena obra sin intención de perseverar, por así decirlo, atraviesa el camino apresuradamente; pero quien permanece en aquella santidad que una vez ha abrazado, allí, de algún modo, edifica una morada. Y ha de notarse que, aunque ir y permanecer, y, por esto, el viaje y la estación, son completamente distintos entre sí y no concuerdan mutuamente, la Escritura sin embargo confirma que ambos convinieron en aquella expedición israelita, de modo que se dice que ellos tuvieron tanto un viaje por el desierto como estaciones; porque, ciertamente, nosotros, que nos esforzamos por entrar en la tierra de los vivientes, debemos tanto permanecer por el propósito fijo de nuestra profesión, como ir siempre adelante por el aumento de una vida mejorada y de un progreso acumulado.

En primer lugar, pues, los hijos de Israel parten de Rameses. Rameses, como a algunos les parece, se dice en nuestra lengua 'conmoción turbulenta' o 'conmoción de polilla'. En esto se da a entender que todas las cosas que son del mundo están constituidas en conmociones y perturbaciones y se prueba que están sujetas a la corrupción, que la polilla designa. En estas cosas, ciertamente, el alma no debe residir, sino salir sin tardanza. Otros, en cambio, han pensado que Rameses se interpreta como 'conmoción' o 'trueno'. Esto, ciertamente, puede aplicarse a nosotros no incongruentemente, porque, cuando hemos sido conmovidos por la predicación de la trompeta evangélica, como si fuéramos despertados por el trueno de las nubes celestiales, salimos del Egipto de este mundo. Además, salieron en el primer mes, en el día decimoquinto de la luna, es decir, en el mismo plenilunio y comienzo de la primavera. Y nosotros, cuando somos iluminados por los rayos de la suma luz, cuando en nosotros brotan las flores de la buena voluntad, cuando todas las cosas se renuevan, cuando, finalmente, los prados de nuestros corazones se recalientan con el fuego del sol superno, entonces nos apresuramos a salir de las tinieblas de Egipto.

Secunda mansio fit in Sochot. Sochot autem interpretatur tabernacula. Primus igitur animae profectus est ut a terrenis se commotionibus dividat, sibique tanquam peregrinae et incolae non habitaculum figat, sed exsilii tabernaculum struat, lugens cum propheta: «Heu me! quia incolatus meus prolongatus est (Psal. XI).»

Deinde veniunt in Ethan, sive ut septuaginta interpretes dicunt, Buthan, quae est in extremis finibus solitudinis. Ethan, fortitudinem sonat. Qui ergo jam pro Deo peregrinantur in mundo, qui se incolas et exsules recognoscunt, necesse est ut quanto magis se praebent in terrenis actibus debiles, tanto sint in humilitate ac patientia fortiores. Buthan autem vallis interpretatur, quod ab eodem sensu nequaquam discrepat. Oportet enim ut quisquis ad terram viventium properat, ad perferenda tentationum jacula in humilitatis et patientiae convalle persistat.

Inde profecti sunt in Phiairoth, quae respicit Beelphegor, et castrametati sunt ante Magdalum. Phiairoth interpretari dicitur os nobilium, per quod exprimitur lingua doctorum. In convalle quippe patientiae constitutus, quo gravius vel persecutionum vel carnalium tentationum flagellis atteritur, eo magis necesse est ut ei ab ore nobilium, id est a sanctorum doctorum exhortationibus, succurratur. Si vero non Phiairoth, sed Osirath, proferendum est, ut alia testatur editio, sciendum est quod Irath vicus interpretatur. Ad os ergo, hoc est, ad primum vici hujus venitur ingressum; quod significat novae conversationis initium. Unde non ad urbem, sed ad vicum veniunt; quia necesse est ut novitii quique interim se intra suburbanae vitae cohibeant modum, nec praecipitanter adhuc audeant senatoriae perfectionis attentare fastigium. Unde bene dicitur quoniam Airoth respicit Beelsephon. Beelsephon siquidem interpretatur ascensio speculae sive turris. A parvis enim ad magna conscenditur. Non enim haec mansio fuit in ipsa specula, sed respiciebat speculam. Quia novitius quisque, etsi ad speculativam vitam jam per desiderium tendat, necdum tamen ad speculativae perfectionis culmen aspirat. Quamobrem illic apte subjungitur: «Et castrametati sunt ante Magdalum (Num. XXXIII).» Magdalus, magnificentia dicitur. Noviter enim quis ad Dei servitium veniens ascensionem speculae et magnificentiam jam quidem in conspectu suo per intentionem tenet, sed per effectum virtutis nondum possidet; quia, licet spe contemplationis et perfectionis jam pascatur et nutriatur, necdum tamen consummatae munditiae vel supernae gratiae nitore perfruitur. Ut, si Beelsephor interpretatur dominus aquilonis, sicut a quibusdam dicitur; quid per hunc aquilonis dominum, nisi antiquus hostis exprimitur, qui frigidis et ab amore Dei alienis cordibus principatur? Ante hunc ergo, id est contra hunc, castrametamur, cum adversus eum infoederabili dimicatione confligimus.

La segunda estación se hace en Sucot. Sucot, además, se interpreta como 'tiendas'. El primer progreso del alma, por tanto, es separarse de las conmociones terrenales y, como peregrina y forastera, no fijarse una morada, sino construir una tienda de exilio, lamentándose con el profeta: «¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado (Sal. 11)!»

Luego llegan a Etam, o como dicen los setenta intérpretes, Bután, que está en los confines extremos del desierto. Etam significa *fortaleza*. Por tanto, para quienes ya peregrinan por Dios en el mundo, quienes se reconocen como moradores y exiliados, es necesario que cuanto más se muestren débiles en los actos terrenos, tanto más fuertes sean en humildad y paciencia. Bután, por su parte, se interpreta como *valle*, lo cual de ninguna manera discrepa del mismo sentido. Pues es menester que quienquiera que se apresure hacia la tierra de los vivientes, persista en el valle de la humildad y la paciencia para soportar los dardos de las tentaciones.

De allí partieron hacia Fiairot, que mira hacia Beelfegor, y acamparon ante Magdalo. Fiairot se dice que se interpreta como *boca de los nobles*, por lo cual se expresa la lengua de los doctores. Ciertamente, constituido en el valle de la paciencia, cuanto más gravemente es atormentado por los azotes de las persecuciones o de las tentaciones carnales, tanto más necesario es que se le socorra por la boca de los nobles, es decir, por las exhortaciones de los santos doctores. Pero si no se ha de decir Fiairot, sino Osirat, como atestigua otra edición, ha de saberse que Irat se interpreta como *aldea*. Se llega, pues, a la boca, esto es, a la primera entrada de esta aldea; lo que significa el inicio de una nueva vida. De ahí que no lleguen a una ciudad, sino a una aldea; porque es necesario que todos los novicios se contengan por el momento dentro de la medida de una vida suburbana, y no se atrevan todavía a intentar precipitadamente la cumbre de la perfección senatorial. De donde bien se dice que Airot mira hacia Beelsefón. Beelsefón, en efecto, se interpreta como *ascensión de la atalaya* o *torre*. Pues de las cosas pequeñas se asciende a las grandes. Porque esta morada no estaba en la misma atalaya, sino que miraba hacia la atalaya. Porque todo novicio, aunque ya tienda por deseo a la vida especulativa, todavía no aspira a la cumbre de la perfección especulativa. Por lo cual, allí se añade apropiadamente: «Y acamparon ante Magdalo (Núm. 33)». Magdalo se llama *magnificencia*. Pues quien llega recientemente al servicio de Dios, ya tiene ciertamente a la vista por intención la ascensión de la atalaya y la magnificencia, pero aún no la posee por el efecto de la virtud; porque, aunque ya se apacienta y nutre con la esperanza de la contemplación y la perfección, todavía no disfruta del esplendor de la pureza consumada o de la gracia soberana. De modo que, si Beelsefor se interpreta como *señor del aquilón*, como dicen algunos; ¿qué se expresa por este señor del aquilón, sino el antiguo enemigo, que reina sobre los corazones fríos y ajenos al amor de Dios? Ante este, pues, es decir, contra este, acampamos, cuando luchamos contra él en un combate implacable.

Inde profecti per mare Rubrum venerunt in Mara, quae interpretatur amaritudo. Rectus scilicet ordo est ut qui ad terram properant melle manantem, in deserto vitae hujus laboris et tentationis amaritudinem hauriant, et per disciplinae praesentis asperitatem perveniant ad remunerationis internae dulcedinem. Unde dicit Apostolus: «Omnis, inquit, disciplina in praesenti quidem non videtur esse gaudii, sed moeroris; post autem fructum pacatissimum exercitatis per eam reddet justitiae (Hebr. XII).» In procinctu siquidem spiritualis militiae constitutis, modo amara dulcibus, modo dulcia miscentur amaris, ut per haec experiatur humana conditio, et quid a se patiatur infirmitatis, et quid a Deo debeat sperare virtutis. Sicut eidem populo dicitur: «Afflixit te et cibavit te manna in deserto, quod nesciebant patres tui, donec dignosceretur quod esset in corde tuo (Deut. VIII).»

Unde sequitur quia, profecti de Mara, venerunt in Elim, ubi duodecim erant fontes aquarum et septuaginta palmae. Vides, post tentationis amaritudinem, ad quantam deveniunt et dulcium pomorum et aquarum profluentium amoenitatem. Per tentationis itaque pugnam perducuntur ad palmas, et per sitis intolerandae penuriam ad irriguam veniunt aquarum viventium affluentiam. Animarum quippe medicus omnipotens Deus sic omnia ordinate dispensat, ut, tanquam melle pigmentis infuso, et tristibus laeta et laetis tristia misceat, quatenus mens infirma et aliquando percussa nunquam de prosperitate superbiat, et aliquando refota in adversitatibus non succumbat. Elim praeterea interpretatur arietes, qui nimirum sunt gregum sequentium duces. Qui vero sunt duces rationalis gregis, hoc est populi Christiani, nisi sancti apostoli? Hi nimirum sunt duodecim fontes, ariditatem mentium doctrinae coelestis fluoribus irrigantes. Verum quia non illos duodecim duntaxat apostolos Salvator noster elegit, sed et alios septuaginta constituit, idcirco non solum duodecim fontes, sed et septuaginta describuntur illic arbores fuisse palmarum. Nam et ipsi apostoli nominantur 143, sicut et in B. Pauli verbis agnoscitur. Cum enim de resurrectione Salvatoris ageret: «Visus est, inquit, Cephae, et post haec illis undedecim; deinde apparuit apostolis omnibus (I Cor. XV).» Ex quibus verbis manifeste colligitur quod, praeter illos duodecim, et alii discipuli non inconvenienter apostoli nominentur

Partiendo de allí a través del Mar Rojo, llegaron a Mará, que se interpreta como *amargura*. Ciertamente, el orden correcto es que quienes se apresuran a la tierra que mana miel, beban en el desierto de esta vida la amargura del trabajo y la tentación, y por la aspereza de la disciplina presente lleguen a la dulzura de la recompensa interna. De ahí que diga el Apóstol: «Toda disciplina, dice, en el presente no parece ser motivo de gozo, sino de tristeza; pero después produce un fruto pacífico de justicia a los que por ella han sido ejercitados (Heb. 12)». En efecto, para los que están dispuestos para la milicia espiritual, unas veces lo amargo se mezcla con lo dulce, otras lo dulce con lo amargo, para que a través de esto se ponga a prueba la condición humana, y qué padece por su propia flaqueza, y qué debe esperar en virtud de parte de Dios. Como se le dice al mismo pueblo: «Te afligió y te alimentó con maná en el desierto, que no conocían tus padres, hasta que se conociera lo que había en tu corazón (Deut. 8)».

De donde se sigue que, habiendo partido de Mará, llegaron a Elim, donde había doce fuentes de agua y setenta palmeras. Ves, después de la amargura de la tentación, a qué gran amenidad de frutos dulces y de aguas corrientes llegan. Así pues, por la lucha de la tentación son conducidos a las palmas, y por la escasez de una sed intolerable llegan a la irrigada abundancia de aguas vivas. Pues Dios, el médico omnipotente de las almas, dispone todas las cosas de manera tan ordenada que, como si se mezclara miel con vino especiado, mezcla lo alegre con lo triste y lo triste con lo alegre, para que la mente débil, a veces golpeada, nunca se enorgullezca en la prosperidad, y, a veces reconfortada, no sucumba en las adversidades. Además, Elim se interpreta como "carneros", que son, sin duda, los guías de los rebaños que los siguen. ¿Y quiénes son los guías del rebaño racional, es decir, del pueblo cristiano, sino los santos apóstoles? Estos son, en efecto, las doce fuentes, que riegan la aridez de las mentes con los raudales de la doctrina celestial. Pero como nuestro Salvador no solo eligió a aquellos doce apóstoles, sino que también constituyó a otros setenta, por eso se describe que allí no solo había doce fuentes, sino también setenta palmeras. Pues también ellos mismos son llamados apóstoles, como se reconoce en las palabras del bienaventurado Pablo. Pues cuando trataba de la resurrección del Salvador, dijo: «Fue visto, dice, por Cefas, y después de esto por los once; luego se apareció a todos los apóstoles (I Cor. XV)». De estas palabras se deduce manifiestamente que, además de aquellos doce, también otros discípulos son llamados apóstoles no sin razón.

Sed egressi de Elim, juxta mare Rubrum fixere tentoria. Nota quia non mare rursus ingrediuntur, sed juxta mare tabernaculum figunt, ut mare tantum et procellarum cumulos procul aspiciant, nequaquam tamen motus ejus aut impetus pertimescant. Nos etiam post tentationum fluctus, post undisoni maris formidolosa naufragia, eadem saepe mala quae pertulimus ante oculos ponimus, ut jam, velut in littore constituti, dignas ereptori nostro Deo gratias referamus.

Profecti quoque de mari Rubro, applicuerunt in desertum Sin. Sin interpretatur rubus sive tentatio. Incipit ergo Christiano militi jam prosperitatis spes arridere, collocutionis divinae verba promittere. De rubo siquidem Dominus apparuit, et Moysi ad filios Israel perferre mandata praecepit (Exod. III). Illic ergo tibi datur sperandae clementiae signum, ubi factum est Israeliticae visitationis initium. Sed non otiose Sin etiam tentatio dicitur. Solet enim saepius et in visionibus intervenire tentatio, dum nonnunquam spiritus iniquitatis transfigurat se in angelum lucis (II Cor. XI). Et ideo subtiliter est agendum, ut discernantur genera visionum. Sicut et Jesu Nave, cum angelum cerneret, et tentationes aliquando hujusmodi visionibus inesse nullatenus dubitaret, protinus ab eo qui apparebat requisivit, dicens: «Noster es, an adversariorum?» (Jos. V.) Nam et per Apostolum discretio spirituum inter dona sancti Spiritus enumeratur (I Cor. XII). Quod autem Sin etiam odium interpretari dicitur, neque hoc quidem a spirituali exorbitat intellectu. Quisquis enim pervenit ad visionem vel allocutionem Dei, confestim concipit odium mundi.

Sed et inde progressi venerunt in Deptheca, sive, ut alia translatio perhibet, Raphaca. Deptheca denique pulsatio dicitur. Et nos, postquam pertingimus ad Ecclesiam, quam videlicet rubus ille significat, ubi Dei meretur homo colloquium, ubi visio conspicitur angelorum, tunc incipimus petere, quaerere, ac regni coelestis arcana pulsare; Domino praecipiente et pollicente, qui ait: «Pulsate, et aperietur vobis (Matth. VII; Luc. XI).» Si vero Raphaca quis malit admittere, quae sanitas dicitur, hoc nomen animae jam dudum languidae, sed jam per donum sanctae Ecclesiae languoris nexibus absolutae convenienter aptatur. Haec est enim anima cui dicitur: «Benedic, anima mea, Domino, et omnia interiora mea, nomini sancto ejus (Psal. CII).» Quem, quaeso, Dominum? «Qui sanat, inquit, omnes languores tuos, qui redimit de interitu vitam tuam (Ibid.).» Languor scilicet animae, vitia sunt; mors animae, peccata criminalia sunt. «Peccatum enim, cum consummatum fuerit, generat mortem (Jac. I).»

Pero, habiendo salido de Elim, fijaron sus tiendas junto al Mar Rojo. Nótese que no entran de nuevo en el mar, sino que fijan su tabernáculo junto al mar, para que solo contemplen de lejos el mar y los cúmulos de tempestades, pero de ninguna manera teman sus movimientos o su ímpetu. También nosotros, después de las olas de las tentaciones, después de los terribles naufragios del mar resonante, a menudo ponemos ante nuestros ojos los mismos males que hemos soportado, para que ya, como constituidos en la orilla, rindamos dignas gracias a Dios nuestro libertador.

Habiendo partido también del Mar Rojo, llegaron al desierto de Sin. Sin se interpreta como "zarza" o "tentación". Por tanto, la esperanza de la prosperidad comienza ya a sonreír al soldado cristiano, a prometer las palabras del coloquio divino. Pues ciertamente desde una zarza apareció el Señor, y ordenó a Moisés que llevara sus mandatos a los hijos de Israel (Exod. III). Allí, por tanto, se te da una señal de la clemencia que ha de esperarse, donde tuvo lugar el inicio de la visitación a Israel. Pero no sin motivo Sin también se llama "tentación". Pues la tentación suele intervenir con bastante frecuencia incluso en las visiones, ya que a veces el espíritu de iniquidad se transfigura en ángel de luz (II Cor. XI). Y por esta razón, se debe actuar con sutileza, para que se disciernan los géneros de visiones. Así como Josué, hijo de Nun, cuando vio a un ángel y no dudó en absoluto de que en visiones de este tipo a veces hay tentaciones, al instante preguntó al que se aparecía, diciendo: «¿Eres de los nuestros o de nuestros adversarios?» (Jos. V). Pues también por el Apóstol el discernimiento de espíritus se enumera entre los dones del Espíritu Santo (I Cor. XII). Además, que Sin también se diga que se interpreta como "odio", no se desvía, en verdad, del entendimiento espiritual. Pues quienquiera que llega a una visión o a una alocución de Dios, inmediatamente concibe odio por el mundo.

Pero desde allí avanzaron y llegaron a Deptheca, o, como afirma otra traducción, a Raphaca. Deptheca, en efecto, se dice que significa *pulsatio* (pulsación o llamar a la puerta). Y nosotros, después de que llegamos a la Iglesia, que aquel arbusto significa, donde el hombre merece el coloquio con Dios, donde se contempla la visión de los ángeles, entonces comenzamos a pedir, a buscar y a llamar a los arcanos del reino celestial; como el Señor lo manda y promete, quien dice: "Llamad, y se os abrirá" (Mt. 7; Lc. 11). Pero si alguien prefiere admitir Raphaca, que se dice que significa *sanitas* (salud), este nombre se adapta convenientemente al alma que estuvo largo tiempo lánguida, pero que ahora, por el don de la santa Iglesia, ha sido liberada de las ataduras de su enfermedad. Pues esta es el alma a la que se le dice: "Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi interior, a su santo nombre" (Sal. 102). ¿A qué Señor, pregunto? "El que sana", dice, "todas tus dolencias, el que redime del abismo tu vida" (Ibíd.). La dolencia del alma, ciertamente, son los vicios; la muerte del alma, son los pecados mortales. "Porque el pecado, una vez consumado, engendra la muerte" (Sant. 1).

Deinde veniunt in Halus. Halus interpretatur labores sive fermentum. Et certe sanitatem labores sequuntur; quoniam ad nil aliud sanitatem sancta anima debet concupiscere, nisi ut labores pro Deo valeat pressurasque perferre. Ideo nempe socrus Petri de febre convaluit, ut Domino per sedulitatis obsequium ministraret (Matth. VIII). Ideo per Ananiam sanatus est Paulus, ut continuis postmodum laboribus insudaret. Hinc est quod eidem Ananiae de illo dictum: «Ego enim ostendam illi quanta oporteat eum pro nomine meo pati (Act. IX).» Quod autem Halus etiam fermentum interpretari dicitur, et hinc nobis congruae significationis intellectus offertur. Hoc est enim fermentum illud quod tollens mulier commiscuit in farinae satis tribus, donec fermentaretur totum (Matth. XIII), id est sanctum Evangelium. In hac siquidem solitudine populus murmuravit, et manna simul et coturnices accepit. Et cum non modo fermentum, sed et manna sacrum significet Evangelium, miro modo haec simul in decima mansione conveniunt, ut post legis praemissae Decalogum panis Evangelii succedere videatur.

Post haec veniunt in Raphidin. Interpretatur itaque Raphidin laus judicii. Et certe satis congruit ut et labor antecedat laudem, et laus proveniat post laborem. Verum non cujuscunque rei, sed laus judicii, videlicet de rationis judicio prodeat; non laus quae de superbiae vanitate procedat: «Spiritualis enim homo judicat omnia, et a nemine judicatur (I Cor. II).» Reperiuntur et aliae horum nominum interpretationes. Sed si cuncta, quae nobis in hac materia suggeruntur, amplectimur, jam non servabitur epistolaris ordo compendii, sed onerosi consurget enormitas libri. Israelitarum ergo mansiones succincte transcurrimus, non ut earum scrutemur arcana cubicula, sed ut in earum nominibus tanquam exteriora parietum simpliciter ostendamus.

Deinde veniunt in desertum Sinai. Sin, quam superius diximus, et Sinai unum non ambigitur esse desertum; sed Sin dicitur ipsa planities, Sinai vero mons est in eadem supereminens solitudine: in quo nimirum Dominus legis edicta promulgat, et Moyses tabernaculum fabricat (Exod. XX, XXV et XXVI). Et hoc aptissime congruit, ut, postquam rationabilis anima rectum ac per hoc laudabile coeperit habere judicium, tunc in se Deo suo construat tabernaculum, et, digna jam Creatoris alloquio, coelestium percipiat mysteria mandatorum.

Luego vienen a Halus. Halus se interpreta como *labores* (trabajos) o *fermentum* (levadura). Y ciertamente, los trabajos siguen a la salud; pues el alma santa no debe desear la salud para ninguna otra cosa, sino para poder soportar trabajos y presiones por Dios. Por eso, en efecto, la suegra de Pedro se recuperó de la fiebre, para poder servir al Señor mediante el obsequio de su diligencia (Mt. 8). Por eso, Pablo fue sanado por Ananías, para que después se afanara en continuos trabajos. De ahí que se le dijera al mismo Ananías acerca de él: "Porque yo le mostraré cuánto debe padecer por mi nombre" (Hch. 9). En cuanto al hecho de que Halus también se dice que se interpreta como *fermentum* (levadura), también de aquí se nos ofrece una comprensión de significado congruente. Pues esta es aquella levadura que una mujer tomó y mezcló en tres medidas de harina, hasta que todo fermentó (Mt. 13), es decir, el santo Evangelio. En este desierto, ciertamente, el pueblo murmuró y recibió tanto el maná como las codornices. Y como no solo la levadura, sino también el sagrado maná, significa el Evangelio, de un modo admirable estas cosas coinciden en la décima estación, de modo que después del Decálogo de la ley precedente, parece suceder el pan del Evangelio.

Después de esto, vienen a Raphidin. Raphidin se interpreta, pues, como *laus judicii* (alabanza del juicio). Y ciertamente es muy congruente que el trabajo anteceda a la alabanza, y que la alabanza provenga después del trabajo. Pero no la alabanza de cualquier cosa, sino la alabanza del juicio, es decir, que proceda del juicio de la razón; no la alabanza que procede de la vanidad de la soberbia: "Pues el hombre espiritual lo juzga todo, y por nadie es juzgado" (1 Cor. 2). También se encuentran otras interpretaciones de estos nombres. Pero si abrazáramos todo lo que se nos sugiere en esta materia, ya no se conservaría el orden epistolar de un compendio, sino que surgiría la enormidad de un libro oneroso. Por lo tanto, recorremos sucintamente las estaciones de los israelitas, no para escrutar sus cámaras secretas, sino para mostrar simplemente lo que hay en sus nombres, como si fueran las paredes exteriores.

Luego vienen al desierto del Sinaí. Que Sin, que mencionamos anteriormente, y Sinaí son sin duda un solo desierto; pero se dice que Sin es la llanura misma, mientras que Sinaí es el monte que sobresale en esa misma soledad: en el cual, ciertamente, el Señor promulga los edictos de la ley, y Moisés construye el tabernáculo (Éx. 20, 25 y 26). Y esto se ajusta muy apropiadamente, para que, después de que el alma racional haya comenzado a tener un juicio recto y por ello loable, construya entonces en sí misma un tabernáculo para su Dios y, ya digna del coloquio del Creador, perciba los misterios de los mandamientos celestiales.

Post haec profecti sunt ad sepulcra concupiscentiae, ubi scilicet pulcher ordo contexitur. Nam cum felix anima suo fit tabernaculum Creatori, cum, mandatis divinae legis intenta, jam coeperit coelestia contemplari, mox aestuantium vitiorum ardor exstinguitur, et omnis carnalis illecebrae concupiscentia sepelitur; ut non jam caro se adversus spiritum moveat, non adversus carnem spiritus concupiscat.

Inde transitur in Aseroth, quod interpretatur atria perfecta, vel beatitudo. Et, o quam pulcher ordo mysterii, quam decora series spiritualis incrementi, ut, postquam sepelieris concupiscentias carnis, praesto pervenias ad atrium perfectionis et praemium beatitudinis! Felix anima quae nullis jam vitiis carnis urgetur, quia mox ad beatitudinem percipiendae remunerationis ingreditur!

Post haec venerunt in Rethma, sive Pharam. Rethma, ut opinamur, interpretatur visio consummata; Pharam vero, visibile os. In quibus quid aliud intelligitur, nisi ut sancta quaelibet anima, post sepultas jam carnis concupiscentias, perducta jam ad atrium perfectionis, secura de praemio beatitudinis, ad consummatam mox Dei visionem veniat, ejusque visibile os, hoc est praesentem Dei speciem, cernat? «Nunc enim videmus eum, sicut dicit Apostolus, in speculo et in aenigmate, tunc autem facie ad faciem; et nunc cognosco ex parte, tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum (I Cor. XIII).» Quae tamen omnia quia sancti quilibet, in carne constituti, habere nequeunt pleniter in re, jam habent in spe; quam scilicet spem jam firmissimam tenent, quia Spiritum sanctum, qui eos in vitae hujus laboribus roborat, pignus habent. Unde et illa interpretatio, qua Rethma sonitus sive juniperus dicitur, non incongrua judicatur. Ferunt enim lignum hoc ignem in se longo tempore conservare, adeo ut si prunae ejus fuerint cineribus adopertae, usque ad annum ignitae perveniant. Quia ergo Spiritus sanctus, sicut legitur, scientiam habet vocis (Sap. I), et in apostolos missus est in specie ignis (Act. II), haec interpretatio, qua Rethma sonitus vel juniperus dicitur, aptissime Spiritui sancto convenire videtur

Después de esto, partieron hacia los sepulcros de la concupiscencia, donde ciertamente se teje un hermoso orden. Pues cuando el alma feliz se convierte en un tabernáculo para su Creador, cuando, atenta a los mandatos de la ley divina, ha comenzado a contemplar las cosas celestiales, al instante se extingue el ardor de los vicios hirvientes, y toda la concupiscencia de la seducción carnal es sepultada; de modo que ya no se mueva la carne contra el espíritu, ni el espíritu desee contra la carne.

Desde allí se pasa a Hazerot, que se interpreta como *atria perfecta* (atrios perfectos), o *beatitudo* (bienaventuranza). ¡Y, oh, qué hermoso orden del misterio, qué decorosa serie de incremento espiritual, para que, después de haber sepultado las concupiscencias de la carne, llegues pronto al atrio de la perfección y al premio de la bienaventuranza! ¡Feliz el alma que ya no se ve urgida por ningún vicio de la carne, porque pronto entra en la bienaventuranza de la remuneración que ha de recibir!

Después de esto vinieron a Ritma, o Farán. Ritma, según opinamos, se interpreta como *visio consummata* (visión consumada); Farán, en cambio, como *visible os* (boca visible). En lo cual, ¿qué otra cosa se entiende sino que cualquier alma santa, tras haber sepultado ya las concupiscencias de la carne, habiendo sido conducida ya al atrio de la perfección, segura del premio de la bienaventuranza, llegue pronto a la visión consumada de Dios, y contemple su boca visible, esto es, la presencia misma de la especie de Dios? «Porque ahora lo vemos», como dice el Apóstol, «en un espejo y en enigma, pero entonces lo veremos cara a cara; y ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido» (1 Cor 13). Sin embargo, como cualquiera de los santos, mientras está constituido en la carne, no puede tener todas estas cosas plenamente en la realidad, ya las tiene en la esperanza; esperanza que, por cierto, ya mantienen con total firmeza, porque tienen como prenda al Espíritu Santo, que los fortalece en los trabajos de esta vida. De ahí que también aquella interpretación por la que Ritma es llamada *sonitus* (sonido) o *juniperus* (enebro) no se juzgue incongruente. Pues dicen que esta madera conserva el fuego en sí misma durante mucho tiempo, de modo que si sus brasas fueran cubiertas con cenizas, llegarían encendidas hasta el año. Puesto que, por tanto, el Espíritu Santo, como se lee, tiene el conocimiento de la voz (Sab 1), y fue enviado a los apóstoles en forma de fuego (Hch 2), esta interpretación por la que Ritma se llama sonido o enebro parece convenir muy adecuadamente al Espíritu Santo.

Hinc itaque digressi, castrametati sunt in Rhemon Phares; quod apud nos excelsa intercisio dicitur. Nam cum animae redeuntis ad Deum intellectus augetur, mox ei datur perfecta notitia, qua scilicet excelse atque sublimiter novit et terrena a coelestibus intercidere, et caduca quaelibet ac transitoria a perpetuis separare. Si vero Rhemon Phares, ut alibi reperitur, mali punici divisio dicitur, per hoc procul dubio sancta designatur Ecclesia, quae tanquam multa grana uno cortice contegit, dum omnem credentium turbam inseparabili catholicae fidei unitate concludit.

Deinde transeunt in Lebna, quod interpretatur dealbatio. Non autem ignoramus dealbationem aliquando pro crimine poni, sicut dicuntur monumenta dealbata et paries dealbatus; sed hic illa dealbatio debet intelligi, de qua per Isaiam dicitur: «Si fuerint peccata vestra ut coccinum, quasi nix dealbabuntur, et si fuerint rubra quasi vermiculus, ut lana alba erunt (Isai I);» et in Psalmo: «Nive dealbabuntur in Selmon (Psal. LXVII).» Et in Apocalypsi: «Capilli Jesu tanquam lana albi referuntur (Apoc. I).» Quapropter hic dealbatio convenienter intelligitur de verae lucis splendore prodire et de summae visionis claritate descendere. Quod si Lebna, ut quidam dicunt, in laterem vertitur, in quo videlicet opere Israeliticus in Aegypto populus coactus est laborare, hoc datur intelligi quia, sicut illi post tam sublimia loca rursus in laterem veniunt, ita nos, quandiu in hujus mundi deserto peregrinamur, necessitate compellimur aliquando a summis ad ima descendere, et a spiritualibus ad terrenae actionis opera transmigrare.

Post haec veniunt in Ressa, quod infrenos vertitur, et non incongrue. Si enim post perfectionis culmen ad opera lutulenta descendimus, disciplinae nexibus et poenitentiae loris infrenandi sumus, ne vagemur per abrupta praecipites, sed cito redeamus ad consuetae munditiae puritatem. Interpretatur etiam Ressa visibilis sive laudabilis tentatio. Quamvis enim mens cujuslibet justi viri jam ad alta proficiat, tentatione tamen adhuc in ima deprimitur, ne per tumorem superbiae de virtutibus extollatur. Stimulus enim tentationis ad custodiam adhibetur humilitatis. Unde dicit Apostolus: «Ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis meae, angelus Satanae, ut me colaphizet (II Cor. XII).» Haec ergo tentatio visibilis est, quia manifesta; laudabilis, quia salutifera.

Habiendo partido, pues, de aquí, acamparon en Rimón-perez; que entre nosotros se llama *excelsa intercisio* (elevada incisión o corte). Pues cuando se aumenta el entendimiento del alma que vuelve a Dios, pronto se le da una noticia perfecta, por la cual conoce de manera elevada y sublime cómo separar las cosas terrenas de las celestiales, y apartar cualquier cosa caduca y transitoria de las perpetuas. Si en verdad Rimón-perez, como se encuentra en otro lugar, se llama *mali punici divisio* (división de la granada), por esto sin duda se designa a la santa Iglesia, que cubre muchos granos como bajo una sola corteza, mientras concluye a toda la multitud de los creyentes en la inseparable unidad de la fe católica.

Luego pasan a Libná, que se interpreta como *dealbatio* (blanqueamiento). No ignoramos que el blanqueamiento a veces se pone por un crimen, como se dice de los monumentos blanqueados y la pared blanqueada; pero aquí debe entenderse aquel blanqueamiento del que se dice por Isaías: «Si vuestros pecados fueran como la escarlata, se blanquearán como la nieve, y si fueran rojos como el carmesí, serán blancos como la lana» (Is 1); y en el Salmo: «Se blanquearán como la nieve en Selmón» (Sal 67). Y en el Apocalipsis: «Se refiere que los cabellos de Jesús son blancos como la lana» (Ap 1). Por lo cual, aquí el blanqueamiento se entiende convenientemente que procede del esplendor de la verdadera luz y desciende de la claridad de la suma visión. Pero si Libná, como dicen algunos, se convierte en *later* (ladrillo), en cuyo trabajo el pueblo israelita en Egipto fue ciertamente obligado a trabajar, se da a entender esto porque, así como ellos vuelven al ladrillo después de lugares tan sublimes, así nosotros, mientras peregrinamos en el desierto de este mundo, nos vemos obligados a veces por la necesidad a descender de lo más alto a lo más bajo, y a emigrar de las obras espirituales a las obras de la acción terrena.

Después vinieron a Rissa, que se traduce como *infrenos* (con frenos), y no sin congruencia. Pues si tras la cumbre de la perfección descendemos a obras lodosas, debemos ser refrenados con los lazos de la disciplina y las correas de la penitencia, para que no vaguemos precipitadamente por los abismos, sino que volvamos pronto a la pureza de la limpieza acostumbrada. Rissa también se interpreta como *visibilis* (visible) o *laudabilis tentatio* (tentación loable). Pues aunque la mente de cualquier hombre justo ya progrese hacia lo alto, todavía se ve deprimida por la tentación hacia lo más bajo, para que no se enorgullezca de sus virtudes por el tumor de la soberbia. Pues el estímulo de la tentación se aplica para la custodia de la humildad. De donde dice el Apóstol: «Para que la grandeza de las revelaciones no me enaltezca, se me ha dado un estímulo de mi carne, un ángel de Satanás, que me abofetee» (2 Cor 12). Esta tentación, por tanto, es visible, porque es manifiesta; loable, porque es saludable.

Inde progressi veniunt in Ceelatha, quod interpretatur Ecclesia; ut videlicet instabiles quique, qui se per vitiorum abrupta praecipitanter impellunt, sacrae Scripturae frenis in Ecclesiam retrahantur; sive, quod alia tenet editio, Machebat, quod est principatus virgae. Quod utrumque potestatem videtur exprimere. Carni quippe, qui tentatur, necesse est ut praesidens spiritus principetur, ut, cum illa abjiciat pugnam, iste quasi desuper intentet minaciter virgam, dum rigidi terroris adhibet disciplinam.

Exinde venitur in montem Sepher sive Sephar, quod tubicinatio appellatur. Tuba, signum est belli. Equus enim Dei «odoratur bellum, et cum audierit buccinam, dicit vah;» et miles Christi, cum se persenserit vitiorum ingruentium tentatione vallatum, virtutum protinus arma corripiens, procedit ad bellum, et cominus in bella congreditur, ne, degeneri torpore solutus, ab adversariis facile perimatur, et tunc poterit gloriosius tuba canere, hoc est ad spirituale certamen et alios provocare.

Unde illic dicitur quia, inde profecti, venerunt in Harada, sive, quod alibi dicitur, in Charadath, quod in nostra lingua sonat idoneus effectus, ut ipse nimirum jam praedicator factus, merito valeat cum Apostolo dicere: «Quod idoneos nos fecit ministros Novi Testamenti (II Cor. III).»

Sed et inde proficiscentes, veniunt in Macelot; quod interpretatur ab initio. Quisquis enim ad perfectionis summam contendit, omnium rerum contemplatur initium, dum cuncta viscerum suorum vota convertit ad Deum. Et dum cor ad Auctorem suum jugiter dirigit, a rerum omnium initio non recedit. Vel, si Maceloth, ut quidam sentiunt, dicatur esse conventus, per hoc Ecclesia intelligitur, in qua videlicet a cunctis fidelibus convenitur. Unde canitur: «Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!» (Psal. CXXXII.)

Deinde venitur in Thaath, vel sicut alibi legitur, in Caath, quod est patientia vel confirmatio. Quisquis enim desiderat terram viventium per praesentis vitae labores ingredi, necesse est eum ad toleranda mundi pericula per patientiam confirmari. Vel si Thaath, ut a quibusdam dicitur, vertitur in pavorem, dicatur unicuique certanti, vel jam forte per divinam gratiam triumphanti: «Noli altum sapere, sed time (Rom. XI).»

Habiendo avanzado desde allí, vinieron a Ceelata, que se interpreta como *Ecclesia* (Iglesia); para que, ciertamente, los inestables, que se impulsan precipitadamente por los abismos de los vicios, sean atraídos de nuevo a la Iglesia por los frenos de la Sagrada Escritura; o, según otra edición, Maquelot, que es *principatus virgae* (el principado de la vara). Ambas cosas parecen expresar poder. Pues a la carne, que es tentada, es necesario que el espíritu que la preside tenga el principado, para que, cuando aquella abandone la lucha, este, como desde arriba, amague amenazadoramente con la vara, mientras aplica la disciplina del rígido terror.

De allí se viene al monte Sefer o Sefar, que se llama *tubicinatio* (toque de trompeta). La trompeta es signo de guerra. Pues el caballo de Dios «huele la batalla, y cuando oye la bocina, dice ¡ah!»; y el soldado de Cristo, cuando se percibe rodeado por la tentación de los vicios que lo asaltan, tomando al punto las armas de las virtudes, procede a la guerra y se enfrenta en combate de cerca, no sea que, relajado por un torpor degenerado, sea fácilmente aniquilado por los adversarios; y entonces podrá tocar la trompeta más gloriosamente, esto es, provocar también a otros al certamen espiritual.

De ahí que se diga allí que, habiendo partido de allí, vinieron a Harada, o, como se dice en otro lugar, a Caradat, que en nuestra lengua suena como *idoneus effectus* (efecto idóneo), para que él mismo, hecho ya predicador, pueda decir con razón con el Apóstol: «Que nos hizo ministros idóneos del Nuevo Testamento» (2 Cor 3).

Pero partiendo también de allí, vienen a Maquelot; que se interpreta como *ab initio* (desde el principio). Pues quien contiende por la cumbre de la perfección, contempla el principio de todas las cosas, mientras convierte todos los deseos de su corazón a Dios. Y mientras dirige el corazón a su Autor continuamente, no se aparta del principio de todas las cosas. O si Maquelot, como algunos piensan, se dice que es *conventus* (asamblea o convento), por esto se entiende la Iglesia, en la que ciertamente se reúnen todos los fieles. De donde se canta: «¡He aquí qué bueno y qué alegre es habitar los hermanos en uno!» (Sal 132).

Luego se viene a Tahat, o como se lee en otro lugar, a Caat, que es *patientia* (paciencia) o *confirmatio* (confirmación). Pues quien desea entrar en la tierra de los vivientes por los trabajos de la presente vida, es necesario que sea confirmado por la paciencia para tolerar los peligros del mundo. O si Tahat, como dicen algunos, se traduce como *pavor* (temor), dígase a cada uno que lucha, o tal vez ya triunfa por la gracia divina: «No quieras saber lo alto, sino teme» (Rom 11).

Sed, inde profecti, veniunt in Thare, quod Graece quidem exstasis interpretatur, in nostra vero lingua dicitur contemplatio. Consequens est enim ut quisquis antea probatur per patientiam, proinde ad contemplationis perveniat gratiam; et qui prius in tribulatione deprimitur, postmodum ad visionis intimae laetitiam sustollatur. Sin autem Thare, sicut quidam putant, astutia vel malitia debet intelligi, hoc ad Ecclesiarum praepositos non immerito videtur posse referri; ut ipsi suis auditoribus timeant, qui in tentationum tribulatione laborant. Astutia enim et malitia illius cavenda est de quo dicitur: «Quoniam adversarius noster tanquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret (I Petr. V).»

Deinde procedunt in Methca, vel, sicut alibi legitur, Maathica, quod interpretatur mors nova. Nunquam tam perfecte diabolica cavetur astutia, quam si Christo commorimur, ut tanquam insensibiles ad hostis callidi tentamenta redeamus. Quam novam mortem contemplatio parit, quae scilicet et mundum nobis et nos mundo mortuos efficit. Quod si Methca, ut quibusdam placet, in dulcedinem vertitur; quid mirum si de contemplatione ad dulcedinem veniatur, cum ipsa contemplatio nihil aliud sit quam ineffabilis et immensa dulcedo?

Post haec venitur in Hesmona, quae festinatio dicitur. Nam, postquam pertingimus ad dulcedinem contemplationis, moram non ferimus tarditatis. O quam moleste moram patiebatur ille qui dicebat: «Utinam dirumperes coelos et descenderes, et liquefierent montes a facie tua!» (Isai. LIV.) Quam graviter hanc moram ferebat ille qui dicebat: «Cupio dissolvi et esse cum Christo (Philip. I),» multo magis melius! Sin autem a Senna dicatur quod ossa significat, hoc ad robur constantiae pertinet, quod necesse est ut Christi amator habeat, ne per amorem nimium impatiens fiat.

Hinc jam transitur in Moseroth, quod significare putatur excludens. Anima quippe, quae ad perfectum Sponsi sui amorem pervenit, tentationes a se callidi corruptoris excludit. Unde et Apostolus: «Nolite, inquit, locum dare diabolo (Ephes. IV).» Quod si Moseroth, juxta quosdam, interpretatur vincula, sanus per omnia et congruus intellectus elucet: nimirum sancta quaelibet anima, quae coelesti Sponso in amore conjungitur, necesse est ut ei assiduis Scripturarum meditationibus, quasi quibusdam vinculis insolubiliter connectatur. De quibus vinculis Christo per Isaiam dicitur: «Viri sublimes ad te transibunt, et tui erunt, et post te ambulabunt colligati vinculis (Isai. XLV).»

Pero, habiendo partido de allí, vienen a Taré, que en griego ciertamente se interpreta como *exstasis* (éxtasis), pero en nuestra lengua se llama *contemplatio* (contemplación). Pues es consecuente que quien antes es probado por la paciencia, por ello llegue a la gracia de la contemplación; y quien primero es deprimido en la tribulación, después sea elevado a la alegría de la visión íntima. Pero si Taré, como algunos piensan, debe entenderse como *astutia* (astucia) o *malitia* (malicia), esto no sin razón parece poder referirse a los prepósitos de las Iglesias; para que ellos teman por sus oyentes, que trabajan en la tribulación de las tentaciones. Pues la astucia y la malicia de aquel de quien se dice debe ser evitada: «Porque vuestro adversario, como león rugiente, ronda buscando a quién devorar» (1 Pe 5).

Luego proceden a Metca, o, como se lee en otro lugar, Maatica, que se interpreta como *mors nova* (muerte nueva). Nunca se evita tan perfectamente la astucia diabólica como si morimos con Cristo, para que volvamos como insensibles a las tentaciones del astuto enemigo. Esta muerte nueva la genera la contemplación, que nos hace muertos al mundo y el mundo a nosotros. Pero si Metca, como agrada a algunos, se traduce como *dulcedo* (dulzura), ¿qué tiene de extraño que de la contemplación se venga a la dulzura, siendo la contemplación misma nada más que una inefable e inmensa dulzura?

Después de esto se viene a Hesmona, que se llama *festinatio* (prisa). Pues, después de que llegamos a la dulzura de la contemplación, no soportamos la demora de la tardanza. ¡Oh, qué molestamente soportaba la demora aquel que decía: «¡Ojalá rompieras los cielos y descendieras, y se derritieran los montes ante tu faz!» (Is 64). ¡Qué gravemente llevaba esta demora aquel que decía: «Deseo ser disuelto y estar con Cristo» (Fil 1), ¡lo cual es mucho mejor! Pero si por Senna se dice que significa *ossa* (huesos), esto pertenece al vigor de la constancia, que es necesario que tenga el amante de Cristo, para que no se vuelva impaciente por el exceso de amor.

De aquí se pasa ya a Moserot, que se piensa que significa *excludens* (excluyente). Ciertamente el alma que llega al perfecto amor de su Esposo, excluye de sí las tentaciones del astuto corruptor. De donde también el Apóstol: «No deis», dice, «lugar al diablo» (Ef 4). Pero si Moserot, según algunos, se interpreta como *vincula* (vínculos), resplandece un entendimiento sano y congruente en todo: sin duda cualquier alma santa que se une en amor al Esposo celestial, es necesario que se conecte a Él indisolublemente con asiduas meditaciones de las Escrituras, como por ciertos vínculos. Sobre cuyos vínculos se dice a Cristo por Isaías: «Hombres de alta estatura pasarán a ti y serán tuyos, y caminarán tras de ti atados con vínculos» (Is 45).

Unde non immerito jam venitur in Banacim, quod significat fontes vel excolationes, id est, ubi divinarum Scripturarum fontes anima bibit et excolat, hoc est subtiliter tractat ac ruminat. Excolat, inquam, cum illud evangelicum servat: «Ut ne unus quidem apex aut unum iota de lege praetereat, quin omnia fiant (Matth. V).» Si vero bene Jaacan, sicut quidam dicunt, transfertur in filios necessitatis sive stridoris, hoc significat, quia quisquis divinis eloquiis eruditus est et affluenter instructus, necesse est ut post se et alios trahat ac filios gignat, quibus nimirum dum fletus et stridorem dentium minaciter objicit, quodammodo necessitatem eis ut ad Deum convertantur imponit. Ii sunt ergo filii necessitatis vel stridoris, de quibus prophetice canitur: «Afferte Domino, filii Dei, afferte Domino filios arietum (Psal. XXVIII).»

Post haec ascendunt in montem Gadgad, quod interpretatur nuntius, vel accinctio, vel certe concisio. Quibus enim verba Dei annuntiamus, eos procul dubio commonere debemus ut et se virtutum armis accingant, et invisibilium hostium spiritualibus gladiis terga concidant. Quod cum eos agere non segniter edocemur, cum eis simul ad montana conscendimus. Quod si Gadgad, ut quidam putant, tentamenta significat, datur intelligi quoniam his qui ad coelestem patriam tendunt, tentationes deesse non possunt. Et saepe tentatio virtutibus admiscetur, ut laborioso Christi militi merces uberior acquiratur.

Et quia per mala tentationum ad praemiorum bona transitur, congrue sequitur quoniam, inde profecti, venerunt in Jetebatha, sive, ut alibi legitur, Jatbatha, quod interpretatur bonitas sive bonum. Ergo per experimenta tentationum ad bonitatem, quae procul dubio Christus est, pervenitur.

Inde profecti sunt in Ebrona, quod transitus appellatur. Animo quippe transeunda sunt omnia, et in eum solum debes obtutum mentis infigere, cum quo sine transitu valeas permanere.

Post haec veniunt in Asiongaber, quod interpretatur consilia viri. Postquam enim nos in Christum omnino projicimus, postquam in eum omnem cordis nostri fiduciam collocamus, esse pueri sensibus ulterius non debemus, imitantes Apostolum, qui dicit: «Cum autem factus sum vir, evacuavi quae erant parvuli (II Cor. XIII);» et iterum: «Nolite pueri effici sensibus (I Cor. XIV).»

De donde no sin razón se viene ya a Banacín, que significa *fontes* (fuentes) o *excolationes* (filtraciones), esto es, donde el alma bebe y filtra las fuentes de las divinas Escrituras, es decir, las trata y rumia sutilmente. Filtra, digo, cuando guarda aquello evangélico: «Que ni un solo ápice ni una sola jota de la ley pase, sin que todo se cumpla» (Mt 5). Pero si Bené-jaacán, como dicen algunos, se traduce bien por *filii necessitatis* (hijos de la necesidad) o *stridoris* (del rechinar), esto significa que quienquiera que está instruido en la elocuencia divina y abundantemente enseñado, es necesario que atraiga tras de sí también a otros y engendre hijos, a quienes ciertamente, mientras les presenta amenazadoramente el llanto y el rechinar de dientes, de algún modo les impone la necesidad de que se conviertan a Dios. Estos son, pues, los hijos de la necesidad o del rechinar, de quienes se canta proféticamente: «Traed al Señor, hijos de Dios, traed al Señor hijos de carneros» (Sal 28).

Después de esto suben al monte Gadgad, que se interpreta como *nuntius* (mensajero), o *accinctio* (ceñimiento), o ciertamente *concisio* (concisión o corte). Pues a quienes anunciamos las palabras de Dios, sin duda debemos amonestarlos para que se ciñan con las armas de las virtudes y corten las espaldas de los enemigos invisibles con espadas espirituales. Cuando se nos enseña a no actuar perezosamente en esto, subimos con ellos al mismo tiempo a los lugares montañosos. Pero si Gadgad, como algunos piensan, significa *tentamenta* (tentaciones), se da a entender que a quienes tienden a la patria celestial no les pueden faltar las tentaciones. Y a menudo la tentación se mezcla con las virtudes, para que el laborioso soldado de Cristo adquiera una recompensa más abundante.

Y porque por los males de las tentaciones se pasa a los bienes de los premios, se sigue congruentemente que, habiendo partido de allí, vinieron a Jetebata, o, como se lee en otro lugar, Jatbata, que se interpreta como *bonitas* (bondad) o *bonum* (bien). Por tanto, a través de las experiencias de las tentaciones se llega a la bondad, que sin duda es Cristo.

De allí partieron hacia Ebrona, que se llama *transitus* (tránsito o paso). Ciertamente el alma debe pasar por todo, y debes fijar la mirada de la mente solo en aquel con quien puedas permanecer sin tránsito.

Después de esto vienen a Ezión-guébuer, que se interpreta como *consilia viri* (consejos de varón). Pues después de que nos arrojamos enteramente en Cristo, después de que ponemos toda la confianza de nuestro corazón en Él, ya no debemos ser niños en el modo de sentir, imitando al Apóstol, que dice: «Pero cuando me hice hombre, acabé con las cosas de niño» (1 Cor 13); y de nuevo: «No queráis ser niños en el modo de sentir» (1 Cor 14).

Sed quoniam qui apponit scientiam, apponit dolorem, iterum veniunt in desertum Sin, quae est Cades. Sin autem tentationem interpretari jam jam superius diximus. Sicut enim vas aureum vel argenteum saepe malleus percutit, saepe lima hinc inde poliendo circumdat, ut clarius fiat; sic iterata tentatio constantis et non cedentis animae rubiginem purgat. «Vas enim figuli probat fornax, et homines justos tentatio tribulationis (Eccli. XXVII).» Et quia Cades fructificatio sancta dicitur, vides quoniam tentationum sulcos sancta fructificatio subsequatur.

Sed et hinc applicuerunt in montem Hor, in extremis finibus Edom. Hor montanus interpretatur. Quisquis enim tentatus non labitur, sed de tentatione fructificat, consequens est ut ad montem, qui Christus est, victor ascendat. Hic est enim mons ille coagulatus, mons pinguis (Psal. LXVII), de quo per Prophetam dicitur: «Erit in novissimis diebus praeparatus mons domus Domini in vertice montium, et elevabitur super colles, et fluent ad eum omnes gentes (Isai. II).» Hic mons dicitur montanus, quia ubi Christus, ibi et procul dubio Christianus: «Ubi sum, inquit, ego, illic et minister meus erit (Joan. XII).»

Deinde veniunt in Salmona, quod interpretatur umbra portionis. Et merito, postquam in montem, qui est Christus, ascendimus, vitiorum fugientes ardorem, sub defensionis ejus umbraculo residemus. De qua videlicet umbra per Jeremiam dicitur: «Spiritus oris nostri Christus Dominus captus est in peccatis nostris, cui diximus: In umbra tua vivemus in gentibus (Thren. IV).» Et Angelus ad Mariam: «Virtus, inquit, Altissimi obumbrabit tibi (Luc. I).» Salmona etiam, ut alicubi reperitur, imaguncula dicitur; quod utique loco illi non absurde congruit, dum ibi aeneus ille serpens appensus sit, qui crucifixi repraesentat imaginem Salvatoris.

Fit praeterea transitus in Phinon, quod interpretatur os, vel oris parcimonia. Et os quidem, quia, mox ut passionis Christi sacramenta cognoscimus, quod corde credimus, ore pronuntiamus, sicut scriptum est: «Credidi, propter quod locutus sum (Psal. CXV).» Et Apostolus: «Corde creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem (Rom. X).» Oris vero parcimonia dicitur; quia, dum tam profunda redemptionis humanae mysteria penetrare non possumus, quasi ori nostro digitum superponimus, ut, divinitatis Christi celsitudinem majoribus relinquentes, de sola tantum ejus cruce tractemus, sicut dicit Apostolus: «Nihil judicavi me scire inter vos, nisi Christum Jesum, et hunc crucifixum (I Cor. II).»

Pero como quien añade ciencia añade dolor, vuelven de nuevo al desierto de Zin, que es Cades. Ya hemos dicho anteriormente que Zin se interpreta como *tentatio* (tentación). Pues así como el martillo golpea a menudo el vaso de oro o de plata, y la lima lo rodea a menudo puliéndolo por aquí y por allá para que sea más brillante, así la tentación reiterada purga la herrumbre del alma constante y que no cede. «Pues el horno prueba los vasos del alfarero, y la tentación de la tribulación a los hombres justos» (Eclo 27). Y porque Cades se llama *fructificatio sancta* (fructificación santa), ves que la santa fructificación sigue a los surcos de las tentaciones.

Pero también de aquí se dirigieron al monte Hor, en los confines extremos de Edom. Hor se interpreta como *montanus* (montañoso). Pues quien, siendo tentado, no cae, sino que fructifica de la tentación, es consecuente que suba como vencedor al monte, que es Cristo. Pues este es aquel monte cuajado, monte pingüe (Sal 67), del que se dice por el Profeta: «En los últimos días estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y será elevado sobre las colinas, y confluirán a él todas las gentes» (Is 2). Este monte se llama montañoso, porque donde está Cristo, allí sin duda estará también el cristiano: «Donde yo estoy», dice, «allí también estará mi servidor» (Jn 12).

Luego vienen a Salmona, que se interpreta como *umbra portionis* (sombra de la porción). And deservedly so; after we have ascended to the mountain, which is Christ, fleeing the heat of vices, we rest under the shelter of His defense. De cuya sombra ciertamente se dice por Jeremías: «El aliento de nuestra boca, Cristo el Señor, fue atrapado en nuestros pecados, a quien dijimos: Bajo tu sombra viviremos entre las gentes» (Lam 4). Y el Ángel a María: «La virtud», dijo, «del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1). Salmona también, como se encuentra en algún lugar, se llama *imaguncula* (pequeña imagen); lo cual ciertamente concuerda no absurdamente con aquel lugar, pues allí fue colgada aquella serpiente de bronce, que representa la imagen del Salvador crucificado.

Se hace además el tránsito a Finón, que se interpreta como *os* (boca), o *oris parcimonia* (parquedad de la boca). Y boca ciertamente, porque tan pronto como conocemos los sacramentos de la pasión de Cristo, lo que creemos con el corazón lo pronunciamos con la boca, como está escrito: «Creí, por lo cual hablé» (Sal 115). Y el Apóstol: «Con el corazón se cree para la justicia, pero con la boca se hace la confesión para la salvación» (Rom 10). Pero se llama parquedad de la boca porque, mientras no podemos penetrar tan profundos misterios de la redención humana, ponemos como un dedo sobre nuestra boca para que, dejando la altura de la divinidad de Cristo a los mayores, tratemos solo de su cruz, como dice el Apóstol: «No juzgué saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado» (1 Cor 2).

Post haec profecti sunt in Oboth, quod utique vertitur in magos sive pythones. Propter quod datur intelligi quia post imaginem Dei, quae in cordis ratione concipitur, post acceptam fidem, quae oris confessione profertur, consurgunt adversum nos haeretici errorem venenatae perfidiae dogmatizantes, tanquam pythones et magi malefica incantationum carmina conspergentes.

Hinc transitur in Gebarim, quae est in finibus Moabitarum. Gebarim significat acervos lapidum transeuntium. Isti porro sunt lapides vivi, sancti scilicet, ex quibus non modo Hierusalem superna construitur, sed et praesens Ecclesia tanquam margaritis coruscantibus adornatur. Qui merito transeuntes dicuntur, quia terrena quaelibet ac transitoria mente calcant, atque ad coelestia transire festinant. Si vero non Gebarim, sed Gai dicatur, quod alia testatur editio, et hoc ab intellectu transeuntium non aberrat. Gai siquidem interpretatur chaos. Dicit autem Abraham diviti: «Quia inter nos et vos chaos magnum firmatum est (Luc. XVI).» Ad illum ergo sancti semper transire desiderant, ut in ejus sinu, sicut et beatus ille Lazarus, feliciter requiescant.

Unde satis apte consequitur ut post chaos pythonum atque magorum, quod est tenebrosa calliditas haereticorum, praesto veniant in Dibongad, quod significare dicitur apiarium tentationum. Apes enim ore mella ferunt, sed aculeis pungunt; sic et haeretici verbis quidem manifeste blandimenta praetendunt, sed quasi post se erroris aculeos contegunt. Primo distillant ore dulcedinem, sed postmodum spargunt aculeatae falsitatis errorem. Unde Propheta conqueritur, dicens: «Circumdederunt me sicut apes, et exarserunt sicut ignis in spinis (Psal. CXVII).»

Inde profecti sunt in Helmondeblathaim, quod vertitur in contemptum palatarum, hoc est ficuum, sive contemptus opprobrii. Ficus autem deliciosus est fructus; per quod intelligitur necessarium esse ut qui jam donis coelestibus appropinquant, cuncta carnalis illecebrae blandimenta contemnant. Quod si contemptus opprobrii magis admittitur, per hoc jam dubitanter instruimur ut, si quando haereticorum vel reproborum quorumlibet dehonestamur injuriis, non turbemur. Per quod scilicet utrumque salubriter edocemur, ut nos nec inhonesti contemptus irrisio moveat, nec ulla terrenae dulcedinis oblectamenta resolvant; quatenus de hoc mundo valeamus dicere cum Propheta: «Sicut tenebrae ejus, ita et lumen ejus (Psal. CXXXVIII).»

Después de esto partieron hacia Obot, que ciertamente se traduce como *magi* (magos) o *pythones* (pitones o espíritus de adivinación). Por lo cual se da a entender que tras la imagen de Dios, que se concibe en la razón del corazón, tras la fe recibida, que se profiere por la confesión de la boca, se levantan contra nosotros los heréticos dogmatizando el error de la ponzoñosa perfidia, como pitones y magos esparciendo los maléficos cantos de los encantamientos.

De aquí se pasa a Iye-abarim, que está en los confines de los moabitas. Iye-abarim significa *acervos lapidum transeuntium* (montones de piedras de los que pasan de largo). Estas, además, son piedras vivas, es decir, los santos, de los cuales no solo se construye la Jerusalén celestial, sino que también la Iglesia presente se adorna como con perlas relucientes. Quienes con razón son llamados "transeúntes", porque pisan con la mente cualquier cosa terrena y transitoria, y se apresuran a pasar a las cosas celestiales. Pero si no se llama Iye-abarim, sino Gai, como atestigua otra edición, esto tampoco se aparta del entendimiento de los transeúntes. Pues Gai se interpreta como *chaos* (caos). Pues dice Abraham al rico: «Porque entre nosotros y vosotros se ha fijado un gran caos» (Lc 16). A aquel lugar, por tanto, los santos siempre desean pasar, para que en su seno, como aquel bienaventurado Lázaro, descansen felizmente.

De donde se sigue muy adecuadamente que, tras el caos de los pitones y magos, que es la tenebrosa astucia de los heréticos, lleguen pronto a Dibón-gad, que se dice que significa *apiarium tentationum* (apiario o colmena de tentaciones). Pues las abejas llevan miel en la boca, pero pican con sus aguijones; así también los heréticos ciertamente presentan manifiestamente halagos en las palabras, pero ocultan tras de sí los aguijones del error. Primero destilan dulzura por la boca, pero después esparcen el error de la falsedad punzante. De donde el Profeta se queja diciendo: «Me rodearon como abejas, y se encendieron como fuego en las espinas» (Sal 117).

De allí partieron hacia Almón-diblataim, que se traduce como *contemptum palatarum* (desprecio de los paladares o manjares), esto es de los higos, o *contemptus opprobrii* (desprecio del oprobio). El higo es un fruto delicioso; por lo cual se entiende que es necesario que quienes ya se acercan a los dones celestiales, desprecien todos los halagos de la seducción carnal. Pero si se admite más bien el desprecio del oprobio, por esto ya somos instruidos dubitativamente para que, si alguna vez somos deshonrados por las injurias de los heréticos o de cualquier réprobo, no nos turbemos. Por lo cual ciertamente somos enseñados saludablemente de ambas maneras: para que ni la irrisión del desprecio deshonesto nos mueva, ni ningún deleite de la dulzura terrena nos relaje; a fin de que de este mundo podamos decir con el Profeta: «Como son sus tinieblas, así es también su luz» (Sal 138).

Inde commigrant ad montes Abarim contra Nabo. Abarim, transitus, Nabo abscessio interpretatur; ubi scilicet anima quasi per omnes itineris mansiones, ita per cunctas fuerit progressa virtutes, quia jam ad culmen perfectionis ascendit, mente mox transit ex hoc saeculo, et abscedit. Quae nimirum etsi adhuc manere videatur in mundo, in carne tamen, non secundum carnem ambulans, jam recessit e mundo. Sicut de Enoch dicitur: «Et non inveniebatur, quia transtulit illum Deus (Gen. V).» Ita quisquis sanctitate perfectus, et mundo jam mortuus, pertransiit mundum, et habitat in regione virtutum.

Postrema vero mansio est in campestribus Moab, super Jordanem contra Jericho. Ad hoc enim tam longi itineris transitus agitur, ad hoc totus aerumnis ac laboribus per vastam hujus mundi solitudinem suspiratur, ut applicemus ad Jordanem, hoc est, accedamus ad inexhaustam coelestis sapientiae plenitudinem. Juxta quam peregrinationis nostrae tabernaculum construentes, ejus fluentis a cunctis nos Aegypti squaloribus properemus abluere, ut purificati terram repromissionis valeamus intrare, ut simus, sicut de sponsa in Canticis dicitur: «Oculi ejus sicut columbae super rivos aquarum, quae lacte sunt lotae et resident juxta fluenta plenissima (Cant. V).» Et notandum quod profectio ista non in montibus, sed in campestribus desinit, quoniam sancti quique quanto celsiori perfectione sunt praediti, tanto majori sunt humilitate fundati. Qui etiam contra Jericho mansiones aedificant, quoniam adversus mundum, qui per eam designatur, infoederabiliter pugnant. Quibus dicitur: «Si de mundo fuissetis, mundus, quod suum erat, diligeret; sed quia de mundo non estis, propterea odit vos mundus (Joan. XV).»

Expliciunt testimonia libri Numeri.

INCIPIUNT CAPITULA LIBRI DEUTERONOMII. 1. Quod lex in monte Horeb data sit. 2. Ait Dominus Moysi: Vade, et dic populo: Revertimini in tentoria vestra; tu vero hic sta mecum.

3. Ait Moyses populo: Dedit tibi Dominus cibum, manna, quod ignorabas tu et patres tui.

4. Non est, inquit Moyses, terra, quam ingredimini possidendam, similis terrae Aegypti, de qua existis, sed de coelo pluviam exspectans.

5. Quod praecipit Dominus ut, appropinquante jam praelio, sacerdos ante aciem staret, et exhortaretur populum.

6. Ut homo formidolosus et corde pavido non egrederetur ad bellum; sed revertatur in terram suam, ne alios pavere faciat.

7. Ut mulieri in bello captae et in conjugium victoris electae corporis superfluitas abscindatur.

De allí emigran a los montes de Abarim frente a Nebo. Abarim se interpreta como *transitus* (tránsito), Nebo como *abscessio* (alejamiento o partida); donde ciertamente el alma, como si hubiera progresado por todas las mansiones del camino, así por todas las virtudes, porque ya ha subido a la cumbre de la perfección, pasa pronto con la mente de este siglo y se aleja. La cual, sin duda, aunque todavía parezca permanecer en el mundo, sin embargo en la carne, no caminando según la carne, ya se ha retirado del mundo. Como se dice de Enoc: «Y no fue hallado, porque Dios lo trasladó» (Gén 5). Así, quienquiera que es perfecto en santidad, y ya muerto para el mundo, ha pasado a través del mundo y habita en la región de las virtudes.

La última mansión, en verdad, está en las llanuras de Moab, sobre el Jordán frente a Jericó. Para esto se hace el tránsito de tan largo camino, para esto se suspira con todas las tribulaciones y trabajos por la vasta soledad de este mundo: para que lleguemos al Jordán, esto es, nos acerquemos a la inagotable plenitud de la sabiduría celestial. Construyendo cerca de él el tabernáculo de nuestra peregrinación, apresurémonos a lavarnos de todas las suciedades de Egipto en sus corrientes, para que purificados podamos entrar en la tierra de la promesa, para que seamos, como se dice de la esposa en el Cantar: «Sus ojos como palomas sobre los arroyos de las aguas, que están lavadas con leche y residen junto a las corrientes plenísimas» (Cant 5). Y hay que notar que esta partida termina no en los montes, sino en las llanuras, porque todos los santos, cuanto más dotados están de una perfección más elevada, tanto más fundados están en una mayor humildad. Quienes también construyen mansiones frente a Jericó, porque luchan irreconciliablemente contra el mundo, que por ella se designa. A quienes se dice: «Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; pero porque no sois del mundo, por eso el mundo os odia» (Jn 15).

Terminan los testimonios del libro de los Números.

COMIENZAN LOS TÍTULOS DE LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DEL DEUTERONOMIO. 1. Que la ley fue dada en el monte Horeb. 2. Dice el Señor a Moisés: Ve y di al pueblo: Volved a vuestras tiendas; tú, en cambio, quédate aquí conmigo.

3. Dice Moisés al pueblo: El Señor te dio el alimento, el maná, que tú y tus padres no conocíais.

4. No es, dice Moisés, la tierra en la que vais a entrar para poseerla, semejante a la tierra de Egipto de la que habéis salido, sino que espera la lluvia del cielo.

5. Que manda el Señor que, al aproximarse ya la batalla, el sacerdote esté ante la línea de combate y exhorte al pueblo.

6. Que el hombre miedoso y de corazón pávido no salga a la guerra; sino que vuelva a su tierra, para que no haga temer a los otros.

7. Que a la mujer capturada en la guerra y elegida para el matrimonio del vencedor se le corte la superfluidad del cuerpo.

8. Quod si filius odiosae conjugis primogenitus fuerit, non possit dilectae filius ei praeferri, ut primogeniti locum teneat.

9. Ut si acceperit homo uxorem, et illa non invenerit gratiam ante oculos ejus, scribat ei libellum repudii, et dimittat eam de domo sua.

10. Ut si eum qui peccavit judices dignum viderint plagis, prosternant, et coram se faciant verberari.

11. De justo pondere et aequali modio habendis.

12. Moyses de Aser: ferrum, inquit, et aes calceamentum ejus.

Expliciunt capitula.

INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI DEUTERONOMII.

CAPUT PRIMUM. In epistola ad Alexandrum papam, ubi de insolentia malorum.

Mens humana, terrenis obtenebrata negotiis, frustra se in contemplationis culmen attollere nititur, dum actionum saecularium merito quasi congestis lapidum ruderibus aggravatur. Sicut enim aluta, postquam per limosa luti fluenta transierit, non admittit arvinam, sic mens humana, nisi ab humore fuerit curae saecularis exsucca, non percipit supernae pinguedinis gratiam. Pellis enim sicca pinguedinem combibit, humefacta repellit. Et humanum cor, donec curarum saecularium madore turgescit, saginas internae gratiae non admittit. Unde et lex in monte Horeb data legitur (Exod. XX), quod videlicet siccitas interpretatur. Illa denique mens quae per amorem spiritus in alta sustollitur, mons est in quo lex Domini irreprehensibilis, quae procul dubio charitas est, divinitus promulgatur. Et hic mons veraciter est Horeb, qui siccitas dicitur, in quo videlicet omnium vitiorum humor excoquitur, et ad radios solis justitiae cunctum libidinis atque carnalis illecebrae rheuma siccatur. Hinc est quod vasa templi in argillosa terra, quae videlicet aquam sitienter imbibit, Hiram ad Salomonis imperium fabricavit (III Reg. VII); ex quibus nimirum vasis et illud est quod imbre coelesti concupiscit impleri, dicens: «Anima mea sicut terra sine aqua tibi (Psal. CXLII);» ad quod ideo aestuans clamat: «Sitivit anima mea ad Deum vivum: quando veniam et apparebo ante faciem Dei?» (Psal. XLI).

Caput II.

In epistola ad fratres Cluniacenses.

8. Que si el hijo de la esposa odiada fuera el primogénito, no pueda el hijo de la amada serle preferido para ocupar el lugar del primogénito.

9. Que si un hombre tomara una esposa, y ella no hallara gracia ante sus ojos, le escriba un libelo de repudio y la despida de su casa.

10. Que si los jueces vieran a aquel que pecó digno de azotes, lo postren y lo hagan golpear ante ellos.

11. De tener un peso justo y una medida igual.

12. Moisés sobre Aser: el hierro, dijo, y el bronce serán su calzado.

Terminan los títulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DEL DEUTERONOMIO.

CAPÍTULO PRIMERO. En la epístola al papa Alejandro, donde trata sobre la insolencia de los malos.

La mente humana, oscurecida por los negocios terrenales, en vano se esfuerza por elevarse a la cumbre de la contemplación, mientras por el mérito de las acciones seculares se ve agravada como por montones de escombros de piedras. Pues así como el cuero, después de haber pasado por las lodosas corrientes del fango, no admite la grasa, así la mente humana, a no ser que sea desecada del humor del cuidado secular, no percibe la gracia de la pingüedumbre superna. Pues la piel seca embebe la pingüedumbre, la humedecida la repele. Y el corazón humano, mientras se hincha con el frescor de las preocupaciones seculares, no admite el alimento de la gracia interna. De donde también se lee que la ley fue dada en el monte Horeb (Éx 20), que ciertamente se interpreta como *siccitas* (sequedad). Aquella mente, en fin, que por el amor del espíritu se eleva a lo alto, es el monte en el que la ley del Señor irreprochable, que sin duda es la caridad, se promulga divinamente. Y este monte es verdaderamente Horeb, que se llama sequedad, en el cual ciertamente el humor de todos los vicios se consume, y ante los rayos del sol de justicia se seca todo el reuma de la libido y de la seducción carnal. De ahí que Hiram, por orden de Salomón, fabricara los vasos del templo en una tierra arcillosa (1 Re 7), la cual ciertamente embebe el agua sedientamente; de cuyos vasos es también aquel que desea ser llenado por la lluvia celestial, diciendo: «Mi alma es para ti como tierra sin agua» (Sal 142); por lo cual clama ardientemente: «Mi alma tuvo sed del Dios vivo: ¿cuándo vendré y apareceré ante la faz de Dios?» (Sal 41).

Capítulo II.

En la epístola a los hermanos de Cluny.

Caveant hi qui prodire fortassis adhuc in publicum concupiscunt ne, dum inania cernere liberis obtutibus inhiant, dextrum oculum, hoc est vim intimae contemplationis, exstinguant. Nec pruriat eorum gula cum illo carnali Israel porros, cepas et allia (Num. XI), quarum videlicet herbarum vehemens acrimonia oculos turbat et ad lacrymas provocat, quia nimirum saecularis actio, dum multis pressurarum angustiis cingitur, dum laborum ingruentium crebra perturbatione vexatur, quibus gaudere promisit, saepe fere compellit. Plane si laboris delectat exercitium, habet sancta quies laborem suum. Unde Dominus ad Moysen: «Vade, inquit, et die eis: Revertimini in tentoria vestra; tu vero hic sta mecum, et loquar tibi omnia mandata, caerimonias atque judicia (Deut. V).» Caeteris quippe in carnis suae tentorio delectabiliter quiescentibus, servus Dei non residere jubetur, sed stare cum Domino, ut quo remotius a mundi laboribus cessat, eo vigilantius in divinis obsequiis ipse se sanctae quietis fervore exerceat.

Caput III.

In eadem epistola.

«Dedit tibi Dominus cibum manna, quod ignorabas tu et patres tui, ut ostenderet tibi quod non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod egreditur ex ore Domini (Deut. VIII; Matth. IV; Luc. IV),» ubi et praesto subjungit: «Vestimentum tuum, quo operiebaris, nequaquam vetustate defecit, et pes tuus non est subtritus, en quadragesimus annus est: ut recogites in corde tuo, quia sicut erudit homo filium suum, sic Dominus Deus tuus erudivit te, ut custodias mandata Domini Dei tui, et ambules in viis ejus, et timeas eum (Deut. VIII).» In quibus verbis illud est solertius attendendum quod ait: «Dedit tibi manna, ut ostenderet quod non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod egreditur ex ore Dei.» Ubi luce clarius constat quia illud manna, quo illi carnaliter alebantur, hoc divini verbi significabat pabulum, quo nunc in anima recreamur. Et notandum quod de hoc manna in libro Exodi legitur: «Quod cum vidissent, inquit, filii Israel, dixerunt ad invicem: Manhu? quod significat: Quid est hoc?» (Exod. XVI.) Illi ergo manna, id est quid est hoc, veraciter comedunt qui, dum legunt, vel audiunt, divini verbi mysterium solerter inquirunt, qui nimirum intra litteralis paleae thecam dulcem intelligentiae spiritalis ambiunt enucleare medullam. Hic certe quid est hoc veraciter vescitur, qui assidue in Scriptura sacra solerti meditatione versatur.

Caput IV.

In sermone de S. Bartholomaeo.

Tengan cuidado aquellos que tal vez desean todavía salir al público, no sea que, mientras ansían contemplar cosas vanas con miradas libres, extingan el ojo derecho, esto es, la fuerza de la íntima contemplación. Ni les pique la gula con aquel Israel carnal por los puerros, cebollas y ajos (Núm 11), cuya vehemente acritud de las hierbas ciertamente turba los ojos y provoca las lágrimas, porque sin duda la acción secular, mientras se rodea de muchas angustias de presiones, mientras se ve vejada por la frecuente perturbación de los trabajos que la asaltan, a menudo obliga a llorar a quienes prometió alegrar. Ciertamente, si el ejercicio del trabajo deleita, el santo descanso tiene su propio trabajo. De donde dijo el Señor a Moisés: «Ve y diles: Volved a vuestras tiendas; tú, en cambio, quédate aquí conmigo, y te diré todos los mandatos, ceremonias y juicios» (Dt 5). Mientras los demás, por cierto, descansan deleitablemente en la tienda de su carne, al siervo de Dios se le manda no residir, sino estar con el Señor, para que cuanto más remotamente descanse de los trabajos del mundo, tanto más vigilante se ejercite él mismo en los divinos obsequios con el fervor del santo descanso.

Capítulo III.

En la misma epístola.

«Te dio el Señor el maná por alimento, que tú y tus padres no conocíais, para mostrarte que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor (Dt 8; Mt 4; Lc 4)», donde también añade al punto: «Tu vestimenta, con la que estabas cubierto, de ningún modo faltó por la vejez, y tu pie no se ha desgastado, he aquí que es el cuadragésimo año: para que recapacites en tu corazón que, como un hombre instruye a su hijo, así el Señor tu Dios te ha instruido a ti, para que guardes los mandatos del Señor tu Dios, y camines por sus vías y le temas (Dt 8)». En cuyas palabras debe atenderse más solícitamente aquello que dice: «Te dio el maná para mostrar que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Donde consta más claro que la luz que aquel maná con el que ellos se alimentaban carnalmente, significaba este pasto de la palabra divina con el que ahora somos recreados en el alma. Y hay que notar que sobre este maná se lee en el libro del Éxodo: «Lo cual, cuando lo vieron los hijos de Israel, se dijeron unos a otros: ¿Manhu?, que significa: ¿Qué es esto?» (Éx 16). Comen, pues, verdaderamente el maná, esto es, el «¿qué es esto?», aquellos que, mientras leen o escuchan, inquieren solícitamente el misterio de la palabra divina, quienes ciertamente dentro de la teca de la paja literal pretenden enuclear la dulce médula de la inteligencia espiritual. Aquí ciertamente se alimenta de verdad del «¿qué es esto?» quien se ocupa asiduamente en la Sagrada Escritura con solícita meditación.

Capítulo IV.

En el sermón sobre San Bartolomé.

Moyses mystice de sancta dicit Ecclesia: «Non est, inquit, terra, ad quam ingredimini possidendam, similis terrae Aegypti, de qua existis, ubi jacto semine in hortorum morem aquae deducuntur irriguae, sed de coelo pluvias exspectans, quam Deus suus invisit omni tempore (Deut. XI).» Saecularis enim prudentia quasi coluber per humum serpit et huc illucque lubrica varietate declinat, divina vero sapientia de coelestibus intonat. Hortus etiam hic sinistram habet significationem. Nam carnalis scientiae videtur designare lasciviam; sicut et illic, ubi Achab petiit vineam Naboth: «Da mihi vineam tuam, ut faciam mihi hortum olerum (III Reg. XXI).» Ille quippe in hortum conatur vineam vertere, qui rigorem virtutis jucunda carnalis illecebrae vult amoenitate mutare. Et Psalmista reprobos oleribus comparat, dicens: «Tanquam fenum velociter arescent, et sicut olera herbarum cito cadent (Psal. XXXVI).»

Caput V.

In sermone de S. Anastasio.

«Appropinquante, ait Dominus, jam praelio, stabit sacerdos ante aciem, et sic loquetur ad populum: Audi, Israel: vos hodie contra inimicos vestros pugnam committitis, non pertimescat cor vestrum, nolite metuere, nolite cedere, nec formidetis eos, quia Dominus Deus vester in medio vestri est, et pro vobis contra adversarios dimicabit, ut eruat vos de periculo (Deut. XX).» Et notandum quod sacerdos qui, imminente jam bello, concionatur, non alibi, sed ante aciem stare praecipitur, ut videlicet eos ad pugnam, quos adhortationibus provocat, ipse quoque praevius antecedat, ne dum alios 154 ad bellum impellere nititur, ipse degeneri torporis otio per negligentiam resolvatur, sicut de quibusdam magna quidem praedicantibus, sed desidiose viventibus, per Prophetam dicitur: «Filii Ephrem intendentes arcum et mittentes sagittas suas conversi sunt in die belli (Psal. LXXVII).»

Caput VI.

In sermone de S. Georgio.

Moisés dice místicamente sobre la santa Iglesia: «No es», dice, «la tierra a la que vais a entrar para poseerla, semejante a la tierra de Egipto de la que habéis salido, donde una vez arrojada la semilla, se conducen las aguas de riego a la manera de los huertos, sino que espera las lluvias del cielo, la cual su Dios visita en todo tiempo (Dt 11)». Pues la prudencia secular, como una culebra, se arrastra por el suelo y se desvía de aquí para allá con lúbrica variedad, pero la sabiduría divina truena desde las cosas celestiales. También el huerto aquí tiene una significación siniestra. Pues parece designar la lascivia de la ciencia carnal; como también allí donde Acab pidió la viña de Nabot: «Dame tu viña para hacerme un huerto de hortalizas (1 Re 21)». Ciertamente, intenta convertir la viña en huerto quien quiere cambiar el rigor de la virtud por la agradable amenidad de la seducción carnal. Y el Salmista compara a los réprobos con las hortalizas, diciendo: «Como el heno se secarán velozmente, y como las hortalizas de las hierbas pronto caerán (Sal 36)».

Capítulo V.

En el sermón sobre San Anastasio.

«Cuando el combate se acerque», dice el Señor, «el sacerdote se pondrá ante la línea de batalla, y hablará así al pueblo: Escucha, Israel: vosotros hoy entabláis combate contra vuestros enemigos; no desfallezca vuestro corazón, no temáis, no cedáis, ni los tengáis miedo, porque el Señor vuestro Dios está en medio de vosotros, y luchará por vosotros contra los adversarios, para libraros del peligro (Dt 20)». Y debe notarse que al sacerdote que, ante la inminencia de la guerra, predica, se le ordena estar no en otro lugar, sino ante la línea de batalla, para que, evidentemente, él también preceda como guía a aquellos a quienes provoca al combate con sus exhortaciones, no sea que mientras se esfuerza por impulsar a otros a la guerra, él mismo se relaje en el degenerado ocio del torpor por negligencia, como se dice a través del Profeta sobre algunos que ciertamente predican grandes cosas, pero viven perezosamente: «Los hijos de Efraín, que tensan el arco y lanzan sus saetas, se volvieron en el día de la batalla (Sal 77)».

Capítulo VI.

En el sermón sobre San Jorge.

«Homo formidolosus et corde pavido non egrediatur ad bellum, sed vadat et revertatur ad terram suam, ne pavere faciat corda fratrum suorum, sicut et ipse perterritus est (Deut. XX).» Quibus nimirum verbis liquido perdocemur quia pro defensione fidei dimicare fortiter et idonee nequeunt qui adhuc nudari terrenis opibus pertimescunt; tolerabilius enim est ut domum quodammodo redeuntes ignobiliter et imbelles vivant quam secum et alios a triumphandi gloria per degeneris exempla timoris avertant.

Caput VII.

In libro de perfectione monachorum.

Per Moysen lege decernitur ut mulieri in bello captae et in conjugium victoris electae corporis circumfluitas abscindatur: «Quae radet, inquit, caesariem et circumcidet ungues et deponet vestem in qua capta est; sedensque in domo sua flebit patrem et matrem uno mense, et postea intrabis ad illam dormiesque cum illa, et erit uxor tua (Deut. XXI).» Mulieri quippe caesariem radimus, cum rationali disciplinae sensus superfluos amputamus. Ungues etiam circumcidimus, cum ab ea mortua quaeque superstitionum opera desecamus. Quae etiam vestem deponere, in qua est capta, praecipitur, ut superductam fabularum et quorumlibet figmentorum exuat superficiem, ac solidam verae rationis exhibeat veritatem. Patrem vero et matrem deflet, quia liberalium auctores artium mens nostra mortuos deputat et eos in errore periisse compatiendo deplorat. Consuetudo autem feminarum est per unumquemque mensem sui sanguinis effusione purgari: post mensem itaque ad hanc mulierem infrare praecipur, ut artem cujuslibet disciplinae omni superstitionum contagio defaecatam velut in conjugium sortiamur, quatenus jam Israelitica facta consequenter in Israelitae conjugium transeat et bene fecundam spiritualium operum sobolem reddat.

Caput VIII.

In epistola ad Bonifacium, quae est de eo quod exteriori prudentiae spirituali: sapientia debeat praeferri.

«Si habuerit homo uxores duas, unam dilectam et alteram odiosam, genueritque ex eis liberos, et fuerit filius odiosae primogenitus, volueritque substantiam inter filios dividere, non 155 poterit filium dilectae facere primogenitum et praeferre filio odiosae, sed filium odiosae agnoscet primogenitum, dabitque ei de his quae habuerit cuncta duplicia; iste est enim principium liberorum ejus et huic debentur primogenita (Deut. XXI).»

«El hombre temeroso y de corazón pávido no salga a la guerra, sino que vaya y regrese a su tierra, para que no haga temer los corazones de sus hermanos, tal como él mismo está aterrorizado (Dt 20)». Por estas palabras, ciertamente, se nos enseña claramente que no pueden luchar valerosa e idóneamente por la defensa de la fe quienes todavía temen ser despojados de las riquezas terrenales; pues es más tolerable que, regresando a casa de algún modo, vivan innoblemente y sin combatir, que el que aparten a sí mismos y a otros de la gloria de triunfar mediante ejemplos de miedo degenerado.

Capítulo VII.

En el libro sobre la perfección de los monjes.

Por la ley, a través de Moisés, se decreta que a la mujer capturada en la guerra y elegida para el matrimonio por el vencedor se le corte la superfluidad del cuerpo: «Ella se afeitará», dice, «el cabello y se cortará las uñas y se quitará el vestido en el que fue capturada; y sentada en su casa llorará a su padre y a su madre durante un mes, y después entrarás a ella y dormirás con ella, y será tu esposa (Dt 21)». Ciertamente, afeitamos el cabello de la mujer cuando amputamos los sentidos superfluos para la disciplina racional. También cortamos las uñas cuando cercenamos de ella cualesquiera obras muertas de las supersticiones. A ella también se le ordena quitarse el vestido en el que fue capturada, para que se despoje de la superficie superpuesta de las fábulas y de cualesquiera ficciones, y muestre la sólida verdad de la razón verdadera. Y llora al padre y a la madre porque nuestra mente considera muertos a los autores de las artes liberales y deplora con compasión que hayan perecido en el error. Además, la costumbre de las mujeres es ser purificadas cada mes por la efusión de su sangre: por lo tanto, después de un mes se nos ordena entrar a esta mujer, para que sorteemos como en matrimonio el arte de cualquier disciplina purificado de todo contagio de supersticiones, a fin de que, ya convertida en israelita, pase consecuentemente al matrimonio de un israelita y dé una prole bien fecunda de obras espirituales.

Capítulo VIII.

En la epístola a Bonifacio, que trata sobre que la sabiduría espiritual debe anteponerse a la prudencia exterior.

«Si un hombre tiene dos mujeres, una amada y otra odiada, y de ellas engendra hijos, y el hijo de la odiada fuera el primogénito, y quisiera dividir la hacienda entre los hijos, no podrá 155 hacer primogénito al hijo de la amada y anteponerlo al hijo de la odiada, sino que reconocerá como primogénito al hijo de la odiada, y le dará de todo lo que tuviera porción doble; pues este es el principio de sus hijos y a este se le debe la primogenitura (Dt 21)».

Duae scilicet hominis uxores sunt, virtus et voluptas, livoris et odii inter se invicem velut quadam zelotypia dissidentes; et voluptas quidem ad hanc vitam, virtus ad aeternam pertinet gloriam. Illa plane dilecta est, quia virum suum, hoc est fragilem cujusque spiritum, malesuada jucunditate demulcet; ista vero dicitur odiosa, quia per arctam et angustam viam homines ire constituit et aspera semper ac dura proponit: sed filius odiosae nobis primogenitus est, quia virtutem Conditor noster nobis originaliter indidit; voluptas autem et quaelibet carnalis illecebra ex vitio nostrae pravitatis emersit. Sed quia neu est istius temporis per singula verba hujus praecepti figuram enucleanter exponere, sufficiat hoc ad compendium dicere ut, si non possumus dilectam uxorem, quae nobis procul dubio noxia est, a thalami nostri societate repellere, studeamus saltem quae sobria est et honesta in primogeniti dignitate praeferre, quatenus si nobis difficile est quantulamcunque saltem hujus vitae dulcedinem non sentire, praerogetur tamen dominii palma virtuti, relinquatur servitus voluptati; illius filius in primogeniti dignitate praecellat, istius autem filius in subsequela ordinis et sub disciplinae semper refrenatione supersistat. Vis fortassis addiscere qui uxoris dilectae sunt filii? Paulus inquiratur Apostolus: «Manifesta sunt, inquit, opera carnis, quae sunt fornicatio, immunditia, luxuria, idolorum servitus, veneficia, inimicitiae, contentiones, aemulationes, irae, rixae, dissensiones, sectae, invidiae, homicidia, ebrietates, comessationes et his similia, quae praedico vobis, sicut praedixi: quoniam qui talia agunt regnum Dei non consequentur (Gal. V).» Vis enim consequenter audire quae sit soboles odiosae? ausculta quod subdidit: «Fructus autem Spiritus est charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas (Ibid.).» Hic ergo filius tanquam primogenitus duplicia debet habere substantiae, videlicet ut fructus Spiritus corpus simul et animam regat atque utriusque substantiae, interioris scilicet, et exterioris hominis jura possideat.

Caput IX.

In epistola ad Cincium praefectum.

«Si acceperit homo uxorem, et habuerit eam et non invenerit gratiam ante oculos ejus, propter aliquam foeditatem, scribat libellum repudii, et dabit in manu ejus et dimittet eam de domo sua (Deut. XXIV).» Haec igitur uxor nostra, carnalis scilicet vita, utinam in oculis nostris gratiam nunquam prorsus inveniat, sed ejus abominabilis foeditas mentium nostrarum nares, ut dignum est, semper offendat. Quae, libello repudii per legem poenitentiae semel accepto, sic a connubii nostri liminibus excludatur ut in 156 nostros denuo non revertatur ampiexus.

Ciertamente, las dos mujeres del hombre son la virtud y el placer, que disienten entre sí por una especie de celotipia de envidia y odio; y el placer, por cierto, pertenece a esta vida, la virtud a la gloria eterna. Aquella es claramente amada porque acaricia a su marido, esto es, al frágil espíritu de cada uno, con una persuasiva alegría; pero esta es llamada odiada porque establece que los hombres vayan por el camino estrecho y angosto y siempre propone cosas ásperas y duras: pero el hijo de la odiada es nuestro primogénito, porque nuestro Creador nos insertó originalmente la virtud; mientras que el placer y cualquier seducción carnal surgió del vicio de nuestra depravación. Pero como no es de este momento exponer claramente en detalle la figura de este precepto palabra por palabra, baste decir esto como compendio: que si no podemos repeler a la mujer amada, que nos es sin duda nociva, de la sociedad de nuestro tálamo, procuremos al menos anteponer a la que es sobria y honesta en la dignidad de primogénito, a fin de que, si nos es difícil no sentir al menos alguna pequeña dulzura de esta vida, se le otorgue sin embargo la palma del dominio a la virtud, y se le deje la servidumbre al placer; que el hijo de aquella sobresalga en la dignidad de primogénito, pero el hijo de esta permanezca en la sucesión del orden y siempre bajo el freno de la disciplina. ¿Acaso quieres aprender quiénes son los hijos de la mujer amada? Consúltese al Apóstol Pablo: «Manifiestas son», dice, «las obras de la carne, que son fornicación, inmundicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, riñas, disensiones, sectas, envidias, homicidios, borracheras, orgías y cosas semejantes a estas, de las cuales os predigo, como ya os predije: que quienes tales cosas hacen no conseguirán el reino de Dios (Gál 5)». ¿Quieres, pues, oír consecuentemente cuál es la prole de la odiada? escucha lo que añadió: «Mas el fruto del Espíritu es caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad (Ibíd.)». Este hijo, por tanto, como primogénito debe tener el doble de la sustancia, a saber, para que el fruto del Espíritu rija al mismo tiempo el cuerpo y el alma y posea los derechos de ambas sustancias, es decir, del hombre interior y del exterior.

Capítulo IX.

En la epístola al prefecto Cincio.

«Si un hombre tomara una mujer, y la tuviera y ella no hallara gracia ante sus ojos por alguna fealdad, escribirá un acta de divorcio, y la pondrá en su mano y la despedirá de su casa (Dt 24)». Por lo tanto, esta mujer nuestra, a saber, la vida carnal, ¡ojalá nunca encuentre gracia alguna ante nuestros ojos!, sino que su abominable fealdad siempre ofenda las narices de nuestras mentes, como es digno. Que ella, una vez recibida el acta de divorcio por la ley de la penitencia, sea excluida de los umbrales de nuestro matrimonio de tal modo que no regrese de nuevo a 156 nuestros abrazos.

Unde et vir sapiens ait: «Averte faciem tuam a muliere compta, et non circumspicias speciem alienam (Eccli. IX);» quae quoniam aliena dicitur, merito cum Agar, non uxor, sed concubina intelligitur. Agar enim peregrina, vel accola interpretatur. Et quia per Salomonem haec cadem impudica mulier dicit: «Aspersi cubile meum myrrha, et aloe et cinnamomo (Prov. VII);» merito cum altera concubina Abrahae poterit comparari. Cethura siquidem dicitur odorifera. Vita quippe carnalis spirat odoramenta mendacii. Unde et in Proverbiis dicitur: «Custodi te a muliere mala et a blanda lingua extraneae; non concupiscat pulchritudinem ejus cor tuum (Prov. VI).» Haec enim blanda lingua, videlicet carnalis vitae, miseros homines dicere persuadet: «Venite, perfruamur bonis quae sunt, et utamur creatura tanquam in juventute celeriter; vino pretioso et unguento nos impleamus, et non praetereat nos flos temporis,» etc. (Sap. II). At contra de muliere, quae religiosam signat vitam, scriptum est: «Mulieris bonae beatus vir, numerus enim annorum illius duplex; mulier fortis oblectat virum suum, et annos vitae illius in pace implebit (Eccli. XXVI).» Quomodo est numerus annorum hominis duplex, nisi quia et hic vivit in conversatione sancta et illic est victurus in gloria? Hae plane duae vitae, spiritualis scilicet atque carnalis, quadam inter se invicem quasi zelotypia dissident et ad diversum vivendi finem corda hominum trahunt. Ista siquidem cohibet gulae pruriginem, ne modum sobriae refectionis excedat; illa ventres ingurgitat et per immoderata ciborum oblectamenta relaxat. Ista suspiriis ac gemitibus pascitur; illa cachinnis et ineptis lusibus delectatur. Ista sursum spiritum erigit et in coelestis desiderii arce suspendit; illa curis saecularibus et opibus congerendis incumbit. Ista quidquid injuriarum, quidquid adversitatis ingeritur aequanimiter tolerat; illa graviores potius violentias accipit, judicia quae tolerentur importat.

Caput X

In epistola ad Petrum monachum.

«Si eum qui peccavit judices dignum viderint plagis, prosternent et coram se facient verberari;» ubi et mox additur: «Pro mensura peccati erit et plagarum modus, ita ut quadragenarium numerum duntaxat non excedant, ne foede laceratus ante oculos tuos obeat frater tuus (Deut. XXV).» Quod videlicet illi populo legale praeceptum nobis est allegoriae mysterium. Quadragenarius siquidem numerus humanae vitae significat cursum. Hinc est quod Israel annis quadraginta graditur per desertum (Num. XIV, XXXII).

Por lo cual también dice el hombre sabio: «Aparta tu rostro de la mujer adornada, y no mires la belleza ajena (Eclo 9)»; la cual, puesto que es llamada ajena, con razón se entiende como concubina junto con Agar, no como esposa. Pues Agar se interpreta como «extranjera» o «moradora». Y porque a través de Salomón esta misma mujer impúdica dice: «He rociado mi lecho con mirra, áloe y cinamomo (Prov 7)»; con razón podrá ser comparada con la otra concubina de Abraham. Ciertamente, Cetura es llamada «perfumada». Pues la vida carnal exhala los perfumes de la mentira. Por lo cual también se dice en los Proverbios: «Guárdate de la mujer mala y de la lengua halagadora de la extraña; no codicie tu corazón su hermosura (Prov 6)». Pues esta lengua halagadora, a saber, de la vida carnal, persuade a los hombres miserables a decir: «Venid, disfrutemos de los bienes que hay, y usemos de la criatura rápidamente como en la juventud; llenémonos de vino precioso y de ungüento, y no pase de nosotros la flor del tiempo», etc. (Sab 2). Pero, por el contrario, sobre la mujer que significa la vida religiosa, está escrito: «Dichoso el marido de la mujer buena, pues el número de sus años es doble; la mujer fuerte deleita a su marido, y llenará en paz los años de su vida (Eclo 26)». ¿Cómo es el número de los años del hombre doble, sino porque tanto vive aquí en santa conversación como ha de vivir allá en la gloria? Estas dos vidas claramente, a saber, la espiritual y la carnal, disienten entre sí por una especie de celotipia, por así decirlo, y atraen los corazones de los hombres hacia un fin de vida diverso. Pues aquella refrena el prurito de la gula, para que no exceda la medida de una sobria comida; esta engulle los vientres y los relaja mediante inmoderados deleites de manjares. Aquella se alimenta de suspiros y gemidos; esta se deleita con carcajadas y juegos necios. Aquella eleva el espíritu hacia arriba y lo suspende en la fortaleza del deseo celestial; esta se entrega a las preocupaciones seculares y a amontonar riquezas. Aquella tolera con ecuanimidad cualquier injuria, cualquier adversidad que se le infiera; esta recibe más bien violencias más graves, e introduce juicios que han de ser soportados.

Capítulo X.

En la epístola a Pedro el monje.

«Si los jueces vieran que quien ha pecado es digno de azotes, lo tenderán y harán que sea azotado en su presencia»; donde también se añade pronto: «Según la medida del pecado será el modo de los azotes, de tal manera que no excedan solamente el número de cuarenta, no sea que tu hermano muera feamente lacerado ante tus ojos (Dt 25)». El cual precepto legal, ciertamente para aquel pueblo, es para nosotros un misterio de alegoría. Pues el número cuarenta significa el curso de la vida humana. De aquí es que Israel camina por el desierto durante cuarenta años (Nm 14, 32).

Hinc Moyses (Exod XXIV) et Elias (III Reg XIX), insuper et ipse Dominus (Matth IV), tot diebus protraxere jejunium. Qui etiam sicut horis quadraginta in sepulcro mortuus jacuit, ita nihilominus post resurrectionem suam diebus totidem cum discipulis fuit, quatenus nos sua membra pius Magister edoceat, ut per capitis nostri vestigia gradientes et mortui mundo et velut peregrini hospitemur in saeculo. Mystice 157 quoque peccator in lege dum vapulare praecipitur, excedi quadragenarius plagarum numerus prohibetur, quia quisquis in hac vita perfectam egerit poenitentiam, nullam postmodum pro suis excessibus sentiet poenam.

Caput XI.

In sermone de S. Anastasio.

«Non habebis in sacculo diversa pondera, majus et minus, nec erit in domo tua modius major et minor. Pondus habebis justum et verum, et modius aequalis et verus erit tibi (Deut. XXV).» Enimvero tunc in sacculo diversa pondera non habemus, si intra secretum conscientiae nostrae, non aliter nobis atque aliter aliis judicantes, easdem legalium praeceptorum mensuras appendimus, nimirum ut nos aliis regulam districtae severitatis indicere, nosmetipsos vero studeamus remissioris indulgentiae lege tractare. De qua videlicet fraude et Salomon dicit: «Abominatio est Domino pondus duplex et statera dolosa (Prov. XI).» Necesse est ergo fruges verbi nequaquam diversis, sed eisdem metiri ponderibus, ut quae aliis agenda praecipimus, ipsi etiam vivis operibus efficaciter impleamus.

Caput XII.

In sermone de S. Bartholomaeo.

Aes aliquando sanctis congruere reperitur apostolis, de quibus sub Aser specie per Moysen in Deuteronomio dicitur: «Ferrum et aes calceamentum ejus (Deut. XXXIII).» Calceamentum quippe in Scriptura sacra munimentum praedicationis accipitur, sicut scriptum est: «Calceati pedes in praedicatione Evangelii pacis (Ephes. VI).» Quia ergo per ferrum virtus, per aes autem perseverantia longanimitatis exprimitur, ferrum et aes apostolorum dicitur esse calceamentum, nec non et praedicatorum quorumlibet sanctorum.

De aquí Moisés (Ex 24) y Elías (1 Re 19), además e incluso el Señor mismo (Mt 4), prolongaron su ayuno durante tantos días. El cual también, así como yació muerto en el sepulcro por cuarenta horas, así no obstante después de su resurrección estuvo con los discípulos por otros tantos días, a fin de que el piadoso Maestro nos enseñe a nosotros, sus miembros, que caminando por las huellas de nuestra cabeza, tanto muertos al mundo como cual peregrinos nos hospedemos en el siglo. Místicamente también, mientras en la ley se ordena que el pecador sea azotado, se prohíbe que se exceda el número de cuarenta azotes, porque quienquiera que en esta vida haya realizado una perfecta penitencia, no sentirá después ninguna pena por sus excesos. 157

Capítulo XI.

En el sermón sobre S. Anastasio.

«No tendrás en tu bolsa diversos pesos, mayor y menor, ni habrá en tu casa medida mayor y menor. Tendrás un peso justo y verdadero, y una medida igual y verdadera será para ti (Deut. XXV)». Pues de cierto no tenemos en la bolsa diversos pesos si, en el secreto de nuestra conciencia, no juzgando de una manera para nosotros y de otra para los demás, aplicamos las mismas medidas de los preceptos legales; a saber, de modo que nos esforcemos en imponer a los demás la regla de la severa rigidez, pero tratarnos a nosotros mismos por la ley de una indulgencia más relajada. De cuyo fraude también dice Salomón: «Abominación es al Señor el peso doble y la balanza engañosa (Prov. XI)». Es necesario, pues, medir los frutos de la palabra de ningún modo con diversos, sino con los mismos pesos, para que lo que mandamos que hagan los demás, nosotros mismos también lo cumplamos eficazmente con obras vivas.

Capítulo XII.

En el sermón sobre S. Bartolomé.

El bronce se encuentra a veces que conviene a los santos apóstoles, de quienes se dice bajo la figura de Aser por Moisés en el Deuteronomio: «Hierro y bronce son su calzado (Deut. XXXIII)». El calzado, en efecto, en la sagrada Escritura se toma como la protección de la predicación, como está escrito: «Calzados los pies en la predicación del Evangelio de la paz (Efes. VI)». Porque como por el hierro se expresa la virtud, pero por el bronce la perseverancia de la paciencia, el hierro y el bronce se dicen que son el calzado de los apóstoles, y también de cualesquiera santos predicadores.

Per ferrum scilicet adversantia mala patienter tolerant; per aes vero bona praeposita longanimiter servant. De quibus apostolis, sive apostolicis viris, praedicatoribus scilicet sanctis, ad eumdem Aser cum praemisissent: «Ascensor coeli auxiliator tuus;» illico subdidit: «Magnificentia ejus discurrunt nubes (Deut. XXXIII).» Quis enim est ascensor coeli, nisi Salvator noster, qui, postquam mortis imperium moriens perdidit, coelum, angelis comitantibus et discipulis suspicientibus penetravit? Hujus magnificentia nubes discurrunt, quia ejus auctoritate doctores sancti per mundum salutiferae praedicationis imbrem pluunt. De quibus et propheta: «Qui sunt, inquit, isti qui ut nubes volant?» (Isa. LX.) Istae nubes resolvuntur in aquam, cum terram cordis nostri doctrinae suae fluentis inebriant, ut eam ad proferenda pii operis germina fertilem reddant.

Expliciunt testimonia libri Deuteronomii.

INCIPIUNT CAPITULA LIBRI JOSUE.

1. Quod aquae Jordanis divisae sunt dum Israel, Josue ducente, transiret.

2. Quod praecepit Dominus ut tollerent duodecim lapides de medio Jordanis, ubi sacerdotes steterant, et ponerent in medio castrorum.

3. Quod Josue Dominus praecepit ut transiret in Galgala cum populo et illic eos cultris lapideis circumcideret.

4. Quod praecepit Dominus ut arcam foederis viri bellatores armati praecederent, et sacerdotes septem buccinas clangerent et sic Jericho septem diebus circumirent.

5. Quod in Arca tria continebantur, urna aurea cum manna, et tabula testamenti, et virga Aaron.

6. Ait Josue ad populum: Vos autem cavete ne de facultatibus Jericho quidpiam contingatis.

7. Quod subversa Jericho domus Rahab meretricis, de qua funiculus coccineus dependebat, evasit.

8. Subversa Jericho Josue imprecatus est, dicens: Maledictus vir coram Domino, qui suscitaverit et aedificaverit Jericho in primogenito suo.

9. Quod Gabaonitae pacis foedus ab Israelitis fraudulenter extorserunt in terra Pherezaei et Raphaim.

10. Dixit Josue filiis Joseph: Si populus multus es, ascende in silvam et succide tibi spatia ad habitandum.

Expliciunt capitula.

Por el hierro, a saber, toleran pacientemente los males contrarios; por el bronce, en cambio, conservan con paciencia los bienes propuestos. Sobre cuyos apóstoles, o varones apostólicos, a saber, santos predicadores, habiendo antepuesto para el mismo Aser: «El jinete del cielo es tu ayudador»; al punto añadió: «Por su magnificencia discurren las nubes (Deut. XXXIII)». Pues ¿quién es el jinete del cielo, sino nuestro Salvador, el cual, después de que muriendo perdió el imperio de la muerte, penetró el cielo, acompañándole los ángeles y mirándole los discípulos? Por su magnificencia discurren las nubes, porque por su autoridad los santos doctores llueven por el mundo la lluvia de la predicación saludable. Sobre los cuales también el profeta: «¿Quiénes son, dice, estos que vuelan como nubes?» (Isa. LX). Estas nubes se disuelven en agua cuando embriagan la tierra de nuestro corazón con los torrentes de su doctrina, para que la vuelvan fértil para producir los brotes de la obra piadosa.

Terminan los testimonios del libro del Deuteronomio.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE JOSUÉ.

1. Que las aguas del Jordán se dividieron mientras Israel, bajo el mando de Josué, cruzaba.

2. Que mandó el Señor que tomaran doce piedras de en medio del Jordán, donde los sacerdotes habían estado, y las pusieran en medio del campamento.

3. Que el Señor mandó a Josué que pasara a Gálgala con el pueblo y allí los circuncidara con cuchillos de piedra.

4. Que mandó el Señor que los varones guerreros armados precedieran al arca de la alianza, y siete sacerdotes tocaran siete trompetas y así rodearan Jericó por siete días.

5. Que en el Arca se contenían tres cosas: la urna de oro con el maná, y la tabla del testamento, y la vara de Aarón.

6. Dijo Josué al pueblo: «Vosotros, sin embargo, guardaos de tocar nada de las facultades de Jericó».

7. Que, subvertida Jericó, la casa de Rahab la meretriz, de la cual colgaba un cordón de escarlata, escapó.

8. Subvertida Jericó, Josué pronunció una imprecación, diciendo: «Maldito sea el varón ante el Señor, que levantare y edificare Jericó en su primogénito».

9. Que los gabaonitas extorsionaron fraudulentamente un pacto de paz de los israelitas en la tierra de los ferezeos y de los refaítas.

10. Dijo Josué a los hijos de José: «Si eres un pueblo numeroso, sube al bosque y corta para ti espacios para habitar».

Terminan los capítulos.

INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI JOSUE.

159 CAPUT PRIMUM. In secundo sermone de S. Joanne evangelista.

«Cum populus ingrederetur Jordanem, jubente Josue, aquae superiores ad instar montis intumescebant, inferiores vero in mare Mortuum delabebantur (Jos. III).» Quia profecto ex eis, qui baptizantur, alii in accepta coelestis gratiae dulcedine perseverant, alii in peccatorum amaritudinem defluere reprobe vivendo non cessant, et velut in maris mortui salsuginem corruunt, dum sapiendo terrena per pravae vitae declivia ad mortem tendunt. Nos autem non sic, dilectissimi, non sic, sed ad veram sapientiam animum transferentes sic per Dei misericordiam in virtutum studeamus alta proficere, ut in vitiorum pudeat voraginem declinare. Sic perseveremus semper ad superna properare quo tendimus, ut divini amoris dulcedinem in nostris jugiter mentibus conservemus.

Caput II.

In eodem sermone.

«Elige,» inquit Dominus ad Josue, «duodecim viros, singulos per singulas tribus, et praecipe eis ut tollant de medio alvei Jordanis, ubi fixerunt sacerdotes pedes, duodecim lapides durissimos quos ponetis in loco castrorum, ubi fixeritis hac nocte tentoria (Jos. IV).» Ut autem non omnia, licet plena mysteriis, verba discutiam, quid per hoc factum nobis innuitur, nisi ut postquam mystici Jordanis fluenta transimus, postquam de lavacri salutaris fonte consurgimus, durissimos duodecim lapides, id est firmissima apostolorum exempla, ad imitationem nobis proponere studeamus? Lapides quippe ubi sacerdotes pedes fixerant, in loco castrorum ponimus, si in procinctu spiritualis militiae positi, apostolorum vestigia constanter et firmiter teneamus. Nam juxta Salomonis sententiam: «Qui mollis et dissolutus est in opere suo, frater est sua opera dissipantis (Prov. XVIII).» Nimirum qui in moribus suis molles ac fluidi sunt, more aquae praecipites ad ima defluunt; qui vero constantes ac firmi, in arcem quotidie virtutis excrescunt.

Caput III.

In sermone primo de S. Bartholomaeo.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE JOSUÉ.

159 CAPÍTULO PRIMERO. En el segundo sermón sobre S. Juan evangelista.

«Cuando el pueblo entraba en el Jordán, por mandato de Josué, las aguas superiores se hinchaban a semejanza de un monte, pero las inferiores se deslizaban hacia el mar Muerto (Jos. III)». Porque de cierto de aquellos que son bautizados, unos perseveran en la dulzura recibida de la gracia celestial, otros no cesan de fluir hacia la amargura de los pecados viviendo perversamente, y caen como en la salinidad del mar muerto, mientras que, saboreando las cosas terrenas por las pendientes de una vida depravada, tienden hacia la muerte. Pero nosotros no así, amadísimos, no así, sino trasladando el ánimo a la verdadera sabiduría, esforcémonos por la misericordia de Dios en progresar de tal modo en lo alto de las virtudes, que avergüence declinar hacia la vorágine de los vicios. Así perseveremos siempre en apresurarnos hacia las cosas celestiales a donde tendemos, para que conservemos continuamente la dulzura del amor divino en nuestras mentes.

Capítulo II.

En el mismo sermón.

«Elige», dice el Señor a Josué, «doce varones, uno por cada tribu, y mándales que tomen de en medio del cauce del Jordán, donde los sacerdotes fijaron los pies, doce piedras durísimas que pondréis en el lugar del campamento, donde fijaréis esta noche las tiendas (Jos. IV)». Pero para no discutir todas las palabras, aunque llenas de misterios, ¿qué se nos insinúa por este hecho, sino que después de que cruzamos las corrientes del místico Jordán, después de que surgimos de la fuente del lavacro saludable, nos esforcemos en proponer para nuestra imitación doce piedras durísimas, esto es, los firmísimos ejemplos de los apóstoles? En efecto, ponemos las piedras donde los sacerdotes habían fijado los pies en el lugar del campamento, si puestos en el apresto de la milicia espiritual, mantenemos constante y firmemente las huellas de los apóstoles. Pues según la sentencia de Salomón: «El que es blando y disoluto en su obra, es hermano del que disipa sus obras (Prov. XVIII)». Sin duda, los que en sus costumbres son blandos y fluidos, a modo del agua fluyen precipitados hacia lo profundo; pero los que son constantes y firmes, crecen diariamente hacia la alcázar de la virtud.

Capítulo III.

En el primer sermón sobre San Bartolomé.

«Post haec autem protinus Josue jubetur ut in Galgala cum populo transeat atque illic eos cultris lapideis circumcidat (Jos. V). Petra,» ut ait Apostolus, «erat Christus (I Cor. X).» Per cultellos ergo lapideos circumcidimur, dum per Christum a nobis omnes carnis et spiritus illecebras amputamus. Et hac circumcisione, sicut illic dicitur, Aegyptiorum propulsamus opprobrium, quoniam deludentium nos elidimus petulantiam vitiorum. «Hodie,» inquit Dominus ad Josue, «abstuli opprobrium Aegypti a vobis (Jos. V).» Nec praetereundum quod Galgala revelatio interpretatur. Vita quippe carnalis oculos mentis excaecat, spiritualis illuminat: «Revela, inquit, oculos meos, et considerabo mirabilia de lege tua (Psal. CXVIII).» Cum enim a suis homo vitiis circumciditur, ad divinae legis consideranda mysteria mentis acies revelatur. In quo scilicet loco ab Israelitico populo Pascha celebratur et typice Agnus ille comeditur, qui tollit peccata mundi (Joan. I). Et nota ordinem rerum ac salutis humanae perpende mysterium. Postquam de baptismo quasi de gurgite Jordanis eximus, apostolicae virtutis et constantiae lapides nobis in exempli testimonium constituimus, quos aemulationis studio contemplantes a pravitatis nostrae praeputio circumcidimur, sicque dimota procul atque detersa caligine vitiorum, revelata facie spiritali, laetitiae Pascha celebramus in luce virtutum. Illic primum populus de frugibus terrae comedit azymos panes; et manna, quo eatenus ali consueverant, ulterius non apparuit. Quia postquam panis ille vivus, qui de coelo descendit (Joan. VI), ex agro virginalis uteri prodiit, postquam granum tritici cadens in terram, mortuum est, ac plurimos fructus attulit (Joan. XII), mox typicae legis manna defecit. Terra quippe repromissionis venter est Virginis; de qua terra per Isaiam dicitur: «Rorate, coeli, desuper, et nubes pluant Justum; aperiatur terra et germinet Salvatorem (Isa. XLV).» Cum ergo ad hunc panem pervenitur, legis veteris ulterius manna non quaeritur.

Caput IV.

In sermone de sancto Andrea.

«Praecepit Dominus Josue ut arcam foederis viri bellatores armati praecederent, sacerdotes autem septem buccinis clangerent, sicque per septem nihilominus dies Jericho moenia circuirent. Septimo itaque die dum vociferatio populi clangentibus tubis admiscetur, Jericho protinus a fundamento collapsa subvertitur (Jos. VI).»

"Después de estas cosas, sin embargo, se le ordena inmediatamente a Josué que pase con el pueblo a Gálgala y allí los circuncide con cuchillos de piedra (Jos. 5)". "La piedra", como dice el Apóstol, "era Cristo (1 Cor. 10)". Por lo tanto, somos circuncidados con cuchillos de piedra mientras que, por medio de Cristo, amputamos de nosotros todas las seducciones de la carne y del espíritu. Y con esta circuncisión, como allí se dice, rechazamos el oprobio de los egipcios, porque derribamos la petulancia de los vicios que se burlan de nosotros. "Hoy", dice el Señor a Josué, "he quitado de vosotros el oprobio de Egipto (Jos. 5)". Tampoco debe pasarse por alto que Gálgala se interpreta como revelación. Pues la vida carnal ciega los ojos de la mente, pero la espiritual los ilumina: "Revela", dice, "mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley (Sal. 118)". Pues cuando un hombre es circuncidado de sus propios vicios, se revela la agudeza de la mente para considerar los misterios de la ley divina. En el cual lugar, a saber, la Pascua es celebrada por el pueblo israelita y se come típicamente aquel Cordero, que quita los pecados del mundo (Juan 1). Y nota el orden de las cosas y pondera el misterio de la salvación humana. Después de que salimos del bautismo como del remolino del Jordán, nos constituimos piedras de virtud y constancia apostólica como testimonio de ejemplo, las cuales, contemplando con el afán de la emulación, somos circuncidados del prepucio de nuestra maldad, y así, alejada y limpiada la tiniebla de los vicios, con la faz espiritual revelada, celebramos la Pascua de la alegría en la luz de las virtudes. Allí por primera vez el pueblo comió de los frutos de la tierra panes ácimos; y el maná, con el que hasta entonces solían alimentarse, no apareció más. Porque después de que aquel pan vivo, que descendió del cielo (Juan 6), salió del campo del vientre virginal, después de que el grano de trigo, cayendo en la tierra, murió y trajo muchos frutos (Juan 12), pronto el maná de la ley típica cesó. Pues la tierra de la promesa es el vientre de la Virgen; sobre cuya tierra se dice por Isaías: "Rociad, cielos, desde arriba, y las nubes lluevan al Justo; ábrase la tierra y germine al Salvador (Is. 45)". Cuando, pues, se llega a este pan, no se busca más el maná de la ley antigua.

Capítulo IV.

En el sermón sobre S. Andrés.

«Mandó el Señor a Josué que los varones guerreros armados precedieran al arca de la alianza, pero los sacerdotes tocaran siete trompetas, y así no obstante por siete días rodearan los muros de Jericó.» El séptimo día, pues, mientras el clamor del pueblo se mezcla con las trompetas que suenan, Jericó al punto subvertida se derrumba desde el fundamento (Jos. VI)».

Quid est autem quod ad capiendam urbem non gladius educitur, non tela vibrantur, non jaculum mittitur, non acies militaris cunei ad irruptionis impetum constipatur, sed tubis duntaxat sacerdotalibus clangitur, et sic victoria non jam jure belli, sed virtute potius sacramenti de superatis hostibus obtinetur? Deliramenti sane videretur ineptia, si evidens non fuisset victoria subsecuta. Sed per Jericho, quae dicitur luna, non incongrue mundus innuitur, qui sic per labentium momenta temporum tanquam per menstrua detrimenta finitur. Arca autem sancta erat Ecclesia; tubae vero apostoli sunt, vel quique sancti doctores Ecclesiae, quorum videlicet admonitionibus, dum pugnare semper contra carnis illecebras et antiqui hostis insidias nitimur, velut ad conflictus aciem et conserenda bella tubarum clangoribus incitamur. Quae nimirum tubae septem fuisse referuntur, quia praedicatores sancti septiformis Spiritus gratia sunt repleti. Septem quoque dierum vicissitudine omne 161 tempus nostrae mortalitatis evolvitur. Urbem ergo Jericho sacerdotes arcam ferentes et clangentes septem diebus circumeunt, et muri ejus per arcae praesentiam et tubarum sonitum cadunt; quia in hujus mortalis vitae decursu, dum circumquaque per orbem terrarum sancta movetur et dilatatur Ecclesia, per sanctae praedicationis instantiam omnis elati mundi superbia frangitur et cuncta infidelitatis obstacula subruuntur. Et notandum quod armati milites cum sacerdotibus ire jubentur, nimirum ut ii quibus non est injunctum promendi clangoris officium nequaquam se remotos intelligant a congressione bellorum, quatenus et ii qui non praedicant contra occulti hostis insidias, armati nihilominus et circumspecti semper incedant. Hujus itaque belli duces ac principes sancti apostoli sunt, qui arcam foederis Jerichontinis moenibus cum tubarum clangore circumferunt, quia per totius mundi circulum, sanctae praedicationis officio, Ecclesiae sacramenta diffundunt. «In omnem enim terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terrae verba eorum (Psal. XVIII).» Evolutis autem sex diebus, septimo tandem die rex Jericho cum omni populo gladio devorante consumitur, quia in die novissimo diabolus, qui est rex superbiae, cum omnibus suis sequacibus quasi quodam divinae sententiae gladio morti perpetuae condemnatur. Tunc nempe fiet quod per Apostolum dicitur: «Quia, cum evacuaverit omnem principatum, et omnem potestatem et virtutem, novissime inimica destruetur mors (I Cor. XV).»

Caput V.

In sermone de S. Bartholomaeo.

¿Pero qué es esto, que para tomar la ciudad no se desenvaina la espada, no se blanden las armas, no se lanza el dardo, no se apreta la línea militar del cuño para el ímpetu de la irrupción, sino que se toca solamente con trompetas sacerdotales, y así la victoria se obtiene de los enemigos superados no ya por derecho de guerra, sino más bien por la virtud del sacramento? Parecería ciertamente la necedad de un delirio, si no hubiera seguido una victoria evidente. Pero por Jericó, que se dice luna, no incongruentemente se insinúa el mundo, que así por los momentos de los tiempos que se deslizan se termina como por detrimentos mensuales. El Arca santa, además, era la Iglesia; las trompetas en cambio son los apóstoles, o cualesquiera santos doctores de la Iglesia, por cuyas advertencias, a saber, mientras nos esforzamos siempre en luchar contra los halagos de la carne y las insidias del antiguo enemigo, somos incitados como a la línea del conflicto y a entablar batallas por los sonidos de las trompetas. Las cuales trompetas ciertamente se relata que fueron siete, porque los santos predicadores están llenos de la gracia del Espíritu septiforme. También por la sucesión de siete días se desarrolla todo 161 el tiempo de nuestra mortalidad. Por tanto, los sacerdotes llevando el arca y tocando por siete días rodean la ciudad de Jericó, y sus muros caen por la presencia del arca y el sonido de las trompetas; porque en el decurso de esta vida mortal, mientras por todo el orbe de la tierra se mueve y se dilata la santa Iglesia, por la instancia de la santa predicación toda la soberbia del mundo elevado se rompe y todos los obstáculos de la infidelidad se subvierten. Y debe notarse que se manda a los soldados armados ir con los sacerdotes, a saber, para que aquellos a quienes no se les ha encomendado el oficio de emitir el sonido de ningún modo se entiendan alejados del encuentro de las guerras, de modo que también aquellos que no predican caminen no obstante armados y siempre circunspectos contra las insidias del enemigo oculto. Los jefes y príncipes de esta guerra, por tanto, son los santos apóstoles, que llevan el arca de la alianza alrededor de los muros de Jericó con el sonido de las trompetas, porque por el circuito de todo el mundo, por el oficio de la santa predicación, difunden los sacramentos de la Iglesia. «Pues por toda la tierra salió el sonido de ellos, y hasta los confines del orbe de la tierra las palabras de ellos (Sal. XVIII)». Transcurridos, pues, seis días, al séptimo día por fin el rey de Jericó con todo el pueblo es consumido por la espada devoradora, porque en el último día el diablo, que es el rey de la soberbia, con todos sus secuaces es condenado a la muerte perpetua como por una cierta espada de la sentencia divina. Entonces ciertamente se hará lo que se dice por el Apóstol: «Porque, cuando haya evacuado todo principado, y toda potestad y virtud, lo último que se destruirá será la muerte enemiga (I Cor. XV)».

Capítulo V.

En el sermón sobre S. Bartolomé.

Arca vero illa ex imputribilibus lignis Sethim mystica fuerat arte composita; auro quoque purissimo resplendebat, intus et extrinsecus inaurata. In ea quoque erat urna aurea, in qua manna servabatur, tabulae nihilominus Testamenti, et virga Aaron quae fronduerat. Quid est autem urna aurea, nisi caro Christi munda, nitida, sincera, absque omni reatus contagione purissima, quae reconditum habet manna, angelicum videlicet panem, hoc est, divinitatis aeternae dulcedinem? Duae vero lapideae tabulae inviolabilem utriusque Testamenti signant firmitatem. Quid autem Aaron virga, nisi summi veri Pontificis nostri salutare vexillum et vivificae crucis exprimit sacramentum? Quae etiam in eo quod germinasse perhibetur, praefiguravit sanctam crucem immortalis memoriae viriditate vernantem. Haec sunt sacramenta universalis Ecclesiae, haec etiam salutaris instructio cujuscunque fidelis animae Christianae. Quod enim arca per adumbratam praetendebat imaginem, hoc nunc Ecclesia, vel quaeque mens justi per efficacissimam et apertam possidet veritatem. Haec beati apostoli mysticae refectionis alimenta portabant, haec tanquam panem parvulis exponendo frangebam. Nam postquam evangelicus ille sermo prorupit: Quoniam «aperuit illis sensum, ut intelligerent Scripturas (Luc. XXIV);» prophetica querela cessavit, qua dicitur: «Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis (Thren. IV).» Hic est panis ille quotidianus, 162 fratres mei, quem nos Veritas docuit inhianter expetere; hoc coelestis sapientiae pabulum, quod debemus jugiter esurire.

Caput VI.

In sermone de S. Andrea.

«Ait Josue ad populum: Vos autem cavete, ne de facultatibus Jericho quidpiam contingatis (Jos. VI).» Vetat et noster Jesus, verus utique Salvator, ut nemo ea quae mundi sunt diligat: «Nolite, inquit, thesaurizare vobis thesauros in terra (Matth. VI);» et per apostolum suum: «Nolite diligere mundum, neque ea quae in mundo sunt (I Joan. II).» Non ergo ad exemplum infelicis Achan (Jos. VII) de anathemate Jericho aliquid defraudemus, ut videlicet nihil ex dissolutis mundanae conversationis moribus disciplinis ecclesiasticis inferamus.

El arca, en verdad, había sido compuesta de maderas incorruptibles de Setim por arte místico; resplandecía también con oro purísimo, dorada por dentro y por fuera. En ella había también una urna de oro, en la que se guardaba el maná, así como las tablas del Testamento, y la vara de Aarón que había florecido. ¿Pero qué es la urna de oro, sino la carne de Cristo, limpia, nítida, sincera, purísima sin ningún contagio de culpa, que tiene escondido el maná, a saber, el pan angélico, esto es, la dulzura de la divinidad eterna? Las dos tablas de piedra significan la inviolable firmeza de ambos Testamentos. ¿Pero qué expresa la vara de Aarón, sino el estandarte saludable de nuestro sumo y verdadero Pontífice y el sacramento de la cruz vivificante? La cual también en lo que se dice que germinó, prefiguró la santa cruz floreciente con el verdor de la memoria inmortal. Estos son los sacramentos de la Iglesia universal, esta es también la instrucción saludable de cualquier alma fiel cristiana. Pues lo que el arca presentaba por una imagen sombreada, esto ahora la Iglesia, o cualquier mente del justo, lo posee por la eficacísima y abierta verdad. Estos alimentos de mística refección llevaban los bienaventurados apóstoles, estos los partían como pan para los párvulos al exponerlos. Pues después de que brotó aquel sermón evangélico: Porque «les abrió el sentido, para que entendieran las Escrituras (Luc. XXIV)»; cesó la queja profética, por la cual se dice: «Los párvulos pidieron pan, y no había quien se lo partiera (Lam. IV)». Este es aquel pan cotidiano, 162 hermanos míos, que la Verdad nos enseñó a pedir con ansia; este el pasto de la sabiduría celestial, que debemos hambrear continuamente.

Capítulo VI.

En el sermón sobre S. Andrés.

«Dijo Josué al pueblo: Vosotros, sin embargo, guardaos de tocar nada de las facultades de Jericó (Jos. VI)». También nuestro Jesús prohíbe, el verdadero Salvador ciertamente, que nadie ame las cosas que son del mundo: «No queráis, dice, atesorar para vosotros tesoros en la tierra (Mat. VI)»; y por su apóstol: «No queráis amar al mundo, ni las cosas que están en el mundo (I Juan II)». No defraudemos, pues, siguiendo el ejemplo del infeliz Acán (Jos. VII), nada del anatema de Jericó, para que a saber nada de las costumbres disolutas de la conversación mundana introduzcamos en las disciplinas eclesiásticas.

Non auferamus pallium, ut post indumentum fidei cultum conversationum saecularium nullatenus induamus; non argenti siclos, ut qui aeternum thesaurum in coelo recondimus, nullam temporalem pecuniam per ambitionem in sudario reponamus; non denique regulam auream, ut in Ecclesiam Christi non accurata introducamus haereticorum dogmata; non trutinata philosophorum acute disputantium studia, vel poetarum elaborata figmenta. Haec est enim aurea illa regula, limato videlicet atque polito sermone directa, et velut aureo luculentae facundiae nitore vestita. Hanc autem regulam furati sunt Arius, Marcion, et Apelles anaeque perversorum hominum pestes; qui, dum philosophorum sectas in Ecclesiam conati sunt introducere, iram Dei quodammodo super castra Israel visi sunt provocare. Sed ii obruti sunt cum Achan sub acervo lapidum, quia oppressi sunt immanissimo pondere peccatorum. Nos autem, fratres charissimi, quia philosophia nostra Christus est et hic crucifixus, atque ideo magistros habemus non oratores, sed piscatores, non versutos et eloquentes, sed mites ac simplices, despiciamus sapientiam quae caecat, appetamus stultitiam quae discentes illuminat. «Quia enim,» ut Apostolus ait, «non cognovit mundus per sapientiam Deum, placuit per stultitiam praedicationis salvos facere credentes (I Cor. I).»

Caput VII.

In eodem sermone.

«Cuncti autem habitantes Jericho gladio trucidante consumuntur; sola autem domus Raab meretricis evasit, quam videlicet funiculus coccineus in fenestra discrevit (Jos. VI).» Domus autem illa unicam praefigurat Ecclesiam, quae purificata est a turpitudine fornicationis per fenestram confessionis in sanguinis remissione. Haec plane a communi pereuntis mundi liberatur excidio, quia in fenestra domus suae coccineum ligat funiculum, dum in ore corporis sui portare non desinit passionis Dominicae sacramentum: «Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem (Rom. X).» Porro autem funiculus ille ad domum erat ligatus, sed exterius videbatur, quia Dominicae crucis fides in corde retinetur, quae oris confessione depromitur. Reliquis quidem pereuntibus, omnes qui in domo illa reperti sunt mortis evasere periculum; quia sicut intra Ecclesiam omnes salvantur electi, ita extra Ecclesiam nemo poterit salvus inveniri. Sed fortasse quaeritur quomodo et arca, quae urbem circumiens obsidebat, et domus Raab, quae ipsius moenibus inhaerebat, utraque nimirum res unam designet Ecclesiam, cum arca videlicet obsideat et expugnet, domus autem videatur obsessa?

No quitemos el manto, para que tras el vestido de la fe de ningún modo nos pongamos el culto de las conversaciones seculares; no los siclos de plata, para que quienes guardamos el tesoro eterno en el cielo, ninguna moneda temporal pongamos en un sudario por ambición; no finalmente la regla de oro, para que en la Iglesia de Cristo no introduzcamos dogmas precisos de los herejes; no los estudios ponderados de los filósofos que disputan agudamente, o las ficciones elaboradas de los poetas. Pues esta es aquella regla de oro, dirigida a saber por un lenguaje limado y pulido, y vestida como con el resplandor de oro de una luciente elocuencia. Pero esta regla la robaron Arrio, Marción y Apeles e iguales pestes de hombres perversos; quienes, mientras intentaron introducir las sectas de los filósofos en la Iglesia, parecieron de algún modo provocar la ira de Dios sobre los campamentos de Israel. Pero estos fueron sepultados con Acán bajo un montón de piedras, porque fueron oprimidos por el peso inmenso de los pecados. Nosotros, en cambio, hermanos carísimos, porque nuestra filosofía es Cristo y este crucificado, y por tanto tenemos por maestros no a oradores, sino a pescadores, no astutos y elocuentes, sino mansos y sencillos, despreciemos la sabiduría que ciega, busquemos la necedad que ilumina a los que aprenden. «Porque, como dice el Apóstol, el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, plugo a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación (I Cor. I)».

Capítulo VII.

En el mismo sermón.

«Mas todos los habitantes de Jericó son consumidos por la espada degolladora; solo la casa de Raab la meretriz escapó, a la cual a saber un cordón de escarlata (funiculus coccineus) en la ventana distinguió (Jos. VI)». Aquella casa prefigura a la única Iglesia, que fue purificada de la torpeza de la fornicación por la ventana de la confesión en la remisión de la sangre. Esta es claramente librada del común exterminio del mundo que perece, porque en la ventana de su casa ata el cordón de escarlata, mientras no deja de llevar en la boca de su cuerpo el sacramento de la pasión del Señor: «Pues con el corazón se cree para la justicia, mas con la boca se hace la confesión para la salvación (Rom. X)». Además, aquel cordón estaba atado a la casa, pero se veía por fuera, porque la fe de la cruz del Señor se retiene en el corazón, la cual se manifiesta por la confesión de la boca. Pereciendo los demás, todos los que fueron hallados en aquella casa escaparon del peligro de la muerte; porque así como dentro de la Iglesia todos los elegidos se salvan, así fuera de la Iglesia nadie podrá ser hallado salvo. Pero tal vez se pregunta cómo tanto el arca, que sitiaba la ciudad rodeándola, como la casa de Raab, que estaba adherida a sus muros, ambas cosas sin duda designan a una sola Iglesia, ¿siendo que el arca a saber sitia y expugna, y la casa parece sitiada?

Sed haec quaestio facile solvitur, si in membris Ecclesiae, quae sit diversitas, subtiliter attendatur. Ecclesia namque expugnat Ecclesiam, cum praedicatores, magistri et discipuli praesidentes et obtemperantes ex uno divinae regenerationis fonte procedere, unum denique corpus Ecclesiae tanquam diversa videantur membra complere. Cui nimirum Ecclesiae per Psalmistam dicitur: «Pro patribus tuis nati sunt tibi filii (Psal. XLIV);» ipsi sane apostoli, qui ad capiendam humanae superbiae Jericho tam valida, tam robusta fulminea praedicationum suarum jacula contorsere, unius ejusdemque Ecclesiae et patres quodammodo videntur et filii, filii videlicet patriarcharum et prophetarum, patres vero subsequentium omnium deinceps electorum.

Hinc est enim quod Moysi divina voce praecipitur: «Ut et bases argenteas fundat, et tabulas inauratas desuper erigat (Exod. XXVI).» Quid autem per bases argenteas, nisi prophetarum videtorder signari, qui dum primi de sacramento Ecclesiae sunt locuti, quasi quasdam bases eos aspicimus a fundamento consurgere et superposita fabricae pondera sustinere? Quid vero per tabulas, nisi sancti figurantur apostoli, qui extensa per mundum praedicatione sunt amplissime dilatati? Apostolorum namque doctrina, quasi quibusdam basibus propheticae praedicationis innititur, eorumque auctoritate ad status sui robur firmiter solidatur. Unde et conjunctae binae bases in singulis tabulis supponuntur, quia, dum prophetae sancti in verbis suis invicem de futurae tunc Ecclesiae sacramento concordant, subsequentes apostolos aedificantes aedificant; et cum a semetipsis in nullo dissentiunt, illos in se robustius figunt. Nec immerito bases, quibus prophetae signantur, ut ex argento debeant fundi praecipitur. Argenti quippe claritas ex usu servatur; sine usu autem in nigredinem vertitur. Prophetarum quoque dicta antequam apostolica praedicatione clarescerent, quia in usu spiritualis intelligentiae non erant, dum conspici prae obscuritate non poterant, quasi nigra remanebant; at postquam apostolicae praedicationis manus vaticinia obscura detersit, quidquid lucis in eis latebat inclaruit sensusque eorum mysticos in usum dedit, quia verba jam rebus esse exposita perspicue nuntiavit. Jure igitur praecipiuntur fieri et bases argenteae et tabulae deauratae, quia videlicet apostolica praecepta prophetarum oraculis longe sunt clariora.

Pero esta cuestión se resuelve fácilmente si se atiende sutilmente a la diversidad que hay en los miembros de la Iglesia. Pues la Iglesia expugna a la Iglesia, cuando los predicadores, maestros y discípulos, presidentes y obedientes, proceden de una sola fuente de regeneración divina; en fin, el único cuerpo de la Iglesia se ve completado como por diversos miembros. A la cual Iglesia ciertamente se dice por el Salmista: «En lugar de tus padres, te han nacido hijos (Sal. XLIV)»; los mismos apóstoles, que para capturar la Jericó de la soberbia humana lanzaron tan válidos, tan robustos rayos fulmíneos de sus predicaciones, se ven de algún modo como padres e hijos de una misma Iglesia: hijos a saber de los patriarcas y de los profetas, pero padres de todos los elegidos subsiguientes de allí en adelante.

De aquí es, pues, lo que se prescribe a Moisés por la voz divina: «Que fundiera basas de plata (bases argenteas), y erigiera encima tablas doradas (tabulas inauratas) (Exod. XXVI)». ¿Qué otra cosa parece significarse por las basas de plata, sino el orden de los profetas, a quienes, puesto que fueron los primeros en hablar del sacramento de la Iglesia, los contemplamos como unas basas que surgen del fundamento y sostienen los pesos superpuestos a la fábrica? ¿Qué en verdad por las tablas, sino que se figuran los santos apóstoles, que por la predicación extendida por el mundo se dilataron amplísimamente? Pues la doctrina de los apóstoles se apoya, como sobre unas basas, en la predicación profética, y por la autoridad de ellos se consolida firmemente para la robustez de su estado. Por lo cual también se ponen dos basas unidas bajo cada una de las tablas, porque, mientras los santos profetas en sus palabras concuerdan entre sí sobre el sacramento de la entonces futura Iglesia, edifican a los apóstoles subsiguientes que están edificando; y como no disienten en nada de sí mismos, los fijan en sí más robustamente. Y no sin mérito se prescribe que las basas, por las que se significan los profetas, deban fundirse de plata. Pues la claridad de la plata se conserva por el uso; mas sin el uso se vuelve negruzca. También los dichos de los profetas, antes de que se aclararan por la predicación apostólica, porque no estaban en el uso de la inteligencia espiritual, mientras no podían ser vistos por la oscuridad, permanecían como negros; mas después de que la mano de la predicación apostólica limpió los vaticinios oscuros, todo lo que de luz latía en ellos resplandeció y dio sus sentidos místicos al uso, porque anunció perspicuamente que las palabras ya estaban expuestas por los hechos. Con derecho, por tanto, se prescribe que se hagan tanto basas de plata como tablas doradas, porque a saber los preceptos apostólicos son mucho más claros que los oráculos de los profetas.

Ut ergo ad superiora redeamus, non incongruum est si et arca, et domus meretricis, quae obsidetur, unam eamdemque exprimere videantur Ecclesiam, cum ejusdem Ecclesiae, sicut dictum est, diversa sint membra: alia videlicet per sanctae praedicationis ambitum obsidentia; alia a suae infidelitatis vel pravitatis munimine salutaris doctrinae jaculis obruenda; alia jam domestica, alia adhuc per aversionem pravi operis aliena. Hunc in testimonium spiritualis pugnae conflictum Isaias jam odoraverat, cum postquam Salvatoris adventum perspicue descripsisset, protinus addidit: «Et cor Aegypti tabescet in medio ejus, et concurrere faciam Aegyptios adversus Aegyptios; et pugnabit vir contra fratrem suum, et vir contra amicum suum, et civitas adversus civitatem, regnum adversus regnum; et dirumpetur spiritus Aegypti in visceribus ejus (Isa. XIX).» Cum igitur per apostolicae praedicationis obsidionem, fratres charissimi, de pereuntis Jericho simus internecionibus eruti, imo de subversae gentilitatis excidio divinitus liberati, non gravemur duces nostros subsequi quo praecedunt, non videatur onerosum quidquid nobis pro nostra salute praecipiunt.

Caput VIII.

In epistola ad B. Causidicum, ut exteriori prudentiae spiritualis sapientia praeferatur.

«Subversa vero Jericho, Josue imprecatus est, dicens: Maledictus vir coram Domino, qui suscitaverit et aedificaverit civitatem Jericho; in primogenito suo fundamenta illius jaciat et in novissimo liberorum ponat portas ejus (Jos. VI).» Nam quia per Jericho, quae in lunam vertitur, haec vita signatur, ille civitatem Jericho in primogenito suo suscitat qui bona praesentis vitae principaliter amat. Et quia Veritas in Evangelio praecipit: «Primum quaerite regnum Dei, et haec omnia adjicientur vobis (Matth. VI);» merito maledictione damnatur quisquis ab hoc praecepto declinare convincitur, Propheta attestante, qui ait: «Maledicti, qui declinant a mandatis tuis (Psal. CXVIII).» At contra ille portas Jericho ponit in novissimo liberorum, qui sic utitur temporalibus bonis ut haec non cum amore possideat, sed ad coelestis gloriae praemium medullitus inardescat. Qui coelestibus in amore suo terrena supponit, transitoria floccipendit.

Para volver a lo anterior, no es incongruente si tanto el arca como la casa de la meretriz, que es sitiada, se ven como expresión de una sola y misma Iglesia, siendo que son diversos los miembros de la misma Iglesia, como se ha dicho: unos a saber sitiando por el ámbito de la santa predicación; otros que han de ser abrumados por los dardos de la doctrina saludable desde el baluarte de su infidelidad o depravación; unos ya domésticos, otros todavía ajenos por la aversión de la obra perversa. Este conflicto en testimonio de la lucha espiritual ya lo había olido Isaías cuando, después de haber descrito perspicuamente el advenimiento del Salvador, añadió inmediatamente: «Y el corazón de Egipto desfallecerá en medio de él, y haré concurrir a egipcios contra egipcios; y luchará el varón contra su hermano, y el varón contra su amigo, y ciudad contra ciudad, reino contra reino; y se romperá el espíritu de Egipto en sus entrañas (Isa. XIX)». Puesto que, por tanto, por el asedio de la predicación apostólica, hermanos carísimos, hemos sido arrancados de las matanzas de la Jericó que perece, más aún, liberados divinamente del exterminio de la gentilidad subvertida, no nos pese seguir a nuestros guías a donde nos preceden, no parezca oneroso lo que nos prescriben para nuestra salvación.

Capítulo VIII.

En la carta a B. Causídico, para que la sabiduría espiritual se anteponga a la prudencia exterior.

«Subvertida Jericó, Josué pronunció una imprecación, diciendo: Maldito sea el varón delante del Señor, que levantare y edificare la ciudad de Jericó; en su primogénito eche sus cimientos y en el último de sus hijos ponga sus puertas (Jos. VI)». Pues porque por Jericó, que se interpreta como luna (luna), se significa esta vida, levanta la ciudad de Jericó en su primogénito quien ama principalmente los bienes de la vida presente. Y porque la Verdad en el Evangelio prescribe: «Buscad primero el reino de Dios, y todas estas cosas se os añadirán (Mat. VI)»; merecidamente es condenado con la maldición quienquiera que se demuestre que se aparta de este precepto, como atestigua el Profeta, que dice: «Malditos los que se apartan de tus mandatos (Sal. CXVIII)». Por el contrario, pone las puertas de Jericó en el último de sus hijos quien de tal modo usa los bienes temporales que no los posee con amor, sino que arde desde lo más íntimo por el premio de la gloria celestial. Quien en su amor pospone las cosas terrenas a las celestiales, estima en nada las transitorias.

Hoc itaque faciens et odiosae uxoris filium, juxta mandata legis, efficit primogenitum, et, secundum Josue sententiam, portas Jericho in novissimo suscitat liberorum. Quo contra Cain in primogenito suo Henoch condidit civitatem (Gen. IV), quia futuram non sperabat haereditatem; et quia se quasi in Jericho hujus saeculi praepropere dedicavit, elogium perpetuae maledictionis incurrit. Unde scriptum est: «Haereditas, ad quam festinatur in principio, in novissimo benedictione carebit (Prov. XX).»

Caput IX.

In libro de perfectione Monachorum

Nonnulli namque, quod sine gemitu dicere nequeo, sic ad novae religionis transeunt ordinem ut tamen praeteritae vitae nunquam deserant vetustatem. Hi nimirum Gabaonitae sunt, non Israelitae. Notum quippe est quod Gabaonitae, mortis timore perterriti, ad Israeliticum populum cum fraude et calliditate venerunt, ita ut se veteribus vestimentis induerent, panes etiam siccos, utres, saccos, calceamenta atque omnia simul inveterata portarent. Quibus scilicet postquam impetrato foedere vita donatur, consequenter etiam fraus patefacta cognoscitur. Quos Josue, comperto dolo, sub maledictione damnavit, et aquae gestatores lignorumque caesores perpetuo jure constituit (Jos. IX). Qui sunt autem Gabaonitae, qui ad Israelitas mortis formidine transeunt, nisi ii qui ad servitutis divinae militiam non perfectionis amore, sed tremefacti scelerum suorum immanitate confugiunt? Sed eorum nonnulli veste, non mente mutati, siccos panes ad esum portant, quia azyma adhuc sinceritatis et veritatis (I Cor. V) ignorant. Vetustis vestibus conteguntur, quia in veteri adhuc homine constituti novum induere nesciunt, qui secundum Deum creatus est in justitia et sanctitate veritatis (Ephes. IV). Postremo omnia videntur inveterata quae gestant, quia in praeteritae vitae vitiis perseverant, non obtemperantes praecipienti Apostolo: «Renovamini, inquit, spiritu mentis vestrae (Ibid.).» Nec illa eis sententia congruit, qua dicitur: «Vetera transierunt, et ecce facta sunt omnia nova (II Cor. V).» Ad novitatem quippe superficietenus venientes reipsa in vetustate persistunt, quia emendationem et novam conversationem in suis moribus non ostendunt. Tales itaque maledictione plectuntur, nec ad sortiendam cum Israelitis haereditatem aliquatenus admittuntur. Non enim ex illorum numero sunt, quibus dicitur: «In hoc vocati estis, ut benedictionem haereditate possideatis (I Petr. III).» Aqua autem insipida est et ligna dura. Ligna ergo caedere et aquas vectare jubentur, quia gustus intelligentiae spiritualis ignari, duris atque insensibilibus exterioris exercitii negotii occupantur.

Haciendo esto, pues, hace también primogénito al hijo de la esposa odiada, según los mandatos de la ley, y, según la sentencia de Josué, levanta las puertas de Jericó en el último de sus hijos. Por el contrario, Caín fundó una ciudad en su primogénito Enoc (Gén. IV), porque no esperaba la herencia futura; y porque se dedicó prematuramente, como si fuera en la Jericó de este siglo, incurrió en la sentencia de perpetua maldición. De donde está escrito: «La herencia, a la que se corre de prisa al principio, al final carecerá de bendición (Prov. XX)».

Capítulo IX.

En el libro sobre la perfección de los Monjes

Pues algunos, lo que no puedo decir sin gemido, de tal modo pasan al orden de la nueva religión que, sin embargo, nunca abandonan la vejez de su vida pasada. Estos son ciertamente gabaonitas, no israelitas. Es sabido, en efecto, que los gabaonitas, aterrorizados por el temor de la muerte, vinieron al pueblo israelita con fraude y astucia, de suerte que se vistieron con ropas viejas, y llevaron incluso panes secos, odres, sacos, calzado y todas las cosas juntas envejecidas. A los cuales, por supuesto, después de que se les concede la vida por el pacto obtenido, consecuentemente también se conoce y manifiesta su fraude. A quienes Josué, descubierto el dolo, los condenó bajo maldición, y los constituyó portadores de agua y cortadores de leña por derecho perpetuo (Jos. IX). ¿Quiénes son, pues, los gabaonitas, que pasan a los israelitas por el pavor de la muerte, sino aquellos que se refugian en la milicia del servicio divino no por amor a la perfección, sino aterrados por la inmensidad de sus crímenes? Pero algunos de ellos, mudados en el vestido, no en la mente, llevan panes secos para comer, porque todavía ignoran los ázimos de la sinceridad y la verdad (I Cor. V). Se cubren con vestiduras viejas, porque constituidos todavía en el hombre viejo, no saben cómo revestirse del hombre nuevo, que según Dios ha sido creado en la justicia y santidad de la verdad (Ef. IV). Por último, todas las cosas que llevan parecen envejecidas, porque perseveran en los vicios de su vida pasada, no obedeciendo al Apóstol que prescribe: «Renovaos —dice— en el espíritu de vuestra mente (Ibid.)». Ni les cuadra aquella sentencia por la que se dice: «Las cosas viejas pasaron, y he aquí que todas han sido hechas nuevas (II Cor. V)». Pues llegando a la novedad solo superficialmente, en realidad persisten en la vejez, porque no muestran en sus costumbres enmienda ni nueva conversación. Tales personas, por tanto, son castigadas con la maldición, ni son admitidas en modo alguno a participar en la herencia con los israelitas. Pues no son del número de aquellos a quienes se dice: «A esto habéis sido llamados, para que poseáis la bendición por herencia (I Ped. III)». Por lo demás, el agua es insípida y la leña es dura. Por tanto, se les manda cortar leña y llevar agua, porque, ignorantes del gusto de la inteligencia espiritual, se ocupan en los duros e insensibles negocios del ejercicio exterior.

Sic igitur aliquam quidem in exterioribus videntur utilitatem Ecclesiae serviendo conferre; sed quia serviliter vivunt, haereditatem inter Israelitas nequeunt possidere.

Caput X.

In epistola ad fratres Camugni.

«Dixit Josue filiis Joseph: Si populus multus es, ascende in silvam et succide tibi spatia in terra Pherezaei et Raphaim, quia angusta est tibi possessio montis Ephraim. Cumque ibi conquererentur et dicerent: Non poterimus ad montana conscendere, cum ferreis curribus utantur Chananaei qui habitant in terra campestri. Respondit Josue: Populus multus es et magnae fortitudinis, non habebis sortem unam, sed transibis ad montem, et succides tibi atque purgabis ad habitandum spatia; et poteris ultra procedere cum subverteris Chananaeum, quem dicis ferreos habere currus, et esse fortissimum (Jos. XVII).» Quae nimirum multis indigentia verbis exponerem fortassis, si non mihi meta compendii epistolaris obstaret; hoc tantum quasi summotenus perstringendo sufficiat quia, cum Josue praecipit populo silvarum condensa succidere, hoc innuit quod noster Jesus, ejusdem scilicet nominis, sequentibus se jubet male pullulantes silvescentium vitiorum frutices exstirpare. Hortatur ut non foedera, sed bellum contra Chananaeos gerant, ut montana conscendant, quatenus et vitiorum elaborent debellare barbariem, et arduum virtutum festinent obtinere cacumen. Porro autem, quod illi pusillanimiter conqueruntur adversus eos qui ferreis utebantur curribus se non posse consurgere, hoc est, quod nos imbecilles et fragiles saepe diffidimus tanquam ferreos currus, sic adversantes malignorum spirituum impetus sustinere. Nam cum petulantia gulae, vorago luxuriae, omniumque vitiorum pestes, tanquam frementium Chananaeorum acies, constipatis adversum nos cuneis conglobantur, quid aliud quam Chananaei nos ferreis curribus impetunt, et ne de carnalis vitae campestribus ad virtutum valeamus excelsa conscendere, salutis nobis aditus intercludunt? Sed bonus militiae nostrae dux imbecillitatem nostram ad fortiter agendi constantiam erigit et contra hostium impetus, ut in altiora progrediamur, impellit.

Así, pues, parecen ciertamente aportar alguna utilidad a la Iglesia sirviendo en las cosas exteriores; pero porque viven servilmente, no pueden poseer la herencia entre los israelitas.

Capítulo X.

En la epístola a los hermanos de Camugni.

"Dijo Josué a los hijos de José: Si eres un pueblo numeroso, sube al bosque y corta para ti espacios en la tierra de los ferezeos y de los refaítas, porque la posesión del monte Efraín es estrecha para ti. Y cuando se quejaban allí y decían: No podremos subir a las montañas, pues los cananeos que habitan en la tierra baja usan carros de hierro. Respondió Josué: Eres un pueblo numeroso y de gran fortaleza, no tendrás una sola suerte, sino que pasarás al monte, y cortarás para ti y limpiarás espacios para habitar; y podrás avanzar más cuando hayas derribado al cananeo, de quien dices que tiene carros de hierro y que es muy fuerte (Jos. 17)". Quizás explicaría estas cosas que necesitan de muchas palabras, si no me lo impidiera el límite de la brevedad epistolar; baste esto solo como rozándolo en la superficie, porque, cuando Josué manda al pueblo cortar la espesura de los bosques, sugiere esto: que nuestro Jesús, del mismo nombre a saber, manda a los que le siguen a arrancar los arbustos mal brotados de los bosques de vicios que crecen. Exhorta a que no pacten, sino que hagan guerra contra los cananeos, a que suban a las montañas, para que trabajen en derrotar la barbarie de los vicios y se apresuren a obtener la ardua cima de las virtudes. Además, en cuanto a lo que ellos se quejan pusilánimemente de que no pueden levantarse contra los que usaban carros de hierro, esto es que nosotros, débiles y frágiles, a menudo desconfiamos de poder sostener los ataques de los espíritus malignos, como si fueran carros de hierro. Pues cuando la petulancia de la gula, el remolino de la lujuria y las plagas de todos los vicios, como las filas de batalla de los cananeos furiosos, se agrupan en cuñas apretadas contra nosotros, ¿qué otra cosa sino que los cananeos nos atacan con carros de hierro y, para que no podamos subir de las llanuras de la vida carnal a las alturas de las virtudes, nos cierran el acceso de la salvación? Pero el buen líder de nuestra milicia eleva nuestra debilidad a la constancia de actuar con valentía e impulsa contra los ataques de los enemigos, para que progresemos hacia cosas más altas.

Sed quomodo de inimicis nostris triumphare possumus, qui semper in epulis, semper in poculorum affluentium volumus ingurgitatione jacere? De quibus utique Salomon ait: «Qui diligit epulas, in egestate erit; qui amat vinum et pinguia, non ditabitur (Prov. XXI).» Et iterum: «Luxuriosa res vinum et tumultuosa ebrietas; qui his delectatur non erit sapiens (Prov. XX).» Ventrem namque vino et escis assuescere, quid est aliud quam hostibus animae, ut ingrediantur, aditus aperire? Unde et idem Salomon: «Qui delicate, inquit, a pueritia nutrit servum, postea illum sentiet contumacem (Prov. XXIX).» Bene hunc servum loris cohibebat inediae, qui dicebat: «Castigo corpus meum, et servituti subjicio (I Cor. IX).» Adversus hunc servum disputabat cum diceret: «Esca ventri et venter escis, Deus autem et hunc et illas destruet (I Cor. VI).» Hunc servum sub calcibus esse frenandum significabat, cum diceret: «Multi enim ambulant quos saepe dicebam vobis, nunc autem et flens dico, inimicos crucis Christi; quorum finis interitus, et quorum Deus venter est, et gloria in confusione eorum (Philip. III).» Notandum autem et hic duo terribilia dici, et in inimicos crucis Christi tremendam depromit idem Apostolus sententiam, dicens: «Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema Maran Atha (I Cor. XVI).» Qui vero ventrem pro Deo veneratur, Deum quodammodo negare convincitur, ac per hoc duo haec terrore plenissima unum videntur, videlicet, quod absit, et Christi inimicum esse et unum Deum alium colere

Expliciunt testimonia libri Josue.

INCIPIUNT CAPITULA LIBRI JUDICUM.

1. Quod Adonibezech manuum ac pedum summitates, dum capitur, amputantur. 2. Erat Debora prophetes, uxor Lapidoth, quae judicabat populum illo tempore. 3. Quod Gedeon praecipitur ut cum trecentis tantum, qui aquam manibus tambuerant, ad bellum contra Madianitas pergat. 4. De eo qui in castris Madian socio referebat se per somnium vidisse subcinericium panem hordei. 5. Quod melior est racemus Ephraim vindemiis Abiezer.

Expliciunt testimonia libri Josue.

INCIPIUNT CAPITULA LIBRI JUDICUM.

1. Quod Adonibezech manuum ac pedum summitates, dum capitur, amputantur.

Pero, ¿cómo podemos triunfar sobre nuestros enemigos, nosotros que siempre queremos yacer en banquetes, siempre en la ingurgitación de copas desbordantes? De quienes ciertamente dice Salomón: "El que ama los banquetes, estará en la necesidad; el que ama el vino y las cosas grasas, no se enriquecerá (Prov. 21)". Y otra vez: "Cosa lujuriosa es el vino y tumultuosa la embriaguez; el que se deleita con esto no será sabio (Prov. 20)". Pues acostumbrar el vientre al vino y a los manjares, ¿qué otra cosa es sino abrir el acceso a los enemigos del alma para que entren? De donde también el mismo Salomón dice: "Al que nutre delicadamente a su siervo desde la infancia, después lo sentirá contumaz (Prov. 29)". Bien refrenaba a este siervo con las correas del ayuno aquel que decía: "Castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre (1 Cor. 9)". Contra este siervo disputaba cuando decía: "La comida para el vientre y el vientre para la comida, pero Dios destruirá tanto a este como a aquellas (1 Cor. 6)". Significaba que este siervo debe ser frenado bajo los talones cuando decía: "Muchos andan, de quienes a menudo os decía, pero ahora os lo digo incluso llorando, enemigos de la cruz de Cristo; cuyo fin es la perdición, y cuyo Dios es el vientre, y su gloria en su confusión (Fil. 3)". Debe notarse además que aquí se dicen dos cosas terribles, y el mismo Apóstol profiere una sentencia tremenda contra los enemigos de la cruz de Cristo, diciendo: "Si alguno no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema Maran Atha (1 Cor. 16)". Quien verdaderamente venera el vientre por Dios, es convencido de algún modo de negar a Dios y, por esto, estas dos cosas llenas de terror parecen ser una sola, a saber, lo que Dios no permita, tanto ser enemigo de Cristo como adorar a otro Dios.

Terminan los testimonios del libro de Josué.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS JUECES.

1. Que a Adonibezec se le amputan las extremidades de las manos y de los pies mientras es capturado. 2. Era Débora profetisa, esposa de Lapidot, que juzgaba al pueblo en aquel tiempo. 3. Que se le manda a Gedeón que vaya a la guerra contra los madianitas con solo trescientos, que habían lamido el agua con las manos. 4. De aquel que en el campamento de Madián relataba a su compañero que había visto en sueños un pan de cebada cocido bajo la ceniza. 5. Que es mejor el racimo de Efraín que las vendimias de Abiezer.

Terminan los testimonios del libro de Josué.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS JUECES.

1. Que a Adonibezec se le amputan las extremidades de manos y pies cuando es capturado.

2. Erat Debora prophetes, uxor Lapidoth, quae judicabat populum illo tempore.

3. Quod Gedeon praecipitur ut cum trecentis tantum, qui aquam manibus tambuerant, ad bellum contra Madianitas pergat.

4. De eo qui in castris Madian socio referebat se per somnium vidisse subcinericium panem hordei.

5. Quod melior est racemus Ephraim vindemiis Abiezer.

6. Abimelech, filius Jerobaal, occidit fratres suos septuaginta viros super lapidem unum.

7. Stetit Joathan in vertice montis Garizim, elevataque voce clamavit: Audite me, viri Sichem, ita ut audiat vos Deus.

8. Abimelech, audiens viros turris Sichimorum pariter conglobatos, ascendit in montem Selmon cum omni populo.

9. Quod dum Abimelech turrim, quae erat in medio Thebes, amoto igne januis succendere coneretur, mulier molae fragmentum desuper jaciens ejus capiti illisit.

10. Quod quidam de populo Ephraim olim venientes ad vada Jordanis, dum nescirent exprimere Sebboleth, Galaaditarum gladiis caesi sunt.

11. Cepit Samson trecentas vulpes caudasque earum vinxit, adjunxit ad caudas faces et in medio ligatas succendit.

12. Quod Samson mandibulam asini arripiens mille viros in ea Philisthinorum interfecit.

13. Quod Dominus interrogatus bis ad ineundum contra Benjamin praelium, dedit assensum, et tandem Israel Benjamin gladiis sternitur.

Expliciunt capitula.

INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI JUDICUM.

CAPUT PRIMUM. In epistola ad V. abbatem.

«Fugiente Adonibezech coram filiis Israel, persequentes comprehenderunt eum, caesis summitatibus manuum ejus ac pedum (Jud. I).» Adonibezech nempe manuum ac pedum summitate praeciditur, dum malignus inter sanctos viros spiritus et incedendi et operandi virtute privatur. Qui nimirum dum sua vulnera patitur, haec eadem sese aliis intulisse gloriatur: «Septuaginta, inquit, reges, amputatis manuum ac pedum summitatibus, colligebant sub mensa mea ciborum reliquias; sicut feci, ita reddidit mihi Dominus (Ibid.).»

2. Era Débora profetisa, esposa de Lapidot, que juzgaba al pueblo en aquel tiempo.

3. Que a Gedeón se le prescribe marchar a la guerra contra los madianitas con solo trescientos hombres, que habían lamido el agua con las manos.

4. De aquel que en el campamento de Madián refería a su compañero haber visto en sueños un pan de cebada cocido bajo la ceniza.

5. Que es mejor el rebusco de Efraín que las vendimias de Abiezer.

6. Abimelec, hijo de Jerobaal, mató a sus hermanos, setenta varones, sobre una sola piedra.

7. Jotán se paró en la cumbre del monte Garizim, y alzando su voz gritó: Oídme, varones de Siquem, de modo que Dios os oiga a vosotros.

8. Abimelec, oyendo que los varones de la torre de Siquem estaban congregados, subió al monte Salmón con todo el pueblo.

9. Que mientras Abimelec intentaba incendiar las puertas de la torre que estaba en medio de Tebes, habiendo acercado fuego, una mujer lanzando desde arriba un fragmento de piedra de molino golpeó su cabeza.

10. Que algunos del pueblo de Efraín que antiguamente venían a los vados del Jordán, como no sabían pronunciar Siboleth, fueron muertos por las espadas de los galaaditas.

11. Sansón tomó trescientas zorras y ató sus colas, unió teas a las colas y, habiéndolas atado en medio, les prendió fuego.

12. Que Sansón, asiendo una quijada de asno, mató con ella a mil varones de los filisteos.

13. Que el Señor, habiendo sido consultado dos veces sobre ir a la batalla contra Benjamín, dio su asentimiento, y finalmente Israel es abatido por las espadas de Benjamín.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS JUECES.

CAPÍTULO I. En la carta al abad V.

«Huyendo Adonibezec ante los hijos de Israel, los perseguidores lo capturaron y le cortaron las extremidades de manos y pies (Jue. I)». Adonibezec ciertamente es cortado en la extremidad de manos y pies, mientras el espíritu maligno entre los hombres santos es privado de la virtud tanto de andar como de obrar. Quien sin duda, mientras padece sus propias heridas, se jacta de haber inferido estas mismas cosas a otros: «Setenta reyes —dice—, amputadas las extremidades de manos y pies, recogían bajo mi mesa las sobras de los alimentos; como hice, así me lo ha pagado el Señor (Ibid.)».

Septuaginta scilicet reges, septuaginta sunt linguarum discrepantium nationes, quibus usque ad Salvatoris adventum antiquus hostis et recte gradiendi et bona faciendi prorsus abstulerat facultatem. Cui nimirum utrique gemino vulneri medetur animarum medicus Paulus, cum dicit: «Remissas manus et dissoluta genua erigite, et gressus rectos facite pedibus vestris, ne claudicans quis erret, magis autem sanetur (Hebr. XII).» Adonibezech quippe dominus fulminis, vel dominus contentus vani interpretatur. Fulmen mox ut micare incipit, subito deficit. Per quod Judaicus potest intelligi populus, qui nimirum quodam quasi fulgore micant, cum dicerent: «Omnia quae praecepit nobis Dominus et audiemus et faciemus (Exod. XXIV);» sed mox deficiens lux ista cadebat, cum cervices suas tenebrosis daemonibus inclinabant. Per id vero quod dicitur, contentus vani, gentilitas designatur, quae contenta visibilibus idolis non curabat reverti ad misericordiam Creatoris, et dum veritatis ignorabat cultum, vanis insistebat caeremoniis idolorum. De quibus dicit Apostolus: «Quia Deum non glorificaverunt aut gratias egerunt, sed evanuerunt in cogitationibus suis (Rom. I).» Horum igitur duorum populorum ex maxima parte dominatus est Adonibezech, id est reprobus nequitiae spiritus; quia et iste quasi fulmen micare coepit et desiit, et ille dum vanitate daemonum contentus exstitit, proprii Creatoris auxilium non quaesivit.

Caput II.

In sermone de S. Cassiano

«Erat autem Debora prophetes, uxor Lapidoth, quae judicabat populum illo tempore, et sedebat sub palma, quae nomine illius vocabatur, inter Rama et Bethel in monte Ephraim, ascendebantque ad eam filii Israel in omne judicium (Jud. IV).» Sed sic ad exitum celerius pervenitur, si, dum historia texitur, per partes interim exponatur. Per Deboram sane, quae loquela, sive apis interpretatur, prophetia non inconvenienter accipitur. Apis quippe mellificat; et de prophetia per Psalmistam dicitur: «Quam dulcia faucibus meis eloquia tua, Domine, super mel et favum ori meo!» (Psal. CXVIII.) Interim nolo vos lateat, dilectissimi, quia historia haec, quam tractandam ex occasione suscepimus, pluribus indiget verbis, quia multis est repleta mysteriis; sed eam idcirco sub brevitate contrahimus, ut dilectionem vestram prolixitatis taedio non gravemus. Consideremus itaque ubi sedem habere prophetia describitur, videlicet sub palma, quia quos prophetica doctrina suis institutionibus erudit, ad palmam supernae vocationis adducit, dumque per eam homines vivendi ordinem discunt, vitiorum rebellantium victores fiunt.

Los setenta reyes son las setenta naciones de lenguas discrepantes, a las cuales hasta el advenimiento del Salvador el antiguo enemigo les había quitado por completo la facultad tanto de caminar rectamente como de hacer cosas buenas. La cual doble herida ciertamente la cura Pablo, el médico de las almas, cuando dice: «Levantad las manos caídas y las rodillas debilitadas, y haced rectos pasos con vuestros pies, para que quien cojea no se extravíe, sino que más bien sane (Heb. XII)». Pues Adonibezec se interpreta como señor del rayo, o señor contento con lo vano. El rayo, tan pronto como empieza a brillar, de repente falla. Por lo cual se puede entender al pueblo judaico, que ciertamente brilla como con un cierto resplandor cuando decían: «Todo lo que nos ha prescrito el Señor lo oiremos y lo haremos (Exod. XXIV)»; pero pronto esta luz fallando caía, cuando inclinaban sus cervices a los tenebrosos demonios. Por aquello que se dice, contento con lo vano, se designa a la gentilidad, que contenta con los ídolos visibles no se cuidaba de volver a la misericordia del Creador, y mientras ignoraba el culto de la verdad, insistía en las vanas ceremonias de los ídolos. De los cuales dice el Apóstol: «Porque no glorificaron a Dios ni le dieron gracias, sino que se desvanecieron en sus pensamientos (Rom. I)». Sobre estos dos pueblos en su mayor parte dominó Adonibezec, esto es, el espíritu reprobo de la iniquidad; porque tanto aquel comenzó a brillar como un rayo y cesó, como este, mientras se mantuvo contento con la vanidad de los demonios, no buscó el auxilio de su propio Creador.

Capítulo II.

En el sermón sobre S. Casiano.

«Ahora bien, Débora era una profetisa, esposa de Lapidot, que juzgaba al pueblo en aquel tiempo, y se sentaba bajo una palmera, que era llamada por su nombre, entre Ramá y Betel en el monte Efraín, y subían a ella los hijos de Israel para todo juicio (Jue. IV)». Pero se llega más rápido al final si, mientras se teje la historia, se va exponiendo por partes entretanto. Por Débora, ciertamente, que se interpreta como habla (loquela), o abeja (apis), no inconvenientemente se entiende la profecía. Pues la abeja hace miel; y de la profecía se dice por el Salmista: «¡Qué dulces son a mi paladar tus palabras, Señor, más que la miel y el panal a mi boca!» (Sal. CXVIII). Entretanto no quiero que se os escape, queridísimos, que esta historia que hemos emprendido tratar con ocasión del sermón necesita más palabras, pues está llena de muchos misterios; pero la contraemos por eso con brevedad, para no gravar vuestro afecto con el tedio de la prolijidad. Consideremos, pues, dónde se describe que tiene su sede la profecía, a saber, bajo una palmera, porque a quienes la doctrina profética instruye con sus instituciones, los conduce a la palma de la vocación suprema, y mientras por ella los hombres aprenden el orden de vivir, se hacen vencedores de los vicios que se rebelan.

Nec praetereundum quod inter Rama et Bethel sedisse perhibetur: Rama siquidem, excelsa; Bethel, domus Dei, sicut jam diximus, interpretatur. Recte igitur prophetia inter Rama et Bethel habitare describitur, quia quisquis propheticis studet invigilare doctrinis, quisquis sacrarum Scripturarum sincere vacat eloquiis, sic in domo Dei per desiderium mentis inhabitat ut non infima et momentanea, sed excelsa potius atque coelestia semper inquirat. Haec vocavit ad se Barac. Porro Barac interpretatur coruscatio. Coruscatio autem habet quidem lucem, sed non diutius permanentem; mox enim ut lucere incipit, illico deficit. Barac igitur iste Israelitici populi figuram tenet: qui primus omnium propheticis instructus oraculis aliquantulum quidem in accepta lege refulsit, sed brevi tempore coruscavit. In lege quippe, de qua dictum est: «Lucerna pedibus meis verbum tuum, Domine, et lumen semitis meis (Psal. CXVIII),» antiquus ille populus lucere coepit, sed desiit. Coruscum quasi clarae vitae protulit, sed in lucidis operibus non permansit. Nam dum dicerent: «Omnia quae praeceperit nobis Dominus et audiemus et faciemus,» ecce quasi lux coruscationis exorta; sed dum repente curvarent genua ante Baal, ecce coruscatio videbatur exstincta. Dixit ergo Debora ad Barac: «Praecepit tibi Dominus Israel: Tolle tecum decem millia pugnatorum et vade in montem Thabor: ego autem adducam ad te in locum torrentis Cison Sisaram principem exercitus Jabin, et currus ejus omnemque multitudinem, tradamque eos in manu tua (Jud. IV).» Tanquam si per propheticam doctrinam priori populo Deus omnipotens dicat: Decem praecepta legis assume et virtutum culmen ascende, sicque reproborum principem ac totius iniquitatis auctorem, me tibi vires administrante, prosterne.

Nec praetereundum quod princeps ille militiae Sisara, qui perditioni proximae erat obnoxius, ad torrentem Cison promittebatur antea deducendus. Quid enim per torrentem Cison, nisi baptismus debet intelligi? Nam cum catechumenus lavacro sacri fontis immergitur, tanquam Sisara cum suo exercitu, sic nequissimus spiritus cum his quae sibi militant vitiis omnibus necesse est perimatur. Respondit autem Barac ad Deboram: «Si veneris mecum, vadam; si nolueris venire, non pergam (Ibid).» Ac si carnalis ille Israel prophetiae respondeat: Nisi, juxta litteras et quasi secundum muliebrem intellectum, te mecum semper habuero, spirituale certamen aggredi non praesumo. Cui Debora: «Ibo quidem tecum, sed tibi victoria non reputabitur, quia in manum mulieris tradetur Sisara (Ibid.).» Velut si vetustus ille populus audiat: Tecum quidem erit exterior, ut postulas, prophetia, sed spiritualem ex antiquo hoste triumphum, non tu, sed sancta potius obtinebit Ecclesia.

Ni debe pasarse por alto que se dice que se sentó entre Ramá y Betel: Ramá ciertamente se interpreta como excelsa (excelsa); Betel, como casa de Dios (domus Dei), como ya hemos dicho. Rectamente, por tanto, se describe que la profecía habita entre Ramá y Betel, porque quien se afana en vigilar las doctrinas proféticas, quien sinceramente se dedica a las palabras de las sagradas Escrituras, de tal modo habita en la casa de Dios por el deseo de la mente que no busca las cosas ínfimas y momentáneas, sino más bien las excelsas y celestiales siempre. Esta llamó a sí a Barac. Además, Barac se interpreta como relámpago (coruscatio). Pues el relámpago tiene ciertamente luz, pero no permanente por mucho tiempo; pues tan pronto como empieza a brillar, al punto falla. Este Barac, por tanto, representa la figura del pueblo israelita: el cual, instruido el primero de todos por los oráculos proféticos, brilló algo ciertamente en la ley recibida, pero relampagueó por breve tiempo. Pues en la ley, de la cual se ha dicho: «Lámpara para mis pies es tu palabra, Señor, y luz para mis sendas (Sal. CXVIII)», aquel antiguo pueblo comenzó a brillar, pero cesó. Dio un relámpago como de una vida clara, pero no permaneció en las obras lúcidas. Pues mientras decían: «Todo lo que nos prescriba el Señor lo oiremos y lo haremos», he aquí que surgió como la luz de un relámpago; pero mientras de repente doblaban sus rodillas ante Baal, he aquí que el relámpago parecía extinguido. Dijo, pues, Débora a Barac: «Te ha prescrito el Señor de Israel: Toma contigo diez mil combatientes y ve al monte Tabor: y yo traeré hacia ti, al lugar del torrente Cisón, a Sísara príncipe del ejército de Jabín, y sus carros y toda la multitud, y los entregaré en tu mano (Jue. IV)». Como si por la doctrina profética dijera Dios omnipotente al pueblo anterior: Toma los diez preceptos de la ley y asciende a la cumbre de las virtudes, y así, administrándote yo las fuerzas, derriba al príncipe de los réprobos y autor de toda iniquidad.

Ni debe pasarse por alto que aquel príncipe de la milicia, Sísara, que estaba sujeto a una perdición inminente, se prometía que sería conducido antes al torrente Cisón. Pues ¿qué otra cosa debe entenderse por el torrente Cisón sino el bautismo? Pues cuando el catecúmeno se sumerge en el lavacro de la sagrada fuente, así como Sísara con su ejército, así es necesario que perezca el espíritu nequísimo con todos estos vicios que militan para él. Respondió, en cambio, Barac a Débora: «Si vinieres conmigo, iré; si no quisieres venir, no marcharé (Ibid.)». Como si aquel Israel carnal respondiera a la profecía: Si no te tuviere siempre conmigo, según la letra y como según un entendimiento mujeril, no presumo emprender el certamen espiritual. A quien Débora: «Iré ciertamente contigo, pero no se te reputará a ti la victoria, porque en mano de una mujer será entregado Sísara (Ibid.)». Como si aquel antiguo pueblo oyera: Contigo ciertamente estará la profecía exterior, como pides, pero el triunfo espiritual sobre el antiguo enemigo no tú, sino más bien la santa Iglesia lo obtendrá.

Illi certe, illi proveniet jure victoria, quae in Scripturae mysteriis, dum spiritualis intelligentiae medullam quaerit, occidentis litterae paleas magnopere non attendit. Commisso itaque bello, tandem fugit Sisara in domum Jahel, alienigenae videlicet mulieris. Quae profecto sitienti utrem lactis aperuit et potum dedit; deinde clavum in cerebrum ejus per tempus utrumque defixit, sicque in hominis specie perversorum hominum caput diabolum interfecit. Quid enim Jahel, quae ascensio interpretatur, nisi sanctam designat Ecclesiam, per quam videlicet solam beatitudo coelestis ascenditur? Unde et Synagoga de eadem Ecclesia dicit in Canticis: «Quae est ista, quae ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dilectum suum?» (Cant. VIII.) Haec mulier alienigena fuit, quia sancta Ecclesia de gentilitate processit. Haec Israelitarum hostem prius lacte potavit, postea pilum capiti ejus infixit, quia humani generis inimicum, quem sancta prius Ecclesia carnaliter vivendo lactavit, postmodum spiritualiter conversando quodam acumine ac virtute crucis exstinxit. Nisi enim insatiabilis homicida perditionem humani generis inexplebili prorsus aviditate sitiret, de illo certe Scriptura non diceret: «Absorbebit fluvium, et non mirabitur; et habet fiduciam quod influat Jordanis in os ejus (Job XL).» Lac vero fructus est carnis, et blandimenta carnalis significat voluptatis. Quandiu ergo gentilis populus juxta legem carnis voluptuose vixit, tanquam lac, ita vitae suae mollitiem sitienti mortem nostram diabolo propinavit. At postquam sub spiritus se disciplina constrinxit, invictae mox crucis arma corripuit, hostemque salutis humanae, quem dudum voluptatis lacte potaverat, nunc poenitentiae munita praesidio, ligno transfixit. Sic itaque quem Israelitica plebs superare non potuit, peregrina mulier, hoc est gentilis Ecclesia, solo crucis signo prostravit.

Caput III.

In sermone de exaltatione S. crucis.

Hoc crucis nempe vexillum et Gedeon sibi suisque commilitonibus typice protulit, qui contra arma arma deseruit, inermis armatos invasit et ad debellandum Madianitarum multitudinem, dimissa multitudine, cum paucis venit. Divina siquidem sibi admonitione praeceptum est (Jud. VII) ut ad fluvium veniens omnes, quos flexis genibus aquas haurire conspiceret, a bellorum congressionibus amoveret. Factumque est et trecenti viri tantummodo, qui stantes manibus aquas hauserunt, remanserunt.

A ella ciertamente, a ella le provendrá por derecho la victoria, la cual en los misterios de la Escritura, mientras busca la médula de la inteligencia espiritual, no atiende grandemente a las pajas de la letra que mata. Trabada, pues, la batalla, finalmente huyó Sísara a la casa de Jael, mujer ciertamente extranjera. La cual por supuesto abrió al sediento un odre de leche y le dio de beber; después le clavó un clavo en el cerebro por ambas sienes, y así, bajo la especie de hombre, mató al diablo, cabeza de los hombres perversos. Pues ¿qué otra cosa designa Jael, que se interpreta como ascensión, sino a la santa Iglesia, por la cual a saber sola se asciende a la bienaventuranza celestial? De donde también la Sinagoga dice de la misma Iglesia en el Cantar de los Cantares: «¿Quién es esta, que asciende del desierto, rebosante de delicias, apoyada sobre su amado?» (Cant. VIII). Esta mujer fue extranjera, porque la santa Iglesia procedió de la gentilidad. Esta dio de beber primero leche al enemigo de los israelitas, después le clavó un dardo en la cabeza, porque al enemigo del género humano, a quien la santa Iglesia primero amamantó viviendo carnalmente, después, conversando espiritualmente, lo extinguió con un cierto agudo vigor de la cruz. Pues si el insaciable homicida no tuviera sed de la perdición del género humano con una avidez del todo inagotable, ciertamente la Escritura no diría de él: «Absorberá el río, y no se maravillará; y tiene confianza en que el Jordán influya en su boca (Job XL)». Pero la leche es fruto de la carne, y significa los halagos de la voluptuosidad carnal. Mientras, por tanto, el pueblo gentil vivió voluptuosamente según la ley de la carne, como leche, así propinó la blandura de su vida al diablo que tiene sed de nuestra muerte. Pero después de que se restringió bajo la disciplina del espíritu, pronto empuñó las armas de la cruz invicta, y al enemigo de la salvación humana, a quien tiempo atrás había dado a beber la leche de la voluptuosidad, ahora, protegida por el baluarte de la penitencia, lo traspasó con el madero. Así pues, a quien la plebe israelita no pudo superar, una mujer extranjera, esto es la Iglesia gentil, lo derribó con solo el signo de la cruz.

Capítulo III.

En el sermón sobre la exaltación de la Santa cruz.

Gedeón ciertamente presentó típicamente este estandarte de la cruz para sí y sus compañeros de milicia, quien contra las armas abandonó las armas, desarmado invadió a los armados y, para debelar a la multitud de los madianitas, despedida la multitud, vino con pocos. Pues por amonestación divina se le prescribió (Jue. VII) que, llegando al río, apartara de los encuentros de la guerra a todos aquellos que viera lamer las aguas con las rodillas dobladas. Y se hizo así, y quedaron solamente trescientos varones, que estando de pie lamieron las aguas con las manos.

Quid est autem quod Gedeon, trecentis contentus militibus, ad bella progreditur, nisi quia hic numerus in Tau littera, quae videlicet crucis exprimit speciem, continetur? Cui profecto litterae si super transversam lineam id adderetur quod in cruce superius eminet, non jam crucis species, sed potius ipsa crux esset. Quia igitur trecentenarium numerum Tau littera continet, quae figuram crucis exhibet, non immerito in his trecentis Gedeonem sequentibus, illi omnes designati sunt quibus dicitur: «Si quis vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie et sequatur me (Luc. IX).» Qui nimirum sequentes Dominum tanto verius crucem tollunt quanto et ipsi acrius affliguntur, et erga delinquentes proximos vel egentes piae compassionis incendio concremantur. Unde per Ezechielem dicitur: «Signa Tau super frontes vivorum gementium et dolentium super cunctis abominationibus, quae fiunt in medio Hierusalem (Ezech. IX).» Vel certe in his trecentis, qui Tau littera continentur, hoc exprimitur, quod ferrum hostium crucis ligno superetur.

Caput IV.

In sermone de sanctis virginibus.

«Cum Gedeon auscultandi gratia ad castra Madian, Domino praecipiente, dirigitur, Madianita quispiam, alter ad alterum vidisse se somnium confitetur. Videbatur, inquit, mihi quasi subcinericius panis ex hordeo volvi et in castra Madian descendere; cumque pervenisset ad tabernaculum, percussit illud atque subvertit, et terra funditus coaequavit. Respondit auditor: Non est hoc aliud nisi gladius Gedeonis filii Joas viri Israelitae: tradidit enim Dominus in manus ejus Madian et omnia castra ejus (Jud. VII).»

Per Gedeon, qui, non circuitus, sed circuiens in utero dicitur, ille merito designatur qui, dum virginali clauderetur in alvo, totam mundi machinam suo circumdabat ac disponebat imperio. Per Madian autem, qui de judicio interpretatur, populus infidelis accipitur, de quo Dominus ait: «Qui non credit, jam judicatus est (Joan. III).»

Porro autem usque ad Salvatoris adventum, more hordei, sub paleis litterarum, et legis praecepta et prophetarum tegebantur oracula; sed postquam ille veniens panes hordeaceos fregit, deditque discipulis ut turbis apponerent. Cujus etiam operis expositio est quod evangelista dicit: quoniam «aperuit illis sensum ut intelligerent Scripturas (Luc. XXIV),» jam ex hordeo, quod brutis videbatur animalibus congruere, panem facere dignatus est animarum.

Pero ¿qué es esto de que Gedeón, contento con trescientos soldados, marche a la guerra, sino porque este número está contenido en la letra Tau, la cual a saber expresa la especie de la cruz? A la cual letra ciertamente, si sobre la línea transversal se añadiera aquello que en la cruz sobresale por arriba, ya no sería especie de cruz, sino más bien la cruz misma. Puesto que, por tanto, la letra Tau contiene el número trescientos, y exhibe la figura de la cruz, no sin mérito en estos trescientos que siguen a Gedeón han sido designados todos aquellos a quienes se dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día y sígame (Luc. IX)». Los que sin duda, siguiendo al Señor, tanto más verdaderamente toman la cruz cuanto ellos mismos son más acremente afligidos, y se abrasan en el incendio de la piadosa compasión hacia los prójimos delincuentes o los necesitados. De donde por Ezequiel se dice: «Marca una Tau sobre las frentes de los hombres que gimen y se duelen por todas las abominaciones que se hacen en medio de Jerusalén (Ezeq. IX)». O ciertamente en estos trescientos, que están contenidos en la letra Tau, se expresa esto: que el hierro de los enemigos es superado por el madero de la cruz.

Capítulo IV.

En el sermón sobre las santas vírgenes.

«Cuando Gedeón, por mandato del Señor, es dirigido hacia el campamento de Madián para escuchar, un cierto madianita confiesa a otro que había tenido un sueño. Me parecía, dice, como si un pan de cebada cocido bajo la ceniza rodara y descendiera al campamento de Madián; y cuando llegó a la tienda, la golpeó y la volcó, y la igualó totalmente con el suelo. El que escuchaba respondió: No es esto otra cosa sino la espada de Gedeón, hijo de Joás, varón israelita: pues el Señor ha entregado en sus manos a Madián y a todo su campamento (Jue. VII)».

Por Gedeón, que es llamado no «rodeado» (*circuitus*), sino «rodeante» (*circuiens*) en el útero, es rectamente designado aquel que, mientras estaba encerrado en el seno virginal, rodeaba y disponía toda la máquina del mundo con su imperio. Por Madián, en cambio, que se interpreta como «de juicio» (*de judicio*), se entiende el pueblo infiel, del cual dice el Señor: «El que no cree, ya ha sido juzgado (Juan III)».

Además, hasta la llegada del Salvador, a la manera de la cebada, bajo el tamo de las letras, tanto los preceptos de la Ley como los oráculos de los profetas estaban cubiertos; pero después de que él vino y partió los panes de cebada, se los dio a los discípulos para que los pusieran ante las multitudes. La exposición de esta obra es también lo que dice el evangelista: que «les abrió el sentido para que comprendieran las Escrituras (Luc. XXIV)», ya de la cebada, que parecía convenir a los animales brutos, se dignó hacer el pan de las almas.

Sicut enim hordeum inter molam utramque conteritur, ut a farinae farragine cantabrum secernatur; ita velut inter duos, legis scilicet et Evangelii, lapides sanctae Ecclesiae doctrina commolitur, ut litterae superficies a medullibus spiritus discernatur.

Sed ut in his verbis non diutius immoremur, haec hordei farina sacri baptismatis aqua conspersa, sive conflata, et sancti Spiritus igne percocta fit panis; qui videlicet Madian castra subvertit, quia cunctas infidelium machinas destruit. Hic panis, juxta veri illius interpretis conjecturam, Gedeonis est gladius, quia sicut Apostolus ait: «Gladius spiritus est verbum Dei (Ephes. VI).» Hoc sancti Spiritus gladio rex exercituum Christus suos armat milites; hoc etiam suas praecingit ac roborat bellatrices. Ex utroque siquidem sexu militiae suae cuneos instruit aciesque componit, quia viros ac feminas ad praemium beati certaminis indifferenter admittit.

Caput V.

In sermone de S. Matthaeo.

«Nonne,» inquit Gedeon, «melius est racemus Ephraim vindemiis Abiezer?» (Jud. VIII.) Nam quia Ephraim, quod fecunditatem sonat, Ecclesiam exprimit, quid per racemum Ephraim, nisi Christum? quid per vindemias Abiezer, nisi Judaicorum multitudinem sacerdotum; sive etiam per racemum, parvus fidelium numerus primitivae Ecclesiae, per vindemiam vero multitudo intelligenda est Synagogae?

Melior est ergo racemus Ephraim vindemiis Abiezer; quia beatior fuit primitiva Ecclesia, quae usque in finem saeculi renascentium sobole fecundatur; quam Synagoga, quae paulatim quotidie defectura minuitur. Unde et per Isaiam dicitur: «Lauda, sterilis, quae non paris; decanta laudem et hymnos, quae non pariebas, quoniam multi filii desertae magis quam ejus quae habet virum; dilata locum tentorii tui et pelles tabernaculorum tuorum extende; ne parcas, longos fac funiculos tuos et clavos tuos consolida; ad dexteram enim et ad laevam penetrabis, et semen tuum gentes haereditabit (Isa. LIV).»

Haec sane, cujus semen gentes haereditat, Ecclesia est, quae quotidie genus humanum per suos filios ad fidei unitatem vocat. Haec est, de qua dicitur in psalmis: «Pro ea, quae consequitur haereditatem (In tit. Psal. V)» Haec est vinea quae laudem decantare praecipitur; sicut et apud eumdem prophetam alibi reperitur: «In illa die vinea meri cantabit ei: Ego Dominus, qui servo eam (Isa. XXVII).»

Pues así como la cebada es triturada entre ambas muelas, para que se separe el salvado de la mezcla de la harina; así como entre dos piedras, a saber, de la Ley y del Evangelio, se muele la doctrina de la santa Iglesia, para que la superficie de la letra se distinga de la médula del espíritu.

Pero para que no nos detengamos más en estas palabras, esta harina de cebada rociada con el agua del sagrado bautismo, o mezclada, y cocida al fuego del Espíritu Santo, se convierte en pan; el cual a saber vuelca el campamento de Madián, porque destruye todas las máquinas de los infieles. Este pan, según la conjetura de aquel verdadero intérprete, es la espada de Gedeón, porque como dice el Apóstol: «La espada del espíritu es la palabra de Dios (Efes. VI)». Con esta espada del Espíritu Santo, Cristo, Rey de los ejércitos, arma a sus soldados; con ella también ciñe y robustece a sus guerreras. Pues de ambos sexos instruye los escuadrones de su milicia y compone las líneas de batalla, porque admite indistintamente a hombres y mujeres al premio del bienaventurado certamen.

Capítulo V.

En el sermón sobre San Mateo.

«¿No es», dijo Gedeón, «mejor el racimo de Efraín que las vendimias de Abiezer?» (Jue. VIII.) Pues porque Efraín, que significa «fecundidad» (*fecunditatem*), expresa a la Iglesia, ¿qué se entiende por el racimo de Efraín, sino a Cristo? ¿qué por las vendimias de Abiezer, sino la multitud de los sacerdotes judíos; o también por el racimo debe entenderse el pequeño número de fieles de la Iglesia primitiva, y por la vendimia la multitud de la Sinagoga?

Mejor es, por tanto, el racimo de Efraín que las vendimias de Abiezer; porque más bienaventurada fue la Iglesia primitiva, que es fecundada por la prole de los que renacen hasta el fin del siglo; que la Sinagoga, que poco a poco disminuye al estar destinada a fallar diariamente. De donde también se dice por Isaías: «Alaba, estéril, que no parías; canta alabanza e himnos, tú que no dabas a luz, porque muchos son los hijos de la desolada más que de la que tiene marido; ensancha el lugar de tu tienda y extiende las pieles de tus tabernáculos; no escatimes, alarga tus cuerdas y consolida tus clavos; pues penetrarás a la derecha y a la izquierda, y tu simiente heredará a las naciones (Isa. LIV)».

Esta ciertamente, cuya simiente hereda a las naciones, es la Iglesia, que diariamente llama al género humano a través de sus hijos a la unidad de la fe. Esta es de la que se dice en los salmos: «Para aquella que sigue la herencia (En el tít. del Sal. V)». Esta es la viña a la que se prescribe cantar alabanza; como también se encuentra en otro lugar en el mismo profeta: «En aquel día la viña de vino puro le cantará: Yo soy el Señor, que la guardo (Isa. XXVII)».

De hac vinea beatus quoque Matthaeus Dominum dixisse commemorat: Quia «homo erat paterfamilias qui plantavit vineam, et sepem circumdedit ei, et fodit in ea torcular, et aedificavit turrim, et locavit eam agricolis et peregre profectus est (Matth. XXI).» Haec vinea ex illo prodiit botro, qui pedibus Judaeorum atque gentilium in crucis calcatus est praelo, ex quo pretiosi sanguinis unda profluxit, quae mentes hominum male sobrias vino spiritualis gratiae salubriter debriavit. De quo scilicet vino cum diversis linguis per Spiritum sanctum loquerentur apostoli, dictum est: «Musto pleni sunt isti (Act. II).»

Caput VI.

In epistola ad Petrum archipresbyterum de incontinentia clericorum.

«Abimelech filius Jeroboal,» quem Scriptura genitum refert de concubina, quam habuerat in Sichem, «occidit fratres suos filios Jeroboal, septuaginta viros super lapidem unum (Jud. VIII, IX).» Quid enim per septuaginta viros, nisi praedicatorum Ecclesiae libra signatur, de quibus ait Lucas evangelista: Quia «designavit Dominus septuaginta et misit illos binos ante faciem suam in omnem civitatem et locum quo erat ipse venturus?» (Luc. X.) Hic etiam praedicantium ordo jam figurabatur in illis, de quibus ad Moysen Dominus ait: «Congrega mihi septuaginta viros de senioribus Israel, quos tu nosti quod senes populi sint et magistri, et duces eos ad ostium 173 tabernaculi foederis (Num. XI).»

Quid vero per Abimelech, qui eorum frater erat, sed spurius, nisi luxuriosi atque carnales intelligendi sunt clerici, qui catholicorum sanctorumque pontificum et fratres quidem sunt per acceptum ecclesiasticum ordinem, et tamen spurii judicantur per degeneris vitae et ignobilium operum pravitatem? Hi fratres suos occidunt, cum sanctorum Patrum judicia destruunt, cum sanctiones eorum atque decreta perverse vivendo confundunt.

Et haec interfectio fit super lapidem unum. Lapis iste Salvatoris est Ecclesia, de qua per Zachariam dicitur: «Ecce ego adducam servum meum Orientem, quia ecce lapis, quem dedi coram Jesu; super lapidem unum septem oculi sunt (Zach. III).» Lapis iste utrobique unus aptissime dicitur, ut unitas Ecclesiae commendetur; de qua sponsus ait in Canticis: «Una est columba mea, una est genitricis suae (Cant. VI).» Quid sunt autem septem oculi super lapidem unum, salvo tamen, si est, altiori mysterio, nisi illi septuaginta viri, hoc est, doctores sancti in ecclesiasticae pacis unitate conjuncti et septiformis sancti Spiritus charismatibus illustrati? Per hos enim oculos sancta videlicet Ecclesia per hos conspicit ubi recti operis pedem ponat ac per viam mandatorum Dei gradiens normam rectitudinis non offendat.

De esta viña el bienaventurado Mateo también recuerda que el Señor dijo: Que «había un hombre padre de familia que plantó una viña, y la rodeó de una cerca, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y la arrendó a unos labradores y se fue lejos (Mat. XXI)». Esta viña brotó de aquel racimo (*botro*) que fue pisoteado por los pies de judíos y gentiles en la prensa de la cruz, del cual brotó la onda de la sangre preciosa, que embriagó saludablemente las mentes mal sobrias de los hombres con el vino de la gracia espiritual. De cuyo vino, ciertamente, cuando los apóstoles hablaban en diversas lenguas por el Espíritu Santo, se dijo: «Estos están llenos de mosto (*musto*) (Hech. II)».

Capítulo VI.

En la carta a Pedro el arcipreste sobre la incontinencia de los clérigos.

«Abimelec, hijo de Jerobaal», de quien la Escritura relata que nació de una concubina que había tenido en Siquem, «mató a sus hermanos los hijos de Jerobaal, setenta varones, sobre una misma piedra (Jue. VIII, IX)». Pues ¿qué se significa por los setenta varones, sino la balanza de los predicadores de la Iglesia, de quienes dice el evangelista Lucas: Que «designó el Señor a setenta y los envió de dos en dos delante de su faz a toda ciudad y lugar a donde él había de venir»? (Luc. X.) Este orden de predicadores ya se figuraba también en aquellos de quienes dijo el Señor a Moisés: «Congrégame a setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sepas que son ancianos y maestros del pueblo, y llévalos a la puerta 173 del tabernáculo de la alianza (Núm. XI)».

Pero ¿qué se ha de entender por Abimelec, que era hermano de ellos, pero espurio, sino los clérigos lujuriosos y carnales, que ciertamente son hermanos de los católicos y santos pontífices por el orden eclesiástico recibido, y sin embargo son juzgados espurios por la depravación de una vida degenerada y de obras innobles? Estos matan a sus hermanos cuando destruyen los juicios de los santos Padres, cuando confunden sus sanciones y decretos viviendo perversamente.

Y esta matanza se realiza sobre una sola piedra. Esa piedra del Salvador es la Iglesia, de la cual se dice por Zacarías: «He aquí que yo traeré a mi siervo el Oriente, porque he aquí la piedra que he puesto delante de Josué; sobre una sola piedra hay siete ojos (Zac. III)». Esa piedra es llamada muy aptamente una en ambos lugares, para que se encarezca la unidad de la Iglesia; de la cual dice el esposo en los Cantares: «Una sola es mi paloma, la única de su madre (Cant. VI)». Pero ¿qué son los siete ojos sobre una sola piedra, a salvo no obstante de un misterio más profundo si lo hay, sino aquellos setenta varones, es decir, los santos doctores unidos en la unidad de la paz eclesiástica e ilustrados por los carismas del septiforme Espíritu Santo? Pues a través de estos ojos la santa Iglesia a saber contempla dónde poner el pie de la obra recta y, caminando por la vía de los mandamientos de Dios, no ofenda la norma de la rectitud.

Abimelech ergo manzer et spurius septuaginta legitimos fratres super unum lapidem perimit, quando pars clericorum ab ecclesiasticae castitatis nobilitate degenerans, obscenae se luxuriae legibus subjicit, et dum sacros canones reprobandos judicat, eorum conditores, sanctos videlicet viros ac per hoc nobiles Gedeonis, id est, Salvatoris et Ecclesiae filios impia quodammodo crudelitate trucidat. Quanquam non ignoremus non absurde significari posse per Jeroboal Christum; per Abimelech, Antichristum: qui nimirum sicut ille concubinae, sic et iste est rejectae filius Synagogae; per septuaginta vero fratres, quos Abimelech occidisse narratur, septuaginta linguarum gentes, quas Antichristus in saeculi fine persequetur.

Caput VII.

In epistola ad Bonifacium episcopum de curialibus episcopis.

«Stetit Joathan in vertice montis Garizim, elevataque voce clamavit: Audite me, viri Sichem, ita audiat vos Deus: Ierunt ligna, ut ungerent super se regem, dixeruntque olivae: Impera nobis. Quae respondit: Nunquid possum deserere pinguedinem meam, qua et dii utuntur et homines, et venire; ut inter ligna promovear? Dixeruntque ligna ad arborem ficum: Veni et super nos regnum accipe. Quae respondit eis: Nunquid possum dulcedinem meam deserere fructusque suavissimos, et ire, ut inter caetera ligna promovear? Locuta sunt quoque ligna et ad vitem: Veni et impera nobis. Quae respondit: Num possum deserere vinum meum, quod laetificat Deum et homines, et inter caetera ligna promoveri?» Deinde Scriptura subjungit: «Dixeruntque omnia ligna ad rhamnum: 174 Veni et impera nobis. Qui respondit eis: Si vere regem me vobis constituitis, venite et sub umbra mea requiescite (Jud. IX).»

Longum est, si dicamus Gedeonem typum tenere Salvatoris; per plurimas ejus uxores, diversas debere nationes intelligi, quae sibi cohaesere per fidem; per septuaginta filios, totidem linguarum populos; per concubinam, Synagogam; per Abimelech, Antichristum, qui Synagogae filius erit. Unde et in Apocalypsi his qui crediturus sunt dicitur: «Qui dicunt se Judaeos esse et non sunt, sed sunt synagoga Satanae (Apoc. II).» Et sicut ille peremit septuaginta fratres; sic iste persecuturus est omnes, quae sibi non consentient, nationes.

His, inquam, omissis quae longioris styli videntur egere tractatu, in quantum patitur epistolare compendium ita duntaxat coeptae disputationi congruere videatur, prolixae historiae figuram succincte perstringimus.

Abimelec, por tanto, bastardo (*manzer*) y espurio, aniquila a los setenta hermanos legítimos sobre una sola piedra cuando una parte de los clérigos, degenerando de la nobleza de la castidad eclesiástica, se somete a las leyes de la obscena lujuria, y mientras juzga que los sagrados cánones deben ser reprobados, degüella con cierta impía crueldad a sus fundadores, a saber, los varones santos y por ello nobles hijos de Gedeón, esto es, del Salvador y de la Iglesia. Aunque no ignoremos que no absurdamente puede ser significado por Jerobaal, Cristo; por Abimelec, el Anticristo: el cual sin duda, así como aquel fue hijo de concubina, así también este es el hijo de la rechazada Sinagoga; y por los setenta hermanos, que se narra que Abimelec mató, las naciones de setenta lenguas, que el Anticristo perseguirá al fin del siglo.

Capítulo VII.

En la carta al obispo Bonifacio sobre los obispos palaciegos.

«Se puso Jotán en la cumbre del monte Garizim, y alzando su voz, clamó: Oídme, varones de Siquem, así os oiga Dios: Fueron los árboles a ungir sobre sí un rey, y dijeron al olivo: Impera sobre nosotros. El cual respondió: ¿Acaso puedo abandonar mi gordura, de la que usan tanto los dioses como los hombres, y venir para ser promovido entre los árboles? Y dijeron los árboles a la higuera: Ven tú y recibe el reino sobre nosotros. La cual les respondió: ¿Acaso puedo abandonar mi dulzura y mis frutos dulcísimos, e ir para ser promovido entre los demás árboles? Hablaron también los árboles a la vid: Ven tú e impera sobre nosotros. La cual respondió: ¿Acaso puedo abandonar mi vino, que alegra a Dios y a los hombres, y ser promovida entre los demás árboles?» Luego la Escritura añade: «Y dijeron todos los árboles al espino (*rhamnum*): 174 Ven tú e impera sobre nosotros. El cual les respondió: Si verdaderamente me constituís rey vuestro, venid y descansad bajo mi sombra (Jue. IX)».

Largo sería si dijéramos que Gedeón mantiene el tipo del Salvador; que por sus muchísimas mujeres deben entenderse las diversas naciones que se le unieron por la fe; por los setenta hijos, los pueblos de tantas lenguas; por la concubina, la Sinagoga; por Abimelec, el Anticristo, que será hijo de la Sinagoga. De donde también en el Apocalipsis se dice a los que han de creer: «Los que dicen ser judíos y no lo son, sino que son la sinagoga de Satanás (Apoc. II)». Y así como aquel aniquiló a setenta hermanos, así este ha de perseguir a todas las naciones que no consientan con él.

Omitidas estas cosas, digo, que parecen necesitar un tratado de estilo más largo, en cuanto lo permite el compendio epistolar, de modo que al menos parezca concordar con la disputa comenzada, rozamos sucintamente la figura de la prolija historia.

Quid ergo per Joathan, qui interpretatur consummatus, sive perfectus, nisi sanctum et doctum quempiam praedicatorem debemus accipere? Hic in montem Garizim ascendit et voce magna clamavit. Prius ascendit et postmodum clamavit. Ante consurgit in montem et sic elevat vocem. Quia nisi doctor virtutum prius culmen ascendat, inaniter clamat; sicut per Isaiam dicitur: «Super montem excelsum ascende tu, qui evangelizas Sion; exalta in fortitudine vocem tuam, qui evangelizas Jerusalem (Isa. XL).»

Per Garizim autem sancta designatur Ecclesia, quae virtutum omnium est schola et coelestium segetum ubertate fecunda. Hic est enim mons, qui dandis per Moysen benedictionibus deputatus est. Et Ecclesia mons benedictionis est, cujus filiis per Apostolum dicitur: «In hoc vocati estis, ut benedictionem haereditate possideatis (I Petr. III).» Hanc haereditatem a vidua matre suscepimus, pro qua vir ejus mori dignatus est, de qua et per Psalmistam dicitur: «Viduam ejus benedicens benedicam (Psal. CXXXI).»

Et congrue Garizim, qui interpretatur divisio, vel advena, sanctam figurat Ecclesiam, quoniam Ecclesia gentium, quae prius exstitit funditus a lege Dei divisa, in prima vocatione facta est advena jamque per incrementum gratiae facta est omnino domestica. Unde jam firmiter radicatis et velut in urbe compositis Paulus ait: «Jam non estis hospites et advenae, sed estis cives sanctorum et domestici Dei (Ephes. II).»

Sed ut omittentes plurima quod propositum est transiliendo celeriter percurramus: Ligna silvae sunt homines vani, et infructuosi ac flammis ultricibus merito suae sterilitatis obnoxii. «Omnis enim arbor, quae non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur (Matth. III).» Quid per olivam vero, quae et signum pacis ostendit oleique pinguedinem fundit, nisi illi designantur, qui Spiritus sancti pinguedine delibuti evangelizando pacem reconciliant homines Creatori? «Quam, inquit, speciosi pedes evangelizantium pacem (Rom. X).»

Ficus autem sacrae legis imaginem tenet. Unde et in Evangelio dicitur quia «quidam paterfamilias plantavit vineam, in qua scilicet plantavit et ficum (Matth. XXI). Vinea quippe Domini Sabaoth domus est Israel (Isa. V);» in qua nimirum plantavit divina manus Decalogum legis. Sed haec ficus priorem populum quasi 175 grossos suos, aridos scilicet et inutiles protulit et abjecit; novum vero Christianae fidei germen ad maturitatem internae pinguedinis suavitatemque perduxit.

¿Qué debemos entender, pues, por Jotán, que se interpreta como «consumado» (*consummatus*) o «perfecto» (*perfectus*), sino a algún santo y docto predicador? Este subió al monte Garizim y clamó con gran voz. Primero subió, y después clamó. Antes se levanta al monte y así eleva la voz. Porque a menos que el doctor de las virtudes suba primero a la cumbre, clama en vano; como se dice por Isaías: «Súbete sobre un monte alto, tú que evangelizas a Sión; exalta con fortaleza tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén (Isa. XL)».

Por Garizim ciertamente es designada la santa Iglesia, que es escuela de todas las virtudes y fecunda por la abundancia de las mieses celestiales. Pues este es el monte que fue diputado para dar las bendiciones por Moisés. Y la Iglesia es el monte de la bendición, a cuyos hijos se dice por el Apóstol: «A esto habéis sido llamados, para que poseáis por herencia la bendición (I Ped. III)». Esta herencia la recibimos de una madre viuda, por la cual su marido se dignó morir, de la cual también se dice por el Salmista: «Bendiciendo bendeciré a su viuda (Sal. CXXXI)».

Y congruentemente Garizim, que se interpreta como «división» (*divisio*) o «extranjero» (*advena*), figura a la santa Iglesia, puesto que la Iglesia de las naciones, que antes existió fundamentalmente dividida de la ley de Dios, en la primera vocación fue hecha extranjera y ya, por el incremento de la gracia, ha sido hecha totalmente doméstica. De donde a los ya firmemente radicados y como establecidos en una ciudad, dice Pablo: «Ya no sois huéspedes y extranjeros, sino que sois conciudadanos de los santos y domésticos de Dios (Ef. II)».

Pero para que, omitiendo muchísimas cosas, recorramos lo propuesto saltando rápidamente: Los árboles del bosque son los hombres vanos e infructuosos, y sujetos a las llamas vengadoras por el mérito de su esterilidad. «Porque todo árbol que no hace buen fruto, será cortado y será echado al fuego (Mat. III)». ¿Qué se entiende por el olivo, que muestra el signo de la paz y derrama la gordura del aceite, sino que son designados aquellos que, ungidos con la gordura del Espíritu Santo, reconcilian a los hombres con el Creador evangelizando la paz? «Cuán hermosos», dice, «son los pies de los que evangelizan la paz (Rom. X)».

La higuera, en cambio, mantiene la imagen de la ley sagrada. De donde también se dice en el Evangelio que «cierto padre de familia plantó una viña, en la cual a saber plantó también una higuera (Mat. XXI). Pues la viña del Señor de Sabaoth es la casa de Israel (Isa. V)»; en la cual sin duda la mano divina plantó el Decálogo de la ley. Pero esta higuera produjo y desechó al pueblo anterior como a 175 sus higos primerizos (*grossos*), secos a saber e inútiles; pero llevó al nuevo germen de la fe cristiana a la madurez de la gordura interna y a la dulzura.

De quibus Jeremias ait: «Video ficus bonas, bonas valde; et malas, malas valde, quae comedi non possunt, eo quod sint malae (Jer. XXIV).» Per ficus ergo illi possunt non inconvenienter intelligi qui sacrae Legis eruditione sunt sufficienter instructi.

Vitis etiam idipsum pene videtur significare quod ficus. Dicit enim Dominus: «Ego sum vitis vera, et vos palmites (Joan. XV).» Et quia de palmitibus fiunt vites, quid mirum si et sancti doctores asserantur vites, ut quod Salvator mundi per naturam, hoc illi glorientur habere per gratiam? Qui nimirum dum triumphum Dominicae passionis praedicare non cessant, quasi per doctrinae suae botros arentia corda nostra vino beati cruoris inebriant.

De hoc vino per Jacob super Salvatore nostro allegorice dicitur: «Lavabit in vino stolam suam et in sanguine pallium suum (Gen. XLIX).» Stola Christi fuit in apostolis, et caeteris credentibus Synagoga; cujus etiam pallium gentilis est populus. De quibus sibi per prophetam dicitur: «Vivo ego, dicit Dominus, quia his omnibus velut ornamento vestieris (Isa. XLIX).» Hos itaque Christus in sanguine uvae lavit, quem de semetipso contritus in praelo crucis expressit. Unde et Joannes ait: «Qui dilexit nos et lavit nos a peccatis nostris in sanguine suo (Apoc. I).»

Cum igitur oliva, ficus ac vitis, hoc est, spirituales viri lignis praeesse silvestribus, id est, terrenis hominibus atque carnalibus nullatenus acquiescant, offert se rhamnus, et ab eis consumendus et eadem, vel pravae conversationis exemplo, vel erronei dogmatis incendio consumpturus. Rhamnus enim spinis crebrescentibus horret; per quem scilicet quilibet perversus innuitur qui sic peccatorum tanquam veprium asperitate densatur. Unde et primo homini dictum est: «Terra tua spinas et tribulos germinabit tibi (Gen. III):» id est, corpus tuum aculeatis vitiorum punctionibus subjacebit. Et per prophetam Dominus: «Spinis, inquit, peccatorum suorum circumderunt me (Thren. III).»

Lignis itaque petentibus regem, id est, pravis quibusque carnaliter eligentibus praesulem, rhamnus accedit in medium, quilibet videlicet reprobus, qui et ignem damnationis in se ex eorum pravitatibus augeat; et eos perverse vivendo, vel docendo reciproca combustione consumat. Unde et illic dicitur: «Egrediatur ignis ex eo, ut consumat habitatores Sichem et oppidum Mello, egrediaturque ignis de viris Sichem et de oppido Mello et devoret Abimelech (Jud. IX).»

De los cuales dice Jeremías: «Veo higos buenos, muy buenos; y malos, muy malos, que no pueden comerse, por ser malos (Jer. XXIV)». Por los higos, por tanto, pueden ser entendidos no inconvenientemente aquellos que están suficientemente instruidos en la erudición de la sagrada Ley.

La vid también parece significar casi lo mismo que la higuera. Pues dice el Señor: «Yo soy la vid verdadera, y vosotros los sarmientos (Juan XV)». ¿Y porque de los sarmientos se hacen las vides, qué maravilla si también se afirma que los santos doctores son vides, para que lo que el Salvador del mundo tiene por naturaleza, ellos se gloríen de tenerlo por gracia? Los cuales, sin duda, mientras no cesan de predicar el triunfo de la pasión del Señor, como a través de los racimos de su doctrina, embriagan nuestros corazones áridos con el vino de la sangre bendita.

De este vino se dice alegóricamente por Jacob sobre nuestro Salvador: «Lavará en el vino su estola, y en la sangre de la uva su manto (Gén. XLIX)». La estola de Cristo estuvo en los apóstoles y en los demás creyentes de la Sinagoga; cuyo manto también es el pueblo gentil. De los cuales se le dice por el profeta: «Vivo yo, dice el Señor, que de todos estos te vestirás como de un ornamento (Isa. XLIX)». A estos, pues, lavó Cristo en la sangre de la uva, la cual extrajo de sí mismo al ser triturado en la prensa de la cruz. De donde también dice Juan: «El cual nos amó, y nos lavó de nuestros pecados en su sangre (Apoc. I)».

Puesto que, por tanto, el olivo, la higuera y la vid, esto es, los varones espirituales, de ninguna manera consienten en presidir a los árboles silvestres, esto es, a los hombres terrenos y carnales, se ofrece el espino (*rhamnum*), tanto para ser consumido por ellos como para consumir a los mismos, ya sea por el ejemplo de una depravada conducta, o por el incendio de un dogma erróneo. Pues el espino se eriza con espesas espinas; por el cual ciertamente se alude a cualquier perverso que así se espesa con la aspereza de los pecados como de las zarzas. De donde también se dijo al primer hombre: «Tu tierra te germinará espinas y abrojos (Gén. III)»: esto es, tu cuerpo subyacerá a las punzadas agudas de los vicios. Y el Señor por el profeta: «Con las espinas», dice, «de sus pecados me rodearon (Lam. III)».

Así pues, pidiendo los árboles un rey, esto es, eligiendo carnalmente cualquier depravado un prelado, el espino accede al medio, a saber, cualquier réprobo, que aumente en sí el fuego de la condenación por las depravaciones de ellos; y los consuma viviendo o enseñando perversamente en una combustión recíproca. De donde también allí se dice: «Salga fuego de él, y consuma a los habitadores de Siquem y a la ciudad de Meló, y salga fuego de los varones de Siquem y de la ciudad de Meló y devore a Abimelec (Jue. IX)».

Haec autem Joathas constitutus in vertice montis eloquitur; quia per sanctos in Ecclesia praedicatores addiscimus quomodo quibusque perversis ac reprobis vana petentibus resistamus.

Caput VIII.

In epistola ad Petrum archipresbyterum de incontinentia clericorum.

«Abimelech audiens viros turris Sichimorum pariter conglobatos, ascendit in montem Selmon cum omni suo populo et arrepta 176 securi praecidit arboris ramum, impositumque ferens humero dixit ad socios: Quod me videtis facere, cito facite. » Deinde sequitur: «Igitur certatim ramos de arboribus praecidentes, sequebantur ducem; quibus circumdantes praesidium succenderunt, atque ita factum est ut fumo et igne mille hominum necarentur, viri pariter et mulieres habitatores turris Sichem (Jud. IX.)»

Non est hujus loci sacrae figuras historiae solerter exponere; sufficit nobis, quantum ad propositum attinet, rem summotenus praelibare. Rami arborum sunt sententiolae Scripturarum, quas dum impudici quique ad allegationis suae robur violenter inflectunt, fumo simul et igne numerosas hominum catervas exstinguunt: fumo scilicet erroris et igne libidinis; ut deceptas male discentium mentes et luxuriae flamma succendat et pravi dogmatis caligo confundat.

Hae sunt enim merces, quae de Sodoma et Gomorrha prodire visae sunt post excidium. «Abraham, inquit Scriptura, consurgens mane, ubi steterat prius cum Domino, intuitus est Sodomam et Gomorrham et universam terram regionis illius; viditque ascendentem favillam de terra, quasi fornacis fumum (Gen. XIX).»

Caput IX.

In eadem epistola.

Porro autem dum et Thebes cum suis agminibus obsideret oppidum, eumdem contra castitatem Abimelech videtur figurasse conflictum. «Erat autem turris excelsa,» ut Scriptura testatur, «in medio civitatis, ad quam confugerant viri simul ac mulieres, et omnes principes civitatis, clausa firmissime janua, et super turris tectum stantes per propugnacula (Jud. IX).» Civitas, universalis Ecclesia; turris, castitatis est eminentia; ad quam confugerant viri simul ac mulieres, fortes scilicet et infirmi; principes etiam civitatis, ordo videlicet clericorum, qui tenet Ecclesiae principatum.

Estas cosas, en cambio, las expresa Jotán constituido en la cumbre del monte; porque a través de los santos predicadores en la Iglesia aprendemos cómo resistir a cualesquiera perversos y réprobos que buscan cosas vanas.

Capítulo VIII.

En la carta a Pedro el arcipreste sobre la incontinencia de los clérigos.

«Abimelec, oyendo que los varones de la torre de Siquem estaban congregados a la vez, subió al monte Salmón con todo su pueblo: y arrebatando 176 un hacha, cortó una rama de un árbol, y llevándola al hombro, dijo a sus compañeros: Lo que me veis hacer, hacedlo pronto. » Luego sigue: «Por tanto, cortando a porfía ramas de los árboles, seguían al guía; rodeando con ellas la fortaleza, les pegaron fuego: y así se hizo que con el humo y el fuego fueran muertos mil hombres, varones y mujeres a la vez, los habitadores de la torre de Siquem (Jue. IX)».

No es propio de este lugar exponer con destreza las figuras de la historia sagrada; nos basta, en cuanto atañe a lo propuesto, saborear el asunto superficialmente. Las ramas de los árboles son las sentencias breves (*sententiolae*) de las Escrituras, las cuales, mientras cualesquiera impúdicos las tuercen violentamente para dar fuerza a su propia alegación, extinguen con humo y fuego a la vez a numerosas catervas de hombres: con el humo, a saber, del error y con el fuego de la lascivia; para que la llama de la lujuria encienda las mentes engañadas de los que aprenden mal, y la tiniebla del dogma depravado las confunda.

Pues estos son los frutos que se vieron salir de Sodoma y Gomorra después del exterminio. «Abraham», dice la Escritura, «levantándose de mañana, donde antes había estado con el Señor, miró hacia Sodoma y Gomorra y toda la tierra de aquella región; y vio que subía la ceniza de la tierra como el humo de un horno (Gén. XIX)».

Capítulo IX.

En la misma carta.

Además, mientras asediaba la ciudad de Tebes con sus ejércitos, ese mismo Abimelec parece haber figurado el conflicto contra la castidad. «Había una torre alta», como atestigua la Escritura, «en medio de la ciudad, a la cual se habían refugiado hombres y mujeres a la vez, y todos los príncipes de la ciudad, cerrada muy firmemente la puerta, y estaban de pie sobre el techo de la torre por los baluartes (Jue. IX)». La ciudad es la Iglesia universal; la torre es la eminencia de la castidad; a la cual se habían refugiado hombres y mujeres a la vez, a saber, fuertes y débiles; también los príncipes de la ciudad, a saber, el orden de los clérigos, que ostenta el principado de la Iglesia.

«Accedens itaque Abimelech juxta turrim coepit instantius dimicare, et appropinquans ostio ignem conabatur apponere (Ibid.).» Hoc itaque modo clerici petulantes et infruniti, turri castitatis moliuntur incendium, dum multos ad suae libidinis et aestuantis insaniae cohortantur exemplum. Ignibus armati turrim castitatis impetunt, dum incesti castos flamma pestiferae persuasionis accendunt.

Sed huic certamini qui finis imponitur? quos victoriae titulos haec pugna sortitur? «Ecce, inquit, mulier fragmentum molae desuper jaciens illisit capiti Abimelech et confregit cerebrum ejus. Qui vocavit cito armigerum suum, et ait ad eum: Evagina gladium tuum et percute me, ne forte dicatur quod a femina interfectus sum. Qui jussa perficiens, interfecit eum (Jud. LIX).»

Ut autem in his verbis non diutius immoremur, fragmen hoc molae, quod Abimelech cerebrum fregit, nihil est aliud quam saxum illud quod Daniel sine manibus abscissum de monte conspexit (Dan. II); ipse videlicet Dominus, qui de se in Evangelio dicit: «Qui ceciderit super lapidem istum, confringetur; super quem vero ceciderit, conteret eum (Matth. XXI).» Mulier vero, de cujus manibus mittitur, sacra lex est, 177 quae flagitiosis pudicitiae contemptoribus repentinum Christi judicium comminatur. De quo per Jeremiam dicitur: «Nunquid non verba mea sunt quasi ignis, dicit Dominus, et quasi malleus conterens petram?» (Jer. XXIII.)

Armiger vero Abimelech, diabolus est, qui videlicet omnibus qui turrim castitatis oppugnant arma libidinis et acuta luxuriae jacula subministrat. De quibus jaculis dicit Apostolus: «In omnibus sumentes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea exstinguere (Ephes. VI).» Et propheta: «Ibi, inquit, Assur cum armis suis (Ezech. XXXII).» Quem ergo mulier fragmine molae percussit, armiger ense peremit, quia castitatis adversarios, quibus Scriptura sacra judicium divinae animadversionis intentat, diabolus aeternae mortis internecione trucidat; ut quibus fuerat minister in pugna eorumdem sit postmodum tortor in poena, quaeque illis contra pudicitiam arma suggesserat, eadem exigentibus meritis in eorum tunc jugulum vertat.

Caput X.

In sermone de sancto Antimo.

«Llegando, pues, Abimelec cerca de la torre empezó a combatir más instintivamente, y acercándose a la puerta intentaba pegarle fuego (Ibid.)». De este modo, por tanto, los clérigos petulantes y desenfrenados maquinan el incendio de la torre de la castidad, mientras exhortan a muchos al ejemplo de su lujuria y de su hirviente locura. Armados con fuegos atacan la torre de la castidad, mientras los incestuosos encienden a los castos con la llama de la pestífera persuasión.

Pero ¿qué fin se impone a este certamen? ¿qué títulos de victoria obtiene esta lucha? «He aquí», dice, «una mujer arrojando desde arriba un fragmento de una muela lo estrelló contra la cabeza de Abimelec y le rompió el cráneo. El cual llamó pronto a su escudero, y le dijo: Saca tu espada y mátame, no sea que se diga que he sido muerto por una mujer. El cual, cumpliendo las órdenes, lo mató (Jue. IX)».

Pero para que no nos detengamos más en estas palabras, este fragmento de muela que rompió el cráneo de Abimelec no es otra cosa sino aquella piedra que Daniel vio cortada del monte sin manos (Dan. II); a saber, el Señor mismo, que dice de sí en el Evangelio: «El que cayere sobre esta piedra, se quebrantará; pero sobre quien ella cayere, lo desmenuzará (Mat. XXI)». La mujer, en cambio, de cuyas manos es enviada, es la ley sagrada, 177 que amenaza a los vergonzosos despreciadores de la modestia con el repentino juicio de Cristo. Del cual se dice por Jeremías: «¿No son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la piedra?» (Jer. XXIII.)

El escudero de Abimelec, por su parte, es el diablo, el cual a saber suministra las armas de la lascivia y los agudos dardos de la lujuria a todos los que atacan la torre de la castidad. De cuyos dardos dice el Apóstol: «En todo tomando el escudo de la fe, con el cual podáis extinguir todos los dardos encendidos del malvado (Ef. VI)». Y el profeta: «Allí», dice, «está Asur con todas sus armas (Ezeq. XXXII)». A quien, por tanto, la mujer hirió con un fragmento de muela, el escudero lo aniquiló con la espada, porque el diablo degüella con el exterminio de la muerte eterna a los adversarios de la castidad, contra quienes la sagrada Escritura intenta el juicio de la divina animadversión; para que aquel que había sido su ministro en la lucha sea después su torturador en la pena, y las mismas armas que les había sugerido contra la modestia, las vuelva entonces contra la garganta de ellos según lo exigen sus méritos.

Capítulo X.

En el sermón sobre San Antimo.

Quorumdam plane fides est vana, flaccida, praetendens quidem in superficie similitudinem, non autem habens intrinsecus veritatem. Horum porro tenuere figuram qui olim de populo Ephraim venientes ad vada Jordanis, dum nescirent exprimere sebboleth [schibboletth], sed jebboleth [sibboleth] potius, tanquam peregrina lingua proferrent, Galaaditarum gladiis caesi sunt (Jud. XII). Quid enim per Jordanem, in quo Salvator noster baptizari dignatus est, nisi baptismus? Quid vero per sebboleth, quod interpretatur spica, nisi fides est intelligenda? sicut enim spica victum praebet hominibus, ita et de fide dicitur quia «justus ex fide vivit (Habac. II; Rom. I).» Et sicut spica multa in suis aristis grana recondit, ita et symbolum nostrae confessionis plurima in se fidei semina colligit.

Venientes itaque ad Jordanem Ephrataei consuluntur a Galaaditis quomodo spicam exprimant: venientes etiam ad baptismi lavacrum catechumeni inquiruntur a sacerdotibus qualiter credant. Et quoniam Galaad interpretatur acervus testimonii, recte per Galaaditas sacerdotes Ecclesiae intelliguntur qui praedicationibus suis opera divina testantur. Per Ephraim vero, quod fecunditatem sonat, illi designantur qui idcirco ad fidei perveniunt spicam ut proventum fecunditatis per boni operis segetem proferant. Sicut ergo ii qui ad Jordanem veniunt spicam quidem intelligunt, sed, quia exprimere nesciunt, moriuntur: ita et qui fontem baptismatis expetunt, a vita funditus decidunt, nisi fidem ipsam, quam edocti sunt credere, studuerint etiam bonorum operum enuntiatione proferre.

Ita nimirum alterum pendet ex altero ut semen fidei exsurgere debeat in spicam operationis. Quod et Salvator noster evidenter ostendit. Nam cum praeciperet discipulis, dicens: «Ite, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti;» protinus addidit: «Docentes eos servare omnia quaecunque mandavi 178 vobis (Matth. XXVIII).» Ac si aperte dicat: Semen fidei in cordibus hominum serite, et mox mandatorum germinantium spicam qualiter operationis lingua exprimere debeant, edocete, ne soloecismum faciant in spica operis, qui se de monte Ephraim, hoc est de celsitudine esse testantur ecclesiasticae fecunditatis.

La fe de algunos es claramente vana, flácida, pretendiendo ciertamente una semejanza en la superficie, pero no teniendo la verdad intrínsecamente. Además, mantuvieron la figura de estos quienes antaño, viniendo del pueblo de Efraín a los vados del Jordán, como no supieran pronunciar shibboleth (sebboleth), sino más bien sibboleth (jebboleth), como si lo profirieran en una lengua extranjera, fueron pasados por las espadas de los galaaditas (Jue. XII). Pues ¿qué se entiende por el Jordán, en el cual nuestro Salvador se dignó ser bautizado, sino el bautismo? ¿Qué debe entenderse por shibboleth, que se interpreta como «espiga» (spica), sino la fe? pues así como la espiga proporciona sustento a los hombres, así también se dice de la fe que «el justo vive de la fe (Habac. II; Rom. I)». Y así como la espiga esconde muchos granos en sus aristas, así también el símbolo de nuestra confesión recoge en sí muchísimas semillas de fe.

Así pues, los efraimitas que vienen al Jordán son consultados por los galaaditas sobre cómo pronuncian la espiga: así también los catecúmenos que vienen al lavacro del bautismo son interrogados por los sacerdotes sobre cómo creen. Y puesto que Galaad se interpreta como «montón de testimonio» (acervus testimonii), rectamente por los galaaditas se entienden los sacerdotes de la Iglesia, que con sus predicaciones atestiguan las obras divinas. Por Efraín, en cambio, que significa «fecundidad» (fecunditatem), son designados aquellos que por eso llegan a la espiga de la fe para que produzcan el fruto de la fecundidad a través de la mies de la buena obra. Así como, por tanto, los que vienen al Jordán ciertamente entienden la espiga, pero, porque no saben pronunciarla, mueren: así también los que buscan la fuente del bautismo caen totalmente de la vida, a menos que se hayan esmerado en proferir esa misma fe que se les ha enseñado a creer, también mediante la enunciación de las buenas obras.

Así sin duda lo uno depende de lo otro, de modo que la semilla de la fe debe surgir en la espiga de la operación. Lo cual también nuestro Salvador mostró evidentemente. Pues cuando mandó a los discípulos diciendo: «Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»; inmediatamente añadió: «Enseñándoles a observar todas las cosas que os he mandado 178 (Mat. XXVIII)». Como si dijera abiertamente: Sembrad la semilla de la fe en los corazones de los hombres, y pronto enseñadles cómo deben expresar con la lengua de la operación la espiga de los mandamientos que germinan, para que no cometan un solecismo en la espiga de la obra quienes atestiguan ser del monte Efraín, esto es, de la altura de la fecundidad eclesiástica.

Quapropter, dilectissimi, caveamus ne fides nostra superducto nos solius professionis colore decipiat, et tanquam inanis spica, vacantibus culmis, absque dilectionis medulla follescat. Imitemur fidem martyrum, per quam vincentes regna terrarum adepti sunt praemia promissa coelorum (Hebr. XI). Sit ergo fides nostra solida, sit vera, sit robusta, ut nunc eundo per fidem perveniamus ad speciem, videndo per aenigmatis speculum, quandoque perducamur ad ipsius summae veritatis obtutum (I Cor. XII).

Caput XI.

In epistola ad Adelaidem comitissam, qua eam confoederat episcopo propter incontinentiam clericorum.

Sicut vetus narrat historia: «Cepit Samson trecentas vulpes, caudasque earum adjunxit ad caudas, et faces ligavit in medio; quas igne succendens dimisit ut huc illucque discurrerent: quae statim perrexerunt in segetes Philistinorum. Quibus succensis et comportatae jam fruges, et adhuc stantes in stipula, concrematae sunt in tantum ut vineas quoque et oliveta flamma consumeret (Jud. XV).» Haec plane historia licet principaliter designet haereticos, qui quasi trecentenario numero continentur, quia sanctae Trinitatis fidem verbotenus confitentur, sed dum sub velamento orthodoxae fidei in prima sermonis sui fronte se palliant, ignem pravae doctrinae in posterioribus, quo fruges omnium bonorum operum exurantur, occultant; quamvis, inquam, per has vulpes designentur haeretici, his tamen incontinentes clerici cum suis pellicibus possunt non inconvenienter aptari, qui quasi solutis pedibus gradiuntur, dum honestatis aliquando speciem simulare praetendunt; sed cum accensis facibus combinantur in caudis, quia quasi postposito, et, in quantum valent, occulti igne impudici conglutinantur amoris.

Hae itaque vulpeculae, igne interveniente conjunctae, et libidinis facibus combinatae, omnia Philistinorum sata consumunt: quia spirituales fructus Ecclesiae destruunt, et quantum ad se, bona opera fidelis populi divinae indignationis igne succendunt. De quo igne mystice per Psalmistam dicitur: «Tradidit grandini jumenta eorum, et possessiones eorum igni (Psal. LXXVII).» Quoniam sicut boni sacerdotes Deo quorumlibet fidelium oblationes et vota commendant, ita plerumque qui sacris altaribus indigni sunt, horribilibus gravant. Quod autem mali sacerdotes vulpibus comparentur, Ezechiel quoque propheta testatur, dicens: «Quasi vulpes in desertis prophetae tui erant, Israel (Ezech. XIII).»

Por lo cual, amadísimos, guardémonos de que nuestra fe nos engañe con el color superpuesto de la sola profesión, y como una espiga vana, con tallos vacíos, se marchite sin la médula del amor. Imitemos la fe de los mártires, por la cual venciendo los reinos de las tierras alcanzaron los premios prometidos de los cielos (Heb. XI). Sea, pues, nuestra fe sólida, sea verdadera, sea robusta, para que ahora caminando por la fe lleguemos a la visión (speciem), viendo por el espejo del enigma, y un día seamos conducidos a la contemplación de la misma verdad suma (I Cor. XII).

Capítulo XI.

En la carta a la condesa Adelaida, por la cual la asocia al obispo a causa de la incontinencia de los clérigos.

Como relata la antigua historia: «Sansón capturó trescientas zorras, y unió sus colas con colas, y ató teas en medio; las cuales, encendidas con fuego, soltó para que discurrieran de aquí para allá: las cuales inmediatamente marcharon a las mieses de los filisteos. Incendiadas las cuales, tanto los frutos ya recolectados como los que aún estaban en pie en el rastrojo, fueron quemados hasta tal punto que la llama consumió también las viñas y los olivares (Jue. XV)». Claramente esta historia, aunque principalmente designe a los herejes, que están contenidos como en el número trescientos porque confiesan de palabra la fe de la santa Trinidad, pero mientras se embozan bajo el velo de la fe ortodoxa en el primer frente de su discurso, ocultan en la parte posterior el fuego de la depravada doctrina, con el cual se abrasen los frutos de todas las buenas obras; aunque, digo, por estas zorras se designe a los herejes, sin embargo los clérigos incontinentes con sus mancebas (*pellicibus*) pueden ser no inconvenientemente adaptados a estas, quienes caminan como con pies sueltos mientras pretenden simular a veces una apariencia de honestidad; pero son emparejados en las colas con teas encendidas, porque se pegan por el fuego del amor impúdico, como puesto detrás y, en cuanto pueden, oculto.

Estas zorruelas, por tanto, unidas por la intervención del fuego y emparejadas con las teas de la lujuria, consumen todos los sembrados de los filisteos: porque destruyen los frutos espirituales de la Iglesia y, en cuanto a ellos toca, incendian las buenas obras del pueblo fiel con el fuego de la divina indignación. De cuyo fuego se dice místicamente por el Salmista: «Entregó al granizo sus bestias, y sus posesiones al fuego (Sal. LXXVII)». Puesto que, así como los buenos sacerdotes encomiendan a Dios las oblaciones y votos de cualesquiera fieles, así por lo general los que son indignos de los sagrados altares, los gravan horriblemente. Que los malos sacerdotes sean comparados con zorras, también el profeta Ezequiel lo atestigua diciendo: «Como zorras en los desiertos eran tus profetas, Israel (Ezeq. XIII)».

Caput XII.

In sermone de sanctis virginibus.

Salvator noster, in hujus mundi campum potestates aereas debellaturus adveniens, non elegit rhetores et philosophos, sed simplices ac litteralis industriae prorsus ignaros; quoniam, sicut ait Apostolus: «Quae stulta sunt hujus mundi elegit Deus, ut confundat sapientes; et infirma, ut confundat fortia (I Cor. I).» Hoc namque illa Samson victoria bene figuravit, qua mandibulam asini fervefactam arripiens, mille Philistinorum viros occidit. Quid enim per mandibulam asini, quod utique simplex est animal, nisi imperita simplicium hominum ora signantur? Samson itaque non cum armis, non cum diversis telorum generibus, sed cum mandibula asini mille viros occidit, quia Redemptor noster, quem ille signabat, cum imperitis et rudibus perfectum infidelium numerum a vita veteris erroris exstinxit. Quid autem mirum, si sanctos praedicatores per asini maxillam sacrum designet eloquium, cum et ipsum praedicationis verbum per hordeum quandoque denuntiet, quod est utique pabulum jumentorum? Quod certe non modo per Evangelicos quinque panes agnoscitur (Joan. VI), sed per illud quoque quod ille, qui in castris Madian se somniasse perhibebat, socio referebat: «Videbatur, inquit, mihi quasi subcinericius panis ex hordeo volvi, et in Madian castra descendere: cumque 180 pervenisset ad tabernaculum, percussit illud atque subvertit (Jud. VII).»

Caput XIII.

In epistola ad canonicos Fanenses.

Qui alios ad rectitudinis viam debet instruere, valde cavendum est ne ipse, quod absit, in aliquo videatur errare. Hinc est quod Israeliticus populus ad ulciscendum scelus Benjamin [Belamin] zelo rectitudinis inflammatur, et tamen idem populus gladiis Benjamin ante prosternitur (Jud. XX). Quem enim non moveat quod Dominus bis interrogatus, bis ad ineundum contra Benjamin praelium dedit assensum, et tamen in primo certamine viginti duo millia de Israelitis, in secundo vero decem et octo millia ceciderunt. Quid igitur in his intelligendum est, quid sentiendum, nisi quia prius curandi sunt a tumore proprii vulneris qui ferire morbos alienae gestiunt pravitatis, ut ipsi jam mundi per ultionem suimet veniant qui aliorum percutere prava festinant, sicut in Evangelio dicitur: «Qui sine peccato est vestrum, prius in illam lapidem mittat?» (Joan. VIII.) Unde recte cum illi Dominum consulentes dicunt: «Quis erit in exercitu nostro princeps certaminis contra Benjamin filios? Respondit: Judas sit dux vester (Jud. XX).»

Capítulo XII.

En el sermón sobre las santas vírgenes.

Nuestro Salvador, viniendo al campo de este mundo para debelar a las potestades aéreas, no eligió retóricos y filósofos, sino a sencillos y del todo ignorantes de la industria literal; porque, como dice el Apóstol: «Lo necio de este mundo eligió Dios, para confundir a los sabios; y lo débil, para confundir a lo fuerte (I Cor. I)». Pues aquella victoria de Sansón figuró bien esto, en la cual arrebatando la quijada fresca de un asno, mató a mil varones de los filisteos. Pues ¿qué se significa por la quijada del asno, que es ciertamente un animal sencillo, sino las bocas inexpertas de los hombres sencillos? Sansón, por tanto, no con armas, no con diversos géneros de dardos, sino con la quijada de un asno mató a mil varones, porque nuestro Redentor, a quien él significaba, con los inexpertos y rudos extinguió el número perfecto de los infieles de la vida del antiguo error. Pero ¿qué maravilla si la elocuencia sagrada designa a los santos predicadores por la quijada de un asno, cuando también denota la misma palabra de la predicación por la cebada, que es ciertamente el pasto de las bestias? Lo cual ciertamente se reconoce no solo por los cinco panes evangélicos (Juan VI), sino también por aquello que aquel que decía haber soñado en el campamento de Madián, refería a su compañero: «Me parecía, dijo, como si un pan de cebada cocido bajo la ceniza rodara, y descendiera al campamento de Madián: y cuando 180 llegó a la tienda, la golpeó y la volcó (Jue. VII)».

Capítulo XIII.

En la carta a los canónigos de Fano.

Aquel que debe instruir a otros en el camino de la rectitud, debe cuidar mucho de que él mismo, no lo permita Dios, no parezca errar en algo. De aquí es que el pueblo de Israel se inflama con el celo de la rectitud para vengar el crimen de Benjamín, y sin embargo el mismo pueblo es primero derribado por las espadas de Benjamín (Jue. XX). ¿A quién no conmovería que el Señor, consultado dos veces, dio dos veces su asentimiento para entablar batalla contra Benjamín, y sin embargo en el primer certamen cayeron veintidós mil de los israelitas, y en el segundo ciertamente dieciocho mil? ¿Qué se debe entender, pues, en estas cosas, qué se debe sentir, sino que primero deben ser curados del tumor de su propia herida quienes desean herir las enfermedades de la depravación ajena, para que ellos mismos vengan ya limpios por la venganza de sí mismos quienes se apresuran a golpear las cosas perversas de otros, como se dice en el Evangelio: «El que de vosotros esté sin pecado, arroje primero la piedra contra ella» (Juan VIII)? Por lo cual rectamente, cuando ellos consultan al Señor, dicen: «¿Quién será en nuestro ejército el jefe del combate contra los hijos de Benjamín? Respondió: Sea Judá vuestro jefe (Jue. XX)».

Quia enim Judas confessio interpretatur, recte dux illius belli judex constituitur, ut nimirum prius per confessionem propria studeant errata corrigere, qui aliis volunt errorem confitentibus subvenire.

Expliciunt testimonia libri Judicum.

INCIPIUNT CAPITULA LIBRI PRIMI REGUM.

1. De Heli, qui filiorum peccata non digne corripuit.

2. Quod, dum cives Jabes Galaad foedus ab Naa Ammonite, qui eam obsidebat, expeterent, Naas respondit in hoc se cum eis ferire foedus, ut erueret omnium oculos dextros.

3. Filius unius anni erat Saul, cum regnare coepisset: duobus autem annis regnavit super Israel.

4. Quod cum Saul regnare coepit, faber ferrarius non inveniebatur in omni terra Israel.

5. De Merob et Michol, filiabus Saul, quas ille foederavit David in uxores; sed una subtracta, alteram sibi David uxorem conjunxit.

6. Quod David, a facie regis Saul fugiens, coram Achis rege Geth se furere simulavit.

7. De Pythonissa quae regi Saul bona pro malis reddens vitulum coxit et edulium praeparavit.

Expliciunt capitula.

NCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI PRIMI REGUM.

181-182 CAPUT PRIMUM. In epistola ad Nicolaum papam, de incontinentia episcoporum.

Heli, qui filiorum peccata cognovit, sed eos invectione qua digni erant acerrima non corripuit, eisdem filiis a Philistiim in bello peremptis, ipse quoque de sella retrorsum cecidit fractisque cervicibus exspiravit. Quin et arca Domini ab hostibus capta est, et prius quidem quatuor millia, deinde triginta millia virorum sunt Philistaeo trucidante prostrata. Et quidem redarguit, et quidem corripuit; sed lenitate et mansuetudine patris, non severitate vel auctoritate pontificis: «Quare, inquit, facitis res hujuscemodi, quas ego audio, res pessimas ab omni populo?

Pues porque Judá se interpreta como confesión, rectamente el juez de aquella guerra es constituido jefe, para que sin duda procuren primero corregir sus propios errores por la confesión quienes quieren socorrer a otros que confiesan su error.

Aquí terminan los testimonios del libro de los Jueces.

AQUÍ COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL PRIMER LIBRO DE LOS REYES.

1. De Helí, que no corrigió dignamente los pecados de sus hijos.

2. Que, mientras los ciudadanos de Jabes de Galaad pedían un pacto a Naas el amonita, que la sitiaba, Naas respondió que haría un pacto con ellos con la condición de que sacaría los ojos derechos de todos.

3. Un hijo de un año era Saúl cuando comenzó a reinar: y reinó dos años sobre Israel.

4. Que cuando Saúl comenzó a reinar, no se encontraba herrero en toda la tierra de Israel.

5. De Merob y Micol, hijas de Saúl, a las cuales él prometió a David por esposas; pero retirada una, David unió a la otra a sí mismo como esposa.

6. Que David, huyendo de la faz del rey Saúl, fingió que estaba loco ante Aquis, rey de Gat.

7. De la Pitonisa que, devolviendo bienes por males al rey Saúl, coció un becerro y preparó comida.

Aquí terminan los capítulos.

AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL PRIMER LIBRO DE LOS REYES.

181-182 CAPÍTULO PRIMERO. En la carta al Papa Nicolás, sobre la incontinencia de los obispos.

Helí, que conoció los pecados de sus hijos, pero no los corrigió con la invectiva más amarga de la que eran dignos, habiendo perecido esos mismos hijos por los filisteos en la guerra, él también cayó hacia atrás de su silla y, rotas las cervicales, expiró. Es más, hasta el arca del Señor fue capturada por los enemigos, y primero ciertamente cuatro mil, después treinta mil hombres fueron derribados mientras el filisteo degollaba. Y ciertamente redarguyó, y ciertamente corrigió; pero con la lenidad y mansedumbre de un padre, no con la severidad o autoridad de un pontífice: «¿Por qué —dijo— hacéis cosas de esta clase, las cuales yo oigo, las cosas peores de todo el pueblo?

Nolite, filii mei; non est enim bona fama quam audio (I Reg. II).» Audierat enim, Scriptura testante, quia dormiebant cum mulieribus, quas observabant ad ostium tabernaculi. Porro quos inimicos Dei vidit in perniciem suam filios recognovit, et quos hostili ferire gladio debuit paternae blanditiae lenitate palpavit. Non sic ille fidelis in domo Domini famulus Moyses, magister videlicet ingenui Phinees. Stans enim in porta castrorum ait: «Si quis est Domini jungatur mihi; congregatique sunt ad eum omnes filii Levi, quibus ait: Haec dicit Dominus Deus Israel: Ponat gladium vir super femur suum; ite et redite de porta usque ad portam castrorum, et occidat unusquisque fratrem, et proximum et amicum suum. Caesis itaque viginti tribus millibus hominum, ait Moyses: Consecrastis manus vestras hodie Domino, unusquisque in filio et fratre suo, ut detur vobis benedictio (Exod. XXXII).» Plane sicut benedictione digni sunt qui culpas corrigunt, ita nihilominus maledictioni obnoxii sunt qui peccantibus blandiuntur. Sicut per prophetam dicitur: «Maledictus, qui prohibet gladium suum a sanguine (Jer. XLVIII).» A sanguine quippe gladium suum prohibet qui se ab inferenda reprobis digna sententiae animadversione coercet. Facti siquidem culpam habet, qui quod potest negligit emendare (S. Gregor.) Unde et praefato Heli, vir Dei, qui et Phinees fuisse putatur, ait: «Haec dicit Dominus: Quare calce abjicitis victimam meam et munera mea, quae praecepi, ut offerrentur in templo, et magis honorasti filios tuos quam me?» (I Reg. II). Si ergo Heli propter duos duntaxat filios, quos non ea qua digni erant invectione corripuit, cum eis simul et cum tot hominum multitudine periit, qua arbitramur dignos esse sententia qui in aula ecclesiastica et soliis judicantium praesident et super non ignotis pravorum hominum criminibus tacent; qui dum dehonestare homines in publico metuunt, ad contumeliam superni Judicis divinae legis mandata confundunt, et dum perditis hominibus amittendi honoris officium servant, ipsum ecclesiasticae dignitatis Auctorem crudeliter inhonorant? Unde et eidem Heli, qui Deum, suos filios honorando, contempserat, divina vox ait: «Quicunque glorificaverit me, glorificabo eum; qui autem contemnunt me erunt ignobiles.» Ubi mox subditur: «Ecce dies veniunt, et praecidam brachium tuum, et brachium domus patris tui (I Reg. II);» ac si aperte dicat: Quia ego per pastoralis officii dignitatem contra inimicos meos brachium tibi fortitudinis contuli, sed tu ad eorum ultionem illud exercere noluisti, jam brachium a te praecidam, id est, vigorem tibi sacerdotalis culminis auferam, ut qui manceps fueras ad pugnandum pro me, jam nec manum habeas ad tuendum te.

No, hijos míos; porque no es buena la fama que oigo (I Sam. II)». Pues había oído, dando testimonio la Escritura, que dormían con las mujeres que hacían guardia a la puerta del tabernáculo. Por lo demás, a quienes vio como enemigos de Dios para su propia perdición, los reconoció como hijos, y a quienes debió herir con espada hostil, los acarició con la lenidad del halago paterno. No así aquel fiel siervo en la casa del Señor, Moisés, el maestro ciertamente del noble Finees. Pues estando en la puerta del campamento dijo: «Si alguno es del Señor, únase a mí; y se congregaron a él todos los hijos de Leví, a quienes dijo: Esto dice el Señor Dios de Israel: Ponga cada hombre la espada sobre su muslo; id y volved de puerta en puerta del campamento, y mate cada uno a su hermano, y a su prójimo y a su amigo. Muertos, pues, veintitrés mil hombres, dijo Moisés: Habéis consagrado vuestras manos hoy al Señor, cada uno en su hijo y en su hermano, para que se os dé la bendición (Éx. XXXII)». Claramente, así como son dignos de bendición quienes corrigen las culpas, así no obstante están sujetos a la maldición quienes halagan a los que pecan. Como se dice por el profeta: «Maldito el que prohíbe su espada de la sangre (Jer. XLVIII)». Pues prohíbe su espada de la sangre quien se contiene de infligir a los réprobos la digna reprensión de una sentencia. Pues tiene la culpa del hecho quien descuida enmendar lo que puede (S. Gregorio). Por lo cual también al prefato Helí, un hombre de Dios, que también se piensa que fue Finees, dijo: «Esto dice el Señor: ¿Por qué rechazáis de un puntapié mi víctima y mis dones, que mandé que se ofrecieran en el templo, y has honrado más a tus hijos que a mí? (I Sam. II)». Si por lo tanto Helí, a causa de solo dos hijos, a quienes no corrigió con aquella invectiva de la que eran dignos, pereció junto con ellos y con tal multitud de hombres, ¿por qué sentencia pensamos que son dignos quienes presiden en el aula eclesiástica y en los solios de los que juzgan y callan sobre los no ignorados crímenes de hombres malvados; quienes mientras temen deshonrar a los hombres en público, confunden los mandatos de la ley divina para contumelia del Juez supremo, y mientras guardan a los hombres perdidos el oficio de perder el honor, deshonran cruelmente al mismo Autor de la dignidad eclesiástica? Por lo cual también al mismo Helí, que al honrar a sus hijos había despreciado a Dios, la voz divina dijo: «Cualquiera que me glorifique, yo lo glorificaré; pero los que me desprecian serán innobles». Donde pronto se añade: «He aquí que vienen días, y cortaré tu brazo, y el brazo de la casa de tu padre (I Sam. II)»; como si dijera abiertamente: Porque yo, por la dignidad del oficio pastoral, te conferí el brazo de la fortaleza contra mi enemigos, pero tú no quisiste ejercitarlo para su venganza, ya cortaré de ti el brazo, es decir, te quitaré el vigor de la cumbre sacerdotal, para que tú, que habías sido un encargado de luchar por mí, ya ni siquiera tengas mano para defenderte a ti mismo.

Caput II

In epistola ad fratres Cluniacenses.

Fugiendus est mundus, qui tenebras parturit; petenda remotio, ubi tanquam in deserto verum lumen erumpit. Prorsus a nostra repellendus est amicitia, qui nimirum dum tenebrarum, in quibus semper est, caligines inserit, consentientibus sibi atque obedientibus lumen exstinguit; imo debemus ei semper infoederabile bellum, qui suorum oculos obruit amicorum. Hinc est quod sacra Regum historia narrante didicimus: Quia «cum Naas Ammonites ascenderet, ut Jabes Galaad cum suis agminibus expugnaret, omnes viri Jabes ad Naas una voce dixerunt: Habeto nos foederatos et serviemus tibi. Quibus ille respondit: In hoc feriam vobiscum foedus, ut eruam omnium vestrum oculos dextros, ponamque vos opprobrium universo Israeli. Dixeruntque ad eum seniores Jabes: Concede nobis septem dies, ut mittamus nuntios in universos terminos Israel; si non fuerit qui defendat nos, egrediemur ad te. Audiens haec Saul exercitus multitudinem congregavit, arma corripuit et ex Ammonitis gravi admodum caede percussis cum gloria triumphavit (I Reg. XI).» Quid itaque per Naas Ammonitem, superbum videlicet regem, nisi vel mundum Creatori suo rebellem, vel diabolum ejus intelligimus principem? De quo nimirum dicitur: Quia «ipse est rex super omnes filios superbiae (Job XLI).» Et quia Naas serpens interpretatur, recte per hunc venenosus ille et lubricus anguis exprimitur. Quid vero per Jabes, quae civitas erat Israelitica, nisi anima innuitur Christiana, ad videndum Deum per studium contemplationis intenta? Et quia Jabes interpretatur exsiccata, vel siccata, congrue per Jabes illa intelligitur anima, quae supernae gratiae pinguedinem deserit, et in aestu concupiscentiae carnalis arescit. Recedens quippe ab inhiando divini muneris rore fit sicca, quem antea dum perciperet, vigebat salubriter irrigata, Domino per Isaiam dicente: «Effundam aquam super sitientem et fluentia super aridam (Isa. XLIV).» Sed Naas cum Jabes foedus aliter dedignatur inire, nisi oculum dextrum paciscatur eruere. Quia quisquis vel antiquo hosti in perversa suggestione substernitur, vel mundi hujus inquietis actionibus implicatur, dum se tanquam superbo regi turpiter foederat, necesse 183 est ut dextrum oculum, hoc est, lumen contemplationis amittat, et sic opprobrium in Israel ponitur, quia dum a contemplationis arce ad terrena vel immunda quaelibet exsequenda devolvitur, consequens est ut in Ecclesia probrosae derisionis obtrectationibus mordeatur.

Capítulo II.

En la carta a los hermanos de Cluny.

Se debe huir del mundo, que engendra tinieblas; se debe buscar el retiro, donde como en un desierto estalla la luz verdadera. Debe ser repelido totalmente de nuestra amistad quien, ciertamente, mientras inserta las calígines de las tinieblas, en las que siempre está, apaga la luz para quienes le consienten y obedecen; más aún, le debemos siempre una guerra sin tregua a quien abruma los ojos de sus amigos. De aquí es que hemos aprendido por la narración de la sagrada historia de los Reyes: que «cuando Naas el amonita subió para combatir a Jabes de Galaad con sus escuadrones, todos los hombres de Jabes dijeron a Naas a una voz: Tennos por aliados y te serviremos. A los cuales él respondió: En esto haré un pacto con vosotros, en que saque los ojos derechos de todos vosotros, y os ponga como oprobio a todo Israel. Y dijeron a él los ancianos de Jabes: Concédenos siete días, para que enviemos mensajeros a todos los términos de Israel; si no hubiera quien nos defienda, saldremos a ti. Oyendo esto, Saúl congregó una multitud del ejército, tomó las armas y, habiendo herido a los amonitas con una matanza muy grave, triunfó con gloria (I Sam. XI)». ¿Qué, pues, entendemos por Naas el amonita, ese rey soberbio ciertamente, sino el mundo rebelde a su Creador, o el diablo su príncipe? De quien ciertamente se dice: que «él es rey sobre todos los hijos de la soberbia (Job XLI)». Y porque Naas se interpreta como serpiente, rectamente por este se expresa aquella serpiente venenosa y escurridiza. ¿Qué, en verdad, por Jabes, que era una ciudad israelita, sino que se insinúa el alma cristiana, atenta a ver a Dios por el estudio de la contemplación? Y porque Jabes se interpreta como desecada, o seca, congruentemente por Jabes se entiende aquella alma que deserta de la gordura de la gracia celestial y se seca en el ardor de la concupiscencia carnal. Pues alejándose de anhelar el rocío del don divino se vuelve seca, la cual antes, mientras lo recibía, florecía saludablemente irrigada, diciendo el Señor por Isaías: «Derramaré agua sobre el sediento y corrientes sobre la tierra árida (Is. XLIV)». Pero Naas se digna entrar en pacto con Jabes de otra manera, a no ser que pacte sacar el ojo derecho. Porque cualquiera que se somete al antiguo enemigo en una sugerencia perversa, o se implica en las inquietas acciones de este mundo, mientras se alía torpemente como a un rey soberbio, es necesario 183 que pierda el ojo derecho, esto es, la luz de la contemplación, y así es puesto como oprobio en Israel, porque mientras es revolcado desde la altura de la contemplación a ejecutar cualesquiera cosas terrenas o inmundas, lo consecuente es que sea mordido por las detracciones de la vergonzosa burla en la Iglesia.

Petunt autem illi septem dies inducias, et quia Deus septimo die requievisse a cunctis operibus legitur (Gen. II), quid per septenarium numerum, nisi requies designatur? Istum numerum Saul inobediens ignoravit, cum per eum se Samuel praestolandum esse praecepit. «Septem, inquit, diebus exspectabis, donec veniam ad te, et ostendam tibi quae facias (I Reg. X).» Sed quia spiritualem requiem vir reprobus sprevit, exagitandum eum Spiritus malus arripuit (I Reg. XVI). Per septenarium ergo dierum numerum ab iniquo rege Jabes civitas liberatur, quia quaelibet anima, quam suadente diabolo mundus ad se conatur attrahere ac negotiorum saecularium tenebris excaecare, illaesum contemplationis oculum servat, si omnino resistens in suae quietis proposito perseverat, eamque Redemptor noster de tentatione, quam patitur, eripit, cum eam in remotionis suae censura quiescere deprehendit. Unde illic scriptum est: «Cum venisset, inquit, dies crastinus, constituit Saul populum in tres partes, et ingressus est media castra in vigilia matutina et percussit Ammon usque dum incalesceret dies (I Reg. XI).» Quid enim per Saul, qui Christus Domini dicebatur, nisi is, qui verus Rex est Israel, Dei hominumque mediator innuitur? Quid est quod populum in tres constituit partes, nisi quia tres sunt principales animae virtutes, fides scilicet, spes et charitas? In trifariis itaque bellatorum partibus victoria certaminis obtinetur, quia tribus his virtutibus, duce Christo, omnis diabolica tentatio vincitur. Porro nec ipse a mysterio vacat pugnatorum numerus, quem Scriptura pronuntiat. «Fuerunt, ait, filiorum Israel trecenta millia, virorum autem Juda triginta millia (Ibid.).» Millenarius autem atque denarius, quia perfecti sunt numeri, sanctorum perfectionem; trecenti vero, vel triginta, quia a tribus oriuntur, divinam significant Trinitatem. Quid itaque per trecenta millia, vel triginta millia bellatorum, nisi sancti doctores intelliguntur Ecclesiae, qui et fide sunt orthodoxi et religiosis operibus consummati? Cum his ergo Saul hostiles regis Naas acies superat, quia cum doctoribus Ecclesiae suae Christus de veternosi serpentis versuta machinatione triumphat. Nam cum eorum praecepta vel exempla subtiliter attenduntur, mox corda torpentia, quae jam noxius tepor invaserat, recalescunt et ab obtruncandas impugnantium vitiorum acies velut clato mucrone spiritus inflammatur. Unde et ipsi bellatores Israel et Juda nuntiis, qui ad se venerant, dicunt: «Sic dicetis viris, qui sunt in Jabes Galaad: Cras erit vobis salus, cum incaluerit sol.» Nam cum mens per desidiam primitus tabefacta jam in se reversa ad Conditoris sui desiderium recalescit, cum torporem negligentiae deserit et frigus insensibilitatis pristinae flamma sancti amoris accendit, tunc velut incalescente sole victoria de hostibus sumitur, et obsessa civitas de superbi regis manibus liberatur.

Piden, además, ellos siete días de tregua, y porque se lee que Dios descansó el séptimo día de todas las obras (Gén. II), ¿qué por el número septenario, sino que se designa el descanso? Este número el inobediente Saúl ignoró, cuando Samuel mandó que debía esperársele por él. «Siete días —dijo— esperarás, hasta que yo venga a ti, y te muestre lo que has de hacer (I Sam. X)». Pero porque el hombre réprobo despreció el descanso espiritual, el espíritu malo lo arrebató para ser agitado (I Sam. XVI). Por el número de siete días, pues, la ciudad de Jabes es liberada del rey inicuo, porque cualquier alma, que el mundo intenta atraer hacia sí por persuasión del diablo y cegar con las tinieblas de los negocios seculares, conserva ileso el ojo de la contemplación si resistiendo totalmente persevera en el propósito de su quietud, y nuestro Redentor la arrebata de la tentación que padece cuando la encuentra descansando en la censura de su retiro. Por lo cual allí está escrito: «Habiendo llegado —dijo— el día de mañana, constituyó Saúl al pueblo en tres partes, y entró en medio del campamento en la vigilia matutina y hirió a Amón hasta que calentara el día (I Sam. XI)». Pues ¿qué por Saúl, que era llamado el Cristo del Señor, sino que se insinúa aquel que es el verdadero Rey de Israel, el mediador de Dios y de los hombres? ¿Qué es que constituyó al pueblo en tres partes, sino porque tres son las principales virtudes del alma, a saber: fe, esperanza y caridad? En las tres partes de los guerreros, pues, se obtiene la victoria del combate, porque con estas tres virtudes, bajo la guía de Cristo, toda tentación diabólica es vencida. Por lo demás, ni siquiera el mismo número de los combatientes que la Escritura pronuncia carece de misterio. «Fueron —dice— de los hijos de Israel trescientos mil, y de los hombres de Judá treinta mil (Ibíd.)». El millar y la decena, porque son números perfectos, significan la perfección de los santos; pero los trescientos, o los treinta, porque nacen de tres, significan la divina Trinidad. ¿Qué, pues, por los trescientos mil, o los treinta mil guerreros, sino que se entienden los santos doctores de la Iglesia, que son ortodoxos en la fe y consumados en las obras religiosas? Con estos, pues, Saúl supera las líneas hostiles del rey Naas, porque con los doctores de su Iglesia, Cristo triunfa sobre la astuta maquinación de la antigua serpiente. Pues cuando sus preceptos o ejemplos son atendidos sutilmente, pronto los corazones perezosos, que ya había invadido un nocivo tibieza, vuelven a calentarse y el espíritu se inflama como con una espada desenvainada para destrozar las líneas de los vicios impugnantes. Por lo cual también los mismos guerreros de Israel y Judá dicen a los mensajeros que habían venido a ellos: «Así diréis a los hombres que están en Jabes de Galaad: Mañana tendréis la salvación, cuando caliente el sol». Pues cuando la mente, primeramente consumida por la desidia, ya vuelta a sí misma vuelve a calentarse para el deseo de su Creador, cuando deserta de la pereza de la negligencia y la llama del santo amor enciende el frío de la antigua insensibilidad, entonces como si calentara el sol se toma la victoria de los enemigos, y la ciudad sitiada es liberada de las manos del rey soberbio.

Hinc est quod de Abraham scriptum est 184 quia «apparuit ei Dominus in convalle Mambre in ipso fervore diei (Gen. XVIII).» Hinc est quod Loth, «Sol, inquit, ortus est super terram, et Loth ingressus est Segor (Gen. XIX).» Recte igitur sive mundi, sive principis ejus amicitias dedignamur, et cum eis simul societatis foedus habere contemnimus, ne, dum tenebris jungimur, luce privemur. Et notandum quod iniquus rex non duos inimicis eruere, sed unum duntaxat oculum flagitat, ut eos in Israel opprobrium ponat, quia saepe malignus hostis consentienti sibi cuilibet reprobo homini potiorem partem sanctitatis ac lucidi operis adimit: minorem vero artificiosa quadam suae calliditatis industria derelinquit, ut in eo quod tollitur sit occasio damnationis, ut pereat; in eo vero quod remanet, de spe fiduciae praesumatur, ut peccator ad poenitentiam non recurrat, sed ex ipsis sanctitatis amissae reliquiis, quibus tanquam baculo transgressor innititur; ab his, qui eum cecidisse noverunt, infamia laceratur; sicque pii operis detrimentum dignae fit irrisionis opprobrium.

Caput III.

In epistola ad Albericum, in qua ei super decem quaestionibus respondet.

«Filius unius anni erat Saul, cum regnare coepisset; duobus autem annis regnavit super Israel (I Reg. XIII).» Hoc nonnulli intelligi sic arbitrantur, quia regi Saul in exordio regni sui filius erat anniculus, qui teneram adhuc unius anni vagiebat infantiam, scilicet Isboseth, et hic duobus annis post mortem patris regnavit super Israel. Sed quoniam hic a doctioribus viris sensus exploditur, a nobis etiam alius inquiratur. Quod ita B. Hieronymus docet intelligi: Quoniam «sic erat innocens, tanquam puer unius anni cum regnare coepit, et duobus annis in ejusdem innocentiae simplicitate permansit. Sed qui tunc erat ex humilitate filius, postmodum per superbiam factus est servus.»

Caput IV.

In epistola ad Aliprandum; quae est de correptione, quam sit utilis in sancti ordinis disciplina.

Spiritualis plane quisque conventus, si fraterni zeli frequenti correptione non utitur, Israeliticae plebis mystica laborat inopia; quae videlicet incipiente Saul regis imperio fabrum ferrarium non habebat. Dicit enim Scriptura: Quia «faber ferrarius non inveniebatur in omni terra Israel (I Reg. XIII).» Porro sicut ferrum reliqua metalla fortiter edomat, ita correptionis malleus vitia delinquentium reprimit et quasi cudendo rigidae mentis duritiam frangit.

De aquí es que está escrito de Abraham 184 que «se le apareció el Señor en el valle de Mamre en el mismo fervor del día (Gén. XVIII)». De aquí es que Lot dijo: «El sol —dijo— salió sobre la tierra, y Lot entró en Segor (Gén. XIX)». Rectamente, pues, desdeñamos las amistades sea del mundo, sea de su príncipe, y despreciamos tener con ellos a la vez un pacto de sociedad, no sea que, mientras nos unimos a las tinieblas, seamos privados de la luz. Y se debe notar que el rey inicuo no pide sacar dos ojos a los enemigos, sino solamente uno, para ponerlos como oprobio en Israel, porque a menudo el enemigo maligno quita a cualquier hombre réprobo que le consiente la parte mejor de la santidad y de la obra lúcida; pero deja la menor por una cierta astuta industria de su astucia, para que en aquello que se quita sea ocasión de condenación, para que perezca; pero en aquello que queda, se presuma por la esperanza de la confianza, para que el pecador no recurra a la penitencia, sino que de esas mismas reliquias de la santidad perdida, en las cuales como en un báculo se apoya el transgresor, sea despedazado por la infamia por aquellos que supieron que él había caído; y así el detrimento de la obra piadosa se convierte en oprobio de digna burla.

Capítulo III.

En la carta a Alberico, en la cual le responde sobre diez cuestiones.

«Un hijo de un año era Saúl cuando comenzó a reinar; y reinó dos años sobre Israel (I Sam. XIII)». Algunos piensan que esto debe entenderse así: que el rey Saúl al inicio de su reinado tenía un hijo de un año, que todavía lloraba la tierna infancia de un año, a saber, Isboset, y este reinó dos años sobre Israel después de la muerte de su padre. Pero puesto que este sentido es rechazado por hombres más doctos, búsquese también por nosotros otro. Lo cual San Jerónimo enseña así que se entienda: que «era tan inocente como un niño de un año cuando comenzó a reinar, y durante dos años permaneció en la simplicidad de esa misma inocencia. Pero el que entonces era hijo por la humildad, después fue hecho siervo por la soberbia».

Capítulo IV.

En la carta a Aliprando; que es sobre la corrección, cuán útil sea en la disciplina del orden sagrado.

Ciertamente cada asamblea espiritual, si no hace uso de la frecuente corrección del celo fraterno, padece la mística penuria del pueblo israelita; el cual, a saber, al inicio del imperio del rey Saúl, no tenía herrero. Pues dice la Escritura: Que «no se encontraba un herrero en toda la tierra de Israel (I Sam. XIII)». Además, así como el hierro domeña fuertemente los demás metales, así el martillo de la corrección reprime los vicios de los delincuentes y, como forjando, rompe la dureza de la mente rígida.

Hinc est quod de ipso fabrorum spiritualium principe per Isaiam dicitur: «Ecce ego creavi fabrum sufflantem in igne prunam et proferentem vas in opus suum (Isa. LIV).» De ferro quoque Ecclesiastes dicit: «Si retusum fuerit ferrum et hoc non ut prius, sed hebetatum erit, multo labore exacuetur, et post industriam sequitur sapientia (Eccle. X).» Sed Philistaei de terra Israel fabros ferrarios tollunt, cum maligni spiritus falsae pietatis obtentu zelum correptionis de fratrum labiis auferunt. Unde et illic subditur: «Caverant enim Philistaei, ne forte facerent Hebraei gladium aut lanceam (I Reg. XIII).» Unde paulo post: «Retusae itaque erant acies vomerum, et ligonum, et tridentium et securium usque ad stimulum corrigendum (Ibid.).» Dum Philistaei timent gladios, tollunt fabros, ut dum armorum fabricatura compescitur, non sit etiam qui caetera exercendi laboris utensilia fabricetur. Apostolo quippe testante: «Gladius spiritus est verbum Dei (Ephes. VI).» Hunc gladium quia perversi timent spiritus, fabros de terra Israel auferunt, dum eos, qui redarguere delinquentium errata debuerant, a tenenda censurae disciplina compescunt; et hac negligentiae dissolutione contingit ut in servorum Dei quibusque convenientibus, non modo sacrae praedicationis sermo cesset audiri, sed et honestarum artium exercitia desinant frequentari. Nam quia districta magisterii eos disciplina non reprimit, propriis voluntatibus dediti scribere nesciunt; artis honestae manuum exercitia nulla condiscunt, cum Apostolus dicat: «Qui non laborat, non manducet (II Thess. III).» Quae nimirum cum sibi sint necessaria, saeculares viros, vel etiam reprobos adeunt, quoniam haec apud se reperire non possunt. Unde illic dicitur: «Descendebat ergo omnis Israel ad Philistiim, ut exacueret unusquisque vomerem suum, et ligonem, et securim, et sarculum.» Israel ergo ad Philistaeos non ascendit, sed descendit, ut utensilia suae necessitatis exacuat, cum sancti ordinis viri ad saecularium ima declinant, ut ab eis sibi commodum cujuslibet utilitatis acquirant. Vides ergo quia si de sacro conventu correptionum censura subtrahitur, disciplinae vigor funditus enervatur et religio tota destruitur, quia dum unusquisque propriae sequitur voluntatis arbitrium, ad saecularia rediens, spiritualis observantiae violat institutum. Unde quisquis est, cui regularis vitae fervor inaestuat, correptiones libenter amplectitur, et tunc etiam, cum innocens est, suis reprehensionibus delectatur, non ut eum conscientia peccasse remordeat, sed quoniam hoc prodesse caeteris audientibus sperat, ut inde ipse innocens et mundus arguitur, alii, qui vel lapsi, vel lapsuri forte sunt, corrigantur.

De aquí es que del mismo príncipe de los herreros espirituales se dice por Isaías: «He aquí que yo he creado al herrero que sopla las brasas en el fuego y produce un vaso para su obra (Isa. LIV)». Del hierro también dice el Eclesiastés: «Si se embotare el hierro y no fuere como antes, sino que se hubiere desafilado, con mucho trabajo se afilará, y tras la industria sigue la sabiduría (Ecl. X)». Pero los filisteos quitan los herreros de la tierra de Israel cuando los espíritus malignos, bajo el pretexto de una falsa piedad, quitan el celo de la corrección de los labios de los hermanos. De donde allí se añade: «Pues se habían precavido los filisteos, no sea que por acaso hicieran los hebreos espada o lanza (I Sam. XIII)». De donde un poco después: «Embotados estaban, pues, los filos de las rejas, y de los azadones, y de los bidentes y de las hachas hasta para corregir el aguijón (Ibid.)». Mientras los filisteos temen las espadas, quitan a los herreros, para que mientras se reprime la fabricación de armas, no haya tampoco quien fabrique los demás utensilios para el ejercicio del trabajo. Pues testificando el Apóstol: «La espada del espíritu es la palabra de Dios (Ef. VI)». Porque los espíritus perversos temen esta espada, quitan a los herreros de la tierra de Israel cuando reprimen de mantener la disciplina de la censura a aquellos que debían redarguir los errores de los delincuentes; y por esta disolución de la negligencia sucede que en cualesquiera asambleas de los siervos de Dios, no solo cese de oírse la palabra de la sagrada predicación, sino que también los ejercicios de las artes honestas dejen de ser frecuentados. Pues porque la estricta disciplina del magisterio no los reprime, entregados a sus propias voluntades, no saben escribir; no aprenden ejercicio alguno de las manos de un arte honesta, diciendo el Apóstol: «El que no trabaja, que no coma (II Tes. III)». Cosas que, siendo ciertamente necesarias para ellos, acuden a hombres seculares, o incluso a reprobos, puesto que no pueden encontrar estas cosas entre ellos mismos. De donde allí se dice: «Descendía, pues, todo Israel a los filisteos para que cada uno afilara su reja, y su azadón, y su hacha, y su sacho». Por tanto, Israel no sube a los filisteos, sino que desciende, para afilar los utensilios de su necesidad, cuando los hombres del orden sagrado declinan hacia lo profundo de los seculares, para adquirir de ellos una conveniencia de cualquier utilidad para sí mismos. Ves, pues, que si de la sagrada asamblea se sustrae la censura de las correcciones, el vigor de la disciplina se debilita totalmente y toda la religión se destruye, porque mientras cada uno sigue el arbitrio de su propia voluntad, volviendo a las cosas seculares, viola el instituto de la observancia espiritual. Por lo cual, quienquiera que sea en quien hierve el fervor de la vida regular, abraza de buen grado las correcciones, e incluso entonces, cuando es inocente, se deleita en sus propias reprensiones, no para que su conciencia le remuerda por haber pecado, sino porque espera que esto aproveche a los demás que escuchan, de modo que mientras él mismo es argüido como inocente y limpio, otros, que o bien han caído o quizás van a caer, sean corregidos.

Caput V.

In epistola ad Hermisindim, de eo quod aedificium humanae superbiae cito destruitur.

«Pactus quidem est Saul majorem filiam suam Merob David dare uxorem; sed cum tempus advenisset quod dari sibi debuisset, non ei data est, sed alii conjuncta est viro. Dilexit autem Michol filiam Saul alteram David eamque sibi uxorem conjunxit (I Reg. XVIII).» Merob quippe interpretatur de multitudine; Michol autem, a qua, vel ex omnibus. Et quid per Merob, nisi illa duntaxat infidelium turba signatur, quae est de multitudine, quae repellitur? «Multi enim sunt vocati, pauci vero electi (Matth. XX).» Quid autem per Michol, nisi sancta figuratur Ecclesia, a qua videlicet omnes oriuntur electi, vel quae ex omnibus constat electis, quae licet filium non genuerit, huic tamen intelligentiae ejus sterilitas non obsistit? Aliud quippe mysterium est, quia regi David est in conjugalitate conjuncta; aliud, quia perstitit infecunda; aliud, quia Christi Domini est sortita conjugium; aliud, quia fecunditatis non meruit donum, sed pertulit in Israel sterilitatis opprobrium. Hanc sane David superbi regis Saul sibi filiam junxit, dum fortis manu Jesus ac merito desiderabilis eam de superbi hujus mundi principis obsequio sustulit sibique confoederationis intimae glutino counivit. Quam videlicet Michol, quae sancta electorum est Ecclesia, superbus ille Saul, hoc est, malignus spiritus, ei Merob auferre minime valet, quia fidelis custos irrevocabiliter eam suae dilectionis obstrinxit amplexibus; qui in Evangelio clamat: «Oves meae vocem meam audiunt, et non peribunt in aeternum, et non rapiet eas quisquam de manu mea (Joan. X).»

Caput VI.

In sermone de S. Columba.

Cum Redemptor noster hujus mundi campum pugnaturus ingreditur, ad debellandas aeris hujus nequitias fortis praeliator armatur; quia novum debebat instruere praelium, novum induit genus armorum, videlicet ut quod infirmum est superponeret, et quod robustum est occultaret. Loricam siquidem imbecillae carnis induit et insuperabilem divinitatis fortitudinem occultavit. Sic sic per carnem diabolus a secundo homine perditur, qui per carnem dudum primum hominem superavit, eademque sibi nunc ruinae facta est causa quae victoriae fuerat de primo parente materia.

Capítulo V.

En la carta a Hermisinda, sobre que el edificio de la soberbia humana pronto se destruye.

«Ciertamente pactó Saúl dar a su hija mayor Merob a David por esposa; pero cuando llegó el tiempo en que se le debió dar, no se le dio, sino que fue unida a otro varón. Pero Micol, la otra hija de Saúl, amó a David y él la unió a sí por esposa (I Sam. XVIII)». Merob ciertamente se interpreta como «de la multitud»; Micol, en cambio, «de la cual», o «de todos». ¿Y qué por Merob, sino que se señala solamente aquella turba de los infieles, que es de la multitud, que es repelida? «Muchos son, pues, los llamados, pocos en cambio los elegidos (Mat. XX)». ¿Qué, en cambio, por Micol, sino que se figura la santa Iglesia, de la cual, a saber, se originan todos los elegidos, o la cual consta de todos los elegidos, la cual, aunque no haya engendrado hijo, sin embargo su esterilidad no se opone a esta inteligencia de ella? Ciertamente un misterio es porque al rey David está unida en conyugalidad; otro, porque persistió infecunda; otro, porque ha obtenido el matrimonio de Cristo el Señor; otro, porque no mereció el don de la fecundidad, sino que llevó el oprobio de la esterilidad en Israel. A esta hija del soberbio rey Saúl se unió ciertamente David, mientras Jesús, fuerte de mano y por mérito deseable, la sustrajo del obsequio del soberbio príncipe de este mundo y la unió a sí por el adhesivo de una íntima confederación. La cual Micol, que es la santa Iglesia de los elegidos, aquel soberbio Saúl —esto es, el espíritu maligno— mínimamente prevalece a quitársela, porque el fiel custodio irrevocablemente la ha estrechado en los abrazos de su dilección; el cual clama en el Evangelio: «Mis ovejas oyen mi voz, y no perecerán eternamente, y nadie las arrebatará de mi mano (Juan X)».

Capítulo VI.

En el sermón sobre Santa Columba.

Cuando nuestro Redentor entra en el campo de este mundo para combatir, el fuerte guerrero se arma para debelar las malicias de este aire; porque debía preparar un nuevo combate, se puso un nuevo género de armas, a saber, para que lo que es débil lo sobrepusiera, y lo que es robusto lo ocultara. Pues se vistió la loriga de la carne imbecil y ocultó la insuperable fortaleza de la divinidad. Así, así por la carne el diablo es perdido por el segundo hombre, el cual por la carne superó hace tiempo al primer hombre, y esa misma se le hizo ahora causa de ruina la que había sido materia de victoria sobre el primer padre.

Hoc per allegoriae mysterium res illa praemonuit quod David a facie regis Saul fugiens in praesentia Achis regis Geth se furere simulavit. Dicit enim Scriptura: «Quia defluebant salivae ejus in barbam (I Reg. XXI).» Sane quia barba viri est proprium, quid est per mysticum intellectum, nisi virtutis indicium? Quid ergo per salivas, quae nimirum fluidae sunt et fluxae, nisi carnis infirmitas? Quid vero per barbam nisi divinitatis innuitur fortitudo? Barba ergo salivis defluentibus operitur quia fragili carnis velamine divinitatis virtus induitur. But what David did by the industry of dispensation, this was thought by the ignorant to be insanity. Unde Achis servis suis ait: «Vidistis hominem insanum, quare adduxistis eum ad me? an desunt nobis furiosi quod introduxistis istum, ut fureret me praesente? (Ibid.)»

Nonne etiam vero David Redemptori nostro simile quid accidit, ut insanus ab insanientibus putaretur et miracula per daemones agere a daemoniacis diceretur? Hinc est quod Marcus evangelista dicit: «Et cum vidissent sui, exierunt tenere eum; dicebant enim quoniam in furorem versus est (Marc. III).» Quibus verbis protinus addidit: «Et Scribae, qui ab Hierosolymis descenderant, dicebant: Quoniam Beelzebub habet, et quia in principe daemoniorum ejicit daemonia (Ibid.).» Porro autem, quia salivae frequenter ex infantium ore decurrunt, nonne velut infantilia videbantur verba, cum diceret: «Nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis? (Joan. VI.)» Quod audientes discipuli dicebant: «Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?» Et sicut evangelista refert, «jam non cum illo ambulabant (Ibid.).» Sed istae salivae barbam David tegebant quia sub hies infantilibus verbis virtus divina latebat. Factus est ergo Redemptor noster infirmus, ut nos fortes efficeret; visus est stultus, ut ad veram nos sapientiam revocaret. Unde dicit Apostolus: «Quia quod stultum est Dei sapientia est hominibus.» Et paulo superius: «Quia non cognovit mundus per sapientiam Deum, placuit Deo per stultitiam praedicationis salvos facere credentes (I Cor. I).» Nec indignum super Domino Salvatore nostro infirmitatem, vel stultitiam dici, cum etiam per leprosum, cum etiam per serpentem non dedignatus sit mystice figurari.

Caput VII.

In epistola ad Desiderium abbatem, qua dicitur quod majori sit dignus honore qui dignitatem projicit quam qui in ea persistit.

Esto por el misterio de la alegoría lo premonstró aquello de que David, huyendo de la faz del rey Saúl, en presencia de Aquis, rey de Get, simuló que estaba loco. Pues dice la Escritura: «Que corrían sus salivas por la barba (I Sam. XXI)». Ciertamente, porque la barba es propia del varón, ¿qué es por el intelecto místico, sino el indicio de la virtud? ¿Qué, por tanto, por las salivas, que ciertamente son fluidas y flacas, sino la enfermedad de la carne? ¿Qué en cambio por la barba sino que se insinúa la fortaleza de la divinidad? La barba, pues, se cubre con las salivas que corren porque la virtud de la divinidad se viste con el frágil velo de la carne. Pero lo que David hacía por la industria de la dispensación, esto era pensado como insania por los que lo ignoraban. De donde Aquis dijo a sus siervos: «Visteis a un hombre loco, ¿por qué lo trajisteis a mí? ¿acaso nos faltan furiosos para que hayáis introducido a este, para que estuviera loco en mi presencia? (Ibid.)»

¿No le sucedió acaso algo similar a nuestro verdadero David el Redentor, para que fuera pensado loco por los que enloquecían y se dijera por los endemoniados que hacía milagros por los demonios? De aquí es lo que el evangelista Marcos dice: «Y cuando lo hubieron visto los suyos, salieron para prenderle; pues decían que se había vuelto loco (Mc. III)». A cuyas palabras protinus añadió: «Y los escribas, que habían descendido de Jerusalén, decían: Que tiene a Belcebú, y que en el príncipe de los demonios echa fuera los demonios (Ibid.)». Pero además, porque las salivas frecuentemente corren de la boca de los infantes, ¿no parecían como palabras infantiles cuando decía: «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros (Juan VI)?» Lo cual oyendo los discípulos decían: «Duro es este sermón, ¿y quién puede oírlo?» Y como el evangelista refiere, «ya no caminaban con él (Ibid.)». Pero aquellas salivas cubrían la barba de David porque bajo estas palabras infantiles la virtud divina latía. Se hizo, pues, nuestro Redentor enfermo, para que a nosotros nos hiciera fuertes; fue visto estúpido, para que a la verdadera sabiduría nos revocara. De donde dice el Apóstol: «Porque lo que es estúpido de Dios es sabiduría para los hombres». Y un poco más arriba: «Porque no conoció el mundo por la sabiduría a Dios, plugo a Dios por la estupidez de la predicación salvar a los creyentes (I Cor. I)». Ni es indigno que sobre el Señor nuestro Salvador se diga enfermedad, o estupidez, cuando incluso por un leproso, cuando incluso por una serpiente no se dignó ser figurado místicamente.

Capítulo VII.

En la carta al abad Desiderio, en la que se dice que es digno de mayor honor quien arroja la dignidad que quien persiste en ella.

Quem non aedificet atque ad perfectionem charitatis excitet, quem, inquam, non solum ad officiosum piae humanitatis studium exercendum, verum etiam ad bona pro malis redhibendum, non provocet hoc quod de Pythonissa illa magnae profecto laudis digna praeconio legitur, quae videlicet, ad imitationem Dei, Saul tam bene tractavit, non modo regio jam culmine desperatum, sed et in crastino Philisthinorum gladiis perimendum (I Reg. XXVII): et tanquam prudens, juxta Evangelium, serpens (Matth. X), illi praestitit beneficium, a quo nullum se consequi posse sperabat emolumentum. Ille praeterea, sicut ipsa conqueritur, omnes hariolos de terra Israel et magos erasit, ac per hoc eidem mulierculae omnem quaestum solitae divinationis ademit. Illa vitulum paschalem, qui sibi de consumpta vix paupertate supererat, coxit et azymos panes de perexigua farina commiscens illi, ut vesceretur, apposuit. Quod cum ille lugubris et contigua morte perterritus sperneret ac cibum capere funditus recusaret, e contrario illa precibus obnixis et quibusdam velut argumentationibus incessabiliter insistebat, ut roganti talionem redderet. Et sicut illa jubenti paruerat, sic iste supplicantis precibus annueret: «Ecce, inquit, obedivit ancilla tua voci tuae, et posui animam meam in manu tua, et audivi sermones tuos, quos locutus es ad me; nunc ergo audi et tu vocem ancillae tuae, et ponam coram te buccellam panis, ut comedens convalescas et possis iter facere (I Reg. XXVIII).» Quis enim hoc coruscante faceret Evangelio, quod haec mulier sub umbra legis egisse describitur, praesertim cum Vetus offerat instrumentum: «Diliges amicum tuum, et odio habebis inimicum tuum,» evangelica vero tuba terribiliter intonet: Quia «nec Pater vester dimittet vobis peccata vestra, si non remiseritis unusquisque fratri suo de cordibus vestris (Matth. VI; Marc. XI).» Saul enim ita divinantibus et hariolis inimicus exstitit ut passim omnes interficeret, et vix eorum quispiam, nisi haec duntaxat paupercula mulier, remansisset; haec etiam, quae supererat, tanta regiae persecutionis erat immanitate constricta ut, dum nullatenus uti divinatione praesumeret, consuetum propriae artis quaestum funditus amisisset. Haec tamen idipsum quod remanserat reddens bona pro malis alacriter obtulit, et inimicum suum, velut Apostolo jam haec praecipiente, cibavit (Rom. I). Et haec eo tempore laudabilis mulier fecit, cum illum nosset illico moriturum, atque ideo nec speraret jam placidum, nec paveret iratum. Argumentis utuntur homines, ut a propriis domibus hospitari volentes ejiciant, ut ad tabernas, vel emptoria vicina transmittant. Siquidem locus iste depreciatur, ille praefertur; hic per inclementiam annotinae tempestatis aegra seges negare fertur agricolis victum; ille feracium frugum dicitur exuberasse proventus. Modo brevitas commendatur itineris, modo sol altiora coeli tenere spatia perhibetur.

A quién no edificaría y excitaría a la perfección de la caridad, a quién, digo, no solo al oficioso estudio de la piadosa humanidad a ejercer, sino incluso a devolver bienes por males, no provocaría esto que de aquella Pitonisa, digna por cierto de pregón de gran alabanza, se lee, la cual, a saber, a imitación de Dios, trató tan bien a Saúl, no solo ya desesperado de su regio culmen, sino incluso para ser muerto al día siguiente por las espadas de los filisteos (I Sam. XXVII): y como serpiente prudente, según el Evangelio (Mat. X), le prestó beneficio a aquel de quien no esperaba poder conseguir emolumento alguno. Aquel además, como ella misma se queja, borró a todos los adivinos de la tierra de Israel y a los magos, y por esto quitó a la misma mujercilla todo el lucro de su acostumbrada adivinación. Ella coció el ternero pascual, que apenas le quedaba de su consumida pobreza, y mezclando panes ácimos de una muy exigua harina, se lo puso delante para que comiera. Lo cual, cuando él, lúgubre y aterrado por su muerte contigua, lo despreciaba y rehusaba totalmente tomar comida, por el contrario ella con ruegos constantes y con ciertas como argumentaciones incesantemente insistía para que devolviera el talión a la que rogaba. Y como ella había obedecido al que mandaba, así aquel asintiera a los ruegos de la suplicante: «He aquí, dijo, obedeció tu sierva a tu voz, y puse mi alma en mi mano, y oí tus sermones que hablaste a mí; ahora pues oye también tú la voz de tu sierva, y pondré delante de ti un bocado de pan para que comiendo convalezcas y puedas hacer el camino (I Sam. XXVIII)». ¿Quién pues haría esto, resplandeciendo el Evangelio, que se describe que esta mujer hizo bajo la sombra de la ley, especialmente cuando el Viejo Instrumento ofrece: «Amarás a tu amigo, y odiarás a tu enemigo», y la trompeta evangélica terriblemente truena: Porque «ni vuestro Padre os perdonará vuestros pecados, si no perdonare cada uno a su hermano de vuestros corazones (Mat. VI; Mc. XI)?» Pues Saúl existió tan enemigo para los adivinos y hechiceros que mató a todos por doquier, y apenas alguno de ellos, sino solamente esta mujercilla pobre, había quedado; esta incluso, que quedaba, estaba por tanta enormidad de regia persecución constreñida que, mientras de ningún modo presumía usar la adivinación, había perdido totalmente el acostumbrado lucro de su propia arte. Esta, sin embargo, devolviendo aquello mismo que quedaba, ofreció alacremente bienes por males, y alimentó a su enemigo, como si el Apóstol ya esto estuviera preceptuando (Rom. I). Y estas cosas hizo aquella laudable mujer en aquel tiempo en que lo sabía a él para morir al instante, y por tanto ya ni esperaba plácido, ni temía airado. Usan los hombres de argumentos para que a los que quieren hospedarse en las propias casas los expulsen, para que a las tabernas o a las tiendas vecinas los envíen. Pues este lugar se deprecia, aquel se prefiere; aquí por la inclemencia de una tormenta de aquel año se dice que la cosecha enferma niega el sustento a los agricultores; allá se dice que el producto de los feraces frutos ha sobreabundado. Ahora se encomienda la brevedad del camino, ahora se afirma que el sol ocupa los espacios más altos del cielo.

Hac igitur accuratione verborum, nil aliud agitur quam ut supervenientes aliud sibi providere compellantur hospitium. Haec autem prudens et ingenua mulier rhetoricatur, ut ita loquar et oratorum orationibus utitur, ut inimicus ejus, dum respuit ac resultat, ad edulium provocetur.

Expliciunt testimonia primi libri Regum.

INCIPIUNT CAPITULA LIBRI SECUNDI REGUM.

1. De eo quod David imprecatus est, ut non deficiat de domo Joab fluxum seminis sustinens et leprosus tenens fusum. 2. Ista est lex Adam, ait David, Domine Deus. 3. Fecit autem David sibi nomen, cum reverteretur, capta Syria, in valle Salinarum caesis duodecim millibus. 4. Qui erant Celethaei, et Phelethaei. 5. De eo quod filii David sacerdotes fuisse dicuntur. 6. Quod Ammon filius Naas, nuntiis David ad consolandum eum super mortem patris directis, vestes scidit et barbas medias rasit. 7. De eo quod poenitentia David, quae suscepta est; Saul vero, reprobata.

8. De eo quod David Rabath civitatem, quam Joab oppugnabat, victor obtinuit. 9. De eo quod David Absalon fugiens decem concubinas ad custodiendam domum reliquit. 10. Quod Absalon patrem persequens, concubinas quas pater domi reliquerat, consilio Achitophelis foedavit. 11. De eo quod Sobi, et Machir et Berzellai Galaadites obtulerunt David in castris Madian stratoria, et tapetia, et vasa et quaeque ad cibos necessaria. 12. De eo quod dicitur plures fuisse quos consumpserat saltus de populo quam illi quos voraverat gladius. 13. Quod Berzellai Galaadites usque Jordanem cum rege David veniens et Hierusalem secum pergere recusavit. 14. Quod David decem concubinas, quas domi reliquerat, rediens in custodiam tradidit, nec est ultra ingressus ad eas. 15. Unde supra. 16. De eo quod dicitur tertium bellum in Gob contra Philisthaeos fuisse, in quo percussit Adeodatus filius saltus polimitarius Bethleemites Goliath Gethaeum. 17. David sedens in cathedra sapientissimus princeps inter tres; ipse quasi tenerrimus ligni vermiculus, qui octingentos interfecit impetu uno. 18. Quod David aream Ornan Jebusaei et boves in holocaustum offerendo taxato pretio comparavit.

Expliciunt capitula.

INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI SECUNDI REGUM.

CAPUT PRIMUM. In libro Gomorrhiano.

Por esta exactitud de palabras, por tanto, nada más se hace sino que los que sobrevienen sean compelidos a proveerse de otro hospicio. Esta, en cambio, prudente e ingenua mujer retoriza, para hablar así, y usa las oraciones de los oradores para que su enemigo, mientras lo rechaza y se resiste, sea provocado al alimento.

Terminan los testimonios del primer libro de los Reyes.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL SEGUNDO LIBRO DE LOS REYES.

1. Sobre lo que David imprecó para que no falte de la casa de Joab quien sufra flujo de semen y el leproso que sostiene el huso. 2. Esta es la ley de Adán, dice David, Señor Dios. 3. Hizo además David para sí un nombre, cuando volvía, tomada Siria, en el valle de las Salinas matando a doce mil. 4. Quiénes eran los cereteos y feleteos. 5. Sobre lo que se dice que los hijos de David fueron sacerdotes. 6. Que Amón hijo de Naas, dirigidos los mensajeros de David para consolarlo por la muerte de su padre, rasgó las vestiduras y rasuró las medias barbas. 7. Sobre la penitencia de David, que fue aceptada; la de Saúl, en cambio, reprobada.

8. Sobre lo que David victoriosamente obtuvo la ciudad de Rabath, que Joab asediaba. 9. Sobre lo que David, huyendo de Absalón, dejó diez concubinas para la custodia de la casa. 10. Que Absalón, persiguiendo al padre, por consejo de Aquitofel, deshonró a las concubinas que el padre había dejado en casa. 11. Sobre lo que Sobi, y Maquir y Berzellai el Galaadita ofrecieron a David en el campamento de Madian lechos, y tapices, y vasos y todo lo necesario para los alimentos. 12. Sobre lo que se dice que fueron más los que el bosque había consumido del pueblo que aquellos a quienes la espada había devorado. 13. Que Berzellai el Galaadita, viniendo con el rey David hasta el Jordán, rehusó ir con él a Jerusalén. 14. Que David, volviendo, entregó en custodia a las diez concubinas que había dejado en casa, y no entró más a ellas. 15. De donde arriba. 16. Sobre lo que se dice que la tercera guerra en Gob fue contra los filisteos, en la cual Adeodato, hijo del bosque, tejedor betleemita, hirió a Goliat el gueteo. 17. David sentado en la cátedra, sapientísimo príncipe entre los tres; él como un muy tierno gusanillo de madera, que mató a ochocientos en un solo ímpetu. 18. Que David compró la era de Ornán el jebuseo y los bueyes para ofrecer en holocausto por un precio tasado.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL SEGUNDO LIBRO DE LOS REYES.

CAPÍTULO PRIMERO. En el Libro Gomorriano.

«Nec deficiat, ait David, de domo Joab Gomorrhian sustinens (II Reg. III).» Pro quo secunda translatio habet fluxum seminis sustinens et leprosus tenens fusum, et cadens gladio et indigens pane. Lepra quippe perfunditur qui gravis peccati labe foedatur, fusum vero tenere est virilis vitae fortia facta relinquere et femineae conversationis illecebrosam mollitiem exhibere. Gladio cadit qui furorem divinae indignationis incurrit. Pane indiget, quem a perceptione Christi corporis proprii reatus poena coercet. «Ille est enim panis vivus, qui de coelo descendit (Joan. VI).» Si ergo post fluxum seminis leprosus factus praecepto legis extra castra manere compelleris, cur adhuc in eisdem castris etiam honoris primatum obtinere contendis? Nunquid non Ozias rex cum superbe adolere incensum super altare thymiamatis voluisset, postquam se plaga leprae coelitus percussum agnovit, non modo a sacerdotibus de templo expelli patienter tulit, sed et ipse celeriter egredi festinavit? Scriptum quippe est: «Cumque respexisset eum Azarias pontifex et omnes reliqui sacerdotes, viderunt lepram in fronte ejus, et festinato expulerunt eum.» Moxque subjungitur: «Sed et ipse perterritus, acceleravit egredi, eo quod sensisset illico plagam Domini (II Par. XXVI).» Si rex corporali lepra percussum a sacerdotibus ejici de templo non contempsit, tu leprosus in anima cur tot sanctorum Patrum judicio a sacris altaribus removeri non pateris? Si ipse, demisso regiae dignitatis imperio, habitare in domo privata usque ad obitum non erubuit, tu cur a sacerdotalis officii confunderis arce descendere, ut in poenitentiae sepultura conclusus te inter vivos studeas quasi mortuum deputare? Et ut ad illam Joab mysticam recurramus historiam si ipse gladio corruisti, quomodo alium per sacerdotalem gratiam suscitabis? Si ipse, exigentibus meritis, indiges pane, id est, a Christi separatus es corpore, quo pacto alium poteris coelestis mensae dapibus satiare? Si tu Oziae lepra es percussum in fronte, hoc est, infamiae nota dehonestaris in facie, quomodo alium poteris obducta perpetrati criminis oblivione purgare? Erubescat ergo tumefacta superbia, nec super se extolli inaniter appetat, quam infra se proprii reatus sarcina non mediocriter gravat.

Caput II.

In sermone de S. Matthaeo.

«Ni falte, dice David, de la casa de Joab quien sufra el Gomorriano (II Sam. III)». Por lo cual la segunda traducción tiene «quien sufra flujo de semen y el leproso que sostiene el huso, y el que cae por la espada y el que carece de pan». Pues se empapa de lepra quien se ensucia con la mancha de un pecado grave; sostener el huso es abandonar los hechos fuertes de la vida varonil y exhibir la suavidad seductora de la conversación femenina. Cae por la espada quien incurre en el furor de la indignación divina. Carece de pan aquel a quien la pena del propio reato cohíbe de la percepción del cuerpo de Cristo. «Él es, pues, el pan vivo, que descendió del cielo (Juan VI)». Si pues, tras el flujo de semen, hecho leproso, eres compelido por precepto de la ley a permanecer fuera de los campamentos, ¿por qué todavía en esos mismos campamentos pretendes obtener incluso el primado del honor? ¿Acaso el rey Ozías, cuando soberbiamente había querido quemar incienso sobre el altar del incienso, después que se reconoció herido del cielo por la plaga de la lepra, no solo soportó pacientemente ser expulsado del templo por los sacerdotes, sino que también él mismo se apresuró a salir velozmente? Pues escrito está: «Y cuando lo hubo mirado Azarías el pontífice y todos los demás sacerdotes, vieron la lepra en su frente, y rápidamente lo expulsaron». Y pronto se subraya: «Pero también él mismo aterrado, aceleró el salir, por cuanto había sentido al instante la plaga del Señor (II Par. XXVI)». Si el rey herido por la lepra corporal no despreció ser echado del templo por los sacerdotes, tú, leproso en el alma, ¿por qué no sufres ser removido de los sagrados altares por el juicio de tantos santos Padres? Si él mismo, depuesto el imperio de la regia dignidad, no se avergonzó de habitar en casa privada hasta el óbito, tú ¿por qué te confundes al descender de la cima del oficio sacerdotal, para que concluido en la sepultura de la penitencia te estudies de reputarte como muerto entre los vivos? Y para que a aquella mística historia de Joab recurramos: si tú mismo caíste por la espada, ¿cómo a otro por la gracia sacerdotal suscitarás? Si tú mismo, exigiéndolo los méritos, careces de pan, esto es, separado estás del cuerpo de Cristo, ¿de qué modo podrás saciar a otro con los manjares de la mesa celestial? Si tú por la lepra de Ozías eres herido en la frente, esto es, con la nota de la infamia eres deshonrado en la faz, ¿cómo podrás purgar a otro, inducido el olvido del crimen perpetrado? Averguéncese pues la soberbia hinchada, ni sobre sí se extienda vanamente el apetecer, a la cual bajo sí la carga del propio reato no mediocremente grava.

Capítulo II.

En el sermón sobre San Mateo.

Cum David per Nathan prophetam clementia divina promitteret ex ejus semine nasciturum qui suo sancto nomini construeret templum et Christum manifeste denuntians adjecisset: «Ego ero illi in patrem, et ipse erit mihi in filium (II Reg. VII);» moxque Ecclesiam, quae corpus est Christi, qualis esset futura, depromeret, dicens: «Et fidelis erit domus tua, et regnum tuum usque in aeternum ante faciem meam, et thronus tuus erit firmus jugiter.» Ille gratias agens, inter caetera orationis suae verba sic ait: «Sed et parum visum est in conspectu tuo, Domine Deus meus, quia dilexisti me, nisi loquereris etiam de domo servi tui in longinquum;» moxque subjunxit: «Ista est enim lex Adam, Domine Deus (Ibid.).» Ac si perspicue dicat: Sicut in terreni mundi hujus exordio Adam constituisti posteritatis secuturae parentem, atque ex hac radice totius humani generis decrevisti pullulare propaginem, ita nunc, cum mundum renovare disponis, me quasi novum Adam facis, dum Christum ex meo semine nasciturum, qui est auctor et caput Ecclesiae, polliceris. «Ista est, inquit, lex Adam;» quia sicut ille erat in filiis suis hunc mundum visibilem possessurus, ita et ego populi spiritualis in Christo pater efficior, cum illo, qui in coelis est, perpetuo regnaturus. Sicut enim de costa illius formata est viventium mater Eva (Gen. II), ita de latere Christi, qui ex me nasciturus est, victura perenniter egreditur Ecclesia. De hoc novo et spirituali mundo scriptum est: «Domini sunt cardines terrae, et posuit super eos orbem (I Reg. II).» Orbis enim super terrae cardines ponitur, cum sancta Ecclesia tanquam super bases doctrinis evangelicis solidatur.

Caput III.

In epistola ad B., quae est ut exteriori prudentiae spiritualis prudentia praeferatur.

«Fecit autem David sibi nomen, cum reverteretur, capta Syria, in valle Salinarum caesis duodecim millibus (II Reg. VIII).» Verum enim David Christus, fortis scilicet viribus et pulcher aspectu, in valle Salinarum duodecim millia hominum stravit, quia per apostolos suos de salsa, imo falsa hujus mundi sapientia triumphavit. Qui enim duodecim spiritualis praelii bellatores habuit, quasi totidem per eos hominum millia trucidavit, dum stulle sapientes a frivolae sapientiae vanitate convertit. Quorum videlicet bellatorum unus ad Corinthios dicit: «In carne enim ambulantes, non secundum carnem militamus; nam arma militiae nostrae non carnalia sunt, sed potentia Deo, ad destructionem munitionum consilia corporis destruentes, et omnem altitudinem extollentem se adversus scientiam Dei, et in captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi (II Cor. X).»

Cuando por el profeta Natán la clemencia divina prometía a David que de su semilla nacería quien para su santo nombre construiría un templo y, denunciando manifiestamente a Cristo, había añadido: «Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo (II Sam. VII)»; y pronto presentara a la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, de qué clase sería futura, diciendo: «Y fiel será tu casa, y tu reino hasta la eternidad ante mi faz, y tu trono será firme perpetuamente». Aquel, dando gracias, entre las demás palabras de su oración dijo así: «Pero incluso pareció poco en tu conspecto, Señor Dios mío, porque me amaste, a no ser que hablaras también de la casa de tu siervo para lo lejano»; y pronto añadió: «Esta es, pues, la ley de Adán, Señor Dios (Ibid.)». Como si perspicuamente diga: Así como en el exordio de este mundo terrenal constituiste a Adán padre de la posteridad siguiente, y de esta raíz decretaste que brotara la progenie de todo el género humano, así ahora, cuando dispones renovar el mundo, me haces como un nuevo Adán, mientras prometes a Cristo para nacer de mi semilla, que es autor y cabeza de la Iglesia. «Esta es, dice, la ley de Adán»; porque así como aquel estaba en sus hijos para poseer este mundo visible, así también yo de un pueblo espiritual en Cristo soy hecho padre, con aquel que está en los cielos para reinar perpetuamente. Pues así como de la costilla de aquel fue formada Eva la madre de los vivientes (Gén. II), así del costado de Cristo, que de mí ha de nacer, sale la Iglesia que ha de vivir perennemente. De este nuevo y espiritual mundo escrito está: «Del Señor son los quicios de la tierra, y puso sobre ellos el orbe (I Sam. II)». Pues el orbe sobre los quicios de la tierra se pone cuando la santa Iglesia se consolida como sobre bases por las doctrinas evangélicas.

Capítulo III.

En la carta a B., que es para que a la prudencia exterior se prefiera la prudencia espiritual.

«Hizo además David para sí un nombre, cuando volvía, tomada Siria, en el valle de las Salinas matando a doce mil (II Sam. VIII)». Pues el verdadero David, Cristo, a saber, fuerte en fuerzas y bello en el aspecto, en el valle de las Salinas postró a doce mil hombres, porque por sus apóstoles triunfó de la salada, más bien falsa sabiduría de este mundo. Pues quien tuvo doce guerreros del combate espiritual, mató como a otros tantos miles de hombres por ellos, mientras convirtió a los neciamente sabios de la vanidad de la frívola sabiduría. De los cuales guerreros uno dice a los Corintios: «Pues caminando en la carne, no según la carne militamos; pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino potentes para Dios, para la destrucción de las fortificaciones destruyendo los consejos del cuerpo, y toda altura que se ensalza contra la ciencia de Dios, y reduciendo a cautiverio todo intelecto en el obsequio de Cristo (II Cor. X)».

Caput IV.

In epistola ad Albericum, qua super decem quaestionibus respondet.

Quaeris qui erant Cerethaei et Phelethaei, qui bellatores dicunt fuisse David? (II Reg. VIII, 20.) Legitur in libro Numeri dixisse Dominum Moysi: «Congrega mihi septuaginta viros de senioribus Israel, quos tu nosti quod senes populi sint ac magistri, et duces eos ad ostium tabernaculi foederis faciesque ibi stare tecum; et auferam de spiritu tuo tradamque eis, ut sustentent tecum onus populi et non tu solus graveris (Num. XI).» Ex istorum itaque stirpe duae processerunt cognationes, quarum una Cerethaei, altera dicebatur Phelethaei. Et Cerethaei quidem dans judicium, Phelethaei puniens interpretatur; ut quos illi adjudicarent morti promulgando sententiam isti punirent irrogando vindictam.

Caput V.

In eadem epistola.

«Filii autem David sacerdotes erant (II Reg. XVIII).» Cur filii David sacerdotes fuisse dicuntur; quia nullam cum filiis Aaron consanguinitatem, nisi sicut caeterae tribus habuisse noscuntur? Sed sciendum quia dum sacerdotes venerabiles ac magistri constituuntur in populo, aliquando nomine sacerdotum designantur principes, vel doctores, sicut alibi reperitur: «Ira Jarites [Ira Jairiles] erat sacerdos David (II Reg. XX),» id est, magister. Ita quoque cum dicitur: «Filii autem David erant sacerdotes,» sic intelligendum est ac si dicat: Quia magistri erant fratrum suorum, vel certe principes inter caeteros, sicut habet antiqua translatio. Nam ubi nova dicit editio: Filii David erant sacerdotes; in veteri legitur: Filii autem David principes erant aulae regiae.

Caput VI.

In epistola ad Cluniacenses fratres.

Capítulo IV.

En la carta a Alberico, en la cual responde sobre diez cuestiones.

¿Preguntas quiénes eran los cereteos y feleteos, que dicen que fueron guerreros de David? (II Sam. VIII, 18.) Se lee en el libro de los Números que dijo el Señor a Moisés: «Congrégame setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sepas que son ancianos del pueblo y maestros, y los llevarás a la puerta del tabernáculo del pacto y los harás estar allí contigo; y quitaré de tu espíritu y se lo entregaré a ellos para que sostengan contigo la carga del pueblo y no seas tú solo gravado (Núm. XI)». De la estirpe de estos, pues, procedieron dos cognaciones, de las cuales una se llamaba cereteos, la otra feleteos. Y cereteos ciertamente se interpreta «dando juicio», feleteos «castigando»; para que a los que aquellos adjudicaran a la muerte promulgando la sentencia, estos castigaran irrogando la venganza.

Capítulo V.

En la misma carta.

«Los hijos de David, en cambio, eran sacerdotes (II Sam. VIII)». ¿Por qué los hijos de David se dicen que fueron sacerdotes, puesto que ninguna consanguinidad con los hijos de Aarón, sino como las demás tribus se sabe que tuvieron? Pero se debe saber que mientras los sacerdotes venerables y maestros son constituidos en el pueblo, a veces con el nombre de sacerdotes se designan príncipes, o doctores, como en otro lugar se encuentra: «Ira Jarites [Ira el Jairita] era sacerdote de David (II Sam. XX)», esto es, maestro. Así también cuando se dice: «Los hijos de David, en cambio, eran sacerdotes», así debe entenderse como si diga: Que eran maestros de sus hermanos, o ciertamente príncipes entre los demás, como tiene la antigua traducción. Pues donde la nueva edición dice: Los hijos de David eran sacerdotes; en la antigua se lee: Los hijos de David, en cambio, eran príncipes del aula regia.

Capítulo VI.

En la carta a los hermanos cluniacenses.

«Faciam, inquit David, misericordiam cum Hanon filio Naas, sicut fecit pater ejus mecum misericordiam. Misit ergo David consolans eum per servos super patris interitu,» utque historiam compendiosa relatione succingam «tulit Hanon servos David, rasitque mediam partem barbae eorum, et praecidit vestes eorum medias usque ad nates et dimisit eos (II Reg. X).» Quid enim per Hanon, nisi nequitiae spiritus? quid per barbam, quae virorum est propria, nisi sanctarum fortitudo virtutum? quid etiam per vestes, nisi sanctitatis intelligitur indumentum? Psalmista perhibente, qui ait: «Sacerdotes tui induantur justitiam (Psal. CXXXI).» Hanon ergo foedus amicitiae reposcentibus, mediam barbae partem radit, quia hostis antiquus aliquando fortiter operantis robur imminuit, sed postquam barbam rasit, etiam vestimenta praecidit, quia mox ut malignus spiritus interiorem adimit fortitudinem, consequenter etiam exteriorem conspicuae conversationis exuit honestatem. Quid est enim vestes hominum ad nates usque praecidere, nisi eos a superducto velamento justitiae usque ad obsceni et inverecundi operis turpitudinem denudare?

Caput VII.

In epistola ad Marinum.

Cum David perpetrati reatus arguitur, mox ut in vocem confessionis erupit, dicens: «Peccavi Domino,» ex ore prophetae protinus audivit: «Dominus transtulit peccatum tuum, non morieris (II Reg. XII).» Et quia se occasio praebuit, hoc etiam te fraudari non patiar, quia nonnulli a pueris in religionis ordine constituti sola inobedientia superbiae mista depereunt, cum in saeculo plurimi post immanium criminum perpetrata flagitia per humilitatis studium indulgentiam promerentur. Ecce enim David adulterium, homicidiumque commisit (II Reg. XI); Saul vero Samueli inobediens exstitit (I Reg. XIII, XV). Sed quid, quod ille nullo interveniente, vel in puncto veniam meruit; alterum vero nec propria confessio, nec prophetae tam lugubris et amara atque prolixa supplicatio reconciliavit. Plane si Scripturae series utrobique discutiatur, copiosior Saul quam David in verbis poenitentiae reperitur. Iste siquidem duntaxat id quod praemissum est: «Peccavi Domino (II Reg. XIII);» ille autem ait: «Peccavi, inquit, quia praevaricatus sum sermones Domini, et verba tua, timens populum, et obediens voci eorum (I Reg. XV);» atque idipsum postmodum repetens, ait: «Peccavi.» Accessit autem et longanimis valde Samuelis oratio, de quo videlicet dicitur: «Contristatusque est Samuel et clamavit ad Dominum tota nocte illa (Ibid.).» Sed divina voce responsum est: «Usquequo, ait, tu luges Saul, cum ego projecerim eum, ne regnet super Israel?» (I Reg. XVI.)

«Haré, dijo David, misericordia con Hanón hijo de Naas, como hizo su padre conmigo misericordia. Envió pues David consolándolo por los siervos sobre el fallecimiento del padre», y para que la historia con compendiosa relación la ciña «tomó Hanón a los siervos de David, y rasuró la media parte de la barba de ellos, y cortó las vestiduras de ellos medias hasta las nalgas y los despidió (II Sam. X)». ¿Qué pues por Hanón, sino el espíritu de la malicia? ¿qué por la barba, que de los varones es propia, sino la fortaleza de las santas virtudes? ¿qué también por las vestiduras, sino que se entiende el indumento de la santidad? Atestiguándolo el salmista, que dice: «Tus sacerdotes se vistan de justicia (Sal. CXXXI)». Hanón por tanto, a los que piden el pacto de la amistad, rasura la media parte de la barba, porque el antiguo enemigo a veces disminuye la fuerza de quien obra fuertemente, pero después que rasuró la barba, también las vestiduras cortó, porque tan pronto como el espíritu maligno quita la fortaleza interior, consecuentemente también la honestidad exterior de la conspicua conversación la desnuda. ¿Qué es pues cortar las vestiduras de los hombres hasta las nalgas, sino desnudarlos del sobrepuesto velo de la justicia hasta la torpeza de una obra obscena e inverecunda?

Capítulo VII.

En la carta a Marino.

Cuando David es argüido por el reato perpetrado, tan pronto como prorrumpió en la voz de la confesión, diciendo: «Pequé al Señor», de la boca del profeta al instante oyó: «El Señor trasladó tu pecado, no morirás (II Sam. XII)». Y porque se presentó la ocasión, no permitiré que seas defraudado de esto también, porque algunos, constituidos en el orden de la religión desde niños, perecen por la sola inobediencia mezclada con la soberbia, cuando en el siglo muchísimos tras los flagicios perpetrados de crímenes inmensos merecen la indulgencia por el estudio de la humildad. Pues he aquí que David cometió adulterio y homicidio (II Sam. XI); Saúl en cambio existió inobediente a Samuel (I Sam. XIII, XV). Pero ¿qué, que aquel con nadie interviniendo, incluso en un instante mereció el perdón; al otro en cambio ni la propia confesión, ni la tan lúgubre y amarga y prolija suplicación del profeta reconcilió? Ciertamente si la serie de la Escritura en ambas partes se discute, más copioso se encuentra Saúl que David en las palabras de la penitencia. Aquel pues solamente aquello que se ha antepuesto: «Pequé al Señor (II Sam. XII)»; este en cambio dijo: «Pequé, dijo, porque prevariqué los sermones del Señor, y tus palabras, temiendo al pueblo, y obedeciendo a la voz de ellos (I Sam. XV)»; y repitiendo aquello mismo después, dijo: «Pequé». Accedió además la oración de Samuel muy longánime, de quien a saber se dice: «Y se contristó Samuel y clamó al Señor toda aquella noche (Ibid.)». Pero por la voz divina se respondió: «¿Hasta cuándo, dijo, tú lloras a Saúl, habiéndolo yo proyectado para que no reine sobre Israel?» (I Sam. XVI.)

Quid est ergo quod alterius poenitentia pie suscepta, alterius autem sub districtae se veritatis est examine reprobata, nisi quod ille scelus inobedientiae spiritu superbiae parvipendens nequaquam pleno corde poenituit; hic autem pauca quidem protulit, sed ejus viscera divini timoris gladio transfixa veri luctus amaritudo replevit? Haec, quaeso, considerare non negligant, qui cum inobedientiae obediant, de graviorum se immanitate criminum procaciter jactant. Quorum profecto nonnullos saepe videmus ad agendae confessionis judicium frequentare, solo se devote prosternere, tinnulis se et accuratis verbis magis facete quam humiliter accusare, atque ideo nunquam eorum mores ad idoneae correptionis emolumenta procedere, quia videlicet cum Saul ore poenitent, corde tument.

Caput VIII.

In epistola ad cardinales episcopos.

Sicut olim Romanorum consules ex diversis mundi partibus reportabant, peracta hostium caede, victorias, sic isti nunc animas hominum de manu diaboli debent liberare captivas. Ad hos quippe victoriarum titulos, ad hos debent semper inhiare triumphos, videlicet 194 ut antiquo praedoni animarum pereuntium manubias rapere, et Regi suo Christo signa gaudeant victricia reportare. Hunc porro conflictum David signavit, cum Rabbath civitatem victor obtinuit (II Reg. XII). Rabbath quippe multitudo, vel grandis interpretatur, quod non inconvenienter universitatem hujus mundi significare cognoscitur. David itaque Rabbath obtinuit civitatem, cum suis legibus Christus grandem et copiosam hujus mundi subdidit multitudinem. Coronam vero de capite Regis illius David abstulit sibique, sicut Scriptura testatur, imposuit; quod tunc verus David Christus implevit, cum mundi sapientes, quibus quodammodo diabolus ornabatur, eripuit et in sui decoris et gloriae diadema convertit. Multitudo quippe fidelium non modo Christi, sed et doctoris cujusque corona perhibetur, cujus praedicatione convertitur, sicut Paulus Philippensibus ait: «Itaque, fratres mei charissimi, gaudium meum et corona mea, sic state in Domino (Philip. IV).» Sed et praedam, juxta Scripturam, asportavit multam valde. Praeda quippe de Rabbath tollitur, cum ex hoc mundo quique fideles atque devoti ad Dei omnipotentis obsequium convertuntur.

¿Qué es pues que la penitencia de uno fue piadosamente aceptada, del otro en cambio bajo el examen de la estricta verdad fue reprobada, sino que aquel el pecado de la inobediencia por el espíritu de la soberbia menospreciando de ningún modo de pleno corazón se arrepintió; este en cambio pocas cosas por cierto profirió, pero la amargura del verdadero luto llenó sus vísceras traspasadas por la espada del divino temor? Estas cosas, ruego, no descuiden considerar los que cuando a la inobediencia obedecen, de la inmensidad de crímenes más graves procazmente se jactan. De los cuales por cierto a algunos vemos frecuentemente acudir al juicio de la confesión por hacer, postrarse devotamente en el suelo, acusarse con palabras tintineantes y exactas más faceta que humildemente, y por tanto nunca sus costumbres proceden a los emolumentos de la idónea corrección, porque a saber con Saúl con la boca se arrepienten, con el corazón se hinchan.

Capítulo VIII.

En la carta a los cardenales obispos.

Así como antaño los cónsules de los romanos reportaban victorias de diversas partes del mundo, terminada la matanza de los enemigos, así estos ahora deben liberar las almas cautivas de los hombres de la mano del diablo. Pues a estos títulos de victorias, a estos triunfos deben siempre anhelar, a saber, para que se alegren de arrebatar los despojos al antiguo ladrón de las almas que perecen, y reportar insignias victoriosas a su Rey, Cristo. Por lo demás, David señaló este conflicto cuando obtuvo como vencedor la ciudad de Rabá (II Sam. XII). Pues Rabá se interpreta como multitud, o grande, lo cual se reconoce que significa no inconvenientemente la universalidad de este mundo. Así pues, David obtuvo la ciudad de Rabá cuando Cristo sometió a sus leyes la grande y copiosa multitud de este mundo. Pero David quitó la corona de la cabeza de aquel Rey y se la impuso a sí mismo, como testifica la Escritura; lo cual cumplió entonces el verdadero David, Cristo, cuando arrebató a los sabios del mundo, con quienes en cierto modo el diablo se adornaba, y los convirtió en diadema de su propio decoro y gloria. Pues la multitud de los fieles se tiene por corona no solo de Cristo, sino también de cada doctor por cuya predicación se convierte, como dice Pablo a los filipenses: «Así pues, hermanos míos carísimos, gozo mío y corona mía, estad así en el Señor (Filip. IV)». Pero también se llevó mucha presa, según la Escritura. Ciertamente la presa es quitada de Rabá cuando cualesquiera fieles y devotos de este mundo se convierten al obsequio de Dios omnipotente.

Vos, inquam, o sancti pontifices, vos potissimum hujusmodi debetis esse praedones, qui quotidie desudetis animas hominum de manibus reprobi possessoris eripere et triumphales Regi vestro David manubias reportare. Nec tamen sufficit, cum diabolo raptus, ad Deum quisque pia devotione convertitur, nisi mox etiam a status sui duritia quasi crebro sanctae praedicationis malleo conteratur. Unde per Jeremiam: «Nunquid non verba mea sunt quasi ignis, dicit Dominus, et quasi malleus conterens petram?» (Jer. XXIII.) Verba quippe Domini quasi ignis sunt, quia frigus expellunt, calorem mentibus ingerunt.

Congrue ergo sacra subnectit historia: «Populum quoque ejus adducens serravit, et circumegit super eos ferrata carpenta, divisitque cultris et transduxit in typum laterum (III Reg. XII).» Quid enim per ferrata carpenta, quod utique genus est curruum, nisi sortem atque inexpugnabilem quadrigam sanctorum evangelistarum, ac per hoc omnium divinarum Scripturarum intelligere debemus eloquium? Nam, prout alibi jam diximus: Vile quidem ferrum, tamen edomat omne metallum. Sicut ferrum metallis omnibus dominatur, sic evangelica doctrina duras mentes emollire cognoscitur. Quid est ergo super captos homines ferrata carpenta circumagere, nisi sacrae Scripturae roris humanarum mentium aream triturare, ut in eis sermo divinus et vitiorum reluctantium glebas obterat, et eas ad suscipiendas mandatorum coelestium segetes complanare et exaequare contendat? Et quid est eos cultris dividere, nisi peccatorum hominum conscientiam ad confessionem divini verbi praedicationibus aperire? De quo verbo dicit Apostolus: «Gladium spiritus, quod est verbum Dei (Ephes. VI);» tunc enim tanquam spiritualibus cultris homo dividitur, cum ad detegendas animae suae plagas divini verbi gladio desecatur. Cur autem eos in typum laterum 195 transduxisse narratur, nisi quia lateres et terreni sunt et decocti? Tunc enim peccator in typum lateris vertitur, cum ad praedicationis vocem sancti Spiritus ardorem concipit et veraciter humiliatus terram se ac lutum esse perpendit. Sic itaque quisque conversus ac poenitens in lateris formatur imaginem, cum et humiliatur ex suae fragilitatis luto, et quasi rubescit, sive flammescit in amore divino, ut dum se terrenum pulverem pensat, cor suum ad referendas Deo gratias, qui se revocavit, accendat. Unde et Adam interpretatur terra rubra, ut ex primi parentis nomine quisque condiscat, vel quid originaliter sit, vel quid eum actualiter esse conveniat. Ad hos itaque sacerdotes Ecclesiarum, ad istas sancti pontifices debuerant anhelare victorias non sumptuosis epularum.

Ustedes, digo, oh santos pontífices, ustedes principalmente deben ser tales salteadores, que cada día se afanen en arrebatar las almas de los hombres de las manos del réprobo poseedor y reportar despojos triunfales a su Rey, David. Y sin embargo no basta cuando alguien, arrebatado al diablo, se convierte a Dios por piadosa devoción, si no es también pronto quebrantado de la dureza de su estado como por el frecuente martillo de la santa predicación. De donde por Jeremías: «¿Acaso no son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la peña?» (Jer. XXIII). Pues las palabras del Señor son como fuego porque expulsan el frío e infunden calor en las mentes.

Congruentemente, por tanto, subañade la sagrada historia: «Trayendo también a su pueblo lo serró, y pasó sobre ellos carros de hierro, y los dividió con cuchillos y los trasladó al molde de los ladrillos (II Sam. XII)». Pues ¿qué debemos entender por los carros de hierro, que ciertamente son un género de carros, sino la suerte e inexpugnable cuadriga de los santos evangelistas, y por esto la elocuencia de todas las divinas Escrituras? Pues, como ya dijimos en otra parte: Vil por cierto es el hierro, sin embargo doma todo metal. Así como el hierro domina a todos los metales, así la doctrina evangélica se reconoce que ablanda las mentes duras. ¿Qué es pues pasar sobre los hombres capturados carros de hierro, sino trillar el área de las mentes humanas con el rocío de la sagrada Escritura, para que en ellas el sermón divino tanto quebrante los terrones de los vicios renuentes, como contienda por allanarlas y nivelarlas para recibir las mieses de los mandatos celestiales? ¿Y qué es dividirlos con cuchillos, sino abrir la conciencia de los hombres pecadores a la confesión por las predicaciones de la palabra divina? De la cual palabra dice el Apóstol: «La espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Efhes. VI)»; pues entonces como con cuchillos espirituales el hombre es dividido, cuando para detectar las llagas de su alma es disecado por la espada de la palabra divina. ¿Por qué en cambio se narra que los trasladó al molde de los ladrillos, sino porque los ladrillos son tanto terrenos como cocidos? Pues entonces el pecador se convierte en el molde de un ladrillo, cuando ante la voz de la predicación concibe el ardor del Espíritu Santo y, verdaderamente humillado, considera que él es tierra y lodo. Así pues, cada converso y penitente se forma en la imagen de un ladrillo, cuando tanto se humilla por el lodo de su fragilidad, como en cierto modo se enrojece, o se inflama en el amor divino, para que mientras se pondera como polvo terreno, encienda su corazón para dar gracias a Dios, que lo revocó. De donde también Adán se interpreta como tierra roja, para que del nombre del primer padre cada cual aprenda bien qué es originalmente, o qué le conviene ser actualmente. Por estas victorias, por tanto, los sacerdotes de las Iglesias, por estas los santos pontífices debieron anhelar, no en suntuosos banquetes.

Caput IX.

In epistola ad Albericum, qua et super decem quaestionibus respondet.

«Egressus est autem rex David Hierusalem, fugiens Absalon, et dereliquit decem mulieres concubinas ad custodiendam domum (II Reg. XV et XVI).» David a facie Absalon fugiens decem concubinas in domo relinquit, quas Absalon per incestum turpiter foedat. Quia Redemptor noster, dum ejectus de civitate Judaica in desertum gentium properat, relinquit in domo legis Judaeos non viriliter incedentes, sed muliebri conversatione viventes; qui nimirum per decem concubinas non incongrue figurantur, quia, dum enerviter legis praecepta custodiunt, non castum matrimonii merentur ascendere thalamum, sed absque fidei cohaerentes annulo sortiuntur pro conjugio pellicatum. Quam Absalon lasciviens polluit, quia malignus spiritus reprobas impiorum animas quasi prostituendo corrumpit, quia per excessus diversorum scelerum cum talibus fornicatur, et tanquam substrata sibi prostibula incestus violator amplectitur, dum adulterinis eorum operibus delectatur.

Caput X.

In epistola ad Desiderium abbatem quod majori sit dignus honore qui dignitatem projicit quam qui in ea persistit.

Absalon siquidem interpretatur patris pax (II Reg. XIII), per quem designatur populus Judaeorum, qui usque ad mortem persecutus est Christum. De quo populo per Isaiam dicitur: «Filios genui et exaltavi, ipsi autem spreverunt me (Isa. I);» qui patris pax jure dicitur, quoniam in illo specialiter populo per legem datam, per victimarum sacrificia, per tabernaculum denique, sive templum Deus quievisse videtur. Sicut David: «Notus, inquit, in Judaea Deus, in Israel magnum nomen ejus (Psal. LXXV).» Atque ut iste populus patris pax esse videatur, audi quod sequitur: «Et factus est in pace locus ejus (Ibid.).» Sive per Absalon Judas traditor designatur, qui et ipse patris pax non immerito dicitur, sicut ipse de illo Christum in psalmo conqueritur, dicens: «Etenim homo pacis meae, in quo sperabam, qui edebat panes meos, magnificavit adversum me supplantationem (Psal. XL).» Nam et Christus non incongrue pater asseritur, sicut Propheta testatur: «Vocabitur, inquit, Deus fortis, pater futuri saeculi, princeps pacis (Isa. IX).» Iste ergo dicitur princeps pacis et ille pax patris.

Capítulo IX.

En la carta a Alberico, en la cual también responde sobre diez cuestiones.

«Salió pues el rey David de Jerusalén, huyendo de Absalón, y dejó diez mujeres concubinas para custodiar la casa (II Sam. XV y XVI)». David, huyendo de la faz de Absalón, deja diez concubinas en la casa, a las cuales Absalón deforma torpemente por el incesto. Porque nuestro Redentor, mientras apresura su marcha, expulsado de la ciudad judaica al desierto de las gentes, deja en la casa de la ley a los judíos que no caminan varonilmente, sino que viven en una conversación mujeril; quienes por cierto no incongruentemente son figurados por las diez concubinas, porque, mientras custodian enervadamente los preceptos de la ley, no merecen ascender al casto tálamo del matrimonio, sino que, coherentes sin el anillo de la fe, obtienen el mancebamiento en vez del matrimonio. A las cuales el lascivo Absalón poluciona, porque el espíritu maligno corrompe las almas réprobas de los impíos como prostituyéndolas, porque por los excesos de diversos crímenes fornica con tales, y como prostíbulos sustratos a sí mismo el violador del incesto los abraza, mientras se deleita en las obras adulterinas de ellos.

Capítulo X.

En la epístola al abad Desiderio, que es digno de mayor honor quien arroja la dignidad que quien persiste en ella.

Absalón ciertamente se interpreta como paz del padre (2 Sam. 13), por quien se designa al pueblo de los judíos, que persiguió a Cristo hasta la muerte. De cual pueblo se dice por Isaías: "Hijos crié y los exalté, pero ellos me despreciaron (Is. 1)"; quien es llamado con razón paz del padre, puesto que en aquel pueblo específicamente Dios parece haber descansado por la ley dada, por los sacrificios de las víctimas, por el tabernáculo finalmente, o el templo. Como David dice: "Conocido es Dios en Judea, en Israel es grande su nombre (Sal. 75)". Y para que este pueblo parezca ser la paz del padre, escucha lo que sigue: "Y su lugar fue hecho en paz (Ibíd.)". O bien por Absalón se designa a Judas el traidor, quien tampoco sin merecimiento es llamado paz del padre, como Cristo mismo se queja de él en el salmo, diciendo: "Pues el hombre de mi paz, en quien yo esperaba, que comía mis panes, engrandeció contra mí la suplantación (Sal. 40)". Pues también Cristo no incongruentemente es afirmado ser padre, como el Profeta atestigua: "Se llamará", dice, "Dios fuerte, padre del siglo futuro, príncipe de la paz (Is. 9)". Este, pues, es llamado príncipe de la paz y aquel paz del padre.

Cui etiam, Judae videlicet, in ipso persecutionis articulo pacis osculum non negavit (Matth. XXVI). Nec mirum si Judae traditoris speciem Absalon tenuit, quem non solum in persecutione David, sed ipso quoque genere suae mortis expressit (II Reg. XVIII). Ille siquidem quercui, dum transire vellet, inhaesit; iste se laqueo, Scriptura testante, suspendit. Ut quoniam uterque redundans vipereae felle nequitiae et terra indignus erat et coelo, inter utrumque libratus et terram perderet et ad coelum nullatenus aspiraret. Nam et Achitophel, qui David persequi non dissimiliter voluit, exigentibus meritis, idipsum genus mortis elegit (II Reg. XVII); hic enim Absalon persequenti David consilium dedit ut concubinas patris, quas dimiserat ad custodiendam domum, sacrilega permistione pollueret, ad foedandum patrem novercas suas turpiter incestaret (I Reg. XVI). Quid autem per decem concubinas David, nisi pars illa Judaicae plebis exprimitur quae Christum verum utique David fugientem in gentilitatis deserta non sequitur, quia legis se habere Decalogum gloriatur? Per numerum nempe concubinarum, numerus exprimitur mandatorum; concubinae ergo, quae non sequentes David, domum servant, hi sunt qui in veteris legis custodia perseverant. Absalon ergo ad has David concubinas ingreditur quia diabolus, qui in Absalon erat, per excessus diversorum scelerum cum talibus fornicatur. And bene dicitur: Quia David eas dimiserat ad custodiendam domum; provida quippe Redemptoris nostri dispensatione divinitus agitur ut quasi ad servandam domum legis Judaeorum reliquiae reserventur; ut ipsi qui modo nostri sunt scriniari, et libros coelestis eloquii in eadem in qua conditi sunt lingua ubique terrarum ferant, quatenus ipsi qui nobis inimici sunt, si quando scrupulus dubietatis emerserit, omne nobis ambiguum tollant. Unde per Psalmistam dicitur: «Deus meus, ostende mihi bona inter inimicos meos, ne occidas eos, ne quando obliviscatur legis tuae (Psal. LVIII).» Hebraica quippe lingua, quae toto orbe dispergitur, multum Christianae fidei auctoritas adjuvatur. Unde et illic aperte subjungitur: «Disperge illos in virtute tua, et depones eos, protector noster, Domine (Ibid.).»

Caput XI.

In eadem epistola.

Al cual también, a saber, a Judas, en el mismo instante de la persecución no le negó el beso de la paz (Mat. 26). Ni es maravilla si Absalón mantuvo la semejanza de Judas el traidor, a quien expresó no solo en la persecución de David, sino también en el mismo género de su muerte (2 Sam. 18). Pues aquel se asió a una encina mientras quería pasar; este se suspendió de un lazo, según atestigua la Escritura. Para que, puesto que ambos rebosantes de la hiel de la maldad viperina eran indignos de la tierra y del cielo, equilibrados entre ambos perdieran la tierra y de ninguna manera aspiraran al cielo. Pues también Aquitofel, que quiso perseguir a David de manera no disímil, por exigencia de sus méritos, eligió ese mismo género de muerte (2 Sam. 17); pues este dio consejo a Absalón que perseguía a David para que contaminara con mezcla sacrílega a las mancebas del padre, que había dejado para custodiar la casa, y para deshonrar al padre incestara torpemente a sus madrastras (1 Sam. 16). ¿Qué se expresa por las diez mancebas de David, sino aquella parte de la plebe judaica que de ninguna manera sigue al verdadero David, Cristo, que huye a los desiertos de la gentilidad, porque se gloría de tener el Decálogo de la ley? Por el número ciertamente de las mancebas, se expresa el número de los mandamientos; las mancebas, pues, que no siguiendo a David, guardan la casa, son estos que perseveran en la custodia de la ley antigua. Absalón, pues, entra a estas mancebas de David porque el diablo, que estaba en Absalón, por los excesos de diversos crímenes fornica con tales. Y bien se dice: Porque David las había dejado para custodiar la casa; pues por la providente dispensación de nuestro Redentor se actúa divinamente para que, como para guardar la casa de la ley, se reserven las reliquias de los judíos; para que ellos mismos, que ahora son nuestros archiveros, y lleven los libros de la elocuencia celestial en la misma lengua en que fueron compuestos por todas las tierras, a fin de que ellos mismos, que nos son enemigos, si alguna vez surgiera un escrúpulo de duda, nos quiten toda ambigüedad. De donde se dice por el Salmista: "Dios mío, muéstrame bienes entre mis enemigos, no los mates, no sea que alguna vez olviden tu ley (Sal. 58)". Pues por la lengua hebrea, que se dispersa por todo el orbe, se ayuda mucho a la autoridad de la fe cristiana. De donde también allí abiertamente se añade: "Dispersalos en tu poder, y derríbalos, protector nuestro, Señor (Ibíd.)".

Capítulo XI.

En la misma carta.

«Cumque venisset David in castra Madian, Sobi filius Naas, et Machir filius Amichel, 197 et Berzellai Galaadites obtulerunt ei stratoria, et tapetia, ac vasa fictilia, etc.» (II Reg. XVII). Madianitae vero, qui praebuere regi David stractoria et tapetia, quid aliud significant quam gentiles conversos ad fidem? qui dum piis actibus incessanter insistunt, quasi textrini operis linteamina praeparant, in quibus utique Dominus suaviter requiescat. Haec enim sunt evangelica illa vestimenta, quae apostoli super asinam ponunt et Jesum sedere desuper faciunt (Matth. XXI). Quod autem sequitur «quia dederunt David etiam vasa fictilia, frumentum et hordeum, farinam, et fabam, et lentem, et frixum cicer, et mel, et butyrum, oves etiam et pingues vitulos (II Reg. XVII);» plurimae ciborum species diversi sunt sanctorum hominum mores, quibus nimirum David cum suis commilitonibus pascitur; quia Redemptor noster cum sanctis suis rectis justorum operibus velut esuriens epulatur.

Caput XII.

In epistola ad Albericum, in qua super decem quaestionibus respondet.

«Fuit autem ibi praelium dispersum super faciem terrae, et multo plures erant, quos consumpserat saltus de populo, quam hi quos voraverat gladius (II Reg. XVIII).» De qua sententia in libro Hebraicarum quaestionum haec B. Hieronymi verba sunt: Saltum hunc, inquit, qui plures consumpsisse quam gladius vorasse legitur, bestias ferocissimas, quae in saltu erant, Hebraei autumant, a quibus plures consumpti quam a gladio vorati fuerint. Verum hic, ut dicitur, Hebraeorum fuit intellectus. Nobis autem videtur quia vesani quique, et infruniti, qui cum Absalon perduelliones exstiterant, Deo deserente caecati, arbustis occurrentibus impingebant, atque ideo dicatur quia plures ceciderint saltu consumente perempti quam hi qui fuerint gladio trucidante vorati. Quod ita debere intelligi non ambigitur, si ipsa styli consequentia vel superficietenus attendatur. Nam postquam praemittit: «Multo plures erant quos saltus consumpserat de populo quam hi quos voraverat gladius in die illa;» praesto subjungit: «Accidit autem ut occurreret Absalon servis David sedens in mulo; cumque ingressus fuisset mulus subter condensam quercum et magnam, adhaesit caput ejus quercui, et, illo suspenso inter coelum et terram, mulus cui insederat pertransiit (Ibid.).»

Caput XIII.

In epistola ad D. abbatem, quae paulo supra.

«Y cuando hubo venido David a los campamentos [Mahanaim], Sobi hijo de Naas, y Maquir hijo de Amiel, y Berzelai galaadita ofrecieron a él lechos, y tapices, y vasos de barro, etc.» (II Sam. XVII). Pero los madianitas [los del campamento], que ofrecieron al rey David lechos y tapices, ¿qué otra cosa significan sino a los gentiles conversos a la fe? Quienes mientras en los actos piadosos incesantemente insisten, preparan como lienzos de obra de tejido, en los cuales ciertamente el Señor suavemente descanse. Pues estas son aquellas vestiduras evangélicas que los apóstoles ponen sobre el asna y hacen a Jesús sentarse encima (Matth. XXI). Pero lo que sigue «porque dieron a David también vasos de barro, trigo y cebada, harina, y habas, y lentejas, y garbanzos tostados, y miel, y manteca, ovejas también y terneros gordos (II Sam. XVII)»; las muchísimas especies de manjares son las diversas costumbres de los hombres santos, con las cuales a saber David con sus compañeros de milicia es apacentado; porque nuestro Redentor con sus santos en las rectas obras de los justos como hambriento banquetea.

Capítulo XII.

En la carta a Alberico, en la cual responde sobre diez cuestiones.

«Fue pues allí la batalla dispersa sobre la faz de la tierra, y muchos más eran los que el bosque había consumido del pueblo, que aquellos a quienes había devorado la espada (II Sam. XVIII)». Sobre cuya sentencia en el libro de las Cuestiones Hebraicas estas son las palabras de San Jerónimo: Este bosque, dice, que se lee que consumió a más que lo que la espada devoró, los hebreos afirman que son las bestias ferocísimas que estaban en el bosque, por las cuales más fueron consumidos que los que por la espada fueron devorados. Pero este, como se dice, fue el intelecto de los hebreos. A nosotros en cambio nos parece que cualesquiera vesánicos e insensatos, que con Absalón habían existido como rebeldes, cegados por la deserción de Dios, chocaban contra los arbustos que salían al paso, y por tanto se diga que más cayeron perecidos por el bosque que consume que aquellos que fueron devorados por la espada que tritura. Lo cual que deba entenderse así no se duda, si la misma consecuencia del estilo se atiende aunque sea superficialmente. Pues después que antepone: «Mucho más eran los que el bosque había consumido del pueblo que aquellos a quienes había devorado la espada en aquel día»; al instante subañade: «Sucedió pues que Absalón se encontró con los siervos de David sentado en un mulo; y habiendo entrado el mulo bajo una encina densa y grande, se adhirió su cabeza a la encina, y, suspendido él entre el cielo y la tierra, el mulo en que estaba sentado pasó de largo (Ibid.)».

Capítulo XIII.

En la carta al abad D., que está un poco más arriba.

«Berzellai Galaadites senex valde, id est, octogenarius, ut sacra testatur historia, descendens de Rogelim, transduxit regem David Jordanem; cui rex: Veni, inquit, ut requiescas mecum in Hierusalem. Ille autem renuens, excusationem senectutis obtendit, et, relicto rege, mox ad propria repedavit (II Reg. XIX).» Sunt namque nonnulli qui regem David, hoc est Salvatorem nostrum sequentes, Jordanis fluenta transmittunt; hoc est, vel baptismi suscipiunt 198 sacramentum, vel, quod secundum est lavacrum, arripiunt spirituale propositum. Nam quia in Jordane auctor baptismi Christus est baptizatus (Matth. III), recte per eum intelligitur baptismus. Sed hi veste variata, non mente, habitum mutando, non animum, ad pristinos redeunt mores et saeculares repetunt actiones; et quia nequeunt a negotiorum saecularium perturbatione quiescere, nolunt in Hierusalem, hoc est in visione pacis habitare cum rege; senes enim sunt, et inveterati, atque ideo nequeunt in novam de vetusta conversatione mutari. Nam et Jordanem transeunt et octogenarii sunt, quia et baptizati sunt et resurrectionem futuram, quae per octonarium designatur numerum, credunt. Sed hi quanquam Regi humiliter et blande loquantur, Regem tamen deserunt et ad solitae conversationis consuetudinem revertuntur. Quid est enim Regi blanda verba proferre, nisi sicut in Evangelio dicitur, se callide potius quam humiliter excusare? «Rogo, inquit, te, habe me excusatum (Luc. XIV).» Dicebat enim Berzellai regi: Cur servus tuus sit oneri domino meo regi? paululum procedam famulus tuus ab Jordane tecum, nec indigeo hac vicissitudine.

Cujus figuram tenent qui spirituali cuiquam viro seseque ad altiora provocanti, quasi humiliter decantant: Peccatores quidem sumus tibique, pater, obtemperamus, sed districtioris instituti regulam servare non possumus; infirmi sumus et fragiles, atque ideo melius judicamus sub levi nos fasce inglorios utcunque vivere quam sub gravis sarcinae pondere quasi fortes interire. Nam et quod idem Berzellai superius dixerat, ab istorum interioris hominis senio non discordat: «Quot sunt, inquit, dies annorum vitae meae, ut ascendam cum rege in Hierusalem?» et adjecit: «Nunquid vigent sensus mei ad discernendum suave et amarum? aut delectare potest servum tuum cibus, et potus? vel audire possum vocem cantorum et cantatricum?» (II Reg. XIX.) Veraciter enim talium hominum sensus intrinsecus obtusi sunt, quia spiritualia mentis edulia, vel intimae jubilationis organa non discernunt; non enim eis sapit cibus ille coelestis, ad quem Propheta spirituales convivas invitat: «Gustate, inquit, et videte quoniam suavis est Dominus (Psal. XXXIII).» Nec illa fauces eorum mella discernunt, de quibus aiebat: «Quam dulcia faucibus meis eloquia tua, Domine, super mel et favum ori meo!» (Psal. CXVIII.)

«Berzelai galaadita muy anciano, esto es, octogenario, como la sagrada historia testifica, descendiendo de Rogelim, trasladó al rey David el Jordán; a quien el rey: Ven, dijo, para que descanses conmigo en Jerusalén. Él en cambio rehusando, pretendió la excusa de la senectud, y, dejado el rey, pronto regresó a lo suyo (II Sam. XIX)». Pues hay algunos que siguiendo al rey David, esto es a nuestro Salvador, transmiten las corrientes del Jordán; esto es, o reciben el sacramento del bautismo, o, lo cual es el segundo lavacro, arrebatan el propósito espiritual. Pues porque en el Jordán el autor del bautismo Cristo fue bautizado (Matth. III), rectamente por él se entiende el bautismo. Pero estos con la vestidura variada, no la mente, cambiando el hábito, no el ánimo, vuelven a las antiguas costumbres y repiten las acciones seculares; y porque no pueden descansar de la perturbación de los negocios seculares, no quieren habitar con el rey en Jerusalén, esto es en la visión de la paz; pues son ancianos, y envejecidos, y por tanto no pueden ser cambiados a una nueva de la vieja conversación. Pues tanto cruzan el Jordán como son octogenarios, porque tanto son bautizados como creen en la resurrección futura, que se designa por el número ocho. Pero estos aunque al Rey humilde y blandamente hablen, sin embargo desiertan al Rey y vuelven a la costumbre de la conversación acostumbrada. Pues ¿qué es proferir al Rey palabras blandas, sino como se dice en el Evangelio, excusarse astutamente más que humildemente? «Ruego, dijo, a ti, tenme por excusado (Luc. XIV)». Decía pues Berzelai al rey: ¿Por qué tu siervo sea una carga a mi señor el rey? un poquito procederé tu siervo desde el Jordán contigo, ni necesito esta vicisitud.

Cuya figura mantienen los que a cualquier varón espiritual y que se provoca a cosas más altas, como humildemente canturrean: Pecadores por cierto somos y a ti, padre, obedecemos, pero la regla de un instituto más estricto no podemos guardar; débiles somos y frágiles, y por tanto mejor juzgamos vivir de cualquier modo ingloriosos bajo un fardo leve que perecer como fuertes bajo el peso de una carga grave. Pues también lo que el mismo Berzelai arriba había dicho, de la senectud del hombre interior de estos no discorda: «¿Cuántos son, dijo, los días de los años de mi vida, para que ascienda con el rey a Jerusalén?» y añadió: «¿Acaso vigoran mis sentidos para discernir lo suave y lo amargo? ¿o puede deleitar a tu siervo la comida, y la bebida? ¿o puedo oír la voz de los cantores y de las cantoras?» (II Sam. XIX). Verdaderamente pues los sentidos de tales hombres intrínsecamente están embotados, porque las edulias espirituales de la mente, o los órganos de la íntima jubilación no disciernen; pues no les sabe aquella comida celestial, a la cual el Profeta invita a los comensales espirituales: «Gustad, dijo, y ved que suave es el Señor (Sal. XXXIII)». Ni aquellas fauces de ellos disciernen las mieles de las cuales decía: «¡Cuán dulces a mis fauces tus elocuencias, Señor, sobre la miel y el panal a mi boca!» (Sal. CXVIII).

Necdum ad illud Sapientiae discubuere convivium, de quo in libro Proverbiorum dicitur: «Quia sapientia immolavit victimas suas, miscuit vinum et proposuit mensam suam.» Ubi et sequitur: «Misit ancillas suas ut vocarent ad arcem, et ad moenia civitatis: Venite, comedite panem meum, et bibite vinum, quod miscui vobis (Prov. IX).» Hi voces etiam cantorum et cantatricum non audiunt, quia quae sanctorum martyrum, quae sanctarum virginum ante Deum jubilet modulatio nullatenus comprehendunt. Nam quia carnaliter conversantes ad Dominum contemplationis corda non elevant, coelestis harmoniae modulos et mellifluas angelici concentus suavitates ignorant.

Unde non immerito senex ille Berzellai fuisse dicitur de Rogelim, quod interpretari dicitur pedes. Pedestres enim tales ambulant, et quoniam a terrenae 199 conversationis itinere se suspendere nesciunt, ad comprehendenda coelestis melodiae cantica non assurgunt, nolunt enim nisi pedites semper incedere atque ideo nequeunt alta jubilationis intimae gaudia penetrare. Et quoniam terreni actus, in quibus sparsi sunt, duros eos atque insensibiles reddunt, spiritualis laetitiae contemplari subtilia nequeunt. Hinc est etiam quod ille Berzellai Galaadites asseritur, quod acervus testimonii interpretatur, et quoniam acervus ille testimonii, qui Galaad dicitur, a Laban et Jacob de lapidibus factus agnoscitur (Gen. III), bene per hunc Galaaditen duri ac lapidei homines designantur, qui, dum ad amorem spiritualis vitae cor non emolliunt, tanquam lapides facti in pertinaci saecularium negotiorum vigore durescunt. Ad quam duritiam pertinet quod idem quoque Berzellai ferrum meum interpretari dicitur. Quid est durius ferro? et quid obstinatius corde perverso? «In malevolam enim animam nunquam introibit sapientia (Sap. I).» Et congrue ferrum meum, quasi de se quilibet homo durus et obstinatus dicit, quia dum statuit in propria perseverare duritia, in consilia se nunquam projicit aliena, et quia rigidus et inflexibilis ad coelestem Hierusalem cum David rege non graditur, de via quam coeperat cum Berzellai, ad terram Madian, hoc est, ad vitae veteris primordia revocatur.

Caput XIV.

In eadem epistola.

«Cumque venisset rex David in Hierusalem, tulit decem concubinas suas, quas reliquerat ad custodiendam domum et tradidit eas in custodiam; nec est ingressus ad eas, sed erant clausae usque ad diem mortis suae in viduitate viventes (II Reg. XX).» Concubinae quae non sequentes David domum servant, hi sunt qui in veteris Legis custodia perseverant. De quibus profecto concubinis dicitur: «Quia de caetero non est David ingressus ad eas: Sed erant clausae usque in diem mortis suae in viduitate viventes.»

Todavía no se han recostado en aquel convite de la Sabiduría, del cual en el libro de los Proverbios se dice: «Porque la sabiduría inmoló sus víctimas, mezcló el vino y propuso su mesa». Donde también sigue: «Envió a sus ancilas para que llamaran a la ciudadela, y a las murallas de la ciudad: Venid, comed mi pan, y bebed el vino, que he mezclado para vosotros (Prov. IX)». Estos tampoco oyen las voces de los cantores y de las cantoras, porque lo que de los santos mártires, lo que de las santas vírgenes ante Dios jubile la modulación de ningún modo comprenden. Pues porque carnalmente conversando al Señor no elevan los corazones de la contemplación, los módulos de la armonía celestial y las melifluas suavidades del concento angélico ignoran.

De donde no sin mérito aquel anciano Berzelai se dice que fue de Rogelim, lo cual se dice interpretarse como pies. Pues pedestres tales caminan, y puesto que del itinerario de la conversación terrena suspenderse no saben, a comprender los cánticos de la melodía celestial no se elevan, pues no quieren sino pedestres siempre caminar y por tanto no pueden las altas alegrías de la íntima jubilación penetrar. Y puesto que los actos terrenos, en los cuales están dispersos, duros los rinden e insensibles, de la alegría espiritual contemplar las sutilezas no pueden. De aquí es también que aquel Berzelai se afirma galaadita, lo cual montón de testimonio se interpreta, y puesto que aquel montón de testimonio, que se dice Galaad, por Labán y Jacob de piedras hecho se reconoce (Gén. XXXI), bien por este galaadita los hombres duros y lapídeos se designan, quienes, mientras al amor de la vida espiritual el corazón no ablandan, como piedras hechos en el pertinaz vigor de los negocios seculares se endurecen. A cuya dureza pertenece que el mismo también Berzelai hierro mío se diga interpretarse. ¿Qué es más duro que el hierro? ¿y qué más obstinado que el corazón perverso? «Pues en el alma malevolente nunca entrará la sabiduría (Sab. I)». Y congruentemente hierro mío, casi de sí cualquier hombre duro y obstinado dice, porque mientras determina en la propia perseverar dureza, en los consejos nunca se arroja ajenos, y porque rígido e inflexible a la celestial Jerusalén con el rey David no camina, de la vía que había comenzado con Berzelai, a la tierra de Madián, esto es, a los primordios de la vida vieja es revocado.

Capítulo XIV.

En la misma carta.

«Y habiendo venido el rey David a Jerusalén, tomó sus diez concubinas, que había dejado para custodiar la casa y las entregó en custodia; ni entró a ellas, sino que estaban cerradas hasta el día de su muerte viviendo en viudez (II Sam. XX)». Las concubinas que no siguiendo a David custodian la casa, estos son los que en la custodia de la vieja Ley perseveran. De cuyas concubinas por cierto se dice: «Porque de lo demás no entró David a ellas: sino que estaban cerradas hasta el día de su muerte viviendo en viudez».

Judaei plane nunc clausi sunt et in viduitate vivunt quoniam ad virum sanctae Ecclesiae non accedunt, nec ad eos coelestis ille Sponsus ingreditur, quia tanquam mulierculis a diabolo prostitutis suum praebere contubernium dedignatur eisque, quia polluti sunt per adulterium, repudii dat libellum. Et hae quae non sequuntur virum merito concubinae, nec vocantur uxores, quia, dotali foedere ac nuptiali copula prorsus indignae, non illam pariunt sobolem quae paternae benedictionis possideat haereditatem. Nobis autem econtrario dicitur: «In hoc vocati estis, ut benedictionem haereditate possideatis (I Petr. III).» Nam et idem dicit Apostolus: «Igitur qui ex fide sunt, benedicentur cum fideli Abraham. Quicunque autem ex operibus legis sunt, sub maledicto sunt (Gal. III).»

Caput XV.

In epistola ad Albericum, in qua ei super decem quaestionibus respondet.

«David postmodum non est ingressus ad eas, sed erant clausae usque in diem mortis suae in viduitate viventes (II Reg. XX).» Perdiderunt enim virum, de quo per Isaiam dicitur: «Quoniam acceperunt septem mulieres virum unum (Isa. IV).» De quibus et per Salomonem dicitur: «Quia septingentae sunt reginae (III Reg. XI).» Acceperunt itaque septem, quae amiserunt decem. Coelestem quippe Sponsum sancta sibi confoederavit Ecclesia septiformi scilicet Spiritus dono repleta. Quem Sponsum Synagoga, quae Decalogi mandata perceperat, perdidit viduaque permansit, quia dum in domo consueti ritus et legalium caeremoniarum immobiliter perstitit, cum rege David in deserta gentilium exire contempsit.

Caput XVI.

In eadem epistola.

«Tertium quoque fuit bellum in Gob contra Philistaeos, in quo percussit Adeodatus filius saltus polimitarius Bethleemites Goliath Getheum (II Reg. XXI).» Quod nimirum facile valet intelligi. Nam Gob interpretatur lacus. Et sicut periclitatur qui in lacum leonum mittitur, sic David quasi leonis se dentibus tradidit, cum in rabiem Goliath se praeliaturus immersit. Idem David Adeodatus jure dicitur; quoniam a Deo est electus in regnum. Qui etiam filius saltus vocatur, quia de pascuis saltuum, ubi oves alebat, eductus agnoscitur.

Los judíos llanamente ahora están cerrados y en viudez viven puesto que al varón de la santa Iglesia no acceden, ni a ellos aquel celestial Esposo entra, porque como a mujercillas por el diablo prostituidas su contubernio ofrecer se digna y a ellos, porque polucionados están por el adulterio, da el libelo del repudio. Y estas que no siguen al varón merecidamente concubinas, ni se llaman esposas, porque, del dotal pacto y la nupcial cópula del todo indignas, no paren aquella prole que la herencia de la paterna bendición posea. A nosotros en cambio al contrario se dice: «A esto han sido llamados, para que la bendición por herencia posean (I Petr. III)». Pues también lo mismo dice el Apóstol: «Por tanto los que son de la fe, serán bendecidos con el fiel Abraham. En cambio cualesquiera que son de las obras de la ley, bajo la maldición están (Gal. III)».

Capítulo XV.

En la carta a Alberico, en la cual le responde sobre diez cuestiones.

«David después no entró a ellas, sino que estaban cerradas hasta el día de su muerte viviendo en viudez (II Sam. XX)». Pues perdieron al varón, del cual por Isaías se dice: «Porque siete mujeres tomaron a un solo varón (Isa. IV)». De las cuales también por Salomón se dice: «Porque setecientas son las reinas (III Reg. XI)». Tomaron así las siete, las que perdieron a las diez. Pues al celestial Esposo la santa Iglesia se confederó a sí misma repleta a saber del septiforme don del Espíritu. Al cual Esposo la Sinagoga, que los mandatos del Decálogo había percibido, perdió y viuda permaneció, porque mientras en la casa del rito acostumbrado y de las ceremonias legales inmóvil persistió, con el rey David a los desiertos de los gentiles salir despreció.

Capítulo XVI.

En la misma carta.

«Hubo también una tercera batalla en Gob contra los filisteos, en la cual hirió Adeodato hijo del bosque, tejedor, betleemita a Goliat el gueteo (II Sam. XXI)». Lo cual por cierto fácilmente vale para ser entendido. Pues Gob se interpreta como lago [o fosa]. Y así como peligra quien en el lago de los leones es enviado, así David como a los dientes del león se entregó, cuando en la rabia de Goliat se sumergió para pelear. El mismo David Adeodato [Dado por Dios] con derecho se dice; puesto que por Dios fue elegido para el reino. Quien también hijo del bosque se llama, porque de los pastos de los bosques, donde ovejas alimentaba, se reconoce educido.

Nec sine causa idem David polimitarius dicitur; quia mater ejus de genere Beselehel exstitit, qui tabernaculum foederis in deserto construxit, in quo etiam nonnulla polimitaria operatione contexuit. Bethleemites quoque non incongrue dicitur, quia a Noemi duxit originem, et de Bethleem fuerant tempore famis egressae atque ad eamdem Bethleem sunt, reflorescente postmodum ubertate, reductae. Quod autem Adeodatus cum omnibus suis his adjectivis, ipse procul dubio sit David, sequentia declarant, ubi dicitur: «Ii quatuor nati sunt de Arapha in Geth, et ceciderunt in manum David et servorum ejus (Ibid.).» Sane quid etiam per haec mystice significetur exponerem, nisi quod perspicuum est epistolaris mihi brevitas prohiberet. Juxta mysticum scilicet intellectum, haec omnia referuntur ad Christum. Ipse enim Adeodatus est, de quo per Isaiam dicitur: «Puer natus est nobis, et filius datus est nobis (Isa. IX).» Qui filius saltus non incongrue dicitur, quoniam ex Judaeis secundum carnem nasci dignatus est, qui dum nullum fructum spiritualis germinis attulerunt, velut agrestes arbores non in horto plantatae, sed in saltu natae steriles exstiterunt. Unde legitur: «Vox clamantis in deserto (Isa. XL);» hoc est, infructuoso Judaeorum populo. Polimitarius quoque Redemptor noster merito dicitur, quia velut textrini operis studio vacat, dum et se suis fidelibus induit et ex illis justitiae vestimenta contexit. De suis 201 quippe vestibus per Apostolum dicitur: «Ut exhiberet sibi gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam neque rugam (Ephes. V).» Et per prophetam: «Omnibus his velut ornamento vestieris (Isa. XLIX).» De Christi vero fidelibus Psalmista canit: «Sacerdotes tui induantur justitiam (Psal. CXXXI).» Et per Ezechielem Dominus improperat animae, quam spiritualibus indumentis decenter ornavit, sed eum ipsa moechiae sordibus polluta deseruit: «Vestivi te, inquit, discoloribus et calceavi te hyacintho, et cinxi te bysso, et indui te subtilibus et ornavi te ornamento.» Et paulo post: «Et vestita es bysso, et polimito et multis coloribus (Ezech. XVI).» Quid ergo mirum, si Redemptor noster polimitarius dicitur, qui virtutis decore polimito induit animam quam sponsali jure sortitur? Ipse est enim Dei sapientia, de qua per Salomonem dicitur: «Quia quaesivit lanam et linum, et operata est consilio manuum suarum (Prov. XXXI).» Cujus digiti apprehenderunt fusum, cujus omnes domestici vestiti sunt duplicibus, cujus etiam caro stragula vestis facta est in passione. Sed eadem byssus et regalis purpura indumentum illius est in resurrectione; qui etiam Bethleemites jure vocatur, quia in Bethleem de Virgine natus agnoscitur. Quod autem dicitur: «Quia tertium bellum fuit in Gob,» hoc intelligitur quia verus David Salvator Israel, ante legem et sub lege, ac postmodum in evangelica gratia fideles semper bellatores habuit, per quos contra Philistaeos, id est, adversus malignos spiritus dimicavit.

Ni sin causa el mismo David tejedor (polimitarius) se dice; porque su madre del género de Beselehel existió, quien el tabernáculo del pacto en el desierto construyó, en el cual también algunas cosas con operación de tejedor entretejió. Betleemita también no incongruentemente se dice, porque de Noemí tomó el origen, y de Belén habían en el tiempo del hambre salido y a la misma Belén fueron, refloreciendo después la ubertad, reducidas. Que en cambio Adeodato con todos estos sus adjetivos, él mismo sin duda sea David, lo declaran las cosas que siguen, donde se dice: «Estos cuatro nacieron de Arapha en Get, y cayeron en la mano de David y de sus siervos (Ibid.)». Ciertamente qué también por estas cosas místicamente se signifique expondría, si no me lo prohibiera la claridad de la cosa y la brevedad epistolar. Según el intelecto místico a saber, todas estas cosas se refieren a Cristo. Pues Él mismo es Adeodato, de quien por Isaías se dice: «Un niño nos ha nacido, y un hijo nos ha sido dado (Isa. IX)». Quien hijo del bosque no incongruentemente se dice, puesto que de los judíos según la carne nacer se dignó, quienes mientras ningún fruto de germen espiritual aportaron, como agrestes árboles no en el huerto plantados, sino en el bosque nacidos estériles existieron. De donde se lee: «Voz del que clama en el desierto (Isa. XL)»; esto es, al infructuoso pueblo de los judíos. Tejedor también nuestro Redentor merecidamente se dice, porque como al estudio de la obra de tejido vaca, mientras tanto se viste de sus fieles como de ellos entreteje las vestiduras de la justicia. De sus vestiduras por cierto por el Apóstol se dice: «Para exhibir ante sí una gloriosa Iglesia, no teniendo mácula ni arruga (Ephes. V)». Y por el profeta: «De todos estos como de un ornamento te vestirás (Isa. XLIX)». De los fieles de Cristo verdaderamente el Salmista canta: «Tus sacerdotes se vistan de justicia (Sal. CXXXI)». Y por Ezequiel el Señor increpa al alma, a la cual con espirituales indumentos decentemente adornó, pero ella misma polucionada por las suciedades de la mancebía lo desiertó: «Te vestí, dijo, de diversos colores y te calcé de hialino, y te ceñí de biso, y te vestí de cosas sutiles y te adorné con ornamento». Y poco después: «Y fuiste vestida de biso, y de tejido polimito y de muchos colores (Ezech. XVI)». ¿Qué pues de maravilla, si nuestro Redentor tejedor se dice, quien con el decoro del tejido de la virtud viste al alma que por derecho esponsalicio obtiene? Pues Él mismo es la sabiduría de Dios, de la cual por Salomón se dice: «Porque buscó lana y lino, y trabajó por el consejo de sus manos (Prov. XXXI)». Cuyos dedos aprehendieron el huso, cuyos todos domésticos vestidos están de dobles, cuya también carne vestidura de alfombra se hizo en la pasión. Pero el mismo biso y la púrpura real es el indumento de aquel en la resurrección; quien también betleemita con derecho se llama, porque en Belén de la Virgen nacido se reconoce. Lo que en cambio se dice: «Porque la tercera batalla fue en Gob», esto se entiende porque el verdadero David Salvador de Israel, ante la ley y bajo la ley, y después en la gracia evangélica siempre tuvo fieles guerreros, por los cuales contra los filisteos, esto es, contra los malignos espíritus luchó.

Ad hoc itaque tertium bellum David venit in Gob, qui interpretatur lacus, quia Redemptor noster dum velut forti armato fortior supervenit (Luc. XI), ipse per se etiam usque ad inferna descendit. Unde per Psalmistam dicit: «Posuerunt me in lacu inferiori, in tenebris et umbra mortis (Psal. LXXXVII).» Illic percussit Goliath Getheum, quia dum electorum animas de gehennae claustris eripuit, antiquum hostem, qui super eos tyrannidem exercebat, lethali vulnere sauciavit.

Caput XVII.

In sermone de virginibus.

«David sedens in cathedra, sapientissimus princeps inter tres. Ipse quasi tenerrimus ligni vermiculus, qui octingentos interfecit impetu uno (II Reg. XXIII).» Quid est quod David tam novae, tam inauditae praeconio laudis attollitur? Quis est iste tam humilis tamque sublimis? Quis, inquam, est iste David ita debilis atque despectus ut vermiculi speciem gerat? ita fortis et validus, ut uno impetu octingentos homines interficiat? In palea nempe litterae videtur esse ridiculum, si non in medulla spiritus lateat sacramentum. Quis ergo vermiculus iste, nisi ille qui per eumdem David canit in psalmo: «Ego autem sum vermis, et non homo?» (Psal. XXI.) Sicut enim vermis ex sola ligni materia gignitur, ita Christum absque virilis semine de solo virginali utero genitum fides catholica confitetur. Sed quamvis sit vermis tener et debilis, ligni vero duritia fortis ac solida, vermis tamen lignum vertit in cariem et cavernosum reddit et cavum. Ita Redemptor noster verus utique manu fortis atque desiderabilis, qui semetipsum exinanivit, qui non habens speciem, neque decorem, invalidus ac despectus apparuit, humanum genus, unde ortus est, paulatim a suo rigore mollivit, magnumque sibimet in electis suis habitationis spatium procuravit. Hic itaque David sedet in cathedra, quia in paternae majestatis gloria constitutus omnia judicat. Cui Pater ait: «Sede a dextris mei (Psal. CIX).» Sapientissimus est, quia ipsa Patris sapientia est. Sed quomodo David dicitur princeps inter tres, cum ille non inter alios quemlibet principatum, sed super omnes potius regalis sceptri teneret imperium? Laus enim ista depretiat, non exaltat; deprimit, non attollit, cum ille non tam tribus interesset, quam omnibus superesset. Sed cum ab illo David videatur sententia ista dissidere, est cui valeat aptissime convenire. Beatus enim ac singularis ille homo, qui mystice dictus est vermis, mox ut a Verbo in unitate personae suscipitur, in sancta Trinitate non inaequaliter principatur. Princeps est ergo inter tres, quia in Patre et Spiritu sancto ejusdem divinitatis plenitudinem retinet.

A esta tercera batalla, por tanto, David vino a Gob, que se interpreta como lago, porque nuestro Redentor mientras como a un fuerte armado el más fuerte sobreviene (Luc. XI), Él por sí mismo también hasta los infiernos descendió. De donde por el Salmista dice: «Me pusieron en el lago inferior, en las tinieblas y en la sombra de la muerte (Sal. LXXXVII)». Allí hirió a Goliat el gueteo, porque mientras las almas de los elegidos de los claustros de la gehenna arrebató, al antiguo enemigo, que sobre ellos la tiranía ejercía, con herida letal llagó.

Capítulo XVII.

En el sermón sobre las vírgenes.

«David sentado en la cátedra, sapientísimo príncipe entre tres. Él mismo como un tiernísimo gusanillo de la madera, que mató a ochocientos de un solo ímpetu (II Sam. XXIII)». ¿Qué es esto por lo que David con el pregón de una alabanza tan nueva, tan inaudita, es ensalzado? ¿Quién es este tan humilde y tan sublime? ¿Quién, digo, es este David tan débil y despreciado que porta la especie de un gusanillo? ¿ita fuerte y válido, que de un solo ímpetu mata a ochocientos hombres? En la paja de la letra por cierto parece ser ridículo, si no latiera el sacramento en la médula del espíritu. ¿Quién pues es este gusanillo, sino aquel que por el mismo David canta en el salmo: «Pero yo soy gusano, y no hombre»? (Sal. XXI). Pues así como el gusano de la sola materia de la madera se engendra, así la fe católica confiesa que Cristo sin semilla de varón de solo el útero virginal fue engendrado. Pero aunque sea un gusano tierno y débil, y la dureza de la madera en verdad fuerte y sólida, el gusano sin embargo vuelve la madera en carcoma y la vuelve cavernosa y hueca. Así nuestro Redentor verdadero por cierto fuerte de mano y deseable, que se anonadó a sí mismo, que no teniendo hermosura ni decoro, inválido y despreciado apareció, al género humano, de donde surgió, poco a poco de su rigor ablandó, y procuró para sí un gran espacio de habitación en sus elegidos. Este David, por tanto, se sienta en la cátedra, porque constituido en la gloria de la majestad paterna juzga todas las cosas. A quien el Padre dice: «Siéntate a mi derecha (Sal. CIX)». Es sapientísimo, porque es la misma sabiduría del Padre. Pero ¿cómo se dice que David es príncipe entre tres, cuando Él no entre otros cualquier principado, sino más bien sobre todos tuviera el imperio del cetro real? Pues esa alabanza deprecia, no exalta; deprime, no ensalza, cuando Él no tanto estuviera entre tres, cuanto sobrestuviera a todos. Pero como de aquel David parece disidir esta sentencia, hay uno a quien puede aptísimamente convenir. Pues aquel bienaventurado y singular hombre, que místicamente es llamado gusano, tan pronto como es asumido por el Verbo en la unidad de la persona, en la santa Trinidad no desigualmente es príncipe. Es príncipe por tanto entre los tres, porque en el Padre y en el Espíritu Santo la plenitud de la misma divinidad retiene.

Caput XVIII.

In epistola ad Albericum in qua ei super decem quaestionibus respondet.

Quaeris cur in Scripturis sacris sit ista diversitas, ut in libro Regum (II Reg. XXIV) legatur David redemisse aream Ornan Jebusaei, simul et boves qui offerendi erant in holocaustum, siclis argenti tantummodo quinquaginta; cum in Paralipomenon pro sola area dedisse narretur auri sexcentos siclos? (I Paral. III.) Sed sciendum est procul dubio quia in libro Regum boves tantummodo quinquaginta siclis argenti comparasse David legitur, quanti vero aream comparaverit, illic omnino siletur. Paralipomenon vero liber de bobus e contrario tacet, sed emptam sexcentis auri siclis aream perhibet. Quod facile pervidetur, si in utroque libro ipsa verborum series diligenter attenditur. Nam in libro Regum hic est ordo verborum: «Emit ergo David aream, et boves argenti siclis quinquaginta.» Ubi sic distinguendum est, ut prius Scriptura dicat: «Emit David aream,» nec exprimat quanti; deinde sequatur: «Et boves argenti siclos quinquaginta.» In libro vero Paralipomenon ita legitur: «Dedit ergo David ornan pro loco siclos auri justissimi ponderis sexcentos, et aedificavit ibi altare Domino.» Sic igitur utraque sibimet Scriptura divisit, ut illa boum, ista solius areae numeret pretium. Res igitur quibus pretii mensura praefigitur discrepant, sed Scripturae sanctae sibimet invicem non repugnant.

Expliciunt testimonia libri secundi Regum.

INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI TERTII REGUM.

1. De Abisag Sunamite quae regi David ministrabat, et cum eo dormiens senilia ejus membra fovebat, et tamen integra mansit. 2. Quod David, dum vivit, et Joab et Semei pepercit; moriens vero perdendos eos mandavit. 3. Quod dicitur Salomon quadraginta millia praesepia equorum currilium habuisse, duodecim millia equestrium. 4. Quod de eodem dicitur: quia locutus est tria millia parabolas, et fuerunt carmina ejus quinque millia; et disputasse etiam de lignis, et de jumentis, et volucribus, et reptilibus, et piscibus.

Capítulo XVIII.

En la carta a Alberico en la cual le responde sobre diez cuestiones.

Preguntas por qué en las sagradas Escrituras existe esta diversidad, que en el libro de los Reyes (II Sam. XXIV) se lea que David redimió el área de Ornan el jebuseo, junto con los bueyes que habían de ofrecerse en holocausto, por solo cincuenta siclos de plata; mientras que en el de los Paralipómenos se narra que dio por la sola área seiscientos siclos de oro (I Crón. XXI). Pero se debe saber sin duda que en el libro de los Reyes se lee que David compró los bueyes solamente por cincuenta siclos de plata; por cuánto en cambio compró el área, allí se calla totalmente. El libro de los Paralipómenos en cambio sobre los bueyes por el contrario calla, pero sostiene que el área fue comprada por seiscientos siclos de oro. Lo cual fácilmente se percibe, si en ambos libros la misma serie de palabras se atiende diligentemente. Pues en el libro de los Reyes este es el orden de las palabras: «Compró por tanto David el área, y los bueyes por cincuenta siclos de plata». Donde así debe distinguirse, que primero la Escritura diga: «Compró David el área», y no exprese por cuánto; después siga: «Y los bueyes por cincuenta siclos de plata». En cambio en el libro de los Paralipómenos así se lee: «Dio pues David a Ornan por el lugar seiscientos siclos de oro de pesadísimo peso, y edificó allí un altar al Señor». Así por tanto ambas Escrituras dividieron entre sí, que aquella cuente el precio de los bueyes, esta el del área sola. Las cosas por tanto a las cuales se prefija la medida del precio discrepan, pero las santas Escrituras no se repugnan entre sí.

Terminan los testimonios del libro segundo de los Reyes.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO TERCERO DE LOS REYES.

1. De Abisag la sunamita que ministraba al rey David, y durmiendo con él fomentaba sus miembros seniles, y sin embargo permaneció íntegra. 2. Que David, mientras vive, perdonó tanto a Joab como a Semei; pero muriendo mandó que ellos fueran perdidos. 3. Que se dice que Salomón tuvo cuarenta mil pesebres de caballos de carros, doce mil de ecuestres. 4. Lo que se dice del mismo: que habló tres mil parábolas, y fueron sus cánticos cinco mil; y que disputó también sobre las maderas, y sobre los jumentos, y aves, y reptiles, y peces.

5. Quod Salomon duas a dextra laevaque columnas in templi vestibulo statuit, quarum unam Jachim, alteram Booz vocarit. 6. Quod vasa templi Domini in campestri regione Jordanis in argillosa terra fusa sunt inter Sochol et Sarthan. 7. De eo quod cum sacerdotes exissent de sanctuario, nebula domus Dei repleta est, ita ut sacerdotes non possent prope astare propter nebulam. 8. Quod non esse dicitur argentum nec ullius pretii putari in tempore Salomonis. 9. Quod Salomoni fuerant uxores quasi reginae septingentae et concubinae trecentae. 10. De muliere Sareptana, ad quam Elias transmissus, invenit eam duo ligna colligentem, ut conqueret et sibi panem ac filio suo. 11. De eo quod, orante Elia, nebula parva quasi vestigium hominis de mari conscendens apparuit.

Expliciunt capitula.

INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI TERTII REGUM.

CAPUT PRIMUM.

Ad. C. praefectum, ubi eum ad certamen provocat.

«Quaesierunt David regi servi sui adolescentulam speciosam in cunctis finibus Israel, et invenerunt Abisag Sunamitem, et adduxerunt ad regem; quae dormiebat cum rege, et ministrabat ei, et non cognovit eam rex (III Reg. I).» Quae est autem haec puella, quae de cunctis finibus Israel tanquam singularis eligitur, et David regi, ut cum eo dormiat, et frigescentes artus calefaciat copulatur? Interroga Salomonem et ipse tibi puellae hujus aperiet sacramentum: «Posside, inquit, sapientiam, posside intelligentiam (Prov. IV).» Vis etiam audire virginis hujus amplexus? ait: «Ne derelinquas eam et apprehendet te; ama illam, exaltabit te; circumda illam, et glorificabit te; honora illam, et amplexabitur te (Ibid.).» Sapientiam ergo, hoc est, sanctam vitam amplectamini, uxorem, ut ingenuam, et haereditate cendignam sobolem procreemus. Non enim ex hac uxore moritura nobis est successura posteritas, sed quae perpetuo sit victura. Nam quod de corruptione nascitur, necesse est corrumpatur; at quod virginitas gignit interire non novit: nec est vitio corruptionis obnoxium quod ex incorruptione fuerit procreatum. Sed videamus interpretationem istorum nominum, ut valeamus comprehendere sacramentum. Abisag namque interpretatur pater meus superfluus, vel, patris mei rugitus. Hic superfluus, non superfluitatem, quasi non necessariam, sed abundantiorem Dei Patris significat gratiam; rugitus autem, vehementem sanctae praedicationis indicat fremitum, ut leonem de tribu Juda, quasi per intonantem sanctae praedicationis fremitum insonet, quisquis in Abisag, id est, religiosae vitae complexibus jacet. Sunamitis autem in nostra lingua, coccinea dicitur.

5. Que Salomón estableció dos columnas a la derecha y a la izquierda en el vestíbulo del templo, de las cuales a una llamó Jaquín, a la otra Booz. 6. Que los vasos del templo del Señor fueron fundidos en la región campestre del Jordán en tierra arcillosa entre Sucot y Saretán. 7. De aquello que, habiendo salido los sacerdotes del santuario, una nube llenó la casa de Dios, de modo que los sacerdotes no pudieran estar cerca por causa de la nube. 8. Que se dice que la plata no era ni se pensaba de ningún precio en el tiempo de Salomón. 9. Que para Salomón habían sido esposas como reinas setecientas y concubinas trescientas. 10. De la mujer de Sarepta, a la cual Elías enviado, la encontró recogiendo dos leños, para que cociera para sí y para su hijo un pan. 11. De aquello que, orando Elías, una pequeña nube como la huella de un hombre apareció ascendiendo del mar.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO TERCERO DE LOS REYES.

CAPÍTULO I.

Al prefecto C., donde lo provoca al certamen.

«Buscaron para el rey David sus siervos una adolescente hermosa en todos los confines de Israel, y encontraron a Abisag la sunamita, y la condujeron ante el rey; ella dormía con el rey, y le ministraba, y el rey no la conoció (III Reg. I)». ¿Quién es en cambio esta muchacha, que de todos los confines de Israel como singular es elegida, y al rey David, para que con él duerma, y los miembros que se enfrían caliente, es copulada? Interroga a Salomón y él mismo te abrirá el sacramento de esta muchacha: «Posee la sabiduría, dice, posee la inteligencia (Prov. IV)». ¿Quieres también oír los abrazos de esta virgen? dice: «No la dejes y ella te aprehenderá; ámala, ella te exaltará; rodéala, y ella te glorificará; hónrala, y ella te abrazará (Ibid.)». Abrazad pues la sabiduría, esto es, la vida santa, como a esposa, para que como ingenua y digna de la herencia progenie procreemos. Pues de esta esposa no ha de morir para nosotros la posteridad sucesora, sino la que perpetuamente ha de vivir. Pues lo que de la corrupción nace, es necesario que se corrompa; en cambio lo que la virginidad engendra no conoce el perecer: ni es obnoxio al vicio de la corrupción lo que de la incorrupción fuera procreado. Pero veamos la interpretación de estos nombres, para que podamos comprender el sacramento. Pues Abisag se interpreta «mi padre es superfluo», o, «el rugido de mi padre». Aquí «superfluo», no significa la superfluidad como si fuera no necesaria, sino la más abundante gracia de Dios Padre; en cambio el «rugido», indica el vehemente estrépito de la santa predicación, para que como el león de la tribu de Judá, como por el estruendoso estrépito de la santa predicación suene, quienquiera que en Abisag, esto es, en los abrazos de la vida religiosa yace. La sunamita en cambio en nuestra lengua se dice «coccínea».

Anima quippe sancta sicut Dominici sanguinis mysterio rubet, ita nihilominus et igne sancti Spiritus fervet. Unde et in manu Phares coccinum alligatur, qui maceriam sub mystica duorum populorum sequestratione divisit. Et Raab meretrix, in typo Ecclesiae, coccineum funiculum, ut domus sua, pereunte Jericho, salvaretur, appendit. Hinc etiam, in Cantico canticorum, dicitur ad eamdem Sunamitem, id est, ad animam sanctam: «Sicut vitta coccinea labia tua, et eloquium tuum dulce (Cant. IV).» Haec ergo puella dormit cum rege, sed ille non cognoscit eam; quia anima sancta in Conditoris quidem contemplatione quiescit, sed tamen incomprehensibilem majestatis ejus gloriam pleniter comprehendere non valet. Nam licet ejus amoris igne foveatur, ipsam tamen lucis ejus claritatem pleniter contemplari non potest.

Caput II.

In epistola ad Albericum, ubi super decem quaestionibus tractat.

Ego saepius, fateor, dubitavi cur David Joab et Semei, quibus iratus erat, dum adhuc viveret, clementer indulsit; moriens autem Salomoni sibimet in sceptra regia succedenti perdendos esse mandavit. «Tu, inquit, nosti quae fecerit mihi Joab filius Sarviae, quae fecerit duobus principibus exercitus Israel, Abner filio Ner et Amasae filio Jether, quos occidit et effudit sanguinem belii in pace.» Atque paulo post addidit: «Facies ergo juxta sapientiam tuam, et non deduces canitiem ejus pacifice ad inferos.» De Semei quoque sic ait: «Habes et Semei apud te, filium Gera, filii Gemini de Baurim, qui maledixit mihi maledictione pessima, quando ibam ad castra.» Denique, quibusdam interpositis, addidit: «Ducesque canos ejus cum sanguine in infernum (III Reg. II).» Quid est enim quod eos David moriens damnat quibus vivendo pepercerat, cum profecto rationis ordo deposcat ut in perduelliones, vel quoslibet inimicos vivens sententiam ultionis exereret, moriens autem eis misericorditer indulgeret? Sed sciendum est quia per regnum David, qui tot persecutionibus et aerumnis attritus, tot adversitatibus et inopiis cum suis commilitonibus est afflictus, hoc praesens saeculum designatur, in quo cum suis membris Christus affligitur multisque tribulationibus Ecclesia laceratur. Regnum vero Salomonis, qui divitiis et gloria cuncta regalium dignitatum jura transcendit, omnia principalis imperii fastigia superavit, futurae vitae denuntiat gloriam, in qua Christus vere pacificus aeterna cum suis quiete perfruitur ac coelestis convivii dapibus solemniter epulatur.

El alma por cierto santa así como por el misterio de la sangre del Señor enrojece, así no obstante también con el fuego del Espíritu Santo hierve. De donde también en la mano de Phares se liga lo coccíneo, quien la pared bajo la mística secuestración de dos pueblos dividió. Y Raab la meretriz, en tipo de la Iglesia, el cordón coccíneo, para que su casa, pereciendo Jericó, se salvara, colgó. De aquí también, en el Cantar de los Cantares, se dice a la misma sunamita, esto es, al alma santa: «Como una cinta de escarlata tus labios, y tu elocuencia dulce (Cant. IV)». Esta muchacha por tanto duerme con el rey, pero él no la conoce; porque el alma santa por cierto descansa en la contemplación del Creador, pero sin embargo no puede perfectamente comprender la incomprensible gloria de su majestad. Pues aunque por el fuego de su amor sea calentada, sin embargo la claridad de su luz plenamente contemplar no puede.

Capítulo II.

En la carta a Alberico, donde trata sobre diez cuestiones.

Yo muy a menudo, lo confieso, dudé por qué David a Joab y a Semei, con quienes estaba airado, mientras todavía vivía, clementemente perdonó; en cambio muriendo mandó a Salomón, que le sucedía en el cetro real, que debían ser perdidos. «Tú, dijo, sabes lo que me hizo Joab hijo de Sarvia, lo que hizo a los dos príncipes del ejército de Israel, Abner hijo de Ner y Amasa hijo de Jether, a quienes mató y derramó la sangre de la guerra en la paz». Y poco después añadió: «Harás pues según tu sabiduría, y no deducirás su canicie pacíficamente a los infiernos». Sobre Semei también así dice: «Tienes también contigo a Semei, hijo de Gera, del hijo de Gemini de Baurim, quien me maldijo con una maldición pésima, cuando yo iba a los castros». Finalmente, interpuestas algunas cosas, añadió: «Y conducirás sus canos cabellos con sangre al infierno (III Reg. II)». ¿Qué pues de maravilla, si nuestro Redentor tejedor se dice, quien con el decoro del tejido de la virtud viste al alma que por derecho esponsalicio obtiene? Pero se debe saber que por el reino de David, quien por tantas persecuciones y penurias desgastado, con tantas adversidades e inopias con sus conmilitones fue afligido, se designa este presente siglo, en el cual con sus miembros Cristo es afligido y por muchas tribulaciones la Iglesia es lacerada. En cambio el reino de Salomón, quien en riquezas y gloria trascendió todos los derechos de las dignidades reales, superó todas las cimas del imperio principal, denuncia la gloria de la vida futura, en la cual Cristo verdaderamente pacífico disfruta de la eterna quietud con los suyos y se banquetea solemnemente con los manjares del convivio celestial.

Unus igitur idemque Redemptor noster et nunc David est, et tunc Salomon erit; quia et modo tanquam manu fortis per membra sua contra diabolum pugnare non desinit, et tunc sopita prorsus omni carnis et spiritus controversia, cum corpore suo, quod est Ecclesia, ut revera pacificus aeterna tranquillitate regnabit. Nunc in electis suis quasi David calamitatum fascibus premitur, persecutionum ac diversis adversitatum pressuris urgetur, tribulationibus et aerumnis atteritur, postmodum tanquam Salomon exuberanti divitiarum immortalium copia potietur. David ergo vivens tolerat, quos in fine condemnat, quia judex humani generis Christus, quem ille signabat, illis nunc misericorditer parcit quibus in fine saeculi sententiam juste damnationis infligit. David itaque misericordiam prorogat, Salomon justitiam judicat, quia unus idemque Redemptor noster et nunc quasi David reproborum iniquitates aequanimiter tolerat, et postmodum tanquam Salomon, in gloria sua veniens, eos quasi vibrato judicii sui mucrone trucidat. Haec alternitas divini examinis frequenter in eisdem sermonibus invenitur, sicut illic: «Misericordiam, inquit, et judicium cantabo tibi, Domine (Psal. C):» Et: «Misericordiam et veritatem diligit Deus (Psal. LXXXIII): Misericordia et veritas obviaverunt sibi (Psal. LXXXIV).» Sic itaque dum misericordia veritati, quasi David praeponitur Salomoni; ut quos pie David per misericordiam sustinet, Salomon per judicium juste condemnet. Et notandum quod per Joab, qui suis homicidium manibus perpetravit, illi designantur qui mala faciunt; per Semei vero, qui regi tantummodo maledixerat, illi figurati sunt qui prava loquuntur. Nam et hi qui nequiter agunt, et illi qui sermonibus reprobis ac falsis insistunt, in extremae discussionis examine procul dubio damnabuntur; sicut idem David ait: «Odisti omnes qui operantur iniquitatem; perdes eos qui loquuntur mendacium (Psal. V).»

Caput III.

In epistola ad Agnetem reginam.

«Et habebat Salomon quadraginta millia praesepia equorum currilium et duodecim equestrium (III Reg. IV).» Quid per quaternarium numerum, nisi quadriga praestruitur evangelistarum? Et quid per duodenarium, nisi senatus exprimitur apostolorum? Per doctrinam quippe evangelicam et apostolicam vectatur Dominus per omnem latitudinem orbis terrarum. «Currus enim Dei decem millibus multiplex, millia laetantium; Dominus in illis, in Sina in sancto (Psal. LXVII).» Nam quia Sina mandatum interpretatur, constat in eis tantummodo vectari Dominum, ubi fit coelestium observatio mandatorum.

Uno mismo pues y el mismo es nuestro Redentor tanto ahora es David, como entonces será Salomón; porque tanto ahora como fuerte de mano por sus miembros contra el diablo no cesa de luchar, como entonces, dormida por completo toda controversia de la carne y del espíritu, con su cuerpo, que es la Iglesia, como verdaderamente pacífico reinará en eterna tranquilidad. Ahora en sus elegidos como David es oprimido por los fardos de las calamidades, es urgido por las presiones de las persecuciones y diversas adversidades, es desgastado por tribulaciones y penurias, después como Salomón poseerá la exuberante copia de las riquezas inmortales. David por tanto viviendo tolera a los que al final condena, porque Cristo el juez del género humano, a quien él significaba, ahora les perdona misericordiosamente a quienes al final del siglo inflige la sentencia de la justa condenación. David por tanto prorroga la misericordia, Salomón juzga la justicia, porque uno mismo y el mismo es nuestro Redentor y ahora como David las iniquidades de los réprobos tolera ecuánimemente, y después como Salomón, viniendo en su gloria, a ellos como con la vibrante espada de su juicio los degüella. Esta alternidad del examen divino frecuentemente se encuentra en los mismos sermones, como allí: «La misericordia, dice, y el juicio cantaré para ti, Señor (Sal. C)»: Y: «La misericordia y la verdad ama Dios (Sal. LXXXIII): La misericordia y la verdad se encontraron entre sí (Sal. LXXXIV)». Así pues mientras la misericordia a la verdad, como David se antepone a Salomón; para que a los que piadosamente David por la misericordia sostiene, Salomón por el juicio justamente condene. Y se debe notar que por Joab, quien con sus manos perpetró el homicidio, se designan aquellos que hacen males; en cambio por Semei, quien solamente al rey había maldecido, se figuran aquellos que hablan cosas depravadas. Pues tanto estos que actúan inicuamente, como aquellos que insisten en sermones réprobos y falsos, en el examen de la discusión extrema sin duda serán condenados; como el mismo David dice: «Odisti a todos los que obran la iniquidad; perderás a los que hablan la mentira (Sal. V)».

Capítulo III.

En la carta a la reina Inés.

«Y tenía Salomón cuarenta mil pesebres de caballos de carros y doce mil ecuestres (III Reg. IV)». ¿Qué se preconstruye por el número cuarenta, sino la cuadriga de los evangelistas? ¿Y qué por el número doce, sino que se expresa el senado de los apóstoles? Por la doctrina por cierto evangélica y apostólica es transportado el Señor por toda la latitud del orbe de las tierras. «Pues el carro de Dios es múltiple por diez mil, miles de los que se alegran; el Señor en ellos, en el Sinaí en el santuario (Sal. LXVII)». Pues porque Sinaí se interpreta «mandato», consta que en ellos solamente es transportado el Señor, donde se hace la observación de los mandatos celestiales.

Notandum autem quia sicut David regnum, qui tot est pressuris attritus, Dominum designat in mortalis adhuc vitae stadio laborantem, sic Salomonis istius incomparabilis gloria praefiguratur, eumdem Dominum post mundi finem in paterni culminis majestate regnantem. Et praecedebat sapientia Salomonis sapientiam omnium Orientalium et Aegyptiorum, quia nimirum Redemptor noster superat intellectum et angelorum et hominum.

Caput IV.

In eadem epistola.

De illo quoque dicitur: «Quia locutus est tria millia parabolas, et fuerunt carmina ejus quinque millia;» ubi praesto subjungitur: «Quia disputavit etiam super lignis a cedro quae est in Libano usque ad hyssopum quae egreditur de pariete, et disseruit de jumentis, et volucribus, et reptilibus, et piscibus (III Reg. IV).» Quae videlicet Redemptori nostro non ambigitur cuncta congruere, cui vacat haec diligenti consideratione tractare. Ipse mimirum tria millia parabolas est locutus, qui et per mystica praecedentium facta et per allegorica prophetarum oracula, vel etiam per coruscantis Evangelii documenta, dum sub figurarum velamine pene cuncta disseruit, quasi tria millia in verbis suis parabolas numeravit. Unde et in Evangelio Matthaeus ait: «Haec omnia locutus est Jesus in parabolis ad turbas, et sine parabolis non loquebatur eis (Matth. XIII).» Cujus etiam carmina quinque millia sunt, quia chorus virginum, quae sub quinario numero describuntur ante thronum ejus, sicut Joannes in Apocalypsi dicit: «Canticum novum jugiter modulatur (Apoc. XIV).» Vel quia quinque sunt vulnera Dominici corporis, quibus per universum orbem triumphalis ejus gloria praedicatur, sub eodem numero carmina supputantur, sub quo tenentur et vulnera, per quae victoria singularis laudis aeternae gloriam promeretur. Unde cum in Canticis dicitur: «Surge, amica mea, sponsa mea, et veni, columba mea, in foraminibus petrae et in caverna maceriae;» protinus additur: «Ostende mihi faciem tuam; sonet vox tua in auribus meis, quia vox tua dulcis (Cant. II):»

Sane quia non haec exacte tractamus, sed succincte, celeriterque transcurrimus, sufficiat dicere: Quia cum petra sit Christus, foramina petrae procul dubio sunt Dominici corporis cicatrices.

Se debe notar en cambio que así como el reino de David, quien por tantas presiones fue desgastado, designa al Señor trabajando todavía en el estadio de la vida mortal, así la gloria incomparable de este Salomón se prefigura, como el mismo Señor después del fin del mundo en la majestad de la cima paterna reinando. Y precedía la sabiduría de Salomón a la sabiduría de todos los orientales y egipcios, porque por cierto nuestro Redentor supera el intelecto tanto de los ángeles como de los hombres.

Capítulo IV.

En la misma carta.

Sobre aquel también se dice: «Que habló tres mil parábolas, y fueron sus cánticos cinco mil»; donde al punto se subraya: «Que disputó también sobre las maderas desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que sale de la pared, y discurrió sobre los jumentos, y aves, y reptiles, y peces (III Reg. IV)». Las cuales cosas por cierto no se duda que todas convienen a nuestro Redentor, a quien le queda tiempo para tratar estas cosas con diligente consideración. Él por cierto habló tres mil parábolas, quien tanto por los hechos místicos de los precedentes como por los oráculos alegóricos de los profetas, o incluso por los documentos del fulgurante Evangelio, mientras bajo el velo de las figuras casi todo lo discurrió, como tres mil parábolas en sus palabras contó. De donde también en el Evangelio Mateo dice: «Todas estas cosas habló Jesús en parábolas a las turbas, y sin parábolas no les hablaba (Mat. XIII)». Cuyos cánticos también son cinco mil, porque el coro de las vírgenes, que bajo el número quinario se describen ante su trono, como dice Juan en el Apocalipsis: «Un cántico nuevo continuamente modulan (Apoc. XIV)». O porque son cinco las llagas del cuerpo del Señor, por las cuales por todo el orbe su gloria triunfal es predicada, bajo el mismo número se cuentan los cánticos, bajo el cual se tienen también las llagas, por las cuales la victoria de la alabanza singular eterna merece la gloria. De donde cuando en los Cantares se dice: «Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven, paloma mía, en los agujeros de la piedra y en la caverna de la pared»; al punto se añade: «Muéstrame tu rostro; suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce (Cant. II)»:

Ciertamente, porque no tratamos estas cosas con exactitud, sino que las recorremos sucinta y rápidamente, baste decir: Que siendo la piedra Cristo, los agujeros de la piedra son sin duda alguna las cicatrices del cuerpo del Señor.

Sed cum post hujus petrae foramina, dulcis vox sponsae in sponsi auribus sonare praecipitur, quid aliud quam quinque vulneribus sub eodem quinario numero carmina laudum reddere pia quaelibet anima, vel sancta universalis Ecclesia, commonetur, ut ejusdem quodammodo numeri carmina referat quot per se suscepta vulnera non ignorat, illique cunctos sui corporis sensus dedicet, quem totidem pro se sauciatum vulneribus videt? Quinque nimirum nostrorum sensuum vulnera, illis quinque Dominici corporis cicatricibus sunt sanata.

Quod autem Salomon super lignis a cedro, quae est in Libano, usque ad hyssopum, quae egreditur de pariete, disputasse dicitur; hic necessario ad spiritualem remittitur intellectum, cum nullatenus stare valeat superficies litterarum. Hyssopus enim nequaquam de parietibus egredi, sed de saxosis cernitur montibus germinari. Paries itaque noster ipsa mortalitatis nostrae conditio est, quae nos a contemplatione Conditoris velut abditae domus obstaculum dividit, et in ima proclivius, declinare compellit. «Corpus enim quod corrumpitur, aggravat animam; et deprimit terrena inhabitatio sensum multa cogitantem (Sap. IX).» Ex hoc ergo pariete hyssopus egreditur, quia de fragilitate nostrae mortalitatis erumpit, quod semper necesse est ferro poenitentiae resecari. Hyssopo nimirum purificantur intima viscera, per quae non incongrue designatur confessio peccatorum. Disputavit igitur noster Salomon super lignis, hominibus videlicet intra germinantis Ecclesiae membra radicatis, a cedro quae est in Libano, usque ad hyssopum, quae egreditur de pariete, id est, ab ipsis eminentibus sanctis nitore justitiae candidatis usque ad peccatores et lapsos atque ad poenitentiae demum lamenta conversos. Hinc est quod sequitur: «Disseruit et de jumentis,» sanctorum scilicet adjutoribus, catholicis viris; «et de volueribus,» hominibus nimirum, per sancta desideria ad superna suspensis; «et de reptilibus et piscibus,» hoc est, de his qui pectus concupiscentiae per terram trahunt et qui per saecularium negotiorum fluenta vagantur.

Caput V.

In epistola ad Albericum, ubi dicitur de mansionibus Israelitarum.

«Statuit Salomon duas in vestibulo templi Domini columnas, unum a dextris, et alteram a sinistris: eam, quae a dextris erat, vocavit Jachim, hoc est firmitas: et quae ad levam, Booz, hoc est, in robore (III Reg. VII; II Par. III). Quid enim per columnam, quae a dextris est et vocatur firmitas, nisi dilectio Dei; et quae a sinistris est, et vocatur in robore, nisi dilectio proximi? Aliud est enim firmitas, hoc est, ipsum robur, aliud in robore, quoniam aliud est diligere ipsum Dominum, aliud diligere proximum in Deo.

Pero cuando, después de los agujeros de esta piedra, se manda que la dulce voz de la esposa suene en los oídos del esposo, ¿qué otra cosa se advierte a cualquier alma piadosa, o a la santa Iglesia universal, sino que rinda cánticos de alabanza a las cinco llagas bajo el mismo número quinario, para que devuelva en cierto modo cánticos de igual número a cuantas llagas recibidas por ella no ignora, y le dedique todos los sentidos de su cuerpo a aquel a quien ve herido por tantas llagas por ella? Pues las cinco llagas de nuestros sentidos fueron sanadas por aquellas cinco cicatrices del cuerpo del Señor.

En cuanto a que se dice que Salomón disputó sobre los árboles desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que brota de la pared; aquí necesariamente se remite al entendimiento espiritual, ya que la superficie de la letra de ninguna manera puede sostenerse. Pues el hisopo de ninguna manera se ve salir de las paredes, sino germinar de los montes pedregosos. Nuestra pared, por tanto, es la misma condición de nuestra mortalidad, que nos divide de la contemplación del Creador como el obstáculo de una casa oculta, y nos obliga a declinar más propensamente hacia lo profundo. «Porque el cuerpo que se corrompe agrava el alma; y la habitación terrenal deprime el sentido que piensa muchas cosas (Sab. IX)». De esta pared, por tanto, sale el hisopo, porque brota de la fragilidad de nuestra mortalidad lo que siempre es necesario podar con el hierro de la penitencia. Ciertamente con el hisopo se purifican las entrañas íntimas, por lo cual no incongruentemente se designa la confesión de los pecados. Disputó, pues, nuestro Salomón sobre los árboles, a saber, los hombres arraigados dentro de los miembros de la Iglesia que germina, desde el cedro que está en el Líbano hasta el hisopo que brota de la pared, es decir, desde los mismos santos eminentes cándidos por el resplandor de la justicia hasta los pecadores y caídos y vueltos al fin a los lamentos de la penitencia. De aquí es lo que sigue: «Disertó también sobre los jumentos», a saber, los ayudantes de los santos, los varones católicos; «y sobre las aves», a saber, los hombres suspendidos a lo sublime por los santos deseos; «y sobre los reptiles y peces», esto es, sobre aquellos que arrastran el pecho de la concupiscencia por la tierra y que vagan por las corrientes de los negocios seculares.

Capítulo V.

En la carta a Alberico, donde se habla de las mansiones de los israelitas.

«Salomón estableció dos columnas en el vestíbulo del templo del Señor, una a la derecha y la otra a la izquierda: a la que estaba a la derecha la llamó Jaquín, esto es firmeza; y a la que estaba a la izquierda, Boaz, esto es, en fortaleza (III Rey. VII; II Par. III). ¿Pues qué se entiende por la columna que está a la derecha y se llama firmeza, sino el amor de Dios; y qué por la que está a la izquierda y se llama en fortaleza, sino el amor al prójimo? Pues una cosa es la firmeza, esto es, la fortaleza misma, y otra cosa en fortaleza, ya que una cosa es amar al Señor mismo, y otra cosa amar al prójimo en Dios.

In dilectione quippe proximi mensura ponitur; Dominum vero diligere sine ulla prorsus mensura jubemur.

In vestibulo ergo templi columnam, quae firmitas vocatur, erigimus, cum in hac praesenti Ecclesia, quae coelestis illius Ecclesiae vestibulum est, Dominum totis viribus firmiter et constanter amamus. Ipsa quippe dilectio, sicut Joannes evangelista perhibet, Deus est (I Joan. IV). Et de Deo Propheta psallit: «Deus meus, et fortitudo mea (Psal. XLII).» Columnam vero, quae vocatur in robore in sinistra ejusdem vestibuli parte statuimus, cum proximum nostrum in Deo sicut nosmetipsos amamus. Ubi notandum quod Scriptura prosequitur: «Nec non et quasi catenulas in oraculo, et superposuit eas capitibus columnarum (II Par. III).» In nostrae quippe mentis oraculo capitibus columnarum catenulas superponimus, quibus scilicet utramque columnam sibimet invicem connectamus, quia nec Deum sine proximo, nec proximum vere diligimus sine Deo.

CAPUT VI.

In epistola ad A.P.P. ubi conqueritur de insolentia pravorum hominum.

De vasis, quae Hiran jussu Salomonis regis fecit in domo Domini scriptum est: «Quia in campestri regione Jordanis fudit ea rex in argillosa terra inter Sochot et Sartan (III Reg. VII).» Sochot in tabernacula vertitur, Sartan vero interpretatur tribulatio eorum, sive demolitorum aut coangustantium. Quid igitur per Sochot, quod interpretari tabernacula diximus, nisi sanctos viros accipimus, qui videlicet dicunt: «Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus? (Hebr. XIII.)» Et Petrus: «Certus sum, inquit, quod velox est depositio tabernaculi mei (II Petr. I).» Quid vero per Sartan, quae tribulatio eorum dicitur, nisi reproborum tribulantium nos persecutio designatur? Hi nimirum et demolitores et coangustantes sunt, quia dum demoliri atque destruere fidei nostrae vel boni operis aedificium tentant, duris injuriarum ac pressurarum nos calamitatibus coangustant. Vasa ergo templi, id est omnes electi funduntur in campestri regione Jordanis, id est in humilitate baptismi; inter Sochot et Sartan, id est inter justos atque perversos, ut et bonorum forma proponatur illis ad imitandum rectae conversationis exemplum, et pravorum persecutio ad cumulum illis proficiat meritorum. «Vasa quidem figuli probat fornax, et homines justos tentatio tribulationis (Eccli. XXVII).»

Ciertamente en el amor al prójimo se pone medida; pero se nos manda amar al Señor sin medida alguna en absoluto.

Erigimos, pues, en el vestíbulo del templo la columna que se llama firmeza, cuando en esta Iglesia presente, que es el vestíbulo de aquella Iglesia celestial, amamos al Señor con todas nuestras fuerzas firme y constantemente. Ciertamente ese mismo amor, como atestigua Juan el evangelista, es Dios (I Juan IV). Y de Dios canta el Profeta: «Dios mío, y mi fortaleza (Sal. XLII)». Pero establecemos la columna que se llama en fortaleza en la parte izquierda del mismo vestíbulo, cuando amamos a nuestro prójimo en Dios como a nosotros mismos. Donde hay que notar lo que la Escritura prosigue: «Y también como unas cadenillas en el oráculo, y las sobrepuso sobre las cabezas de las columnas (II Par. III)». Ciertamente en el oráculo de nuestra mente sobreponemos cadenillas a las cabezas de las columnas, con las cuales a saber conectemos ambas columnas entre sí recíprocamente, porque ni amamos a Dios sin el prójimo, ni amamos verdaderamente al prójimo sin Dios.

CAPÍTULO VI.

En la carta a A.P.P., donde se queja de la insolencia de los hombres malvados.

Sobre los vasos que Hiram hizo por mandato del rey Salomón en la casa del Señor, está escrito: «Porque en la región campestre del Jordán los fundió el rey en tierra arcillosa entre Sucot y Saretán (III Rey. VII)». Sucot se traduce en tabernáculos, mientras que Saretán se interpreta como la tribulación de ellos, o de los que demuelen o de los que estrechan. ¿Qué, pues, aceptamos por Sucot, que dijimos que se interpreta como tabernáculos, sino a los varones santos, que a saber dicen: «No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebr. XIII)»? Y Pedro: «Estoy cierto —dice— de que es veloz la deposición de mi tabernáculo (II Ped. I)». Pero ¿qué se designa por Saretán, que se llama la tribulación de ellos, sino la persecución de los réprobos que nos atribulan? Ciertamente estos son tanto demoledores como estrechadores, porque mientras intentan demoler y destruir el edificio de nuestra fe o de la buena obra, nos estrechan con las duras calamidades de las injurias y las presiones. Por tanto, los vasos del templo, esto es, todos los elegidos, se funden en la región campestre del Jordán, esto es, en la humildad del bautismo; entre Sucot y Saretán, esto es, entre los justos y los perversos, para que se les proponga la forma de los buenos para imitar el ejemplo de la recta conversación, y la persecución de los malvados les aproveche para el cúmulo de los méritos. «Los vasos del alfarero los prueba el horno, y a los hombres justos la tentación de la tribulación (Ecli. XXVII)».

In arida ergo terra templi vasa funduntur, quia mens hominis ad suscipiendum supernae gratiae munus non est congrua, nisi prius ab omni carnalis illecebrae fuerit humore siccata. Sicca quippe corda clarum harmoniae sonitum, humida reddunt obtusum. Tympanum quoque surdum sonat, si quilibet eum liquor humectat. Sic necesse est ut mens hominis a carnis voluptate sit arida, quatenus in Dei omnipotentis auribus ejus oratio sit arguta. Enimvero sicut oculus, dum solis se radiis objicit, videre frustra contendit, et cavos quidem orbes ac vacuas pupillis palpebras pandere nititur, sed splendorem quo perfunditur nullatenus intuetur, sic ad concupiscendam contemplationis lucem sese inaniter erigit, qui per saecularis vitae meritum aciem cordis amisit. Nam si quilibet ignotus cubiculum regis irrumpat eique praesens tanquam familiaris assistat, regis tamen alloquio non perfruitur, quia charus ei per anterioris notitiae gratiam non habetur, ita nos infelices et miseri, quod quidem de meis similibus loquor, saepe soli in angusta cellulae remotione consistimus, solis divinae majestatis obtutibus trementes astamus, peccatis tamen obstantibus, vel intimi splendoris igniculum, vel compunctionis gratiam non meremur. Sic itaque velut ante regis videmur astare praesentiam, sed quia per vitae rectitudinem sibi noti non sumus, collocutionis internae dulcedinem non gustamus. Sed, o dulcedo melliflua, cum Dominus in servo, et servus delectatur in Domino! Unde Psalmista: «Suavis sit, inquit, ei laudatio mea; ego vero delectabor in Domino (Psal. CIII).»

Caput VII.

In sermone de nativitate S. Mariae

«Factum est, cum exissent sacerdotes de sanctuario, nebula implebit domum Domini, et non poterant sacerdotes stare prope propter nebulam; impleverat enim gloria Domini domum Domini (III Reg. VIII).» «Quae omnia,» sicut egregius praedicator dicit, «in figura contingebant illis (I Cor. X).» Gloria quippe Domini intelligitur Christus, cujus fide repletus est mundus; de qua gloria cum pro adorato vitulo deprecaretur Dominum Moyses ut parceret populo peccatori, respondit Dominus: «Propitius ero illi; verumtamen vivo ego, et vivit nomen meum, quia implebitur gloria mea omnis terra (Num. XXIV).»

En tierra árida, pues, se funden los vasos del templo, porque la mente del hombre no es congrua para recibir el don de la gracia celestial, si antes no fuera desecada de todo el humor de la atracción carnal. Ciertamente los corazones secos devuelven un sonido claro de armonía, los húmedos uno obtuso. También el tímpano suena sordo si cualquier licor lo humedece. Así es necesario que la mente del hombre esté árida de la voluptuosidad de la carne, para que en los oídos de Dios omnipotente su oración sea aguda. Ciertamente así como el ojo, mientras se opone a los rayos del sol, intenta ver en vano, y se esfuerza por abrir orbes huecos y párpados vacíos de pupilas, pero de ninguna manera contempla el esplendor por el cual es bañado, así se levanta inútilmente a codiciar la luz de la contemplación quien por el mérito de la vida secular ha perdido la agudeza del corazón. Pues si cualquier desconocido irrumpiera en la cámara del rey y le asistiera presente como un familiar, sin embargo no disfruta del coloquio del rey, porque no se le tiene como querido por la gracia del conocimiento previo; así nosotros, infelices y míseros —lo cual digo ciertamente de los semejantes a mí— a menudo permanecemos solos en el estrecho retiro de la celda, permanecemos temblorosos ante las solas miradas de la divina majestad, pero con los pecados obstaculizando, no merecemos ni el chispazo del esplendor íntimo ni la gracia de la compunción. Así, pues, parecemos estar como ante la presencia del rey, pero porque por la rectitud de la vida no somos conocidos por él, no gustamos la dulzura de la conversación interna. ¡Pero, oh dulzura meliflua, cuando el Señor se deleita en el siervo, y el siervo se deleita en el Señor! De donde el Salmista: «Sea dulce —dice— para él mi alabanza; yo ciertamente me deleitaré en el Señor (Sal. CIII)».

Capítulo VII.

En el sermón sobre la natividad de Santa María

«Sucedió que, cuando los sacerdotes hubieron salido del santuario, una nube llenó la casa del Señor, y los sacerdotes no podían estar cerca a causa de la nube; pues la gloria del Señor había llenado la casa del Señor (III Rey. VIII)». «Todas estas cosas», como dice el egregio predicador, «les acontecían en figura (I Cor. X)». Ciertamente por la gloria del Señor se entiende a Cristo, de cuya fe está lleno el mundo; sobre cuya gloria, cuando por el becerro adorado Moisés suplicaba al Señor que perdonara al pueblo pecador, respondió el Señor: «Le seré propicio; sin embargo vivo yo, y vive mi nombre, porque toda la tierra se llenará de mi gloria (Núm. XXIV)».

Quod autem nebula implevit domum Dei, et non poterant sacerdotes ministrare propter nebulam, haec sententia superbos Judaeorum pontifices ac doctores insinuat, qui dum incarnationis Christi sacramenta investigare despiciunt, debitum fidei suae ministerium per erroris nebulam perdunt: ita enim eorum mentes infidelitatis caligo replevit, ut propriis exigentibus meritis non agnoscant cultum credulitatis. Ad illud ergo templum Dominus in nebula descendit, ut caecam Judaicae infidelitatis caliginem designaret. In hoc sic scriptum est: «In sole posuit tabernaculum suum (Psal. XVIII), ut sedentem in tenebris et umbra mortis illuminaret (Luc. I).»

Illi denique templo Deus omnipotens gloriam sui adventus contulit, sed nihil ex eo in sua natura suscepit. In beatissimae autem Virginis uterum, non solum est dignatus descendere, sed ex eo etiam perfectam sibi substantiam nostrae mortalitatis unire. Quanto igitur nostri templi major est dignitas, tanto gloriosior ejus debet esse solemnitas. Illud siquidem corpus Christi, quod beatissima Virgo genuit, quod in gremio fovit, quod fasciis cinxit, quod materna cura nutrivit, illud, inquam, absque ulla dubietate, non aliud nunc de sacro altari percipimus, et ejus sanguinem in sacramentum nostrae redemptionis haurimus. Hoc catholica fides habet, hoc sancta Ecclesia fideliter docet.

Caput VIII.

In epistola ad Agnetem reginam.

«Non erat argentum, nec ullius pretii putabatur in diebus Salomonis (III Reg. X).» Quod nimirum quomodo juxta litteram stabit, ut credi valeat tempore Salomonis argentum vel penitus non fuisse, ac propter hoc omnino de terra deletum, vel nullius, vel exilis saltem pretii constitisse. Nam si nullius erat pretii, sicut dicitur, ergo mille talenta argenti, ne unius quidem ovi poterant appendio supputari; quod sane credi, quam frivolum, quam videatur ineptum ipse revinxit textus et ordo verborum, qui postquam praemittit: «Non erat argentum, nec ullius pretii putabatur in diebus Salomonis,» praesto subjungit: «Quia classis regis per mare cum classe Hiram semel per tres annos ibat Tharsis, deferens inde aurum et argentum.» Cur enim per tot marina discrimina metallum hoc classis illa deferret, quod pretium penitus non haberet? Et paulo post dicitur: «Quia offerebantur ei vasa aurea et argentea;» deinde subinfertur: «Egrediebatur quadriga ex Aegypto sexcentis siclis argenti et equis centum quinquaginta (Ibid.).»

En cuanto a que la nube llenó la casa de Dios, y los sacerdotes no podían ministrar a causa de la nube, esta sentencia insinúa a los soberbios pontífices y doctores de los judíos, quienes mientras desprecian investigar los sacramentos de la encarnación de Cristo, pierden el debido ministerio de su fe por la nube del error: de tal manera la oscuridad de la infidelidad llenó sus mentes, que por sus propios méritos exigentes no reconocen el culto de la creencia. A aquel templo, pues, el Señor descendió en la nube, para designar la ciega oscuridad de la infidelidad judaica. En este está escrito así: «En el sol puso su tabernáculo (Sal. XVIII), para iluminar al que se sienta en tinieblas y sombra de muerte (Luc. I)».

Finalmente, Dios omnipotente confirió a aquel templo la gloria de su venida, pero nada tomó de él en su naturaleza. Pero en el útero de la beatísima Virgen, no solo se dignó descender, sino de él también unir a sí la sustancia perfecta de nuestra mortalidad. Por tanto, cuanto mayor es la dignidad de nuestro templo, tanto más gloriosa debe ser su solemnidad. Pues aquel cuerpo de Cristo, que la beatísima Virgen engendró, que en su regazo acarició, que con fajas ciñó, que con cuidado materno nutrió, aquel, digo, sin duda alguna, no es otro que el que ahora percibimos del sagrado altar, y su sangre bebemos en el sacramento de nuestra redención. Esto tiene la fe católica, esto enseña fielmente la santa Iglesia.

Capítulo VIII.

En la carta a la reina Inés.

«No había plata, ni se consideraba de precio alguno en los días de Salomón (III Rey. X)». Lo cual ciertamente cómo se sostendrá según la letra, para que pueda creerse que en tiempo de Salomón la plata o bien no existía en absoluto, y por esto fue totalmente borrada de la tierra, o que consistía en un precio nulo, o al menos exiguo. Pues si era de ningún precio, como se dice, entonces mil talentos de plata no podrían contarse ni por el peso de un solo huevo; lo cual ciertamente creerlo, cuán frívolo, cuán inepto parezca, lo refutó el mismo texto y orden de las palabras, que después de que premisa: «No había plata, ni se consideraba de precio alguno en los días de Salomón», al punto añade: «Porque la flota del rey por mar con la flota de Hiram una vez cada tres años iba a Tarsis, trayendo de allí oro y plata». ¿Pues por qué por tantos peligros marinos traería esa flota este metal, si no tuviera precio alguno? Y poco después se dice: «Porque se le ofrecían vasos de oro y plata»; luego se añade abajo: «Salía una cuadriga de Egipto por seiscientos siclos de plata, y caballos por ciento cincuenta (Ibíd.)».

Non ergo pretio carebat argentum, quo vehicula redimebantur equorum, sed argento designatur claritas ecclesiasticae praedicationis, de qua dicitur: «Eloquia Domini eloquia casta, argentum (Psal. XI).» Nullius, ut ita loquar, pretii reputabimus, nec aliquatenus erimus ejus indigi, postquam ad veri Salomonis regnum ex hac fuerimus calamitate translati; non enim tunc praedicationis indigemus eloquio, ubi datur in decore suo regem gloriae facie ad faciem cernere, quem ubique consuevimus ex ore praedicatoris audire. Sic per prophetam pollicetur Dominus, dicens: «Nemo dicet: Agnosco Dominum; omnes enim cognoscent me a maximo usque ad minimum, dicit Dominus (Jer. III, XXXI).»

Sed forte quis asserat Scripturae verba nos ad nostrum intellectum violenter inflectere, et quod Salomon de se videtur asserere ad Salvatorem perhibeat specialiter per omnia pertinere. Dicat itaque objectionis assertor qua Salomon valeat ratione competere quod quasi de se dicit: «Dominus enim dedit mihi horum quae sunt scientiam veram, ut sciam dispositionem orbis terrarum et virtutes elementorum, initium et consummationem et medietatem temporum, vicissitudinem, permutationes hominum, et quaecunque sunt absconsa et improvisa didicit (Prov. VII).» Nam, ut de caeteris interim sileamus, quomodo nosse potuit Salomon hominum cogitationes, cum ipse Deo alibi dicat: «Tu solus nosti corda omnium filiorum hominum?» (II Par. VI.) Sed et quis absconsa omnia et improvisa didicit, nisi Redemptor noster, in cujus pectore sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi (Col. II), qui profecto per humanitatem didicit quod per divinitatem naturaliter novit.

Caput IX.

In sermone de S. Antimo.

Legitur quia «Salomoni fuerunt uxores quasi reginae septingentae et concubinae trecentae (III Reg. XI).» Quid autem mihi cum gynaeceo Salomonis? Sed, excussa palea verborum, invenitur in medulla mysterium. Quid enim per septingentas, quae uxores simul et reginae memorantur, nisi illae intelliguntur animae, quae et septiformis habent gratiae Spiritum et super resultantium vitiorum motus quasi regalem obtinent principatum? Quid autem per trecentas easdemque concubinas, nisi illae animae figurantur, quae per solam S. Trinitatis fidem thalamum quidem regis ingressae sunt, sed castae conversationis et quodammodo matronalis pudicitiae munditiam non habentes, dotales uxorum tabulas non merentur? Hae nimirum et Salomoni per commercium junctae sunt, quia Salvatoris nostri veri pacifici sacramenta percipiunt, et tamen per degenerem lenocinantis vitae torporem, nec habentes uni viro pudoris affectum, ad nuptialis foederis dotalitium non assurgunt.

No carecía, pues, de precio la plata, con la cual se redimían los vehículos de los caballos, sino que por la plata se designa la claridad de la predicación eclesiástica, de la cual se dice: «Las palabras del Señor son palabras puras, plata (Sal. XI)». De ningún precio, por así decirlo, la consideraremos, ni seremos de ninguna manera indigentes de ella, después de que hayamos sido trasladados de esta calamidad al reino del verdadero Salomón; pues no necesitamos entonces el elocuio de la predicación, donde se da ver al Rey de la gloria en su belleza cara a cara, a quien en todas partes solíamos oír de la boca del predicador. Así por el profeta promete el Señor, diciendo: «Nadie dirá: Conozco al Señor; porque todos me conocerán desde el mayor hasta el mínimo, dice el Señor (Jer. III, XXXI)».

Pero tal vez alguien afirme que nosotros inclinamos violentamente las palabras de la Escritura a nuestro propio entendimiento, y que lo que Salomón parece afirmar de sí mismo, sostenga que pertenece especialmente en todo al Salvador. Diga, pues, el autor de la objeción por qué razón puede convenir a Salomón lo que dice como de sí mismo: «Pues el Señor me dio la ciencia verdadera de estas cosas que son, para que sepa la disposición del orbe de la tierra y las virtudes de los elementos, el inicio y la consumación y la mitad de los tiempos, la vicisitud, las permutaciones de los hombres, y cualesquiera cosas son ocultas e imprevistas aprendió (Prov. VII)». Pues, para callar por ahora sobre lo demás, ¿cómo pudo Salomón conocer los pensamientos de los hombres, cuando él mismo dice a Dios en otra parte: «¿Tú solo conoces los corazones de todos los hijos de los hombres?» (II Par. VI). Pero ¿quién aprendió todas las cosas ocultas e imprevistas sino nuestro Redentor, en cuyo pecho están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos (Col. II), quien ciertamente aprendió por la humanidad lo que por la divinidad conoció naturalmente.

Capítulo IX.

En el sermón sobre San Antimo.

Se lee que «Salomón tuvo esposas como reinas setecientas y concubinas trescientas (III Rey. XI)». ¿Pero qué me importa a mí el gineceo de Salomón? Pero, sacudida la paja de las palabras, se encuentra en la médula el misterio. ¿Pues qué se entiende por las setecientas, que se mencionan a la vez como esposas y reinas, sino aquellas almas que tanto tienen el Espíritu de la gracia septiforme como obtienen sobre los movimientos de los vicios resultantes una especie de principado real? ¿Pero qué se figura por las trescientas concubinas, sino aquellas almas que por la sola fe de la S. Trinidad han entrado ciertamente en el tálamo del rey, pero no teniendo la limpieza de la conversación casta y de una especie de pudor matronal, no merecen las tablas dotales de las esposas? Ciertamente estas se han unido a Salomón por el comercio, porque perciben los sacramentos de nuestro Salvador, el verdadero Pacífico, y sin embargo, por el torpor degenerado de una vida alcahueta, no teniendo el afecto del pudor hacia un solo marido, no ascienden al dotalicio del pacto nupcial.

Enimvero illae animae uxorio ac regali nomine dignae sunt, quae in solo coelestis sponsi desiderio requiescunt, quae infoederabiliter contra malignorum spirituum tentamenta confligunt. Sic de eodem Salomone Scriptura testatur, quia «alienigenas quoque tributarios fecit; de filiis autem Israel non constituit rex servire quemquam; sed erant viri bellatores, et ministri ejus, et principes, et duces, et praefecti curruum et equorum (III Reg. IX),» ubi patenter ostenditur quae inter concubinas distantia sit et reginas; quid differat inter eos qui servi peccati durae exactionis tributa persolvunt, et eos qui per sedata bella certaminum principatuum infulas sortiuntur.

Caput X.

In sermone de inventione S. crucis.

«Ait Sareptana mulier ad Eliam, ad quam ille pascendus fuerat missus a Domino: En colligo duo ligna, ut ingrediar et faciam mihi et filio meo paululum farinae atque olei quod habeo, ut comedamus et moriamur (III Reg. XVII).» Haec mulier duo liqna colligebat, quibus posset inopem sibi cibum et filio providere; sed hujus viduae farina et oleum ad proventus abundantiam benedicitur, ut charitatis fructus et hilaritatis jam tunc in sacramento Ecclesiae commendetur: «Hilarem enim datorem diligit Deus (II Cor. III).»

Vidua haec sancta erat Ecclesia, de qua dicitur: «Viduam ejus benedicens benedicam (Psal. CXXXI).» Cui licebat cuicunque vellet mortuo viro conjungi, quia, desinente lege, mox Christo, qui finis legis est, ad justitiam omni credenti (Rom. X), meruit Ecclesia copulari. Illa cibum anhelabat, qui duobus esset lignis excoctus, et sancta Ecclesia panem de coelo viventem esurit, qui in ara crucis est torridus.

Caput XI.

In sermone de inventione S. crucis.

«Ecce nubecula parva quasi vestigium hominis ascendebat de mari (III Reg. XVIII).» Quia enim non quasi homo, sed quasi vestigium hominis dicitur, recte per hoc crux, quae membris est apta Dominicis, designatur. Et bene crux vestigium hominis dicitur, quia per eam Deus homo transitum fecit, cum ad Patrem rediit. Sicut per Joannem dicitur: «Sciens Jesus quia venit ejus hora ut transeat ex hoc mundo ad Patrem (Joan. XIII).» Pascha quidem transitus dicitur. Et hic transitus per crucem factus est, sicut dicit Apostolus: «Pascha nostrum immolatus est Christus (I Cor. V).»

Ciertamente aquellas almas son dignas del nombre uxorio y real, las cuales descansan en el solo deseo del esposo celestial, las cuales luchan de manera irreconciliable contra las tentaciones de los espíritus malignos. Así de aquel mismo Salomón testifica la Escritura, que «también hizo tributarios a los extranjeros; pero de los hijos de Israel el rey no constituyó a nadie para servir; sino que eran varones guerreros, y sus ministros, y príncipes, y jefes, y prefectos de los carros y de los caballos (III Rey. IX)», donde se muestra patentemente qué distancia hay entre las concubinas y las reinas; qué diferencia hay entre aquellos que como siervos del pecado pagan los tributos de la dura exacción, y aquellos que por las guerras sosegadas de los certámenes obtienen las ínfulas de los principados.

Capítulo X.

En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

«Dijo la mujer de Sarepta a Elías, a la cual él había sido enviado por el Señor para ser alimentado: He aquí que recojo dos leños, para entrar y hacer para mí y para mi hijo un poco de harina y aceite que tengo, para que comamos y muramos (III Rey. XVII)». Esta mujer recogía dos leños, con los cuales pudiera proveerse a sí misma y a su hijo de un pobre alimento; pero la harina y el aceite de esta viuda es bendecida para la abundancia del producto, de modo que los frutos de la caridad y de la alegría ya entonces se recomienden en el sacramento de la Iglesia: «Porque Dios ama al dador alegre (II Cor. III)».

Esta viuda era la santa Iglesia, de la cual se dice: «Bendiciendo bendeciré a su viuda (Sal. CXXXI)». A la cual le era lícito unirse a quien quisiera muerto el marido, porque, cesando la ley, pronto la Iglesia mereció acoplarse a Cristo, que es el fin de la ley para la justicia a todo el que cree (Rom. X). Ella anhelaba el alimento que fuera cocido con dos leños, y la santa Iglesia tiene hambre del pan vivo del cielo, que está tostado en el ara de la cruz.

Capítulo XI.

En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

«He aquí que una nubecilla pequeña como la huella de un hombre subía del mar (III Rey. XVIII)». Pues porque se dice no como un hombre, sino como la huella de un hombre, rectamente por esto se designa la cruz, que es apta para los miembros del Señor. Y bien se llama a la cruz la huella del hombre, porque por ella el Dios-hombre hizo el tránsito cuando volvió al Padre. Como se dice por Juan: «Sabiendo Jesús que venía su hora para que pasara de este mundo al Padre (Juan XIII)». Ciertamente la Pascua se llama tránsito. Y este tránsito se hizo por la cruz, como dice el Apóstol: «Nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado (I Cor. V)».

Sicut ergo per Virginem descendit ad nostra, sic per crucem est reversus ad propria. Quod congruenter expressit illud factum sub Eliseo miraculum. Nam cum juxta Jordanem ligna caederentur, repente securis cujusdam materiam succidentis in aquam cecidit (IV Reg. VI).

Expliciunt testimonia libri tertii Regum.

213 214 INCIPIUNT CAPITULA LIBRI QUARTI REGUM. 1. Quod Eliseus aquas Jericho salis admistione sanavit. 2. De eo quod Eliseo ascendenti ad Bethel pueri illudebant dicentes: Ascende, calve, ascende, calve. 3. Obsecro, inquit Naaman Eliseo, concede mihi servo tuo, ut tollam onus duorum burdonum de terra. 4. De eo quod dum Eliseus lignum in aquam misisset, securis, quae ceciderat, ad manubrium rediit. 5. De eo quod Ezechias decem lineis per gradus horologii umbram reverti postulavit, ut esset sibi signum recuperandae salutis. Expliciunt capitula. INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI QUARTI REGUM.

Caput Primum.

In sermone de exaltatione S. Crucis.

Cum viri Jericho Eliseo conquererentur quod aquae essent pessimae, et terra sterilis: Afferte, inquit, mihi vas novum, et mittite in illud sal; deinde aquarum fonti sal illud immersit sicque aquas ab omni morte et sterilitate sanavit (IV Reg. II).» Quod nimirum, ut totum brevi sermone concludam, nihil aliud insinuat, nisi quod Verbum caro fieret et habitaret in nobis (Joan. I). Quid enim aquae nisi mundani sunt populi? quid vas novum nisi corpus Dominicum, nulla scilicet praevaricationis iniquae labe nigratum, nulla veteris hominis abusione detritum? Quid porro sal, nisi coelestis est sapientia?

Sapientia igitur Patris in corpus descendit humanum, et sic ad fertilitatem et vitalis intelligentiae dulcedinem omnium convertit fidelium mentes. Quae nimirum dulcedo tandiu latuit usque dum sal mergeretur in aquam, id est, usque dum ille penderet in cruce, qui dicit: «Salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam (Psal. LXVIII).» Ex tunc enim homo didicit quid deberet appetere, quid vitare.

Caput II.

In sermone de S. Cassiano.

Así, pues, como por la Virgen descendió a lo nuestro, así por la cruz volvió a lo suyo. Lo cual expresó congruentemente aquel milagro hecho bajo Eliseo. Pues cuando junto al Jordán se cortaban leños, de repente el hacha de uno que cortaba madera cayó al agua (IV Rey. VI).

Terminan los testimonios del libro tercero de los Reyes.

213 214 COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO CUARTO DE LOS REYES. 1. Que Eliseo sanó las aguas de Jericó por la mezcla de sal. 2. De aquello que a Eliseo que subía a Betel los niños se burlaban diciendo: Sube, calvo, sube, calvo. 3. Te ruego, dijo Naamán a Eliseo, concédeme a mí tu siervo que tome una carga de dos mulos de tierra. 4. De aquello que mientras Eliseo había enviado un leño al agua, el hacha que había caído volvió al mango. 5. De aquello que Ezequías pidió que la sombra volviera diez líneas por los grados del reloj, para que fuera para él señal de recuperar la salud. Terminan los capítulos. COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO CUARTO DE LOS REYES.

Capítulo Primero.

En el sermón sobre la exaltación de la Santa Cruz.

Cuando los hombres de Jericó se quejaban a Eliseo de que las aguas eran pésimas, y la tierra estéril: «Traedme —dijo— un vaso nuevo, y poned en él sal»; luego sumergió aquella sal en la fuente de las aguas y así sanó las aguas de toda muerte y esterilidad (IV Rey. II)». Lo cual ciertamente, para concluir todo en un breve discurso, nada más insinúa sino que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I). ¿Pues qué son las aguas sino los pueblos mundanos? ¿qué el vaso nuevo sino el cuerpo del Señor, a saber, no ennegrecido por ninguna mancha de prevaricación inicua, no desgastado por ningún abuso del hombre viejo? ¿Qué, además, es la sal, sino la sabiduría celestial?

La Sabiduría del Padre, por tanto, descendió al cuerpo humano, y así convirtió las mentes de todos los fieles a la fertilidad y a la dulzura de la inteligencia vital. Cuya dulzura ciertamente estuvo oculta tanto tiempo hasta que la sal se sumergió en el agua, esto es, hasta que aquel pendiera en la cruz, quien dice: «Sálvame, Dios, porque han entrado las aguas hasta mi alma (Sal. LXVIII)». Pues desde entonces el hombre aprendió qué debía apetecer, qué evitar.

Capítulo II.

En el sermón sobre San Casiano.

Cum Eliseus ascenderet viam quae ducit Bethel, pueri parvuli egressi de civitate illudebant ei, dicentes: «Ascende, calve, ascende, calve. Qui cum respexisset, vidit eos, et maledixit eis in nomine Domini.» Moxque Scriptura subjunxit: «Quia egressi sunt duo ursi de saltu et laceraverunt ex eis quadraginta duos pueros (IV Reg. II).»

Sane quid per Eliseum, nisi Mediator Dei et hominum debet intelligi? Quid vero per Bethel, quae domus Dei interpretatur, nisi beatitudo coelestis exprimitur? Per viam ergo quae ducit Bethel, Redemptor noster ascendebat, quando passioni appropinquabat; sicut jam in ipsa sacrosancta et mystica coena dicit discipulis: «Vado ad eum qui misit me (Joan. XVI).» Sed dum ascendit Bethel, id est, dum per sanctissimae passionis suae mysterium redire contendit ad Patrem, pueri parvi egressi de civitate illudunt ei, dicentes: «Ascende, calve, ascende, calve,» quia Judaei omni gravitatis et sapientiae pondere vacui, illaque pueritia parvuli, de qua dicitur: «Maledictus puer centum annorum (Isa. LXV),» eum ad locum, qui dicitur Calvariae, pertrahunt, atque adversus eum viperinis irrisionum et opprobriorum furiis inardescunt. Calvariae autem locus ille dicebatur a calvitiis amputatis, quia illic damnatitii decollari consueverant. Et notandum quia pueri egressi de civitate dicuntur, quoniam, sicut Apostolus ait: «Ut sanctificaret per suum sanguinem populum, extra portam passus est Dominus (Hebr. XIII).» Porro quod sequitur: «Quoniam egressi sunt duo ursi de saltu et dilaceraverunt ex eis quadraginta duos pueros,» per numerum puerorum, numerus signatur annorum; quadragesimo secundo quippe anno post Domini passionem, sicut historiae tradunt, Titus et Vespasianus, duo reges, de silvis gentium tanquam duo feroces ursi de saltu ferarum, dilaceraverunt pueros, quia venientes ad excidium Hierusalem debellaverunt in furore Judaeos.

Caput III.

In epistola ad Hildebrandum et Stephanum, ubi dicitur quomodo rationalis anima ad perfectionem veniat.

«Obsecro, inquit Naaman, concede mihi servo tuo, ut tollam onus duorum burdonum de terra (IV Reg. V).» Quid autem per allegoriam Naaman Syrus, nisi genus designat humanum? Sicut enim Naaman ante leprosus, mox ut septies aqua Jordanis abluitur, ab omni leprae squalore purgatur; ita mundanus populus septem charismata illius columbae percipiens, quae super Dominum in Jordane descendit (Matth. III; Marc. I; Luc. III; Joan. I), per sacri baptismatis lavacrum contagia deposuit peccatorum. Quid vero terra, quam Naaman postulat, nisi incarnationem significat Redemptoris?

Cuando Eliseo subía por el camino que lleva a Betel, unos niños pequeños que habían salido de la ciudad se burlaban de él, diciendo: «Sube, calvo, sube, calvo. Él, habiendo mirado atrás, los vio y los maldijo en el nombre del Señor». Y pronto la Escritura añadió: «Porque salieron dos osos del bosque y despedazaron a cuarenta y dos de los niños (IV Rey. II)».

Ciertamente, ¿qué debe entenderse por Eliseo sino el Mediador entre Dios y los hombres? ¿Y qué por Betel, que se interpreta como casa de Dios, sino la beatitud celestial expresada? Por el camino, pues, que lleva a Betel, nuestro Redentor subía cuando se acercaba a su pasión; como ya en esa misma sacrosanta y mística cena dice a los discípulos: «Voy al que me envió (Juan XVI)». Pero mientras sube a Betel, esto es, mientras por el misterio de su santísima pasión intenta volver al Padre, unos niños pequeños que han salido de la ciudad se burlan de él, diciendo: «Sube, calvo, sube, calvo», porque los judíos, vacíos de todo peso de gravedad y sabiduría, y pequeños en aquella infancia de la cual se dice: «Maldito el niño de cien años (Isa. LXV)», lo arrastran al lugar que se llama Calvario, y se encienden contra él con las furias viperinas de las burlas y los oprobios. Aquel lugar se llamaba Calvario por las calvas rapadas, porque allí solían ser decapitados los condenados. Y hay que notar que se dice que los niños han salido de la ciudad, porque, como dice el Apóstol: «Para santificar por su sangre al pueblo, padeció el Señor fuera de la puerta (Hebr. XIII)». Además, en cuanto a lo que sigue: «Porque salieron dos osos del bosque y despedazaron a cuarenta y dos de los niños», por el número de los niños se significa el número de los años; pues en el año cuadragésimo segundo después de la pasión del Señor, según transmiten las historias, Tito y Vespasiano, dos reyes, de las selvas de las naciones como dos fieros osos del bosque de las fieras, despedazaron a los niños, porque viniendo a la destrucción de Jerusalén vencieron en su furor a los judíos.

Capítulo III.

En la carta a Hildebrando y Esteban, donde se dice cómo el alma racional llega a la perfección.

«Te ruego —dijo Naamán— que me concedas a mí, tu siervo, llevar la carga de dos mulos de tierra (IV Rey. V)». ¿Qué designa Naamán el Sirio por alegoría sino al género humano? Pues así como Naamán, antes leproso, tan pronto como es lavado siete veces en el agua del Jordán, es purgado de toda la inmundicia de la lepra; así el pueblo mundano, recibiendo los siete carismas de aquella paloma que descendió sobre el Señor en el Jordán (Mat. III; Mc. I; Lc. III; Jn. I), dejó los contagios de los pecados mediante el lavatorio del sagrado bautismo. Pero ¿qué significa la tierra que Naamán solicita sino la encarnación del Redentor?

Haec est per mysterium illa repromissionis terra, quae lac et mel fluere dicitur. Lac enim 215 de carne fluit, mel de superioribus venit. Quia igitur in uno Mediatore Dei et hominum et humanitatis lac et mel divinitatis inesse cognoscitur, recte per terram lac et mel emanantem incarnationis ejus mysterium figuratur. Quod autem ex hac terra onus duorum burdonum petit, quid aliud quam duorum Apostolorum, Petri scilicet et Pauli, documenta deposcit? Unde et unus eorum dicit: «Qui operatus est Petro in apostolatum circumcisionis, operatus est et mihi inter gentes (Gal. II).» Et quia non modo apostolos, sed omnes praedicatores scientiam et operationem habere necesse est, duos in castellum, quod contra se erat, Dominus discipulos misit; atque, sicut Lucas testatur, in omnem civitatem et locum quo erat ipse venturus, geminos destinavit (Luc. X). Quod ergo Naaman in terra sancta duorum burdonum expetit sarcinam super incarnationem Dominicam genus humanum apostolicam videtur efflagitare doctrinam, ut hi sagmarii mundo terram invehant, ex qua ad offerenda sacrificia altare in conspectu Conditoris fiat. Unde filiis Israel praecipit, dicens: «Altare de terra facietis mihi (Exod. XX).» Quod autem Naaman non ob aliud terram prophetae poposcisset, nisi ut ex ea Domino altare construeret, in suis ipse verbis ostendit, cum illic praesto subjungit: «Non enim ultra faciet servus tuus holocaustum, et victimam diis alienis, nisi Domino (IV Reg. V).»

Caput IV.

In sermone de inventione S. Crucis.

«Cum filii prophetarum juxta Jordanem ligna caederent, repente securis cujusdam materiam succidentis in aquam cecidit; tunc propheta lignum in aquam misit, et mox ferrum natavit atque ad manubrium rediit (IV Reg. VI).» Quid est autem securis, nisi sapientia Dei operata per corpus? quid ferrum, nisi divinitas? quid lignum, nisi humanitas? Et recte corpus Christi lignum dicitur, quod in ligno pependit. Securis igitur juxta Jordanem arbores succidebat, quia Dei sapientia juxta fluidum mortalitatis nostrae decursum, dignata est impios Judaeos suae praedicationis austeritate corripere et velut infructuosas arbores a statu rigidae superbiae desecare. Unde et Joannes dicit: «Jam securis ad radicem arborum posita est. Omnis arbor quae non facit fructum bonum excidetur et in ignem mittetur (Matth. III; Luc. III).»

Esta es, por misterio, aquella tierra de promisión que se dice que mana leche y miel. Pues la leche fluye de la carne, la miel viene de lo superior. Por tanto, dado que en el único Mediador entre Dios y los hombres se reconoce que están presentes tanto la leche de la humanidad como la miel de la divinidad, rectamente se figura el misterio de su encarnación por la tierra que emana leche y miel. Además, en el hecho de que pide de esta tierra la carga de dos mulos, ¿qué otra cosa demanda sino las enseñanzas de los dos Apóstoles, a saber, Pedro y Pablo? De donde también uno de ellos dice: «El que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí entre las naciones (Gál. II)». Y porque es necesario que no solo los apóstoles, sino todos los predicadores tengan ciencia y operación, el Señor envió a dos discípulos a la aldea que estaba frente a ellos; y, como testifica Lucas, destinó parejas a cada ciudad y lugar adonde él mismo había de venir (Lc. X). Por tanto, en el hecho de que Naamán solicita en la tierra santa la carga de dos mulos, el género humano parece reclamar sobre la encarnación del Señor la doctrina apostólica, para que estos animales de carga lleven al mundo la tierra de la cual se haga un altar a la vista del Creador para ofrecer sacrificios. De donde manda a los hijos de Israel, diciendo: «Me haréis un altar de tierra (Éx. XX)». Pero que Naamán no había pedido la tierra del profeta por otra razón sino para construir con ella un altar al Señor, lo muestra en sus propias palabras, cuando añade allí mismo: «Pues tu siervo no hará más holocausto ni víctima a dioses ajenos, sino solo al Señor (IV Rey. V)».

Capítulo IV.

En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

«Cuando los hijos de los profetas cortaban madera junto al Jordán, de repente el hacha de uno que talaba madera cayó al agua; entonces el profeta echó madera al agua, y pronto el hierro flotó y volvió al mango (IV Rey. VI)». ¿Qué es el hacha sino la sabiduría de Dios obrada por el cuerpo? ¿qué el hierro sino la divinidad? ¿qué la madera sino la humanidad? Y rectamente el cuerpo de Cristo es llamado madera, porque colgó de la madera. El hacha, pues, talaba los árboles junto al Jordán, porque la sabiduría de Dios, junto al fluido curso de nuestra mortalidad, se dignó reprender a los impíos judíos con la austeridad de su predicación y talarlos como árboles infructuosos desde su estado de rígida soberbia. De donde también dice Juan: «Ya el hacha está puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no hace buen fruto será cortado y echado al fuego (Mat. III; Lc. III)».

Itaque dum ligna caeduntur, ferrum in aquas de manubrio cecidit, quia dum silvestres Judaeorum mentes Veritas corripit, divinitas carnem tamen non deserens ad inferni profunda cum spiritu comitante descendit. Sed lignum in aquam mittitur et ferrum redit, quia corpus Domini, quod in ligno pependerat, in sepulcro ponitur deinde ex profundis inferni spiritu redeunte surrexit. Unde notandum est et diligentissime perpendendum quia ipse Redemptor noster ante per crucem transiit, et sic humanitatem suam in paternae dexterae gloriam sublimavit. Exemplum quippe nobis exhibuit, ut unde caput praecessisse cognoscitur, per eamdem viam et membra subsequentia gradiantur.

Caput V.

In sermone de S. Bonifacio.

«Petivit rex Ezechias ut umbra decem linearum gradibus reverteretur, quibus jam in horologio descenderat (IV Reg. XX).» Quid isti gradus illius horologii, in quo rex Ezechias umbram reverti decem lineis petiit, mystice innuunt, nisi quia totidem Salvator noster gradibus ad nostrae mortalitatis ima descendit, cum ad redimendum genus humanum venit? Quasi quosdam enim gradus exhibuit, cum de coelo venit in uterum Virginis, de utero venit in praesepe, de praesepe transiit ad circumcisionem, de circumcisione ad templum, de templo ad baptismum, de baptismo ad crucem, de cruce ad mortem, de morte ad sepulcrum; postremo descendit ad infernum, ut inde sanctos erueret, quos ad coelestem gloriam calcato mortis imperio revocaret. Plane ut nos post se currere faceret, istos pro nobis gradus manifestata per carnem Veritas ad nos descendendo disposuit; et quodammodo cujusdam mystici horologii sol justitiae, Christus haec ad nos se inclinando momenta distinxit. «Qui nimirum exsultavit ut gigas ad currendam viam (Psal. XVIII);» ut nos ei ex corde diceremus: «Trahe me post te, curremus in odorem unguentorum tuorum (Cant. I).» Descenderat itaque sol emensis jam decem gradibus horologii, sed per eosdem gradus iterum rediit; quod videlicet signum esset, per quod se rex Ezechias saluti pristinae restituendum esse confideret. Enimvero nec genus humanum ad incolumitatem, quam amiserat, de sui languoris erogatione convaluit, cum dici lux vera Christus decem eos, quos enumeravimus, mystici horologii gradus ad occasum nostrum se humiliando percurrit, quanquam per umbram decem graduum et aliter supernae dispensationis possumus intelligere sacramentum. Diversitates quippe temporum quasi quaedam distinctiones sunt in horologio linearum. Soli namque justitiae, Christo, primus ad nos descensionis gradus fuit de Deo in Angelum. Unde est quod per Isaiam dicitur: «Magni consilii Angelus (Isa. IX).»

Así pues, mientras se corta la madera, el hierro cayó del mango a las aguas, porque mientras la Verdad reprende las mentes silvestres de los judíos, la divinidad, sin abandonar sin embargo la carne, descendió a las profundidades del infierno con el espíritu acompañante. Pero la madera es echada al agua y el hierro vuelve, porque el cuerpo del Señor, que había colgado de la madera, es puesto en el sepulcro y luego resucitó de las profundidades del infierno al volver el espíritu. De donde hay que notar y considerar diligentísimamente que nuestro mismo Redentor pasó antes por la cruz, y así sublimó su humanidad a la gloria de la diestra paterna. Ciertamente nos dio ejemplo para que, por donde se reconoce que la cabeza ha precedido, por el mismo camino caminen los miembros siguientes.

Capítulo V.

En el sermón sobre San Bonifacio.

«El rey Ezequías pidió que la sombra retrocediera diez grados de líneas, por los cuales ya había descendido en el reloj de sol (IV Rey. XX)». ¿Qué insinúan místicamente estos grados de aquel reloj, en el cual el rey Ezequías pidió que la sombra retrocediera diez líneas, sino que nuestro Salvador descendió a lo más profundo de nuestra mortalidad por otros tantos grados cuando vino a redimir al género humano? Pues mostró como ciertos grados cuando vino del cielo al seno de la Virgen, del seno vino al pesebre, del pesebre pasó a la circuncisión, de la circuncisión al templo, del templo al bautismo, del bautismo a la cruz, de la cruz a la muerte, de la muerte al sepulcro; finalmente descendió al infierno para rescatar de allí a los santos, a quienes, pisoteado el imperio de la muerte, devolvería a la gloria celestial. Claramente, para hacernos correr tras él, la Verdad manifestada en la carne dispuso para nosotros estos grados descendiendo hacia nosotros; y de algún modo, el Sol de justicia, Cristo, distinguió estos momentos inclinándose hacia nosotros en una suerte de reloj místico. «El cual ciertamente se regocijó como un gigante para recorrer el camino (Salm. XVIII)»; para que nosotros le dijéramos de corazón: «Atráeme en pos de ti, correremos al olor de tus perfumes (Cant. I)». Así pues, el sol había descendido habiendo recorrido ya diez grados del reloj, pero volvió de nuevo por los mismos grados; lo cual evidentemente sería una señal por la cual el rey Ezequías confiaría en que debía ser restituido a su antigua salud. En verdad, el género humano tampoco convaleció hacia la integridad que había perdido por el agotamiento de su propia flaqueza, hasta que Cristo, llamado luz verdadera, recorrió esos diez grados del reloj místico que hemos enumerado, humillándose hacia nuestro ocaso, aunque por la sombra de los diez grados podemos entender de otra manera el sacramento de la disposición suprema. Pues las diversidades de los tiempos son como ciertas disticiones de líneas en el reloj. Pues para el Sol de justicia, Cristo, el primer grado de descenso hacia nosotros fue de Dios a Ángel. De donde se dice por Isaías: «Ángel del gran consejo (Isa. IX)».

Et qui cum Jacob loquebatur Deus angelus nuncupatur. Hinc est quod per eumdem Jacob dicitur: «Dixit angelus Domini ad me in somnis: Ego sum Dominus Bethel, ubi unxisti lapidem et votum vovisti mihi (Gen. III);» nimirum ut idem ipse qui loquitur et Deus simul et angelus ostendatur. Secundus descensionis gradus fuit in patriarchis, per quos scilicet ipse Dominus unius Dei cultum ac verae fidei fundamenta constituit. Tertius in promulgatione legis, quam et ipse prius audiente populo protulit, et postmodum in lapideis tabulis proprio digito exarante descripsit. Quartus in Jesu Nave, in quo, sicut nomine, sic et opere degens, in terram repromissionis populum introduxit. Quintus fuit gradus in judicibus, per quos nimirum Israeliticam plebem et ipse regebat. Sextus in regibus Judaeorum, quia in eis principaliter ipse regnabat. Septimus in prophetis, quia per eos ipse et annuntiatus est et locutus. Octavus in pontificibus, 217 in quibus ipse, qui summus est Pontifex, veri et aeterni sui sacerdotii mysterium figuravit. Nonus autem gradus designatus est in homine. Decimus in passione. Per hos itaque decem gradus, quasi per umbram veteris testamenti, Sol justitiae, Christus, in nostrae mortalitatis descendit occasum; et per eos iter post resurrectionem suam in coelum victor ascendit omnemque illam vetustae legis umbram veritatis suae ac novae gratiae radiis illustravit, obscura revelans, clausa referans et omnia sub vel mine litterae recta denudans. Et sicut tunc sol lineatim quidem ac morose processerat, repente autem ad ortus sui est reversus originem; sic nimirum, sic signaverat Redemptor noster ea quae de incarnationis suae mysterio per longa temporum intervalla in sola resurrectionis atque ascensionis suae gloria subito patefecit.

Expliciunt testimonia de libro IV Regum.

DE LIBRO ESDRAE.

In epistola ad Cunibertum, episcopum Taurinensem.

«Quod quidam sacerdotes quaesierunt scripturam genealogiae suae. Unde, cum non invenirent, ejecti sunt de sacerdotio.»

Pium enim est credere quia quisquis, nunc peccata propria recognoscens ac deserens, a suo se ministerio humiliter reprimit, in die judicii eumdem, quo se sponte privaverat, ordinem obtinebit. Quod in libro Esdrae significari videtur, ubi sacerdotum genealogia describitur. Ibi quippe sacra narrat historia quia «quidam sacerdotum quaesierunt scripturam genealogiae suae, et quoniam reperire non potuerunt, ejecti sunt de sacerdotio (II Esdr. II).» Illi plane veraciter sacerdotes sunt qui sacerdotaliter vivunt.

Y el Dios que hablaba con Jacob es llamado ángel. De aquí es que se dice por el mismo Jacob: «Me dijo el ángel del Señor en sueños: Yo soy el Señor de Betel, donde ungiste la piedra y me hiciste un voto (Gén. III)»; ciertamente para que se muestre que el mismo que habla es a la vez Dios y ángel. El segundo grado de descenso fue en los patriarcas, por los cuales claramente el mismo Señor estableció el culto de un solo Dios y los fundamentos de la verdadera fe. El tercero en la promulgación de la ley, la cual él mismo profirió primero ante el pueblo que escuchaba, y después describió en tablas de piedra con su propio dedo escribiendo. El cuarto en Josué, en quien, viviendo tanto en nombre como en obra, introdujo al pueblo en la tierra de promisión. El quinto grado fue en los jueces, por los cuales él mismo regía al pueblo israelita. El sexto en los reyes de los judíos, porque en ellos reinaba él principalmente. El séptimo en los profetas, porque por ellos él mismo fue anunciado y habló. El octavo en los pontífices, 217 en los cuales él mismo, que es el Sumo Pontífice, figuró el misterio de su verdadero y eterno sacerdocio. El noveno grado fue designado en el hombre. El décimo en la pasión. Por estos diez grados, pues, como por la sombra del antiguo testamento, el Sol de justicia, Cristo, descendió al ocaso de nuestra mortalidad; y por ellos subió victorioso al cielo después de su resurrección e iluminó toda aquella sombra de la ley antigua con los rayos de su verdad y de su nueva gracia, revelando lo oscuro, abriendo lo cerrado y desnudando lo recto bajo el velo de la letra. Y así como entonces el sol había avanzado línea por línea y lentamente, pero de repente volvió al origen de su salida; así ciertamente había marcado nuestro Redentor las cosas que, acerca del misterio de su encarnación, manifestó súbitamente tras largos intervalos de tiempo en la sola gloria de su resurrección y ascensión.

Terminan los testimonios del cuarto libro de los Reyes.

DEL LIBRO DE ESDRAS.

En la carta a Cuniberto, obispo de Turín.

«Que ciertos sacerdotes buscaron el escrito de su genealogía. De donde, al no encontrarlo, fueron expulsados del sacerdocio».

Pues es piadoso creer que quienquiera que, reconociendo y abandonando ahora sus propios pecados, se refrena humildemente de su ministerio, obtendrá en el día del juicio el mismo orden del cual espontáneamente se había privado. Lo cual parece significarse en el libro de Esdras, donde se describe la genealogía de los sacerdotes. Allí ciertamente narra la sagrada historia que «algunos de los sacerdotes buscaron el escrito de su genealogía, y puesto que no pudieron encontrarlo, fueron expulsados del sacerdocio (II Esd. II)». Aquellos son claramente sacerdotes de verdad que viven sacerdotalmente.

Hi sacerdotalis generis lineam servant qui vitam suam Domino sacrificium offerunt ac de sacerdotali se prodire prosapia religiose vivendo testantur, dum sanctorum sacerdotum imitantur exempla, quae legunt, tunc in sacris eloquiis sacerdotum se filios recognoscunt. At hi qui carnaliter vivunt, et pravorum sequendo vestigia quasi de saecularium generatione descendunt, merito de sacerdotum projiciuntur ordine, quorum se per vitam reprobam nequeunt filios invenire. Et notandum quod illic sequitur: «Dixit Athersatha eis ut non comederent de sanctis sanctorum, donec surgeret sacerdos Dei doctus atque perfectus (Ibid.).» In qua nimirum prohibitione quid aliud per allegoriae mysterium debet intelligi, nisi ut is qui dignus est sacerdotio, percipiendis se sacramentis et sacerdotalis ordinis administratione compescat, donec Christus in judicio, qui vere Sacerdos est doctus atque perfectus exsurgat? Sicut per Psalmistam dicitur: «Terra tremuit et quievit, dum exsurgeret in judicio Deus (Psal. LXXV),» ut is, cujus terroris instinctu quilibet lapsus hic sua se dignitate sponte privaverat, eum in 218 judicio grata vice restituens ad amissi ordinis culmen attollat, dicens: «Amice, ascende superius, et tunc sit tibi gloria coram simul discumbentibus (Luc. XIV).» Sed sunt nonnulli, quod praetereundum non est, qui, juxta Apostolum, «desperantes semetipsos immunditiae tradiderunt (Ephes. IV);» nam continentiam funditus desperantes a suscepti ordinis administratione se reprimunt; sicque se delinquere velut impune confidunt, ac si servus domino suo dicat: Quia quod praecipis implere non valeo, ad hostium tuorum castra transfugio illisque me ad pugnandum contra te deditium trado; tanquam possit dominum suum placare, quod fugit, et non possit irritare, quod adversus eum in arma consurgit. Quibus ego constanter et sine ulla prorsus ambiguitate denuntio quoniam cassa se ac frivola pollicitatione decipiunt, si non exsequentes officium officio se exutos esse confidunt. Licet enim a frequentatione, vel exsecutione cesset ordo cujuslibet, vel officium in ordinato tamen nihilominus permanet ordinis sacramentum. Et sicut vir quispiam etsi cesset ab opere conjugali, nullo modo tamen absolvitur copulatione conjugii; ita clericus, etsi sui ordinis non fungatur officio, ejusdem tamen ordinis non exuitur sacramento. Cavendum est ergo illis ne super eos veniat formidolosa illa sententia, qua per Apostolum dicitur: «Impossibile est, inquit, eos, qui semel sunt illuminati, gustaverunt etiam donum coelestes, et participes sunt facti Spiritus sancti, gustaverunt nihilominus bonum Dei verbum virtutesque saeculi venturi et prolapsi sunt, rursus renovari ad poenitentiam, rursum crucifigentes in sibimetipsis Filium Dei et ostentui habentes (Hebr. VI).»

Estos conservan la línea del género sacerdotal que ofrecen su vida como sacrificio al Señor y testifican viviendo religiosamente que proceden de estirpe sacerdotal, mientras imitan los ejemplos de los santos sacerdotes que leen; entonces en las sagradas palabras se reconocen como hijos de sacerdotes. Pero aquellos que viven carnalmente, y siguiendo las huellas de los malvados descienden como de una generación de mundanos, con razón son arrojados del orden de los sacerdotes, de quienes no pueden encontrarse hijos a través de una vida réproba. Y hay que notar lo que sigue allí: «Dijo el Atarsata a ellos que no comieran de lo santo de los santos, hasta que se levantara un sacerdote de Dios docto y perfecto (Ibíd.)». En cuya prohibición, ciertamente, ¿qué otra cosa debe entenderse por el misterio de la alegoría, sino que aquel que es [in]digno del sacerdocio se contenga de recibir los sacramentos y de la administración del orden sacerdotal, hasta que Cristo, que verdaderamente es el Sacerdote docto y perfecto, se levante en el juicio? Como se dice por el Salmista: «La tierra tembló y calló, mientras se levantaba Dios en juicio (Salm. LXXV)», para que aquel que, por el instinto de cuyo terror cualquier caído aquí se había privado espontáneamente de su dignidad, restituyéndolo en 218 el juicio por un giro grato lo eleve a la cumbre del orden perdido, diciendo: «Amigo, sube más arriba, y entonces tengas gloria ante los que están a la mesa contigo (Lc. XIV)». Pero hay algunos, lo cual no debe pasarse por alto, que, según el Apóstol, «desesperanzados se entregaron a la inmundicia (Ef. IV)»; pues desesperando totalmente de la continencia se refrenan de la administración del orden recibido; y así confían en que delinquen como impunemente, como si un siervo dijera a su señor: Puesto que no soy capaz de cumplir lo que mandas, huyo a los campamentos de tus enemigos y me entrego a ellos como cautivo para luchar contra ti; como si pudiera aplacar a su señor, de quien huye, y no más bien irritarlo, en cuanto que se levanta en armas contra él. A los cuales yo denuncio constante y sin ambigüedad alguna que se engañan con una promesa vana y frívola, si no ejecutando el oficio confían en que están despojados del oficio. Pues aunque cese la frecuentación o ejecución del orden de cualquiera, sin embargo permanece en el ordenado, no obstante, el sacramento del orden. Y así como un hombre, aunque cese de la obra conyugal, de ningún modo es absuelto por ello del vínculo del matrimonio; así el clérigo, aunque no desempeñe el oficio de su orden, no es despojado sin embargo del sacramento de ese mismo orden. Deben cuidarse, pues, de que no venga sobre ellos aquella formidable sentencia que se dice por el Apóstol: «Es imposible —dice— que los que una vez fueron iluminados, gustaron también el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, gustaron no obstante la buena palabra de Dios y las virtudes del siglo venidero y han caído, vuelvan a ser renovados para la penitencia, crucificando de nuevo en sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndolo a la burla (Heb. VI)».

Ita plane videntur agere ac si Israelitarum quispiam, volens fornicari cum idolis, dicat: quia nequeo observare duram ac rigidam Dei legem, ad ritum transibo gentilem tanquam recedens a lege, non sit debitor legi et hoc modo quanquam de servata lege non sit praemio dignus, ultioni tamen de contempta non teneatur obnoxius. Sed audiamus quid talibus divina severitas in Deuteronomio dicat: «Cumque audierit quisquam verba juramenti hujus, benedicat sibi in corde suo dicens: Pax erit mihi et ambulabo in pravitate cordis mei, et assumat ebrius sitientem et Dominus ignoscat ei; sed tunc quam maxime fumus ejus fumet et zelus contra hominem illum, et sedeant supra eum omnia maledicta, quae scripta sunt in hoc volumine, et deleat nomen ejus sub coelo, et consumat eum in perditionem ex omnibus tribubus Israel juxta maledictiones, quae in libro legis hujus ac foederis continentur (Deut. XXIX).» Sed et Psalmista dicit, «Maledicti, qui declinant a mandatis tuis (Psal. CXVIII).» Et per Ezechielem Dominus ait: «Neque cogitatio mentis vestrae fiet dicentium: Erimus sicut gentes et sicut cognationes terrae, ut colamus ligna et lapides. Vivo ego, dicit Dominus Deus, quoniam in manu forti et brachio extento et in furore effuso regnabo super vos et educam vos de populis, et congregabo vos de terris in quibus dispersi estis, et subjiciam vos in sceptro meo (Ezech. XX).»

219 DE LIBRO TOBIAE.

Illud ad memoriam revoca, quod de Tobia viro justo Scriptura testatur: «Contigit, inquiens, cum una die fatigatus a sepultura, veniens domum, jactasset se juxta parietem et obdormisset, atque ex nido hirundinum dormienti illi calida stercora insiderent super oculos ejus fieretque caecus (Tob. II).» Fatigatus a sepultura, dum se velut effractis viribus projicit, lumen amittit. Illaesum quippe cordis oculum servat, quisquis in bonis operibus infatigabilis perseverat, cum vero pusillanimiter frangitur, non immerito luce privatur. Hinc enim scriptum est: «Vae his qui perdiderunt sustinentiam (Eccli. II).» Hinc Paulus ait: «Vigilate, state in fide, viriliter agite (I Cor. XVI).» Quid vero leviter volantes hirundines, nisi leves adulantium et blanda loquentium significant mores? qui dum blandiloqui sua suavitate demulcent, dum adulationis oleo caput audientis impinguant, interiores oculos, ne solita luce fruantur, excaecant. «Corripiet me, inquit, justus in misericordia et increpabit me; oleum autem peccatoris non impinguet caput me m (Psal. CXL).»

Así claramente parecen actuar como si alguno de los israelitas, queriendo fornicar con los ídolos, dijera: puesto que no puedo observar la dura y rígida ley de Dios, pasaré al rito gentil, como si alejándose de la ley no fuera deudor de la ley y de este modo, aunque por la ley guardada no sea digno de premio, no sea tenido sin embargo como responsable del castigo por la ley despreciada. Pero oigamos qué dice a tales la severidad divina en el Deuteronomio: «Y cuando alguien oyere las palabras de este juramento, se bendiga en su corazón diciendo: Habrá paz para mí y caminaré en la maldad de mi corazón, y tome el embriagado al sediento y el Señor le perdone; pero entonces sobre todo humee su humo y el celo contra aquel hombre, y se asienten sobre él todas las maldiciones que están escritas en este volumen, y borre su nombre bajo el cielo, y lo consuma en perdición de todas las tribus de Israel según las maldiciones que se contienen en el libro de esta ley y alianza (Deut. XXIX)». Pero también el Salmista dice: «Malditos los que se desvían de tus mandamientos (Salm. CXVIII)». Y por Ezequiel dice el Señor: «Ni se hará el pensamiento de vuestra mente de los que decís: Seremos como las naciones y como las familias de la tierra, para que adoremos leños y piedras. Vivo yo, dice el Señor Dios, que con mano fuerte y brazo extendido y en furor derramado reinaré sobre vosotros y os sacaré de los pueblos, y os recogeré de las tierras en las que fuisteis dispersados, y os someteré bajo mi cetro (Ez. XX)».

219 DEL LIBRO DE TOBÍAS.

Recuerda aquello que la Escritura testifica sobre Tobías, varón justo: «Sucedió —dice— que un día, fatigado de un entierro, llegando a casa, se había echado junto a la pared y se había dormido, y de un nido de golondrinas cayó estiércol caliente sobre sus ojos mientras dormía, y se quedó ciego (Tob. II)». Fatigado del entierro, mientras se tumba como con las fuerzas rotas, pierde la luz. Pues conserva ileso el ojo del corazón quienquiera que persevera infatigable en las buenas obras; pero cuando se rompe pusilánimemente, no sin razón es privado de la luz. Pues de aquí está escrito: «¡Ay de los que perdieron la paciencia! (Ecli. II)». De aquí dice Pablo: «Vigilad, estad firmes en la fe, obrad varonilmente (I Cor. XVI)». ¿Qué significan las golondrinas que vuelan ligeramente sino las costumbres ligeras de los que adulan y hablan cosas suaves? Quienes mientras los aduladores calman con su dulzura, mientras impinguen la cabeza del oyente con el aceite de la adulación, ciegan los ojos interiores para que no disfruten de la luz acostumbrada. «Me corregirá el justo con misericordia —dice— y me reprenderá; pero el aceite del pecador no impingue mi cabeza (Salm. CXL)».

Et tanquam stercus oculis ingeritur, dum lenocinantis eloquia quemlibet blanda verbositate perungunt a quibus scilicet haec saepe dicuntur: Vive, dum vivis, recrea corpus eduliis, ne si se districtius atterat, tot oppressa laboribus caro fragilis mox succumbat; persona tua excellentioribus excolatur induviis, ut ejus, quam tenes, servetur genium dignitatis; agglomeretur lateribus tuis turba clientium, ut dum te commeantium multitudo condecorat, honoris officio tunc vilescat. Sed si nobis haec diabolicae malignitatis amaritudo detegitur, tentationis ingestae caligines funditus evanescunt. Unde et illic dicitur: «Tunc sumens Tobias de felle piscis linivit oculos patri suo, moxque coepit albugo ex oculis ejus quasi membrana ovi egredi, statimque visum recepit (Tob. XI).» Fel etenim piscis est malitia Behemot, qui caput est et initium totius iniquitatis. Caecus itaque felle piscis oblinitur et protinus caecitas effugatur, quia cum amaritudo diabolicae versutiae nostris oculis ostensa proponitur, tenebrarum mox caligo 220 propellitur, et lux interior, quae velut eclipsim passa fuerat, reformatur. Et notandum quod dicitur quia prius albugo de oculis est illius egressa et sic lux illico reparata. Ille quippe in oculis gerit albuginem qui de se sanctitatis habet opinionem. Quisquis ergo recuperare vult lucem amputet a se prius affectatae aestimationis albuginem, ut se non abneget peccatorem, qui peccati vult evadere caecitatem. «Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt (Matth. V).» Isti sunt oculi, de quibus in Canticis dicitur: «Oculi tui columbarum, absque eo quod intrinsecus latet (Cant. IV).

DE LIBRO JOB.

Ex sermone de S. Georgio.

«Quis conclusit ostiis mare, quando erumpebat quasi de vulva procedens?» Et paulo post: «Circumdedi illud terminis meis, et posui vectem et ostia, et dixi: Usque huc venies et non procedes amplius, et hic confringes tumentes fluctus tuos (Job XXXVIII).» Enimvero recte per mare cor pravi hominis designatur, quod videlicet furore est turbidum, rixis amarum, elatione superbiae tumidum, caligine malitiosae fraudis obscurum. Separavit ergo tunc Deus mare et minaces fluctus ab inundatione terrae compescuit, ut terra virentes herbas et ligna pomifera germinaret ac deinde segetum fructus afferret.

Y como estiércol se introduce en los ojos cuando las elocuencias del seductor ungen a cualquiera con suave verbosidad, por quienes se dicen a menudo estas cosas: Vive mientras vives, recrea el cuerpo con manjares, no sea que si se castiga demasiado estrictamente, la carne frágil, oprimida por tantos trabajos, sucumba pronto; sea tu persona adornada con vestiduras más excelentes, para que se preserve el carácter de la dignidad que ostentas; agrúpese a tus lados una turba de clientes, para que mientras la multitud de los que pasan te condecora, no se envilezca entonces por el oficio del honor. Pero si se nos descubre esta amargura de la malignidad diabólica, las tinieblas de la tentación ingerida se desvanecen totalmente. De donde también se dice allí: «Entonces tomando Tobías de la hiel del pez, ungió los ojos a su padre, y pronto comenzó a salir de sus ojos la mancha blanca como la membrana de un huevo, e inmediatamente recuperó la vista (Tob. XI)». Pues la hiel del pez es la malicia de Behemot, que es cabeza y principio de toda iniquidad. Así el ciego es ungido con la hiel del pez y enseguida la ceguera es ahuyentada, porque cuando la amargura de la astucia diabólica se propone mostrada ante nuestros ojos, la calina de las tinieblas 220 es pronto expulsada, y la luz interior, que había sufrido como un eclipse, se reforma. Y hay que notar que se dice que primero salió la mancha blanca de sus ojos y así la luz fue reparada al instante. Pues lleva la mancha blanca en los ojos aquel que tiene opinión de santidad sobre sí mismo. Quienquiera, pues, que quiera recuperar la luz, ampute de sí primero la mancha blanca de la estimación afectada, para que no se niegue pecador aquel que quiere escapar de la ceguera del pecado. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V)». Estos son los ojos de los cuales se dice en el Cantar: «Tus ojos son de palomas, además de lo que late intrínsecamente (Cant. IV)».

DEL LIBRO DE JOB.

Del sermón sobre San Jorge.

¿Quién cerró el mar con puertas, cuando irrumpía como saliendo de la matriz? Y poco después: «Lo rodeé con mis términos, y puse cerrojo y puertas, y dije: Hasta aquí vendrás y no pasarás más adelante, y aquí romperás tus hinchadas olas (Job XXXVIII)». En verdad, rectamente se designa por el mar el corazón del hombre malvado, el cual ciertamente está turbio por el furor, amargo por las riñas, hinchado por la elación de la soberbia, oscuro por la calina del fraude malicioso. Separó, pues, entonces Dios el mar y refrenó las olas amenazantes de la inundación de la tierra, para que la tierra germinara hierbas verdes y leños frutales y luego diera los frutos de las mieses.

Separat etiam nunc ab electis suis reproborum turbines persequentium et quasi furentes coercet impetus tempestatum; quod etsi furere usque ad infigenda corporibus tormenta concedit, ne tamen animas, laedant invicta eos atque pervigili brachii sui protectione custodit quodammodo dicens mari: «Hucusque venies, et non procedes amplius, et hic confringes tumentes fluctus tuos.» Ac si patenter dicat: Usque ad inferenda corporibus te tormenta relaxo; ne autem usque ad animam cumulis intumescentibus profluas, legis meae tibi littus oppono, ut dum furori fluctuum tuorum littus objicitur, terra cordis ad proferenda fructuum germina libera relinquatur.

INCIPIUNT CAPITULA DE LIBRO PSALMORUM.

1. De impio exaltato et depresso. 2. De impiis positis sicut oves in inferno. 3. Deus meus, ostende mihi bona super inimicos meos; ne occidas eos, ne obliviscantur legis tuae. 4. De holocaustis medullatis. 5. Non me demergat tempestas aquae, etc. 6. De reproborum exaltatione. 7. Filii Ephrem intendentes arcum. 8. Montes excelsi cervis, petra refugium herinaciis. 9. De eo quod dicitur: Ego dixi in excessu mentis meae: Omnis homo mendax. 10. De eo quod dicitur: Fiat manus tua, ut salvum me faciat. 11. Sicut unguentum in capite quod descendit, etc. 12. Non declines cor meum in verbum malum.

Expliciunt capitula.

221 222 INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI PSALMORUM.

CAPUT PRIMUM. In epistola ad Desiderium abbatem, ubi super Dei omnipotentia disputatur.

«Vidi impium superexaltatum, et elevatum super cedros Libani; transivi, et ecce non erat (Psal. XXXVI).» Adhuc fortassis epulabatur ille splendide, fulciebatur cuneis obsequentium, ambiebatur agminibus bellatorum, quem Propheta superexaltatum et elevatum vidit; moxque ad contemplandum summa pertransiens, quem magnum aliquid forte crediderat, nihil esse cognovit tunc gestum. Tunc enim et cum divitiis intumescunt, cum se super alios arroganter extollunt, cum denique inferiores per tyrannidis violentiam opprimunt, tunc, inquam, eo verius nihil sunt, quo ab eo qui vere et summe est procul sunt.

Caput II.

In epistola ad Hermisindim.

Separa también ahora de sus elegidos los torbellinos de los réprobos perseguidores y cohíbe como furiosos los ímpetus de las tempestades; lo cual, aunque permita enfurecerse hasta infligir tormentos a los cuerpos, para que no dañen sin embargo a las almas, los custodia con la protección invicta y vigilante de su brazo, diciendo de algún modo al mar: «Hasta aquí vendrás, y no pasarás más adelante, y aquí romperás tus hinchadas olas». Como si dijera patentemente: Hasta el infligir tormentos a los cuerpos te relajo; pero para que no fluyas con montones hinchados hasta el alma, te opongo el litoral de mi ley, para que mientras se opone el litoral al furor de tus olas, la tierra del corazón quede libre para producir los brotes de los frutos.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS SOBRE EL LIBRO DE LOS SALMOS.

1. Sobre el impío exaltado y abatido. 2. Sobre los impíos puestos como ovejas en el infierno. 3. Dios mío, muéstrame bienes sobre mis enemigos; no los mates, para que no se olviden de tu ley. 4. Sobre los holocaustos medulares. 5. No me sumerja la tempestad de agua, etc. 6. Sobre la exaltación de los réprobos. 7. Los hijos de Efraín que tensan el arco. 8. Los montes excelsos para los ciervos, la piedra es refugio para los erizos. 9. Sobre aquello que se dice: Yo dije en el exceso de mi mente: Todo hombre es mentiroso. 10. Sobre aquello que se dice: Hágase tu mano, para que me salve. 11. Como el ungüento en la cabeza que desciende, etc. 12. No inclines mi corazón a palabra mala.

Terminan los capítulos.

221 222 COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS SALMOS.

CAPÍTULO PRIMERO. En la epístola al abad Desiderio, donde se disputa sobre la omnipotencia de Dios.

«Vi al impío sobreexaltado, y elevado sobre los cedros del Líbano; pasé, y he aquí que no estaba (Sal. XXXVI)». Quizás todavía banqueteaba espléndidamente, se apoyaba en falanges de subordinados, era rodeado por escuadrones de guerreros, aquel a quien el Profeta vio sobreexaltado y elevado; y pronto pasando a contemplar las cosas supremas, conoció que lo que tal vez había creído ser algo grande, no era nada en lo que entonces sucedía. Pues entonces también cuando se hinchan con las riquezas, cuando se ensalzan arrogantemente sobre los otros, cuando finalmente oprimen a los inferiores por la violencia de la tiranía, entonces, digo, son tanto más verdaderamente nada, cuanto más lejos están de aquel que verdadera y sumamente ES.

Capítulo II.

En la epístola a Hermisindis.

«Sicut oves in inferno positi sunt, et mors depascet eos (Psal. XLVIII).» Oves habet Christus, quas ad amoena virentia caulis coelestibus introducat; oves habet et ille leo rugiens, quas insatiabili cruentus ore deglutiat. Qui bene mors dicitur, quia, cum sit auctor mortis, ad inferendum nobis interitum crudeliter efferatur: unde Joannes: «Et ecce equus pallidus, et qui sedebat super eum, nomen illi Mors (Apoc. VI).»

Caput III.

In epistola ad Desiderium abbatem, ubi dicit quod majori sit dignus honore qui dignitatem projicit quam qui in ea manet.

«Deus, Deus meus, ostende mihi bona super inimicos meos; ne occidas eos, ne obliviscantur legis tuae (Psal. LVIII).» Provida quippe Redemptoris nostri dispensatione divinitus agitur, ut quasi ad servandam legis domum Judaeorum reliquiae reserventur; ut ipsi quodammodo nostri sint scriniarii et libros coelestis eloquii in eadem, in qua conditi sunt lingua, ubique terrarum ferant, quatenus ipsi, qui nobis inimici sunt, si quando scrupulus dubietatis emerserit, omne nobis ambiguum tollant. Unde per Psalmistam dicitur: Deus meus, ostende mihi bona inter inimicos meos, ne obliviscantur legis tuae.» Hebraica quippe lingua, quae toto orbe dispergitur, multum Christianae fidei auctoritas adjuvatur. Nam nisi illud accederet testimonium quod apud nos scribitur, quodammodo putari posset esse figmentum. Sed cum illud testimonium adhibetur, illico dubietas tollitur. Unde et illic apte subjungitur: «Disperge illos (Psal. LVIII);» dissemina per toutum mundum eos qui superfuerint de populo Judaeorum, ut ipsi de veteribus libris testimonium perhibeant novae fidei veritati.

Caput IV.

In libro de contemptu saeculi.

«Holocausta medullata offeram tibi cum incenso et arietibus (Psal. LXV).» David autem pro magno munere medullata se Deo sacrificia oblaturum esse pollicetur, dicens: «Holocausta medullata offeram tibi cum incenso et arietibus.» Imprimis itaque sciendum quia nequaquam Deus hostiarum pelles, sed interiora potius viscerum cum ipsis quoque medullis in sacrificio sibimet mandat offerri. Unde in ostendendo ipso sacrificiorum ritu, Moyses praecipit, dicens: «Subtracta pelle hostiae artus in frusta concidat (Levit. I).»

«Como ovejas han sido puestos en el infierno, y la muerte los pastoreará (Sal. XLVIII)». Cristo tiene ovejas, a las cuales introduzca en los amenos verdales en los apriscos celestiales; también aquel león rugiente tiene ovejas, a las cuales devore sangriento con boca insaciable. El cual bien es llamado muerte, porque, siendo el autor de la muerte, se enfurece cruelmente para inferirnos el exterminio: de donde dice Juan: «Y he aquí un caballo pálido, y el que se sentaba sobre él, su nombre es Muerte (Apoc. VI)».

Capítulo III.

En la epístola al abad Desiderio, donde dice que es digno de mayor honor el que arroja la dignidad que el que permanece en ella.

«Dios, Dios mío, muéstrame bienes sobre mis enemigos; no los mates, para que no se olviden de tu ley (Sal. LVIII)». Ciertamente, por la próvida dispensación de nuestro Redentor se actúa divinamente para que, como para guardar la casa de la ley, se reserven las reliquias de los judíos; para que ellos mismos sean en cierto modo nuestros archiveros (scriniarii) y lleven por todas las tierras los libros de la elocuencia celestial en la misma lengua en que fueron compuestos, a fin de que ellos mismos, que nos son enemigos, si alguna vez surgiera un escrúpulo de duda, nos quiten toda ambigüedad. De donde se dice por el Salmista: Dios mío, muéstrame bienes entre mis enemigos, para que no se olviden de tu ley». Pues por la lengua hebrea, que se dispersa por todo el orbe, se ayuda mucho a la autoridad de la fe cristiana. Pues si no se añadiera aquel testimonio que se escribe entre nosotros, en cierto modo podría pensarse que es una ficción. Pero cuando se aduce aquel testimonio, al instante se quita la duda. De donde también allí se añade aptamente: «Dispérsalos (Sal. LVIII)»; disemina por todo el mundo a los que hayan quedado del pueblo de los judíos, para que ellos mismos den testimonio de los libros antiguos a la verdad de la nueva fe.

Capítulo IV.

En el libro sobre el desprecio del mundo.

«Te ofreceré holocaustos medulares con incienso y carneros (Sal. LXV)». Pues David promete que ha de ofrecer a Dios sacrificios medulares como un gran don, diciendo: «Te ofreceré holocaustos medulares con incienso y carneros». Por lo tanto, en primer lugar se debe saber que de ningún modo manda Dios que se le ofrezcan en sacrificio las pieles de las víctimas, sino más bien lo interior de las vísceras con las médulas mismas también. De donde, al mostrar el rito mismo de los sacrificios, Moisés prescribe, diciendo: «Retirada la piel de la víctima, corte los miembros en trozos (Lev. I)».

Quisquis sane semper negotiorum saecularium exercitia delectabiliter fundit, holocausti sui medullas cum visceribus subtrahit et solam victimae pellem Deo, cui offerri prohibetur, adolere contendit. Qui vero suave Deo sacrificium offerre desiderat, recessus petat, interiora sectetur, animam suam integram illibatamque in propria virginitate custodiat, ne discurrendo per lupanaria saeculi immundis corruptoribus, prostibuli more, substernat. Ut ergo interni Sponsi conspectui placeat, non se fucis pompae saecularis obducat, sed omnes mentis suae sensus immortalis unguine castitatis obliniat, ne in mortem per incontinentiam corruens in fetore luxuriae computrescat. In conclavi igitur sanctae Ecclesiae anima se pudica concludat sicque in aeterni Regis thalamo jugiter requiescat.

Caput V.

Ad Alexandrum papam, de canonicis.

«Non me demergat tempestas aquae, neque absorbeat me puteus, neque urgeat super me puteus os suum (Psal. LXVIII).» Cum peccat homo, quasi in puteum labitur; cum vero peccata defendit, os putei super eum, ne pateat egressus, urgetur. Corruit ergo in puteum homo, cum peccat; claudit vero sibimet os putei, dum excusat. Ex hac porro defensione, vel excusatione crimen haeresis nascitur. Haeresis enim interpretatur electio, et dum quod elegit quis defendere nititur relicto veritatis tramite, quia per abrupta perversi dogmatis rapitur, in haeresim necesse est prolabatur. Hoc autem inter peccatorem et haereticum distat, quia peccator est qui delinquit, haereticus autem qui peccatum per pravum dogma defendit.

Caput VI.

Ad Desiderium abbatem, ubi de Dei omnipotentia disputatur.

«Dejecistis eos, dum allevarentur (Psal. LXXII).» Dum de reproborum sese extollentium dejectione Propheta narraret, non ait: Postquam allevati sunt, dejecisti eos, Domine; sed, «dum allevarentur,» quia per hoc inanescunt, per quod intumescunt; inde corruunt, unde sublimes fiunt.

Caput VII.

In sermone de S. Anastasio.

Quienquiera ciertamente que siempre vierte deleitablemente los ejercicios de los negocios seculares, retrae las médulas de su holocausto con las vísceras y pretende quemar a Dios solo la piel de la víctima, la cual se prohíbe ofrecerle. Pero el que desea ofrecer a Dios un sacrificio suave, busque los retiros, siga las cosas interiores, custodie su alma íntegra e ilesa en su propia virginidad, para que, discurriendo por los lupanares del mundo, al modo de un prostíbulo, no la someta a los inmundos corruptores. Para que, pues, agrade a la vista del Esposo interno, no se cubra con los afeites de la pompa secular, sino que unja todos los sentidos de su mente con el ungüento de la inmortal castidad, para que, cayendo en la muerte por la incontinencia, no se pudra en el hedor de la lujuria. Por lo tanto, en el cónclave de la santa Iglesia se encierre el alma púdica y así descanse continuamente en el tálamo del Rey eterno.

Capítulo V.

Al papa Alejandro, sobre los canónigos.

«No me sumerja la tempestad de agua, ni me absorba el pozo, ni apriete el pozo su boca sobre mí (Sal. LXVIII)». Cuando el hombre peca, cae como en un pozo; pero cuando defiende sus pecados, la boca del pozo se aprieta sobre él, para que no quede abierta la salida. Cae, pues, en el pozo el hombre cuando peca; pero se cierra a sí mismo la boca del pozo mientras se excusa. Además, de esta defensa o excusa nace el crimen de la herejía. Pues la herejía se interpreta como elección (electio), y mientras alguien se esfuerza por defender lo que eligió, abandonada la senda de la verdad, porque es arrastrado por los abismos del dogma perverso, es necesario que caiga en la herejía. Pero esto dista entre el pecador y el herético: porque pecador es el que delinque, pero herético es el que defiende el pecado por medio de un dogma depravado.

Capítulo VI.

Al abad Desiderio, donde se disputa sobre la omnipotencia de Dios.

«Los derribaste, mientras eran elevados (Sal. LXXII)». Mientras el Profeta narraba el derribo de los réprobos que se ensalzan a sí mismos, no dijo: Después que fueron elevados, los derribaste, Señor; sino, «mientras eran elevados», porque por aquello se vacían por lo cual se hinchan; de allí caen, de donde se hacen sublimes.

Capítulo VII.

En el sermón sobre San Anastasio.

De quibusdam magna praedicantibus, sed desidiose viventibus per Prophetam dicitur: «Filii Ephrem, intendentes arcum et mittentes sagittas suas, conversi sunt in die belli (Psal. LXXVII).» Qui enim adversus vitiorum tentationes ad conflictum alios provocant, sed confligere ipsi sub ignobili desidiae languore detrectant, hi nimirum sagittas quidem dirigunt, sed post terga conversi consummatae victoryae titulos non merentur, nec eis prodest quod bene coeperant, quia non usque ad finem magnanimiter perseverant. Unde et de illis protinus sequitur: «Non custodierunt testamentum Dei, et in lege ejus noluerunt ambulare (Ibid.).» Ac si diceret: Susceperunt quidem testamentum, sed non custodierunt; posuerunt in lege pedem per initium sed non tenuerunt perseverantiae egressum. Quisquis ergo ad spirituale certamen alios provocat, quisquis ad fortiter agendum proximorum mentes instigat, debet utique vita concordare cum lingua, ne, dum aliis proponit excelsa, ipse contentus imis prematur inertia. Hinc est quod in lege praecipitur: «Non habebis in sacculo diversa pondera, majus et minus; nec erit in domo tua modius major et minor; pondus habebis justum, et modius aequalis et verus erit tibi (Deut. XXV).»

Caput VIII.

In epistola ad Blancam comitissam.

«Montes excelsi cervis, petra refugium herinaciis (Psal. CIII).» Quid enim hoc loco per montes, nisi altae Scripturarum intelligendae sunt profunditates? Hi nimirum qui jam dare contemplationis saltus noverunt, altos sententiarum divinarum vertices quasi cacumina montana conscendunt, ad quae profecto cacumina quia infirmi pertingere nequeunt, recte illic subditur: «Petra refugium herinaciis:» quia videlicet invalidos quosque non intelligentia sublimis exercet, sed sola in Christo fides humiliter continet.

Caput IX.

Ad Desiderium abbatem, ubi excessum suum excusat.

«Ego dixi in excessu mentis meae: Omnis homo mendax (Psal. CXV).» Cui nimirum responderi potest: Si omnis, et tu; falsaque jam erit sententia, quam mendax ipse protulisti. Si vero ipse non mendax, vera jam sententia non erit, quia, dum tu es verax, non omnis homo cognoscitur esse mendax. Verum ne ad instar gentilium scripturarum, sacra quoque Scriptura calumniae pateat, sed ipsa se propria potius auctoritate defendat, notandum est quod praemittitur: «Ego dixi in excessu mentis meae.»

Sobre algunos que predican grandes cosas, pero viven ociosamente, se dice por el Profeta: «Los hijos de Efraín, que tensan el arco y lanzan sus saetas, se volvieron en el día de la batalla (Sal. LXXVII)». Pues quienes provocan a otros al conflicto contra las tentaciones de los vicios, pero ellos mismos rehúsan combatir bajo el innoble lánguido de la desidia, estos ciertamente dirigen saetas, pero habiéndose vuelto de espaldas no merecen los títulos de la victoria consumada, ni les aprovecha el que hubieran comenzado bien, porque no perseveran magnánimamente hasta el fin. De donde también sobre ellos sigue inmediatamente: «No guardaron el pacto de Dios, y en su ley no quisieron caminar (Ibíd.)». Como si dijera: Recibieron ciertamente el pacto, pero no lo guardaron; pusieron el pie en la ley por el inicio pero no mantuvieron el camino de la perseverancia. Quienquiera, pues, que provoca a otros al certamen espiritual, quienquiera que instiga las mentes de los prójimos a actuar valientemente, debe por todos los medios concordar la vida con la lengua, para que, mientras propone cosas excelsas a otros, él mismo contento con las ínfimas sea oprimido por la inercia. De aquí es que se preceptúa en la ley: «No tendrás en el saco diversos pesos, mayor y menor; ni habrá en tu casa un modio mayor y menor; tendrás un peso justo, y el modio será igual y verdadero para ti (Deut. XXV)».

Capítulo VIII.

En la epístola a la condesa Blanca.

«Los montes excelsos para los ciervos, la piedra es refugio para los erizos (Sal. CIII)». Pues ¿qué se ha de entender en este lugar por los montes, sino las altas profundidades de las Escrituras? Estos ciertamente que ya saben dar saltos de contemplación, ascienden a los altos vértices de las sentencias divinas como a cimas montañosas, a las cuales cimas, porque los débiles no pueden llegar, rectamente se añade allí: «La piedra es refugio para los erizos»: porque ciertamente la inteligencia sublime no ejercita a ninguno de los inválidos, sino que la sola fe en Cristo los contiene humildemente.

Capítulo IX.

Al abad Desiderio, donde excusa su exceso.

«Yo dije en el exceso de mi mente: Todo hombre es mentiroso (Sal. CXV)». A lo cual ciertamente se puede responder: Si todo hombre lo es, tú también; y ya será falsa la sentencia que tú mismo, siendo mentiroso, proferiste. Pero si tú mismo no eres mentiroso, ya no será verdadera la sentencia, porque, mientras tú eres veraz, no se conoce que todo hombre sea mentiroso. Pero para que la sagrada Escritura no esté expuesta a la calumnia a semejanza de las escrituras de los gentiles, sino que ella misma se defienda más bien por su propia autoridad, hay que notar lo que se antepone: «Yo dije en el exceso de mi mente».

Per excessum igitur mentis et semetipsum transiit, cum de qualitate hominis definivit, ac si perspicue dicat: De falsitate omnium hominum inde veram sententiam protuli, unde ego ipse super hominem fui. In tantum vero et ipse mendax, in quantum homo; in tantum autem omnino non mendax, in quantum excessum mentis super hominem ad summa contemplanda conscendi.

Caput X.

In sermo de S. Columba.

«Fiat manus tua, ut salvet me (Psal. CXVIII),» ac si diceret: Fiat ille, per quem facta sunt omnia, ut dum ille creatur, creatura a reatus sui contagio liberetur.

Caput XI.

In sermone de S. Christophoro.

«Sicut unguentum in capite, quod descendit in barbam, barbam Aaron; quod descendit in oram vestimenti ejus (Psal. CXXXII).» Unguentum scilicet in capite, Spiritus sanctus est in Salvatore, qui nimirum per Aaron mystice designatur, qui mons fortitudinis dicitur. Cum igitur Aaron mons sit fortitudinis, barba quoque signum est virilitatis. Hujus ergo Aaron barba sancti apostoli sunt, qui virilitatis suae robore, quod de sancti Spiritus unctione conceperant, omnia furentium persecutorum bella vicerunt et mundi principem tanquam leonem adversus oves Christi immaniter rugientem cum gloria triumpharunt. Unde Petrus: «Cui resistite, inquit, fortes in fide (I Petr. V).» Paulus etiam dicit: «Arma militiae nostrae non carnalia, sed potentia Deo sunt, ad destructionem munitionum consilia corporis destruentes et omnem altitudinem extollentem se adversum scientiam Dei, et in captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi (II Cor. X).» Ab hac ergo barba summi pontificis Aaron unguentum in ora vestimenti ejus instillat, quia per beatos apostolos, consequenter et sanctos martyres ac deinceps totam simul Ecclesiam fluentum sancti Spiritus irrigat.

Caput XII.

In epistola ad Alexandrum papam, de auferenda proprietate canonicis.

Por el exceso de la mente, pues, pasó también sobre sí mismo cuando definió sobre la cualidad del hombre, como si dijera claramente: Proferí una sentencia verdadera sobre la falsedad de todos los hombres desde donde yo mismo estuve por encima del hombre. En tanto, pues, también él mismo es mentiroso, en cuanto es hombre; pero en tanto no es en absoluto mentiroso, en cuanto ascendí por el exceso de la mente por encima del hombre para contemplar las cosas supremas.

Capítulo X.

En el sermón sobre Santa Columba.

«Hágase tu mano, para que me salve (Sal. CXVIII)», como si dijera: Hágase aquel por quien todas las cosas fueron hechas, para que mientras Él es creado, la criatura sea librada del contagio de su propia culpa.

Capítulo XI.

En el sermón sobre San Cristóbal.

«Como el ungüento en la cabeza, que desciende a la barba, la barba de Aarón; que desciende hasta el borde de su vestidura (Sal. CXXXII)». El ungüento en la cabeza, a saber, es el Espíritu Santo en el Salvador, quien ciertamente es designado místicamente por Aarón, que es llamado monte de fortaleza. Siendo, pues, Aarón el monte de fortaleza, la barba también es signo de virilidad (*virilitatis*). La barba de este Aarón, por tanto, son los santos apóstoles, quienes por el robusto vigor de su virilidad, que habían concebido de la unción del Espíritu Santo, vencieron todas las guerras de los furiosos perseguidores y triunfaron con gloria sobre el príncipe del mundo como un león que ruge ferozmente contra las ovejas de Cristo. De donde Pedro: «Al cual resistid —dice—, fuertes en la fe (I Pe. V)». Pablo también dice: «Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios, para la destrucción de las fortalezas, destruyendo los consejos del cuerpo y toda altitud que se levanta contra la ciencia de Dios, y reduciendo a cautiverio todo entendimiento en obsequio de Cristo (II Cor. X)». De esta barba, pues, del sumo pontífice Aarón, el ungüento destila sobre el borde de su vestidura, porque a través de los bienaventurados apóstoles, y consecuentemente de los santos mártires y luego de toda la Iglesia a la vez, el flujo del Espíritu Santo irriga.

Capítulo XII.

En la epístola al papa Alejandro, sobre quitar la propiedad a los canónigos.

Quantum ad nostrae intelligentiae modulum, nullum in humano genere malum perniciosioris est criminis quam defensio pravitatis. Unde David ait: «Non declines cor meum in verbum malum, ad excusandas excusationes in peccatis (Psal. CXL).» Offensio quippe Dei meretur iram; excusatio provocat ad vindictam. Hoc plane vitium, sicut ex radice humani generis prodiit, quotidie pullulat et tanquam erumpentes arboris ramos germinare non cessat. Consultus enim Adam cur ex interdicto pomo comederit: «Mulier, inquit, quam dedisti mihi sociam, dedit mihi de ligno, et comedi (Gen. III);» mulier etiam cur hoc fecerit, inquisita: «Serpens, ait, decepit me, et comedi (Ibid.).» Ac si 225 uterque in Conditorem oblique crimen intorqueat eumque, a quo redarguuntur, incessant, dicentes: Non nobis, sed tibi procul dubio debet hic reatus ascribi, qui et conjugem viro junxisti et serpentem in paradiso inter homines 226 vivere decrevisti. Quorum utriusque tanquam primischolus ille discipulus erat, qui de Abel Domino requirenti respondit: «Nunquid custos fratris mei sum ego?» (Gen. IV.)

Expliciunt testimonia de Psalterio.

INCIPIUNT CAPITULA DE LIBRO PROVERBIORUM. 1. De muliere, quae dicitur aliena. 2. De muliere bona. 3. Sapientia immolavit victimas suas, miscuit vinum et proposuit mensam. 4. De utriusque mulieris differentia. 5. Diligenter exerce agrum tuum, ut postea aedifices domum tuam. 6. De malis praedicatoribus. 7. Sicut qui mittit lapidem in acervum Mercurii, ita qui tribuit insipienti honorem. 8. Sanguisugae duae sunt filiae, dicentes: Affer, affer.

Expliciunt capitula.

INCIPIUNT TESTIMONIA PROVERBIORUM.

CAPUT PRIMUM. In epistola ad Cincium praefectum.

«Prudentia servabit te, ut eruaris a muliere aliena, et ab extranea quae mollit sermones suos.» Et post pauca: «Omnes qui ingrediuntur ad eam non revertentur, nec apprehendent semitas vitae (Prov. II).» Quae est autem meretrix, vel mulier aliena, cujus nobis prohibetur accessus, nisi vita saecularis, vita carnalis atque terrena, in cujus miseri homines se oblectamenta projiciunt, in cujus se captiosa jucunditate resolvunt ac adulterinis in eam, ut ita fatear, amplexibus immergunt?

Caput II.

In eadem epistola.

En cuanto al módulo de nuestra inteligencia, ningún mal en el género humano es de un crimen más pernicioso que la defensa de la depravación (*pravitatis*). De donde dice David: «No inclines mi corazón a palabra de malicia, para excusar excusas en los pecados (Sal. CXL)». Pues la ofensa de Dios merece la ira; la excusa provoca a la venganza. Este vicio, ciertamente, así como brotó de la raíz del género humano, diariamente brota y no cesa de germinar como ramas de árbol que irrumpen. Pues consultado Adán por qué comió del fruto prohibido: «La mujer —dijo—, que me diste por compañera, me dio del árbol, y comí (Gén. III)»; también la mujer, interrogada por qué hizo esto: «La serpiente —dijo— me engañó, y comí (Ibíd.)». Como si ambos retorcieran oblicuamente el crimen hacia el Creador y lo increparan a Él, por quien son redargüidos, diciendo: No a nosotros, sino a Ti sin duda debe adscribirse esta culpa, que uniste la cónyuge al varón y decretaste que la serpiente viviera entre los hombres en el paraíso. De ambos era como discípulo aventajado (*primischolus*) aquel que respondió al Señor que preguntaba por Abel: «¿Acaso soy yo el guardian de mi hermano?» (Gén. IV.)

Terminan los testimonios del Salterio.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LOS PROVERBIOS. 1. De la mujer, que es llamada ajena. 2. De la mujer buena. 3. La Sabiduría inmoló sus víctimas, mezcló su vino y propuso su mesa. 4. De la diferencia de ambas mujeres. 5. Ejercita diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa. 6. De los malos predicadores. 7. Como quien arroja una piedra al montón de Mercurio, así es quien atribuye honor al necio. 8. La sanguijuela tiene dos hijas que dicen: Trae, trae.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DE LOS PROVERBIOS.

CAPÍTULO PRIMERO. En la epístola al prefecto Cincio.

«La prudencia te guardará, para que seas librado de la mujer ajena, y de la extraña que suaviza sus palabras». Y poco después: «Todos los que entran a ella no volverán, ni aprehenderán las sendas de la vida (Prov. II)». ¿Pero quién es la meretriz, o la mujer ajena, cuyo acceso se nos prohíbe, sino la vida secular, la vida carnal y terrena, en cuyos deleites los hombres miserables se arrojan, en cuya engañosa jovialidad se disuelven y se sumergen, por así decirlo, en abrazos adulterinos con ella?

Capítulo II.

En la misma epístola.

De bona vero muliere audi quid idem Salomon dicat: «Sit vena tua benedicta, et laetare cum muliere adolescentiae tuae (Prov. V).» Mulier enim adolescentiae nostrae, sancta procul dubio est vita, cui scilicet ex tunc jam quasi per arrham et sponsionem conjuncti sumus, cum abrenuntiaturos nos diabolo et omnibus pompis ejus in baptismo promisimus. Ubi mox subditur: «Cerva charissima et gratissimus hinnulus, ubera ejus inebrient te omni tempore et in amore illius delectare jugiter (Ibid.).» Quid per cervam, quae montium celsa conscendit, nisi sancta designatur Ecclesia, quae sese in amore coelestis patriae attollit? Quid cervae istius ubera, nisi duo significant Testamenta? His uberibus inebriamur, cum de sacrae Scripturae fluentis infundimur et spiritualis sapientiae potum sitientes haurimus. In hac igitur muliere delectari praecipimur, ut eloquiorum coelestium pinguedine saginemur. Sequitur: «Quare seduceris, fili mi, ab aliena et foveris in sinu alterius?» (Proverb. V.) Ab aliena quippe muliere seducitur, qui carnalis vitae illecebris delectatur. Nec immerito dicitur aliena, quia nobis ex divinae legis est sanctione prohibita. Rursus super utraque muliere loquitur, dicens: «Dic sapientiae: Soror mea es, et prudentiam voca amicam tuam, et custodi te a muliere extranea et ab aliena, quae verba sua dulcia fecit.» Moxque subjungit: «De fenestra domus meae per cancellos prospexi, et video parvulos; considero vecordem juvenem, qui transit per plateas juxta angulum, et prope viam domus illius graditur (Prov. VII).» Ubi notandum quia vita carnalis, quae meretrix dicitur, non alios nisi parvulos et vecordes decipere posse perhibetur. Unde et alibi idem Salomon ait: «Mulier stulta et clamosa, plenaque illecebris et nihil omnino sciens, sedit in foribus domus suae super sellam in excelso urbis loco, et vocat transeuntes viam et pergentes in itinere suo: Quis est parvulus, declinet ad me, et vecordi locuta est (Prov. IX).» Nam qui perfectus est vir et mentis sanae nequaquam per hanc seduci posse cognoscitur.

Caput III.

In sermone de S. Bartholomaeo.

Audiamus itaque per os Salomonis Sapientiam nos ad mensam spiritualis alimoniae claris vocibus invitantem: «Sapientia, inquit, immolavit victimas suas, miscuit vinum et proposuit mensam suam; misit ancillas suas, ut vocarent ad arcem et ad moenia civitatis: Si quis est parvulus, veniat ad me. Venite, comedite panem meum et bibite vinum quod miscui vobis (Prov. IX).»

Sobre la mujer buena, ciertamente, oye lo que dice el mismo Salomón: «Sea tu fuente bendita, y alégrate con la mujer de tu juventud (Prov. V)». Pues la mujer de nuestra juventud es, sin duda, la vida santa, a la cual ciertamente ya estamos unidos como por arras (*arrham*) y promesa, cuando en el bautismo prometimos que renunciaríamos al diablo y a todas sus pompas. Donde luego se añade: «Cierva carísima y gratísimo cervatillo, sus pechos te embriaguen en todo tiempo y en su amor deléitate continuamente (Ibíd.)». ¿Qué se designa por la cierva, que escala las cimas de los montes, sino la santa Iglesia, que se eleva en el amor de la patria celestial? ¿Qué son los pechos de esta cierva, sino que significan los dos Testamentos? Por estos pechos somos embriagados cuando somos imbuidos de los flujos de la sagrada Escritura y agotamos sedientos la bebida de la sabiduría espiritual. En esta mujer, por tanto, se nos manda deleitarnos, para que seamos engordados por la grosura de las palabras celestiales. Sigue: «¿Por qué te dejas seducir, hijo mío, por la ajena y eres acariciado en el seno de otra? (Prov. V)». Pues por la mujer ajena se deja seducir quien se deleita con los halagos de la vida carnal. Ni inmerecidamente se llama ajena, porque nos está prohibida por la sanción de la ley divina. De nuevo habla sobre ambas mujeres, diciendo: «Di a la sabiduría: Mi hermana eres, y llama a la prudencia tu amiga, y guárdate de la mujer extraña y de la ajena, que hizo dulces sus palabras». Y luego añade: «Desde la ventana de mi casa miré por las celosías, y veo a los pequeñuelos; considero a un joven necio, que pasa por las plazas cerca de la esquina, y camina cerca del camino de la casa de ella (Prov. VII)». Donde hay que notar que la vida carnal, que es llamada meretriz, no se considera capaz de engañar a otros sino a los pequeñuelos y a los necios. De donde también en otro lugar el mismo Salomón dice: «La mujer necia y clamorosa, y llena de halagos y que no sabe nada en absoluto, se sentó a las puertas de su casa sobre una silla en un lugar excelso de la ciudad, y llama a los que pasan por el camino y siguen su trayecto: El que sea pequeñuelo, desvíese hacia mí, y a la necia habló (Prov. IX)». Pues el que es un varón perfecto y de mente sana, de ningún modo se conoce que pueda ser seducido por ella.

Capítulo III.

En el sermón sobre San Bartolomé.

Oigamos, pues, por la boca de Salomón a la Sabiduría invitándonos con voces claras a la mesa del alimento espiritual: «La Sabiduría —dice— inmoló sus víctimas, mezcló su vino y propuso su mesa; envió a sus criadas para que llamaran a la torre y a los muros de la ciudad: Si alguno es pequeñuelo, venga a mí. Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado (Prov. IX)».

Christus enim, qui Sapientia Patris est, victimas immolavit, cum ad nostrae imitationis exemplum beatos martyres permisit occidi; miscuit vinum, quia propinavit credentibus Spiritum sanctum; proposuit mensam, quia coelestem paravit hominibus gloriam; misit ancillas suas, id est sanctos verbi ministros, qui se infirmos et fragiles asseverant. Quid ergo jam restat, nisi ut relicta fame saeculi properemus ad mensam Dei? Sed ad hanc ingrediendi aditum reperire non possumus, nisi per sanctos apostolos, quibus claves commissae sunt regni coelorum (Matth. XVI). Unde scriptum est: «Sapientia foris praedicat, in plateis dat vocem suam, in capite turbarum, clamitat in foribus portarum (Prov. I).» Ipsi quoque 228 sunt caput turbarum foresque portarum, quia ipsi sunt populorum principes ac supremae Hierusalem per sublimioris excellentiae privilegium janitores.

Caput IV.

In epistola ad Cincium praefectum, super cohortatione ad castitatem.

Audi rursus sub mulierum specie, quid inter spiritualem vitam distet atque carnalem: «Mulier, inquit, diligens corona est viro suo, et putredo in ossibus ejus quae confusione res dignas gerit (Prov. XII).» In hujus itaque mulieris ossibus est putredo, quia dum quilibet carnali vitae conjunctus superare alios nititur, dum forte quid, quod ossa significant, agere gloriatur, foeda per populum fama diffunditur et quasi fetor olidae putredinis exhalatur. De quibus utique mulieribus et alius Sapiens dicit: «Mulier si est tibi secundum animam tuam, ne projicias illam, et odibili non credas te in toto corde (Eccli. VII).» Mulier quippe secundum animam, est vita virtutum, conversatio sancta; mulier vero odibilis, carnalis est vita, quae certe odio est habenda, cui profecto si in toto corde nos credimus, necesse jam erit ut sicut Samson per Dalilam (Jud. XVI), ita et nos per istam in manus hostium incidamus. De qua videlicet odibili muliere in Deuteronomio scriptum est: «Si acceperit homo uxorem, et habuerit eam et non invenerit gratiam ante oculos ejus propter aliquam foeditatem, scribat libellum repudii, et dabit in manu ejus et dimittat eam de domo sua (Deut. XXIV).»

Caput V.

In epistola ad fratres Gamugnii, ubi de transgressione suorum mandatorum agit.

Pues Cristo, que es la Sabiduría del Padre, inmoló víctimas cuando permitió que los santos mártires fueran muertos para ejemplo de nuestra imitación; mezcló el vino porque dio a beber el Espíritu Santo a los creyentes; propuso la mesa porque preparó la gloria celestial para los hombres; envió a sus criadas, esto es, a los santos ministros de la palabra, que se afirman a sí mismos como enfermos y frágiles. ¿Qué queda, pues, sino que, dejada el hambre del siglo, nos apresuremos a la mesa de Dios? Pero no podemos encontrar el acceso para entrar en esta sino por los santos apóstoles, a quienes fueron encomendadas las llaves del reino de los cielos (Mt. XVI). De donde está escrito: «La Sabiduría predica fuera, en las plazas da su voz, en la cabeza de las turbas, clama en las entradas de las puertas (Prov. I)». Ellos también son la cabeza de las turbas y las entradas de las puertas, porque ellos son los príncipes de los pueblos y los porteros de la suprema Jerusalén por el privilegio de una más sublime excelencia.

Capítulo IV.

En la epístola al prefecto Cincio, sobre la exhortación a la castidad.

Oye de nuevo bajo la especie de mujeres lo que dista entre la vida espiritual y la carnal: «La mujer —dice— diligente es corona para su marido, y podredumbre en sus huesos la que hace cosas dignas de confusión (Prov. XII)». En los huesos de esta mujer, por tanto, hay podredumbre, porque mientras cualquiera unido a la vida carnal se esfuerza por superar a otros, mientras quizá se gloría de hacer algo que los huesos significan, se difunde por el pueblo una fama torpe y se exhala como el hedor de una podredumbre maloliente. Sobre las cuales mujeres ciertamente dice otro Sabio: «Si tienes mujer según tu alma, no la arrojes, y no te confíes de todo corazón a la odiable (Eclo. VII)». Pues la mujer según el alma es la vida de las virtudes, la conversación santa; pero la mujer odiable es la vida carnal, que ciertamente ha de ser tenida en odio, a la cual de cierto si nos confiamos de todo corazón, ya será necesario que así como Sansón por Dalila (Jue. XVI), así también nosotros por aquella caigamos en manos de los enemigos. Sobre la cual mujer odiable precisamente está escrito en el Deuteronomio: «Si un hombre tomare una mujer, y la tuviere y no hallare gracia ante sus ojos por alguna fealdad, escribirá un acta de divorcio, y la dará en su mano y la despedirá de su casa (Deut. XXIV)».

Capítulo V.

En la epístola a los hermanos de Gamugno, donde trata sobre la transgresión de sus mandatos.

Qui virtutum lapidibus festinat atrium sublime construere, prius eum necesse est inhorrescentia carnalium delectationum dumeta purgare. Unde recte per Salomonem dicitur: «Diligenter exerce agrum tuum, ut postea aedifices domum tuam (Prov. XXIV).» Ille quippe bene domum mentis aedificat, qui prius agrum corporis spinis vitiorum purgat; alioquin si desideriorum passionumque carnalium sentes in carnis agro pullulare sinuntur, fame boni crescente tota intus virtutum structura collabitur. Hinc rursus ait: «Per agrum hominis pigri transivi et per vineam viri stulti, et ecce totum repleverant urticae, operuerunt superficiem ejus spinae et maceria lapidum destructa erat (Ibid.).» Quid enim ager, vel vinea pigri hominis, nisi caro cujuslibet otiosi in spiritualis agriculturae laboribus desudare nolentis? Quid autem urticae, nisi gulae prurigines et carnales illecebrae? Quid denique spinae sunt, nisi passionum carnalium punctiones? Quid postremo maceria lapidum, nisi charitate media cum permista cohaerentium structura virtutum? Ager ergo pigri et stulti hominis urticis spinisque repletur, cum caro cujuspiam otiose viventis non per disciplinam 229 continui laboris excolitur sed in voluptatis atque lasciviae mollitur desiderio et enutritur. Lapidum quoque materia labefactata diruitur, quia tota virtutum fabrica, velut impactis incontinentiae arietibus dissipatur. «Princeps enim coquorum destruxit muros Hierusalem (IV Reg. XXV).» Coquorum autem princeps jure asseritur venter, cui nimirum a coquis laborioso opere servitur. Quisquis ergo desiderat spiritualium segetum ubertate ditescere, desudet nunc agrum sui corporis disciplinae ac continentiae vomere continuo labore sulcare, et, tanquam novalium suorum glebas, sarculo sapiente confringat, dum quidquid durum, dum quidquid infecundum in se reprehenderit, jugis poenitentiae contusionibus terat; nec desinat gulae prurientis urticas atque inhorrescentes carnalium desideriorum vepres radicitus exstirpare, quo uberes proventus spiritualis messis valeat adunare.

Caput VI.

In epistola ad Alexandrum papam de canonicis.

El que se apresura a construir un atrio sublime con las piedras de las virtudes, es necesario que primero limpie los matorrales erizados de los deleites carnales. De donde rectamente se dice por Salomón: «Ejercita diligentemente tu campo, para que después edifiques tu casa (Prov. XXIV)». Pues aquel edifica bien la casa de la mente, que primero limpia el campo del cuerpo de las espinas de los vicios; de lo contrario, si se permite que las zarzas de los deseos y pasiones carnales broten en el campo de la carne, al crecer el hambre de lo bueno, toda la estructura de las virtudes en el interior se derrumba. De aquí que de nuevo diga: «Pasé por el campo del hombre perezoso y por la viña del varón necio, y he aquí que las ortigas lo habían llenado todo, las espinas cubrieron su superficie y el muro de piedras estaba destruido (Ibíd.)». ¿Qué es, pues, el campo o la viña del hombre perezoso, sino la carne de cualquier ocioso que no quiere sudar en los trabajos de la agricultura espiritual? ¿Y qué son las ortigas, sino los picores de la gula y los halagos carnales? ¿Qué son, finalmente, las espinas, sino las punciones de las pasiones carnales? ¿Qué es, por último, el muro de piedras, sino la estructura de las virtudes que se adhieren con la caridad mezclada en medio? El campo del hombre perezoso y necio, por tanto, se llena de ortigas y espinas cuando la carne de cualquiera que vive ociosamente no es cultivada por la disciplina del trabajo continuo, sino que se ablanda y se nutre en el deseo del placer y la lascivia. La materia de las piedras también, debilitada, se derrumba, porque toda la fábrica de las virtudes se disipa como por arietes de incontinencia impactados. «Pues el príncipe de los cocineros destruyó los muros de Jerusalén (IV Rey. XXV)». Pero el vientre es afirmado con derecho como el príncipe de los cocineros, al cual ciertamente sirven los cocineros con trabajo laborioso. Quienquiera, pues, que desee enriquecerse con la abundancia de las mieses espirituales, sude ahora surcando el campo de su cuerpo con el arado de la disciplina y la continencia con trabajo continuo, y, como los terrones de sus barbechos, quebrántelos con la azada sabia, mientras que cualquier cosa dura, cualquier cosa infecunda que hallare en sí mismo, la deshaga con las contusiones de la continua penitencia; ni cese de extirpar de raíz las ortigas de la gula picante y las zarzas erizadas de los deseos carnales, para que pueda reunir los abundantes frutos de la cosecha espiritual.

Capítulo VI.

En la epístola al papa Alejandro sobre los canónigos.

«Claudus pedibus et iniquitatem bibens qui mittit verba per nuntium stultum (Prov. XXVI).» Quibus nimirum verbis quid aliud videtur expressum, nisi ut carnaliter sapienti ac per hoc stulto cuilibet non committatur praedicationis officium? De sanctis enim praedicatoribus dicitur: «Quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!» (Isa. LII; Rom. X.) Itaque quilibet ordinator Ecclesiae, si dignos et idoneos in dignitate constituit, quasi pedibus rectis incedit. Per eos enim verbum spargendo circumquaque discurrit, et quod per semetipsum non valet agere, per illos satagit efficaciter adimplere. Sin autem carnales quosque ac reprobos ordinare praesumat, hic claudus pedibus ambulat. Qui etiam iniquitatem bibere dicitur, quia, dum verba sanctae praedicationis per stultum nuntium mittit et, contra Apostolum, cito manus imponit (I Tim. V) peccatis communicat alienis. Nam etsi prudenter quisque loquatur, si tamen non agit ipse quod loquitur, in spirituali claudus itinere non immerito judicatur. Unde et illic apte subjungitur: «Quomodo pulchras frustra habet claudus tibias, sic indecens est in ore stultorum parabola (Prov. XX).» Pulchris plane innititur tibiis qui luculenti nitet claritate sermonis. Sed, dum sine bonis operibus accuratum depromit eloquium, velut sine gressu promovet recta crura verborum. Quasi pulchras ergo habet tibias ad videndum, sed non utiles ad gradiendum, qui, podagricis vitiorum laqueis innodatus, ipse quidem turpiter claudicat, dum alios ut agiliter gradiantur invitat. In istorum ergo stultorum ore indecens est parabola, quia, dum spiritualiter sonant et carnaliter victitant, eorum vita cum labiis non concordat; quos nimirum honesta loquentes, sed inhoneste viventes, praedicatio recta non liberat sed mordax conscientia vehementer accusat. Unde illic non incongrue subdit: «Quomodo si spina nascatur in manu temulenti, 230 sic parabola in ore stultorum (Ibid).» Spina quippe in manu temulenti nascitur, cum illi qui hujus vitae amore est ebrius reprehensionis in mente aculeus generatur. In ore itaque stultorum parabola quasi spina est, quia dum aliud loquuntur, aliud agunt, mens eorum in semetipsa aliquando redarguitur et quodam quasi spinae pungentis aculeo perforatur; velut spina certe male viventis et bene dicentis conscientia pungit, dum in eo quod extrinsecus loquitur quodam pudoris atque formidinis stimulo intrinsecus sauciatur.

Caput VII.

In eadem epistola.

«Cojo de pies y bebiendo iniquidad es el que envía palabras por medio de un mensajero necio (Prov. XXVI)». Con cuyas palabras, ciertamente, ¿qué otra cosa parece expresada sino que no se encomiende el oficio de la predicación a cualquiera que sea carnalmente sabio y, por ello, necio? Pues de los santos predicadores se dice: «¡Cuán hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan los bienes!» (Is. LII; Rom. X.) Así pues, cualquier ordenador de la Iglesia, si constituye a dignos e idóneos en la dignidad, camina como con pies rectos. Pues a través de ellos la palabra discurre esparciéndose por todas partes, y lo que por sí mismo no puede hacer, se esfuerza por cumplirlo eficazmente a través de ellos. Pero si presume ordenar a cualesquiera carnales y reprobos, este camina cojo de pies. El cual también se dice que bebe iniquidad, porque, mientras envía las palabras de la santa predicación por medio de un mensajero necio y, contra el Apóstol, impone las manos pronto (I Tim. V), comunica con los pecados ajenos. Pues aunque uno hable prudentemente, si sin embargo no hace él mismo lo que habla, no inmerecidamente es juzgado cojo en el camino espiritual. De donde también allí se añade aptamente: «Como el cojo tiene en vano piernas hermosas, así es indecente la parábola en la boca de los necios (Prov. XX)». Se apoya claramente en piernas hermosas el que brilla con la claridad de un sermón lúcido. Pero, mientras profiere una elocuencia esmerada sin buenas obras, mueve hacia adelante las piernas rectas de las palabras como si fuera sin paso. Tiene, pues, las piernas como hermosas para ver, pero no útiles para caminar, el que, enredado en los lazos podágricos de los vicios, él mismo ciertamente cojea torpemente, mientras invita a otros a que caminen ágilmente. En la boca, pues, de estos necios es indecente la parábola, porque, mientras suenan espiritualmente y viven caralmente, su vida no concuerda con sus labios; a los cuales, ciertamente, hablando cosas honestas, pero viviendo deshonestamente, la predicación recta no los libera, sino que la conciencia mordaz los acusa vehementemente. De donde allí no incongruentemente añade: «Como si naciera una espina en la mano de un borracho, así es la parábola en la boca de los necios (Ibíd.)». Pues la espina nace en la mano del borracho cuando se genera un aguijón de reprensión en la mente de aquel que está ebrio por el amor de esta vida. Así pues, la parábola en la boca de los necios es como una espina, porque mientras hablan una cosa y hacen otra, su mente es a veces redargüida en sí misma y es perforada como por un cierto aguijón de espina punzante; ciertamente como una espina punza la conciencia del que vive mal y habla bien, mientras que en aquello que habla exteriormente es herido interiormente por un cierto estímulo de vergüenza y temor.

Capítulo VII.

En la misma epístola.

«Sicut qui mittit lapidem in acervum Mercurii, ita qui tribuit insipienti honorem (Prov. XXVI).» Nam qui apud gentiles Mercurius deus Sacelli [f., Lucelli], sive pecuniae dicebatur, acervus Mercurii, cumulus atque congeries est nummorum. Et quia nummo regula monetalis imprimitur, quid per nummorum designatur acervum, nisi regularium ac verae sanctitatis imaginem praeferentium concio clericorum? Quid vero per lapidem, nisi duram, stolidam et insensibilem illius mentem accepimus, qui dum Deum esse indubitata fide non credit, spem suam in terrena qualibet possessione constituit. De quo per Prophetam dicitur: «Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus (Psal. XIII).» Huic autem insipienti tunc honor tribuitur, cum ad ecclesiastici gradus apicem quispiam non Deo, sed pecuniae deditus promovetur. Sed sicut nummorum dissipatur acervus, si desuper lapis immittitur, ita per indigni, sive lapidei pastoris accessum quasi constipatus ordo destruitur regulariter gradientium et in charitate obedientium clericorum; gravatur enim mali pastoris umbraculo et, tanquam nummorum coelestium cumulus, tartarei lapidis mole diruitur. Stulto igitur et insipienti denegandus est honor ecclesiasticus, ne sanctorum clericorum tanquam nummorum spiritualium mergatur acervus. De quo videlicet stulto paulo superius idem Salomon ait: «Claudus pedibus et iniquitatem bibens, qui mittit verba per nuntium stultum (Prov. XXVI).»

Caput VIII.

In epistola ad Alexandrum papam, super insolentia malorum hominum.

«Sanguisugae duae sunt filiae, dicentes: Affer, affer (Prov. XXX).» Nam quo quisque immoderatius vescitur, eo necesse est ut ad potum aestuantius accendatur. Et dum congesta sibi moles fervescente stomachi lebete decoquitur, crebris necesse est haustibus irrigetur. Sed cum cibis venter ac potibus intumescat, consequens est ut, alterius utrinque meatibus, et faeces per podicem in cuniculos egerat et humorem de genitali conceptaculo per pudenda profundat. Sicut enim in torcularibus vinarium a vino, sic in ilibus stercus separatur a viru. Sanguisugae ergo, quae edacitas est, duae sunt filiae, ebrietas et libido, quia dum una pestis delectabiliter 231 concipit, geminam necessario sobolem parit; quae nimirum dicunt: «Affer, affer,» quia, 232 cum sint insatiabiles, violentae quoque sunt exactrices.

Expliciunt testimonia de libro Proverbiorum.

«Como el que arroja una piedra en el montón de Mercurio, así es el que da honor a un insensato (Prov. XXVI)». Pues el que entre los gentiles era llamado Mercurio, dios del saquillo [f., del lucro], o del dinero; el montón de Mercurio es un cúmulo y una congregación de monedas. Y porque la regla monetaria se imprime en la moneda, ¿qué se designa por el montón de monedas sino la asamblea de clérigos que presentan la imagen de los regulares y de la verdadera santidad? Pero ¿qué recibimos por la piedra sino la mente dura, estúpida e insensible de aquel que, mientras no cree con fe indudable que Dios existe, pone su esperanza en cualquier posesión terrena? De quien se dice por el Profeta: «Dijo el necio en su corazón: No hay Dios (Sal. XIII)». Además, se da honor a este insensato cuando alguien dedicado no a Dios, sino al dinero, es promovido a la cima de un grado eclesiástico. Pero así como se disipa el montón de monedas si se arroja encima una piedra, así por el acceso de un pastor indigno o lapídeo se destruye el orden, por así decirlo, apretado de los clérigos que caminan regularmente y obedecen en la caridad; pues es gravado por la sombra de un mal pastor y, como un cúmulo de monedas celestiales, es derruido por la mole de una piedra tartárea. Por tanto, se debe denegar el honor eclesiástico al estulto y al insensato, para que no se sumerja el montón de los santos clérigos como si fuesen monedas espirituales. De cuyo estulto, ciertamente, poco más arriba dice el mismo Salomón: «Cojo de pies y bebiendo iniquidad es el que envía palabras por medio de un mensajero necio (Prov. XXVI)».

Capítulo VIII.

En la epístola al papa Alejandro, sobre la insolencia de los hombres malos.

«La sanguijuela tiene dos hijas que dicen: Trae, trae (Prov. XXX)». Pues cuanto más inmoderadamente se alimenta cada uno, tanto más es necesario que se encienda más ardientemente para la bebida. Y mientras la mole congregada para sí se cuece en el hirviente caldero del estómago, es necesario que sea regada con frecuentes tragos. Pero cuando el vientre se hincha con las comidas y las bebidas, es consecuente que, por los conductos de una y otra parte, tanto expulse las heces por el ano hacia los canales como derrame el humor del receptáculo genital por las partes pudendas. Pues como en los lagares el orujo se separa del vino, así en las entrañas el estiércol se separa del jugo. Por tanto, de la sanguijuela, que es la glotonería, hay dos hijas, la embriaguez y la lujuria, porque mientras una peste concibe deleitablemente, pare necesariamente una prole gemela; las cuales ciertamente dicen: «Trae, trae», porque, como son insaciables, son también violentas exactoras.

Terminan los testimonios del libro de los Proverbios.

INCIPIUNT CAPITULA DE ECCLESIASTE.

1. Quod omnia flumina intrant in mare et mare non redundat. 2. Muscae morientes perdunt suavitatem unguenti. 3. De Spiritu potestatem habente. 4. De eo quod dicitur: Da partem septem, nec non et octo. 5. Finem loquendi omnes pariter audiamus.

Expliciunt capitula.

INCIPIUNT TESTIMONIA DE ECCLESIASTE.

CAPUT PRIMUM. In libro GRATISSIMO.

«Omnia flumina intrant in mare et mare non redundat; ad locum unde exeunt flumina revertuntur, ut iterum fluant (Eccle. I).» Hunc excursum atque recursum spiritualium fluminum mystice Lucas evangelista describit, cum ait: «Quia convocatus Jesus duodecim apostolis, dedit illis virtutem et potestatem super omnia daemonia, et ut languores curarent; et misit illos praedicare regnum Dei (Luc. IX).» Ecce egressus fluminum; ac postmodum subdit: «Et reversi apostoli narraverunt illi quaecunque fecerunt (Ibid.).» Ecce reditum fluminum. Ad locum ergo unde exeunt flumina revertuntur, quia electi quique illi se debitores esse non ambigunt, a quo videlicet hauserant omne quod spiritualiter fluit. Unde et Paulus ait: «Divisiones gratiarum sunt, idem autem Dominus; et divisiones ministrationum sunt, idem autem Dominus; et divisiones operationum sunt, idem vero Deus, qui operatur omnia in omnibus (I Cor. XII).» Nempe cum primum ponat Spiritum, deinde subjungat Dominum, postremo Deum, ostendit sanctam Trinitatem, unum scilicet Deum omnium gratiarum esse indubitanter auctorem. Ipse enim sua dona distribuit, qui singulorum merita et operum diversitates occulta provisione discernit.

Caput II.

G. G.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS SOBRE EL ECLESIASTÉS.

1. Que todos los ríos entran en el mar y el mar no rebosa. 2. Las moscas que mueren pierden la suavidad del ungüento. 3. Sobre el Espíritu que tiene potestad. 4. Sobre aquello que se dice: Da parte a siete, y también a ocho. 5. Oigamos todos por igual el fin del hablar.

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS SOBRE EL ECLESIASTÉS.

CAPÍTULO I. En el libro GRATÍSIMO.

«Todos los ríos entran en el mar y el mar no rebosa; al lugar de donde salen los ríos, allí vuelven para fluir de nuevo (Ecl. I)». El evangelista Lucas describe místicamente este curso y recurso de los ríos espirituales cuando dice: «Habiendo convocado Jesús a los doce apóstoles, les dio virtud y potestad sobre todos los demonios, y para que curasen las dolencias; y los envió a predicar el reino de Dios (Lc. IX)». He aquí la salida de los ríos; y después añade: «Y vueltos los apóstoles, le contaron todo cuanto habían hecho (Ibíd.)». He aquí el regreso de los ríos. Al lugar, pues, de donde salen los ríos, allí vuelven, porque todos los elegidos no dudan de que son deudores de Aquel de quien, ciertamente, habían sacado todo lo que fluye espiritualmente. De donde también dice Pablo: «Hay divisiones de gracias, pero el mismo Señor; y hay divisiones de ministerios, pero el mismo Señor; y hay divisiones de operaciones, pero es el mismo Dios el que obra todo en todos (I Cor. XII)». Pues ciertamente, al poner primero al Espíritu, añadir después al Señor y finalmente a Dios, muestra la santa Trinidad, es decir, que el único Dios es indudablemente el autor de todas las gracias. Pues Él mismo distribuye sus dones, Él que discierne los méritos de cada uno y las diversidades de las obras con oculta provisión.

Capítulo II.

G. G.

«Muscae morientes perdunt suavitatem unguenti (Eccle. X);» quia cogitationes superfluae, quae assidue in animo carnalia cogitante nascuntur atque deficiunt, eam suavitatem, qua unusquisque intrinsecus per Spiritum unctus est, perdunt. Unde cum miro pietatis opere ad cor Veritas venit, prius ab eo cogitationum carnalium aestus ejicit, et post in eo virtutum dona disponit. Quod bene nobis innuitur, ubi de Domino ad filiam principis resuscitandam deducto in Evangelio dicitur: «Et cum ejecta esset turba, intravit, et tenuit manum ejus et surrexit puella (Matth. IX).» Foras ergo turba ejicitur, ut puella suscitetur, quia nisi prius a secretioribus cordis expellatur importuna saecularium multitudo curarum, anima, quae intrinsecus jacet mortua, non resurgit. Nam dum se per innumeras terrenorum desideriorum cogitationes spargit, ad considerationem sui sese nullatenus colligit. Nullus quippe sapientiam, quae Deus est, plene percipit, nisi qui ab omni se abstrahere actionum carnalium fluctuatione contendit. Unde alias dicitur: «Sapientiam scriba in tempore otii, et qui minoratur actu, ipse percipit eam (Eccle. XXXVIII).»

Caput III.

Ad Mainardum abbatem.

«Si spiritus potestatem habentis ascendit super te, locum tuum ne dimiseris (Eccle. X).» Ac si aperte dicat: Si tentatoris spiritum in aliquo praevalere consideras, humilitatem poenitentiae non relinquas. Et alibi scriptum est: «Noli altum sapere, sed time et ultimum in spiritualibus nuptiis accubitum pete (Rom. XI).»

Caput IV.

In epistola ad Bonifacium Causidicum, ut exteriori prudentiae spiritualis sapientia praeferatur.

«Da partem septem, nec non et octo (Eccle. XI).» Sic praesentem vitam, quae per septenarium numerum designatur, excurre, ut jam in amore futurae, quae per octonarium resurrectionis exprimit gloriam, totis studeas visceribus habitare. Illi perfunctoriam atque volaticam exhibe curam; in hac perseverantem atque perpetuam, sicut aeterna est, indeficuae illectionis fige sententiam.

Caput V.

In epistola ad Alexandrum papam, contra papam ne dijudicet.

«Las moscas que mueren pierden la suavidad del ungüento (Ecl. X)»; porque los pensamientos superfluos, que nacen y perecen asiduamente en el ánimo que piensa cosas carnales, pierden esa suavidad con la que cada uno ha sido ungido interiormente por el Espíritu. De donde, cuando la Verdad viene al corazón por una admirable obra de piedad, primero expulsa de él el ardor de los pensamientos carnales, y después dispone en él los dones de las virtudes. Lo cual se nos insinúa bien cuando en el Evangelio se dice del Señor, llevado a resucitar a la hija del príncipe: «Y cuando la multitud fue echada fuera, entró, y la tomó de la mano, y la niña se levantó (Mt. IX)». Por tanto, la multitud es echada fuera para que la niña sea resucitada, porque si no se expulsa primero de lo más secreto del corazón la inoportuna multitud de las preocupaciones mundanas, el alma, que yace muerta interiormente, no resucita. Pues mientras se dispersa por innumerables pensamientos de deseos terrenales, de ninguna manera se recoge para la consideración de sí misma. Pues nadie percibe plenamente la sabiduría, que es Dios, sino aquel que se esfuerza por abstraerse de toda fluctuación de las acciones carnales. De donde se dice en otra parte: «La sabiduría del escriba en el tiempo del ocio, y el que se aminora en la acción, ese la percibe (Ecl. XXXVIII)».

Capítulo III.

Al abad Mainardo.

«Si el espíritu del que tiene potestad sube sobre ti, no abandones tu lugar (Ecl. X)». Como si dijese abiertamente: Si consideras que el espíritu del tentador prevalece en algo, no dejes la humildad de la penitencia. Y en otra parte está escrito: «No quieras saber lo alto, sino teme y busca el último puesto en las bodas espirituales (Rom. XI)».

Capítulo IV.

En la epístola a Bonifacio el Abogado, para que se prefiera la sabiduría espiritual a la prudencia exterior.

«Da parte a siete, y también a ocho (Ecl. XI)». Recorre así la presente vida, que se designa por el número septenario, de modo que ya en el amor de la futura, que expresa la gloria de la resurrección por el octonario, te esfuerces por habitar con todas tus entrañas. A aquella exhibe un cuidado perentorio y volátil; en esta fija la sentencia de una atracción infalible, perseverante y perpetua, tal como es eterna.

Capítulo V.

En la epístola al papa Alejandro, contra el papa para que no juzgue.

«Finem loquendi pariter omnes audiamus: Deum time et mandata ejus observa, hoc est enim omnis homo (Eccle. XII).» Quis est autem finis loquendi, nisi ille, de quo dicit Apostolus: «Finis enim legis ad justitiam, Christus, omni credenti?» (Rom. X.) Finis quippe legis ad justitiam, Christus est, quia quidquid sive vetus, sive nova lex loquitur, ad illum sine dubitatione refertur. Ad justitiam vero non otiose dicitur quia divinae legis sermo justificat et animam a sordibus mundat. Sicut discipulis Veritas ait: «Jam vos mundi estis propter sermonem quem locutus sum vobis (Joan. XV).» Deum vero timere, est cuncta quae Deus prohibet exsecrando et abominando contemnere. Mandata illius observare, est omnia quae praecipit operibus exercere. Ille ergo Deum timet qui satagit cavere quod prohibet; ille mandata ejus observat qui studet implere quod imperat. «Deum ergo time et mandata illius observa; hoc est enim omnis homo.» Ac si perspicue dicat: Qui non studuerit cavere prohibita, qui neglexerit implere praecepta, quia ratione caret, vocabulum quidem hominis habet, sed hominis esse non habet, quia non veraciter utitur virtute nominis quo censetur. Ille nimirum se credat veraciter hominem qui hominum recognoscit Auctorem; alioqui, «qui ignorat, ignorabitur (I Cor. XIV).» Quid autem sine his sit homo, perspicue definit Scriptura, cum dicit: «Stellae non sunt mundae in conspectu ejus, quanto magis homo putredo et filius hominis vermis?» (Job XXV.)

Unde et Abraham cum ad summae collocutionis culmen attollitur, cum divinae 234 familiaritatis gratiam peculiariter promeretur, hujus humilitatis recordatione deprimitur, cum dicit: «Loquar ad Dominum meum cum sim pulvis et cinis (Gen. XVIII).» Nam et apud Graecos haec teneri consuetudo perhibetur, ut cum imperator quis in dignitate creatur, mox ut imperialibus fuerit infulis redimitus, coronae simul ac sceptri gloria decoratur, cum denique procerum vallatur obsequiis, cum excipitur modulantibus psallentium choris; quidam sibi praesto fit obvius, qui videlicet una manu vasculum plenum mortuorum ossibus ac pulveribus offerat, in alia vero stupam lini subtiliter pexam ac pilis pensilibus molliter demolitam, cui protinus ignis adhibetur et repente in ictu oculi flamma subito vorante consumitur: ut in altero debeat considerare quod est, in altero valeat considerare quod habet.

«Oigamos todos por igual el fin del hablar: Teme a Dios y observa sus mandamientos, pues esto es todo el hombre (Ecl. XII)». ¿Y cuál es el fin del hablar sino aquel de quien dice el Apóstol: «Porque el fin de la ley para la justicia es Cristo, para todo el que cree»? (Rom. X). El fin de la ley para la justicia es Cristo, porque todo lo que dice la ley, sea la antigua o la nueva, a Él sin duda se refiere. Y no se dice ociosamente «para la justicia», porque el sermón de la ley divina justifica y limpia el alma de las suciedades del mundo. Como dice la Verdad a los discípulos: «Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado (Jn. XV)». Temer a Dios, en cambio, es despreciar todas las cosas que Dios prohíbe, execrándolas y abominándolas. Observar sus mandamientos es ejercitar en las obras todas las cosas que Él prescribe. Por tanto, teme a Dios aquel que se esmera en precaverse de lo que prohíbe; observa sus mandamientos aquel que estudia cumplir lo que manda. «Teme, pues, a Dios y observa sus mandamientos; pues esto es todo el hombre». Como si dijese claramente: Quien no estudiare precaverse de lo prohibido, quien descuidare cumplir los preceptos, porque carece de razón, tiene ciertamente el vocablo de hombre, pero no tiene el ser de hombre, porque no usa verdaderamente de la virtud del nombre por el que es considerado. Que aquel se crea verdaderamente hombre que reconoce al Autor de los hombres; de lo contrario, «quien ignora, será ignorado (I Cor. XIV)». Qué sea el hombre sin estas cosas, lo define claramente la Escritura cuando dice: «Las estrellas no son limpias ante su presencia, ¿cuánto más el hombre podredumbre y el hijo del hombre un gusano?» (Job XXV).

De donde también Abraham, cuando es elevado a la cumbre de la suprema interlocución, cuando merece peculiarmente la gracia de la familiaridad divina, es abatido por el recuerdo de esta humildad cuando dice: «Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza (Gén. XVIII)». Pues también entre los griegos se refiere que se mantiene esta costumbre: que cuando se crea a algún emperador en su dignidad, tan pronto como ha sido ceñido con las ínfulas imperiales, es decorado con la gloria de la corona y del cetro, cuando finalmente es rodeado por los obsequios de los próceres, cuando es recibido por los coros modulantes de los que cantan salmos; alguien se le presenta al encuentro, quien ciertamente en una mano ofrece un vasito lleno de huesos de muertos y de polvos, y en la otra una estopa de lino finamente peinada y suavemente deshecha con pelos colgantes, a la cual inmediatamente se le arrima fuego y de repente, en un abrir y cerrar de ojos, es consumida por la llama que la devora súbitamente: para que en lo uno deba considerar lo que es, y en lo otro pueda considerar lo que tiene.

In cineribus siquidem se cinerem recognoscit, in stupa jam colligit in die judicii quam subito mundus ardebit, quatenus dum se simul ac sua tam vana, tam floccipendenda considerat, de imperialis culminis ascenso fastigio nullatenus insolescat; et dum possessor atque possessio subjacere communi omnium casui non ambigitur, jam quasi de singulari dignitatis apice, qui ad summa provectus est, non infletur. Pulchrum ergo mundanae conditionis ordinem homo consideret, et dum suis usibus omnia cernit attribui, non sibi, sed suo referat gratias Conditori; lenocinantem mundi gloriam sub judicii sui calcibus deprimat: virorem carnis aridum jam pulverem credat, diem suae vocationis tanquam speculum suis semper obtutibus anteponat, districtum ultimae discussionis judicium contremiscat, quatenus dum nunc Creatoris sui legibus subditur qui inter creaturas, quae terrenae sunt, videtur insignis, in coelesti quoque gloria veraciter sit sublimis.

Expliciunt testimonia de Ecclesiaste.

INCIPIUNT CAPITULA DE CANTICIS CANTICORUM.

1. De oleo effuso. 2. De nigredine sponsae. 3. De fasciculo myrrhae.

4. De lilio convallium. 5. De ordinata charitate. 6. De utraque vita. 7. De foraminibus petrae. 8. De lectulo Salomonis. 9. De oculis columbarum. 10. De dentibus Ecclesiae. 11. De duobus uberibus. 12. De pulchritudine amicae. 13. De corona animae, vel sanctae Ecclesiae. 14. De aquilone et austro. 15. De eo quod dicit Ecclesia: Ego dormio, et cor meum vigilat. 16. Quod dilectus dicitur candidus et rubicundus. 17. De sanctis doctoribus. 18. De ventre Christi eburneo. 19. De gutture Christi. 20. De malo punico. 235-236 21. De quadrigis Aminadab. 22. De umbilico Christi. 23. De comis capitis Christi. 24. De pulchritudine sponsae. 25. De fructu crucis. 26. De arbore malo. 27. De signaculo cordis et brachii.

Expliciunt capitula de Canticis canticorum.

INCIPIUNT TESTIMONIA DE CANTICIS CANTICORUM.

CAPUT PRIMUM. Ex sermone in natali virginum.

En las cenizas, en efecto, se reconoce a sí mismo como ceniza; en la estopa ya colige cuán súbitamente arderá el mundo en el día del juicio, a fin de que, mientras se considera a sí mismo y a sus cosas tan vanas, tan despreciables, de ninguna manera se insolente por haber ascendido al fastigio de la cumbre imperial; y mientras no se duda que el poseedor y la posesión están sujetos al caso común de todos, ya no se infle como desde un singular ápice de dignidad, él que ha sido promovido a las cosas más altas. Considere, pues, el hombre el hermoso orden de la condición mundana, y mientras ve que todas las cosas se atribuyen a sus usos, rinda gracias no a sí mismo, sino a su Creador; deprima bajo los talones de su juicio la gloria seductora del mundo: crea que el verdor de la carne es ya polvo árido, anteponga siempre a sus ojos el día de su vocación como un espejo, tiemble ante el severo juicio de la discusión final, para que mientras ahora se somete a las leyes de su Creador, él que parece insigne entre las criaturas que son terrenas, sea también verdaderamente sublime en la gloria celestial.

Terminan los testimonios sobre el Eclesiastés.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES.

1. Sobre el aceite derramado. 2. Sobre la negrura de la esposa. 3. Sobre el manojito de mirra.

4. Sobre el lirio de los valles. 5. Sobre la caridad ordenada. 6. Sobre una y otra vida. 7. Sobre los agujeros de la piedra. 8. Sobre el lecho de Salomón. 9. Sobre los ojos de las palomas. 10. Sobre los dientes de la Iglesia. 11. Sobre los dos pechos. 12. Sobre la belleza de la amiga. 13. Sobre la corona del alma, o de la santa Iglesia. 14. Sobre el aquilón y el austro. 15. Sobre aquello que dice la Iglesia: Yo duermo, y mi corazón vigila. 16. Que el amado es llamado cándido y rubicundo. 17. Sobre los santos doctores. 18. Sobre el vientre de marfil de Cristo. 19. Sobre la garganta de Cristo. 20. Sobre la granada. 235-236 21. Sobre las cuadrigas de Aminadab. 22. Sobre el ombligo de Cristo. 23. Sobre la cabellera de la cabeza de Cristo. 24. Sobre la belleza de la esposa. 25. Sobre el fruto de la cruz. 26. Sobre el manzano. 27. Sobre el sello del corazón y del brazo.

Terminan los capítulos sobre el Cantar de los Cantares.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES.

CAPÍTULO I. Del sermón en el natalicio de las vírgenes.

«Oleum effusum nomen tuum (Cant. I).» Chrisma Graece, Latine dicitur unctio. A chrismate ergo Christus, et a Christo dicitur Christianus. Per oleum autem Spiritus sanctus debet intelligi, sicut per Psalmistam Salvatori nostro dicitur: «Unxit te Deus tuus oleo laetitiae prae consortibus tuis (Psal. XLIV).» Oleum ergo effusum est nomen Christi, quia in tot Spiritus sancti gratia propagatur quot sunt qui Christi vocabulum veraciter sortiuntur.

CAPUT II.

«Nigra sum, sed formosa, filiae Hierusalem, sicut tabernacula Cedar, sicut pellis Salomonis (Cant. I).» Cedar interpretatur tenebrae; hi sunt infideles lucem fidei non habentes. Nigra sum, inquit, propter persecutionis aestum propter adversa, quae patior a filiis tenebrarum; sed intrinsecus formosa sum, quia concupivit rex speciem meam, et omnis gloria mea ab intus. Formosa sum, inquit, sicut pellis, hoc est, tabernaculum Salomonis. Sicut enim tabernaculum ex mortuorum fit pellibus animalium, ita duntaxat illi sunt habitaculum Dei (Ephes. II), qui Christo commortui, vitiis quoque carnisque concupiscentiis sunt exstincti (Ephes. II).

Sequitur: «Nolite, inquit, me considerare quod fusca sim, quia decoloravit me sol, o filiae Hierusalem (Cant. I).» Idem et fideles animae, in illa jam coelesti gloria per desiderium constitutae: Nolite me considerare, quod fusca sim, id est, nolite desperare, vel nimis expavescere, quod me tribulationes opprimunt, quod persecutiones afficiunt, quod in hoc tempestatis procellarumque naufragio intumescentes me fluctus illidunt; quia decoloravit me sol, quoniam super me persecutionis aestus incanduit decoremque meae venustatis ac pulchritudinis offuscavit. Ac si dicat: Nolite tam ea, quibus intrinsecus affligor, attendere, quam vernantem interioris venustatis speciem cogitare. Tale est quod Apostolus dicit: «Nolite deficere in tribulationibus meis pro vobis, quae est gloria vestra. Non enim condignae sunt passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis (Rom. VIII).» Hanc autem interiorem pulchritudinem exterioremque nigredinem breviter Jeremias comprehendit, dicens: «Candidiores Nazaraei ejus nive, nitidiores lacte, rubicundiores ebore antiquo, sapphiro pulchriores (Thren. IV).» Ecce pulchritudo; sed audi nigredinem, nam illico sequitur: «Denigrata est super carbones facies eorum, et non sunt cogniti in plateis; adhaesit cutis eorum ossibus: aruit et facta est quasi lignum (Ibid.).» Sed aspiciamus exteriorem nigredinem, aperiat ipsa, unde sit interior pulchritudo: «Indica mihi, inquit, quem diligit anima mea, ubi pascas, ubi cubes in meridie (Cant. I).» Ac si dicat: O sponse coelestis, quem anima mea inenarrabiliter diligit, in quo per desiderium jugiter requiescit, quem ulnis intimae dilectionis amplectitur, in quo totis visceribus delectatur;

«Óleo derramado es tu nombre (Cant. I)». Crisma en griego se dice unción en latín. De crisma, pues, viene Cristo, y de Cristo se dice cristiano. Por el óleo, en cambio, debe entenderse el Espíritu Santo, como se dice por el Salmista a nuestro Salvador: «Te ungió tu Dios con óleo de alegría sobre tus compañeros (Sal. XLIV)». Por tanto, el nombre de Cristo es óleo derramado, porque la gracia del Espíritu Santo se propaga en tantos cuantos son los que obtienen verdaderamente el nombre de Cristo.

CAPÍTULO II.

«Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las pieles de Salomón (Cant. I)». Cedar se interpreta como tinieblas; estos son los infieles que no tienen la luz de la fe. Negra soy, dice, por el ardor de la persecución, por las adversidades que padezco de los hijos de las tinieblas; pero interiormente soy hermosa, porque el rey deseó mi belleza, y toda mi gloria está en el interior. Soy hermosa, dice, como una piel, esto es, el tabernáculo de Salomón. Pues como el tabernáculo se hace de las pieles de animales muertos, así solamente son habitáculo de Dios (Ef. II) aquellos que, muertos con Cristo, están también extintos para los vicios y los deseos de la carne (Ef. II).

Sigue: «No me miréis», dice, «porque soy morena, porque el sol me ha descolorido, oh hijas de Jerusalén (Cant. I)». Lo mismo también las almas fieles, constituidas ya por el deseo en aquella gloria celestial: No me miréis porque soy morena, esto es, no desesperéis, ni os espantéis demasiado, porque las tribulaciones me oprimen, porque las persecuciones me afligen, porque en este naufragio de tempestad y tormentas las olas hinchadas me golpean; porque el sol me ha descolorido, ya que sobre mí se ha encendido el ardor de la persecución y ha empañado el decoro de mi gracia y belleza. Como si dijera: No atendáis tanto a aquellas cosas por las que soy afligida exteriormente, cuanto pensad en la especie floreciente de la belleza interior. Tal es lo que dice el Apóstol: «No desmayéis en mis tribulaciones por vosotros, que es vuestra gloria. Pues no son dignas las pasiones de este tiempo para la futura gloria que se revelará en nosotros (Rom. VIII)». Esta belleza interior y negrura exterior la comprendió brevemente Jeremías, diciendo: «Sus nazareos eran más blancos que la nieve, más nítidos que la leche, más rubicundos que el marfil antiguo, más hermosos que el zafiro (Lam. IV)». He aquí la belleza; pero oye la negrura, pues al instante sigue: «Denegrida está sobre los carbones su faz, y no son conocidos en las plazas; se pegó su piel a sus huesos: se secó y se hizo como madera (Ibíd.)». Pero miremos la negrura exterior, que ella misma abra de dónde viene la belleza interior: «Indícame», dice, «tú a quien ama mi alma, dónde apacientas, dónde te recuestas al mediodía (Cant. I)». Como si dijera: Oh esposo celestial, a quien mi alma ama inenarrablemente, en quien descansa continuamente por el deseo, a quien abraza con los brazos de la íntima dilección, en quien se deleita con todas sus entrañas;

dic mihi ubi pascas; hoc est: Tu qui pastor bonus es, ubi oves tuas pascere facias; ipse etiam ubi cubes, id est ubi requiescas in aestu persecutionis et fervore tentationis nostrae, ubi scilicet, nisi in his, qui furenti vesaniae cedere nesciunt, et grassantis malitiae conatibus enerviter non succumbunt? Non ergo immerito formosam se sponsa ista dicebat, quia ille in ipso persecutionis articulo in ea delectabiliter quiescebat, qui serenitate vultus sui cuncta clarificat.

Caput III.

In sermone de SS. Flora et Lucilla.

«Fasciculus myrrhae dilectus meus mihi: inter ubera mea commorabitur (Cant. I).» Myrrha plane species est aromatica, nimiae amaritudinis, qua mortuorum cadavera condiuntur, ne facile computrescant. Hinc est quod et ipsius Sponsi corpus a Nicodemo et Joseph de cruce depositum myrrha et aloe conditur, et linteis involutum sepulturae committitur (Joan. XIX). Quid ergo per myrrhae fasciculum, nisi multiplex mortificatio designatur? Non enim dicit: Surculus myrrhae, sed, fasciculus, inquit, myrrhae dilectus meus mihi. Ac si dicat: Quia in omni mea conversatione me mortifico et nullis jam propriae voluntatis operibus vivo, dilectus meus non mihi simplex factus est ramus, sed myrrhae fasciculus. Unde et praedicator eximius: «Ego, inquit, stigmata Jesu in corpore meo porto (Gal. VI).» Ad quam videlicet multiplicem mortificationem et nos secum hortatur, dicens: «Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut vita Jesu manifestetur in carne nostra mortali (II Cor. IV).» Ab eo namque quod corpore nostro circumferimus, nullam corporis partem vacuam reservamus. Ille ergo mortificationem Jesu in corpore suo circumfert qui de se sibi nihil relinquit, 237 qui non sibi, sed Christo in omnibus vivit cui certe se a voluntatibus propriis undique crucifigit. Hic itaque dilectus myrrhae fasciculus fit, quia in cunctis suis actionibus se velut exstinctum praebens, multiplicem quoddammodo mortificationis Christi manipulum colligit. Ubi et apte subjungitur: «Inter ubera mea commorabitur.» Nemo dubitat inter ubera pectoris esse locum cordis. Dilectus ergo inter sponsae ubera commorabitur, quia indeficiens ejus amor ac desiderium ex ejus memoria non deletur. Inter ubera mea commorabitur, tanquam diceret: Qui mihi fasciculus myrrhae factus est per amaritudinem passionis, inter ubera mea jugiter commorabitur per dulcedinem cordis: et qui extrinsecus per exemplum susceptae mortis exasperat, per infusam gratiam me intimae suavitatis obdulcat.

Caput IV.

Ex sermone in natali virginum.

dime dónde apacientas; esto es: Tú que eres el buen pastor, dónde haces pacer a tus ovejas; y tú mismo dónde te recuestas, esto es, dónde descansas en el ardor de la persecución y el fervor de nuestra tentación, ¿dwonde, ciertamente, sino en aquellos que no saben ceder a la furiosa demencia, y no sucumben débilmente a los intentos de la malicia que acecha? No inmerecidamente, pues, se llamaba hermosa esta esposa, porque Él descansaba deleitablemente en ella en el mismo punto de la persecución, Él que con la serenidad de su rostro lo clarifica todo.

Capítulo III.

En el sermón sobre las santas Flora y Lucila.

«Un manojito de mirra es mi amado para mí: entre mis pechos morará (Cant. I)». La mirra es claramente una especie aromática de excesivo amargor, con la que se condimentan los cadáveres de los muertos para que no se pudran fácilmente. De aquí es que el cuerpo del mismo Esposo, bajado de la cruz por Nicodemo y José, es condimentado con mirra y áloe, y envuelto en lienzos es entregado a la sepultura (Jn. XIX). ¿Qué se designa, pues, por el manojo de mirra sino la múltiple mortificación? Pues no dice: Un esqueje de mirra, sino un manojo, dice, de mirra es mi amado para mí. Como si dijera: Porque en toda mi conversación me mortifico y ya no vivo por ninguna obra de mi propia voluntad, mi amado no se ha hecho para mí una simple rama, sino un manojo de mirra. De donde también el eximio predicador: «Yo», dice, «llevo los estigmas de Jesús en mi cuerpo (Gál. VI)». A cuya múltiple mortificación, ciertamente, también nos exhorta con él, diciendo: «Llevando siempre la mortificación de Jesús en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (II Cor. IV)». Pues de aquello que llevamos en nuestro cuerpo, no reservamos ninguna parte del cuerpo vacía. Aquel, pues, lleva la mortificación de Jesús en su cuerpo que no deja nada de sí para sí, que no vive para sí sino para Cristo en todas las cosas, por quien ciertamente se crucifica por todas partes a sus propias voluntades. Aquí, pues, el amado se hace un manojo de mirra, porque en todas sus acciones ofreciéndose como extinto, recoge de algún modo un manojo múltiple de la mortificación de Cristo. Donde también se añade aptamente: «Entre mis pechos morará». Nadie duda de que entre los pechos del pecho está el lugar del corazón. El amado, pues, morará entre los pechos de la esposa, porque su infalible amor y deseo no se borra de su memoria. Entre mis pechos morará, como si dijera: El que se me ha hecho manojo de mirra por el amargor de la pasión, morará continuamente entre mis pechos por la dulzura del corazón: y el que exteriormente exaspera por el ejemplo de la muerte asumida, por la gracia infundida me endulza con íntima suavidad.

Capítulo IV.

De un sermón en el natalicio de las vírgenes.

«Ego sum lilium convallium (Cant. II).» Lilium plane se sponsus nominat propter niveum candorem mundissimae castitatis. Lilium non montium, sed convallium, quia pias eligit mentes humilium, non scopulos inhabitat superborum.

CAPUT V.

«Introduxit me rex in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem (Cant. II).» Non ait: Dedit quam non reperit, sed «ordinavit,» quam inordinatam invenit. Nonnulli namque in principali cordis sui loco habent uxores, filios, praedia, vel honores: in secundo autem quodammodo Deum ponunt, dum eum minus diligunt. Hi nimirum videntur quidem habere charitatem, sed inordinatam; nec illum servant ordinem charitatis quem Veritas ipsa disposuit, cum dicit: «Diliges Deum ex toto corde, hoc est maximum primumque mandatum, secundum autem simile est huic, ut diligas proximum (Matth. XXII).» Non ergo se jactet quis habere charitatem, si ordi nata non est; sicut nec etiam fidem, si sine operibus, ac per hoc otiosa est.

CAPUT VI.

«Laeva ejus sub capite meo et dextera illius amplexabitur me (Can. II).» Leva quippe subesse capiti dicitur, cum praesens vita a mente, quae cogitationum caput est, despecta calcatur. Dextrae vero amplexibus stringitur, quia solius aeternae vitae desideriis undique delectatur.

CAPUT VII.

«Surge, amica mea, sponsa mea, et veni, columba mea, in foraminibus petrae, et in caverna maceriae; ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis. Vox enim tua dulcis, et facies tua decora (Cant. II).» Anima quippe sancta jure Christi amica et sponsa vocatur; quia illi per fidem dilectionemque conjungitur. Sed haec sponsa quasi adhuc jacet, dum in mundanis actionibus implicatur; tunc surgit, cum 238 ad procinctum divinae servitutis erigitur. Ac si dicat: Quae in saecularis vitae mollitie jaces, jam surge, atque ad familiare contubernium meae contemplationis erige.

"Yo soy el lirio de los valles (Cant. II)." Claramente el Esposo se llama a sí mismo lirio por la blancura nívea de la purísima castidad. Lirio no de los montes, sino de los valles, porque elige las mentes piadosas de los humildes, no habita en los riscos de los soberbios.

CAPÍTULO V.

"El rey me introdujo en la bodega, ordenó en mí la caridad (Cant. II)." No dice: Dio lo que no encontró, sino "ordenó" lo que encontró desordenado. Pues algunos tienen en el lugar principal de su corazón a sus esposas, hijos, fincas u honores: pero en el segundo lugar, en cierto modo, ponen a Dios, mientras lo aman menos. Estos ciertamente parecen tener caridad, pero desordenada; ni guardan aquel orden de la caridad que la Verdad misma dispuso, cuando dice: "Amarás a Dios con todo tu corazón, este es el máximo y primer mandamiento, y el segundo es semejante a este, que amarás a tu prójimo (Matth. XXII)." Por lo tanto, no se jacte nadie de tener caridad si no está ordenada; así como tampoco de la fe, si es sin obras, y por ello está ociosa.

CAPÍTULO VI.

"Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará (Cant. II)." Pues se dice que la izquierda está bajo la cabeza cuando la vida presente es pisoteada, siendo despreciada por la mente, que es la cabeza de los pensamientos. Pero es apretada por los abrazos de la derecha, porque se deleita por todas partes solo en los deseos de la vida eterna.

CAPÍTULO VII.

"Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven, paloma mía, en los agujeros de la peña, y en la caverna del muro; muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos. Pues tu voz es dulce, y tu rostro decoroso (Cant. II)." Pues el alma santa con derecho es llamada amiga y esposa de Cristo; porque a Él se une por la fe y el amor. Pero esta esposa casi todavía yace, mientras se implica en las acciones mundanas; surge entonces, cuando es erigida para la disposición del servicio divino. Como si dijera: Tú que yaces en la molicie de la vida secular, levántate ya, y erígete al familiar compañerismo de mi contemplación.

«Columba mea, in foraminibus petrae.» Si, juxta Apostolum, «petra Christus est (I Cor. X),» foramina petrae vulnera sunt Redemptoris; quae profecto non casu quinque sunt, lanceae scilicet et clavorum; sed quia nos fueramus quinque sensuum vulneribus sauciati, per has quinque plagas saluti sumus perpetuae restituti. Istae siquidem portae erant, per quas die Sabbati propheta ne inferrentur onera gravia prohibebat. In his ergo foraminibus Dei columba consistit, quia sancta quaelibet anima totam propriae salutis spem in sui Redemptoris passione constituit. Ibi velut ab accipitris incursu defenditur, quia a cunctis malignorum spirituum insidiis custoditur. Ibi plane nidificat, quia illic fetus bonorum operum coacervat. De hac petra per Psalmistam dicitur: «Montes excelsi cervis, petra refugium herinaciis (Psal. CIII).» Quod autem additur: «In caverna maceriae,» solent ex lapidibus maceriae fieri ad custodiam vinearum; sicut per Isaiam dicitur: «Vinea facta est dilecto in cornu in loco uberi, et maceria circumdedit et circumfodit eam (Isa. V).» Quid ergo per maceriam lapidum, nisi praesidium et excubias intelligimus angelorum, quibus videlicet anima in certamine posita, dum vallatur atque circumdatur, a cunctis adversantium spirituum tentationibus custoditur? Porro quod sequitur: «Ostende mihi faciem tuam,» tunc anima coelesti sponso faciem suam ostendere dicitur, cum ejus speciem internis obtutibus quasi revelata facie contemplatur: «Sonet, inquit, vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis et facies tua decora.» O quam suave commercium! imo quam inenarrabilis dulcedo in humanis visceribus oritur, cum Creator et creatura alternis in se invicem affectibus delectantur, sicut per Prophetam dicitur: «Suavis sit ei laudatio mea, Ego vero delectabor in Domino!» (Psal. CIII.)

CAPUT VIII.

«En lectulum Salomonis, sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel (Cant. III).» Fortes enim lectulum Salomonis ambiunt, dum intimam pacifice Redemptoris nostri requiem sancti quique indefessa desiderii sedulitate custodiunt.

CAPUT IX.

"Paloma mía, en los agujeros de la peña." Si, según el Apóstol, "la peña es Cristo (I Cor. X)", los agujeros de la peña son las llagas del Redentor; las cuales ciertamente no son cinco por casualidad, a saber, de la lanza y de los clavos; sino porque nosotros habíamos sido heridos por las llagas de los cinco sentidos, por estas cinco llagas somos restituidos a la salud perpetua. Estas eran ciertamente las puertas, por las cuales en el día del Sábado el profeta prohibía que se introdujeran cargas pesadas. En estos agujeros, pues, la paloma de Dios consiste, porque cualquier alma santa constituye toda la esperanza de su propia salud en la pasión de su Redentor. Allí es defendida como del ataque de un halcón, porque es custodiada de todas las asechanzas de los espíritus malignos. Allí claramente anida, porque allí amontona los frutos de las buenas obras. De esta peña se dice por el Salmista: "Los montes excelsos para los ciervos, la peña refugio para los erizos (Psal. CIII)." Lo que se añade: "En la caverna del muro", suelen hacerse muros de piedras para la custodia de las viñas; como se dice por Isaías: "Se hizo una viña para mi amado en un cuerno en un lugar féltil, y un muro la rodeó y la cavó alrededor (Isa. V)." ¿Qué entendemos, pues, por el muro de piedras, sino el presidio y las guardias de los ángeles, por los cuales ciertamente el alma puesta en el certamen, mientras es amurallada y rodeada, es custodiada de todas las tentaciones de los espíritus adversarios? Además, lo que sigue: "Muéstrame tu rostro", entonces se dice que el alma muestra su rostro al esposo celestial, cuando contempla su belleza con miradas internas como con el rostro revelado: "Suene, dice, tu voz en mis oídos: pues tu voz es dulce y tu rostro decoroso." ¡Oh, qué dulce comercio! más aún, ¡qué inenarrable dulzura nace en las vísceras humanas, cuando el Creador y la criatura se deleitan alternativamente el uno en el otro con afectos, como se dice por el Profeta: "Sea dulce para Él mi alabanza, ¡yo en cambio me deleitaré en el Señor!" (Psal. CIII.)

CAPÍTULO VIII.

"He aquí el lecho de Salomón, sesenta fuertes lo rodean de los más fuertes de Israel (Cant. III)." Pues los fuertes rodean el lecho de Salomón, mientras todos los santos custodian el íntimo descanso de nuestro Redentor pacíficamente con infatigable diligencia de deseo.

CAPÍTULO IX.

«Oculi tui columbarum, absque eo quod intrinsecus latet (Cant. IV).» Isti sunt oculi de quibus Dominus in Evangelio: «Beati, inquit, mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt (Matth. V).» Absque eo quod intrinsecus latet. Quia licet sancti doctores nunc Creatorem suum per contemplationis gratiam aspiciunt, latet tamen adhuc magnum aliquid, ad quod in hac corruptibili carne humanae mentis acies non aspirat. Ubi mox sequitur: «Capilli tui sicut greges caprarum, quae ascenderunt de Galaad (Cant. IV).» Sicut enim per oculos, Ecclesiae doctores intelliguntur, qui ad videnda in inferioribus membris summa, ac specialia sunt praelati, sic etiam per capillos gregesque caprarum designantur simplices et subjecti; 239 qui nimirum, etsi prae simplicitate mystica quaeque ac summa non penetrant, multitudine tamen et comparatione sua sanctam Ecclesiam velut capilli caput exornant, quia plerumque pro peccato aufertur figura peccati. Galaad, acervus est testimonii. Per Galaad ergo Christum, cui sanctorum omnium multitudo perhibet testimonium. Per capillos vero, vel caprarum greges, multitudinem intelligimus subjectorum. Greges ergo caprarum ascendunt de monte Galaad, quia sanctorum omnium multitudo de Christo, quem sibimet faciunt fundamentum, conscendere satagunt excelsa virtutum. Unde colligere possumus quia quantum distat inter oculos et capillos, tantum fere in contemplationis studio inter praelatos distare debeat et subjectos, quatenus eorum qui sibi sunt commissi, spiritualibus studiis sint intenti, et videant non modo sibi, sed et illis.

CAPUT X.

«Dentes tui sicut grex tonsarum, quae ascenderunt de lavacro (Cant. IV).» Porro dentes Ecclesiae sancti noscuntur esse doctores; quorum primo dictum est: «Macta et manduca (Act. II).» Ac si diceret: Ab eo quod sunt, gladio Spiritus, hoc est, verbo praedicationis occide et in corpus transfer Ecclesiae. Dentes igitur sponsae, sunt doctores sancti, qui quoniam simplices per innocentiam sunt, et omnia relinquentes facultatum suarum velleribus sunt exuti, ac sacri baptismatis unda purificati, sicut grex tonsarum sunt, quae ascenderunt de lavacro.

CAPUT XI.

«Duo ubera tua sicut duo hinnuli capreae gemelli (Cant. IV).» Sicut enim duo ubera duo sunt Testamenta; ita duo hinnuli, duo populi sunt, Ecclesiae filii Judaicus scilicet et gentilis.

"Tus ojos son como de palomas, aparte de lo que se esconde intrínsecamente (Cant. IV)." Estos son los ojos de los cuales el Señor dice en el Evangelio: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Matth. V)". Aparte de lo que se esconde intrínsecamente. Porque aunque los santos doctores ahora contemplan a su Creador por la gracia de la contemplación, todavía se esconde algo grande, a lo cual en esta carne corruptible la agudeza de la mente humana no aspira. Donde sigue inmediatamente: "Tus cabellos como rebaños de cabras, que ascendieron de Galaad (Cant. IV)". Pues así como por los ojos se entiende a los doctores de la Iglesia, que están prelados para ver las cosas sumas y especiales en los miembros inferiores, así también por los cabellos y los rebaños de cabras se designa a los simples y a los súbditos; quienes ciertamente, aunque por su simplicidad no penetran todas las cosas místicas y sumas, sin embargo con su multitud y comparación adornan a la santa Iglesia como los cabellos a la cabeza, porque frecuentemente por el pecado se quita la figura del pecado. Galaad es montón de testimonio (acervus testimonii). Por Galaad, pues, entendemos a Cristo, a quien la multitud de todos los santos rinde testimonio. Por los cabellos, o los rebaños de cabras, entendemos la multitud de los súbditos. Los rebaños de cabras, pues, ascienden del monte Galaad, porque la multitud de todos los santos se esfuerza por ascender a las cumbres de las virtudes desde Cristo, a quien se hacen fundamento para sí mismos. De donde podemos colegir que cuanto dista entre los ojos y los cabellos, tanto casi en el estudio de la contemplación debe distar entre los prelados y los súbditos, a fin de que estén atentos a los estudios espirituales de aquellos que les han sido encomendados, y vean no solo para sí, sino también para ellos.

CAPÍTULO X.

"Tus dientes como rebaño de ovejas trasquiladas, que ascendieron del lavadero (Cant. IV)." Además, se sabe que los dientes de la Iglesia son los santos doctores; a quienes primero se dijo: "Mata y come (Act. II)". Como si dijera: De aquello que son, mátalos con la espada del Espíritu, esto es, con la palabra de la predicación, y trasfiérelos al cuerpo de la Iglesia. Los dientes de la esposa, pues, son los doctores santos, quienes, puesto que son simples por la inocencia, y dejando todas las cosas son despojados de los vellones de sus facultades, y purificados por el agua del sagrado bautismo, son como un rebaño de trasquiladas, que ascendieron del lavadero.

CAPÍTULO XI.

"Tus dos pechos como dos crías gemelas de corza (Cant. IV)." Pues así como los dos pechos son los dos Testamentos; así las dos crías son los dos pueblos, hijos de la Iglesia, a saber, el judío y el gentil.

Caput XII.

Ex sermone in natali virginum.

«Tota pulchra es, amica mea; tota pulchra (Cant. IV),» interius scilicet et exterius. Foris in perfectione clari operis, intrinsecus in munditia purissimae cogitationis.

Caput XIII.

In sermone de SS. Flora et Lucilla.

«Coronaberis de vertice Sanir, de capite Amana et Hermon, de cubilibus leonum, de montibus pardorum (Cant. IV).» Amana siquidem mons est Ciliciae, qui et Taurus a compluribus appellatur. Sanir vero et Hermon, Judaicae terrae montes sunt, in quibus leones et pardi habitare creduntur. Per hos ergo montes, reges et principes diversaeque mundi hujus intelligendae sunt potestates; quae velut montes in superbiae se cacumen attollunt et malignis spiritibus tanquam pardis atque leonibus habitaculum ferunt. Perversi quippe spiritus, leones vocantur propter crudelitatem; 240 pardi autem, quia hoc animal varii coloris est, propter deceptionis ac fraudis multimodam varietatem. De hls ergo montibus vel quaeque fidelis anima, vel sancta coronatur Ecclesia, quando saeculi principes convertit ad fidem, vel ad sanctae conversationis dirigit rectitudinem. Coronaberis autem, vel quia pro apportato eorum lucro remuneratur a Christo, vel ab eisdem, quibus antea premebatur, honoratur in saeculo. Coronatur, inquam, de cubilibus leonum et montibus pardorum, quando superbos quosque atque dolosos a sua pravitate convertit, et pro correctis eorum moribus aeterna praemia recipit.

Caput XIV.

Ex sermone in natali virginum.

«Surge, Aquilo, et veni, auster, perfla hortum meum, et fluent aromata illius (Cant. IV).» Quid per Aquilonem, qui nimirum ventus est frigidus, nisi persecutionis asperitas? Quid per austri tempora, nisi male blandientium remissio designatur? Sed inter utriusque persecutionis genera, inter utraque maligni spiritus argumenta ecclesiastici horti fluere jubentur aromata, quia fortis animus inter haec certamina deprehensus aperit quidquid virium, quidquid fidei, quidquid invictae fortitudinis eatenus occultavit, et velut aromata foras profluunt, dum ad humanam notitiam virtutes prodeunt ac piae opinionis odores longe lateque diffundunt.

Capítulo XII.

De un sermón en el natalicio de las vírgenes.

"Toda hermosa eres, amiga mía; toda hermosa (Cant. IV)", a saber, interior y exteriormente. Por fuera en la perfección de la obra clara, por dentro en la limpieza del pensamiento purísimo.

Capítulo XIII.

En un sermón sobre las santas Flora y Lucila.

"Serás coronada desde la cumbre de Senir, desde la cabeza de Amaná y Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos (Cant. IV)." Amaná ciertamente es un monte de Cilicia, que por muchos es llamado también Tauro. Pero Senir y Hermón son montes de la tierra judía, en los cuales se cree que habitan leones y leopardos. Por estos montes, pues, han de entenderse los reyes y príncipes y las diversas potestades de este mundo; las cuales, como montes, se elevan a la cima de la soberbia y ofrecen habitación a los espíritus malignos como a leopardos y leones. Pues los espíritus perversos son llamados leones por la crueldad; leopardos, en cambio, porque este animal es de color variado, por la multiforme variedad del engaño y el fraude. De estos montes, pues, o cualquier alma fiel o la santa Iglesia es coronada, cuando convierte a los príncipes del siglo a la fe, o los dirige a la rectitud de la santa conversación. Pero será coronada, o porque es remunerada por Cristo por el lucro aportado de ellos, o es honrada en el siglo por los mismos por quienes antes era oprimida. Es coronada, digo, desde las guaridas de los leones y los montes de los leopardos, cuando convierte a cualesquiera soberbios y engañosos de su depravación, y recibe premios eternos por sus costumbres corregidas.

Capítulo XIV.

De un sermón en el natalicio de las vírgenes.

«Levántate, Aquilón, y ven, austro, sopla por mi huerto, y fluyan sus aromas (Cant. IV)». ¿Qué se designa por el Aquilón, que ciertamente es un viento frío, sino la aspereza de la persecución? ¿Qué por los tiempos del austro, sino la remisión de los que halagan malvadamente? Pero entre ambos géneros de persecución, entre ambos argumentos del espíritu maligno, se manda que fluyan los aromas del huerto eclesiástico, porque el ánimo fuerte, atrapado entre estas luchas, abre cuanta fuerza, cuanta fe, cuanta invicta fortaleza ha ocultado hasta entonces, y como aromas fluyen hacia fuera, mientras las virtudes salen a la noticia humana y difunden a lo lejos y a lo ancho los olores de una piadosa opinión.

CAPUT XV.

«Ego dormio, et cor meum vigilat. Vox dilecti mei pulsantis: Aperi, soror mea, amica mea, columba mea, immaculata mea, quia caput meum plenum est rore et cincinni mei guttis noctium (Cant. V).»

Dicit Ecclesia: «Ego dormio, et cor meum vigilat;» quia videlicet sancta mens quo se a strepitu temporalis concupiscentiae comprimit, eo verius interna cognoscit; et tanto ad intima vigilat, quanto se ab exteriori inquietudine solerter occultat. Dormit itaque sponsa a negotiis et concupiscentia saeculi, sed apertos atque pervigiles tenet oculos in aestu amoris Dei. Sed quia non est hoc tempus plenae quietis, sed laboris potius atque certaminis, repente dilectus ostium pulsat, eamque ad procinctum conserendi belli suis exhortationibus excitat: «Vox inquit, dilecti mei pulsantis.» Pulsat dilectus, cum fideles suos provocat Christus aut ad suarum incrementa virtutum, aut certe ad lucrandas animas proximorum. «Aperi mihi, soror mea.» Soror utique, quia regni mei mihi cohaeres effecta, et in necessitudine mihi fraternae adoptionis ascita. «Amica mea,» quia de jugo servitutis erepta, cognovisti meae veritatis arcana. «Columba mea,» quia fellis amaritudine vacua, et Spiritus mei, qui in columba descendit, dono ditata. «Immaculata mea,» effusione mei sanguinis ab omni peccatorum tuorum labe purgata es. Aperi itaque mihi, hoc est, de quiete et otio dilectae tibi contemplationis egredere, et ad perhibendum veritati meae testimonium ferventissime te, et constanter impende «Quia caput meum plenum est rore, et cincinni mei guttis noctium.» Caput Christi Deus est, ut dicit Apostolus (I Cor. XI); cincinni vero intimae sanctorum cogitationes sunt; quae non laxae fluunt et dissolutae, sed timoris et amoris Dei sunt vinculo colligatae. Enimvero quid per rorem et guttas noctium, nisi tenebrosas et frigidas quorumdam reproborum mentes accipimus? Caput ergo sponsi in reprobis plenum est rore, cum saeculares quique a Dei charitate torpescunt et per voluptatum suarum lasciviam defluunt, juxta id quod Dominus dicit: «Abundabit iniquitas, et refrigescet charitas multorum (Matth. XXIV).» Hujusmodi plane cum sanctos Dei persequuntur et odiunt in illorum cordibus quasi cincinni sponsi guttis noctium pleni sunt; cumque tales multiplicantur et Ecclesiam persecutionibus aggravant, tunc Sponsus sponsam exhortatur ut surgat et studio praevaricationis valenter insistat.

CAPÍTULO XV.

«Yo duermo, y mi corazón vigila. Voz de mi amado que llama: Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de las gotas de las noches (Cant. V)».

Dice la Iglesia: «Yo duermo, y mi corazón vigila»; porque, evidentemente, la mente santa cuanto más se reprime del estrépito de la concupiscencia temporal, tanto más verdaderamente conoce las cosas internas; y tanto más vigila hacia lo íntimo, cuanto más solícitamente se oculta de la inquietud exterior. Duerme, pues, la esposa de los negocios y de la concupiscencia del siglo, pero tiene los ojos abiertos y siempre vigilantes en el ardor del amor de Dios. Pero porque este no es tiempo de pleno reposo, sino más bien de trabajo y de combate, de repente el amado llama a la puerta, y la incita a la preparación de entablar batalla con sus exhortaciones: «Voz, dice, de mi amado que llama». Llama el amado, cuando Cristo provoca a sus fieles o al incremento de sus virtudes, o ciertamente a ganar las almas de los prójimos. «Ábreme, hermana mía». Hermana ciertamente, porque has sido hecha coheredera mía de mi reino, y admitida en el vínculo de mi adopción fraterna. «Amiga mía», porque, arrancada del yugo de la servidumbre, has conocido los secretos de mi verdad. «Paloma mía», porque, vacía de la amargura de la hiel, y enriquecida con el don de mi Espíritu, que descendió en paloma. «Inmaculada mía», por la efusión de mi sangre has sido purgada de toda mancha de tus pecados. Ábreme, pues, a mí, esto es, sal del reposo y del ocio de la contemplación que te es querida, y entrégate fervorosa y constantemente a dar testimonio de mi verdad. «Porque mi cabeza está llena de rocío, y mis cabellos de las gotas de las noches». La cabeza de Cristo es Dios, como dice el Apóstol (I Cor. XI); pero los cabellos son los íntimos pensamientos de los santos; los cuales no fluyen sueltos y disueltos, sino que están ligados por el vínculo del temor y el amor de Dios. En verdad, ¿qué recibimos por el rocío y las gotas de las noches, sino las mentes tenebrosas y frías de algunos réprobos? La cabeza del esposo en los réprobos, pues, está llena de rocío, cuando todos los mundanos se entumecen de la caridad de Dios y se desvanecen por la lascivia de sus placeres, según lo que el Señor dice: «Abundará la iniquidad, y se enfriará la caridad de muchos (Matth. XXIV)». De esta clase claramente, cuando persiguen y odian a los santos de Dios, en sus corazones como si los cabellos del esposo estuvieran llenos de las gotas de las noches; y cuando tales se multiplican y agravan a la Iglesia con persecuciones, entonces el Esposo exhorta a la esposa a que se levante e insista valientemente en el celo contra la prevaricación.

Et sponsa ad eum: «Exspoliavi me, inquit tunica mea, quomodo induam illam?» (Cant. V.) Ac si dicat: Exui me curis et occupationibus saeculi et in solo me tuae contemplationis amore constrinxi quomodo nunc discursionis iter arripiam? quomodo strepitus et luctamen obloquentium feram? Quod autem tunica curas sollicitudinesque significet, ostendit Dominus cum dicit: «Qui in tecto est, non descendat tollere tunicam suam (Matth. XXV),» quod est aperte dicere: Qui sublimi contemplationis arce subnititur nequaquam descendat, ut iterum saecularis negotii occupationibus implicetur. «Lavi pedes meos, quomodo inquinabo illos?» (Cant. V.) id est, gressus mei operis ab aspersione terreni pulveris dignis poenitentiae fletibus ablui, quo pacto jam potero, nisi quibus assueta sum, coelestia meditari? Verumtamen postponit contemplationis requiem et ad fervorem obedientiae intrinsecus accensa mox perhibet, dicens: «Dilectus meus misit manum suam per foramen et venter meus intremuit ad tactum ejus (Ibid.).» Dilectus plane manum per foramen mittit et ventrem tangit, cum occulta Conditor inspiratione cor visitat atque ad agonem certaminis et sancti laboris inflammat. Nam quod venter cor significet, ostendit propheta cum dicit: «Ventrem meum doleo (Jer. IV);» quod profecto quid esset aperit, cum subjungit: «Sensus cordis mei dissipati sunt. Surrexi, ut aperirem dilecto meo (Cant. V).» Surgit, ut aperiat, quia promptissimo animo humiliter obediens calcat propriam, ut totis viribus voluntatem impleat mens sancta divinam.

Caput XVI.

In epistola ad Blancam et in sermone de SS. Flora et Lucilla.

«Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus; caput ejus aurum optimum (Cant. V).»

Dilectus siquidem candidus virginitate, rubicundus est passione. Candidus, quia dicit: «Ego lilium convallium (Cant. II);» rubicundus, de quo Joannes dicit: «Quia lavit nos a peccatis nostris in sanguine suo (Apoc. I).» Electus ex millibus, quia ex omnium sanctorum multitudine solus est, qui dignus fuit audire: «Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui (Matth. III, XII, XVII).» De quo et Salomon: «Virum inquit, de mille unum reperi (Eccl. VII).» Millenarius quippe numerus totius humani generis est intelligenda perfectio, in quo Salvator tanquam passer est unicus in aedificio: «Caput ejus aurum optimum;» quia «caput Christi Deus (I Cor. XI);» qui nimirum sicut aurum metallis, ita, licet incomparabiliter omnibus supereminei creaturis.

CAPUT XVII.

Y la esposa a él: «Me he despojado, dice, de mi túnica, ¿cómo me la pondré?» (Cant. V.) Como si dijera: Me he despojado de los cuidados y ocupaciones del siglo y me he limitado solo al amor de tu contemplación; ¿cómo emprenderé ahora el camino de la excursión? ¿cómo soportaré el estrépito y la lucha de los que hablan en contra? Pero que la túnica significa los cuidados y solicitudes, lo muestra el Señor cuando dice: «El que está en el tejado, no baje a tomar su túnica (Matth. XXV)», lo cual es decir abiertamente: El que se apoya en la sublime alcázar de la contemplación, de ninguna manera baje para implicarse de nuevo en las ocupaciones del negocio secular. «He lavado mis pies, ¿cómo los mancharé?» (Cant. V.) es decir, he lavado los pasos de mi obra de la aspersión del polvo terreno con dignos llantos de penitencia, ¿de qué modo podré ya, sino en las cosas a que estoy acostumbrada, meditar las celestiales? Sin embargo, pospone el reposo de la contemplación y, encendida interiormente al fervor de la obediencia, pronto se ofrece diciendo: «Mi amado metió su mano por el agujero y mi vientre tembló a su tacto (Ibid.)». Claramente el amado mete la mano por el agujero y toca el vientre, cuando el Creador con oculta inspiración visita el corazón e inflama al agón del combate y del santo trabajo. Pues que el vientre significa el corazón, lo muestra el profeta cuando dice: «Me duele mi vientre (Jer. IV)»; lo cual ciertamente revela qué era, cuando añade: «Los sentidos de mi corazón están disipados. Me levanté para abrir a mi amado (Cant. V)». Se levanta para abrir, porque la mente santa, humildemente obediente con el ánimo muy pronto, pisa su propia voluntad para cumplir con todas sus fuerzas la divina.

Capítulo XVI.

En una epístola a Blanca y en un sermón sobre las santas Flora y Lucila.

«Mi amado es blanco y rubicundo, elegido entre miles; su cabeza es oro finísimo (Cant. V)».

El amado ciertamente es blanco por la virginidad, rubicundo por la pasión. Blanco, porque dice: «Yo soy el lirio de los valles (Cant. II)»; rubicundo, de quien dice Juan: «Porque nos lavó de nuestros pecados en su sangre (Apoc. I)». Elegido entre miles, porque de la multitud de todos los santos él es el único que fue digno de oír: «Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido (Matth. III, XII, XVII)». De quien también Salomón: «Un hombre, dice, entre mil he hallado (Eccl. VII)». El número mil ha de entenderse como la perfección de todo el género humano, en el cual el Salvador es como un único gorrión en el edificio: «Su cabeza es oro finísimo»; porque «la cabeza de Cristo es Dios (I Cor. XI)»; el cual ciertamente así como el oro sobresale entre los metales, así, aunque incomparablemente, descuella sobre todas las criaturas.

CAPÍTULO XVII.

«Oculi ejus sicut columbae super rivos aquarum, quae lacte sunt lotae, et resident juxta fluenta plenissima (Cant. V).»

Sancti quippe doctores Ecclesiae juxta fluenta plenissima resident Scripturarum, ex quibus nimirum exuberantem ipsi verae sapientiae gurgitem hauriunt, et auditoribus suis mysterii coelestis arcana transfundunt.

Caput XVIII.

In sermone de S. Joanne apostolo et evangelista.

«Venter ejus eburneus, distinctus sapphiris (Cant. V).»

In membris nempe humani corporis, vix aliquid ventre fragilius sive tenerius invenitur; ideoque per ventrem, recte fragilitas in Christo assumptae humanitatis accipitur. Ebur autem os est elephantis, quod videlicet animal fertur esse castissimum frigidissimaeque naturae. Venter ergo sponsi eburneus est, quia suscepta Redemptoris humanitas ab omni peccatorum contagio casta prorsus et inviolata permansit. Siquidem «peccatum non fecit, nec dolus inventus est in ore ejus (I Petr. II).» Sapphirus autem lapis est sereni coeli colorem habens. Unde et in visione Domini dicitur: «Erat sub pedibus ejus quasi opus lapidis sapphiri, et quasi coelum cum serenum est (Exod. XXIV).» Per sapphiros ergo opera divinitatis intelliguntur, quae in carne Dominus ostendebat. Venter ergo sponsi distinctus erat sapphiris, quia Christi humanitas divinis virtutibus refulgebat. Nec plenus esse sapphiris dicitur, sed distinctus; ita videlicet ut inter sapphiros candor eboris appareret, quia sic Dominus ex parte assumpti hominis operabatur humana, ut aliquando nihilominus ex parte deitatis ostenderet et divina. Nam esurire, fleere, postremo crucifigi et mori, humanitatis erant opera; miracula vero facere, et non solum alios, sed semetipsum etiam a mortuis suscitare evidentissima erant divinitatis indicia.

CAPUT XIX.

«Guttur illius suavissimum (Cant. V),» quia suorum melliflua suavitate verborum mentes audientium obdulcantur. «Quam dulcia, inquit, faucibus meis eloquia tua; super mel et favum ori meo!» (Psal. CXVIII.) Totus etiam desiderabilis; quia in eo, testante Petro, desiderant angeli prospicere (I Petr. I):» vel quia humanitatis ejus omne mysterium, desiderium accendit in mentibus electorum; ut eos videlicet non modo resurrectionis gloria provocet, sed ad imitationis exemplum ipsa quoque ignominia passionis invitet. Desiderabilis est, quia praeclarus atque conspicuus est in singulari nativitate, in vivifica morte, in gloriosa resurrectione, in triumphali ascensione; desiderabilis est dum loquitur, dum mirabilia operetur.

«Sus ojos son como palomas sobre los arroyos de las aguas, las cuales están lavadas con leche, y residen junto a las corrientes plenísimas (Cant. V)».

Ciertamente los santos doctores de la Iglesia residen junto a las corrientes plenísimas de las Escrituras, de las cuales evidentemente ellos mismos extraen el exuberante torbellino de la verdadera sabiduría, y trasvasan los secretos del misterio celestial a sus oyentes.

Capítulo XVIII.

En un sermón sobre san Juan apóstol y evangelista.

«Su vientre es de marfil, distinguido con zafiros (Cant. V)».

Entre los miembros del cuerpo humano, apenas se encuentra nada más frágil o tierno que el vientre; y por ello, por el vientre se recibe rectamente la fragilidad de la humanidad asumida en Cristo. Pero el marfil es el hueso del elefante, animal que ciertamente se dice que es castísimo y de naturaleza muy fría. El vientre del esposo, pues, es de marfil, porque la humanidad asumida del Redentor permaneció totalmente casta e inviolada de todo contagio de pecados. Pues «no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca (I Petr. II)». Pero el zafiro es una piedra que tiene el color del cielo sereno. Por lo cual también en la visión del Señor se dice: «Había bajo sus pies como una obra de piedra de zafiro, y como el cielo cuando está sereno (Exod. XXIV)». Por los zafiros, pues, se entienden las obras de la divinidad, que el Señor mostraba en la carne. El vientre del esposo, pues, estaba distinguido con zafiros, porque la humanidad de Cristo refulgía con virtudes divinas. Ni se dice que estuviera lleno de zafiros, sino distinguido; de tal modo, evidentemente, que entre los zafiros apareciera la blancura del marfil, porque así el Señor, por parte del hombre asumido, obraba cosas humanas, de modo que a veces, sin embargo, por parte de la deidad mostrara también las divinas. Pues tener hambre, llorar, finalmente ser crucificado y morir, eran obras de la humanidad; pero hacer milagros, y resucitar de entre los muertos no solo a otros, sino también a sí mismo, eran indicios evidentísimos de la divinidad.

CAPÍTULO XIX.

«Su garganta es suavísima (Cant. V)», porque con la meliflua suavidad de sus palabras se endulzan las mentes de los oyentes. «¡Cuán dulces, dice, son tus palabras a mi paladar; más que la miel y el panal a mi boca!» (Psal. CXVIII.) También todo él es deseable; porque en él, como atestigua Pedro, los ángeles desean mirar (I Petr. I):» o porque todo el misterio de su humanidad enciende el deseo en las mentes de los elegidos; de modo que, evidentemente, no solo la gloria de la resurrección los provoque, sino que la misma ignominia de la pasión los invite al ejemplo de la imitación. Es deseable, porque es preclaro y conspicuo en su singular nacimiento, en su muerte vivificante, en su gloriosa resurrección, en su triunfal ascensión; es deseable mientras habla, mientras obra maravillas.

Caput XX.

In homilia de nativitate B. virginis Mariae.

«Descendi in hortum nucum, ut viderem poma convallium, et inspicerem si floruisset vinea et germinassent mala punica (Cant. VI).»

Malum quippe punicum amaro quidem cortice tegitur, sed dulcis in ejus granulis suavitas occultatur. Sunt autem nonnulli, qui dum per afflictionis amaritudinem crucem Christi assidue patiuntur in corpore, dulcedine contemplationis intimae reficiuntur in mente. Mala ergo sponsi vinea germinat, quia tales parere sancta Ecclesia nunquam cessat. De hac eadem vinea in eisdem Canticis sponsa ad sponsum loquitur, dicens: «Mane surgamus ad vineam, videamus si floruit vinea, si flores fructus parturiunt, si floruerunt mala punica (Cant. VII).» Hujus vineae ille vindemiator exstitit, qui in torculari passionis suae pressus, mysticos nobis divini eloquii sensus aperuit, et vino nos evangelicae gratiae propinavit. De quo videlicet vino sponsae voce ad sponsum iterum dicitur: «Guttur tuum sicut vinum optimum, dignum dilecto meo ad potandum (Ibid.).»

Caput XXI.

In sermone de S. Marco evangelista.

«Nescivi; anima mea conturbavit me propter quadrigas Aminadab (Cant. VI).» Vox est Synagogae quae, videns tantam sanctae Ecclesiae gratiam esse collatam, dolet se tardius recepisse fidem, eo quod Evangelii non agnoverit veritatem. Aminadab autem abnepos Judae fuisse cognoscitur; qui in genealogia Domini cum patribus numeratur. Interpretatur autem Aminadab populi mei spontaneus; ideoque non incongrue significat Christum, qui populi sui spontaneus fuit, quia, cum Deus esset, sponte factus est homo; qui enim non necessitate, sed sola bonitate nos condidit propria nihilominus voluntate redemit. Unde et Jacobus ait: «Voluntarie genuit nos verbo veritatis (Jac. I).» Spontaneus ergo factus est populi sui, quia quem a se humana pravitas repulit, sola voluntas divinae gratiae redonavit. Quadriga vero Aminadab, Christi est Evangelium, concordissima quatuor evangelistarum diversitate compactum. Quam sane quadrigam Christus auriga disponit et quadrifidam mundi machinam agillima praedicationis celeritate percurrit, sicut per Psalmistam dicitur: «Qui emittit eloquium suum terrae, velociter currit sermo ejus (Psal. CXLVII).»

Capítulo XX.

En una homilía sobre el nacimiento de la Bienaventurada Virgen María.

«Descendí al huerto de los nogales, para ver los frutos de los valles, y para mirar si había florecido la viña y si habían brotado las granadas (Cant. VI)».

Ciertamente la granada está cubierta por una corteza amarga, pero en sus granos se oculta una dulce suavidad. Hay algunos, sin embargo, que mientras sufren asiduamente la cruz de Cristo en el cuerpo por la amargura de la aflicción, son refrescados en la mente por la dulzura de la contemplación íntima. Brota, pues, la viña de las granadas del esposo, porque la santa Iglesia nunca cesa de parir a tales. De esta misma viña habla la esposa al esposo en los mismos Cánticos, diciendo: «Madruguemos para ir a la viña, veamos si ha florecido la viña, si las flores producen frutos, si han florecido las granadas (Cant. VII)». Aquel existió como vendimiador de esta viña, quien, prensado en el lagar de su pasión, nos abrió los sentidos místicos de la palabra divina, y nos dio a beber el vino de la gracia evangélica. De cuyo vino, evidentemente, se dice de nuevo al esposo con la voz de la esposa: «Tu garganta es como el mejor vino, digno de mi amado para beber (Ibid.)».

Capítulo XXI.

En un sermón sobre san Marcos evangelista.

«No supe; mi alma me turbó por las cuadrigas de Aminadab (Cant. VI)». Es la voz de la Sinagoga que, viendo que se ha conferido tan grande gracia a la santa Iglesia, se duele de haber recibido la fe demasiado tarde, por el hecho de no haber reconocido la verdad del Evangelio. Pues se sabe que Aminadab fue tataranieto de Judá; el cual es contado en la genealogía del Señor con los padres. Se interpreta, además, Aminadab como "espontáneo de mi pueblo"; y por ello no incongruentemente significa a Cristo, que fue espontáneo de su pueblo, porque, siendo Dios, espontáneamente se hizo hombre; pues quien no por necesidad, sino por sola bondad nos fundó, asimismo por su propia voluntad nos redimió. Por lo cual también Santiago dice: «Voluntariamente nos engendró por la palabra de verdad (Jac. I)». Espontáneo, pues, se hizo de su pueblo, porque a quien la depravación humana rechazó de sí, la sola voluntad de la gracia divina lo restituyó. Pero la cuadriga de Aminadab es el Evangelio de Cristo, compactado con la muy concordante diversidad de los cuatro evangelistas. Cuya cuadriga ciertamente Cristo como auriga dispone y recorre la cuadrifida máquina del mundo con agilísima celeridad de predicación, como se dice por el Salmista: «El que envía su palabra a la tierra, velozmente corre su palabra (Psal. CXLVII)».

Videns ergo Synagoga repente gratiam Evangelicae praedicationis erumpere cunctasque mundi provincias agiliter pervolare, subito turbata conqueritur quod sola in sua perfidia, conversis ad fidem gentibus, deseratur: «Nescivi, inquiens, turbavit me anima mea propter quadrigas Aminadad.»

CAPUT XXII.

«Umbilicus tuus crater tornatilis nunquam indigens poculis (Cant. VII).» Umbilicus autem fragilissima pars corporis est. Quid ergo per Ecclesiae designatur umbilicum, nisi coetus infirmorum atque debilium? Quid vero per craterem, nisi praedicatorum intelligimus ordinem? Qui nimirum mentibus auditorum coelestis doctrinae vina propinant easque poculis sanctae praedicationis inebriant. Umbilicus ergo Ecclesiae crateri merito comparatur, quia plerumque debilis et infirmus quilibet vas doctrinae coelestis efficitur, qui non indiget poculis, quia coelestis eloquii non desinit irriguus esse fluentis. Unde bene crater hic tornatilis dicitur; torno siquidem quis facilius operatur. Expeditius enim saepe atque in offense in sancta praedicatione discurrunt, qui praedicationis gratiam non suo studio, sed divinitus acceperunt. Hanc praedicationis gratiam viris simplicibus, sive sanctis mulieribus tribuendam illa Samson victoria figuravit, qua videlicet mandibulam asini fervefactus arripiens, mille Philistinorum viros occidit.

CAPUT XXIII.

«Comae capitis tui, ut purpura regis juncta canalibus (Cant. VII).» Sicut per caput intelligimus mentem, ita per comas capitis non inconvenienter accipimus cogitationes. Sicut enim capilli de vertice prodeunt, ita cogitationes ex mente procedunt. Purpureus vero color, quia sanguinis habet speciem, quid per mysterium, nisi Dominicam innuit passionem. Quid vero canales, nisi sanctorum significant mentes? Sicut enim in canalibus conchiliorum sanguis effunditur, ut in purpureum colorem lana vertatur, sic in sanctorum mentibus Dominicae passionis cruor assidua meditatione recolitur, et ita quodammodo pia quaelibet anima sanguine tingitur, ut aeterni Regis purpuram imitetur. Hoc nimirum modo efficimur Salvatori nostro conformes, ut simus etiam merito postmodum cohaeredes.

CAPUT XXIV.

«Quam pulchra es et decora, charissima, in deliciis; statura tua assimilata est palmae (Cant. VII).»

Viendo, pues, la Sinagoga que de repente estalla la gracia de la predicación evangélica y vuela ágilmente por todas las provincias del mundo, súbitamente turbada se queja de que ella sola sea abandonada en su perfidia, habiéndose convertido a la fe las gentes: «No supe, diciendo, me turbó mi alma por las cuadrigas de Aminadab».

CAPÍTULO XXII.

«Tu ombligo es un cráter torneado que nunca carece de copas (Cant. VII)». Pues el ombligo es la parte más frágil del cuerpo. ¿Qué se designa, pues, por el ombligo de la Iglesia, sino la asamblea de los enfermos y débiles? ¿Qué, en cambio, por el cráter, sino que entendemos el orden de los predicadores? Quienes ciertamente ofrecen a las mentes de los oyentes los vinos de la doctrina celestial y los embriagan con las copas de la santa predicación. El ombligo de la Iglesia, pues, se compara merecidamente al cráter, porque muchas veces cualquier débil e enfermo se convierte en vaso de la doctrina celestial, que no carece de copas, porque no cesa de estar regado por los flujos de la elocuencia celestial. Por lo cual bien se dice que este cráter es torneado; ya que con el torno se trabaja más fácilmente. Pues a menudo recorren la santa predicación más expeditamente y sin tropiezo aquellos que han recibido la gracia de la predicación no por su propio estudio, sino divinamente. Aquella victoria de Sansón figuró esta gracia de la predicación que se ha de conceder a los hombres sencillos, o a las santas mujeres, por la cual ciertamente, enfervorizado, arrebatando la quijada de un asno, mató a mil hombres filisteos.

CAPÍTULO XXIII.

«Los cabellos de tu cabeza, como la púrpura del rey unida a los canales (Cant. VII)». Así como por la cabeza entendemos la mente, así por los cabellos de la cabeza no inconvenientemente recibimos los pensamientos. Pues así como los cabellos salen de la cima [de la cabeza], así los pensamientos proceden de la mente. Pues el color purpúreo, porque tiene la apariencia de la sangre, ¿qué insinúa por misterio, sino la pasión del Señor? Pero ¿qué significan los canales, sino las mentes de los santos? Pues así como en los canales se derrama la sangre de los moluscos, para que la lana se convierta en color purpúreo, así en las mentes de los santos se recuerda la sangre de la pasión del Señor con asidua meditación, y así de algún modo cualquier alma piadosa se tiñe de sangre, para imitar la púrpura del Rey eterno. De este modo ciertamente somos hechos conformes a nuestro Salvador, para que seamos también merecidamente después coherederos.

CAPÍTULO XXIV.

«¡Qué hermosa eres y qué decorosa, carísima, en delicias; tu estatura se ha asimilado a una palmera (Cant. VII)!»

Mens quippe sancta charissima in deliciis dicitur, quia, dum persecutionibus attrita foris affligitur, piis aestuans desideriis suavitatis intimae dulcedine recreatur. Cujus statura palmae similis dicitur, quia sicut non vitiorum titillantium flatibus, ita nec persecutionum quarumlibet terroribus inclinatur; dumque eam persequentium rabies, velut impactis minarum arietibus pulsat, illa fundamento invictae fidei constanter innixa, revera stans et supereminens, insuperabilis perseverat. Nequaquam illi similis, cui per prophetam de malignis spiritibus dicitur: Quia, «humiliaverunt te et dixerunt animae tuae: Incurvare ut transeam (Isa. LI);» sed illud potius servans, quod filiis Israel Dominus ait: «Ego sum Lord God, qui eripui vos de ergastulo Aegyptiorum, ut incederetis recti.» Et quoniam palma solet manum ornare victricem, recte sancta et insuperabilis anima palmae esse similis perhibetur, quia per omnem sui certaminis cursum peractae victoriae praemium meditatur, atque idcirco floccipendit omne quod in infirmis tolerat, quia erecta velut palma, id quod in coelestibus aspicit, firmiter sperat.

Caput XXV.

In sermone de inventione S. crucis.

«Dixi, inquit ad sponsam sponsus: Ascendam in palmam et apprehendam fructus ejus, et erunt ubera tua, sicut botri vineae; odores tui, sicut malorum; guttur tuum, sicut vinum optimum (Cant. VII).» Fructus nempe crucis omnes electi sunt. Ascendit igitur Dominus in palmam et apprehendit fructus ejus, quia mox ut in cruce pro nostra salute pependit, omnes electos ad semetipsum per amoris desiderium traxit. Et tunc sancta Ecclesia per duorum Testamentorum ubera spiritualis coepit laetitiae vina diffluere, atque odorem coelestis concupiscentiae humanarum mentium naribus inspirare; ut incitata ad sequendum, mens nostra sibi gratulans dicat: «Trahe me post te, curremus in odorem unguentorum tuorum (Cant. I).

CAPUT XXVI.

«Sub arbore malo suscitavi te (Cant. VIII).» Cum dilectae suae sponsus praemisisset: «Sub arbore malo suscitavi te:» consequenter adjunxit: «Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum (Ibid.);» ac si dicat: Quia ego te in tantum dilexi, ut per mortem crucis te mortuam suscitarem, tu etiam me alterutrum dilige, meque interius non modo cogitationibus sed et operibus, velut integri atque perfecti amoris signaculum pone.

Ciertamente la mente santa es llamada carísima en delicias, porque, mientras es afligida fuera, desgastada por las persecuciones, ardiendo en piadosos deseos se recrea con la dulzura de la suavidad íntima. Cuya estatura se dice semejante a la palmera, porque así como no se inclina por los soplos de los vicios que titilan, así tampoco por los terrores de cualesquiera persecuciones; y mientras la rabia de los que la persiguen la golpea, como con arietes de amenazas impactados, ella, apoyada constantemente en el fundamento de la fe invicta, verdaderamente en pie y sobresaliendo, persevera insuperable. De ninguna manera semejante a aquella a quien se dice por el profeta sobre los espíritus malignos: Porque «te humillaron y dijeron a tu alma: Inclínate para que pase (Isa. LI)»; sino más bien guardando aquello que el Señor dijo a los hijos de Israel: «Yo soy el Señor Dios, que os arranqué de la prisión de los egipcios, para que caminarais rectos». Y puesto que la palma suele adornar la mano victoriosa, rectamente se presenta el alma santa e insuperable como semejante a la palmera, porque por todo el curso de su combate medita el premio de la victoria consumada, y por ello estima en nada todo lo que tolera en las cosas ínfimas, porque erguida como una palmera, espera firmemente aquello que contempla en las celestiales.

Capítulo XXV.

En el sermón sobre la invención de la Santa Cruz.

«Dije», dice el esposo a la esposa: «Subiré a la palmera y aprehenderé sus frutos, y tus ubres serán como racimos de vid; tus olores como los de las manzanas; tu garganta como el mejor vino (Cant. VII)». Pues todos los elegidos son los frutos de la cruz. Subió, pues, el Señor a la palmera y aprehendió sus frutos, porque tan pronto como colgó en la cruz por nuestra salvación, atrajo a todos los elegidos hacia sí mismo por el deseo del amor. Y entonces la santa Iglesia, por las ubres de los dos Testamentos, comenzó a derramar los vinos de la alegría espiritual, y a inspirar el olor de la concupiscencia celestial en las narices de las mentes humanas; para que incitada a seguir, nuestra mente diga felicitándose a sí misma: «Atráeme en pos de ti, correremos al olor de tus ungüentos (Cant. I)».

CAPÍTULO XXVI.

«Bajo el manzano te desperté (Cant. VIII)». Cuando el esposo hubo dicho a su amada: «Bajo el manzano te desperté», añadió consecuentemente: «Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Ibíd.)»; como si dijera: Porque yo te amé tanto que por la muerte de la cruz te desperté de la muerte, ámame tú también a cambio, y ponme en tu interior como un sello de amor íntegro y perfecto, no solo en tus pensamientos sino también en tus obras.

Nam arborem malum debemus Dominicam crucem accipere; cui videlicet arbori ipsum alibi Christum comparat, dicens: «Sicut malus inter ligna silvarum, sic dilectus meus inter filios (Cant. II).» Arbor ergo mali crux est Christi, per quam suscitata est anima, a mortis scilicet aeternae vinculis absoluta. «Pone me, inquit, ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum (Cant. VIII).» 246 Quid per cor, nisi cogitationem? Quid per brachium, nisi operis debemus intelligere fortitudinem? Christum ergo tanquam signaculum cordi nostro debemus imprimere, ut nulla haec valeat hostilis irruptio violare. Christum etiam operibus nostris debemus insculpere, ut, per omne quod agimus, crucifixi nos praeceptoris discipulos demonstremus.

Caput XXVII.

In epistola ad Blancam, et in sermone de sancto Cassiano.

«Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum (Cant. VIII).» Saepe nos ob rei memoriam, quam oblivioni tradere nolumus, digito nostro, vel brachio signum aliquod innodamus, ut, dum signum frequenter attenditur, res, quam intercidere potuisset oblivio, jugiter in memoria teneatur. Quisquis autem Christum quasi amat, sed operari bona dissimulat, jam quodammodo sponsum super cor signaculum posuit. Quisquis vero bonis operibus videtur intentus, sed a divini amoris torpet incendio frigidus, jam iste sanctitatis imaginem super brachium posuit, sed adhuc in corde Christi signaculum non expressit. Ut ergo sancta anima Christi charactere utrobique signetur, eum in corde suo signaculum ponat, ut amoris ejus facibus medullitus inardescat. Ponat etiam consequenter in brachio, ut piis operibus valenter insistat. Signaculum Paulus in corpore suo velut in brachio Jesum posuerat, cum dicebat: «Ego stigmata Jesu in corpore meo porto (Gal. VI).» Signaculum super cor posuerat, cum alibi gratulabundus aiebat: «Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est et ego mundo (Ibid.).» Cujus sane stigmata expressa gerebat in corpore, ejus se signaculum habere gloriabatur in mente. Porro autem et ipse coelestis Sponsus electum quemque suum sibi signaculum ponit eumque grata vice tanquam ne de memoria deleatur, attendit: Juxta quod Zorobabel duci Judaeae pollicetur, dicens: «In illa die suscipiam te, Zorobabel serve meus, et ponam te sicut signaculum in conspectu meo (Agg. II).» Et contra de quodam reprobo rege Dominus dicit: «Si fuerit Jechonias annulus dexter in manu mea, inde evellam eum (Jer. XXII).»

Pues debemos tomar el manzano como la cruz del Señor; con el cual árbol compara a Cristo mismo en otro lugar, diciendo: «Como el manzano entre los árboles de los bosques, así es mi amado entre los hijos (Cant. II)». Por lo tanto, el manzano es la cruz de Cristo, por la cual fue despertada el alma, a saber, absoluta de los vínculos de la muerte eterna. «Ponme», dice, «como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Cant. VIII)». 246 ¿Qué debemos entender por el corazón, sino el pensamiento? ¿Qué por el brazo, sino la fortaleza de la obra? Por lo tanto, debemos imprimir a Cristo como un sello en nuestro corazón, para que ninguna irrupción hostil pueda violarlo. También debemos esculpir a Cristo en nuestras obras, para que, por todo lo que hacemos, nos demostremos discípulos del Maestro crucificado.

Capítulo XXVII.

En la epístola a Blanca, y en el sermón sobre san Casiano.

«Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo (Cant. VIII)». A menudo, para recordar algo que no queremos entregar al olvido, atamos alguna señal en nuestro dedo o en nuestro brazo, para que, mientras la señal se observa con frecuencia, aquello que el olvido podría haber interrumpido, se mantenga continuamente en la memoria. Ahora bien, quienquiera que ama a Cristo, por así decir, pero disimula el obrar el bien, ya de algún modo ha puesto al esposo como un sello sobre el corazón. Pero quienquiera que parece atento a las buenas obras, pero yace frío y torpe ante el incendio del amor divino, ya este ha puesto la imagen de la santidad sobre el brazo, pero aún no ha impreso el sello de Cristo en el corazón. Para que, pues, el alma santa sea marcada con el carácter de Cristo en ambas partes, póngalo como sello en su corazón, para que se encienda hasta la médula con las teas de su amor. Póngalo también consecuentemente en el brazo, para que insista valientemente en las obras piadosas. Pablo había puesto a Jesús como sello en su cuerpo como si fuera en su brazo, cuando decía: «Yo llevo los estigmas de Jesús en mi cuerpo (Gál. VI)». Había puesto el sello sobre el corazón, cuando en otro lugar decía congratulándose: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo (Ibíd.)». Ciertamente, de aquel cuyos estigmas llevaba expresados en el cuerpo, se gloriaba de tener su sello en la mente. Por lo demás, también el mismo Esposo celestial pone a cada uno de sus elegidos como sello para sí y, en un grato intercambio, como para que no se borren de la memoria, los atiende: según lo que se promete a Zorobabel, duque de Judea, diciendo: «En aquel día te tomaré, Zorobabel siervo mío, y te pondré como un sello en mi presencia (Ageo II)». Y por el contrario, sobre cierto rey réprobo dice el Señor: «Si Jeconías fuera un anillo en mi mano derecha, de allí lo arrancaría (Jer. XXII)».

Expliciunt testimonia de Canticis canticorum.

INCIPIUNT CAPITULA LIBRI SAPIENTIAE.

1. Quod benignus est spiritus sapientiae.
2. Dum medium silentium tenerent omnia.

Expliciunt capitula.

247 INCIPIUNT TESTIMONIA LIBRI SAPIENTIAE.

CAPUT PRIMUM. In libro GRATISSIMO.

«Benignus est enim Spiritus sapientiae, et non liberabit maledictum a labiis suis (Sap. I).» Benignus namque Spiritus sanctus congrue dicitur, quia mala merentibus bona retribuit, et dignis supplicio gratiae suae munus impertit. Quis autem hoc loco maledicti nomine, nisi Redemptor noster debet intelligi, qui ut nos a maledictionis vinculo solveret, ipse non respuit maledictionibus subjacere? Unde et Paulus dicit: «Christus, inquit, nos redemit de maledicto legis, factus pro nobis maledictum quia scriptum est: Maledictus omnis qui pendet in ligno (Gal. III), ut in gentibus benedictio Abrahae fieret in Christo Jesu, ut pollicitationem Spiritus accipiamus per fidem (Deut. XXI).» Benignus ergo Spiritus sanctus non liberavit maledictum a labiis suis, quia cuncta Dominicae passionis mortisque supplicia, quae de Christo per ora prophetarum ante praedixerat, congruo tempore per exhibitionem operum efficaciter adimplevit. Tunc enim quodammodo a suis cum labiis liberaret, si quod de illo propheticis enuntiaret oraculis, per rerum ordinem non implevisset. Ubi notandum quam profunde, quam mystice simul congruat doctoris utriusque sententia. Quod enim unus dixit quia Spiritus non liberabit maledictum a labiis suis, hoc est, quod alter asseruit, ut pollicitationem Spiritus accipiamus per fidem; atque ut ostendat vir Sapiens, de quo maledicto loqueretur, praemissa sententia protinus addidit: «Quoniam renum illius testis est Deus, et cordis illius scrutator est verus et linguae illius auditor (Sap. I).»

Terminan los testimonios del Cantar de los cantares.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE LA SABIDURÍA.

1. Que es benigno el espíritu de la sabiduría.
2. Mientras todas las cosas mantenían un silencio medio.

Terminan los capítulos.

247 COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LA SABIDURÍA.

*CAPÍTULO PRIMERO. En el libro *Gratissimus*.*

«Porque benigno es el Espíritu de la sabiduría, y no librará al maldito (*maledictum*) de sus labios (Sab. I)». Pues el Espíritu Santo es llamado convenientemente benigno, porque retribuye bienes a quienes merecen males, e imparte el don de su gracia a los dignos de suplicio. ¿Quién debe ser entendido en este lugar por el nombre de «maldito», sino nuestro Redentor, quien, para soltarnos del vínculo de la maldición, no rechazó someterse él mismo a las maldiciones? De donde también dice Pablo: «Cristo», dice, «nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición; porque escrito está: Maldito todo el que cuelga en un madero (Gál. III), para que en los gentiles la bendición de Abraham se hiciera en Cristo Jesús, para que recibamos la promesa del Espíritu por la fe (Deut. XXI)». Por lo tanto, el benigno Espíritu Santo no libró al maldito de sus labios, porque cumplió eficazmente en el tiempo congruo, por la exhibición de las obras, todos los suplicios de la pasión y muerte del Señor, que antes había predicho sobre Cristo por las bocas de los profetas. Pues entonces de algún modo lo libraría de sus labios, si no hubiera cumplido por el orden de las cosas lo que enunciaba sobre él por los oráculos proféticos. Donde debe notarse cuán profunda y cuán místicamente concuerda a la vez la sentencia de ambos doctores. Pues lo que uno dijo, que el Espíritu no librará al maldito de sus labios, es lo mismo que el otro aseveró: para que recibamos la promesa del Espíritu por la fe; y para mostrar el hombre sabio de qué maldito hablaba, añadió inmediatamente a la sentencia premisa: «Porque de sus riñones es testigo Dios, y de su corazón es escrutador verdadero, y de su lengua es oyente (Sab. I)».

Quia enim Patris et Filii inseparabilis et coessentialis est unitas, renum Filii testis et cordis ejus scrutator jure Pater asseritur, cujus nimirum virtus et sapientia ipse Filius nulla ab eo creditur inaequalitate diversus, nulla probatur adjunctione semotus. Linguae etiam illius auditor est, sicut ipse testatur: «Pater, inquit, gratias ago tibi, quoniam audisti me, ego autem sciebam, quia semper me audis (Joan. XI).» Idcirco igitur spiritus non liberabit maledictum a labiis suis, quia Deus testis atque scrutator est cordis illius et linguae auditor. Ac si patenter diceret: Ideo Dei Filius passionis supplicia pertulit, quia ipse Filius, cui cum Patre et eodem 248 Spiritu sancto una voluntas, una est providentia, id fieri pro humani generis salute decrevit. De quo nimirum Apostolus: «Qui dilexit me, inquit, tradidit semetipsum pro me (Gal. II).»

Caput II.

In sermone secundo de S. Bartholomaeo apostolo.

«Dum medium silentium tenerent omnia et nox in suo cursu medium iter haberet, omnis sermo tuus, Domine, de coelo a regalibus sedibus venit (Sap. XVIII).» In adventu quippe Domini medium silentium omnia continebant, quia jam prophetae cessaverant, et nondum apostoli ad praedicandum novae fidei gratiam veniebant. In quodam plane mundus meditullio consistebat, dum et prophetarum nequaquam oracula superessent et apostolica nondum praedicatio coruscaret. Quo autem hic per nox intelligitur, nisi diabolus, qui auctor est tenebrarum? Qui nimirum quodammodo tunc ambulat, cum non facile valet implere quod optat; tunc vero currit, cum malitiae suae vota absque ullo contradictionis obstaculo perficit, et non jam viae marginem, sed medium iter tenet, dum nihil sibi videt occurrere quod sui cursus impetum valeat retardare. Cum igitur sub tam noxio mundus silentio conticesceret, et haec ad perdendos homines occasio diabolum vocaret, ille non modo medium iter habebat, sed et currebat, quia quidquid nequitiae suae mente concepeperat efficaciter adimplebat.

Pues porque la unidad del Padre y del Hijo es inseparable y coesencial, el Padre es aseverado con derecho como testigo de los riñones del Hijo y escrutador de su corazón, cuya virtud y sabiduría ciertamente es el Hijo mismo, creído diferente de él por ninguna desigualdad, y probado separado por ninguna adjunción. También es oyente de su lengua, como él mismo testifica: «Padre», dice, «te doy gracias porque me has oído, y yo sabía que siempre me oyes (Juan XI)». Por lo tanto, por esto el espíritu no librará al maldito de sus labios, porque Dios es testigo y escrutador de su corazón y oyente de su lengua. Como si dijera patentemente: Por eso el Hijo de Dios sufrió los suplicios de la pasión, porque el mismo Hijo, que tiene con el Padre y con el mismo 248 Espíritu Santo una sola voluntad y una sola providencia, decretó que eso se hiciera por la salvación del género humano. De quien ciertamente el Apóstol dice: «Quien me amó», dice, «y se entregó a sí mismo por mí (Gál. II)».

Capítulo II.

En el sermón segundo sobre san Bartolomé apóstol.

«Mientras todas las cosas mantenían un silencio medio, y la noche en su curso tenía el medio camino, tu palabra omnipotente, Señor, vino del cielo desde las sedes reales (Sab. XVIII)». Ciertamente, en el advenimiento del Señor, todas las cosas contenían un silencio medio, porque ya los profetas habían cesado, y todavía los apóstoles no venían a predicar la gracia de la nueva fe. Claramente el mundo consistía en cierto punto medio, mientras ya no restaban los oráculos de los profetas y todavía no relampagueaba la predicación apostólica. ¿Quién se entiende aquí por la «noche», sino el diablo, que es el autor de las tinieblas? El cual ciertamente camina de algún modo cuando no puede fácilmente cumplir lo que desea; pero entonces corre, cuando perfecciona los votos de su malicia sin ningún obstáculo de contradicción, y ya no mantiene el margen del camino, sino el medio camino, mientras ve que nada le sale al paso que pueda retardar el ímpetu de su curso. Así pues, cuando bajo tan nocivo silencio el mundo callaba, y esta ocasión para perder a los hombres llamaba al diablo, él no solo tenía el medio camino, sino que también corría, porque cumplía eficazmente cualquier maldad que hubiera concebido en su mente.

Nam et cuncta jam Romanum occupabat imperium, et necesse erat eos, qui legem Dei eatenus saltem utcunque tenuerant, jam subesse legibus paganorum. Sub hoc igitur pereuntis mundi silentio sermo Domini a regalibus sedibus venit, quia de pectoribus apostolicis, quae Regis aeterni veraciter sedes sunt, verbum evangelicae praedicationis erupit. Ipsi quippe regales sunt sedes quas Deus inhabitat, ipsi reges et Patres Ecclesiae, sicut dicitur: «Omnis gloria ejus filiae regum ab intus (Psal. XLIV).» Isti sane reges armati gladio spiritus, quod est verbum Dei (Ephes. VI), debellarunt principem mundi. De quo nimirum apostolorum gladio legitur: «Durus debellator in mediam exterminii terram prosilivit, gladius acutus insimulatum imperium tuum portans, et stans replevit omnia morte, et usque ad coelum attingebat stans in terra (Sap. XVIII).»

Expliciunt testimonia de libro Sapientiae.

INCIPIT CAPITULUM DE LIBRO ECCLESIASTICI.

CAPUT UNICUM. In sermone secundo de S. Matthaeo apostolo et evangelista.

«Legem mandavit Moyses in praeceptis justitiarum, et haereditatem domui Jacob et Israel promissiones (Eccli. XXIV).» Ut autem in his verbis non diutius immoremur, lex ista, quae haereditas promissionis dicitur sanctum est Evangelium, quod quidem antiquis Patribus est promissum, nobis autem haereditario jure, Christo veniente, collatum; ubi praesto subjungitur: «Posuit David puero suo excitare regem ex ipso fortissimum in throno honoris sedentem in sempiternum. Qui implet quasi Phison sapientiam, et sicut Tigris in diebus novorum; qui adimplet quasi Euphrates sensum; qui multiplicat quasi Jordanis in tempore messis; qui mittit disciplinam sicut lucem, et assistens quasi Geon in die vindemiae (Ibid.).» Haec itaque, fratres mei, tam lucide, tam aperte de Christo et sanctis evangelistis dicta sunt ut ad hoc insinuandum exponi non egeant, sed dum in sanctis ac mysticis verbis vindemiae nomen auditis, qui ex temporis occasione terrenas vindemias prae manibus habetis, debet a circumstantibus ad interiora recurrere, et spiritualem vindemiam sanctam vestra prudentia cogitare. Ait enim in fine sententiae: «Qui mittit disciplinam sicut lucem, et assistens quasi Geon in die vindemiae (Ibid.).»

Pues ya el imperio romano lo ocupaba todo, y era necesario que aquellos que hasta entonces habían mantenido la ley de Dios al menos de algún modo, estuvieran ya sometidos a las leyes de los paganos. Bajo este silencio del mundo perecedero, pues, la palabra del Señor vino desde las sedes reales, porque de los pechos apostólicos, que son verdaderamente sedes del Rey eterno, brotó la palabra de la predicación evangélica. Pues ellos mismos son las sedes reales que Dios habita, ellos mismos son reyes y Padres de la Iglesia, como se dice: «Toda su gloria de la hija de los reyes está desde dentro (Sal. XLIV)». Estos mismos reyes, armed con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Efés. VI), derrotaron al príncipe del mundo. De cuya espada de los apóstoles ciertamente se lee: «Duro vencedor saltó en medio de la tierra del exterminio, espada aguda llevando tu imperio fingido, y estando de pie llenó todo de muerte, y llegaba hasta el cielo estando en la tierra (Sab. XVIII)».

Terminan los testimonios del libro de la Sabiduría.

COMIENZA EL CAPÍTULO DEL LIBRO DEL ECLESIASTICO.

CAPÍTULO ÚNICO. En el sermón segundo sobre san Mateo, apóstol y evangelista.

«Moisés mandó una ley en los preceptos de las justicias, y una herencia a la casa de Jacob y las promesas a Israel (Ecli. XXIV)». Pero para que no nos detengamos más en estas palabras, esta ley, que se llama herencia de la promesa, es el santo Evangelio, que ciertamente fue prometido a los antiguos Padres, pero que a nosotros nos fue conferido por derecho hereditario al venir Cristo; donde pronto se añade: «Dispuso para David su siervo suscitar de él un rey fortísimo, sentado en el trono de honor por los siglos. El cual llena la sabiduría como el Fisón (Phison), y como el Tigris en los días de los frutos nuevos; el cual colma el sentido como el Éufrates; el cual multiplica como el Jordán en el tiempo de la cosecha; el cual envía la disciplina como la luz, y asistiendo como el Gihón (Geon) en el día de la vendimia (Ibíd.)». Estas cosas, pues, hermanos míos, fueron dichas tan lúcida y tan abiertamente sobre Cristo y los santos evangelistas que no necesitan ser expuestas para darlas a entender, sino que mientras oís el nombre de la vendimia en las palabras santas y místicas, vosotros que por la ocasión del tiempo tenéis entre manos las vendimias terrenas, vuestra prudencia debe recurrir de lo exterior a lo interior, y pensar en la santa vendimia espiritual. Pues dice al final de la sentencia: «El cual envía la disciplina como la luz, y asistiendo como el Gihón (Geon) en el día de la vendimia (Ibíd.)».

Quis est ille, qui mittit disciplinam sicut lucem, nisi is qui, post velatam faciem Moysi, possesso tenebris mundo, radiantem Evangelii sui ingerit claritatem? Assistit itaque quasi Geon, de quo et per Prophetam dicitur: «Dominus Deus noster fluvius gloriosius exsiliens in terram sitientem (Ibid.).» Quae est autem vinea, cui quasi Geon assistit, et praedicationis suae madoribus irrigare non desinit, nisi illa de qua per Prophetam dicitur: «Vinea autem Domini Sabaoth domus Israel est?» (Isa. V.) Hanc vineam de Aegypto vetustae legis Dominus transtulit, et ad terram Evangelii, quae mel et lac manat, induxit.

Expliciunt testimonia de libro Ecclesiastici.

INCIPIUNT CAPITULA LIBRI ISAIAE PROPHETAE.

1. De eo quod dicitur: Et conflabunt gladios suos in vomeres et lanceas suas in falces.

2. Quod dies Domini sit super omne superbum.

3. Quod Seraphim, senas alas habentes, volabant ante faciem Dei.

4. Lateres ceciderunt, sed quadris lapidimus aedificabimus.

5. Ponam super his, qui fuerunt de Moab, Leonem. Emitte Agnum, Domine, Dominatorem terrae, de petra deserti ad montem filiae Sion.

6. Quod visio omnium erit, sicut verba libri signati.

7. Glorificabit me bestia agri, dracones et struthiones, quia dedi in deserto aquas.

8. Propter scelus populi mei percussi eum, et dabit impium pro sepultura et divitem pro morte sua.

9. Quis est iste qui venit de Edom tinctis vestibus de Bosra?

10. Nunquid ego, qui alios parere facio, ipse non pariam, dicit Dominus?

Expliciunt capitula.

INCIPIUNT TESTIMONIA.

CAPUT PRIMUM.

«Et conflabunt gladios suos in vomeres et tanceas suas in falces (Isa. II).» Impatientibus sane correptiones quasi gladii sunt, sed si volunt ut hi gladii vertantur in falces, hirsuta vitiorum suorum dumeta, quibus horrent, permutantur in messes. Unde propheta cum praemisisset de Salvatore nostro «quia judicabit gentes et arguet populos multos:» protinus addidit: «Et conflabunt gladios suos in vomeres et lanceas suas in falces (Ibid.).» Nimirum congruus ordo, dum primo quidem peccator arguitur, deinde et gladii in vomeres et lanceae conflantur in falces.

¿Quién es aquel que envía la disciplina como la luz, sino aquel que, tras el rostro velado de Moisés, estando el mundo poseído por las tinieblas, infundió la radiante claridad de su Evangelio? Asiste, pues, como el Gihón, de quien también se dice por el Profeta: «El Señor Dios nuestro es un río que salta más gloriosamente en tierra sedienta (Ibíd.)». ¿Y cuál es la viña a la que asiste como el Gihón, y no cesa de regar con los humores de su predicación, sino aquella de la que se dice por el Profeta: «La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel»? (Isa. V). El Señor trasladó esta viña desde el Egipto de la antigua ley, y la introdujo en la tierra del Evangelio, que mana leche y miel.

Terminan los testimonios del libro del Eclesiástico.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO DE ISAÍAS PROFETA.

1. Sobre lo que se dice: Y fundirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces.

2. Que el día del Señor es sobre todo soberbio.

3. Que los serafines, teniendo seis alas, volaban ante el rostro de Dios.

4. Los ladrillos cayeron, pero edificaremos con piedras cuadradas.

5. Pondré sobre los que fueron de Moab un león. Envía, Señor, al Cordero, dominador de la tierra, de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión.

6. Que la visión de todos será como las palabras de un libro sellado.

7. Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces, porque di aguas en el desierto.

8. Por la maldad de mi pueblo lo herí, y dará al impío por sepultura y al rico por su muerte.

9. ¿Quién es este que viene de Edom con las vestiduras teñidas de Bosra?

10. ¿Acaso yo, que hago parir a otros, no pariré yo mismo, dice el Señor?

Terminan los capítulos.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS.

CAPÍTULO I.

«Y fundirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces (Isa. II)». Ciertamente, para los impacientes las correcciones son como espadas, pero si quieren que estas espadas se conviertan en hoces, los matorrales hirsutos de sus vicios, con los que están erizados, se mudan en cosechas. Por lo cual el profeta, habiendo dicho antes de nuestro Salvador «porque juzgará a las naciones y reprenderá a muchos pueblos», añadió inmediatamente: «Y fundirán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces (Ibíd.)». Ciertamente, es un orden congruente, mientras primero el pecador es reprendido, y luego tanto las espadas se funden en rejas como las lanzas en hoces.

Nam dum impatiens quispiam per disciplinam mitior factus tanquam planus ager increpationis cultro proscinditur, deinde suavi semine sanctae praedicationis aspergitur, et sic demum fecunda bonorum operum fruge vestitur, huic scilicet et gladii facti sunt vomeres et lanceae convertuntur in falces; quia qui reprehendi prius tanquam gladio percuti deputabat, nunc et vomerem sacrae doctrinae libenter sustinet, ut fruges ferat et falcem supernae messionis exspectat, ut horrei coelestis promptuarium repleat.

Caput II.

In epistola ad Blancam.

«Dies Domini super omnem superbum et excelsum, super omnem arrogantem et humiliabitur, et super omnes cedros Libani sublimes et erectas, et super omnes quercus Basan, et super omnes montes excelsos, et super omnes colles elevatos, et super omnem turrem excelsam, et super omnem murum munitum, et super omnes naves Tharsis et super omne quod pulchrum visu est (Isa. II).» Ex rebus insensibilibus dies divini judicii dicitur imminere, sed per figuras rerum ratione carentium, stoliditas intelligitur hominum reproborum. Cedri quippe Libani sublimes et erectae, potentes sunt hujus saeculi, per excellentiam quidem terrenae sublimitatis elati, sed bonorum operum fructibus infecundi. Quercus autem fructus quidem proferunt, sed non quibus homo reficitur, sed unde sues aluntur. Sues autem immundi intelligendi sunt spiritus, qui spurcis sordentium hominum saginantur. Porro montes excelsi et colles elevati, superbi quique sunt, quasi per aggestum tumidae cogitationis in alta porrecti, sed frumento, quo valles abundant (Psal. LXIV), cunctisque spiritualium studiorum frugibus alieni. Jam vero turris excelsa et murus munitus illos insinuat qui, cum peccatores sint, in quodam se velut innocentiae arce constituunt seseque defensionis clypeo contegentes reprehensorum suorum jacula ad se pertingere non permittunt. Tharsis autem exploratio gaudii dicitur; quisquis enim in hoc saeculo, unde gaudere possit, explorat, huic superveniens dies Domini, quibus perpetualiter amarescat, moeroris atque tristitiae molestias irrogat. Venit etiam dies Domini, non super omne quod pulchrum est, sed super omne quod visu pulchrum est, quia in die divini judicii pondere premitur qui intrinsecus quidem vitiorum latenter ingruentium deformitate confunditur; foris autem quadam adumbratae virtutis, vel potius honestatis pulchritudine palliatur.

Pues mientras alguien impaciente se hace más manso por la disciplina, como un campo llano es surcado por el cuchillo de la reprensión, luego es rociado con la dulce semilla de la santa predicación, y así finalmente es vestido con el fruto fecundo de las buenas obras; para este, por tanto, las espadas se han hecho rejas y las lanzas se convierten en hoces. Porque el que antes reputaba el ser reprendido como ser golpeado como por una espada, ahora también sostiene de buena gana la reja de la sagrada doctrina, para dar frutos, y espera la hoz de la cosecha celestial, para llenar el almacén del granero celestial.

Capítulo II.

En la carta a Blanca.

«El día del Señor es sobre todo soberbio y excelso, sobre todo arrogante y será humillado, y sobre todos los cedros del Líbano sublimes y erguidos, y sobre todas las encinas de Basán, y sobre todos los montes excelsos, y sobre todos los collados elevados, y sobre toda torre excelsa, y sobre todo muro fortificado, y sobre todas las naves de Tarsis y sobre todo lo que es hermoso a la vista (Isa. II)». Se dice que el día del juicio divino es inminente a partir de cosas insensibles, pero a través de las figuras de cosas que carecen de razón, se entiende la estolidez de los hombres réprobos. Ciertamente los cedros del Líbano sublimes y erguidos son los poderosos de este siglo, elevados por la excelencia de la sublimidad terrena, pero infecundos en los frutos de las buenas obras. Pero las encinas ciertamente producen frutos, aunque no aquellos con los que el hombre se refresca, sino de los que se alimentan los puercos. Los puercos, pues, han de ser entendidos como los espíritus inmundos, que se ceban con la inmundicia de los hombres sórdidos. Por lo demás, los montes excelsos y los collados elevados son todos los soberbios, extendidos hacia lo alto como por un montón de hinchado pensamiento, pero ajenos al trigo con el que los valles abundan (Sal. LXIV), y a todos los frutos de los estudios espirituales. Ya en verdad la torre excelsa y el muro fortificado insinúan a aquellos que, siendo pecadores, se constituyen en cierta fortaleza de inocencia, por así decirlo, y cubriéndose con el escudo de la defensa no permiten que los dardos de sus reprendedores lleguen hasta ellos. Pero Tarsis se llama «exploración de gozo»; pues quienquiera que en este siglo explora de dónde pueda gozar, sobre este el día del Señor que sobreviene inflige las molestias del pesar y la tristeza, por las que perpetuamente se amargue. Viene también el día del Señor, no sobre todo lo que es hermoso, sino sobre todo lo que es hermoso a la vista, porque en el día del juicio divino es oprimido por el peso quien ciertamente por dentro es confundido por la deformidad de los vicios que atacan latente; pero por fuera es paliado por cierta belleza de virtud sombreada, o más bien de honestidad.

Caput III.

Ad Oldericum, episcopum Firminum.

Quaecunque humana mens sano viget fulta consilio, si se subtiliter et solerter inquirit, vix in se suis facultatibus invenit, unde merito sperare praeconium possit. Mortalis quippe conditio undique coarctata atque constricta, quid novit unde possit extolli? Quis enim sciat quid in aeternitate fuerit, antequam Deus hunc conderet mundum? Sed cum ignoret quid fuerit ante mundi principium, novit forsitan quid post ejus terminum sit futurum; utrum scilicet in ministerio sui cursus ulterius astra deserviant, et utrumne, post ea quae nunc sunt alia rursus elementa succedant. Unde et Seraphim illa, quae Isaias propheta in conspectu Domini stare conspexit, senas alas habuisse describit: «Duabus, inquit, velabant faciem, et duabus velabant pedes, et duabus volabant (Isa. VI).» Velabant porro faciem, sive pedes, non suos, sed utique Dei. Et quid per faciem Dei, nisi mundi principium? quid per pedes, nisi ejusdem mundi finis debet intelligi? Alarum ergo seraphim et plures sunt quae velant et paucae quae volant, quia ex divinorum operum celsitudine cum perpauca ad nostram permittantur advolare notitiam, plurima in thesauris secretorum coelestium servantur occulta. Nam quod funditus ignoremus quid ante mundi principium fuerit et quid jam post consummationem jam sit futurum, idem perhibet Isaias: «Priora, inquit, annuntiate mihi et novissima quae futura sunt, et dicam quia dii estis (Isa. XLI).» De mediis autem pauca utcunque cognoscimus, quae ex Scripturarum attestatione nobis panduntur. Porro autem et in his ipsis quantam notitiae patiamur inopiam, qui sapientissimus inter homines exstitit, non erubuit confiteri. Ait enim Salomon: «Sunt justi et sapientes, quorum opera in manu Domini; et tamen nescit homo utrum amore an odio dignus sit, sed omnia in futurum servantur incerta (Eccli. IX).» Ubi notandum quia cum justos dicat et sapientes, qui nimirum debuerant subtilius nosse, ipsos etiam perhibet quae futura sunt ignorare.

Caput IV.

In epistola ad Hermisindim, quod aedificium humanae superbiae cito destruitur.

Qui, contempta terrenae conversationis concupiscentiaeque structura spiritualis aedificii fabricam construunt, hi quasi lateres in lapidem vertunt; et non in arena mundanae spei, sed in petra fidei, quae Christus est, atria nunquam lapsura constituunt. Unde per Isaiam dicitur: «Lateres ceciderunt, sed quadris lapidibus aedificabimus; sycomoros succiderunt, sed cedros immutabimus (Isa. IX).»

Capítulo III.

A Olderico, obispo de Fermo.

Cualquier mente humana que florece apoyada en un sano consejo, si se inquiere a sí misma sutil y solícitamente, apenas encuentra en sí por sus propias facultades de dónde pueda merecidamente esperar elogio. Ciertamente la condición mortal, por todas partes coartada y constreñida, ¿qué sabe de donde pueda ser ensalzada? Pues, ¿quién sabe qué hubo en la eternidad antes de que Dios fundara este mundo? Pero aunque ignore qué hubo antes del principio del mundo, tal vez sepa qué será después de su término; a saber, si los astros servirán más allá en el ministerio de su curso, y si, tras las cosas que son ahora, sucederán de nuevo otros elementos. Por lo cual también describe que aquellos serafines que el profeta Isaías vio estar en la presencia del Señor tenían seis alas: «Con dos —dice— velaban el rostro, y con dos velaban los pies, y con dos volaban (Isa. VI)». Velaban, además, el rostro y los pies, no los suyos, sino ciertamente los de Dios. ¿Y qué ha de entenderse por el rostro de Dios, sino el principio del mundo? ¿Qué por los pies, sino el fin del mismo mundo? De las alas de los serafines, pues, son más las que velan y pocas las que vuelan, porque de la alteza de las obras divinas, aunque muy pocas se permiten volar a nuestra noticia, muchísimas se guardan ocultas en los tesoros de los secretos celestiales. Pues que ignoremos fundadamente qué hubo antes del principio del mundo y qué será ya después de la consumación, el mismo Isaías lo atestigua: «Anunciadme —dice— las cosas anteriores y las novísimas que han de venir, y diré que sois dioses (Isa. XLI)». De las cosas medias, en cambio, conocemos pocas de algún modo, las cuales se nos abren por el testimonio de las Escrituras. Por lo demás, incluso en estas mismas cosas cuánta penuria de noticia padecemos, el que fue sapientísimo entre los hombres no se avergonzó de confesarlo. Pues dice Salomón: «Hay justos y sabios, cuyas obras están en la mano del Señor; y sin embargo el hombre no sabe si es digno de amor o de odio, sino que todo se guarda incierto para el futuro (Ecli. IX)». Donde ha de notarse que, diciendo que son justos y sabios, quienes ciertamente debieron haber conocido más sutilmente, afirma que también ellos ignoran las cosas que han de venir.

Capítulo IV.

En la carta a Hermisindis, que el edificio de la soberbia humana pronto se destruye.

Quienes, despreciada la estructura de la conversación y la concupiscencia terrena, construyen la fábrica de un edificio espiritual, estos convierten los ladrillos en piedra, por así decirlo; y no en la arena de la esperanza mundana, sino en la piedra de la fe, que es Cristo, constituyen atrios que nunca caerán. Por lo cual se dice por Isaías: «Los ladrillos cayeron, pero edificaremos con piedras cuadradas; los sicómoros cortaron, pero los cambiaremos por cedros (Isa. IX)».

Lateribus quippe candentibus et lapidibus quadris aedificat quisquis vitiorum voluptatumque lasciviam districtioris vitae rigore castigat, qui legem carnis lege spiritus superat, qui fortitudinem corporis animi virtute demutat. Unde rursus per Isaiam dicitur: «Qui confidunt in Domino mutabunt fortitudinem (Isai. XL).» Nam dum non assument, sed mutabunt, dixit, patenter innotuit, aliam esse fortitudinem, quae deponitur, aliam, quae noviter inchoatur. Hinc electis per Psalmistam dicitur: «Viriliter agite et confortetur cor vestrum, omnes qui speratis in Domino (Psal. XXX).» Hinc Salomon ait: «En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel (Cant. III).»

Caput V.

In libro contra Judaeos.

Isaias perhibens testimonium de Christo: «Ponam, inquit, super his qui fuerunt de Moab leonem, et reliquis terrae. Emitte Agnum, Domine, dominatorem terrae de petra deserti ad montem filiae Sion (Isa. XV, XVI).» De hac enim gente Moabitarum egressus est Agnus immaculatus, qui tollit peccata mundi, qui dominatur in orbe terrarum. Nam qui leo propter fortitudinem dicitur, ipse agnus propter mansuetudinem perhibetur. Petra autem deserti Ruth intelligitur, quae deserta prioris morte conjugis, Obed de Booz genuit (Matth. I); de quorum Christus stirpe descendit.

Caput VI.

In sermone de S. Luca evangelista.

«Et erit vobis visio omnium sicut verba libri signati, quem cum dederint scienti litteras, dicent: Lege istum; et respondet: Non possum; signatus est enim (Isa. XXIX).» Quis enim est liber ille signatus, nisi sanctum Evangelium mysticis figuram sententiis obvolutum et ab humanae mentis intelligentia procul arcana quadam profunditate remotum? Hic profecto liber ille est, de quo Joannes ait: «Vidi in dextra sedentis super thronum librum scriptum intus et foris, signatum sigillis septem (Apoc. V).»

Ciertamente, con ladrillos candentes y piedras cuadradas edifica quienquiera que castiga la lascivia de los vicios y los placeres con el rigor de una vida más estricta, quien vence la ley de la carne con la ley del espíritu, quien cambia la fortaleza del cuerpo por la virtud del ánimo. Por lo cual de nuevo se dice por Isaías: «Los que confían en el Señor cambiarán su fortaleza (Isa. XL)». Pues habiendo dicho no que asumirán, sino que cambiarán, patentemente se dio a conocer que una es la fortaleza que se depone, y otra la que nuevamente se inicia. De aquí se dice a los elegidos por el Salmista: «Obrad varonilmente y confórtese vuestro corazón, todos los que esperáis en el Señor (Sal. XXX)». De aquí dice Salomón: «He aquí que sesenta fuertes rodean el lecho de Salomón de entre los más fuertes de Israel (Cant. III)».

Capítulo V.

En el libro contra los judíos.

Isaías dando testimonio de Cristo: «Pondré —dice— sobre los que fueron de Moab un león, y sobre los restos de la tierra. Envía, Señor, al Cordero, dominador de la tierra de la piedra del desierto al monte de la hija de Sión (Isa. XV, XVI)». Pues de esta nación de los moabitas salió el Cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo, que domina en el orbe de las tierras. Pues el que es llamado león por su fortaleza, el mismo es afirmado cordero por su mansedumbre. Pero por «piedra del desierto» se entiende a Rut, la cual, desierta por la muerte de su primer esposo, engendró a Obed de Booz (Mat. I); de cuya estirpe descendió Cristo.

Capítulo VI.

En el sermón sobre san Lucas evangelista.

«Y será para vosotros la visión de todos como las palabras de un libro sellado, el cual, cuando lo entreguen al que sabe letras, le dirán: Lee este; y él responde: No puedo, pues está sellado (Isa. XXIX)». Pues, ¿qué es aquel libro sellado, sino el santo Evangelio envuelto en sentencias místicas y alejado lejos de la inteligencia de la mente humana por cierta profundidad secreta? Este es ciertamente aquel libro del que dice Juan: «Vi en la diestra del que estaba sentado sobre el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos (Apoc. V)».

Quae sunt autem sigilla, quibus liber evangelicus obsignatus dicitur, nisi septem illa sacramenta, quibus utique totus ordo Dominicae dispensationis impletur, videlicet incarnatio Domini, nativitas, passio, resurrectio, ad coelos ascensio, deinde judicium, postremo regnum? His itaque sigillis liber evangelicus ita signatus est, ut nisi eum Christus aperuisset cuilibet omnino patere non posset. Unde subjungitur: «Ecce vicit leo de tribu Juda, radix David, aperire librum, et solvere septem signacula ejus (Ibid.).»

Caput VII.

In eadem epistola.

«Glorificabit me bestia agri, dracones et struthiones, quia dedi in deserto aquas, flumina in invio; ut darem potum populo meo, electo meo (Isa. XLIII).» Quid enim bestia designat agri, nisi gentilitatem utique rationis expertem? Quid per dracones, nisi malitiosi? Quid vero per struthiones, qui pennati sunt, sed volare nequeunt, nisi hypocritae figurantur? Hae ergo bestiae Deum glorificant, dum Christus gentili populo, qui desertus erat et invius, exuberantis Evangelii verba propinat. Scyphus itaque evangelicae praedicationis in Benjamin datus est Paulo, ut ipse desertum gentilitatis specialiter excolat et ariditatem ejus largo sanctae praedicationis imbre perfundat. De quo scilicet imbre scriptum est: «Qui operit coelum nubibus et parat terrae pluviam (Psal. CXLVI).»

Caput VIII.

In epistola ad Albericum card., de decem quaestionibus.

Illud etiam Isaiae, quod tibi petis exponi: «Propter scelus populi mei percussi eum, et dabit impium pro sepultura et divitem pro morte sua (Isa. LII);» ut nobis videtur tale est: Pater omnipotens Filium propter populi sui peccata percussit, quia illum, ut nostra peccata deleret, crucis patibulum subire constituit. Ad hoc enim est Filius a Patre traditus, ut servus fieret absolutus, sicut et Apostolus: «Qui proprio, inquit, Filio non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum (Rom. VIII).» Ad hoc innocens vulneribus est percussus, ut peccator exsultet a suorum vulnerum livore sanatus. Sicut per eumdem Isaiam dicitur: «Ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra, cujus livore sanati sumus (Isa. LIII).» Sed Redemptor noster pro duobus populis, gentili videlicet et Judaico pati dignatus est, quorum alter impius, alter dives merito dicebatur. Et gentilis quidem populus impius erat; quia idolis serviens, pietatem divini cultus ignorabat. Haec autem pietas Graece dicitur θεοσέβειαν.

¿Y cuáles son los sellos con los que se dice que el libro evangélico está sellado, sino aquellos siete sacramentos con los que ciertamente se cumple todo el orden de la dispensación del Señor, a saber, la encarnación del Señor, el nacimiento, la pasión, la resurrección, la ascensión a los cielos, luego el juicio, finalmente el reino? Con estos sellos, pues, el libro evangélico estaba de tal modo sellado que, si Cristo no lo hubiera abierto, no podría en absoluto estar patente para nadie. Por lo cual se añade: «He aquí que el león de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y soltar sus siete sellos (Ibíd.)».

Capítulo VII.

En la misma carta.

«Me glorificará la bestia del campo, los dragones y los avestruces, porque di aguas en el desierto, ríos en lo inviable; para dar de beber a mi pueblo, a mi elegido (Isa. XLIII)». Pues, ¿qué designa la bestia del campo, sino la gentilidad, ciertamente carente de razón? ¿Qué se figura por los dragones, sino los maliciosos? ¿Y qué en verdad por los avestruces, que tienen plumas pero no pueden volar, sino los hipócritas? Estas bestias, pues, glorifican a Dios, mientras Cristo propina las palabras del exuberante Evangelio al pueblo gentil, que estaba desierto e inviable. Así pues, la copa (scyphus) de la predicación evangélica fue dada a Pablo en Benjamín, para que él mismo cultive especialmente el desierto de la gentilidad y empape su aridez con la copiosa lluvia de la santa predicación. De cuya lluvia ciertamente está escrito: «El cual cubre el cielo con nubes y prepara la lluvia para la tierra (Sal. CXLVI)».

Capítulo VIII.

En la carta al cardenal Alberico, sobre diez cuestiones.

Aquello también de Isaías, que pides que se te exponga: «Por la maldad de mi pueblo lo herí, y dará al impío por sepultura y al rico por su muerte (Isa. LII)»; según nos parece es tal como esto: El Padre omnipotente hirió al Hijo por los pecados de su pueblo, porque dispuso que él, para borrar nuestros pecados, se sometiera al patíbulo de la cruz. Pues para esto fue entregado el Hijo por el Padre, para que el siervo se hiciera libre, como dice el Apóstol: «El cual no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII)». Para esto el inocente fue herido con llagas, para que el pecador exulte sanado por el cardenal de sus llagas. Como se dice por el mismo Isaías: «Él fue herido por nuestras iniquidades, quebrantado por nuestros pecados, por cuyo cardenal fuimos sanados (Isa. LIII)». Pero nuestro Redentor se dignó padecer por dos pueblos, a saber, el gentil y el judío, de los cuales uno era merecidamente llamado impío, el otro rico. Y el pueblo gentil ciertamente era impío; porque, sirviendo a los ídolos, ignoraba la piedad del culto divino. Esta piedad se dice en griego theosebeian (θεοσέβειαν).

Judaicus vero populus dives exstiterat, quia dum Sabbata, circumcisionem, neomenias omnesque caeremonias divinae legis accepit, tanquam copiosis thesauri coelestis divitiis abundavit. Quibus exuberare divitiis Corinthios jam conversus Paulus exsultabat, cum diceret: «Gratias ago Deo meo semper pro vobis in gratia Dei, quae data est vobis in Christo Jesu, quia in omnibus divites facti estis in illo, in omni verbo et in omni scientia, ita ut nihil vobis desit in ulla gratia (I Cor. I).» Salvator ergo noster pro morte, quam in se suscepit, duos de morte resuscitatos Patri populos reddidit: Gentilem scilicet, qui daemonibus olim impie serviebat, et Judaicum, qui, quamvis occidentem litteram tenens et vivificantem spiritum nesciens, divinae tamen legis divitias possidebat.

Caput IX.

In homilia de nativitate S. Mariae virginis.

«Quis est iste, qui venit de Edom, tinctis vestibus de Bosra?» Et paulo post: «Quare ergo rubrum est indumentum tuum, et vestimentum tuum sicut calcantium in torculari?» (Isai. LXIII.) Indumentum quippe Christi nihil est aliud, nisi corpus quod sumpsit ex domina et virgine Maria. Nec tamen aliud est vestimentum ejus atque aliud ipse. Nam nostrum quoque vestimentum caro dicitur, sed tamen ipsi nos sumus caro, qua vestimur. De quo vestimento per Joannem dicitur: «Habebat in vestimento et in femore suo scriptum: Rex regum et Dominus dominantium (Apoc. XIX).» Per femur quippe propagatio carnis fit. Qui ergo per propaginem generis humani in mundum nunc venit ex Virgine, et per incarnationis suae mysterium, qui Rex esset et Dominus cunctis gentibus indicavit, in vestimento et femore scriptum habuit: «Rex regum et Dominus dominantium.» Unde enim mundo innotuit, ibi scientiam suae majestatis inscripsit. Hoc autem indumentum rubrum prophetae apparuit, quia Redemptor noster proprium pro redemptione nostra sanguinem fudit. Cui ipse respondit: «Torcular calcavi solus et de gentibus non est vir mecum (Isai. LXIII).» Solus enim torcular, in quo calcatus est, calcavit, quia sua potentia eam quam sustinuit passionem vicit. Nam qui usque ad mortem crucis patibulum pertulit, de morte ipsa cum gloria resurrexit. Bene autem dicitur: «Et de gentibus non est vir mecum (Ibid.);» quia ii, pro quibus pati venerat, passionis ejus esse participes debebant; qui pro eo, quod necdum crediderant, de ipsis in resurrectione conqueritur quorum vita in ejus morte quaerebatur.

Caput X.

In epistola ad Cunibertum episcopum Taurinensem, de incontinentia clericorum.

El pueblo judío, en cambio, había destacado como rico, porque mientras recibió los sábados, la circuncisión, los novilunios y todas las ceremonias de la ley divina, abundó como con copiosas riquezas del tesoro celestial. De cuyas riquezas el ya convertido Pablo exultaba que los corintios abundaran, cuando decía: «Doy gracias a mi Dios siempre por vosotros en la gracia de Dios, que os ha sido dada en Cristo Jesús, porque en todas las cosas habéis sido hechos ricos en él, en toda palabra y en toda ciencia, de tal modo que nada os falte en ninguna gracia (I Cor. I)». Nuestro Salvador, pues, por la muerte que en sí recibió, devolvió al Padre dos pueblos resucitados de la muerte: el gentil, a saber, que en otro tiempo servía impíamente a los demonios, y el judío, el cual, aunque retenía la letra que mata e ignoraba el espíritu que vivifica, poseía sin embargo las riquezas de la ley divina.

Capítulo IX.

En la homilía sobre la natividad de la bienaventurada virgen María.

«¿Quién es este que viene de Edom, con las vestiduras teñidas de Bosra?» Y poco después: «¿Por qué, pues, está rojo tu vestido, y tus vestiduras como las de los que pisan en el lagar?» (Isa. LXIII). Ciertamente el vestido de Cristo no es otra cosa que el cuerpo que tomó de la Señora y virgen María. Y sin embargo no es una cosa su vestidura y otra él mismo. Pues también nuestra carne se llama vestidura, pero no obstante nosotros mismos somos la carne con que nos vestimos. De cuya vestidura se dice por Juan: «Tenía en su vestidura y en su muslo escrito: Rey de reyes y Señor de señores (Apoc. XIX)». Pues por el muslo se hace la propagación de la carne. El que, pues, vino ahora al mundo por la descendencia del género humano de la Virgen, e indicó por el misterio de su encarnación a todas las naciones quién era como Rey y Señor, tuvo escrito en su vestidura y en su muslo: «Rey de reyes y Señor de señores». Pues donde se dio a conocer al mundo, allí inscribió el conocimiento de su majestad. Este vestido, además, apareció rojo al profeta, porque nuestro Redentor derramó su propia sangre por nuestra redención. Al cual él mismo respondió: «El lagar lo pisé yo solo y de las naciones no hay varón conmigo» (Isa. LXIII). Pues él solo pisó el lagar en el que fue pisado, porque con su propia potencia venció aquella pasión que sostuvo. Pues el que soportó el patíbulo de la cruz hasta la muerte, de la misma muerte resucitó con gloria. Bien se dice, además: «Y de las naciones no hay varón conmigo (Ibíd.)»; porque aquellos por quienes había venido a padecer debían ser partícipes de su pasión; el cual, por el hecho de que aún no habían creído, se queja en la resurrección de aquellos cuya vida se buscaba en su muerte.

Capítulo X.

En la carta a Cuniberto, obispo de Turín, sobre la incontinencia de los clérigos.

In pastoribus quidem inutilis esse castitas jure decernitur, quae se sic exhibet sterilem, ut aliam non pariat castitatem, praesertim cum ipse Deus omnipotens per Isaiam: «Nunquid ego, qui alios parere facio, ipse non pariam, dicit Dominus?» (Isai. LXVI.) Ubi notandum quia dum, non alias, sed alios parere facio, dicat, virorum potius ac pastorum Ecclesiae fetus exspectat. Malus autem pastor cum eodem propheta potest lugendo cantare: «Non parturivi, et non peperi, et non enutrivi juvenes, nec ad incrementum perduxi virgines (Isai. XXIII).»

Expliciunt testimonia Isaiae.

INCIPIUNT CAPITULA JEREMIAE.

1. De occisione, quam Dominus minatur Hierusalem, quia dereliquerunt eum.

2. Praecepit Dominus Jeremiae, ut vadat ad Euphratem, et abscondat ibi in foramine petrae lumbare quo erat praecinctus.

3. De eo quod dicitur: Quod perdix fovit, quae non peperit: fecit divitias, et non in judicio, in dimidio dierum suorum relinquet eas.

4. Quod Dominus ait per Jeremiam: Nunquid non verba mea sunt quasi ignis, dicit Dominus, et quasi malleus conterens petram?

5. Quod intentat Dominus habitatoribus Hierusalem gladium, et famem, et pestem: eo quod non audierint prophetas quos miserat ad eos.

6. Quod dum Jeremias de puteo in quem projectus fuerat, levatur, funes et veteres pannos ad eum deponunt.

7. Maledictus qui prohibet gladium suum a sanguine.

8. Inebriavit me absinthio.

9. Ex ore Altissimi non exierunt nec bona, nec mala.

10. Filii Agar, qui exquisierunt prudentiam, quae de terra est, viam sapientiae.

Expliciunt capitula Jeremiae.

INCIPIUNT TESTIMONIA.

CAPUT PRIMUM. In epistola ad P. archipresbyterum, ubi loquitur de animae egressione a corpore.

«Ecce ego convocabo omnes cognationes regnorum aquilonis, ait Dominus; et venient, et ponent unusquisque solium suum in introitu portarum Hierusalem, et super omnes muros ejus in circuitu, et super universas urbes Juda; et loquar judicia mea cum eis super omni malitia eorum qui dereliquerunt me (Jer. I).»

Quae profecto verba, si praeter illos terrenae Hierusalem cives ad alios non respicerent, nequaquam hodie in sancta Ecclesia resonarent.

Quae sunt igitur illae cognationes regnorum aquilonis, nisi malignorum spirituum multitudines, in frigidis adeo mentibus superbe regnantes?

Ciertamente, en los pastores se juzga con razón que es inútil la castidad que se exhibe tan estéril que no pare otra castidad, especialmente cuando el mismo Dios omnipotente dice por Isaías: «¿Acaso yo, que hago parir a otros, no pariré yo mismo, dice el Señor?» (Isa. LXVI). Donde ha de notarse que diciendo «hago parir a otros», no «otras cosas», espera más bien los fetos de los varones y de los pastores de la Iglesia. El mal pastor, en cambio, puede cantar gimiendo con el mismo profeta: «No estuve de parto, y no parí, y no crié jóvenes, ni llevé a su crecimiento a las vírgenes (Isa. XXIII)».

Terminan los testimonios de Isaías.

COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DE JEREMÍAS.

1. De la matanza con que el Señor amenaza a Jerusalén, porque lo abandonaron.

2. Mandó el Señor a Jeremías que vaya al Éufrates y esconda allí, en un agujero de la piedra, el lumbare con que estaba ceñido.

3. Sobre lo que se dice: Que la perdiz abrigó lo que no parió: hizo riquezas, y no con juicio, en medio de sus días las dejará.

4. Que el Señor dice por Jeremías: ¿Acaso mis palabras no son como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la piedra?

5. Que el Señor intenta contra los habitantes de Jerusalén la espada, el hambre y la peste: porque no escucharon a los profetas que les había enviado.

6. Que mientras Jeremías es sacado del pozo al que había sido arrojado, le bajan cuerdas y trapos viejos.

7. Maldito el que prohíbe su espada de la sangre.

8. Me embriagó con ajenjo.

9. De la boca del Altísimo no han salido ni bienes ni males.

10. Los hijos de Agar, que buscaron la prudencia que es de la tierra, el camino de la sabiduría.

Terminan los capítulos de Jeremías.

COMIENZAN LOS TESTIMONIOS.

CAPÍTULO PRIMERO. En la carta a P. el arcipreste, donde habla del egreso del alma del cuerpo.

«He aquí que yo convocaré a todas las familias de los reinos del norte, dice el Señor; y vendrán, y pondrá cada uno su solio en la entrada de las puertas de Jerusalén, y sobre todos sus muros en derredor, y sobre todas las ciudades de Judá; y hablaré mis juicios con ellos sobre toda la malicia de los que me abandonaron (Jer. I)».

Ciertamente estas palabras, si no miraran a otros fuera de aquellos ciudadanos de la Jerusalén terrenal, de ninguna manera resonarían hoy en la santa Iglesia.

¿Qué son, pues, aquellas familias de los reinos del norte, sino las multitudes de los espíritus malignos, que reinan soberbiamente en las mentes tan frías?

Hi solium suum unusquisque in introitu portarum Hierusalem ponunt, cum egredientem de corpore infelicem animam, circumposita, ne libera prodeat, obsidione custodiunt, ut eam secum nunc ad ignis supplicium pertrahant, in cujus antea frigida mente regnabant.

O quam luctuosa, quam lugubris est sera et infructuosa illa poenitentia, cum peccatrix anima jam incipiens carnis carcere, quo inclusa tenebatur, absolvi, respicit post se, dirigit oculos ante se!

Videt post se velut angustissimum atque brevissimum stadium vitae mortalis emensum, videt ante se interminabilium longitudinem saeculorum.

Perpendit quasi momentum temporis celeriter advolasse, quod vixit; contemplatur infinitam prolixitatem temporum instare quam incipit.

Id enim brevissimum quod est, velut in puncto, transcurrit: huic autem viae quam nunc ingreditur nullus omnino finis occurrit.

2. In epistola ad Alexandrum episcopum, ubi de lumbari Jeremiae agitur.

«Dominus misit me, ut prophetarem ad domum istam, et ad civitatem istam, omnia verba quae audistis. Nunc ergo bonas facite vias vestras, et studia vestra, et audite vocem Domini Dei vestri; et poenitebit Dominum mali quod locutus est adversum vos (Jerem. XXVI).»

Sunt nonnulli qui dum per poenitentiam mutantur, et ad Deum toto corde convertuntur, de perpetratae impietatis scelere desperantes, ad spem veniae surgere pertimescunt: his ergo per prophetam Dominus dicit: «Et poenitebit Dominum mali quod locutus est adversum vos.»

Id est, dum vos ab iniquitatis vestrae via disceditis, ego statim ab ultionis meae severitate quiescam; et dum vos per poenitentiam a praeteritis malis immutamini, ego quoque sententiam, quam adversum vos protuleram, misericorditer immutabo.

Unde et scriptum est: «Qui effundit sanguinem hominis, fundetur sanguis ejus (Gen. IX).»

Et tamen non solum quilibet de populo, sed et ipse quoque David post homicidium ac post adulterium nequaquam occiditur, sed ad regni culmen gratia superveniente reparatur.

Cur ergo dicitur: «Qui effundit sanguinem hominis, fundetur sanguis ejus,» nisi quia dum ipse homo post perpetratum scelus coram Deo per dignam poenitentiam funditur, id est humiliatur, in eo sententia de fundendo sanguine tunc salubriter impletur?

Sanguis namque tunc pro sanguine funditur, cum pro prava carnis delectatione amarae poenitudinis lachrymae profluunt, et ex eodem homine, unde antea vitium pullulabat, modo fons misericordiae ac pietatis emanat.

Cada uno de estos pone su solio en la entrada de las puertas de Jerusalén, cuando custodian al alma infeliz que sale del cuerpo, con un asedio puesto alrededor para que no salga libre, a fin de arrastrarla ahora consigo al suplicio del fuego, en cuya mente antes fría reinaban.

¡Oh, cuán luctuosa, cuán lúgubre es aquella tardía e infructuosa penitencia, cuando el alma pecadora, empezando ya a ser absuelta de la cárcel de la carne en que se mantenía encerrada, mira tras de sí, dirige los ojos ante sí!

Ve tras de sí como el estadio estrechísimo y brevísimo de la vida mortal recorrido; ve ante sí la longitud de siglos interminables.

Pondera que lo que vivió voló como un momento de tiempo; contempla la infinita prolijidad de tiempos que amenaza y que comienza.

Pues aquello que es brevísimo transcurre como en un punto; pero a este camino en que ahora ingresa no le sale al encuentro fin alguno.

2. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata del lumbare de Jeremías.

«El Señor me envió a profetizar contra esta casa y contra esta ciudad todas las palabras que habéis oído. Ahora pues haced buenos vuestros caminos y vuestros estudios, y escuchad la voz del Señor vuestro Dios; y el Señor se arrepentirá del mal que ha hablado contra vosotros (Jer. XXVI)».

Hay algunos que, mientras se mudan por la penitencia y se convierten a Dios de todo corazón, desesperando del crimen de la impiedad perpetrada, temen levantarse a la esperanza del perdón: a estos pues dice el Señor por el profeta: «Y el Señor se arrepentirá del mal que ha hablado contra vosotros».

Es decir, mientras vosotros os apartáis del camino de vuestra iniquidad, yo inmediatamente descansaré de la severidad de mi venganza; y mientras vosotros os mudáis de los males pasados por la penitencia, yo también mudaré misericordiosamente la sentencia que había proferido contra vosotros.

Por lo cual también está escrito: «Quien derrame la sangre del hombre, su sangre será derramada (Gén. IX)».

Y sin embargo no solo cualquiera del pueblo, sino incluso el mismo David, tras el homicidio y tras el adulterio, de ninguna manera es muerto, sino que es reparado al culmen del reino por la gracia sobrevenida.

¿Por qué pues se dice: «Quien derrame la sangre del hombre, su sangre será derramada», sino porque mientras el mismo hombre, tras el crimen perpetrado, se derrama ante Dios por una digna penitencia, es decir, se humilla, en él se cumple entonces saludablemente la sentencia sobre el derramamiento de la sangre?

Pues la sangre se derrama entonces por la sangre cuando, por la depravada delectación de la carne, brotan lágrimas de amarga penitencia, y de aquel mismo hombre de donde antes brotaba el vicio, emana ahora una fuente de misericordia y de piedad.

Quod ergo Dominus per Jeremiam pollicetur, ut scilicet poeniteat eum mali quod locutus est, factum in Ninivitis mox evidenter apparet.

Ait namque per Jonam: «Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur (Jonae III).»

Cumque illi fletibus ac jejuniis incubuissent, mox subjungitur: «Vidit Deus opera eorum, quia conversi sunt de via sua mala: et misertus est Deus super malitiam quam locutus fuerat ut faceret eis, et non fecit.»

O supernae pietatis ineffabilem mansuetudinem! O inestimabilem circa genus humanum divini Conditoris indulgentiam!

Ninive utique subvertitur, et tamen non deletur: subvertitur, inquam, dum mutatur; et ex eo quod male erat, mox ad id quod bene est funditus immutatur.

Cur ergo Ninive subvertenda dicitur, nisi quia id quod erat in ea perire debuerat, ut id quod esse debuerat mox in ea salubriter oriretur?

Sicut namque tunc quilibet homo subvertitur, cum a vitio ad virtutem, a nequitia ad innocentiam, vel a perfidia mutatur ad fidem.

Nam et ipse Saulus tunc in via salubriter subvertitur, cum per lucem, quae de coelo circumfulsit, nequiter persequens sterneretur: tunc enim ex Saulo factus est Paulus, cum in eo quod superbe tumuerat mox exstinctum est, et in eo quod devotus ac submissus erat exarsit.

Caput II.

In epistola ad Alexandrum episcopum, ubi de lumbari Jeremiae agitur.

«Dixit Dominus ad me: Vade, et posside tibi lumbare lineum, et pones illud super lumbos tuos, et in aquam non introduces illud. Et possedi lumbare juxta verbum Domini, et posui circa lumbos meos. Et factus est sermo Domini ad me secundo, dicens: Tolle lumbare quod possedisti, quod est circa lumbos tuos, et surgens vade ad Euphratem, et absconde illud ibi in foramine petrae. Et abii, et abscondi illud in Euphrate, sicut praeceperat mihi Dominus. Et factum est post dies multos, dixit Dominus ad me: Surge, vade ad Euphratem, et tolle inde lumbare quod praecepi tibi ut absconderes illud ibi. Et abii ad Euphratem, et fodi, et tuli lumbare de loco ubi absconderam illud: et ecce computruerat lumbare, ut nulli usui aptum esset (Jerem. XIII).»

Lo que pues el Señor promete por Jeremías, a saber, que se arrepienta del mal que ha hablado, aparece pronto evidentemente hecho en los ninivitas.

Dice pues por Jonás: «Aún cuarenta días, y Nínive será subvertida (Jon. III)».

Y habiéndose ellos entregado a llantos y ayunos, pronto se añade: «Vio Dios las obras de ellos, que se convirtieron de su camino malo: y se compadeció Dios sobre la malicia que había hablado que les haría, y no la hizo».

¡Oh inefable mansedumbre de la piedad suprema! ¡Oh inestimable indulgencia del divino Creador hacia el género humano!

Nínive ciertamente es subvertida, y sin embargo no es borrada: es subvertida, digo, mientras se muda; y de lo que era mal, pronto se muda íntegramente a lo que es bien.

¿Por qué pues se dice que Nínive ha de ser subvertida, sino porque lo que había en ella debía perecer, para que lo que debía ser surgiera pronto saludablemente en ella?

Pues así entonces cualquier hombre es subvertido cuando es mudado del vicio a la virtud, de la malicia a la inocencia, o de la perfidia a la fe.

Pues también el mismo Saulo fue entonces saludablemente subvertido en el camino, cuando por la luz que resplandeció desde el cielo, persiguiendo inicuamente, fue derribado: pues entonces de Saulo fue hecho Pablo, cuando en él lo que soberbiamente se había hinchado pronto se extinguió, y en él lo que era devoto y sumiso se encendió.

Capítulo II.

En la carta al obispo Alejandro, donde se trata del lumbare de Jeremías.

«Me dijo el Señor: Ve y procúrate un lumbare de lino, y ponlo sobre tus lomos, y no lo metas en agua. Y me procuré el lumbare según la palabra del Señor, y lo puse alrededor de mis lomos. Y vino a mí la palabra del Señor por segunda vez, diciendo: Toma el lumbare que te procuraste, que está alrededor de tus lomos, y levantándote ve al Éufrates, y escóndelo allí en un agujero de la peña. Y fui y lo escondí en el Éufrates, como me había mandado el Señor. Y sucedió que después de muchos días me dijo el Señor: Levántate, ve al Éufrates, y toma de allí el lumbare que te mandé que escondieras allí. Y fui al Éufrates, y cavé, y saqué el lumbare del lugar donde lo había escondido: y he aquí que el lumbare se había podrido, de modo que no era apto para uso alguno (Jer. XIII)».

Quid per lumbare hoc aliud, nisi populus Judaicus designatur, qui per lumbos omnipotentis Dei tunc palam stringitur, cum praeceptorum illius mandatis constringitur? Hoc ergo lumbare ad Euphratem defertur, et in foramine petrae absconditur, quia populus ille in Babylonis captivitatem transducitur; et ibi dum diu permanet, per superbiae tumentis tumorem computrescit: et sic ad pristinum locum Hierusalem reducitur, ut nulli mox usui divini cultus aptus esse videatur.

Nam et lumbare hoc lineum esse praecipitur, quia lino ex terra genito candor candida castitatis inesse monstratur: quod videlicet lumbare in aquam non debere introduci dicitur, quia videlicet populus ille, qui per castitatem munda esse debuerat, nequaquam per baptismi gratiam ab iniquitatis suae sorde mundatur. Et quia eadem castitas carnalis tunc in eo computruit, cum post multos dies ad Euphratem, id est in Babylonem, perducitur: digne postmodum nulli usui aptum esse perhibetur, quia dum ad terram suam mox in fine saeculorum populus ille reducitur, et in nece Conditoris sui culpabilis invenitur, jam nequaquam divinis obsequiis habilis approbatur.

3. In epistola ad Alexandrum episcopum, ubi de perdice agitur.

«Sicut perdix fovit quae non peperit, fecit divitias, et non in judicio: in dimidio dierum suorum derelinquet eas, et in novissimo suo erit insipiens (Jerem. XVII).»

4. In epistola ad Alexandrum episcopum, ubi de igne et malleo agitur.

«Nunquid non verba mea sunt quasi ignis, dicit Dominus, et quasi malleus conterens petram? (Jerem. XXIII.)»

Verbum quippe Domini quasi ignis esse perhibetur, quia mox ut cordis intima tangit, et a pravis desideriis expurgat, et divino amore inflammat.

Et quasi malleus quoque petram conterens dicitur, quia videlicet corda lapidea, quae divinis non flectuntur praeceptis, correptionis suae verbis mox in lachrymas scindit, et ad poenitudinis compunctionem mox dure rigescentia frangit.

Hinc est enim quod per eumdem prophetam dicitur: «Scitote et videte quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum (Jerem. II).»

Ignis ergo est, dum exurere vitia festinat; malleus vero, dum cordis obstinationem feriendo subinat.

¿Qué otra cosa se designa por este lumbare, sino el pueblo judío, que es entonces abiertamente ceñido por los lomos del Dios omnipotente cuando es constreñido por los mandatos de sus preceptos? Este lumbare pues es llevado al Éufrates y escondido en un agujero de la peña, porque aquel pueblo es conducido a la cautividad de Babilonia; y mientras allí permanece largo tiempo, se pudre por la hinchazón del orgullo arrogante: y así es reducido al antiguo lugar de Jerusalén, de modo que pronto se ve que no es apto para uso alguno del culto divino.

Pues también se manda que este lumbare sea de lino, porque en el lino nacido de la tierra se muestra que está presente el candor de la blanca castidad: el cual lumbare ciertamente se dice que no debe ser metido en agua, porque ciertamente aquel pueblo, que por la castidad debía haber estado limpio, de ninguna manera es limpiado del fango de su iniquidad por la gracia del bautismo. Y porque esa misma castidad carnal se pudrió entonces en él, cuando después de muchos días es conducido al Éufrates, es decir, a Babilonia: dignamente se sostiene después que no es apto para uso alguno, porque mientras aquel pueblo es reducido a su tierra pronto en el fin de los siglos, y es hallado culpable en la muerte de su Creador, ya de ninguna manera es aprobado como hábil para los divinos servicios.

3. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata de la perdiz.

«Como la perdiz abrigó lo que no parió, hizo riquezas, y no con juicio: en la mitad de sus días las dejará, y en su postrimería será un necio (Jer. XVII)».

4. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata del fuego y del martillo.

«¿Acaso no son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la piedra? (Jer. XXIII)».

Ciertamente la palabra del Señor se sostiene que es como fuego porque, tan pronto como toca lo íntimo del corazón, lo purga de los deseos depravados y lo inflama con el amor divino.

Y se dice también que es como martillo que quebranta la piedra porque ciertamente los corazones de piedra, que no se doblan por los preceptos divinos, pronto los divide en lágrimas con las palabras de su corrección, y rompe hacia la compunción del arrepentimiento a los que endurecidamente se ponen rígidos.

De aquí es pues lo que se dice por el mismo profeta: «Sabe y ve que es malo y amargo el haber tú abandonado al Señor tu Dios (Jer. II)».

Es pues fuego mientras se apresura a quemar los vicios; pero martillo mientras golpeando abate la obstinación del corazón.

Et quia hi qui igne divini amoris accendi negligunt, vel sub ejus malleo conterere se contemnunt, aeterni mox ignis incendio deputantur, et sempiternis mox malleis feriuntur: digne mox subjungitur: «Propterea ecce ego ad prophetas, dicit Dominus, qui furantur verba mea unusquisque a proximo suo. Ecce ego ad prophetas, ait Dominus, qui assumunt linguas suas, et aiunt: Dicit Dominus. Ecce ego ad prophetas somniantes mendacium, dicit Dominus, qui narraverunt ea, et seduxerunt populum meum in mendacio suo, et in miraculis suis (Jerem. XXIII).»

5. In epistola ad Alexandrum episcopum, ubi de gladio et fame agitur.

«Haec dicit Dominus exercituum: Ecce ego mittam in eis gladium, et famem, et pestem; et ponam eos quasi ficus malas, quae comedi non possunt prae amaritudine. Et persequar eos in gladio, et in fame, et in pestilentia: et dabo eos in vexationem universis regnis terrae, in maledictionem, et in stuporem, et in sibilum, et in opprobrium cunctis gentibus ad quas ego ejeci eos (Jerem. XXIX).»

Quid hoc in loco per gladium, famem, et pestem, nisi tria haec, id est bellum, inedia, et mortalitas designantur? Quibus videlicet malis populus ille digne percellitur, qui Conditorem suum iniqui operis pravitate reliquit. Gladium namque patitur, dum ab hostibus interimitur; famem sustinet, dum spiritalis verbi pabulo viduatur; pestilentia quoque percutitur, dum pravae consuetudinis foetore mox corrumpitur.

Et quia populus ille, qui per fidem dulcis esse debuerat, per perfidiae iniquitatem amarus effectus est: digne mox subjungitur: «Et ponam eos quasi ficus malas, quae comedi non possunt prae amaritudine.» Fici quippe bonae sunt hi qui in sapore divinae dilectionis dulcescunt; fici vero malae, qui per iniquitatem perfidiae adeo mox amerescunt, ut in divinae refectionis epulis jam nequaquam assumi valeant per amaritudinem.

6. In epistola ad Alexandrum episcopum, ubi de puteo Jeremiae agitur.

«Et miserunt funes ad Jeremiam, et veteres pannos, et levantes eum de puteo eduxerunt (Jerem. XXXVIII).»

Quid in hoc loco per puteum, nisi hujus saeculi vorago, vel profunditas humanae miseriae designatur? In quo videlicet populus ille projectus est, cum per nequitiam suam ab omnipotentis Dei gratia meruit elongari. Funes vero et veteres panni sunt mandata legis et veterum exempla Patrum, quibus populus ille ab humanae miseriae profundo tunc educitur, cum post adventum Salvatoris ad coelestem patriam per gratiam reparationis revocatur.

7. In epistola ad Alexandrum episcopum, ubi de gladio prohibendo agitur.

«Maledictus qui prohibet gladium suum a sanguine (Jerem. XLVIII).»

8. In epistola ad Alexandrum episcopum, ubi de inebriatione Jeremiae agitur.

Y porque estos que descuidan encenderse por el fuego del amor divino, o desprecian quebrantarse bajo su martillo, son destinados pronto al incendio del fuego eterno, y son heridos pronto por martillos sempiternos: dignamente se añade pronto: «Por eso, he aquí que yo contra los profetas, dice el Señor, que hurtan mis palabras cada uno de su prójimo. He aquí que yo contra los profetas, dice el Señor, que asumen sus lenguas y dicen: El Señor dice. He aquí que yo contra los profetas que sueñan mentira, dice el Señor, que las contaron y sedujeron a mi pueblo en su mentira y en sus milagros (Jer. XXIII)».

5. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata de la espada y del hambre.

«Así dice el Señor de los ejércitos: He aquí que yo enviaré sobre ellos la espada, el hambre y la peste; y los pondré como higos malos, que no pueden comerse por su amargura. Y los perseguiré con la espada, con el hambre y con la peste: y los daré en vejación a todos los reinos de la tierra, en maldición, en estupor, en silbido y en oprobio a todas las gentes a las cuales yo los arrojé (Jer. XXIX)».

¿Qué se designa en este lugar por la espada, el hambre y la peste, sino estas tres cosas, es decir, la guerra, la inedia y la mortalidad? Con cuyos males ciertamente es golpeado dignamente aquel pueblo que abandonó a su Creador por la depravación de una obra inicua. Pues padece la espada mientras es aniquilado por los enemigos; sostiene el hambre mientras es privado del pasto de la palabra espiritual; es también herido por la peste mientras pronto se corrompe por el hedor de la mala costumbre.

Y porque aquel pueblo, que por la fe debía haber sido dulce, se ha vuelto amargo por la iniquidad de la perfidia: dignamente se añade pronto: «Y los pondré como higos malos, que no pueden comerse por su amargura». Ciertamente higos buenos son estos que se endulzan en el sabor de la dilección divina; pero higos malos, los que por la iniquidad de la perfidia pronto se amargan de tal modo que en los banquetes de la refacción divina ya de ninguna manera pueden ser tomados por su amargura.

6. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata del pozo de Jeremías.

«Y bajaron cuerdas a Jeremías, y trapos viejos, y levantándolo lo sacaron del pozo (Jer. XXXVIII)».

¿Qué se designa en este lugar por el pozo, sino la vorágine de este siglo o la profundidad de la miseria humana? En la cual ciertamente aquel pueblo fue arrojado, cuando por su malicia mereció ser alejado de la gracia del Dios omnipotente. Las cuerdas pues y los trapos viejos son los mandatos de la ley y los ejemplos de los antiguos Padres, con los cuales aquel pueblo es entonces sacado del profundo de la miseria humana, cuando tras el advenimiento del Salvador es revocado a la patria celestial por la gracia de la restauración.

7. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata de la prohibición de la espada.

«Maldito el que prohíbe su espada de la sangre (Jer. XLVIII)».

8. En la carta al obispo Alejandro, donde se trata de la embriaguez de Jeremías.

«Inebriavit me absinthio (Thren. III).»

Quid per absinthium, nisi amaritudo poenitentiae designatur? In quo videlicet populus ille tunc inebriatur, cum post pravitatem perpetrati facinoris, poenitudinis lachrymis tunc exuberat, cum se peccasse amarissime deplorat.

Et quia ille qui poenitudo inebriat, ab omni mox superbiae tumore humiliatus mox in semetipso rarescit: digne mox subjungitur: «Et fregit ad numerum dentes meos, cibavit me cinere. Et repulsa est a pace anima mea, oblitus sum bonorum (Thren. III).»

Dentes namque ad numerum tunc franguntur, cum superbiae elatio, qua quilibet adversum proximum suum superbe tumuerat, per dignam poenitudinem mox humiliata conteritur. Et tunc cinere quilibet pascitur, cum se esse terram et cinerem humili mente confitetur.

Anima quoque a pace tunc repellitur, cum a carnali delectatione, qua in se fallaciter blandiebatur, extraneo scilicet poenitudinis amaro mox amaricatur. Et tunc bonorum obliviscitur, cum praeterita gaudia, quae habuerat, pro nihilo ducit.

Caput X.

In epistola ad Bonifacium ut exteriori prudentiae spiritualis sapientia praeferatur.

Sicut coelestis sapientia coelestes facit et legitimos Ecclesiae filios, ita terrena prudentia terrenos reddit et spurios. De quibus per Baruch dicitur: «Filii quoque Agar, qui exquisierunt prudentiam, quae de terra est; negotiatiores terrae, et Theman, et fabulatores, et exquisitores prudentiae, viam sapientiae nescierunt, neque meminerunt semitarum ejus (Baruch III).» Saecularem ergo prudentiam assequi cupientes et spiritualem sapientiam contemnentes filii sunt Agar, non Sarae: et manzeres facti Israelitae, jure censendi sunt non Israelitae. Et quoniam Agar, advena interpretatur, ii non sunt sapientiae filii, sed advenae et peregrini. Nec ex illis sunt quibus aiebat Apostolus: «Jam non estis hospites et advenae, sed estis cives sanctorum, et domestici Dei (Ephes. II).»

Expliciunt testimonia ex Jeremia.

263-264 INCIPIUNT CAPITULA DE LIBRIS PROPHETARUM.

1. Quod domus Israel versa est mihi in scoriam.
2. Ibi Assur, et sepulcra ejus.

«Me embriagó con ajenjo (Lam. III)».

¿Qué se designa por el ajenjo, sino la amargura de la penitencia? En la cual ciertamente aquel pueblo es entonces embriagado, cuando tras la depravación del crimen perpetrado, abunda entonces en lágrimas de arrepentimiento, cuando deplora amarguísimamente el haber pecado.

Y porque aquel a quien el arrepentimiento embriaga, humillado pronto de toda hinchazón de orgullo, pronto se vuelve raro en sí mismo: dignamente se añade pronto: «Y quebrantó mis dientes uno por uno, me alimentó con ceniza. Y mi alma fue repelida de la paz, olvidé los bienes (Lam. III)».

Pues los dientes son entonces quebrantados uno por uno, cuando la elación del orgullo, con la cual cualquiera se había hinchado soberbiamente contra su prójimo, es pronto quebrantada y humillada por el digno arrepentimiento. Y entonces cualquiera es alimentado con ceniza, cuando confiesa con mente humilde que es tierra y ceniza.

El alma también es repelida entonces de la paz, cuando de la delectación carnal, con la que falazmente se halagaba en sí misma, es pronto amargada por la amargura extraña del arrepentimiento. Y entonces se olvida de los bienes, cuando tiene por nada los goces pasados que había tenido.

Capítulo X.

En una epístola a Bonifacio, que la sabiduría espiritual debe preferirse a la prudencia exterior.

Así como la sabiduría celestial hace celestiales y legítimos hijos de la Iglesia, así la prudencia terrena vuelve a los hombres terrenos y bastardos. De los cuales se dice por Baruc: "También los hijos de Agar, que buscaron la prudencia que es de la tierra; los negociantes de la tierra, y Temán, y los fabuladores, y los buscadores de la prudencia, no conocieron el camino de la sabiduría, ni se acordaron de sus senderos (Baruc III)". Por tanto, aquellos que desean alcanzar la prudencia secular y desprecian la sabiduría espiritual son hijos de Agar, no de Sara: y convertidos en bastardos (manzeres), aunque israelitas, deben ser juzgados por derecho como no israelitas. Y puesto que Agar se interpreta como "extraña" (advena), estos no son hijos de la sabiduría, sino extraños y peregrinos. Ni pertenecen a aquellos a quienes decía el Apóstol: "Ya no sois huéspedes ni extraños, sino que sois conciudadanos de los santos y domésticos de Dios (Efes. II)".

Aquí terminan los testimonios de Jeremías.

263-264 AQUÍ COMIENZAN LOS CAPÍTULOS DE LOS LIBROS DE LOS PROFETAS.

1. Que la casa de Israel se me ha convertido en escoria.
2. Allí está Asiria, y sus sepulcros.

3. Quod terra usque ad fenestras, et fenestrae clausae.
4. Quod judicium sedit, et libri aperti sunt,
5. Quod odio habuerunt in porta corripientem.
6. Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur.
7. Quod Domini sunt cardines terrae.
8. Quod Jesus indutus erat sordidis vestibus.
9. De lapide qui habet septem oculos.
10. De quadrigis evangelistarum.

Expliciunt capitula.

INCIPIUNT TESTIMONIA DE LIBRIS PROPHETARUM.

CAPUT PRIMUM. In epistola ad V. episcopum.

«Omnis domus Israel mihi versa est in scoriam (Ezech. XXII).» Tunc enim domus Israel in scoriam vertitur, cum divina peccator animadversione percussus, vel in desperationis voraginem labitur vel contra juste saevientis imperium per impatientiam effertur. At contra, quasi manente metallo scoria sub divinis percussionibus avolat, cum quilibet poenitens superno verbere vapulans, et inhorrescentium a se vitiorum rubiginem projicit, et reflorescentium candore virtutum ac resplendentis vitae nitore clarescit.

Caput II.

In sermone de S. Stephano papa et martyre.

«Ibi Assur et sepulcra ejus (Ezech. XXXII).» Quid enim per Assur, superbum videlicet regem, nisi diabolus intelligitur: «Qui, juxta what scriptum est, ipse est rex super omnes filios superbiae?» (Job XLI.) Quid sepulcra nisi mortuorum sunt habitacula? Tunc autem diabolus in mortem corruit cum ab auctore vitae superbiendo recessit: Quisquis ergo nequitiae spiritum, qui vere mortuus est, in sui cordis hospitio per pravam voluntatem habitare permittit, procul dubio de semetipso sepulcrum facit. Et necesse est ut cum ipso simul illic tormentorum supplicia perferat, cui semetipsum hic habitaculum per nequitiam perversi operis exhibebat.

Caput III.

In sermone primo synodali.

3. Que la tierra llega hasta las ventanas, y las ventanas están cerradas.
4. Que el juicio se sentó, y los libros fueron abiertos.
5. Que aborrecieron en la puerta al que corregía.
6. Aún cuarenta días, y Nínive será subvertida.
7. Que del Señor son los quicios de la tierra.
8. Que Jesús estaba vestido con vestiduras sucias.
9. Sobre la piedra que tiene siete ojos.
10. Sobre las cuadrigas de los evangelistas.

Aquí terminan los capítulos.

AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DE LOS LIBROS DE LOS PROFETAS.

CAPÍTULO I. En una epístola al obispo V.

"Toda la casa de Israel se me ha convertido en escoria (Ezeq. XXII)". Pues entonces la casa de Israel se convierte en escoria, cuando el pecador, golpeado por la animadversión divina, o bien cae en la vorágine de la desesperación, o bien se enaltece por la impaciencia contra el imperio de Quien justamente se indigna. Por el contrario, como si permaneciera el metal mientras la escoria vuela bajo las percusiones divinas, cuando cualquier penitente, azotado por el azote celestial, arroja de sí la herrumbre de los vicios que horrorizan, y resplandece con la blancura de las virtudes que reflorecen y con el brillo de una vida resplandeciente.

Capítulo II.

En un sermón sobre San Esteban, papa y mártir.

"Allí está Asiria y sus sepulcros (Ezeq. XXXII)". ¿Qué se entiende por Asiria, es decir, el rey soberbio, sino el diablo: "Quien, según lo que está escrito, es él mismo rey sobre todos los hijos de la soberbia"? (Job XLI.) ¿Qué son los sepulcros sino las moradas de los muertos? Además, el diablo cayó en la muerte cuando se alejó soberbiamente del autor de la vida: Quienquiera que, por tanto, permite que el espíritu de la malicia, que está verdaderamente muerto, habite en el hospicio de su corazón por una voluntad perversa, sin duda hace de sí mismo un sepulcro. Y es necesario que allí sufra junto con él los suplicios de los tormentos, a quien aquí se ofrecía como morada por la malicia de una obra perversa.

Capítulo III.

En el primer sermón sinodal.

«Terra usque ad fenestras, et fenestrae clausae (Ezech. XXI).» Ait Apostolus: «Templum Dei sanctum est, quod estis vos (I Cor. III).» Hujus autem templi fenestrae sacerdotes sunt qui fidelium populo lumen sanctae praedicationis infundunt. Sed cum terra usque ad fenestras aggeritur, clausis fenestris templum continuo tenebratur; et cum terrena negotia sacerdotes implicant, quasi fenestrae clausae, templum quod amittit lumen obscuratur. Nos ergo necesse est, inquantum possumus, ab actibus vacare terrenis ut sacris jugiter invigilemus eloquiis. Sicut sponsa dicit in Canticis: «Oculi tui sicut columbae super rivos aquarum, quae lacte sunt lotae, et resident juxta fluenta plenissima (Cant. V).»

Caput IV.

In epistola ad Blancam.

«Judicium sedit, et libri aperti sunt (Dan. VII).» Qui nimirum libri ipsi intelligendi sunt sancti, quorum nunc meritum ab eis per custodiam humilitatis absconditur et tanquam volumen codicis ne legatur involvitur. Tunc autem ad eorum gloria universorum oculis aperitur, ut in eis praevaricatores tanquam per digestae scriptionis articulum legant divinae legis mandata, quae dum adviverent, servare contempserant. Illic jam compelluntur et legere qui hic per arrogantiae fastum verba Dei dedignabantur audire. Illic jugum Domini leve, et onus ejus suave (Matth. XI) mitibus et patientibus fuisse considerant, quod hic superbiae suae cervicibus intolerabile judicabant. Illic superbum omne confunditur, et quidquid elevatum fuerat sub tantae majestatis indignatione curvatur. Unde per Isaiam dicitur: «Oculi sublimis hominis humiliati sunt, et incurvabitur altitudo virorum: exaltabitur autem Dominus solus in die illa, quia dies Domini super omnem superbum et excelsum; super omnem arrogantem, et humiliabitur; et super omnes cedros Libani sublimes, et erectas, et super omnes quercus Basan, et super omnes colles elevatos, et super omnem turrim excelsam, et super omnem murum munitum, et super omnes naves Tharsis, et super omne, quod visu pulchrum est; et incurvabitur sublimitas hominum, et humiliabitur altitudo virorum, et elevabitur Dominus solus in die illa, et idola penitus conterentur; et introibunt in speluncas petrarum, et in voragines terrae a facie formidinis Domini et a gloria majestatis ejus, cum surrexerit percutere terram (Isai. II).»

Caput V.

In epistola ad Honestum.

"La tierra llega hasta las ventanas, y las ventanas están cerradas (Ezeq. XXI)". Dice el Apóstol: "El templo de Dios es santo, el cual sois vosotros (I Cor. III)". Además, las ventanas de este templo son los sacerdotes que infunden al pueblo de los fieles la luz de la santa predicación. Pero cuando la tierra se amontona hasta las ventanas, con las ventanas cerradas el templo continuamente se oscurece; y cuando los negocios terrenos implican a los sacerdotes, como ventanas cerradas, el templo que pierde la luz queda en tinieblas. Por tanto, es necesario que nosotros, en cuanto podemos, estemos vacantes de los actos terrenos para que vigilemos constantemente las sagradas palabras. Como dice la esposa en el Cantar: "Tus ojos como palomas sobre los arroyos de las aguas, que están lavadas con leche, y residen junto a los flujos plenísimos (Cant. V)".

Capítulo IV.

En una epístola a Blanca.

"El juicio se sentó, y los libros fueron abiertos (Dan. VII)". Ciertamente, estos libros deben entenderse como los mismos santos, cuyo mérito ahora es ocultado por ellos mediante la custodia de la humildad y está envuelto como el volumen de un códice para que no se lea. Pero entonces se abre a los ojos de todos para su gloria, para que en ellos los prevaricadores lean, como a través del artículo de una escritura ordenada, los mandatos de la ley divina que, mientras vivían, habían despreciado guardar. Allí ya se ven obligados incluso a leer quienes aquí, por la altivez de la arrogancia, se dignaban no oír las palabras de Dios. Allí consideran que el yugo del Señor fue leve, y su carga suave (Mat. XI) para los mansos y pacientes, lo cual aquí juzgaban intolerable para las cervices de su soberbia. Allí todo lo soberbio se confunde, y todo lo que se había ensalzado se encorva bajo la indignación de tan gran majestad. Por lo cual se dice por Isaías: "Los ojos del hombre sublime han sido humillados, y se encorvará la altura de los varones: será exaltado el Señor solo en aquel día, porque el día del Señor es sobre todo soberbio y excelso; sobre todo arrogante, y será humillado; y sobre todos los cedros del Líbano sublimes y erguidos, y sobre todas las encinas de Basán, y sobre todos los montes elevados, y sobre toda torre excelsa, y sobre todo muro fortificado, y sobre todas las naves de Tarsis, y sobre todo lo que es bello a la vista; y se encorvará la sublimidad de los hombres, y se humillará la altura de los varones, y será ensalzado el Señor solo en aquel día, y los ídolos serán totalmente triturados; y entrarán en las cavernas de las peñas y en las vorágines de la tierra ante la faz del pavor del Señor y ante la gloria de su majestad, cuando se levante para herir la tierra (Is. II)".

Capítulo V.

En una epístola a Honesto.

«Odio habuerunt in porta corripientem, et loquentem perfecte abominati sunt.» Quibus et paulo post ait: «Domos quadro lapide aedificabitis, et non habitabitis in eis (Amos V).» In porta quippe corripit qui ad hoc reprehensibilem quemque castigat, ut eum ad reditum patriae coelestis impellat. Sed is qui corripientem odit in domo a se aedificata non habitat; quia licet aedificium posuerit boni operis, in eo tamen non merebitur habitare, quia per correptionis portam dedignatus est introire; et qui noluit per angusti aditus asperitatem ingredi, interioris atrii non poterit amoenitate potiri.

Caput VI.

In homilia de nativitate B. Mariae virginis.

«Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur (Jon. III).» Quod quia tunc non legitur historialiter factum, exspectatur adhuc spiritualiter adimplendum. Per Niniven quippe mundus iste designatur; per quadraginta vero dies, omnis status vitae praesentis innuitur. Post quadraginta ergo dies Ninive subvertetur; quia post hujus mortalis vitae decursum, completo videlicet electorum numero, mundus iste destruetur.

Caput VII.

In sermone I de S. Matthaeo apostolo et evang.

«Domini sunt cardines terrae, et posuit super eos orbem (I Reg. II).» Orbis enim super terrae cardines ponitur, cum sancta Ecclesia, tanquam super bases doctrinis evangelicis solidatur. De qua et alibi dicitur: «Fundamenta ejus in montibus sanctis (Psal. LXXXVI).» Qui enim illic cardines, hic appellati sunt montes. Evangelistarum plane numero congruit, et mundi situs, et temporum cursus; quia et quatuor mundi partes, et totidem sunt temporum diversitates. Non ergo mirum, si spiritualis mundus visibili huic conferatur; dum nonnullas invicem habere similitudines uterque dignoscitur.

Caput VIII.

In epistola ad Mainardum abbatem.

Jesus erat indutus vestibus sordidis, et stabat ante faciem angeli: Qui respondit et ait ad eos qui stabant coram se, dicens: Auferte vestimenta sordida ab eo. Et dixit ad eum: Ecce abstuli a te iniquitatem tuam, et indui te mutatoriis. Et dixit: Ponite cidarim mundam super caput ejus (Zach. III).» Quid enim per Jesum, sacerdotem videlicet magnum, nisi mediator Dei et hominum debet intelligi?

"Aborrecieron en la puerta al que corregía, y al que hablaba perfectamente lo abominaron". A los cuales también un poco después dice: "Edificaréis casas de piedra cuadrada, y no habitaréis en ellas (Amós V)". Ciertamente, corrige en la puerta quien para esto castiga a cualquier reprendible, para impulsarlo al regreso a la patria celestial. Pero aquel que odia al que corrige no habita en la casa por él edificada; porque aunque haya puesto el edificio de una buena obra, sin embargo no merecerá habitar en él, porque por la puerta de la corrección se dignó no entrar; y quien no quiso ingresar por la aspereza del estrecho acceso, no podrá poseer la amenidad del atrio interior.

Capítulo VI.

En una homilía sobre la natividad de la Bienaventurada Virgen María.

"Aún cuarenta días, y Nínive será subvertida (Jon. III)". Lo cual, porque no se lee que se haya hecho históricamente entonces, se espera que se cumpla todavía espiritualmente. Ciertamente, por Nínive se designa a este mundo; por los cuarenta días, en cambio, se insinúa todo el estado de la vida presente. Después de los cuarenta días, por tanto, Nínive será subvertida; porque después del transcurso de esta vida mortal, completado por supuesto el número de los elegidos, este mundo será destruido.

Capítulo VII.

En el primer sermón sobre San Mateo apóstol y evang.

"Del Señor son los quicios de la tierra, y puso sobre ellos el orbe (I Rey. II)". Pues el orbe se pone sobre los quicios de la tierra, cuando la santa Iglesia se consolida sobre las doctrinas evangélicas como sobre basas. De la cual también se dice en otra parte: "Sus cimientos están en los montes santos (Salm. LXXXVI)". Pues los que allí son llamados quicios, aquí son llamados montes. Claramente el número de los evangelistas concuerda tanto con el sitio del mundo como con el transcurso de los tiempos; porque hay tanto cuatro partes del mundo como otras tantas diversidades de tiempos. No es, pues, de extrañar que el mundo espiritual se compare con este visible; mientras se reconoce que ambos poseen entre sí no pocas similitudes.

Capítulo VIII.

En una epístola al abad Mainardo.

"Jesús estaba vestido con vestiduras sucias, y estaba ante la faz del ángel: el cual respondió y dijo a los que estaban ante él, diciendo: Quitad de él las vestiduras sucias. Y le dijo a él: Mira, he quitado de ti tu iniquidad, y te he vestido con vestiduras de gala. Y dijo: Poned una tiara limpia sobre su cabeza (Zac. III)". ¿Qué se entiende por Jesús, a saber, el gran sumo sacerdote, sino el Mediador de Dios y de los hombres?

Plane sicut per Zorobabel filium Salathiel, qui de regali Judae stirpe processerat, et Jesum filium Josedech, qui jus sacerdotalis administrabat officii, Israeliticus populus per septuaginta annos jugum Babylonicae captivitatis evasit, templumque Hierusalem quod dirutum fuerat rediviva novitate construxit; ita numerus electorum post hujus vitae tempora quae septenaria dierum repetitione decurrunt, per Jesum Christum, qui verus rex est et sacerdos, de servitute hujus mortalitatis eripitur, et in coelesti Hierusalem templum Dei, quod est sancta Ecclesia, renovatur. De qua nimirum servitute dicit Apostolus: Nam «et ipsa creatura liberabitur a servitute corruptionis in libertatem gloriae filiorum Dei (Rom. VIII).» Tunc itaque Jesus in corpore suo, quod est Ecclesia, sordida vestimenta deponit; tunc honoris ac gloriae regimen assumit, quia omnis electorum chorus a lugubri squalore temporalis tristitiae liberatur, et immortalitatis stola in illo splendore sempiternae felicitatis induitur. Quod etiam in psalmo dedicandae domus apertissime canit Ecclesia: «Convertisti, inquit, planctum meum in gaudium mihi, conscidisti saccum meum et praecinxisti me laetitia; ut cantem tibi gloria mea et non compungar (Psal. XXIX).» Cidaris etiam munda in ejus capite ponitur, quia felicitatis aeternae gloria coronatur.

Caput IX.

In epistola ad cardinales episcopos; de dignitate Romanae Ecclesiae.

«Ecce lapis, quem dedi coram Jesu: super lapidem unum septem oculi sunt (Zach. III).» Lapis autem iste, illa procul dubio petra est de qua verus Jesus Petro pollicetur, dicens: «Super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam (Matth. XVI).» Septem igitur oculos habet haec petra; quia totidem sancti Spiritus donis sancta praefulget Ecclesia: quibus nimirum velut candelabrum aureum inexstinguibiliter rutilans ignorantiae tenebras effugat, et ad contemplandum justitiae Solem hominum mentes illustrat. De quo idem propheta: «Vidi, ait, et ecce candelabrum aureum totum, et lampas ejus super caput ipsius, et septem lucernae ejus super illud (Zach. IV).» Quod utique sacramentum et B. Joannes in Apocalypsi se didicisse non tacuit, cui dictum est: «Mysterium septem stellarum, quas vidisti in dextera mea, et septem candelabra aurea (Apoc. I).» Septem stellae angeli sunt septem Ecclesiarum, et candelabra septem septem Ecclesiae sunt.

Caput X

In sermone II de S. Matthaeo apost. et evang.

Claramente, así como por Zorobabel hijo de Salatiel, que procedía de la estirpe real de Judá, y Jesús hijo de Josedec, que administraba el derecho del oficio sacerdotal, el pueblo israelita escapó durante setenta años del yugo de la cautividad babilónica, y construyó con renovada novedad el templo de Jerusalén que había sido destruido; así el número de los elegidos después de los tiempos de esta vida, que transcurren por una repetición septenaria de días, es arrebatado de la servidumbre de esta mortalidad por Jesucristo, que es el verdadero rey y sacerdote, y en la Jerusalén celestial se renueva el templo de Dios, que es la santa Iglesia. De la cual servidumbre ciertamente dice el Apóstol: Pues "también la misma criatura será liberada de la servidumbre de la corrupción hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rom. VIII)". En aquel tiempo, por tanto, Jesús en su cuerpo, que es la Iglesia, depone las vestiduras sucias; entonces asume el régimen de honor y gloria, porque todo el coro de los elegidos es liberado del lúgubre escualor de la tristeza temporal, y se viste con la estola de la inmortalidad en aquel esplendor de la felicidad sempiterna. Lo cual también canta la Iglesia muy claramente en el salmo de la dedicación de la casa: "Convertiste", dice, "mi lamento en alegría para mí, rasgaste mi sayal y me ceñiste de gozo; para que mi gloria te cante y no sea afligido (Salm. XXIX)". También se pone una tiara limpia en su cabeza, porque es coronado con la gloria de la felicidad eterna.

Capítulo IX.

En una epístola a los cardenales obispos; sobre la dignidad de la Iglesia Romana.

"He aquí la piedra que he puesto ante Jesús: sobre una sola piedra hay siete ojos (Zac. III)". Además, esta piedra es sin duda aquella peña de la cual el verdadero Jesús promete a Pedro, diciendo: "Sobre esta peña edificaré mi Iglesia (Mat. XVI)". Siete ojos tiene, por tanto, esta peña; porque la santa Iglesia resplandece con otros tantos dones del Espíritu Santo: con los cuales ciertamente, como un candelabro de oro que brilla inextinguiblemente, ahuyenta las tinieblas de la ignorancia e ilustra las mentes de los hombres para contemplar el Sol de la justicia. Sobre lo cual dice el mismo profeta: "Vi, y he aquí un candelabro todo de oro, y su lámpara sobre su cabeza, y sus siete luces sobre él (Zac. IV)". Cuyo sacramento por cierto San Juan no calló haber aprendido en el Apocalipsis, a quien se le dijo: "El misterio de las siete estrellas que viste en mi mano derecha, y los siete candelabros de oro (Apoc. I)". Las siete estrellas son los ángeles de las siete Iglesias, y los siete candelabros son las siete Iglesias.

Capítulo X.

En el segundo sermón sobre San Mateo, apóstol y evangelista.

Porro quadrigae illae quas Zacharias propheta designat, cum dicit: «Et conversus sum, et vidi, et ecce quatuor quadrigae egredientes de medio duorum montium, et erant montes aerei.» De quibus et paulo post dicit: «Isti sunt quatuor venti coeli, qui egrediuntur, ut stent coram dominatore omnis terrae (Zach. VI).» Et notandum quia non una quatuor evangelistarum quadriga dicitur; sed unusquisque eorum quadriga vocatur, quia et unus in quatuor, et quatuor sunt in uno; dum per ejusdem fidei intentionem quod scribitur a singulis reperitur in cunctis; et quod dicitur ab universis invenitur in singulis. Duo vero montes aerei, de quorum medio dicuntur egressi, duo sunt Testamenta, quae ad instar aeris durabilia sunt et sonora, quia usque ad finem saeculi non inveniunt terminum et per omnia mundi spatia dant tinnitum. «In omnem enim terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terrae verba eorum (Psal. XVIII).» Qui et venti esse referuntur, quia de his scriptum est: «Ubi erat impetus spiritus, illuc gradiebantur (Ezech. I).» Qui etiam egrediuntur ut stent coram Dominatore omnis terrae; quia quod sancti praedicatores ex fidelium fructificatione proficiunt, non sibi tribuunt, sed auctori a quo eorum omnia lucra procedunt. De quibus ad B. Job dicitur: «Nunquid immittes fulgura, et ibunt, et revertentia dicent tibi: Adsumus?» (Job XXXVIII.)

Expliciunt testimonia de libris prophetarum.

INCIPIUNT TESTIMONIA DE LIBRO MACHABAEORUM.

CAPUT PRIMUM.

«Cum in Persidem (inquit Scriptura) ducerentur patres nostri, sacerdotes qui tunc Dei cultores erant, acceptum ignem de altari occulte absconderunt in valle, ubi erat puteus altus et siccus, et in eo contutati sunt eum; ita ut omnibus ignotus esset locus.» «Cum praeteriissent autem multi anni, placuit Domino ut mitteretur Nehemias a rege Persidis.» «Hic misit nepotes sacerdotum illorum, qui absconderant, ad requirendum ignem; et, sicut narraverunt nobis, non invenerunt ignem, sed aquam crassam (II Machab. I).» In quibus omnibus verbis illud unum specialiter attendendum est quod in alto et sicco vallis puteo prius ignis absconditur, et postmodum non ignis, sed aqua crassa a requirentibus invenitur. Mens quippe sincera atque perfecta Domini intentione quaerentis, non incongrue per puteum vallis altum designatur et siccum; quae nimirum et a fluidis illecebrarum carnalium voluptatibus arida, et terrenae concupiscentiae ruderibus alte defossa, et in verae humilitatis est convalle fundata.

Además, aquellas cuadrigas que el profeta Zacarías designa, cuando dice: "Y me volví, y vi, y he aquí cuatro cuadrigas que salían de entre dos montes, y los montes eran de bronce". De las cuales también dice poco después: "Estos son los cuatro vientos del cielo, que salen para estar ante el Dominador de toda la tierra (Zac. VI)". Y se ha de notar que no se dice que hay una sola cuadriga de los cuatro evangelistas; sino que cada uno de ellos es llamado cuadriga, porque tanto uno está en los cuatro, como los cuatro están en uno; mientras que por la intención de la misma fe, lo que es escrito por cada uno se encuentra en todos; y lo que es dicho por todos se encuentra en cada uno. Los dos montes de bronce, de en medio de los cuales se dice que salieron, son los dos Testamentos, que a semejanza del bronce son duraderos y sonoros, porque hasta el fin del mundo no encuentran término y por todos los espacios del mundo dan su tañido. "Porque por toda la tierra salió el sonido de ellos, y hasta los confines del orbe de la tierra sus palabras (Sal. XVIII)". Los cuales también se refieren como vientos, porque de ellos está escrito: "A donde era el ímpetu del espíritu, allí caminaban (Ezeq. I)". Los cuales también salen para estar ante el Dominador de toda la tierra; porque lo que los santos predicadores aprovechan de la fructificación de los fieles, no se lo atribuyen a sí mismos, sino al autor de quien proceden todas sus ganancias. De los cuales se dice al Bienaventurado Job: "¿Acaso enviarás los relámpagos, e irán, y volviendo te dirán: Aquí estamos? (Job XXXVIII)".

Aquí terminan los testimonios de los libros de los profetas.

AQUÍ COMIENZAN LOS TESTIMONIOS DEL LIBRO DE LOS MACABEOS.

CAPÍTULO I.

"Cuando nuestros padres eran llevados a Persia (dice la Escritura), los sacerdotes que entonces eran adoradores de Dios, habiendo tomado el fuego del altar, lo escondieron ocultamente en un valle, donde había un pozo profundo y seco, y en él lo guardaron, de modo que el lugar era desconocido para todos." "Pero pasados muchos años, plugo al Señor que Nehemías fuera enviado por el rey de Persia." "Él envió a los nietos de aquellos sacerdotes que lo habían escondido para buscar el fuego; y, según nos contaron, no hallaron fuego, sino agua espesa (II Macab. I)". En todas estas palabras, aquello que especialmente se ha de notar es que el fuego se esconde primero en un pozo de valle profundo y seco, y después los que lo buscan no encuentran fuego, sino agua espesa. Pues la mente sincera y perfecta de quien busca con la intención del Señor no se designa incongruentemente por el pozo de valle profundo y seco; la cual ciertamente está seca de los fluidos halagos de los placeres carnales, y profundamente excavada de los escombros de la concupiscencia terrenal, y está fundada en el valle de la verdadera humildad.

Huic itaque puteo sacrificii ignis immittitur, cum in electi cujuslibet mente divini amoris flamma concipitur atque ad coeleste desiderium prius animus inflammatur. Sed hic ignis in aquam vertitur, quia ex igne divini amoris lacrymarum compunctio generatur. Et notandum quod non pura duntaxat aqua, sed crassa aqua narratur illic fuisse reperta. Quid enim crassa est aqua nisi lacrymarum compunctio divinae gratiae pinguedine saginata? Qua videlicet saginari pinguedine aestuabat Propheta, cum diceret: «Sicut adipe et pinguedine repleatur anima mea (Psal. LXII).» Et per alium prophetam haec eadem promittitur crassitudo, cum ait: «Delectabitur in crassitudine anima vestra (Isai. LV).» Nec praetereundum quod abscondentes hunc ignem, contutati quidem fuisse, non autem funditus exstinxisse referuntur. Quia nimirum ignis divini amoris, quem in anima nostri cordis accendimus, ut ex aromatibus bonorum operum suave Deo sacrificium offeramus, in ipso nostrae conversationis initio intus quidem debemus sollicite custodire, ne carnalis aurae flatibus evanuerit; sed foras nequaquam per ostentationem jactantiae debemus ostendere. «Ita ut omnibus, inquit, ignotus esset locus.» Quia, ut Dominus ait: «Cum jejunatis, nolite fieri sicut hypocritae tristes (Matth. VI).» Et post modicum: «Tu autem cum jejunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava, ne videaris hominibus jejunans, sed Patri tuo qui est in abscondito.» Post multos vero annos, hic ignis aqua crassa invenitur; quia, postquam longo tempore mens nostra in divini amoris amore solidatur, postmodum per compunctionis lacrymas in publicum operis prorumpit. Quae nimirum aqua tunc crassa est, cum ex carnis nostrae maceratione pinguescit. Sicut enim pingue dicitur quod carnosum est, et plenum; ita illa compunctio pinguis ac crassa esse perhibetur, quae non tantum est in superficie vocis, sed quae ex intimae devotionis pinguedine procreatur. Ad hunc ergo puteum Nehemias nepotes sacerdotum misit, quia ad hanc cordis munditiam Redemptor noster eos, qui per imitacionem filii sunt sanctorum patrum, mittit; ut ignem requirentes, aquam crassam inveniant; quatenus prius in eis divini amoris ignis ardeat, et postmodum aqua compunctionis erumpat. Hinc est quod beatus Job dicit: «In foveam demergent me vestimenta mea, et abominabuntur me amictus mei (Job IX).» Quod tunc agitur, cum ipsa bona opera quae agimus, in comparatione divinae munditiae, sicut foveae sordes esse sentimus.

Caput II.

In epistola ad Albericum card.

Por tanto, el fuego del sacrificio se introduce en este pozo cuando en la mente de cualquier elegido se concibe la llama del amor divino y primero se inflama el alma hacia el deseo celestial. Pero este fuego se convierte en agua, porque del fuego del amor divino se genera la compunción de las lágrimas. Y se ha de notar que se cuenta que allí se encontró no simplemente agua pura, sino agua espesa. Pues, ¿qué es el agua espesa sino la compunción de las lágrimas engordada por la grosura de la gracia divina? Con cuya grosura ciertamente ansiaba engordar el Profeta, cuando decía: "Como de enjundia y de grosura se sacie mi alma (Sal. LXII)". Y por otro profeta se promete esta misma espesura, cuando dice: "Se deleitará en la grosura vuestra alma (Isa. LV)". Ni se ha de pasar por alto que se refiere que los que escondieron este fuego lo guardaron ciertamente, pero no lo extinguieron totalmente. Porque ciertamente el fuego del amor divino, que encendemos en el alma de nuestro corazón, para que de los aromas de las buenas obras ofrezcamos a Dios un dulce sacrificio, debemos en el mismo inicio de nuestra conversión guardarlo cuidadosamente en el interior, no sea que se evapore por los soplos del aura carnal; pero de ningún modo debemos mostrarlo hacia afuera por la ostentación de la jactancia. "De modo que el lugar", dice, "era desconocido para todos". Porque, como dice el Señor: "Cuando ayunéis, no os pongáis tristes como los hipócritas (Mat. VI)". Y después de un poco: "Tú, en cambio, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu cara, para que no parezca a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en lo escondido". Pero después de muchos años, este fuego se encuentra como agua espesa; porque, después de que por largo tiempo nuestra mente se solidifica en el amor del amor divino, después estalla al público de la obra por las lágrimas de compunción. La cual agua ciertamente es espesa entonces, cuando engorda por la maceración de nuestra carne. Pues así como se dice que es gordo lo que es carnoso y lleno, así se dice que es gorda y espesa aquella compunción que no está solo en la superficie de la voz, sino que se procrea de la grosura de la devoción íntima. A este pozo, por tanto, envió Nehemías a los nietos de los sacerdotes, porque nuestro Redentor envía a esta limpieza de corazón a aquellos que por la imitación son hijos de los santos padres, para que buscando el fuego, encuentren agua espesa; para que primero arda en ellos el fuego del amor divino, y después brote el agua de la compunción. De aquí es que el bienaventurado Job dice: "Mis vestidos me sumergirán en el fango, y mis ropas me abominarán (Job IX)". Lo cual se hace entonces, cuando sentimos que las mismas buenas obras que hacemos, en comparación con la pureza divina, son como la suciedad de un fango.

Capítulo II.

En una epístola al cardenal Alberico.

Illud praeterea, quod quaeris quid factum sit de arca Domini et tabernaculo foederis quae fabrefacta sunt in deserto; sicut hujus rei pene nil officit ignorantia, ita vix aliquid utilitatis probatur conferre notitia. Verumtamen, sicut Scripturae tradit auctoritas, in monte Abarim, ubi Moyses sepultus agnoscitur, tabernaculum simul cum arca nec non et altare incensi reconditum Jeremiae prophetae manibus invenitur. Quod evidenti declaratur indicio, si secundi libri Machabaeorum diligenter attendatur exordium: «Erat, inquit, in ipsa Scriptura, quomodo tabernaculum et arcam jussit propheta, divina responso ad se facto, comitari secum, usquequo exiit in montem, in quem Moyses ascendit, et vidit Dei claritatem.» «Et veniens ibi Jeremias, invenit locum speluncae, et tabernaculum, et arcam, et altare incensi intulit illuc, et ostium obstruxit (II Mach. II; Deut. XXXIV).» Haec igitur tria sacramenta, sicut dictum est, Jeremias in praefato Abarim monte recondidit. Si quid autem ex his aliud postmodum factum fuerit aut certe sic intacta permanserint, quia nusquam Scriptura commemorat, nostra quoque disquirere curiositas non praesumat.

Delicatus siquidem miles est qui ante vult triumphare quam arma conserere, prius triturare quam rura proscindere. Considerato nempe ordine Scripturarum, rite perpenditur nostrarum series actionum: prius enim lex, deinde judicium, postremo subsequitur historia regum. Nunc sane nos expedit indicta nobis divinae legis mandata servare; postea compellimur ante tribunal tremendi Judicis rationem de nostris operibus reddere; postremo dabitur in illa supernae claritatis gloria sine fine regnare. Teneat ergo ordinem qui vitare vult Babylonem. Ille nimirum vitae suae ordinem vivendo confundit qui ante vult ridere quam fleve. Cum Salomon dicat: «Tempus flendi et tempus ridendi (Eccle. III).» Ille etiam recti ordinis lineam deserit qui creatis rebus Creatorem omnium in amore postponit. Sicut perverso homini divina voce dicitur: «Posuisti me post corpus tuum.» Dominum quippe post corpus suum ponit qui magis studet utilitati, vel voluptati carnis suae consulere quam Dei praecepta servare. Hinc est quod sponsa dicit in Canticis: «Ordinavit in me charitatem (Cant. II).» Nusquam certe praeceptum in Veteris Testamenti caeremoniis invenitur ut mel sacrificiis misceatur. Per quod intelligitur, quia his, qui vitae suae Deo sacrificium offerunt, nullam Deus carnalem vult inesse dulcedinem, nihil in eis vivere quod ad carnalem pertineat voluptatem. Oleum autem frequenter immittitur, ut omnis nostrae operationis oblatio hilariter offeratur. «Hilarem enim datorem diligit Deus (II Cor. IX).» In omnibus etiam sal praecipitur admisceri ut omne boni operis sacrificium, rationis, discretionis ac coelestis sapientiae sit sale conditum.

Además, sobre lo que preguntas qué se hizo del arca del Señor y del tabernáculo del pacto que fueron fabricados en el desierto; así como la ignorancia de este asunto no estorba casi nada, así difícilmente se prueba que el conocimiento confiera alguna utilidad. Sin embargo, según relata la autoridad de la Escritura, en el monte Abarim, donde se reconoce que Moisés fue sepultado, se encuentra que el tabernáculo junto con el arca y también el altar del incienso fueron escondidos por manos del profeta Jeremías. Lo cual se declara con evidente indicio, si se atiende diligentemente al comienzo del segundo libro de los Macabeos: "Estaba escrito, dice, en la misma Escritura, cómo el profeta mandó que el tabernáculo y el arca, habiéndosele hecho una respuesta divina, lo acompañaran, hasta que salió al monte al que Moisés subió y vio la claridad de Dios." "Y llegando allí Jeremías, encontró un lugar de cueva, e introdujo allí el tabernáculo, y el arca, y el altar del incienso, y obstruyó la puerta (II Mac. II; Deut. XXXIV)". Estos tres sacramentos, por tanto, como se ha dicho, los escondió Jeremías en el prefato monte Abarim. Si algo más se hizo con ellos después o si por cierto permanecieron así intactos, porque la Escritura no lo menciona en ninguna parte, no presuma tampoco nuestra curiosidad indagarlo.

Pues es un soldado delicado el que quiere triunfar antes de entablar combate, trillar antes de arar los campos. Considerado ciertamente el orden de las Escrituras, se sopesa rectamente la serie de nuestras acciones: pues primero la ley, luego el juicio, finalmente sigue la historia de los reyes. Ahora ciertamente nos conviene guardar los mandatos de la ley divina que nos han sido impuestos; después somos compelidos a dar cuenta de nuestras obras ante el tribunal del tremendo Juez; finalmente se nos dará reinar sin fin en aquella gloria de la claridad superna. Guarde, pues, el orden quien quiera evitar a Babilonia. Aquel ciertamente confunde viviendo el orden de su vida que quiere reír antes de llorar. Cuando Salomón dice: "Tiempo de llorar y tiempo de reír (Ecl. III)". Aquel también deserta de la línea del recto orden que en el amor pospone al Creador de todo a las cosas creadas. Como se dice por voz divina al hombre perverso: "Me pusiste detrás de tu cuerpo". Pues pone al Señor detrás de su cuerpo quien se esfuerza más en consultar la utilidad o el placer de su carne que en guardar los preceptos de Dios. De aquí es que la esposa dice en el Cantar: "Ordenó en mí la caridad (Cant. II)". En ninguna parte por cierto se encuentra un precepto en las ceremonias del Antiguo Testamento de que se mezcle miel con los sacrificios. Por lo cual se entiende que para aquellos que ofrecen a Dios el sacrificio de su vida, Dios no quiere que haya ninguna dulzura carnal, nada que viva en ellos que pertenezca al placer carnal. Pero el aceite se introduce frecuentemente, para que la ofrenda de toda nuestra operación se ofrezca alegremente. "Pues Dios ama al dador alegre (II Cor. IX)". En todas las cosas también se manda mezclar sal para que todo sacrificio de buena obra esté sazonado con la sal de la razón, de la discreción y de la sabiduría celestial.

DE PETITIONIBUS LINCIDARII ET RESPONSIONIBUS EJUSDEM.

Quaest. 1. Si Christus non venit solvere legem, sed implere, cur carne non circumciditur Christianus?

Respons. Imo jam se ideo Christianus minime circumcidit; quia quod circumcisione prophetabatur Christus implevit. Exspoliatio quippe vitae carnalis, quae in veteri lege fuerat figurata, in Christi jam cernitur resurrectione completa; et quod exspectamus in nostra resurrectione futurum, jam in sacri baptismatis mysterio commendatur. Carnalis itaque circumcisio tanquam superflua jure contemnitur, cum jam spiritualis, propter quam significandam illa praecesserat, figuratur.

Quaest. 2. Cur omittit Christianus Sabbatum colere, si Christus non venit legem solvere, sed implere?

Respons. A nobis Sabbatum ideo non servatur quia quod tunc erat in figura praemissum, per exhibitionem rei jam videmus impletum. In Christo quippe verum spiritualis otii Sabbatum colimus, cum in eo solo spem ponimus, et sic in illo toto cordis amore ac devotione quiescimus, ut ab omni vitiorum servili opere ac terrenarum rerum ambitione cessemus. Ad quod Sabbatum celebrandum ipse nos provocat, dum clamat: «Venite, inquit, ad me, omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos.» «Tollite jugum meum super vos, et discite a me, quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris (Matth. XIII).» Carnalis ergo Sabbati cultum supervacuum dicimus, cum jam illud verum et salutiferum, propter quod institutum est, celebramus.

Quaest. 3. Si Christus non venit legem solvere, sed implere, cur Christianus negligit ciborum differentiam quae in lege praecipitur observari?

Respons. Imo idcirco haec a Christianis ciborum differentia non admittitur; quoniam a Christo quod per hanc figurabatur impletur. Immunditia quippe, quae tunc cavebatur in cibis, nunc in moribus reprobatur humanis. Sicut enim sancti quique ac justi transferuntur in corpus Christi; sic ab eo reprobi et iniqui tanquam cibi repelluntur immundi. Postquam ergo ipsa Veritas quae significabatur advenit, merito significationis umbra cessavit.

Quaest. 4. Si Christus non venit legem solvere, sed implere, cur et animalium carnibus sacrificium Deo Christianus non curat offerre?

SOBRE LAS PETICIONES DEL ELUCIDARIO Y LAS RESPUESTAS DEL MISMO.

Quest. 1. Si Cristo no vino a anular la ley, sino a cumplirla, ¿por qué no se circuncida en la carne el cristiano?

Respuesta. Al contrario, ya por eso el cristiano no se circuncida en absoluto; porque lo que se profetizaba con la circuncisión, Cristo lo cumplió. Pues el despojo de la vida carnal, que había sido figurado en la ley antigua, se ve ya completado en la resurrección de Cristo; y lo que esperamos que sea futuro en nuestra resurrección, ya se encomienda en el misterio del sagrado bautismo. Por tanto, la circuncisión carnal se desprecia con razón como superflua, cuando ya se figura la espiritual, para cuya significación aquella había precedido.

Quest. 2. ¿Por qué omite el cristiano guardar el Sábado, si Cristo no vino a anular la ley, sino a cumplirla?

Respuesta. Por nuestra parte, el Sábado no se guarda por esta razón: porque lo que entonces se envió por delante en figura, vemos que ya se ha cumplido por la exhibición de la realidad. Pues en Cristo guardamos el verdadero Sábado del descanso espiritual, cuando ponemos la esperanza solo en Él, y así descansamos en Él con todo el amor y devoción del corazón, de modo que cesamos de toda obra servil de los vicios y de la ambición de las cosas terrenales. A la celebración de este Sábado Él mismo nos provoca, cuando clama: "Venid a mí", dice, "todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré." "Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas (Mat. XI)." Por lo tanto, decimos que el culto del Sábado carnal es superfluo, cuando ya celebramos aquel verdadero y saludable por el cual fue instituido.

Quest. 3. Si Cristo no vino a anular la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano descuida la diferencia de alimentos que se manda observar en la ley?

Respuesta. Al contrario, por esto no se admite esta diferencia de alimentos por los cristianos: porque aquello que por esto se figuraba es cumplido por Cristo. Pues la inmundicia, que entonces se evitaba en los alimentos, ahora se reprueba en las costumbres humanas. Pues así como todos los santos y justos son transferidos al cuerpo de Cristo, así por Él los réprobos e inicuos son repelidos como alimentos inmundos. Después que la misma Verdad que se significaba llegó, merecidamente cesó la sombra de la significación.

Quest. 4. Si Cristo no vino a anular la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no se cuida de ofrecer a Dios sacrificio con las carnes de animales?

Respons. Imo idcirco a Christianis hujusmodi sacrificium non offertur; quia quidquid in illis hostiis typice gerebatur, totum in immolatione Agni, «qui tollit peccata mundi (Joan. III),» veraciter adimpletur: et quia omnia illa nil aliud salutis habebant, nisi ut ad hoc nostrum sacrificium unanimiter tenderent, hoc unum omnis caeremoniarum diversitas designaret, postquam hostia singularis illuxit, multiplex umbra quae praecedebat evanuit. Quis enim nesciat eadem sacrificia potius ad hoc inobediendi populo, ne cum idolis fornicaretur, imposita, quam Deo tanquam ipse desideraret oblata?

Quaest. 5. Si Christus non venit legem solvere, sed implere, cur Christianus azymam quam lex praecipit non observat?

Respons. Idcirco a Christianis visibilis illa et corporalis azyma floccipenditur; quoniam expurgato veteris vitae fermento, nova conspersio spiritualiter adimpletur. Tunc enim erat legis scriptura praeceptum, nunc est testimonium, et postquam id quod significabatur advenit, hoc quod significabat interiit.

Quaest. 6. Si Christus legem venit implere, cur Christianus paschalis agni sanguine Pascha non celebrat, cum hoc tantopere lex ipsa decernat?

Respons. Hic idipsum respondendum quod jam superius dictum est; quia postquam verus ille Agnus qui significabatur advenisse cognoscitur, ille qui significabat superfluus judicatur. Cujus utique sanguine non jam ligneas sive lapideas fores inungimus, sed interioris potius hominis viscera consignamus.

Si non solvit legem Christus, cur lege mandatam non celebrat neomeniam Christianus?

Respons. Propter hoc etiam Christianus celebrare contemnit; quoniam id totum, propter quod olim celebratum est, Christus implevit, novae quippe lunae solemnitas novam designat in homine fieri creaturam, de qua dicit Apostolus: «Si qua igitur in Christo nova creatura, vetera transierunt, et ecce facta sunt omnia nova (II Cor. V).»

Quaest. 8. Si Christus non venit legem solvere, cur Christianus illa ablutionum baptismata quae lex praecipit non observat?

Respons. Ideo haec Christianae non merentur observantiae cultum, quia tunc umbrae fuerunt futurorum quorum nunc perspicuum possidemus effectum. «Consepulti enim sumus Christo per baptismum in morte; ut quomodo surrexit Christus a mortuis per gloriam Patris, sic et nos in novitate vitae ambulemus (Rom. VI).»

Quaest. 9. Si lex a Christo impleta est, non soluta, quid rationis objicitur ut a Christianis scenopegiae solemnitas non colatur?

Respuesta. Al contrario, por esto no se ofrece por los cristianos tal clase de sacrificio: porque todo lo que en aquellas víctimas se realizaba típicamente, todo se cumple verdaderamente en la inmolación del Cordero "que quita los pecados del mundo (Juan I)". Y porque todas aquellas cosas no tenían nada más de salvación, sino que unánimemente tendieran a este sacrificio nuestro —esta única cosa designaría la diversidad de todas las ceremonias—, después que brilló la hostia singular, la múltiple sombra que precedía se desvaneció. Pues, ¿quién no sabe que los mismos sacrificios fueron impuestos más bien para esto al pueblo desobediente, para que no fornicara con los ídolos, que ofrecidos a Dios como si Él mismo los deseara?

Quest. 5. Si Cristo no vino a anular la ley, sino a cumplirla, ¿por qué el cristiano no observa los ázimos que la ley manda?

Respuesta. Por esto se considera de poco valor por los cristianos aquel ázimo visible y corporal: porque purgado el fermento de la vieja vida, una nueva aspersión se cumple espiritualmente. Pues entonces la escritura de la ley era precepto, ahora es testimonio; y después que llegó aquello que se significaba, esto que significaba pereció.

Quest. 6. Si Cristo vino a cumplir la ley, ¿por qué el cristiano no celebra la Pascua con la sangre del cordero pascual, siendo que la misma ley tanto lo decreta?

Respuesta. Aquí se ha de responder lo mismo que ya se dijo arriba: porque después de que se reconoce que ha llegado aquel verdadero Cordero que se significaba, se juzga superfluo aquel que significaba. Con cuya sangre ciertamente no ungimos ya puertas de madera o de piedra, sino que más bien sellamos las entrañas del hombre interior.

Quest. 7. Si no anuló la ley Cristo, ¿por qué el cristiano no celebra el novilunio mandado por la ley?

Respuesta. Por esto también el cristiano desprecia celebrarlo: porque todo aquello por lo cual antiguamente se celebró, Cristo lo cumplió; pues la solemnidad de la luna nueva designa que se hace una nueva criatura en el hombre, de la cual dice el Apóstol: "Si, pues, alguno está en Cristo, es una nueva criatura; las cosas viejas pasaron, y he aquí que todas han sido hechas nuevas (II Cor. V)".

Quest. 8. Si Cristo no vino a anular la ley, ¿por qué el cristiano no observa aquellos bautismos de abluciones que la ley manda?

Respuesta. Por esto estos no merecen el culto de la observancia cristiana, porque entonces fueron sombras de cosas futuras de las cuales ahora poseemos el efecto claro. "Pues fuimos sepultados juntamente con Cristo por el bautismo en la muerte; para que así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en novedad de vida (Rom. VI)."

Quest. 9. Si la ley fue cumplida por Cristo, no anulada, ¿qué razón se objeta para que no se guarde por los cristianos la solemnidad de la fiesta de los tabernáculos?

Respons. Tabernaculum Dei societas est populi Christiani, et quoniam illud tabernaculum sanctam praefigurabat Ecclesiam, contemnitur signum postquam venit quod fuerat praesignatum. Nec enim diceretur tabernaculum testimonii, nisi attestaretur alicui quae declaranda erant suo tempore veritatis. Quod itaque tunc agebatur praecepto figuratum, nunc praesentialiter cernitur testimonio revelatum: et cum jam id quod figurabatur aspicitur, quod figurabat superfluum per omnia judicatur.

Quaest. 10. Si Christus legem solvere noluit, sed implere, quare Christianus septimum remissionis annum, vel etiam jubilaeum negligit observare?

Respons. Quoniam Veritas ac Sapientia Dei, quae cum doceat angelos in coelo, homines etiam docere venit in terra. Quod prius jusserat carnaliter sub aenigmatis umbra servari, postmodum discipulis suis spiritualiter mandavit intelligi. Sic enim dies septimus feriatus esse praecipitur ut aeterna per eum requies designetur. Sic et in anno septimo, sic et in Jubilaeo, qui per annorum circulum septenario numero septies replicato et monade superaddita, in quinquagenarium ducitur, secura quies perpetuae beatitudinis intimatur. Incipiente quippe Jubilaeo tubis canitur, omnesque ad possessiones proprias revertuntur. Quia, sicut dicit Apostolus: «Ipse Dominus in jussu, et in voce archangeli, et in tuba Dei descendet de coelo, canet enim tuba, et mortui resurgent incorrupti (I Thess. IV).» Ad possessiones autem suas unumquemque redire, est corpora sua protinus incorrupta recipere. Tunc revertetur Adam ad antiquam carnis suae terram in qua primitus habitaverat; tunc Noe, Abraham, Moyses cunctisque propria possessio redditur, dum corpus illis incorruptibile reformatur. Redemptor itaque noster, qui «discipulis aperuit sensum, ut intelligerent mysteria Scripturarum (Luc. XXIV),» noluit Jubilaeum, noluit septimum remissionis annum vel caeteras legalis ritus caeremonias carnaliter observari, postquam haec omnia spiritualiter fecit intelligi: tunc enim mandata legalia veraciter adimplentur, cum, juxta spiritualem intelligentiam ad quam instituta sunt, fiunt. Nam tunc erant vacua, umbra scilicet, et imago rei, non ipsa res, cum carnaliter servabantur.

DE MINITATIONIBUS ET PROMISSIONIBUS DEI.

Respuesta. El tabernáculo de Dios es la sociedad del pueblo cristiano, y puesto que aquel tabernáculo prefiguraba a la santa Iglesia, se desprecia el signo después de que llegó lo que había sido presignificado. Pues no se llamaría tabernáculo del testimonio, a menos que atestiguara a alguien aquellas cosas de la verdad que debían ser declaradas en su propio tiempo. Lo que, por tanto, entonces se hacía figurado por precepto, ahora se ve presencialmente revelado por testimonio: y cuando ya se contempla lo que se figuraba, lo que figuraba se juzga superfluo en todo.

Quest. 10. Si Cristo no quiso anular la ley, sino cumplirla, ¿por qué el cristiano descuida observar el séptimo año de remisión, o incluso el jubileo?

Respuesta. Porque la Verdad y Sabiduría de Dios, que mientras enseña a los ángeles en el cielo, vino también a enseñar a los hombres en la tierra. Lo que antes había mandado observar carnalmente bajo la sombra de un enigma, después mandó a sus discípulos que se entendiera espiritualmente. Pues así se manda que el séptimo día sea festivo para que por él se designe el descanso eterno. Así también en el séptimo año, así también en el Jubileo, que por el círculo de los años con el número septenario siete veces replicado y una unidad añadida, se lleva al quincuagésimo, se intima el descanso seguro de la perpetua bienaventuranza. Pues al comenzar el Jubileo se toca la trompeta, y todos vuelven a sus propias posesiones. Porque, como dice el Apóstol: "El mismo Señor con mando, y con voz de arcángel, y con trompeta de Dios descenderá del cielo, pues sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptos (I Tes. IV)". El volver cada uno a sus posesiones es recibir de inmediato sus propios cuerpos incorruptos. Entonces volverá Adán a la antigua tierra de su carne en la que primariamente había habitado; entonces a Noé, Abraham, Moisés y a todos se les devuelve la propia posesión, mientras se les reforma un cuerpo incorruptible. Nuestro Redentor, por tanto, que "abrió el sentido a los discípulos para que entendieran los misterios de las Escrituras (Luc. XXIV)", no quiso que el Jubileo, no quiso que el séptimo año de remisión o las demás ceremonias del rito legal se observaran carnalmente, después de que hizo que todas estas cosas se entendieran espiritualmente: pues entonces los mandatos legales se cumplen verdaderamente cuando se hacen según la inteligencia espiritual para la cual fueron instituidos. Pues entonces estaban vacíos, a saber, eran sombra e imagen de la realidad, no la realidad misma, cuando se guardaban carnalmente.

SOBRE LAS AMENAZAS Y PROMESAS DE DIOS.

Nullatenus debuit immutari quod Papa concessit, quod decreto constituit (PET. DAM. tom. III, opusc. 4.) Quid mirum si homines statuta mutant, quando omnipotens Deus ea quoque, quae a semetipso constituuntur, immutat? Nam ex eo, quod promittit aliquando minuit, vel etiam totum subtrahit; aliquando mala minatur, et non infligit. Quid est quod Deus nunquam promisit, et minuit? Si non excidit, reminisci potes, quia dixit Dominus ad Noe: «Non permanebit spiritus meus in homine in aeternum, quia caro est, eruntque dies illius centum viginti annorum (Gen. VI).» Sed cum Scriptura commemoret quingentorum tunc annorum exstitisse Noe, quando haec sibi Dominus loquebatur; sexcentorum vero tunc jam esse cum cataclismus erupit, liquido patet viginti annos de praescripti numeri spatio fuisse subtractos. Vitae itaque spatium quod humano generi Deus promisit imminuit, quia perversitatis eorum reatus excrevit. Judae quoque per os patriarchae promisit Spiritus sanctus, dicens: «Non auferetur sceptrum de Juda, et dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est (Gen. XLIX);» et tamen nec temporibus Judicum legimus viros de tribu Juda semper super Israel tenuisse ducatum; nec reges ex eadem tribu principatum tenuisse usque ad Christi reperiuntur adventum. Constat ergo quia saepe Deus omnipotens quod homini promisit imminuit, quoniam homo quod Deo debuerat non implevit.

Ubi Deus promisit bonum aliquod, et non implevit? Recordare, quia dixit Dominus ad Josiam regem Juda: «Pro eo, inquit, quod vidisti verba voluminis, et perterritum est cor tuum, et humiliatus es coram Domino, auditis sermonibus contra locum istum et habitatores ejus; et scidisti vestimenta tua, et flevisti coram me, idcirco colligam te ad patres tuos, et colligeris ad sepulcrum tuum in pace;» et tamen paulo post Scriptura dicit: «In diebus ejus ascendit Pharao Nechao rex Aegypti contra regem Assyriorum ad flumen Euphratem, et abiit Josias in occursum ejus, et occisus est in Mageddo, cum vidisset eum (IV Reg. XXIII).» Ad Sedechiam quoque regem Juda per Jeremiam dicitur: Audi verbum Domini, Sedechia rex Juda: Haec dicit Dominus ad te: «Non morieris in gladio, sed in pace morieris, sed secundum combustiones patrum tuorum, regum priorum, qui fuerunt ante te, sic comburent te; quia verbum noc ego locutus sum, dicit Dominus (Jer. XXXIV).» Quod nimirum quomodo potuerit fieri, qui seriem scrutatur historiae nunquam poterit invenire. Nam postquam a rege Babylonis semel est captus, Babyloriamque translatus, ulterius nunquam legitur ab ejus vinculis absolutus. Justo ergo judicio subtraxit Deus homini nonnunquam bona quae promisit, cum rebellis homo illius servare mandata contempsit.

Prosequere etiam, quomodo Deus quod minatus est non infligit?

De ningún modo debió cambiarse lo que el Papa concedió, lo que estableció por decreto (Pet. Dam. tomo III, opusc. 4). ¿Qué tiene de extraño si los hombres cambian los estatutos, cuando Dios omnipotente cambia también aquellas cosas que son establecidas por Él mismo? Pues de aquello que promete a veces disminuye, o incluso retira todo; a veces amenaza con males, y no los inflige. ¿Qué es lo que Dios nunca prometió y disminuyó? Si no se te ha olvidado, puedes recordar que dijo el Señor a Noé: "No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es carne, y sus días serán de ciento veinte años (Gén. VI)". Pero como la Escritura conmemora que Noé tenía entonces quinientos años cuando el Señor le hablaba estas cosas; y que ya tenía seiscientos cuando estalló el cataclismo, patenta claramente que veinte años fueron sustraídos del espacio del número prescrito. El espacio de vida, por tanto, que Dios prometió al género humano lo disminuyó, porque el reato de su perversidad creció. También a Judá por boca del patriarca prometió el Espíritu Santo, diciendo: "No se quitará el cetro de Judá, ni el caudillo de su muslo, hasta que venga el que ha de ser enviado (Gén. XLIX)"; y sin embargo ni en los tiempos de los Jueces leemos que hombres de la tribu de Judá siempre hayan tenido el mando sobre Israel; ni se encuentra que reyes de la misma tribu hayan tenido el principado hasta la llegada de Cristo. Consta, por tanto, que a menudo Dios omnipotente disminuyó lo que prometió al hombre, porque el hombre no cumplió lo que debía a Dios.

¿Dónde ha prometido Dios algún bien, y no lo ha cumplido? Recuerda que dijo el Señor a Josías, rey de Judá: "Por cuanto", dijo, "viste las palabras del volumen, y tu corazón se aterró, y te humillaste ante el Señor al oír las palabras contra este lugar y sus habitantes; y rasgaste tus vestiduras, y lloraste ante mí, por tanto yo te reuniré con tus padres, y serás reunido en tu sepulcro en paz"; y sin embargo poco después dice la Escritura: "En sus días subió el Faraón Necao, rey de Egipto, contra el rey de los asirios al río Éufrates, y Josías fue al encuentro de él, y murió en Magedo cuando lo vio (IV Reyes XXIII)". A Sedequías también, rey de Judá, se le dice por Jeremías: Oye la palabra del Señor, Sedequías, rey de Judá: Esto dice el Señor para ti: "No morirás por la espada, sino que morirás en paz, y según las combustiones de tus padres, los reyes anteriores que fueron antes de ti, así te quemarán; porque esta palabra la he hablado yo, dice el Señor (Jer. XXXIV)". Lo cual, por cierto, cómo pudo suceder, quien escudriñe la serie de la historia nunca podrá encontrarlo. Pues después que fue capturado una vez por el rey de Babilonia, y trasladado a Babilonia, nunca más se lee que fuera absuelto de sus vínculos. Por un justo juicio, por tanto, Dios retiró al hombre a veces los bienes que prometió, cuando el hombre rebelde despreció guardar sus mandatos.

Prosigue también, ¿cómo Dios no inflige lo que amenazó?

Nemo qui limen Ecclesiae terit ignorat quia Jonas ad Niniven a Domino missus exclamavit, dicens: «Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur (Jon. III).» Sed quia civitas illa ad Dominum toto est corde conversa, nequaquam juxta minacem Domini sententiam excidii est eversione deleta. Cum ergo Deus omnipotens non modo verax, sed et ipsa sit veritas, inviolato consilii sui manente proposito, exterioris judicii sui saepe variat ordinem juxta humani, sive probi, sive improbi meriti qualitatem; quatenus et a pravitate correctus, quod Deus juste minatur, evadat: et prolapsus in culpam, nullatenus quae pollicetur bona percipiat. Hinc est quod per Jeremiam dicit: «Bonas facite vias vestras et studia vestra, et audite vocem Domini Dei vestri, et poenitebit Dominum mali, quod locutus est adversum vos (Jer. XVII).» Hinc est quod ad Heli quoque per virum Dei Dominus ait: «Loquens locutus sum, ut domus tua, et domus patris tui ministraret in conspectu meo usque in sempiternum: nunc autem dicit Dominus: Absit hoc a me, sed quicunque glorificaverit me, glorificabo eum: qui autem contemnunt me, erunt ignobiles (I Reg. II).»

Recte plane cuncta quae proposueras perspicuis roborasti testimoniis Scripturarum, nunc autem de Domini mei regis injuria rationem redde.

Glorioso regi, nobis eligendo pontificem, absit ut nos intulissemus injuriam; cum ad hoc nos necessitas impulerit, non rapina. Ad hoc, inquam, nos invitos attraxit imminens periculum civilis belli, non laedendi livor imperii.

Quid mihi omnia haec? dum constet quia quidquid accideret, nullo pacto sancti papae sententiam debuisti infringere; nulla ratione synodalis decreti mysterium licuit violare? Sicut enim Scriptura perhibet: «Melius est ut oriatur scandalum quam ut veritas relinquatur.» Nam si hoc bellum timuissent beati martyres, fierent procul dubio sanctae militiae desertores.

Non ignoras quod inter omnes sanctos martyres, Petrus et Paulus in apostolici senatus culmine possideant principatum. Eorum sunt nobis tenenda vestigia, eorum forma nostris est actibus imprimenda; sub eorum magistra debemus vivere disciplina.

Hoc utique clarum est.

Nadie que pise el umbral de la Iglesia ignora que Jonás, enviado por el Señor a Nínive, exclamó diciendo: "Todavía cuarenta días, y Nínive será subvertida (Jon. III)". Pero porque aquella ciudad se convirtió al Señor con todo su corazón, de ningún modo fue borrada por la subversión de la destrucción según la sentencia amenazadora del Señor. Como por tanto Dios omnipotente no solo es veraz, sino que es la misma verdad, permaneciendo inviolado el propósito de su consejo, a menudo varía el orden de su juicio exterior según la calidad del mérito humano, ya sea probo o improbo; para que tanto el corregido de su maldad escape de lo que Dios justamente amenaza, como el caído en culpa de ningún modo perciba los bienes que promete. De aquí es que por Jeremías dice: "Haced buenos vuestros caminos y vuestros estudios, y oíd la voz del Señor vuestro Dios, y se arrepentirá el Señor del mal que ha hablado contra vosotros (Jer. XVII)". De aquí es que a Helí también por el hombre de Dios dice el Señor: "Hablando hablé, para que tu casa y la casa de tu padre ministraran en mi presencia para siempre: pero ahora dice el Señor: Lejos esté esto de mí, sino que a cualquiera que me glorifique, yo lo glorificaré; pero los que me desprecian, serán innobles (I Reyes II)".

Rectamente por cierto has robustecido todo lo que habías propuesto con claros testimonios de las Escrituras; ahora, sin embargo, rinde cuentas sobre la injuria de mi señor el rey.

Al glorioso rey, al elegir nosotros un pontífice, lejos de nosotros que hayamos inferido injuria; ya que a esto nos impulsó la necesidad, no la rapiña. A esto, digo, nos atrajo involuntariamente el inminente peligro de la guerra civil, no la malicia de dañar al imperio.

¿Qué me importan a mí todas estas cosas? mientras conste que, pasara lo que pasara, de ningún modo debiste infringir la sentencia del santo papa; ¿por ninguna razón fue lícito violar el misterio del decreto sinodal? Pues como afirma la Escritura: "Mejor es que surja el escándalo que el que se abandone la verdad". Pues si los bienaventurados mártires hubieran temido esta guerra, se habrían convertido sin duda en desertores de la santa milicia.

No ignoras que entre todos los santos mártires, Pedro y Pablo poseen el principado en la cumbre del senado apostólico. De ellos debemos seguir las huellas, su forma debe imprimirse en nuestros actos; bajo su disciplina maestra debemos vivir.

Esto por cierto está claro.

Audi ergo Paulum de coapostolo suo Petro veraciter perhibentem: «Priusquam, ait, venirent quidam a Jacobo, cum gentibus edebat; cum autem venissent, subtrahebat se et segregabat, timens eos qui ex circumcisione erant (Galat. II).» Cernimus ergo Petrum non rigidum, sed discretum: timebat enim Judaeos ne per occasionem gentium a fide recederent Christianorum; et ne perderet gregem perditum, boni pastoris est imitatus exemplum: «Factus est enim Judaeis tanquam Judaeus, ut Judaeos lucrifaceret;» sicut Christus apparuit in forma carnis peccati, ut a peccatis hominem liberaret; et cum legem Moysi non ambigeret abolendam, consulens tamen adhuc rudibus et infirmis fratribus, tenuit ad tempus umbram legis ut eos quandoque proveheret ad perfecte noscendam plenitudinem veritatis. In hoc ergo B. Petrus discretionis nobis regulam dedit, quatenus aliquando, ubi tamen non plurimum noceat, declinemus aliquantulum a tramite rectitudinis ut consulere valeamus infirmis.

Qui dicis, quod Petrus aliquando legem Judaicam tenuit; cur non etiam dicis quod in eadem Epistola legitur: Nimirum, quia «Paulus eum in faciem reprehendit?» «In faciem, inquit, ei restiti, quia reprehensibilis erat, eique dixi: Si tu cum sis Judaeus, gentiliter, et non Judaice vivis, quomodo cogis gentes judaizare?»

Quod Petrus egit compassione misericordiae, hoc Paulus arguit pro magisterio disciplinae. Ille hoc fecit dispensative ut infirmis tolleret scandalum; hoc iste corripuit ne indiscretus quilibet passim adduceret in exemplum. In Petro discamus, ut periculo simus imminente discreti. In Pauli sermonibus instruamur, ut sanis rebus vita nostra mere deserviat rectitudini. Audi etiam consequenter et Paulum, discretionis aureae lineam nostris oculis opponentem, ejusdemque dispensativae compassionis auctorem. Sicut enim apostolicorum Actuum testatur historia: «Perambulabat Paulus Syriam et Ciliciam, confirmans Ecclesias, pervenitque in Derben et Lystram, et ecce discipulus quidam erat, nomine Timotheus, filius mulieris viduae fidelis, patre autem gentili (Act. XVI).» Hunc ergo, ut ad compendium veniamus, Apostolus circumcidit; quoniam Judaeos, imo Judaeis, qui in illis erant regionibus timuit. Cur itaque circumcidit fidelem hominem non Judaeum, qui videlicet incircumcisus erat, sed natione gentilem? nisi ut discretionis studio deserviret, ne Judaei fideles in scandalum corruentes a fide recederent.

Escucha, pues, a Pablo afirmando verazmente sobre su coapóstol Pedro: "Antes", dice, "de que vinieran algunos de parte de Santiago, comía con los gentiles; pero cuando llegaron, se retraía y se separaba, temiendo a los que eran de la circuncisión (Gálat. II)". Vemos, pues, a Pedro no rígido, sino discreto: pues temía a los judíos no fuera que por la ocasión de los gentiles se alejaran de la fe de los cristianos; y para no perder al rebaño perdido, imitó el ejemplo del buen pastor: "Pues se hizo para los judíos como judío, para ganar a los judíos"; así como Cristo apareció en forma de carne de pecado, para librar al hombre de los pecados; y aunque no dudaba que la ley de Moisés debía ser abolida, consultando sin embargo por los hermanos todavía rudos y débiles, mantuvo por un tiempo la sombra de la ley para que en algún momento los promoviera a conocer perfectamente la plenitud de la verdad. En esto, por tanto, el B. Pedro nos dio una regla de discreción, en cuanto que a veces, donde sin embargo no dañe muchísimo, nos desviemos un poco de la senda de la rectitud para poder consultar por los débiles.

Tú que dices que Pedro a veces mantuvo la ley judaica; ¿por qué no dices también lo que se lee en la misma Epístola: a saber, que "¿Pablo lo reprendió en la cara?" "En la cara", dice, "le resistí, porque era reprendible, y le dije: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como los judíos, ¿cómo obligas a los gentiles a judaizar?"

Lo que Pedro hizo por compasión de misericordia, Pablo lo arguyó por el magisterio de la disciplina. Aquel hizo esto dispensativamente para quitar el escándalo a los débiles; este lo corrigió para que cualquier indiscreto no lo trajera por doquier como ejemplo. En Pedro aprendamos que seamos discretos cuando el peligro es inminente. En los sermones de Pablo seamos instruidos para que en las cosas sanas nuestra vida sirva meramente a la rectitud. Escucha también consecuentemente al mismo Pablo, oponiendo a nuestros ojos la línea de la discreción de oro, y autor de la misma compasión dispensativa. Pues como testifica la historia de los Hechos apostólicos: "Recorría Pablo Siria y Cilicia, confirmando las Iglesias, y llegó a Derbe y Listra, y he aquí que había un cierto discípulo, de nombre Timoteo, hijo de una mujer viuda fiel, pero de padre gentil (Hech. XVI)". A este, pues, para llegar al compendio, el Apóstol lo circuncidó; porque temió a los judíos, o más bien a los judíos que estaban en aquellas regiones. ¿Por qué, pues, circuncidó a un hombre fiel no judío, que a saber estaba incircunciso, sino gentil de nación? sino para servir al estudio de la discreción, no fuera que los judíos fieles cayendo en escándalo se alejaran de la fe.

Hoc etiam nunc ad memoriam redit; quoniam aliquando juxta morem Nazaraeorum comam ex voto nutrivit; et postquam navigasset in Syriam, in Cenchris positus, caput juxta legis mandata totondit (Act. XVIII). Refert adhuc Lucas sacrae scriptor historiae: «Cum venissemus, inquit, Hierosolymam, libenter susceperunt nos fratres; et sequenti die Jacobus et omnes seniores qui cum eo erant, Evangelio illius comprobato, dixerunt ei: Vides, frater, quot millia sunt in Judaea, qui credidere in Christo, et ii omnes aemulatores legis.» «Audierunt autem de te, quod dissensionem doceas a Moyse eorum, qui per gentes sunt Judaeorum, dicens: Non debere eos circumcidere filios suos, neque secundum consuetudinem ingredi.» «Quid ergo est? utique oportet convenire multitudinem; audierunt enim te supervenisse.» «Hoc ergo fac quod tibi dicimus: sunt nobis viri quatuor votum habentes super se; his assumptis, ...»

Nulli liceat ignorare: Omne quod Domino consecretur, sive fuerit homo, sive animal, sive ager, vel quidquid semel fuerit consecratum, Sanctum sanctorum erit Domino, et ad jus pertinet sacerdotum; propter quod inexcusabilis erit omnis qui a Domino et Ecclesia civem petit, aufert, vastat, invadit, vel eripit ut sacrilegus dijudicetur, et si emendare noluerit excommunicetur. Qui abstulerit aliquid patri, homicidae particeps est. Pater noster sine dubio Deus est qui nos creavit; mater vero nostra sancta Ecclesia quae nos in baptismo regeneravit. Ergo qui Christi pecuniam et Ecclesiam aufert, rapit aut fraudat, homicida est atque ante Dominum homicida deputatur. Qui enim res Ecclesiae abstulerit, sacrilegium facit et ut sacrilegus judicandus est. Ut nos ergo contra malignos spiritus spiritualis certaminis aciem ponimus, summopere necesse est ut per charitatem semper uniti atque constricti, et nunquam interrupti per discordiam inveniamur; quia quaelibet bona in nobis opera fuerint, si charitas desit, per malum discordiae locus aperitur in acie, unde ad feriendos nos valeat hostis intrare. Antiquus vero inimicus castitatem in nobis, si sine charitate fuerit, non timet; quia ipse nec premitur carne ut ejus luxuria dissolvatur. Abstinentiam non timet, quia ipse cibo non utitur, quia necessitate corporis non urgetur. Distributionem terrenarum rerum non timet, si eidem operi charitas desit; quia divitiarum subsidiis nec ipse eget. Valde autem in nobis charitatem veram, item amorem humilem, quem nobis vicissim impendimus, timet, et nimis concordiae nostrae invidet; quia hanc nos tenemus in terra, quam ipse tenere nolens amisit in coelo. Bene ergo dicitur: «Terribilis ut castrorum acies ordinata;» quia electorum multitudinem eo maligni spiritus pertimescunt, quo eos per charitatis concordiam unitos contra se et conglobatos aspiciunt. Quanta autem sit concordiae virtus, ostenditur, cum sine illa reliquae virtutes, virtutes non esse monstrantur. Magna enim est virtus abstin...

Esto también vuelve ahora a la memoria: que a veces, según la costumbre de los nazareos, nutrió su cabellera por voto; y después que hubo navegado a Siria, puesto en Cencrea, se tonsuró la cabeza según los mandatos de la ley (Hech. XVIII). Relata todavía Lucas, escritor de la sagrada historia: "Cuando", dice, "llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con gusto; y al día siguiente Santiago y todos los ancianos que estaban con él, comprobado su Evangelio, le dijeron: Ves, hermano, cuántos miles hay en Judea que han creído en Cristo, y todos ellos son celadores de la ley." Pero han oído de ti que enseñas la disensión de Moisés a aquellos que están entre los gentiles de los judíos, diciendo: Que no deben circuncidar a sus hijos, ni entrar según la costumbre." ¿Qué es, pues? ciertamente conviene que se reúna la multitud; pues han oído que has llegado." Haz, pues, esto que te decimos: tenemos cuatro hombres que tienen un voto sobre sí; tomados estos, ..."

Que a nadie le sea lícito ignorar: Todo lo que se consagre al Señor, ya sea hombre, animal o campo, o lo que sea que una vez haya sido consagrado, será el Santo de los Santos para el Señor, y pertenece al derecho de los sacerdotes; por lo cual será inexcusable todo el que pida, quite, arrase, invada o arrebate un ciudadano al Señor y a la Iglesia, para que sea juzgado como sacrílego, y si no quisiere enmendarse, sea excomulgado. El que quitare algo a su padre, es partícipe de homicidio. Nuestro Padre sin duda es Dios que nos creó; nuestra madre, en cambio, la santa Iglesia que nos regeneró en el bautismo. Por lo tanto, el que quita, arrebata o defrauda el dinero de Cristo y de la Iglesia, es un homicida y ante el Señor es reputado como homicida. Pues el que quitare las cosas de la Iglesia, comete sacrilegio y como sacrílego ha de ser juzgado. Para que nosotros, pues, pongamos el frente de combate de la contienda espiritual contra los espíritus malignos, es sumamente necesario que nos encontremos siempre unidos y estrechados por la caridad, y nunca interrumpidos por la discordia; porque cualesquiera que sean las buenas obras en nosotros, si falta la caridad, por el mal de la discordia se abre un lugar en el frente, por donde el enemigo pueda entrar para herirnos. El antiguo enemigo ciertamente no teme la castidad en nosotros, si fuere sin caridad; porque él mismo no es presionado por la carne para que su lujuria se disuelva. No teme la abstinencia, porque él mismo no usa alimento, porque no es urgido por la necesidad del cuerpo. No teme la distribución de las cosas terrenales, si a esa misma obra le falta la caridad; porque de los subsidios de las riquezas ni él mismo carece. Pero teme mucho en nosotros la verdadera caridad, asimismo el amor humilde que nos prestamos mutuamente, y envidia demasiado nuestra concordia; porque esta la tenemos nosotros en la tierra, la cual él, no queriendo tenerla, la perdió en el cielo. Bien se dice, pues: "Terrible como un ejército formado en escuadrones"; porque los espíritus malignos temen tanto a la multitud de los elegidos cuanto los ven unidos y congregados contra sí por la concordia de la caridad. Cuán grande sea, por lo demás, la virtud de la concordia se muestra cuando sin ella las restantes virtudes se demuestran no ser virtudes. Pues grande es la virtud de la abstin...

Caetera desiderantur.

[AD LECTOREM.]

Lectori suo domnus CONSTANTINUS abbas Cajetanus.

Admonendum te putamus, lector optime, hujusmodi collectanea ex Operibus S. Petri Damiani excerpta, magna cum diligentia a nobis fuisse conquisita. Sed tamen in Vetus duntaxat Testamentum, eaque imperfecta, ut apparet, quae nunc in lucem damus, fuisse inventa. Nam expositiones Novi Testamenti, quas etiam (ut vetus inscriptio indicat) idem auctor, sancti doctoris discipulus, compilavit, reperiri minime potuerunt. Vale.

Lo demás se echa de menos.

[AL LECTOR.]

A su lector, el señor CONSTANTINO, abad de Montecasino.

Pensamos que debes ser advertido, excelente lector, que estas colecciones extractadas de las Obras de San Pedro Damián han sido buscadas por nosotros con gran diligencia. Pero, sin embargo, solo se han encontrado aquellas sobre el Antiguo Testamento, y estas imperfectas, según parece, las cuales ahora sacamos a la luz. Pues las exposiciones del Nuevo Testamento, que también (como indica la antigua inscripción) el mismo autor, discípulo del santo doctor, compiló, no pudieron encontrarse de ninguna manera. Adiós.